

PRECIO: $ 10

EMIL LUDWIG

HINDENBURG



EDITORIAL "CULTURA"
SANTIAGO DE CHILE

HINDENBURG

COLECCION HOMBRES E IDEAS
FILOSOFIA—POLITICA—BIOGRAFIAS

EMIL LUDWIG

HINDENBURG

Versión española por JULIO MEZA T.

EDITORIAL «CULTURA»
Casilla 4130
SANTIAGO DE CHILE
1935

—PROLOGO—

En el momento en que la nación militar por excelencia obliga una vez más a Europa a armarse, no carece quizá de interés el trazar el retrato del oficial alemán más notable de nuestra época. Su ejemplo mostrará al mundo hacia qué dédalos y qué conflictos de conciencia puede el deseo de hegemonía militar de Alemania arrastrar a un soldado al cual se han confiado las decisiones políticas más importantes durante la guerra y la paz. Quizá el lector extranjero verá cuán poco ha cambiado este pueblo bajo el nuevo régimen, fuera de que el espíritu de agresión es hoy más feroz que durante los años 1912 y 1913 que, en más de un aspecto, se parecen a la época actual. La historia de Hindenburg, que fué decidida por los acontecimientos más de lo que él influyó en ellos, muestra, en este personaje simbólico, los rasgos esenciales del carácter alemán; y se comprenderá entonces por qué la República ha declinado tan pronto por la voluntad del pueblo.

Por eso he agregado este retrato de Hindenburg a los tres cuadros que he tratado de esbozar en el curso de los diez últimos años: Guillermo II, Julio de 1914, y Versalles. El presente estudio es también una contribución a la psicología de los alemanes. Se verá en él a un oficial sin ambiciones particulares, elevado por la leyenda que se apoderó de su persona, a una situación muy superior a sus capacidades, y que, a una edad avanzada, vuelve fácilmente a los principios que había abandonado sólo pasajeramente y por pura fórmula; se verá cómo un hidalgo, un "Junker", llegado al grado de Mariscal y en seguida a las funciones de Presidente de la República, es impulsado a la dictadura, primeramente por su círculo inmediato, en seguida por sus propios instintos de "amo" que despiertan en él.

En el ocaso de su vida, pierde en las circunstancias más trágicas el poder que tenía y del cual se apodera un grupo de exaltados, y muere, agriado y desilusionado. Durante largo tiempo llevó la existencia del alemán medio, y no pasó de la sombra a la luz sino a una edad muy avanzada; es preciso describir, pues, la evolución tardía de un carácter desde hace mucho tiempo estabilizado, y que, por un papel que le es impuesto, se ve obligado a entrar en una vida nueva.

Se encontrará como segundo tema, en este estudio, un compendio histórico de la República alemana, pero que se detiene en el Tercer Imperio. En efecto, Hindenburg desempeñó un papel extremadamente importante antes del advenimiento del régimen actual, pero en seguida ya no intervino más en los asuntos de éste. Por lo demás, mi capacidad no me permitiría describir cómo convendría a los jefes del tercer Reich.

Por primera vez quizá, se ve en un estudio biográfico un hombre cuya historia no comienza sino a los sesenta y siete años; rompe la armonía que siempre trato de establecer en la existencia de los hombres, pues medio siglo de su historia exige menos espacio que cuatro años de su vida. Además, la ausencia de documentos privados hace difícil la descripción de este carácter. No existe, por decirlo así, ningún documento oficial del tiempo en que Hindenburg fué Presidente de la República. Nos encontramos reducidos a observaciones personales y a relaciones proporcionadas por partidarios y adversarios cuyos nombres no podemos citar. He consultado también las excelentes obras de Rosenberg y de Konrad Heiden. El día en que toda la documentación sobre Hindenburg sea accesible a la crítica, es probable que nadie se interese ya por este hombre.

Entonces, ya no se contará más que la historia del viejo gigante alemán llamado después de muchas aventuras a montar guardia junto a una enorme esclusa. En un momento de extravío, abrió la gran compuerta bardada de hierro que retenía las aguas, y éstas se extendieron mujiendo por el país, aniquilando todo lo que el gigante había amado, y tragándoselo finalmente a él mismo en sus remansos.

E. L.

Moscia, Diciembre de 1934.

Jaime L. Mayor · 50 · Enero 24-9 39.

CAPITULO PRIMERO

LA BANDERA REAL

El hombre puede inclinarse a cualquier lado, puede emprender cualquiera cosa, pero siempre será vuelto al camino que la Naturaleza le ha impuesto una vez por todas.

GOETHE.

—Señor y criado.—Napoleón.—La abuela.—Los ascendientes, condena a muerte.— II.—El país más esclavo de Europa. —Los "Junker" y el rey.—La rapacidad de los "Junker".— El granadero del rey.— III.—Los oficiales de la nobleza. — El deber está antes que el derecho.—La escuela de cadetes.—El paso de parada delante del rey.—El juramento a la bandera.— IV.—Dos condecoraciones, Versalles.— V.—Sencillez, placidez, comodidad.—¡Bismarck liberal!.—El gran capitán debe tener talento.— VI.—La violación de la neutralidad belga.—Extraña moral.— VII. — Jerarquía y precedencias.— Hay que dominar la canalla.— VIII.— Si os ordeno disparar sobre vuestros hermanos... —El asunto de Saverna.— IX.—Se juega al soldado.—Vida tranquila en Hanóver.

I

Prusia Oriental es un país sin atractivos, y es preciso haber nacido allí para amar esa tierra y sus habitantes. El Báltico, semejante a un gran lago, bordea llanuras ligera-

mente surcadas de valles, eriales y dunas, y a veces también hermosas selvas de hayas.

Los castillos no se levantan allí orgullosamente sobre la alturas; pero las propiedades establecidas en la llanura, en medio de vastos campos, son grandes y sólidos edificios construídos por hombres que pueden vivir sin temor detrás de sus espesos muros.

Si las grandes fincas campesinas se distinguen de la propiedad de los hidalgos por la extensión más bien que por el estilo, no por modestia el señor lo decidió así en otro tiempo. Ocupado de administrar y dirigir tierras y gentes, no se preocupaba de embellecer su casa, pues para la búsqueda del ornamento y de la belleza le faltaban al amo la ciencia y el gusto. Su orgullo y su alegría eran esos dos cañones que, en recuerdo de una batalla y por el favor de un rey, había podido colocar frente a la puerta de su casa. Fuera de este detalle, nada recuerda en esa provincia las guerras que allí abundaron y no se sospecha la calidad de oficial de esos gentilhombres lugareños, sino en sus aptitudes para la equitación, deporte que todos practican con pasión.

La vasta llanura cultivada aseméjase a los campos de trigo cruzados de selvas de Polonia y de Rusia. No se distingue de ellas sino por sus caminos mejores y sus casas más confortables, pero los métodos de cultivo han permanecido allí estacionarios. Hay que agregar a este cuadro las vanas tentativas del rústico por mejorar su suerte y las más felices del hidalgo por vivir como sus padres, con poco dinero, poco trabajo y muchas hipotecas, pero como gran señor.

Establecidos desde hace quinientos años en sus tierras, en la marca de Brandeburgo, en seguida en Prusia Oriental, los señores de Hindenburg que antaño apellidánbanse Beneckendorff, vivían como viven los hidalgos al Este del Elba, rodeados de las propiedades de sus ganados o de sus padres, a veces más pobres que algunos de sus campesinos, pero siempre a la manera de grandes señores. Cuando el joven Hindenburg, más o menos en 1855, pasaba sus vacaciones en casa de sus abuelos, en la propiedad familiar de Neudeck, — una simple casa solariega, — su pieza no era más que una buhardilla bajo el alto frontis y su desayuno matinal muy semejante al de los campesinos. Las gallinas y los patos

tenían acceso detrás del edificio, a veces hasta delante de la fachada donde las lilas entremezclaban caprichosamente sus delicados penachos, a medida de su crecimiento. Nadie podaba los arbustos, pues no había jardinero en la casa, y la abuela tenía bastante que hacer en el interior, en los establos y en la cocina. Sin duda una sirvienta hacía su pieza, y el viejo palafrenero del abuelo bruzaba su caballo, pero él mismo tenía que poner el freno a su cabalgadura; quizá esto le divertía.

He aquí, pues, al muchacho de diez años que saca la bestia de la vieja caballeriza, como lo hicieron sus antepasados; sube a la silla y parte: es el joven amo; el criado que le abre la puerta del jardín se cuadra, con la gorra en la mano le dirige un "Buenos días, señor barón", al cual el muchacho responde llevando ligeramente la fusta a la visera de su gorra y diciendo con una voz de niño: "Buenos días, Gustavo". Lo tutea, pero el servidor lo trata ya de usted. En cuanto al servidor, todos lo tutean, abuelo, padre e hijo. Si el niño va hasta el río, cruzará el rebaño de carneros que pasa entre la polvareda del camino, haciendo oír el fru-fru de los vellocinos que se rozan. El pastor lo saludará así como los habitantes de la aldea, pues todos, hombres y mujeres, saben que sus abuelos pertenecían a los amos. Los más ancianos nacieron en la servidumbre, y no lejos, en la tierra rusa, ¿acaso no son aún siervos? ¿Qué había cambiado en el fondo, desde que el campesino prusiano había sido emancipado en 1807?

De espíritu romántico, el hermano menor de Hindenburg describirá la impresión que da la propiedad de Neudeck, por lo menos, llama a todos al trabajo temprano por la mañana y a medio día. Llamaba al trabajo al campesino con su mujer y sus hijos, cuando el joven Hindenburg, de diez años de edad, abandonaba la casa a caballo, y su hermano hablará de la infatigable campana que, desde hace un siglo la oirá aún en su vejez y no podrá imaginarse que alguna vez deba cesar en su llamado a la labor. En cuanto a él, Hindenburg, seguirá siendo siempre el amo, el señor, a pesar de las labores inferiores que suele ejecutar él mismo, poner el freno a su caballo, por ejemplo; y todavía será el señor cuando instruya algunas docenas de reclutas o mande algunas centenas de soldados.

Si hacia 1860 el hidalgo paga al campesino por el trabajo que realiza, esto no es, sin embargo, sino una escasa limosna dada como antaño por la sola voluntad del amo. En esa época, el poder de éste era suficiente para hacer imposible la vida en su distrito a un campesino indócil. Por lo demás, aún hoy día lo es.

Sólo el hidalgo puede levantar la voz en el país, tiene derecho de justicia sobre sus gentes y si el fisco lo agobia a contribuciones, dispone de medios suficientes para aplastarlo a su vez. Es el hidalgo el que instala al sacerdote y al preceptor, fija los salarios y reina en el distrito administrativo, gracias a personajes abnegados: su primo, que es el subprefecto y su tío, presidente de la provincia.

Es protegido por el hombre poderoso entre todos, por el rey que reside en su castillo en Berlín. Pero esto se debe a que a su vez el hidalgo protege al rey contra el pueblo.

A este rey, fuente misma de la vida, hay que permanecerle fiel porque su mano se extiende protectora sobre el señor, y éste sigue siendo su vasallo mientras puede contar con tal protección. Al rey es a quien los padres han jurado fidelidad cuando han salido de la escuela de Cadetes para ingresar al ejército como oficiales de caballería o como tenientes de un regimiento de infantería de la guardia.

A ellos les ha reservado el rey los más grandes privilegios en el Estado, y si a veces le han puesto mala cara, no han tardado en volver a las mutuas concesiones y al acuerdo primitivo, no escrito, sino jurado, que quiere que el rey y el noble se honren y se ayuden a fin de evitar los amotinamientos de los burgueses y campesinos. ¿Pero no es preciso también que olviden las nuevas ideas que esos locos de los franceses han lanzado al mundo? Por eso los hidalgos proclaman:

"Obedeceremos a nuestro buen rey
"mientras haga todo lo que queramos".

El abuelo tenía más de ochenta años cuando Hindenburg, muy niño, se sentaba en un taburete junto a él, a escuchar las historias que éste le contaba. El anciano tenía un rostro amable, mucho más que el padre, y cuando hablaba de Napoleón, el niño era todo oídos. Después de la comida, el abuelo se iba a fumar su pipa en uno de los dos largos canapees del salón, fijando sus miradas en los cuadros de familia colgados en la muralla.

Desde el día en que había heredado Neudeck, a la edad de treinta años, había vivido aún cincuenta años en esa propiedad por la cual había abandonado el ejército siendo todavía joven y renunciado a la gloria militar que, por lo demás, no lo había acariciado con sus rayos. Ni la angustia de la patria lo había hecho acudir a las armas cuando sólo tenía treinta y seis años y, mientras el rey se veía obligado a huír y el enemigo ocupaba el país, él permanecía en sus tierra. Y el anciano cuenta a sus nietos cómo fué a ver al gran Napoleón al castillo de Finkenstein para obtener el alivio de las requisiciones impuestas a su distrito; pero el malvado francés lo apostrofó duramente, diciendo que ante todo debía alimentar a sus tropas. En ese tiempo los señores franceses llegaron hasta Neudeck y por la ventana de la pieza bajo el frontis se lanzaron algunos disparos. Cuando los nietos interrogan al anciano acerca de los descoloridos retratos que adornan los muros, él les cuenta, tomando de tiempo en tiempo un poco de rapé entre el pulgar y el índice, que la casa de Beneckendorff ha perdido a veintitrés de sus hijos, en el curso de los siglos, en las batallas en Brandeburgo y en Prusia. Dice que uno de sus antepasados fué canciller de un príncipe elector, y que otros llevaban la charretera bajo el reinado de Federico el Grande.

Pero los padres de esos padres se remontaban hasta los antepasados que poseían cerca de Quedlinbourg el castillo fuerte que en la época de la Reforma los campesinos sublevados tomaron por asalto; era una época horrorosa, cuyo retorno no se puede temer hoy.

Los pequeños, preguntan el origen de su apellido: **ben** significa patíbulo, **ecke** es la encina, la encina de la justicia que llevan en sus armas, y en sus jóvenes corazones se imprime el sentimiento de tener desde los tiempos más remotos el poder y el derecho de alta y baja justicia.

Quieren saber en seguida lo que significa: Hindenburg. La corza morena, la Hindin, delante del árbol verde que se ve en el blasón encima de la puerta es, en efecto, una corza, pero la palabra significa también Hund, de donde vie-

ne la expresión Hunderschaft, centuria, y al lado se ve el árbol de la justicia.

El apellido indica, pues, un jefe de centuria y un señor justiciero que tiene gran poder de dominación. Pero solamente desde hace sesenta años, dice el anciano indicando con su bastón otro retrato, solamente desde hace sesenta años se llaman Hindenburg.

Pues, cuando el último vástago de los Hindenburg, el coronel que llevaba este nombre sintió próximo su fin, legó sus dos propiedades, la de Neudeck y la de Limbsee a sus parientes de Beneckendorff, con la condición de que llevasen su nombre y su blasón al mismo tiempo que los suyos propios.

En 1789, el rey se dignó acoger la petición, pero la propiedad de Limbsee pasó desgraciadamente a las manos de los Dallwitz, quienes la han conservado. ¿De quién había recibido las propiedades el último Hindenburg? — Del rey, naturalmente. — ¿Pero era tan valiente? — Por cierto, pues en un día de batalla, cuando cabalgaba al lado del gran Federico, una bala le rompió la pierna. Era durante la guerra de Siete Años. Por su pierna rota y por la bala que sin duda iba destinada al rey, éste se dignó graciosamente obsequiarle las dos propiedades.

El anciano pide a los niños que le traigan una cajita, les indica dónde están las llaves y pide sus lentes. Con la precaución cara a los ancianos abre el cofre y les lee una vieja hoja de papel cuyos pliegues gastados atestiguan su antigüedad. Los niños, que saben leer, miran por encima de su hombro y siguen con los ojos sobre el documento los últimos pensamientos del hombre cuyo nombre llevan y cuyos bienes han heredado.

"Soy muy poco digno de la gracia y de la bondad que tú, ¡oh, Señor!, te has dignado conceder a tu servidor. No tenía más que un palo cuando franqueé el Vístula y ahora soy el señor de dos dominios. ¿Qué soy, Señor, ¡oh!, Señor? ¿Y qué es mi casa para que hayas obrado así y me hayas conducido aquí? Sé que mi Salvador vive, que me despertará cuando repose en la tierra y que seré de nuevo cubierto con mi carne, y que en verdad, con mi carne volveré a cer a Dios".

La abuela cuenta también sus recuerdos un poco diferentes de los relatos de su esposo, pero igualmente atrayentes para los jóvenes oídos que los escuchan. En la época en que el joven Hindenburg pasaba sus vacaciones en Neudeck, ella tenía setenta años y debía sobrevivir aún muchos años a su marido. Los Hindenburg y los Beneckendorff eran de estirpe sólida, sin nervios ni escrúpulos, que vivían al aire libre, exentos de toda fatiga intelectual, lo que explica sin duda la avanzada edad que alcanzaron en su mayoría, ochenta y ochenta y cinco años. Entre todos esos retratos de familia, sólo esa abuela Brederlow muestra una fisonomía interesante. Es una mujer hermosa, altiva, vigorosa, de ojos sombríos, de rostro aureolado de una especie de cofia blanca. Con una mano apoyada sobre la Biblia, observa al que la mira. Como los de su estirpe, ella es también fuerte, bien formada, y todo su cuerpo, de los pies a la cabeza, parece tallado en madera. A pesar de sus catorce maternidades, se mantiene todavía derecha como un cirio. Su aspecto es el que tendrá más tarde su nieto, el Mariscal.

Muestra a sus nietos la vieja casita donde entró como joven esposa a la edad de diecisiete años. Construyeron más tarde una casa grande. Aprendió a destazar bueyes y cerdos, a trabajar el lino de los campos y la lana de sus carneros. Ayudada por sus sirvientas tejía los vestidos de sus hijos.

Hace notar a los niños que a consecuencia de sus largos servicios, su mesita de trabajo ha perdido su barniz y les cuenta cómo, en la época de los franceses, hizo emplastos para los heridos con un cuchillo calentado al fuego. Uno de los franceses cuidado así se mostró durante mucho tiempo agradecido, pero otro, tomando de su canasto de tejidos una pequeña petaca de oro, cogió delicadamente algunas briznas de tabaco que se puso a sorber. Era muy joven entonces, pero no dice que era hermosa, agrega solamente que habiendo llamado a un criado, le ordenó que botara el contenido de la petaca: "Los franceses eran tan vanidosos", — concluye.

A veces, la abuela lleva a los niños a la capilla que visita de vez en cuando para ver si entre los muertos también todo está en orden. Les señala la tumba de la hermana del último Hindenburg, que les ha legado sus bienes. Antes de

morir, ella había arreglado sus funerales, precisando el sitio hasta dónde el preceptor y los niños debían acompañar el cortejo. Había legado una suma de quinientos taleros, cuya renta anual de cinco taleros debía servir de recompensa al preceptor por la enseñanza religiosa que daba a los escolares. Desde esa época, éstos cuentan que algunas noches la vieja Bárbara, calzada con espuelas de oro, recorre la propiedad a caballo en un macho cabrío. El legado no tuvo los felices efectos que de él esperaba la vieja señorita. Las autoridades que se reservaban los contratos con los preceptores modificaron la fórmula a su gusto: Si el maestro de escuela da satisfacción, recibirá a fin de año "una hermosa recompensa". El abuelo von Hindenburg estimó que eso era demasiado comprometerse y rectificó con su propia mano "una hermosa recompensa, pero cuyo monto no se fijó".

Esta historia, que sin duda la abuela no ha contado a los niños, nos ha sido transmitida por el hermano de Hindenburg, en un librito encantador.

Pero ciertas historias que se ocultaron a los niños y que los biógrafos del Mariscal han creído igualmente bueno callar, presentan algún interés por la luz con que aclaran las relaciones de los hidalgos y del rey: ayudas recíprocas indispensables a su poder y a su existencia.

No es que los Hindenburg fuesen más egoístas que los demás, y los detalles de su historia se encuentran en la de todas las familias de su condición.

Desde Federico el Grande, tres hechos en los cuales se mezcló esta familia, se mencionan en la historia de Prusia. El primero es la batalla de Kollin, donde Federico II sufrió una sangrienta derrota. El general de caballería que derrotó al gran rey venerado en todos los hogares prusianos, era un conde de Beneckendorff que, nacido en la época de los Hohenzollern, en Ansbach, prestó sin embargo, servicios en el ejército sajón y permaneció durante toda su vida orgulloso de haber dirigido la carga de caballería que decidió la suerte de la batalla contra Prusia.

Otro Hindenburg, nacido en 1873 en Reval, prestó sus servicios en Rusia, fué elevado a la dignidad de conde y al grado de general y creó la célebre policía del Zar, la futura Checa. Pues esa familia de hidalgos prestaban juramento y se batían por los príncipes que les prometían la gloria y la

fortuna, cualesquiera que fuesen las relaciones de esos príncipes con el rey de Prusia que, no obstante, era su legítimo rey. Así fué cómo hubo también, además del sajón y el ruso, un Hindenburg que en 1650 era camarero real del rey de Polonia, primero, y en seguida del rey de Suecia. Este Beneckendorff llevaba tres nombres que hoy día no estarían en olor de santidad en Alemania: se llamaba Israel, Kohn, Von Jaski.

El tercer hecho, el más notable, se refiere a la conducta de un primo del abuelo, el comandante Ernst von Beneckendorff que debía defender la fortaleza de Spandau contra los franceses. El 23 de octubre de 1806 prometió cumplir su deber "defendiendo la ciudadela para no entregar al enemigo sino sus ruinas", pero al día siguiente, convocó un consejo de guerra, en el cual todos los oficiales presentes, con excepción del capitán de ingeniería, Meinert, votaron "en atención al mal estado de los caminos y a la insuficiencia de municiones de la guarnición", por la capitulación. Este lamentable error no fué aceptado, y el comandante von Beneckendorff fué condenado en 1808 a ser pasado por las armas; pero fué agraciado por el rey, quien conmutó la pena de muerte en reclusión perpetua en una fortaleza del reino. Esta desagradable historia estimulará posiblemente el celo y el valor del joven que abrazará más tarde la misma carrera que ese pariente indigno. La traición de este Beneckendorff, cuya historia no ha dejado de conocer el joven Hindenburg, impulsó sin duda al Mariscal a restablecer la reputación guerrera de la familia que, desde el coronel herido al lado del rey, no había producido un héroe.

Otro episodio de los anales de la familia se remonta a una época más lejana. El caballero de la Orden Teutónica Beneckendorff había llevado consigo, en 1330, con ocasión de una licencia pasada en su país natal, unos caballos de silla para su uso personal. El Gran Maestre de la Orden lo censuró, pues un caballero no debía poseer nada en particular, e hizo colocar los caballos en las caballerizas de la Orden. El caballero concibió un despecho tan violento, que apuñaleó al Gran Maestre en el momento en que abandonaba la iglesia, después de la misa.

Esos hidalgos y sus mujeres iban en invierno en trineo a Berlín, a los bailes de la corte, hablando mal del rey a cual mejor, pero, sin embargo, después de la parada, pensaban en futuras batallas, vaciando su vaso de vino de Borgoña. Cuando partían a la guerra, haciendo así el oficio por el cual eran pagados, decían "¡que iban a morir por el rey".

A cambio de estos servicios, hidalgos y "caballeros de la alforja" sabían defender junto al rey sus intereses con una rudeza que a menudo parecía chantaje. Cuando habían obtenido una exoneración de impuesto para una parte de sus tierras, no tenían descanso hasta que su contribución fuese reducida todavía y considerablemente. El margrave o el príncipe elector no podía obligarlos a pagar lo debido, pues no tenía a su servicio sino a esos caballeros cuyos intereses estaban unidos. El príncipe codificó así la "soberanía señorial", ese derecho que colocaba al campesino bajo la autoridad absoluta del hidalgo. El rústico de Prusia, sujeto a impuestos y a servidumbre corporal, no se distinguía en mucho del negro de Virginia, fuera del color de la piel y el privilegio de no poder ser vendido ni muerto a voluntad del amo.

Aún hoy día, los bienes raíces de los antiguos hidalgos prusianos son llamados "dominium" (dominio) y no hace cien años, ningún campesino podía abandonar el dominio, casarse, escoger un oficio, vender una vaca, sin la autoridad de su amo. Este podía castigarlo, encarcelarlo, si había cometido alguna infracción a la ley o a las costumbres; si se conducía juiciosamente, tenía que entregar al gentilhombre variadas rentas: sobre el lino y el cáñamo, sobre el agua que iba a sacar al río, sobre la mecha que ardía en su lámpara, sobre el huerto que se extendía frente su choza. Se han contado setecientos cincuenta párrafos de derechos feudales impuestos a los campesinos en Prusia. En cuanto a los derechos del campesino, no le quedaba más que uno: el de rogar el domingo por sus amos.

Si el hidalgo no tenía otras relaciones con el campesino que las de amo a criado, no podía tampoco frecuentar a su gusto a los burgueses. Si entraba en una corporación, aunque fuese la de los sabios, o si casaba con una hija de pequeña burguesía, perdía sus títulos de nobleza.

El abuelo del Mariscal ejerció también esos derechos y gozó de esos privilegios en su juventud; ha contado a su nieto cómo fueron abolidos poco a poco. El anciano, asustado por los asaltos de la democracia contra la nobleza, no pudo dejar de inculcar al joven Hindenburg ciertos principios: al mismo tiempo que el orgullo de casta, la necesidad de no confiar los cargos de oficial sino a los nobles, para ahogar toda revuelta de abajo.

En sus escritos, Federico II dice que "el nombramiento de oficiales que salen de la burguesía es el primer paso hacia la decadencia del Estado". Cuanto más se hizo sentir, bajo la presión de los pueblos extranjeros que rodeaban el reino, la necesidad de tener un ejército sólido, tanto más los hidalgos vieron aumentar su poder y su influencia, crecer su fortuna por las donaciones de tierras y propiedades en el Este; los nuevos capitanes nobles fueron también interesados en una sociedad de fabricación de armas, pues cada nueva compañía que los reyes-soldados ponían en pie, valía a esos oficiales una nueva propiedad. De ahí el espíritu guerrero, el gusto por el pillaje y finalmente la fidelidad al rey.

Esta nueva nobleza de cuerpo de guardia (Dienstadel), que constituía la tercera parte de la aristocracia prusiana y obedecía en conjunto al rey, representaba, con el soberano, el elemento dominante y distinguido del Estado, mientras que burgueses, campesinos, sabios, profesores, músicos, artesanos y obreros representaban una masa bastante despreciable o al menos inferior. Esas gentes de poco valor, a lo sumo buenas para pagar impuestos, no hubieran convenido para desempeñar un papel dirigente en el Estado o en el ejército. Se llamaba a esos muchachos "carne de cañón" desde que Federico Guillermo I había creado una especie de servidumbre militar, impuesto de la sangre establecido gracias a su "sistema cantonal". Este era el servicio militar obligatorio para sus súbditos que no podían rescatarse, y a este título, Federico Guillermo I merece el nombre de primer organizador del servicio militar obligatorio en general. Después de la tercera repartición de Polonia, Prusia creció con nuevos territorios donde se encontraron reclutas tan ignorantes que hasta los hidalgos, los "Junker", eran más civilizados que ellos.

Esta casta gozaba del privilegio exclusivo de ocupar los cargos de oficiales en el ejército; los hidalgos no tenían ninguna concurrencia, excepto, en sus propias filas, la del talento y de la energía. La suprimieron obligando al rey a respetar "la antigüedad". Algunas decenas de familias de quienes el Estado era el gran proveedor avanzaban en la jerarquía según el principio de las anualidades, y si por casualidad un oficial salido de la burguesía se intercalaba en la lista, se concedía al noble un grado de favor, saltaba por encima del plebeyo al igual que el caballo en el juego de ajedrez.

El ejército aumentaba y al mismo tiempo las entradas de los hidalgos. De la suma fija que el rey hacía entregar por la "caja de guerra" al jefe de compañía para pagar el sueldo, el vestuario y el alimento de los soldados, los oficiales obtenían un hermoso beneficio.

Enviaban a sus hogares, durante largos meses, la mayor parte de sus hombres, recuperando así sus gentes afectas a la gleba que durante sus "licencias" cultivaban los campos de los señores. Estos hacían confeccionar uniformes estrechos, para economizar en la tela; suprimían las sobrevestas, cortaban las mangas de las casacas, anotaban en sus listas de forraje nombres supuestos, de tal manera que el Mariscal von Boyen podía decir en 1780, hablando de los oficiales hidalgos prusianos: "Ya no son soldados, son tenderos usureros". Ni el gran Federico pudo nada contra ellos, y cuando después de las guerras, hizo salir de las arcas del Estado veinticuatro millones de taleros para la reconstrucción de las regiones devastadas, las ciudades y los campesinos recibieron una parte mínima, la mayor parte del dinero fué a encerrarse en las arcas de los hidalgos. Curiosa coincidencia; sucedió exactamente lo mismo en 1930, cuando, bajo el nombre de "Osthilfe", la República aprobó socorros para los habitantes de la Prusia Oriental, de Mecklemburgo y Pomerania.

Los hidalgos, que habían sido los amos durante varios siglos, se convirtieron en intrigantes políticos de primer orden. En 1811, el barón von Stein obtuvo la liberación de los campesinos, pero no pasaron cinco años antes de que los hidalgos supieran privar de sus nuevos derechos a sus siervos "liberados". El reinado de esos "nobles" duró cuatrocientos años: en el curso de esos siglos, ningún rey, ningún gobierno logró acabar con su arrogante insolencia, ni sus trapacerías.

Nadie ha comprendido mejor el carácter de los "Junker" que el barón von Stein, que no les iba en zaga desde el punto de vista del número de los antepasados y de su mérito, pero que, cristiano y noble en el sentido exacto del término, no exigía de los reyes, de los príncipes y de los señores, menos que de los burgueses. Este hombre de Estado escribía en 1808: "La nación encuentra insoportable a la nobleza prusiana porque es numerosa, a menudo pobre, codiciosa, exigente, implora los puestos bien retribuídos, las funciones lucrativas, los privilegios y las ventajas de toda clase. Una de las formas de su indigencia es la falta de educación y la necesidad de contentarse con la insuficiente instrucción dada en las escuelas militares de Cadetes, finalmente la incapacidad de desempeñar honorablemente funciones superiores en el Estado... Y el gran número de estos hombres de educación y de instrucción mediocre, gentilhombres y funcionarios a la vez, tenían pretensiones insensatas que costeaban sus conciudadanos".

Pero el barón von Stein, a quien toda la nobleza prusiana detestaba de todo corazón a causa de su integridad, debió también arriar pabellones ante esos irreductibles adversarios. La cólera de los burgueses y de los campesinos contra esos parásitos iba creciendo hasta la exasperación, pero conscientes de su impotencia, los desdichados caían pronto en una completa apatía. Cuando en 1806 algunos de esos "gentilhombres" entregaron a Napoleón, por traición o por cobardía, el país y las ciudades fortificadas, la alegría del pueblo fué sin límites. Asistió radiante a la derrota de los "hidalgos empenachados" (Federbüsche).

Cuando en noviembre de 1918, el pueblo, exasperado, arrancó las escarapelas y las charreteras de esos mismos hidalgos, creyó quebrantada la dominación de esa casta. En ambos casos, el pueblo se engañaba.

A veces, sin embargo, el cruzamiento—bastante raro— de hidalgos y de burgueses, dió verdaderos jefes y esas "malas alianzas", a menudo felices, produjeron caracteres en que se encontraban las cualidades de los padres: Birmarck, Gneisenau, Bülow, tenían madres burguesas, y se elevaron

por encima de sus iguales gracias a la formación más intelectual que debían a sus orígenes burgueses.

Hindenburg también cuenta plebeyos entre sus ascendientes, y sus biógrafos alemanes, bastante confundidos, han creído deber velar esta "tara" hablando de esa madre "hija de soldado", cuyo padre era un médico general de división. Ni el Mariscal ni su hermano, que se extienden largamente en sus memorias sobre sus antepasados aristocráticos, dicen una palabra de su ascendiente materno. Solamente después de la muerte de Hindenburg, Peter von Gerhardt, distinguido heraldista, ha señalado en sus cuadros genealógicos de los alemanes ilustres la condición burguesa de la madre del Mariscal. Han aparecido, para el uso de la juventud, numerosos libros sobre Hindenburg: ninguno de ellos hace siquiera alusión a la existencia de esa madre plebeya. La abuela de Hindenburg, que llevaba el apellido burgués de Schwickhardt, no habló a los niños sino de las guerras napoleónicas, contándoles entre otras cosas cómo su marido, que era médico, había estado presente en el paso del Beresina. Sin embargo, esas familias, todas de una perfecta honorabilidad, no tenían ninguna razón para avergonzarse de su origen plebeyo.

Entre los antepasados burgueses de Hindenburg se encuentran albañiles, urdidores, pescadores de arenques, cordeleros, herradores, pastores; la mayoría son católicos de la Alemania del Oeste que no emigraron sino bastante tarde hacia las provincias orientales. El más interesante de estos antepasados fué el bisabuelo del Mariscal, el granadero Schwickhardt, pues, antes de él, ninguno tenía la estatura gigantesca de Hindenburg: los hidalgos del lado paterno eran todos de baja estatura. Este "gran" antepasado fué enrolado en el ejército sobre todo gracias a su talla imponente; medía 1,86 m. y sirvió en la guardia de Federico el Grande. Durante treinta y nueve años fué granadero, abandonando el servicio, se hizo sepulturero y, siendo católico, ejerció su oficio en un cementerio protestante de Berlín. Estos pequeños burgueses oportunistas en todas las circunstancias, adoptaban la religión que les parecía más conveniente, al igual que los hidalgos que servían al señor de quien esperaban más ventajas. Todos esos ascendientes son realistas con blasón o sin él. El granadero había casado con cierta María Puhlmann, costurera agregada al personal de la princesa Guillermina .El heraldista agrega: "No ha sido posible establecer cuándo ni dónde el granadero Schwickhardt casó con la costurera. El hijo del granadero — o al menos el hijo de su mujer — nacido en Potsdam en 1733, y al cual se dió el nombre de Juan Francisco, aparece en el registro de la iglesia de la guarnición, como hijo natural, mientras que la misma observación agregada al nombre de Cárlos Luís, nacido en 1780, abuelo del Mariscal, ha sido borrada hace mucho tiempo".

Este último, que fué médico, y más tarde médico militar, tomó en la batalla de Kuln librada contra Napoleón en 1813, el mando de una compañía y recibió de su general, como recompensa por esta hazaña militar, un cofre de plata para su futuro matrimonio. Este detalle es el único que sus nietos militares cuentan de su abuelo; se refiere al único día de su vida en que mató hombres, cuando pasó el resto de su existencia cuidándolos.

Los dos abuelos de Hindenburg se encontraron probablemente a veces en el castillo de Potsdam: uno, el gigante, se colocaba a la entrada en posición firme y presentaba armas, cuando el otro descendía de su carroza para asistir al baile de la corte. Una de las bisabuelas lavaba la ropa que la otra, invitada al castillo, llevaba al día siguiente ante la reina.

Sus abuelos, el teniente, más tarde comandante von Hindenburg, y su mujer, la hija del médico, fueron los que enseñaron a los niños, llevados de una guarnición a otra, la historia sagrada, los rudimentos de geografía y un poco de francés, "pero ante todo, — dice Hindenburg en sus Memorias, — enseñaron a los niños a dar su corazón al más fuerte sostén de la patria, es decir, a la monarquía prusiana".

Al igual que los abuelos, también los padres contaban a los niños sólo historias de guerra — a menos que los dos hermanos Hindenburg, hablando de sus años de infancia, hayan olvidado las demás, y no hayan guardado recuerdo sino de éstas. Cuando Hindenburg tenía un año, en 1848, la revolución estalló en Posen, donde había nacido; todos los oficiales se sintieron amenazados: "Cada uno de ellos eran señalado a un asesino que, llegado el momento, debía realizar su obra. Cuando mis padres salían por la noche, un

individuo de cara patibularia, los seguía ocultándose a la sombra de los árboles". Y cuando todo el mundo tuvo que iluminar para celebrar la revolución victoriosa, la madre fué a una pieza que daba al patio, se sentó junto a la cuna del niño: "Hoy día es el aniversario del nacimiento del príncipe de Prusia (1) — pensó — y los faroles de las ventanas de la calle, brillan en su honor".

Estos recuerdos contados a los niños en su primera infancia, hicieron germinar en su corazón sentimientos de odio contra el pueblo insurrecto. Ponían una pasión ardiente en luchar contra todo lo que atacaba a la autoridad del rey y a su casta, y a todos los que, enamorados de la libertad, habían adoptado la bandera negra, roja y oro. Al mismo tiempo aprendián que en ciertas circunstancias era necesario plegarse a las exigencias del adversario. Si se encienden los faroles como lo hizo la madre preocupada en aquel día de revolución, la conciencia no tiene nada que reprocharse, si por una restricción mental se admite que las antorchas arden en honor del príncipe.

Los muchachos veían diariamente a su padre instruir soldados y si se juntaban con pequeños camaradas, debían abandonarlos apenas se habían hecho amigos. Esta vida errante de guarnición en guarnición no les parecía desagradable sino sometida a una ineludible fatalidad, y cuando preguntaban tristemente por qué debían partir, abandonar los lugares que les eran familiares y los amigos que les eran queridos, se les respondía: el rey lo quiere.

En la continua inquietud de una infancia que no les permitía apego a ninguna cosa, su verdadera pequeña patria, el único rincón estable en la inestabilidad de su vida, era la propiedad familiar de Neudeck, que también significaba para ellos "las vacaciones". Después de la muerte del abuelo, el padre del Mariscal se había retirado a ese dominio, en 1863, pensionado después de treinta años de servicios. Allí los niños eran dichosos, pues sentíanse a la vez libres e investidos de cierta autoridad, siendo los jóvenes amos; observaban a su padre en sus relaciones con la servidumbre: era ese un ejemplo que debían seguir.

(1) El futuro Guillermo I.

Debido a que a su padre había heredado ese solar, había podido servir como oficial en un regimiento aristocrático, ganando poco en verdad, pero seguro del porvenir y al abrigo de la necesidad. Habíase retirado a esas tierras a la edad de cincuenta años, poco provista la escarcela, pero investido de una autoridad casi absoluta y, en suma, el único señor en su dominio, después de Dios y el rey.

Habiendo conservado sus funciones civiles, el padre del Mariscal no había hecho la guerra y cuando obtuvo su retiro, encontró en su ambiente la situación preponderante que tenía antes de su nombramiento. Esa existencia era arreglada de una manera aparente u oculta por el rey. El rígido principio gerárquico que hacía del hidalgo alternativamente el amo y el servidor, se presentaba al adolescente bajo el aspecto concreto de un hombre: el rey, a quien había que sacrificar su vida si era necesario, y al cual se debían todas las alegrías de la existencia.

El hijo mayor, robusto, sano, manifestó oportunamente su predilección por la carrera en que el hombre es alternativamente el superior y el subordinado. A los once años, abandonó la vida civil para seguir el oficio militar que debía hacer de él, por derecho de nacimiento, un oficial de la guardia.

Sin embargo, penosos debieron ser los adioses en que el muchacho de once años, ya serio, abandonaba la casa paterna, pues antes de su partida, hizo su testamento. Este es indudablemente auténtico, pues el texto original del documento existe. Repartía sus juguetes entre sus hermanos y hermanas y pedía que se continuase dando todos los días a un camarada pobre un pequeño pan blanco para el desayuno. "Certifico con mi firma que soy verdaderamente yo quien ha escrito estas líneas". Y en un ángulo de la hoja, agregó estas palabras: "Pido que me dejen en paz para siempre".

Este conmovedor codicilo que no es completamente de un testador avisado, pone en relieve el rasgo esencial de su carácter. Quiere la tranquilidad, nada de agitación a su alrededor; con esto goza de una salud prodigiosa: he aquí los fundamentos que han servido de base a su existencia plácida y flemática.

III

Hasta la edad de diecisiete años, los cadetes eran instruídos en ocho establecimientos militares de Prusia, terminaban en seguida sus estudios en la Escuela de Cadetes de Berlín, refundida en 1717 y trasladada a la capital por el reysargento para dar energía a su hijo "afeminado", el futuro Federico II que, en su juventud, sólo demostraba desdén por todo lo militar.

A esos establecimientos militares enviaban las familias nobles a sus hijos, con excepción del mayor; los menos ricos colocaban allí a menudo a toda su descendencia masculina, pues los alumnos egresados eran enrolados a los dieciocho años en el ejército con el grado de teniente. Libres de todo gasto, los hijos de esas familias aristocráticas no costaban nada a sus padres, mientras que un estudiante vivía a expensas de su padre por lo menos hasta la edad de veinticinco años. Un hidalgo sólo ingresaba a la diplomacia o a una carrera liberal si era enfermizo.

La entrada al cuerpo de cadetes no presentó al joven Hindenburg un porvenir dorado, sino simplemente seguro. Para elevar esta existencia monótona por encima de la rutina diaria, se dió a entender al joven que pronto iba a tener la situación más alta y la más honorable en el Estado: iba a llevar la charretera que solamente la cábala de la nobleza podía lograr.

Mientras que el cuerpo de oficiales prusianos había alcanzado su más alto valor de 1780 a 1890, había permanecido, no obstante, en escasa situación económica, pero su pobreza encontraba su compensación en el honor de servir. Amos absolutos del país, aceptaban una vida estrecha. Este "honor del oficial" — que no hay que confundir con el honor militar, — era celosamente vigilado, y se crearon "consejos de honor" y "tribunales de honor" llamados a perseguir los delitos de opinión al igual que la Inquisición.

El cuerpo de oficiales era una verdadera corporación, aunque no era una corporación libre. Cuanto más se cultivaba en ellos el sentimiento de casta, tanto más se acentuaba su desdén por el pueblo. "Las relaciones directas y

personales de los oficiales con el rey, su fidelidad de vasallo con respecto al señor,—escribe Hindenburg en sus Memorias — llenaban toda su vida y los indemnizaban de muchas privaciones materiales... Las palabras "sirvo al rey" tenían para ellos una significación y un brillo muy particulares".

Cuando Hindenburg ingresó al cuerpo de cadetes en 1859, la mayoría de los oficiales del ejército prusiano eran de la nobleza. Los individuos de origen burgués no eran admitidos bajo ningún pretexto a las funciones superiores, ni en el Estado ni en los regimientos aristocráticos. De 2.900 oficiales, 1800 salían de las escuelas de cadetes y 2.000 eran nobles; proporcionalmente al número de familias aristocráticas de Prusia, no debería haber habido sino 80. Los nobles eran veinticinco veces más numerosos que los plebeyos. Ningún general salía de la burguesía. En el primer regimiento de granaderos de la guardia a pie, los 85 oficiales propiamente dichos eran nobles, los 6 médicos jefes que tenían rango de oficiales eran de origen burgués. En aquel mismo año 1859, había en el primer regimiento de la guardia, en Francia, 94 oficiales, de los cuales solamente 11 eran nobles. En Prusia, la cuarta parte de los 68,000 nobles percibían sueldos del presupuesto del departamento de la guerra; éste estaba, pues, encargado de mantener a los gentilhombres necesitados y ociosos. Hacia 1900, sucedió que un oficial de origen burgués llegó a general; fué ennoblecido inmediatamente.

El desdén que en las escuelas de cadetes se demostraba al pueblo, es descrito en la biografía de Roon: "El cuerpo de cadetes vivía aislado, en una atmósfera moral a la cual no tenía acceso ninguna de las grandes ideas generosas del siglo. Se ponía a los cadetes en guardia contra las aspiraciones ideales de las corporaciones liberales de estudiantes y se trataba de bobería su amor a la libertad... Partidario convencido del absolutismo, Roon despreciaba los sueños de emancipación del pueblo alemán; tres días antes de la abolición del régimen monarquista autoritario, en marzo de 1848, decía del pueblo insurrecto que no se trataba, sino de "los excesos" de algunos obreros borra-

chos y sobornados; el Parlamento de Francfort no era para él más que una "ménagerie política".

Hacia 1860, los cadetes eran educados en el mismo espíritu. Se despertaba sobre todo su desconfianza con respecto al simple soldado. Un barón de Manteufel declaraba que se vivía en 'una situación política intolerable; la suerte de Prusia y de la reyecía dependía más o menos de la buena voluntad de 50.000 rústicos". Los buenos sentimientos que se encontraban en los cadetes, solidaridad y buena camaradería, son virtudes que pueden hacer más agradable la existencia, pero de las cuales no se puede vivir; por lo demás, no eran ésos los sentimientos que se trataba de desarrollar en el alumno. El principio de la educación era: "Sabed obedecer para saber mandar". Se exigía una obediencia absoluta hasta el desaparecimiento completo de la personalidad; se provocaba así en el joven el deseo de mandar; los días, los años penosos que se pasaban en la escuela, parecían soportables porque los alumnos se imaginaban el momento en que ellos mismos serían llamados a mandar, aunque fuera una escuadra. Esta educación esparciata era dada a los niños de la nobleza, que se consideraban entonces como privilegiados, marcados del sello divino. Desde entonces, las humillaciones no eran sentidas como tales, y el cadete sobre el cual sus jefes derramaban su cólera en gritos guturales y lo hacían arrojar al calabozo podía decirse a pesar de todo: Pertenezco a la "élite" de la nación, estoy cerca de la cúspide de la pirámide real.

Así la Escuela de Cadetes instruía a sus alumnos en el mandato por medio de la obediencia; repudiaba todas las ideas capaces de formar caracteres independientes y cubría todo con la palabra "servir". Se daba así al cadete un carácter especial, que no era el del "miles gloriosus", sino el del soldado-servidor. La concepción del deber y del valor era sabiamente inculcada a los alumnos, diciéndoles que debían consagrar su vida al rey y a la patria. Como el rey reinaba por la gracia de Dios, se restablecían las relaciones medievales del trono y del altar, el servicio del rey era elevado al rango de un acto religioso, se levantaba la escala que conducía a Dios. "Las ideas — escribía Hindenburg en sus Memorias — que he adquirido en la gran escuela del deber en el ejército alemán... encuentran su coronación en este aforismo: El deber está antes que el derecho, y siempre, y sobre todo en los días de angustia, debemos atenernos a esta divisa: todos para uno, uno para todos".

Este aforismo que recuerda las reglas de las órdenes religiosas — con la diferencia de que en Prusia Dios era reemplazado por el rey — demuestra cuán ciega debía ser la obediencia. El cadete no asumía sus responsabilidades sino frente a sus inferiores, la autoridad del jefe lo cubría. Con estos principios de educación moral, las escuelas de cadetes han producido excelentes hombres para el servicio. Cuando por naturaleza tenían espíritu creador, debían ocultarlo cuidadosamente hasta que, más tarde, en el Estado Mayor General, pudiesen desarrollar sus talentos. Y se comprende por qué la Escuela de Cadetes no ha producido jamás sino jefes de segundo orden.

¿Cómo se pasaba el día en esas escuelas? ¿Cuál era esa vida que Hindenburg llevó durante siete años, exceptuando las vacaciones?

A las seis de la mañana, en un dormitorio frío y desprovisto, la campana hace saltar de los lechos estrechos y duros como tablas, a una treintena de cadetes que van a lavarse con agua helada, se ponen rápidamente sus trajes y se precipitan al patio para la primera hora de gimnasia, molestados por las primeras órdenes que retumban en esos edificios vacíos y sonoros. A partir de este momento, esos niños no tienen un instante de reposo; durante quince horas consecutivas van a ser atropellados, pues una prisa infernal parece haberse apoderado de los maestros que aceleran los movimientos y dan a los jóvenes la impresión de estar constantemente bajo el efecto de una catástrofe inminente. No tienen un minuto de reposo que les permita entregarse a la meditación, a la reflexión. En el refectorio deben tocar rápidamente sus alimentos: sopa de harina, mantecada cortada en finas tajadas; a una orden, hay que colocar los platos alrededor de la sopera; en seguida tragarse rápidamente su pitanza. Todo esto no debe durar más de tres o cuatro minutos. "Los jóvenes cadetes —

escribe el hermano de Hindenburg — debían esconder en una caja el pan que lograban economizar durante las comidas; colocaban esta caja sobre las rodillas a fin de que el oficial de servicio no la viera. Este pan era puesto en seguida en la sopera común y mezclado con la sopa de harina para formar una especie de "papilla". Las comidas debían ser absorbidas en un abrir y cerrar de ojos, las salas de refectorios eran glaciales, y todas las cartas de los cadetes, sólo hablan de las vituallas y del buen calor que hay en sus casas. El joven Hindenburg no hace excepción a la regla y antes de partir a vacaciones, hace saber a su madre cuáles son los platos con que querría regalarse durante su estada en la casa paterna.

La enseñanza se da en salas ocupadas por seis u ocho cadetes, se inspira en los programas de los liceos, pero los profesores son oficiales; sólo el limosnero es un "semi-oficial". Las piezas desprovistas no contienen, fuera de la mesa de trabajo y los armarios, sino una pequeña estufa de hierro colado, un reloj de pared, una escupidera y el retrato del rey. Cuando un oficial superior entra a la sala, todas las sillas son violentamente echadas hacia atrás y el más antiguo de los cadetes grita, o más bien aúlla: "¡Cuadra ocupada por ocho cadetes! ¡Los ocho cadetes están presentes!" Se cierran los libros con un chasquido sonoro, el oficial abre un armario, lo inspecciona para ver si los cuatro casilleros de que dispone cada cadete para sus asuntos está en orden. En el segundo casillero están dobladas las guerreras, con el forro para afuera y las mangas vueltas hacia el interior. En el tercero se encuentran los efectos de tela cruda, igualmente doblados. Finalmente, en el cuarto, las escobillas, el peine y los útiles necesarios para coser.

El casillero superior del armario es el rinconcito en el cual la imaginación del cadete puede darse libre curso, pero dentro de límites determinados. Allí es donde se encuentran las chucherías, las fotografías, las conchas, los recuerdos de todas clases.

A la edad de trece años, en una carta dirigida a sus padres, Hinderburg escribe: "Voy a arreglar mi armario de la manera siguiente: sobre la tabla del fondo, pegaré una gran águila prusiana, en el medio, en una pequeña elevación, colocaré al viejo Federico con sus generales, a sus pies, una tropa de húsares negros, todo protegido por una cadena detrás de la cual colocaré cañones. Delante de esta cadena, dos garitas y dos granaderos de la época de Federico el Grande, pero estos últimos objetos me faltan todavía; cuento con la Navidad... y las estrenas..."

Si el menor objeto no está en el lugar que debe ocupar, sea perpendicularmente, sea paralelamente a las paredes, el oficial arroja al suelo todos los efectos del armario y el cadete debe volver a colocar rápidamente todo en orden. Durante la operación, el oficial insulta con groserías al delincuente. Si un alumno ríe, si un cuaderno presenta una mancha de tinta, el culpable deberá, como castigo, tomar de su armario el anaquel en que están colocados los objetos frágiles o los soldados de plomo, hacer movimientos de flexibilidad de las extremidades inferiores, con una pierna de un compás fija entre sus dos talones juntos y la otra punta tocando la parte inferior del dorso, teniendo a la vez en equilibrio perfecto la tabla sobre la cual nada debe moverse. Si tiembla, el compás lo picará, ora arriba, ora abajo.

Tres veces al día deben los cadetes lustrar sus botas y los botones de metal de sus guerreras. En el ejercicio, el oficial se acerca a un alumno, lo inspecciona, comprueba que puede mirarse en cada botón, tira uno que le parece menos firme, lo da vuelta hasta que lo ha arrancado. Súbitamente, todo el mundo debe abandonar el patio al galope, subir a las piezas y reaparecer cuatro minutos después con otra tenida. El oficial, con un doble decímetro en la mano, mira si la corbata negra en el interior del cuello sobresale en un centímetro y medio, como es el reglamento, o en dos centímetros, lo que es castigable.

Los aullidos, las carreras desordenadas, los gritos, confunden a los cadetes, los mantienen constantemente sin aliento y temerosos. No se oyen más que órdenes: ¡Firme! ¡Por la derecha, alinearse! ¡Cabeza recta! ¡Primera compañía, firme! ¡Descansen! ¡Firme! ¡Descansen!

A la voz de mando de firme, todos los pies deben formar un ángulo de 85 grados y no de 90. Al mando de "manos a la costura del pantalón", el dedo del medio debe quedar sobre la pestaña. Se debe sacar pecho, entrar el vientre, tener el mentón sobre la corbata, los ojos fijos, derecho

delante de uno, los hombros caídos, el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante. Durante el ejercicio, en columnas de pelotón, ocho pasos de distancia; para rendir los honores, tres pasos antes, y tres pasos después del paso del superior con la mano en la visera, rápido. En tres minutos hay que lustrar dieciocho botones, de manera que relumbren, pero cuidado con que haya una mancha de polvos de lustrar en el paño. Se hace correr a los cadetes, se les envía a buscar algo, cambiarse de uniforme, correr a través de pasillos y escaleras, y todo se hace militarmente: se va a la iglesia en filas, con paso rítmico, e igualmente al paseo. Es preciso que todo se haga al segundo, al milímetro, nada debe ser fácil ni cómodo, hay que mantener a toda esa gente jadeante, en una continua tensión de espíritu, como si se tratase de transmitir una relación urgente sobre el enemigo. Los desdichados vacilan sobre sus piernas, están aturdidos, asustados, sus manos están húmedas, tienen rabia, pero... deben obedecer... y callarse.

Por la noche, tienen media hora para escribir una carta que pasará por la censura; óyese el tambor: se dirigen al dormitorio caminando acompasadamente, en tres minutos deben estar en el lecho, los efectos dispuestos sobre una silla. El silencio absoluto es de rigor. El oficial de servicio puede vigilar el dormitorio por una mirilla; a medianoche hace irrupción en la pieza y si encuentra un pantalón mal doblado, arroja toda la instalación y el muchacho, en camisa, debe volver a colocar todo en orden.

"¿Es extraño — escribe el hermano — que el joven Hindenburg, al fin de sus vacaciones, no haya querido abandonar la casa paterna y haya exclamado, llorando: "No quiero volver allá, nunca, nunca?"

Pero poco tiempo después escribe una carta a sus padres y les comunica una noticia sensacional: el Kronprinz ha visitado la escuela: "Era la primera vez que la mayoría de nosotros veíamos a un miembro de la familia real. Nunca habíamos levantado las piernas tan alto como ese día en que desfilamos con paso de parada delante del príncipe heredero".

He ahí en qué forma expresa el cadete su fe en la divinidad que adora: el rey.

A la edad de dieciséis años, le es dado ver al monarca en carne y hueso, en la Escuela Superior de Cadetes, en Berlín-Lichterfelde. La primera vez, sólo lo divisa de lejos, como conviene a un creyente. Como paje de corte agregado al personal de la reina viuda, recibe un reloj que llevará durante su vida. En seguida escribe: "Entonces me fué dado ver, por fin, en las paradas de primavera y de otoño, a mi gracioso señor, el rey Guillermo I".

Después de su primer examen de oficial, en que fracasaron muchos de sus camaradas, los elegidos fueron presentados al rey, y en su correspondencia habla de ese inolvidable instante. En las cartas de esos jóvenes, no se hace la menor alusión a Bismarck, el personaje más considerado de toda Prusia; no se habla más que del rey y de los príncipes. La desconfianza de los jóvenes hidalgos con respecto a su audaz congénere se manifiesta ya en ese silencio. En cuanto a la inteligencia y el espíritu, que es de buen tono despreciar, el cadete Hindenburg, que sólo tiene dieciseis años, ridiculiza agradablemente a su hermano menor que gusta de leer y reflexionar; se burla de "sus estudios eruditos... y espero — dice — que renuncies a la ambición de ser consejero áulico o gentilhombre lugareño y que te consagres al oficio de las armas".

A la edad en que, por primera vez, en calidad de más antiguo de la cuadra, tiene el derecho de mandar y ya no solamente la obligación de obedecer, uno de sus camaradas hace de él un retrato bastante simpático: "Severo para consigo mismo, benevolente, es bueno con sus subordinados. Todos los nuevos se sienten en seguridad, protegidos por él; no sucede lo mismo en todas las cuadras. A menudo termina sus amonestaciones con estas palabras pronunciadas gravemente: No olvidéis que queréis ser oficiales".

"Personalmente desprovisto de humor, sabe apreciar, sin embargo, el buen humor y una buena brama... además, está compenetrado de la importancia de su glorioso oficio".

He ahí la vida del adolescente, a los diecisiete años, cuando por primera vez resuenan las trompetas guerreras y cuando tres de sus camaradas, mayores que él, parten a la guerra, a Dinamarca. Sabe que han tomado parte en el asalto de los reductos de Düppeln. Uno de ellos devolvió

su uniforme. "La guerrera que llevaba en el asalto — escribe Hindenburg a sus padres — la lleva ahora un suboficial a fin de que la tengamos constantemente a la vista. El príncipe Carlos ha contado que después del asalto, nuestro camarada preguntó a un bombardero si estaba fatigado, a lo cual el soldado respondió: "¿Cómo habría de estar fatigado cuando nuestros oficiales son tan valientes y nuestros jóvenes cadetes están siempre adelante? El rey ha ordenado que todos estos hechos sean consignados en los archivos de la escuela".

Con este buen humor en anécdotas significativas en que el honor, el valor y el entusiasmo se ponen en relieve, el joven Hindenburg ve en un principio la guerra... No hay que extrañarse de que desee otra; no la esperará por mucho tiempo.

Apenas el joven subteniente de dieciocho años se ha probado su primer uniforme de oficial de la guardia, ante el espejo del salón de Neudeck, bajo la mirada crítica y escrutadora de sus padres, orgullosos y preocupados a la vez, recibe su orden de movilización. En efecto, estamos en 1866, y Birmarck ha decidido hacer masacrar a los alemanes por otros alemanes. Algunas semanas antes del comienzo de las hostilidades, Hindenburg deberá tomar parte en una ceremonia solemne, comparable a la pronunciación de los votos de un monje: prestará el juramento de fidelidad a su rey.

Este juramento era nuevo. Los alemanes no conocían el juramento a la bandera en las épocas en que la guerra era hecha por mercenarios libres. Estos no prestaban juramento sino por la duración de una campaña determinada, comprometiéndose simplemente a observar la disciplina; los emperadores y los reyes no recibían el juramento de fidelidad perpetua ni de los oficiales ni de los funcionarios. El juramento temporal era libre; el que no quería prestarlo porque su jefe no le convenía, podía abstenerse. Cuando el imperio se desmembró, cuando los príncipes obligaron a sus súbditos al servicio militar, el contrato desapareció y los príncipes cambiaron entonces la naturaleza del juramento; transformaron el juramento libre en un juramento obligatorio: el juramento a la bandera. Los sacerdotes rodearon este acto de un rito sagrado para inspirar al soldado un santo terror a la cobardía y la deserción.

Hindenburg juró: "Yo, Pablo Luis Juan Antonio de Beneckendorff y Hindenburg, ante Dios omnisciente y todopoderoso, juro servir a Su Majestad el Rey de Prusia, mi augusto soberano, fiel y lealmente en todas las circunstancias, ya sea en tierra o en mar, en tiempos de paz y de guerra, y en cualquier lugar. Juro no buscar sino el provecho y el bien de Su Majestad, y apartar de Ella perjuicios y detrimento, seguir exactamente los artículos del código militar y las instrucciones y órdenes que me sean dadas y comportarme como conviene a un soldado honrado, impávido, preocupado de su deber y de su honor. Lo juro tan verdaderamente, que espero en el socorro de Dios por Jesucristo y sus santos evangelios".

A los ochenta y cuatro años, Hindenburg recordaba todavía, en presencia de un visitante, esta prestación de juramento. Educado en la veneración del rey, penetrado de su honor de oficial y de su leal vasallaje, tomó parte en esa ceremonia atribuyendo a su símbolo su fuerza total; nunca la ha olvidado.

Por un cambio imprevisto deberá, a una edad avanzada, luchar contra este juramento prestado en su juventud con tanto entusiasmo.

IV

"Estoy maravillado del agitado porvenir que me espera, pues la guerra es para un soldado el estado normal; estoy sometido de antemano a la voluntad de Dios. Si debo perecer, es la muerte más gloriosa; una herida favorecería mi progreso, si vuelvo indemne, tanto mejor...

"Si debo describir los sentimientos que me asaltaron antes de la batalla, he aquí más o menos lo que experimenté: Primeramente cierta alegría de pensar que se va a oler la pólvora, en seguida un angustioso temor al preguntarse si se estará a la altura de su tarea como joven oficial. Cuando se oye silbar las primeras balas, se es presa de entusiasmo (algunos las saludan lanzando hurras); se eleva una corta plegaria, se piensa en los seres queridos dejados en el hogar familiar, se piensa en el viejo nombre que se lleva, y en seguida, adelante. A medida que el número de los heridos aumenta, el entusiasmo cede su lugar a cierta sangre

fría o más bien a cierta indiferencia frente al peligro. La excitación nerviosa sólo viene después del combate, cuando se ven a cada paso los horrores de la guerra, en sus formas más terribles. Soy incapaz de describir esos cuadros...

"Mi objetivo en el campo de batalla es alcanzado, es decir, he olido la pólvora, he oído silbar los proyectiles y toda clase de balas, de obuses, de metrallas... Levemente herido, soy un personaje interesante, he capturado cinco cañones... Pero sobre todo he reconocido la misericordia y la bondad del Señor. Gloria a Dios en el cielo, por toda la eternidad. Amén".

Todos los sentimientos del joven y fogoso oficial se encuentran en las cartas de las campañas de 1866 y 1870: profunda fe y fatalismo, sentimiento del deber y orgullo del nombre, exuberante alegría de la victoria, sentimientos de temor y de piedad a la vista de los moribundos. Después de la batalla de Saint-Privat, cuenta que siguió con su reloj todos los incidentes importantes de la lucha. En seguida, expresa su alegría cuando recibió su primera condecoración, condecoración que era preciso haber merecido verdaderamente en esta época: estos rasgos nos dan el retrato de un excelente oficial que no se siente tentado a exagerar sus méritos para hacerse valer. Una cosa vale ante todo para él: el "servicio", en el mejor sentido del término. La conciencia de pertenecer a una casta privilegiada, muy desarrollada en él, se manifiesta en una carta del joven oficial de dieciocho años después de la primera batalla: Ya es tiempo que un Hindenburg huela nuevamente la pólvora. Sobre este punto, nuestra familia no se ha distinguido mucho". En estas palabras se ve de qué manera el deshonor de Spandau lo atormenta todavía, aunque han transcurrido ya sesenta años desde el vergonzoso acontecimiento.

Después de la batalla de Königgratz — Sadowa — escribió: "Una bala ha atravesado el águila de mi casco y me ha rozado ligeramente sin hacerme una herida seria". El Mariscal ha conservado ese casco en su escritorio hasta el fin de su vida. Sus padres, que lo habían conservado antes, habían puesto en el agujero un papel con un versículo de la Biblia. El padre, muy piadoso, había tomado parte en la guerra es un azote para castigar a los humanos. Alabado ces a su mujer: "Oh, Dios mío, en tu mano la antorcha de

la guerra es un azote para castigar a los humanos. Alabado sea Jesucristo, que ha protegido a nuestro querido hijo de una manera tan manifiesta, librándolo de venir a estas salas donde el espanto se lee en todos los ojos y donde las lágrimas de angustia han corrido tan abundantemente y correrán todavía por mucho tiempo".

La madre recibía al mismo tiempo que la carta del padre, algunas líneas de su hijo: "La separación debe haberte parecido muy penosa, cuando el padre partió, pero te ha abandonado para cumplir una noble misión, caballeresca y cristiana. ¡Qué maravillosas circunstancias!: las heridas que el hijo pueda hacer al enemigo, las curará el padre, y sin embargo, ambos cumplirán con su deber".

Sólo un joven oficial honrado, descendiente de una raza de soldados, podía desconocer hasta tal punto el absurdo de esa concepción moral. En esta breve frase revelaba toda la paradoja de la guerra cristiana, pero ese hidalgo de dieciocho años era perfectamente incapaz de comprender la antinomia entre el mandato de Dios y el mandato del rey, y de optar por el uno o por el otro. En esa circunstancia vemos ya a Hindenburg llegar al límite extremo de su facultad de pensar y de sentir: sesenta años más tarde, tratará todavía de poner de acuerdo mandatos o deberes contradictorios, mandatos de Dios y mandatos del rey; deberes para con el pueblo y deberes para con el rey.

En el curso de los dos años de guerras de 1866 y 1870, se fijaron las bases de sus concepciones políticas. Ambas campañas habían llevado al joven oficial prusiano de dieciocho y de veintitrés años, de victoria en victoria. En la primera guerra, los alemanes del Sur, que eran el enemigo, llevaban los colores negro, rojo y oro. El odio a esos colores enseñado desde su más tierna infancia por sus padres en sus relatos de la revolución, debió concentrarse profundamente en su corazón cuando divisó esos colores democráticos y revolucionarios en el enemigo. Debía asestarles golpes mortales en 1866, y cuatro años más tarde tenerlos como aliados para luchar contra Francia. El absurdo de la guerra fratricida austro-alemana debía, en razón de la educación que había recibido, parecerle tan incomprensible como la antinomia entre el hijo que hacía disparar sobre los enemigos y el padre que atendía a los heridos. El deber era la

obligación suprema, el servicio un mandato, finalmente la orden del rey decidía y siguió siendo la obligación de toda su vida.

En 1871, Thomas Couture, que en Versalles encontraba simpático al joven y esbelto oficial, hizo de él un retrato encantador. Nos presenta a un joven de aspecto romántico, más viril que la imagen de las fotografías anteriores, pero sin ese aire autoritario que endurecerá sus rasgos cuando llegue a los treitna años.

Después de la batalla de Sedán, Hindenburg había ya cómo acostumbrado a los campos de batalla: "Hay que reconocer a los franceses una cualidad: se baten valerosamente... El combate ha sido bastante curioso en el sentido de que, apareciendo por el noreste, tuvimos que tener cuidado, en el curso de nuestros movimientos, de no pasar por el territorio belga". Llegará un día en que, de la decisión del estado mayor alemán sobre una cuestión semejante, dependerá el porvenir del Reich.

El joven teniente se encontraba cuatro meses más tarde en la Galería de los Espejos en Versalles, siendo encargado de servicio "para la coronación del emperador... A la una hay gran recepción y proclamación del Emperador y del Imperio hemos sido designados para asistir al banquete ". En esa época, su mirada se dirigía al rey y su corazón no palpitaba sino por él; cincuenta años más tarde, en sus Memorias, se siente todavía el entusiasmo que experimenta por su soberano, mientras que el nombre de Bismarck—como antaño ni siquiera es pronunciado. La ponderación con que habla de Sedán y de Versalles, abiertamente, sin ambages, demuestra cuán soldado y qué poco político es. Pero cuando París capitula, tiene una súbita explosión de alegría y escribe a sus padres: "Hurra, París ha capitulado".

V.

El joven oficial lleva dos condecoraciones sobre su guerrera; dos veces ha pasado con las tropas victoriosas bajo la puerta de Brandeburgo. Tiene la suerte de haber suprimido las etapas y realizado muy joven orgullosas esperanzas, en lugar de seguir una carrera lenta y sin gloria. Esta suerte le permite evitar la angustiosa situación de sus

camaradas más jóvenes cuyo progreso era incierto. A los veintitres años está saturado de victorias y de visiones de horror. Quizá nunca más ha deseado la guerra en el curso de su existencia. El período heroico de su vida ha terminado muy pronto. Durante los cuarenta años que siguieron, fué la existencia monótona del servicio cotidiano, la rutina, el oficio, la teoría, en resumen, el servicio militar en tiempo de paz. Todos los sentimientos y todos los pensamientos de este hombre debían dirigirse hacia los años de su juventud mientras aumentaba en cuerpo y edad. Salido indemne de varias batallas, su fe se encontró fortificada y si su espíritu sencillo y protestante no lo llevaba a creerse investido de una misión, podía considerarse, no obstante, como un hijo de la fortuna y predestinado al triunfo.

En la medida en que la brillante gloria de esas guerras se amplificaba en su memoria con el correr de los años, su manera simplista de pensar llegaba a las alturas que le eran accesibles, social y políticamente; debía necesariamente ver en los acontecimientos de 1870 el apogeo del poder alemán y agregar al espíritu conservador, común a todos los hidalgos, el espíritu conservador particular al hombre en la plenitud de su vida sentimental. Había visto al emperador de los franceses entregar su espada, a París capitular, a su rey elevado a la dignidad imperial; todos estos acontecimientos los había visto a la edad en que el entusiasmo es tácil. Partiendo de esta cima, ¿cómo podría haber reconocido los peligros que corría el Imperio, descubierto las seducciones del poder y del dinero en el cuerpo de oficiales y en la dinastía misma? Durante cuarenta años la vida interior de este oficial giraba alrededor del sol de aquel día en que le había sido dado entrar a caballo, como triunfador, en la capital conquistada al enemigo hereditario.

Una prueba de la atonía espiritual en que se complació durante los cuarenta años que siguieron, la proporcionan sus Memorias; consagra en total veinte páginas a este período. El rey y la bandera son símbolo que bastan a su sensibilidad, y, semejante en esto a Guillermo, ve siempre en el emperador al rey, y en la bandera negra, blanca y roja de Alemania, los colores negro y blanco de Prusia. La de Prusia es la única bandera del universo que no tiene colores: negro y blanco, bandera correcta que yuxtapone fría-

mente el día y la noche. El astuto Bismarck había explicado al rey los colores alemanes: había agregado a los colores del reino de Prusia, el rojo de los pabellones rojos y blancos de las ciudades hanseáticas y de los Holstes. Hindenburg siguió siendo prusiano de todo corazón; no podía sospechar entonces la difícil situación en que se encontraría sesenta años más tarde, cuando debería optar por el Reich alemán, contra Prusia.

Su matrimonio a la edad de treinta y dos años, con la hija de un general es el único acontecimiento notable de este período de cuarenta años. Fué un matrimonio feliz y el afecto de aquélla con quien casó, dulcificó su existencia durante cuarenta años, en el curso de los cuales, nada, ni amistad, ni viaje, ni estudio venían a embellecer las horas grises del servicio militar. Su carácter tranquilo se confirma en el curso de los años; se ha profundizado, y poco a poco sus rasgos revelan mayor parecido con los rasgos distinguidos de su abuela paterna, su cabeza toma una forma fuerte, cuadrada, mientras que su mirada revela, por una expresión de campesino martagón, la astucia, útil herencia de los antepasados pequeños burgueses del lado materno.

Después de 1871, Hindenburg llevó la monótona existencia del oficial de tropa, y, al igual que sus camaradas, no tuvo la ocasión de distinguirse.

Ascendió grado por grado hasta general de división, pero ninguno de sus biógrafos ha podido descubrir un documento, una idea o un proyecto suyo digno de ser señalado. No se distingue por talentos personales, pero no es imperioso, ni altivo, ni ceñudo como muchos de sus camaradas; todos los que se han acercado a él, elogian su paciencia, su sencillez y su imparcialidad, así como su valor como jefe y organizador. Nunca está agitado ni inquieto, pues no tiene nervios; pero es sólido, sencillo, a la manera de un grabado en madera. "Su severidad — escribe uno de sus camaradas — se manifiesta menos en sus palabras que en su actitud y en sus ojos, que toman a veces una dureza particular. . . Cuando, durante una revista, el juicio de un jefe ha sido demasiado severo, sabe atenuar la censura, o al menos reducirla a poca cosa. Había dado a su caballo favorito, un alazán dorado, el nombre de "Paciencia".

Nunca fué un jefe brutal para con sus hombres, sino por el contrario, un buen padre, de una bondad muy patriarcal, como con sus gentes en sus tierras. Aunque era general, enseñaba a los bisoños el manejo de las armas, y el arte de deslizarse en una trinchera ocultándose detrás de un obstáculo para ponerse a cubierto.

Pero era implacable en las cuestiones de tenida, y, si en tiempos de calor veía un cuello o una corbata desordenados, vituperaba al hombre, no admitiendo ninguna infracción a la disciplina. Si no hubiese sido un excelente oficial, no habría sido escogido como comandante de C. de E., donde, para veinticuatro plazas, había siempre cuarenta y ocho candidatos generales de división. Obtuvo este puesto, aunque sin fortuna, plebeyo por su madre, sin protección en la Corte, y desprovisto del sentido de la intriga, habiendo sido siempre más apegado al espíritu de casta que ambicioso.

Comandante de cuerpo de ejército hacia la edad de cincuenta y cinco años, tuvo en Magdeburgo, delante de la puerta monumental del palacio destinado a sus servicios, las dos garitas que cuando cadete había deseado poner delante de sus soldados de plomo en su armario. Sus atribuciones militares lo colocaban, desde el punto de vista de las precedencias, antes que el primer presidente de la provincia, funcionario civil; le permitían gozar, con su robusta salud, de todos los placeres y de todas las comodidades de un gran señor, lo cual halagaba sus sentimientos aristocráticos.

En esta elevada situación, bastante peligrosa bajo un rey joven y fogoso, su paciencia se hizo proverbial lo mismo que su flema. En las grandes maniobras y paradas imperiales, más temibles para un general prusiano que una campaña, supo desempeñarse brillantemente y satisfacer a su amo pronto a los cambios de humor y a los caprichos. Era capaz de dormir sentado en una silla, en una sala ruidosa, y de despertar fresco y ágil a la primera señal. Un día en que el general von Bernhardi, en las grandes maniobras, se complacía en toda clase de consideraciones sabias, Hindenburg, siempre flemático, dijo simplemente: "Si, pero en la guerra no sucede así".

En la mesa de oficiales, ante un vaso de vino o un jarro de cerveza, no es enemigo de una buena chanza,

hasta es el primero en reír, sin admitir, sin embargo, una broma de mal gusto.

No obstante, su carrera no pasó exclusivamente en la tropa; durante ocho años fué agregado al Gran Estado Mayor, cuyo acceso, difícil en razón del examen de admisión, era reservado a los oficiales de nota. Cuando en 1873—1876, Hindenburg, alumno de la Academia de Guerra, se preparaba para las pruebas del concurso, el programa acababa de ser reformado a fondo. El estudio del armamento, la historia de las guerras y el derecho militar ocupaban en él un lugar más amplio, la historia de la literatura era reducida a la mitad, y la filosofía completamente eliminada.

En sus Memorias, Hindenburg consagra cuatro páginas a estos ocho años—1885-1893—pasados en Berlín en una época agitada. No frecuenta ni a los hombres políticos ni a los sabios, entre los cuales los oficiales del Gran Estado Mayor encontraban, sin embargo, la mejor acogida; no congenia más con las otras partes de la sociedad. Bismarck, a quien los hidalgos detestaban y a quien terminaron por derribar, debió parecerle tan inquietante y antipático como a sus amigos. Se negaba o se olvidaba en los círculos militares que era él quien primero había dado a los oficiales la ocasión de sacar la espada: "No es él, sino la espada prusiana — decían — la que ha fundado el Imperio". No obstante, el mundo entero hablaba entonces de esa obra gigantesca y de su creador.

Bismarck era un suscriptor y fiel lector del diario ultra conservador "Kreuz-Zeitung". Hindenburg permaneció también durante sesenta años fiel a esa gaceta. En esa época, Bismarck no estaba en olor de santidad en los círculos protestantes que lo acusaban de "laicizar" las escuelas, de favorecer el matrimonio civil, de manifestar en general una debilidad culpable frente a todas las teorías sociales más o menos sospechosas de liberalismo, de humillarse ante el Parlamento y de hacer participar al pueblo en el gobierno. Pero la envidia no era extraña a esos reproches y sospechas. Pequeño hidalgo prusiano, Bismarck habíase convertido en príncipe y millonario. Esta extraordinaria ascensión debía despertar la envidia de los de su casta, y Bismarck no tuvo pelos en la lengua para decir en sus Memorias lo que pensa-

ba de estos "Junker" envidiosos y hostiles. Nadie, en el Gran Estado Mayor, veía los peligros que corría en caso de guerra ese Imperio poco sólido, ni monarquía constitucional, ni monarquía absoluta, sino Estado propiamente bismarquiano, en el cual los derechos de la casa de Hohenzollern eran hereditarios, pero no el genio de Bismarck. Nadie preveía que ese Imperio edificado por un dictador, debía compartir la suerte de todas las dictaduras: el derrumbe, la derrota, la muerte. Una mera casualidad difirió en veinticinco años el fatal desenlace.

El gran Estado Mayor veía la situación de Alemania desde un punto de vista bastante especial: "La paz de Francfort puso fin sólo en apariencia a la lucha entre Alemania y Francia. Se habían depuesto las armas, pero la guerra continuaba en estado latente. Uno de los adversarios inventaba un fusil de tiro más rápido, una pieza de artillería de mayor alcance, proyectiles más eficaces... el otro, al cabo de algún tiempo, descubría y fabricaba un fusil de tiro aún más rápido... El que quería tener voz en el capítulo de Europa y del mundo, no podía dejarse distanciar mucho por esos dos estados..."

Esta exposición es la de un general que pasaba por uno de los más notables de esa época, el conde Schlieffen, que, jefe del Gran Estado Mayor, era en todo contrario a su predecesor, el viejo Moltke. A Moltke se dirigía la admiración de Hindenburg, cuando lo encontró, anciano de ochenta años, a la cabeza de los servicios del G. E. M. Moltke era taciturno, no despegaba jamás los labios; esto era suficiente para que agradase a Hindenburg. Schlieffen, bajo cuyas órdenes había servido Hindenburg durante mucho tiempo, Schlieffen que lo guió en sus estudios, no es mencionado en sus Memorias; se sabe que Hindenburg sentía una profunda antipatía por este brillante jefe de espíritu de inventiva.

Pues Schlieffen, mordaz, irónico, mundano de maneras de gran señor, era la antítesis viviente de Hindenburg; espíritu creador, fué un hombre que sabía hablar y escribir, tipo siempre sospechoso para el alemán medio y a quien se toleraba porque se necesitaba, sin embargo, un hombre de espíritu amplio en el Gran Estado Mayor. "Delante de todo oficial que aspira a llegar a ser un gran ca-

pitán — dice Schlieffen en unos de sus escritos — hay un libro abierto intitulado "Historia de la Guerra", cuyo primer capítulo relata la lucha entre Caín y Abel, mientras que el último capítulo que se detiene en la toma de los conventos de Lisboa (el último acontecimiento de esa época) está lejos de ser terminado. Debo reconocer que su lectura no siempre es interesante ni divertida... pero sin embargo, se descubren en ella hechos importantes".

¿Cómo habría podido Hindenburg encontrar simpático a un general que hacía tan hermosas frases y que además formulaba ciertas exigencias como ésta: "El Comandante en Jefe debe tener talento... es preciso que sienta en él una chispa divina... Moltke ha dicho: el talento es el trabajo. Esta es la opinión muy razonable de un hombre de guerra que durante sesenta y cinco años ha trabajado con entusiasmo y que, solamente en el ocaso de su vida, derrotó a dos grandes potencias".

Exigir de un general que hubiese en él "una chispa divina", eso no podía agradar a Hindenburg. Antaño había estudiado problemas de estrategia, al igual que todos los oficiales, pero durante los ocho años que pasó en el Gran Estado Mayor, no se ocupó, ni habló ya de ellos sino incidentalmente, con ocasión de las maniobras y de los Kriegsspiele (juegos de guerra), en que estas cuestiones entraban en las atribuciones de un jefe de tropa. En Berlín lo emplearon en tratar cuestiones de detalles técnicos. Menciona como "una de las más importantes funciones que se le confiaron, la redacción de un reglamento para las tropas del cuerpo de ingenieros sobre la intervención y el empleo de la artillería pesada en la batalla en campo raso".

VI

A pesar de todo, Hindenburg, oficial superior que tomaba a pecho su oficio, pensaba como todos sus camaradas en la próxima guerra; encontraba en las discusiones y revistas de la gran casa roja de la plaza Real (1), dos pro-

(1) Edificio de ladrillos rojos del Gran Estado Mayor, en Berlín.

blemas que preocupaban a los estrategas del Gran Estado Mayor. El primero era el siguiente: en caso de guerra sobre dos frentes, al Este y al Oeste, ¿se deberá pasar a la ofensiva o permanecer en la defensiva? Schlieffen era un resuelto y apasionado partidario del ataque:

"Haced la guerra ofensiva, como la hicieron Alejandro, Aníbal, César, Gustavo Adolfo, Turena, el príncipe Eugenio y Federico. Leed la historia de sus ochenta y tres campañas, releedla e imitadlos: ese es el único medio de llegar a ser un gran capitán... No busquéis triunfos parciales, dad golpes decisivos, que aniquilen al enemigo. Mal hayan las guerras que se eternizan hasta que las fuerzas de un pueblo sean consumidas por las del adversario... Las guerras que se prolongan en duración son imposibles... en una época en que la existencia de las naciones depende de la marcha ininterrumpida del comercio y de la industria, y en que todo el complicado movimiento de la organización nacional, detenido por la guerra, debe ser puesto de nuevo en marcha por una rápida decisión. Una estrategia de agotamiento es inadmisible cuando el mantenimiento de millones de hombres exige un gasto de miles de millones de marcos".

Pues bien, en la gran casa roja, nadie estudiaba la economía nacional en tiempos de guerra, nadie se preocupaba de ella.

El segundo problema que estudiaban los oficiales del Gran Estado Mayor se refería a una nueva idea de Schlieffen, que, en una guerra sobre dos frentes, buscaba la decisión sobre el teatro de las operaciones del Oeste. El plan del viejo Moltke preconizaba una defensiva en el Oeste, al abrigo de las fortalezas alemanas levantadas contra Francia, mientras que en el Este, en la ribera derecha del Vístula, los rusos debían ser batidos en un formidable ataque de los ejércitos alemanes. Estos planes habían sido derribados completamente por Schlieffen. Como las fortalezas francesas obstaculizaban el avance de un ejército alemán, pretendía terminar rápidamente la guerra con una gran batalla de desbordamiento del ala derecha y un ataque general sobre la línea aproximativa Verdun-Lille. Para realizar este plan, el ala derecha debía ser tan fuerte como fuese posible, mientras que en Alsacia no dejaba sino cuatro briga-

das y media, en Lorena, tres cuerpos y medio de ejército. Todas las reservas — Landsturm y Ersatztruppen — debían reforzar el ala derecha, y esas fuerzas reunidas debían avanzar hacia el eje de esfuerzo Norte-Sur sobre París. Todo dependía de la rapidez, tres días ganados o perdidos debían decidir el resultado de la guerra.

Para acelerar el movimiento se necesitaría sin duda pasar por Bélgica, probablemente también por Holanda. Nadie parecía darse cuenta exacta de los posibles resultados de semejante plan de campaña. Bismarck sabía que en caso de ataque a la neutralidad belga, Inglaterra tomaría las armas; sus sucesores lo olvidaron. ¿La despreocupación o el orgullo determinaron al Gran Estado Mayor a no discutir esta cuestión con los dirigentes políticos del Imperio? Se enseñaba entonces en la Academia de Guerra de Berlín un axioma extremadamente peligroso: "Nunca hay que permitir a la política — decían los profesores de estrategia — ejercer una influencia cualquiera sobre la conducta de las operaciones de guerra".

"Para atacar a Francia — escribía Ludendorff en una memoria secreta de 1912 — habrá que violar la neutralidad belga. Sólo pasando por el territorio belga se puede esperar atacar al ejército francés en campo raso y derrotarlo. Nos encontraremos con el cuerpo expedicionario inglés y, si no logramos entendernos con Bélgica, encontraremos igualmente ante nosotros a las tropas belgas. A pesar de todo, esta operación es más favorable que un ataque de frente contra las fortificaciones francesas del Este. Semejante ataque nos obligaría a dar a la guerra el carácter de una guerra de posición, costaría mucho dinero y privaría al ejército del impulso y de la iniciativa que necesitará tanto más cuanto mayor sea el número de los enemigos que hay que combatir".

Estas graves palabras que preveían ya la guerra con Inglaterra, debieran haber sido entonces seriamente discutidas entre el Emperador, el canciller, y el Gran Estado Mayor. No fué así.

No se puede acusar al Gran Estado Mayor. En efecto, en el mundo entero, aún en Baviera, el jefe del estado mayor general está colocado a las órdenes del ministro de la Guerra, y por lo tanto, del gobierno. Durante la guerra,

en los países de la Entente, el gran jefe fué a veces destituído. En Prusia no era responsable sino ante el rey. La historia mostrará más tarde de qué modo esta monstruosidad, que data de la época de Bismarck, fué una causa de conflicto con el parlamento, condujo durante la guerra la dirección del ejército a la dictadura e influyó así directamente sobre el resultado de las operaciones. Bethmann-Hollweg, canciller, recibió al principio de la guerra la orden de "tomar las disposiciones políticas necesarias conformes a las exigencias del plan de campaña definitivamente acordado y fijado. El gobierno no tomó parte en el establecimiento de este plan". En un estado militar, el plan de campaña es "fijado". Alemania no fué movilizada tomando en cuenta las condiciones particulares de la coalición enemiga sino según el plan de Schlieffn, que, preparado desde hacía veinte años, dormía en un armario de hierro de la casa roja.

Perfectamente nos explicamos el aislamiento deseado del Gran Estado Mayor pensando en el desdén que éste profesaba por los civiles por una parte — entre los cuales estaba el gobierno — y por el derecho de los pueblos, por otra parte. Un profesor alemán (1) demostrará cómo juzgan hoy los círculos autorizados de la república alemana los actos del Gran Estado Mayor: Este profesor, extrictamente "nacional" escribe: "La invasión de Bélgica es una medida completamente independiente de la actitud propia de este país;... Schlieffen había intentado aún la violación de la neutralidad holandesa. El acto de violencia de Alemania sólo habría encontrado justificación si gracias a él, la guerra, después de una batalla decisiva inmediata, hubiera sido corta. La injusticia se habría transformado en suprema justicia, si el triunfo nos hubiera dado la razón".

Esta concepción de moral política se apoyaba en el derecho y la historia, tales como los profesores alemanes los enseñaban; por eso la nación aplaudió no solamente la ocupación, sino también la toma de posesión total de Bélgica.

(1) Johann Hohlfeld, 1926.

Estaba indignada de que el rey Alberto no se hubiese sometido pura y simplemente a la voluntad de Alemania y se hubiese atrevido a desafiar al Emperador en una carta de un orgullo inimaginable — que la historia calificará de inmortal.

VII

El poco caso que los militares hacen del "simple civil", la escasa estima en que un oficial del Gran Estado Mayor tiene a un "simple diplomático" son fenómenos que se observan en el mundo entero, y sólo un gran valor moral de los "civiles" puede volver a los hombres de guerra a una más justa apreciación de los valores. El gran jefe militar considera al ministro de Relaciones Exteriores como una especie de libretista, bueno a lo sumo para someterle un proyecto sobre el cual bordará los arabescos de su arte; llegada la ocasión, cambiará el proyecto a su gusto si tal es su deseo.

En Alemania, esta oposición natural se debe a la gran antítesis que opone el espíritu al Estado y que ha provocado una verdadera escisión, creando dos Alemanias distintas; esta misma escición se podría seguir a través de cuatro siglos, de Erasmo a Freud. La burguesía alemana demuestra por la política una indiferencia que ha provocado el derrumbe del Imperio, y en seguida de la República; este defecto no se debe a un vicio constitucional del alemán, a una falta de sentido político, pues es tan maligno como otros pueblos más avanzados en política; se debe solamente a la atrofia de un órgano que no ha funcionado desde hace siglos. El predominio del elemento militar es la trágica consecuencia de la distancia que separaba al pueblo de los Príncipes-Soberanos... y de aquéllos que los rodeaban y los protegían.

Cuando el Príncipe da a los hidalgos los puestos más elevados en el ejército y en el Estado, porque no tiene confianza en la burguesía más liberal, y cuando este estado de cosas dura varios siglos, el burgués pierde al fin su interés por el gobierno, se ocupa de negocios, de arte, de su oficio o de ciencia; deja mandar a los hidalgos y se encuentra feliz, al fin de cuentas, de estar libre de toda responsabilidad.

¿Se puede exigir que una burguesía siempre mal vista por la aristocracia, luche por sus derechos, cuando ninguna guerra desgraciada turba su quietud ni destruye su bienestar? ¿Debe uno extrañarse del orgullo creciente de la nobleza cuando conserva celosamente sus conocimientos militares como fórmulas secretas de alquimia de las cuales el profano no puede ni debe comprender nada. Hasta la guerra nadie, con excepción de los oficiales, se ocupaba de ciencia militar, ni siquiera los historiadores; y aunque en el Estado militarizado, los burgueses, lo mismo que el pueblo, preveían una guerra de la cual dependía la vida de sus hijos, no por eso quitaron a la casta nobiliaria el cuidado exclusivo de preparr esta guerra.

Los buenos habitantes de Berlín como los provincianos de paso en la capital contemplaban con una desconfianza admirativa los edificios del Gran Estado Mayor rodeados de funcionarios, mientras que los oficiales ocupados en la casa lanzaban una desdeñosa mirada de desconfianza al palacio del Reichstag, que nunca les concedía bastantes honores ni bastante dinero. El ministro de la Guerra, que, en todos los países del mundo, se presenta al parlamento en trajes civiles para rendir cuenta de su actividad, subía a la tribuna del Reichstag haciendo sonar sus espuelas y arrastrando su sable. Y pedía siempre nuevos créditos. Pero era admirado secretamente por aquellos mismos que se atrevían a hacerle oposición. Tres meses antes de las hostilidades, en 1914, el ministro de la guerra von Falkenhayn, lanzaba desde lo alto de la tribuna estas orgullosas palabras con un tono rudo: "Si los progresos de la ciencia debieran llevarnos a no poder ya iniciar una guerra con una plena confianza en nuestro ejército, no daría un comino por toda la civilización". Veinte años después, se oye el eco de estas palabras en el tercer Reich: "Cuando oigo pronunciar la palabra civilización, meto la mano al bolsillo y preparo mi revólver" — dice uno de los jefes del gobierno nacional-socialista.

En grado inferior al ministro de la Guerra, el General comandante de cuerpo, que durante todo el año no hacía otra cosa que inspeccionar la tropa, preparar maniobras, dirigir Kriegsspiele y ocuparse de la movilización, recibía con un ceño no disimulado y el gesto de condescen-

dencia de un superior, al primer presidente de la Provincia (Oberpräsident) que tenía más o menos en lo civil, la misma situación que el general en lo militar. Esta jerarquía se continuaba en las filas inferiores, de manera que el capitán estaba al mismo nivel que el profesor, pero tenía derecho de precedencia en los salones. El teniente era el héroe ideal con que soñaban las jovencitas, como sueñan hoy con un primer galán de cinema. Hombres de fama universal levantaban en Alemania su prestigio haciendo grabar en sus tarjetas de visita: "Teniente de Reserva", y para tener una condecoración, hombres eminentes estaban dispuestos a toda clase de bajezas.

Sin embargo, algunas excepciones podrían haber inspirado a los oficiales del estado mayor un espíritu nuevo: El Mariscal Moltke había pasado largos años en Oriente; oficial instructor en Turquía, había ocupado sus ratos de ocio en estudiar, interesándose por las excavaciones, escribiendo novelas; el general von Podbielski fué diputado y ministro de Agricultura; Haushofer fué destacado al Japón y nombrado en seguida profesor de geografía; von der Goltz encontró un campo de acción en Turquía; otros aprovecharon su estada en China, durante la campaña, para estudiar; otros todavía, oficiales en las colonias, o adictos en las embajadas, fueron verdaderos intelectuales. Pero el general prusiano del tipo normal es representado infinitamente mejor por Hindenburg, quien escribió:

"Somos soldados, hombres sencillos, a los cuales no les es dado vestir sus sentimientos con hermosas frases conmovedoras. No escribo; la literatura y un mando militar son dos ocupaciones incompatibles. En regla general, el que está dotado para una, no lo está para la otra; ambas calidades no son conciliables. Entre la palabra y la acción hay diferencias esenciales. Una hazaña gloriosa vale siempre más que los artificios del espíritu, y aún hoy día es así. La presencia de ánimo, la firmeza de carácter, fueron siempre más apreciadas en el oficio militar que la delicadeza de los pensamientos".

Estos juicios que nos permiten penetrar en las profundidades del alma del que los escribió, nos muestran a un hombre que, según su propio juicio, ha nacido y ha sido educado para obrar como subordinado; es un hombre del

deber, un hombre concienzudo, que carece, según su propia confesión, de los elementos esenciales del espíritu creador. Pues las hazañas del simple soldado, sin ingenio y sin elocuencia, no se encuentran sino en los manuales de historia elemental, para el uso de la juventud. La historia de todos los grandes capitanes nos demuestra que la razón y el pensamiento, que la elocuencia y la imaginación entran por lo menos en su mitad, con el valor y la decisión, en el carácter de un gran conductor de hombres. Este desprecio de las cualidades intelectuales de que se vanagloriaba, determinó en Hindenburg, como en la mayoría de sus camaradas, una orientación política puramente autócrata y simplista, sin ninguna comprensión de los complicados rodajes de un estado moderno.

Esta educación implicaba el desprecio de la burguesía que detentado el dinero y el espíritu, debía, aún por una sola de estas dos razones, ser mantenida alejada de los puestos de mando. Ningún plebeyo podía ser oficial en un regimiento de la guardia, a un socialista le era imposible obtener siquiera un puesto de centinela nocturno. Pero nadie pensaba que los viejos regimientos activos, diezmados en el curso de las grandes batallas se verían obligados a reemplazar a los oficiales desaparecidos por reservistas plebeyos y hasta socialistas. Bismarck era sin duda el único hidalgo que a una edad avanzada, en conversaciones privadas, veía la república socialista extenderse sobre Alemania después de una guerra desgraciada; hasta designaba por sus nombres los tres partidos políticos que, treinta años más tarde, fundaron la república. Mientras que los socialistas, bajo la férula de Bismarck sufrieron en total más de mil años de prisión y de trabajos forzados en los procesos políticos, bajo Guillermo II, su número, en las elecciones pasó de un millón y medio a cuatro millones y medio, y el odio de los hidalgos y de los generales con respecto a los obreros aumentó cuando vieron que su manera de tratar a sus campesinos o a los obreros según sus costumbres patriarcales, no era ya admitida. Los generales contaban todavía con la influencia del cuartel para inculcar buenos principios al simple soldado que hacía tres años de servicios; en cuanto al oficial, se sabía que la instruc-

ción en las escuelas de cadetes permitía tener completa confianza en ellos.

Los hidalgos obtenían de sus propiedades entradas cada vez más escasas y ni siquiera pensaban en modernizar sus enseres agrícolas; continuaban igualmente apegados a sus viejas ideas políticas y consideraban como artículo de fe este dicho: "Sólo los fusiles pueden vencer la democracia", sin poder comprender que en un ejército nacional los soldados pudieran ser demócratas y a veces hasta socialistas. En su espíritu, el sub prefecto (Landrat), hermano del compadre del oficial y oficial de complemento él mismo, debía dominar la canalla y enseñarle a votar bien. Los campesinos no se dejaban ya tutear pero los hidalgos disponían de variados medios para vigilarlos y mantenerlos a la brida.

Los únicos civiles que el Gran Estado Mayor se dignaba frecuentar, eran los grandes industriales que trabajaban para la guerra; cuando bajo Guillermo II los dos grupos comenzaron a fusionarse mediante matrimonios, se vió disminuir el orgullo de casta de los hidalgos al contacto de una riqueza a la cual no estaban muy habituados. Con mucha razón, Hindenburg comprueba que "el antiguo cuerpo de oficiales prusianos no vivía en la opulencia".

La modestia de sus necesidades constituía toda su riqueza y eso estaba muy bien — agregaba.

Hindenburg, que no maltrataba ni a sus gentes en sus tierras, ni a los hombres de su compañía o de su división, debía permanecer sin embargo, en razón de su edad, de su origen y de los acontecimientos de su juventud, apegado a los principios patriarcales, siempre observados y seguidos en el círculo de su rey. Cuando el nieto del rey-soldado subió al trono, monarca agitado y ceñudo, Hindenburg y sus iguales reconocieron inmediatamente el peligro que representaba el joven emperador Guillermo, pero nadie en Alemania sospechó el peligro antes que ellos. En las memorias de esos militares, por ejemplo en la del mariscal Waldersee, a la sazón jefe del Gran Estado Mayor, se encuentra una proposición que ningún alemán, ningún socialista se hubiera atrevido a formular: habla simplemente de poner al Emperador bajo tutela.

Sin embargo, tan impregnados estaban esos hombres de sentimientos monárquicos que Bismarck hubiera temido, por cierto, su oposición, si alguna vez se le hubiese ocurrido desempeñar el papel de Pepino el Breve destronando al rey de los merovingios. Esta idea realista profundamente arraigada en el corazón de los antiguos cadetes, fué la que permitió a Guillermo II vencer a Bismarck. Durante la última conversación que el viejo canciller tuvo con el Emperador, le dió esta advertencia: "Podréis reinar sin temor mientras el cuerpo de oficiales siga a Vuestra Majestad".

Nunca se hubiera atrevido Hindenburg a cometer tal crimen de lesa majestad. Como paje de corte, había besado la mano de la reina Isabel; joven oficial había mezclado sus aclamaciones con las de los hombres que proclamaron emperador alemán al rey Guillermo, y cuando a los cuarenta años montó guardia de honor ante el féretro de su soberano, sintióse tan profundamente emocionado que pidió un pedazo de la loza de mármol sobre la cual habíase erigido el catafalco. Hasta su muerte conservó esta piedra gris sobre su escritorio, junto a su casco agujereado por una bala en Sadowa.

La antipatía de Hindenburg hacia el Emperador era recíproca.

¿Cómo un neurópata inquieto y fanfarrón podría haberse entendido con un hombre tranquilo, sencillo y sin artificios? Si el general taciturno soportaba mal las olas de elocuencia del amo, éste, baldado por la naturaleza, debía irritarse nada más que de ver la robusta espalda de su general. Hindenburg, descendiente de uno de esos gigantes, había heredado su talla. No obstante, a pesar de su antipatía, y fiel ante todo a la monarquía y a la bandera, Hindenburg nunca habría admitido las sugestiones de Waldersee.

VIII

¿Quién estaba más lejos del pueblo, el rey o los oficiales? Guillermo II, apasionado a la vez por el nacionalismo y el socialismo, fracasó a causa de este dualismo. Los oficiales se burlaban de las veleidades de su neurasténico soberano; golpeaban la guarnición de su espada y di-

rigían su plegaria al "Dios que hizo nacer el hierro". Como antaño, el cuerpo de oficiales protegía a su rey. Pero el rey temía a sus oficiales y se detuvo pronto en el camino que debía acercarlo al pueblo, pues se sentía más seguro a la sombra de las espadas. Un día, con ocasión de la prestación del juramento a la bandera, el Emperador dijo a sus tropas:

"El soldado no debe tener voluntad propia. Todos debéis tener sólo una voluntad: la mía... En nuestra época de desórdenes socialistas, pudiera suceder que os ordenase disparar sobre vuestro prójimo, sobre vuestros hermanos, sobre vuestros padres, de lo que Dios me preserve. Pero aún en este caso, deberíais obedecer mi orden sin murmurar".

Ningún oficial levantó la voz — ni siquiera discretamente — para protestar contra esas palabras de otra edad; muy por el contrario, eran los sentimientos del cuerpo de oficiales los que expresaba ese Emperador débil y pusilánime, para imponerlos. Era el soldado el que había hecho la grandeza de Prusia y no las artes ni las ciencias. No por efectos de la casualidad en ese pueblo de músicos el sentimiento musical decrece a medida que se va de Sur a Norte, mientras que el espíritu guerrero va siempre aumentando. En el Norte es el tambor lo que se oye, y el general von Bernhardi había expresado perfectamente el pensamiento del Gran Estado Mayor cuando en su libro celebró la guerra como la más alta expresión de la verdadera "cultura". El oído de Alemania estaba tan acostumbrado a esos ruídos guerreros, que ya casi no los oía; pero el mundo se asustó de ellos cuando retumbaron más fuerte que nunca algunos meses antes de la guerra.

En Saverna, pequeña guarnición alsaciana, un hidalgo, teniente de veinte años, insultó a los reclutas alsacianos y prometió un premio a quien derribara a un alsaciano recalcitrante. Habiendo llegado sus palabras a conocimiento del pueblo, unos escolares acechan al oficial, lo silban y se burlan de tal modo de él que tiene que hacerse acompañar en sus paseos por la ciudad por cuatro soldados armados. Esta guardia de corps destinada a protegerlo contra los muchachos y que lo escolta en todas partes termina por hacerlo ridículo. El coronel, hidalgo también, hace

salir del cuartel cincuenta hombres, con fusiles cargados, y bayoneta calada. La muchedumbre aumenta y murmura. El coronel hace enviar un ultimátum, feliz de la perspectiva de ver correr sangre. Se prohibe reír. Esto basta para ser arrestado y encerrado en la carbonera del cuartel. Al día siguiente los delincuentes comparecerán ante la justicia. Se detiene a un procurador del rey. Los muchachos toman las de Villadiego; sólo se logra coger a un zapatero paralítico al cual el teniente le asesta en la cabeza un sablazo tan violento que el desdichado se desploma.

Las altas autoridades militares reciben informes sobre estos incidentes, se conmueven, deciden intervenir, para "inspirar respeto a la chusma y demostrar la incapacidad de las autoridades civiles de Alsacia". El coronel-hidalgo recibe la orden de felicitar públicamente a su teniente, el general-hidalgo felicita públicamente al coronel, el ministro de la Guerra, hidalgo, felicita al general. Sin embargo, el Reichstag está tan indignado que vota — por primera vez en la historia del parlamentarismo alemán — una censura al canciller y al ministro de la Guerra, después de lo cual el Emperador expresa a sus dos hombres de estado su entera confianza. El presidente de la Policía de Berlín —también un hidalgo— demuestra jurídicamente en un artículo del diario conservador "Kreuzzeitung", la inocencia de los oficiales. En consejo de guerra, todos los oficiales son absueltos; solamente los tres reclutas que han tenido la lengua bastante larga para contar las palabras del teniente son castigados. El gobierno imperial de Alsacia es puesto en disponibilidad.

Esta farsa, contrariamente a las reglas del teatro, fué representada **antes** de la tragedia de la gran guerra, en lugar de ser representada **después**; un historiador filósofo podría haber reconocido en ella los pródromos de la hecatombe. El asunto de Saverna reveló la mentalidad de ese cuerpo de oficiales que no cuadraba con el espíritu de la época ni con los sentimientos del pueblo; no impunemente semejante espíritu se apodera del gobierno de un gran estado. ¿Cómo los jefes de ejército que iban a la guerra ese mismo año con tales sentimientos, podrían haber comprendido a sus hombres en las trincheras? ¿Cómo podrían éstos haber reconocido en ellos a sus jefes? ¿Y qué debía

suceder cuando esos jefes se apoderaran de la dirección de los negocios políticos y cuando en medio de los peligros un pueblo entero iba a ser conducido por hombres que aprobaban la absolución de Saverna? El ministro de la Guerra, von Falkenhayn, ganó, por su audacia y su ardor en ese asunto, el favor especial del Emperador. Sin la historia de Saverna, no hubiera sido nombrado, algunos meses más tarde, Jefe de la Dirección Suprema del Ejército.

IX

En esa época, Hindenburg había abandonado el servicio activo. En el curso de los cuarenta últimos años, había pasado regularmente sus licencias en Neudeck, donde habitaron primero sus padres y en seguida sus primos. Se había agrandado la casa, abierto ventanas en la pared delantera, y adquirido por matrimonio la propiedad vecina de Langenau. Cuanto más se agrandaban esas propiedades al Este del Elba, tanto más disminuía la explotación. En la medida en que la comprensión y el amor a la agricultura disminuían entre los hidalgos, se acumulaban las hipotecas y se multiplicaban los viajes a Berlín. Por medio de la intriga, los favores, y los matrimonios se trataba de ganar en grande lo que antaño se amasaba poco a poco por el trabajo y la juiciosa venta de la cosecha. Al amigo sub prefecto, el hidalgo le pedía el desgravamen de una parte del impuesto a la propiedad, y pagaba al pastor una contribución menor; en cuanto a los hijos, eran enviados a la Escuela de Cadetes. Bajo el reinado de Guillermo II, el poder del estado se desmoronaba, pero sólo algunos observadores perspicaces se daban cuenta de ello. Al mismo tiempo el valor de las propiedades raíces disminuía en Prusia por falta de iniciativa, de trabajo y de conocimiento.

Hindenburg, invitado a pasar sus vacaciones a Neudeck, no tenía que ocuparse de esto. Se preguntará sin duda en qué pasaba este hombre del deber, este soldado, sus ratos de ocio. Contrariamente a su hermano que evoca en sus Memorias sus impresiones ante la naturaleza, el general se solazaba jugando al soldado con sus hijos. Cuando su hijo no sabía aún andar, tomaba en sus brazos al niño vestido con una batita, y lo levantaba diciendo: "Mi pequeño,

me alegro ya ante la idea de verte a mi lado delante de un buen fuego de vivaque cuando hagamos la guerra a los rusos". Esta anécdota, consignada por su hermano, demuestra hasta qué punto era soldado; y si también era cazador, le agradaba por sobre todo la guerra, la guerra tal como era antaño. Estas concepciones eran todavía válidas en el sitio de París, pero una docena de años más tarde, cuando jugaba con su hijo, la guerra romántica estaba en su decadencia. Y más tarde aún, cuando Hindenburg, oficial de estado mayor, tuvo que elaborar un reglamento para la artillería de campaña moderna, debió pensar más en el mecanismo de las piezas y de los proyectiles que en los fuegos de vivaque. Blücher, el rudo y poco instruído militar cuyo retrato estaba colgado junto a la mesa de trabajo de Hindenburg, respondía a su naturaleza mejor que Gneisenau. Para él mismo y para la salvación de su país habría sido deseable que no hubiese desempeñado sino el papel de Blücher.

Cuando crecieron sus dos hijas y su hijo, debieron, como lo cuenta el hermano de Hindenburg, cargar de piedras el coche de niño e improvisar un "ejercicio de campaña". "En su retiro, el enemigo había acumulado naturalmente los obstáculos. En el límite del bosque, un abedul aislado representaba un centinela avanzado... Este árbol se llamaba ordinariamente el "portero del bosque"... Aquel día, el árbol representaba un puesto enemigo. El muchacho recibió la misión de cubrir la marcha de la columna que transportaba las piedras...

—"Teniente, adelántese, vea donde están los sitios pantanosos, busque el mejor paso y ocúpelo hasta nuestra llegada; me hará entonces su informe".

El hombrecito, orgulloso como Artabán, se iba al galope, con su fusta entre las piernas. El enemigo era sorprendido, atropellado, y el centinela enemigo volvía a convertirse en un árbol pacífico.

En esta pequeña escena que evoca una canción de los bosques de Schumann, se reconoce mejor que en sus discursos ulteriores la naturaleza de soldado de Hindenburg. Este tono se manifiesta también en las palabras con que anuncia su retiro a su hijo, que ha llegado a grande:

"Acabo de recibir mi licencia; sigo en la reserva del

tercer regimiento de granaderos a pie, y condecorado con la Orden Superior del Aguila Negra, conferida graciosamente por Su Majestad. Trata de hacer lo mismo. Cordialmente tuyo. Tu padre".

Esta noticia que anunciaba el fin de una brillante carrera que sin duda había sobrepasado sus esperanzas fué enviada en una simple tarjeta postal; revela una mezcla de serena modestia y de orgullo. Nada de ambición, nada de deseos. Es la conclusión de una carrera de cuarenta y cinco años de servicio realizada por un hombre robusto que abandona a los sesenta y cuatro años una de las más altas situaciones del ejército sin lanzar una mirada atrás.

Pero en esa época, es decir tres años antes de la guerra, Hindenburg no fué nombrado inspector de ejército. Esos puestos, en número de seis, eran reservados ordinariamente a los comandantes de cuerpo antes o inmediatamente después de su paso al cuadro de reserva; tampoco fué designado para tomar el mando en tiempos de guerra. Es verdaderamente extraño y significativo que después de haber sido designado para tomar en la movilización el mando de un cuerpo de reserva, fué más tarde borrado de los cuadros.

¿Pasaba por carecer de energía como lo pretendía el jefe del gabinete militar, o fué la antipatía del Emperador la que le valió estas afrentas? Sea como fuere, dejaron en el corazón de este hombre capaz y lleno de salud un justo resentimiento.

En su retiro, el general había escogido como residencia la ciudad de Hanóver, — la más prosaica de las ciudades prusianas — donde había pasado algún tiempo como teniente. El único viaje al extranjero que hizo en su vida, hacia los sesenta y cinco años, lo condujo a Italia, y la única distracción que tomó en seguida, fué la caza.

Demasiado pobre para arrendar parques de caza costosos, mató su primer ciervo cuando fué nombrado jefe de guarnición; tenía cerca de sesenta años, El título de Excelencia que le había concedido su grado de general de división, le valió ser invitado por los príncipes y los propietarios de la provincia de Hanóver, y pronto su reputación de cazador quedó sólidamente establecida. Su libro de caza menciona los cuadros siguientes, de 1904 a 1924 — sin

contar la caza menor —: 27 ciervos, 24 gamos, 104 jabalíes, 6 urogallos, 6 gamuzas, 76 corzos. Durante la guerra, derribó un bisonte y un alce. Este libro de caza y los troféos que colgó en su casa, tuvieron en su vida la misma importancia que el sueño y el alimento; representaban las verdaderas alegrías de un hombre condenado a la inacción pero aún lleno de vida.

Cosa curiosa: en sus Memorias se encuentran relaciones detalladas sobre sus cacerías pero no se hace ninguna mención de un perro, de un caballo, de un árbol, de una salida del sol o de un ocaso.

Desde entonces, Hindenburg vivió en una completa quietud en esa ciudad deslucida y vulgar en el centro de Prusia. Examinaba los diarios, seguía las promociones de sus amigos, y tascaba el freno leyendo los discursos del Emperador. Su hijo, egresado de la Escuela de Cadetes, era oficial en su antiguo regimiento; sus hijas casadas con hidalgos, la propiedad familiar en estado lamentable, pero sin embargo en manos de la familia. ¿No habían llegado los antepasados a una edad avanzada? ¿No estaba él, lo mismo que su mujer, en perfecto estado de salud? Pensaba vivir en su pequeña ciudad con toda tranquilidad, unos veinte años más.

Durante esos tres años, Hindenburg no tuvo un sólo instante la idea de que pudiese estallar una guerra, y no se puede decir que la hubiese deseado.

CAPITULO SEGUNDO

LA BANDERA DE LA GUERRA

En la guerra se juega alternativamente al temerario, al devastador, y en seguida al hombre dulce y generoso; se acostumbra uno a frases por las cuales se hace nacer y hacer la esperanza en la situación más desesperada. Sigue una especie de hipocresía, que tiene un carácter particular y se distingue de una manera muy especial de la hipocresía de iglesia, de corte u otras. — GOETHE.

I. Pánico en el Este. — La desgracia de Prittwitz. — Me da vergüenza atravesar la calle. — Los telegramas. — La batalla contra los rusos. — II. Hindenburg ágil, Ludendorff fatigado. — Principios de moral. — Hindenburg y Ludendorff. — ¿Han existido César y Aníbal? — III. Hindenburg-Sigfrido. — La leyenda. — Si estallara la guerra. yo estaría allí. — IV. Moltke. — El Marne. — V. Placidez. — Opiniones sobre Italia e Inglaterra. — Palabras lapidarias. — Tannenberg y la pintura al óleo. — Hindenburg y Ludendorff. — El pintor y los dos generales. — VI. Vida agradable en el Gran Cuartel General. — Los dos generales contra Falkenhayn. — Los generales se envidian. — El Mariscal y "los hombres". — VII. El Emperador se aparta. — El alemán no es diplomático.

— Responsabilidades. — La responsabilidad de Hindenburg. — VIII. Ludendorff y Cromwell. — La predicción de Engels. — Primero el orden, en seguida la libertad. — IX. Nada de paz separada con Rusia. — La suerte de Bélgica. — La guerra de corso y el derecho. — Los americanos no saben volar ni nadar. — Entre tres, se toman decisiones. — La guerra submarina a muerte. — X. El canciller niño. — Bethmann se aparta. — XI. Wilson quiere salvar la paz. — XII. Las dimisiones conminatorias. — Los generales reciben a los civiles. — "Después de esta guerra, otra..." — Lloyd George, extremista. — El obrero gana demasiado. — Severidad de los consejos de guerra. — XIII. Planes de anexiones. — El carácter de Ludendorff. — XIV. Hertding, el filósofo. — Una nueva concepción. — Guillermo II más razonable que sus generales. — La carta del conde Hertling. — "Somos los vencedores". — XV. Los tratados de Brest-Litovsk y Bucarest. — Concepción social del Mariscal. — Un mecanismo delicado. — Los carros de asalto. — — La estrategia del úfalo. — Kühlmann, el pesimista. — Ludendorff: ya no tengo esperanzas de vencer. — XVI. Los más grandes estrategas. — El pueblo ha destruído la victoria. — Ludendorff "corrige" una relación. — XVII. Ganaremos la guerra en el Oeste. — La partida está perdida. — La guerra está perdida: nos han traicionado. — El enemigo se acerca a las fronteras. — Los militares y el armisticio. — Hindenburg y Ludendorff se lavan las manos. — Solf se atreve a hablar. — Guillermo II y Ebert. — Los alemanes no estaban maduros para la República. — XVIII. El rey: un símbolo. — El ejército no obedecería ya al Emperador. — La huída de Guillermo II.

I

Una viva animación reinaba en el gran cuartel general de los ejércitos alemanes en Coblenza: se acababa de saber

que el ejército del Noreste, retirándose ante los rusos, iba a pasar a la ribera izquierda del Vístula; la Prusia Oriental caería así a manos del invasor. Era el 21 de agosto de 1914. El comandante en jefe del ejército alemán del Este, general von Prittwitz und Gaffron, había sido derrotado por el primer ejército ruso, y se encontraba así amenazado por el segundo ejército. Estas noticias de la retirada ante los ejércitos rusos eran malas, por cierto, pero el plan de Schlieffen contemplaba un acontecimiento de este género; la decisión debía ser buscada primeramente en el Oeste, contra el ejército francés, aunque las provincias orientales fueran invadidas por los ejércitos del zar. Como los ejércitos alemanes continuaban avanzando en el Oeste, no había razón para inquietarse.

A la cabeza de los ejércitos alemanes, encontrábanse dos enfermos, dos neurasténicos: Guillermo II y el conde Moltke. Algunos hidalgos de la Prusia Oriental, asustados de ver su provincia en parte invadida y sus propiedades en manos del enemigo, vinieron a verse con el Emperador y el jefe del Estado Mayor General para llamar su atención sobre la gravedad de la situación. Al mismo tiempo, enemigos personales del general von Prittwitz señalaron la incapacidad de este general al Emperador, quien se interesaba menos por los hechos que por las personas. En el Oeste la batalla parecía definitivamente ganada; el orgullo y el temor, estos dos sentimientos propios de los caracteres nerviosos decidieron al Emperador y a Moltke a enviar inmediatamente en ayuda de la provincia amenazada dos cuerpos de infantería y una división de caballería. Estas fuerzas militares se dirigían hacia el frente donde, según el plan general, las operaciones eran de importancia secundaria, pero debilitaban los ejércitos cuyas operaciones debían decidir la suerte de la campaña.

Estas medidas precipitadas fueron tomadas sin necesidad, la emoción en el Gran Cuartel General, era injustisidad, pues el general von Prittwitz no había tomado la decisión **firme** de retirarse a la ribera izquierda del Vístula. Su comunicación telefónica—menos precisa de lo que hubiese sido un telegrama — dejaba solamente prever la posibilidad de semejante retroceso. Pero Moltke había llamado por teléfono al general von Prittwitz en un momento de

pánico y en su nerviosidad enfermiza había tenido la impresión de que la retirada ante los ejércitos rusos había comenzado.

Mientras tanto, en las horas que siguieron, la situación del ejército del Este se modificaba, o al menos ,la apreciación que se tenía sobre ella no era la misma. ¿Qué había sucedido? Había estallado un desacuerdo entre el comandante en jefe y uno de sus generales. La guerra que el pueblo alemán había acogido con un corazón resuelto porque creía no ser su instigador, había comenzado de manera bastante singular en los estados mayores: en el Este fué una crisis de desobediencia, en el Oeste una crisis de nervios. Los comunicados y las memorias de esta guerra hablan todos de "los nervios" en los unos y en los otros, especie de desquite del hombre torturado por el maquinismo de la guerra moderna. El único capitán de Europa que nunca tuvo nervios fué Hindenburg.

Los rusos, obligados por los lagos masurianos a dividir su ejército en dos, pasando el uno al Norte y el otro al Sur, no podían ser derrotados sino aisladamente. El general Francois, — en esta guerra nacional, el alemán tenía un apellido francés y el ruso, Rennenkampf, un apellido alemán, — el general Francois que, desaprobando el plan de su jefe se batió sin orden superior cerca de los lagos, a fin de proteger a Königsberg, mientras von Prittwitz preparaba un ataque contra el ejército ruso que venía de Vilna. Mientras el subordinado terminaba el combate victorioso — que no debería haber librado — el general von Prittwitz supo que el otro ejército ruso, de una fuerza de cuatro a cinco cuerpos de ejército, que venía de Varsovia, había franqueado la frontera alemana.

El cerebro más lúcido de ese cuartel general del ejército del Este no era ni von Prittwitz, ni su jefe de estado mayor conde Waldersee; sino el general Hoffmann que, en esa época, no era todavía, sino teniente-coronel. ¿Cuál fué su primer pensamiento al recibir las alarmantes noticias? Fué ocultarlas a su jefe. "Temía que los nervios del comandante en jefe y de su jefe de estado mayor no pudiesen soportar tales noticias". ¡Siempre los famosos nervios!

Pero es demasiado tarde. Prittwitz ha recibido ya la noticia y ha decidido inmediatamente, estando amenazado a sus espaldas, retirar su ejército a la ribera izquierda del Vístula. Avisa inmediatamente por teléfono a Moltke que, en Coblenza, quiere ser mantenido al corriente. Hoffmann no comparte la opinión de su jefe y le demuestra matemáticamente que la retirada detrás del Vístula no podría efectuarse sin lucha, pues el ala izquierda del ejército ruso de Varsovia estaba más cerca del río que el ejército alemán. Más valdría detener este ejército por una ofensiva contra su costado izquierdo. "Prittwitz que, al igual que su jefe de estado mayor Waldersee, estaba en estado extremo de enervamiento, — dice Hoffmann — reconoció la oportunidad de las medidas preconizadas por nosotros. Sin embargo, mantuvo su punto de vista de suspender la lucha con Rennenkampf, pero renunció a retirarse detrás del Vístula y aceptó nuestra idea de dirigir el ataque contra el costado izquierdo del ejército de Varsovia. El 20 por la noche se habían tomado las decisiones para este nuevo plan, que constituye la base de las operaciones de la batalla llamada de Tannenberg. Estos planes existían, pues, desde ese instante".

Este giro de los acontecimientos, que nunca ha sido negado por nadie, tuvo una importancia inconmensurable; marca un nuevo aspecto de la historia de la guerra. El enervamiento del comandante en jefe von Prittwitz y su relación telefonada a la Dirección General del Ejército, tan enervada como él, provocó un cambio en el comando en jefe y la llegada de otros dos generales, que no figuraban en el primitivo plan de campaña. Como estos hombres han desempeñado un papel decisivo en la historia política de Alemania, los destinos del país quedaron fijados en ese momento en el Este del Imperio, ya tres semanas antes de la batalla del Marne. Pues, cuando Prittwitz telefonó a Coblenza para decir a Moltke que había modificado sus planes y que iba a batirse, el Emperador ya había decidido relevarlo de su comando. La sobreexitación de Guillermo II se manifiesta en la manera brutal cómo hizo conocer su decisión: el segundo plan de operaciones de Prittwitz, presentado sólo algunas horas después que el primero, fué descartado, y los dos generales del ejército del Este supieron

bruscamente, por un despacho del 22 de agosto, que al día siguiente un tren especial conduciría a sus sucesores a su cuartel general. ¿Quiénes eran esos sucesores?

El primer oficial que se distinguió en agosto de 1914 fué un general de brigada a quien sus cualidades de estratega habían hecho nombrar, joven aún, para un elevado puesto de la sección de las operaciones, en el Gran Estado Mayor. Estos oficiales que sabían manejar la pluma y el compás tuvieron al comienzo de la campaña el comprensible deseo de distinguirse también por la espada, y cuando el ataque alemán contra la fortaleza de Lieja pareció abortar, este oficial de estado mayor, abandonando las cartas y el teléfono, se unió a una de las columnas de ataque que marchaban sobre Lieja. Habiendo sido muerto el jefe de esta brigada, él tomó la dirección de la tropa y se apoderó de uno de los fuertes más importantes. Fué una victoria personal como sólo pudieron obtenerla más tarde los aviadores o los comandantes de submarinos. El nombre completamente desconocido de Ludendorff fué el primero pronunciado por todas las bocas alemanas cuando el comunicado glorificó al audaz oficial que frisaba en los cincuenta años, y que por su hermosa conducta había merecido la envidiada condecoración: "Al Mérito". El carácter novelesco de su hazaña propia para servir de anécdota en un manual escolar, la gloria también de ser el primero en llevar al cuello la envidiada condecoración, dieron a Ludendorff una popularidad que, por cierto, no se habría concedido en otras circunstancias a ese soldado de origen plebeyo, y sospechoso ya por sus cualidades intelectuales. Sólo su madre era de la nobleza. Gracias a la hazaña de que fué héroe, Moltke lo nombró jefe de estado mayor del ejército del Este, en reemplazo del conde Waldersee relevado de sus funciones.

Algunas horas después de su nombramiento, Ludendorff, sentado a orillas del Rhín delante de un mapa de la Prusia Oriental, medía las distancias, combinaba las operaciones, desarrollaba su plan de batalla, pues ignoraba las disposiciones tomadas por sus predecesores, y debía dirigir sin demora las operaciones, al día siguiente, como un jefe de orquesta encargado de dirigir una sinfonía que le es desconocida.

En Coblenza, se preguntaban qué jefe de ejército convenía dar a este distinguido estratega. Las relaciones del jefe de ejército y del jefe de estado mayor, en el ejército alemán, resultan del título mismo de los oficiales: el superior, es decir, el jefe del ejército llama a su subordinado su "jefe" pués este es, en efecto, su "jefe de estado mayor".

Se podría comparar a estos dos hombres con una pareja que entra a un salón: la dama pasa primero, su traje le atrae las miradas y los homenajes pero el esposo que la sigue es en realidad el amo, pues él tiene el dinero y el poder. Mientras que ella recibe los honores, su marido se aleja a un lado con la satisfecha seguridad del que decide, pero si él comete una torpeza, ella sufrirá toda la vergüenza.

Se necesita un gran conocimiento de los hombres para escoger a los cónyuges de esos matrimonios de razón. Mucho tiempo antes de la guerra esas uniones habían sido ya preparadas y fijadas. Pero era preciso reemplazar a Prittwitz y Waldersee inmediatamente, sus sucesores debían partir el mismo día para el Este, y tanto Moltke como el Emperador se preguntaban quien podría acompañar al general Ludendorff conocido por su carácter difícil. No había tiempo para dejar a los dos hombres que debían colaborar, la ocasión de conocerse. El noviazgo y el matrimonio debían hacerse en el mismo momento, el riesgo era, pués, considerable. Sólo la elección de un hombre tranquilo y ponderado podía dar algunas garantías a este respecto.

En el curso de su deliberación, las miradas de los que debían resolver la cuestión cayeron sobre una carta que el general von Stein había recibido algunos días antes: "... una petición. Dígnese pensar en mí si en el curso de los acontecimientos se necesita un jefe de ejército. Soy aún robusto de cuerpo y de espíritu, y hasta el otoño pasado era designado, a pesar de mi paso al cuadro de reserva, para tomar un tal comando. Puede usted imaginarse con qué sentimientos he visto a mis camaradas de la misma antigüedad partir en campaña, mientras que, sin que haya habido culpa de mi parte, yo debía consumirme en mi casa. Me da vergüenza atravesar la calle... — v. Beneckendorff und Hindenburg".

Esta carta era de puño y letra del viejo general von Hindenburg, conocido por su placidez. Durante largo tiempo había estado en guarnición en el Este. Quizá había demostrado siempre mayor gusto por la rutina que por la iniciativa. Tanto mejor. Al menos no molestaría a su brillante compañero. Al mismo tiempo, cubriría con su nombre aristocrático la condición plebeya del otro y, cualidad esencial reconocida en los tiempos de paz, conservaría ciertamente en todas las circunstancias su calma y su impasibilidad.

La carta, caída inopinadamente bajo los ojos de sus jefes, lo había evocado a su memoria, lo mismo que la atrevida empresa de Lieja había atraído su atención sobre el otro. Se va a tratar de arreglar el asunto con Hindenburg. Un despacho a Hanóver va a preguntar si está listo.

El viejo general, que en Hanóver pasaba su tiempo leyendo los diarios, no sabía si debía alegrarse por esa guerra o irritarse de no tomar en ella ninguna participación activa. Según los comunicados del frente, durante las tres primeras semanas todo iba a las mil maravillas sin él. ¿Sus sesenta y siete años le impedían caminar? ¿No había soñado con encontrarse delante de un fuego de vivaque, con su hijo a su lado, en una campaña contra los rusos? Hoy su hijo y sus yernos estaban en el frente, respirando el acre olor de la pólvora; a su vez, iban a capturar cañones, a prender cruces sobre su guerrera. ¿Habían transcurrido realmente cincuenta años desde que él había capturado, en Sadowa, cinco cañones austriacos? Allí, sobre su mesa de trabajo, el casco traspasado por una bala le recordaba la epopeya de su juventud.

Entre los generales citados en los comunicados, muchos eran más jóvenes que él, pero ninguno era más robusto. ¿Qué falta había cometido para ser borrado el año anterior de la lista de los generales que debían recibir un comando en la movilización? Cuando en la carta del teatro de las operaciones hacía avanzar las pequeñas banderas indicando la marcha victoriosa de las tropas en los países enemigos, suspiraba tristemente. Ese pobre juego vano y pueril, a que se dedicaba, no era más que una especie de Kriegsspiele como los que seguía en la Academia de Guerra. Ese juego reflejaba hoy la realidad sangrienta y magnífica que se jugaba sobre el tablero de ajedrez de Europa, y él

asistía de lejos a ese drama que podría haber sido la coronación de su vida — como un viejo cómico que, desde un palco, observa a actores más jóvenes representar más mal que él, sin duda, el papel que él podría haber representado. No se le permitía ni siquiera controlar el valor del reglamento del cuerpo de ingenieros al que había consagrado los mejores años de su vida de soldado.

Esos amargos pensamientos no abandonaban su espíritu. El 22 de agosto, hacia las 15 horas, tomaba su café sintiendo su rencor, cuando se oyó un campanillazo a la puerta. Le traen un despacho con franja roja: servicio oficial: lo abre: "¿Esta usted listo?" Llama a su mujer, le muestra el telegrama. ¡Si está listo! Telegrafía: "Estoy listo". Toda la casa se alborota. ¿Qué puede ser eso? ¿A qué ejército va a ser destinado? ¿Al Este? ¿Al Oeste? ¿En calidad de qué? ¿Dónde está su uniforme de campaña? ¿Tiene ropa de invierno? Es una confusión general.

Segundo llamado, segundo despacho: El general de brigada Ludendorff, salido en tren especial, va a pasar por Hanóver a buscar al general al día siguiente a primera hora. Tercer despacho: Tomará el comando del VIII ejército, en el frente ruso. Cuarto despacho: El tren especial pasará por Hanóver a las tres de la mañana.

La agitación llega a su colmo. No es un cuerpo de reserva, es un cuerpo de ejército, es todo un ejército del cual va a tomar el mando. Esto sobrepasa sus sueños más audaces. Va a dirigir las operaciones en el Este, en el país de su infancia, y a reemplazar a Prittwitz, pariente de su mujer. ¿Quién es Lundendorff, su jefe de estado mayor, de quien ha oído antaño hablar vagamente y que acaba de distinguirse en Lieja, al comienzo de las hostilidades, pero a quien nunca ha visto en su vida? No se le cita al Gran Cuartel General en Coblenza, el tren especial va a llevarlo esa misma noche. Entonces se está librando una batalla. No tiene uniforme de campaña que le quede bien. Se pondra, pues, el pantalón negro con pestaña roja y la guerrera gris, la "Litewka" que se lleva en el servicio interno.

Se despide de su mujer. Ni uno ni otro sienten pena. Un comandante de ejército no está expuesto.

A las tres de la mañana — todavía está obscuro en la estación de Hanóver — un general de presencia bastante

joven desciende del único carro agregado a la locomotora y se presenta a Hindenburg: "General Ludendorff. A sus órdenes, señor general". Hindenburg pasa adelante, sube al vagón, la locomotora pita, el tren parte y se pierde en la obscuridad, hacia el Este.

Primer conciliábulo en el vagón: el joven general conoce la situación; sabe en qué estado está la lucha, el otro, su jefe, lo ignora todo. Así es cómo desde el primer contacto la relación entre superior y subordinado está invertida. "Me explicó primeramente la situación en el frente del Este — escribe Hindenburg — rápidamente estuve de acuerdo con mi jefe de estado mayor en la apreciación de la situación; de Coblenza el general Ludendorff había podido ya dar las primeras órdenes indispensables para tratar de asegurar la continuidad de las operaciones al Este del Vístula: las operaciones ulteriores no debían ni podían ser determinadas sino después de nuestra llegada al cuartel general del ejército, en Marienburg. Nuestra conversación no había durado mucho más de media hora. Fuimos en seguida a tomar algún descanso y aproveché a mis anchas este reposo para reparar mis fuerzas. Así fué como el tren nos llevaba juntos hacia el porvenir común... Durante años un pensamiento y una actividad comunes debían unirnos".

Durante cuatro años, día tras día, debía repetirse un conciliábulo del mismo género. Ludendorff estudia la situación, prepara el plan de operaciones, lo somete a Hindenburg que al cabo de media hora ha aprobado y firmado todo. El espléndido estado de su sistema nervioso le permitirá durante cuatro años, como en el curso de aquella noche en ferrocarril, quedarse dormido instantáneamente después de una agitada jornada.

A la mañana siguiente, ambos generales encuentran — en la ausencia de sus predecesores que ya se han marchado, — una situación mucho más favorable de la que podían esperar.

Los planes de operaciones de Hoffmann, cuya ejecución está en curso, completados en parte por las órdenes de Ludendorff telegrafiadas desde Coblenza, son presentados y aprobados por los nuevos jefes de ejército, y la batalla continúa el 23, según las disposiciones tomadas des-

pués del pánico del 21. El 24, una división del ala izquierda alemana, perseguida de cerca por el ejército de Varsovia, se bate en retirada y va a ocupar detrás una posición mejor; esta operación "será más tarde de una importancia capital y decidirá la suerte de la batalla". Pues los rusos creen que todo el ejército enemigo está en desbandada; su orden de proseguir, transmitida no en clave, es interceptada por los alemanes. "Esta incomprensible negligencia facilitó grandemente nuestra conducta de las operaciones y muy a menudo nos permitió salir de una situación de la que no hubieramos podido librarnos sin esto". La tarea de los generales alemanes fué también enormemente facilitada por la hostilidad que separaba a los jefes del ejército ruso; uno de ellos expuso al otro a una catástrofe — deliberadamente sin duda, como ya había sucedido en 1905 — pues no se puede explicar de otro modo su inacción durante la batalla.

Estas dos circunstancias facilitan el encierro del segundo ejército ruso, tal como lo decidieron los dos nuevos jefes en una maniobra de gran envergadura, saliéndose del marco del plan del general Hoffmann. Telegrafían a Coblenza; "movimiento convergente del ejército hacia la posición del XX cuerpo para un ataque concéntrico".

Y se vió entonces desarrollarse una de esas brillantes batallas tales como Schlieffen, el último profesor de estrategia de talento, las había enseñado bajo el nombre de "batallas de Canas". Esta táctica fué posible porque los ejércitos enfrentados no contaban aún millones de combatientes, sino alrededor de 150.000 alemanes contra 200.000 rusos.

Pues bien, en el Este hubo también un momento crítico en que los nervios estuvieron a punto de jugar una mala pasada a uno de los grandes jefes. Cuando el general Francois quiso, antes del ataque, reunir los elementos dispersos de su cuerpo de ejército, se perdió un tiempo precioso; los primeros ataques alemanes fueron rechazados; las tropas se replegaron hacia atrás, echando adelante a los prisioneros, y se creyó en cierto momento que los rusos habían roto las líneas alemanas. Según relaciones dignas de fe, Ludendorff, no soportando ya sus nervios perdió la cabeza y quiso abandonar la idea de la batalla de aniquilamien-

lo para librar una batalla de frente. Si el hecho es exacto, Hindenburg salvó la victoria gracias a la solidez de sus nervios, pues no modificó la ejecución del primer plan de batalla de Ludendorff.

El formidable combate terminó con la destrucción del ejército ruso, su jefe, Samsonoff, es el primero y último general de la gran guerra que no quiso sobrevivir al deshonor de la derrota: se destapó los sesos.

II

Cuando Ludendorff vino al mundo, Hinderburg era ya teniente. Pasó por la misma escuela de cadetes, por el mismo estado mayor, pero no había visto ni Sedán ni Versalles y como no era de la nobleza, sin duda nunca había visto de cerca al viejo emperador Guillermo. Hizo su aprendizaje bajo el reinado de Guillermo II. Apasionado trabajador, especializado en diversas cuestiones militares, pasaba por uno de los mejores cerebros del Gran Estado Mayor. No era estimado. Como jefe de la sección de los efectivos, había pedido, tres años antes de la guerra, un nuevo ejército de reserva (Ersatz-Reserve) de 600.000 hombres "sin lo cual Alemania perdería una guerra emprendida al mismo tiempo sobre dos frentes". En el curso de la querella que siguió con el ministro de la Guerra, Ludendorff fué llamado a un comando de tropa, cuando debía ser promovido al Gran Estado Mayor; despechado, agriado y lleno de rencor, asistió al fracaso de sus planes estratégicos. El más grande estratega alemán de la gran guerra partió en campaña como simple general de brigada.

Como oficial que tenía ideas personales, desagradó soberanamente al Emperador, a quien irritaba su superioridad. Moltke, por el contrario, lo estimaba a tal punto que le dijo en Coblenza, antes de su partida para Marienburg: "No conozco a nadie en quien tenga tanta confianza como en usted. Quizá logre usted, a pesar de todo, salvar la situación en nuestras fronteras orientales". Estas palabras y esta conversación de hombre a hombre que tuvo con Ludendorff demuestran que según su opinión, éste debía dirigir las operaciones.

Por su carácter y las impresiones determinantes de su primera juventud, a pesar de su educación semejante, Hindenburg y Ludendorff se distinguían singularmente el uno del otro y se completaban en razón misma de esa diferencia. Todos los que conocieron a los dos hombres hablan del **carácter** de Hindenburg y de la **inteligencia** de Ludendorff, sin que ninguno haya intervertido estos términos. Mientras que nadie ha contado jamás un rasgo de ingenio ni hecho notar una idea original del primero, ya sea en el servicio, ya sea en lo privado, nadie menciona una efusión del corazón, un rasgo sentimental del segundo. La cualidad efectiva que Hindenburg aportaba a la asociación, esa calma imperturbable que se manifestó sin duda en los primeros días de batalla, encontraba su complemento en la inteligencia y las grandes capacidades que eran el patrimonio exclusivo del segundo. Foch ha dicho de ambos hombres: "Ludendorff es un general, Hindenburg es un patriota".

Su aspecto exterior revela el contraste interior. Al lado del potente gigante, macizo, tallado a hachazos y hecho para inspirar respeto, el otro, mucho más pequeño, bastante gordo y corpulento, parece desproporcionado: la armoniosa relación de los dos cuerpos, tal como aparece por ejemplo en Sickingen y Hutten, no existe entre Hindenburg y Ludendorff. Hindenburg, de una robusta salud hasta los setenta años, en seguida hasta los ochenta y siete años, durmió, comió y actuó durante su vida entera según un ritmo exactamente determinado que ningún trabajo turbó jamás, ni aún durante la guerra.

Ludendorff, por el contrario, fatigado la víspera de la guerra, demuestra durante la campaña un rostro de cera y mejillas fláccidas, huellas del enorme trabajo que ejecutó sin el solazamiento de un deporte reparador o de un descanso benéfico; nunca está tranquilo, nunca satisfecho. Hindenburg, fácil modelo para un pintor, impresionaba sin quererlo con sus rasgos fuertes y macizos mientras que Ludendorff, con el mentón contraido, la mirada agresiva y desconfiada, tomaba una actitud ruda para imponer. El primero era siempre flemático y llano, el segundo ampuloso y rígido.

Su espíritu y su carácter correspondían a su aspecto exterior. Cierto profundo sentimentalismo querido a los alemanes caracterizaba a Hindenburg pero no le impedía ser apegado a su ideal del "servicio" y del "deber". Su feliz matrimonio, su vida regular de esposo, sus relaciones con sus hijos lo prueban, lo mismo que el hecho de no tener enemigos; pero antes de la guerra no tenía un sólo admirador. Como ninguna ambición turbada su tranquilidad, nunca sus tierras, ni sus hijos ni la caza fueron descuidados por él, aunque siempre desempeñó sus funciones de una manera irreprochable. Ludendorff, preocupado ante todo de dar la medida de su saber y de progresar, nunca tuvo tiempo de ocuparse de sus sentimientos. Una sola vez tuvo esta debilidad: fué un día de lluvia en que divisó una bonita mujer esperando a que terminara el aguacero bajo una puerta cochera. Le ofreció su paraguas, la acompañó hasta su puerta y poco después se casó con ella.

Esta historia, que parece sacada de una revista de familia, dió al oficial, a la sazón de cuarenta años, no solamente una mujer, sino al mismo tiempo tres hijos que no eran de él, pues la dama era casada y tuvo que divorciarse para casar con él. La conducta del orgulloso oficial en este asunto ,es tanto más sorprendente cuanto que lejos de mejorar su condición con esta unión, se expuso a las burlas de sus camaradas de regimiento. La mujer con quien casó era, en efecto, una simple pequeña burguesa, casada con un director regional de la casa Bolle (1).

Nunca se le habría ocurrido a Hindenburg buscar mujer en otro ambiente que no fuera en una familia de hidalgos. Antes de la guerra, Ludendorff, en su egoísmo autoritario, obligaba a su joven mujer a velar, sin moverse, hasta horas avanzadas, a su lado, mientras él trabajaba; más tarde, cuando se acercaba a los sesenta años, se separó de esta mujer cuyo encuentro había sido tan novelesco. Si hubiese tenido hijos, por cierto que no habría jugado con ellos e imaginado fuegos de vivaque, al igual que Hindenburg: no veía más que cifras.

Nadie vió nunca a Hindenburg perder su calma, nadie vió nunca a Ludendorff reír. Sus camaradas de Dusseldorff afirmaban que durante el año que pasó en esa ciudad ni siquiera le vieron sonreír. "En la conversación era desagradable; martillando las palabras, con una voz dura, era obstinado, dogmático y pretencioso". Tal es el juicio que sobre él ha expresado el jefe de gabinete del Emperador Carlos. ¿Un escepticismo innato había ahogado en él todo sentimiento fuera de la ambición, o bien el estudio de la humanidad lo había conducido al nihilismo? Lo cierto es que no creía en nada, excepto en el azar. Dios no existía, ni siquiera había conocido a un verdadero rey, pues Guillermo I no era más que un mito cuando le prestó juramento. Tampoco había conocido la guerra al viejo estilo, como la de 1870. Para él, la batalla moderna descansaba en tres elementos: la ciencia del jefe, el valor del material, la bravura de las tropas.

(1) Gran sociedad de lecherías de Berlín.

Hindenburg, por el contrario, había fundado su existencia en la creencia en Dios y en su rey, soberano por la gracia de Dios. Todas sus órdenes en el ejército comenzaban o terminaban con una invocación a Dios, después de cada decisión importante decía:

"Adelante, pues, con la ayuda de Dios".

La antinomia que a los dieciocho años había comprobado entre el hijo-soldado que mataba, y el padre "buen samaritano" que curaba, no la veía ya después de medio siglo de servicio petrificante. En sus Memorias, relatando el bloqueo de Alemania por los ingleses, traduce, con indignación el pensamiento de estos: ¡"Qué las mujeres y los niños mueran de hambre! Esto impresionará, si Dios quiere, a los esposos y los padres que se baten en el frente, y cederán, si no inmediatamente, al menos más tarde". Y, con voz acusadora, agrega: "Seres humanos tienen los mismos pensamientos y esto no les impide orar". Esta sorprendente conclusión moral demuestra la ingenuidad de esos piadosos generales que maldicen al enemigo que es lo bastante poco cristiano para hambrear mujeres y niños, pero que, patriotas sin reproche, dan órdenes para que millares de mujeres enemigas sean enviadas al fondo de los mares o deportadas.

Estos principios de moral se traducen, en ambos generales, en consideraciones de orden práctico de gran im-

portancia. "Algunos no ven en la guerra su carácter elevado, — escribe Hindenburg — la reducen a un juego de azar. Nunca se me ha presentado bajo este aspecto. Siempre he visto en su curso y en sus resultados, aún cuando estos nos fueron contrarios, una serie de encadenamientos lógicos implacables. El que va decididamente adelante, triunfa; el que no obra así, pierde la partida". Este pensamiento filosófico, el único que se encuentra en el libro de su vida, es puesto en relieve en una crítica del general francés Buat: "Hindenburg nunca cree que los acontecimientos de una guerra puedan ser otro cosa que la unidad de las escisiones que une las unas a las otras. No reconoce la omnipotencia del dios azar".

Ludendorff que se rebeló un día contra las cifras, indiscutibles no obstante, hablando de su "sentimiento", se dejó arrastrar — como cuando concertó su extraordinario matrimonio — en las operaciones de guerra,a decisiones cuya falta de lógica misma lo atraía: fueron excursiones novelescas en un reino prohíbido, lo que puede explicar cómo invocó al dios Azar antes de su última gran ofensiva. Esto no le dió la victoria pero lo hace quizá un poco más simpático y permite comprender sus momentos de depresión nerviosa.

Los dos hombres habían adquirido en la escuela de cadetes cualidades que hacían de ellos excelentes compañeros; el uno tenía carácter, el otro capacidad; el uno firmeza, el otro conocimientos; ambos habían aprendido en ella la resistencia y el sentimiento del deber, y ambos también la incorruptibilidad. Pero para mandar a diez millones de hombres y para gobernar a sesenta y cinco millones de almas, habrían sido necesarios una inteligencia universal y el conocimiento de Europa, cosas que no se aprenden en la sala de clases del Gran Estado Mayor. Además del servicio y del deber se habrían necesitado también algunos dones que sólo el genio posee: ideas originales, ardor, imaginación.

Según su carácter, sus impulsos y sus conocimientos militares, las relaciones de servicio entre ambos hombres no podían dar sino felices resultados. El superior estaba contento de encontrar en su ayudante extensos conocimientos que aprovechaba y que le permitían conservar su igualdad

de humor y ese equilibrio que no venían a contrariar los estudios estratégicos ni las desazones del oficio. El subordinado, que no habría podido entenderse un mes con un superior que pretendiera ejercer el mando efectivo, se felicitaba de verse respaldeado por la firma de su jefe. Si el más viejo había terminado desde hacía mucho tiempo su carrera y no se había ofrecido para volver al servicio sino por un sentimiento de honor, el más joven había visto llegar "su tiempo" con la declaración de la guerra. El uno estaba saturado de guerra por las dos campañas de su juventud, el otro la había esperado durante treinta años y, según la expresión de Bismarck, "casi habría dejado de ser soldado útil si hubiese dejado de desear la guerra". Para Ludendorff, la guerra fué el tercer acto de su vida, para Hindenburg fué el epílogo.

Si la talla majestuosa, la edad avanzada y el temperamento sereno del mayor lo ponían al abrigo de todo sentimiento de envidia, el más jovèn era bastante avisado para dejar la gloria a su superior, pues su ambición lo impulsaba a asegurarse el poder antes que ganar laureles. Al mismo tiempo, Ludendorff — en la medida en que era accesible al sentimiento — experimentaba sin duda también una especie de gratitud con respecto al jefe que, por su calma, ejercía una acción reguladora en su sistema nervioso, cuando columnas en desbandada, rumores siniestros o verdaderos fracasos lo habían abatido. Pues una seguridad igual y continua es inapreciable para un jefe de ejército.

Esta relación de generalísimo a jefe de estado mayor, fundada en la personalidad, el tacto y el carácter, nunca se ha encontrado tan favorablemente en una asociación de este género. Hay en ella, en suma, una oposición al espíritu prusiano que sólo trata de organizar, es decir de sistematizar artificialmente lo que no es orgánico, y de matar por medio de órdenes lo que es orgánico. Ambos soldados, han expuesto más tarde con prudencia sus relaciones personales. Hindenburg dice:

"He considerado como mi primer deber. . . dejar libre curso a las deducciones ingeniosas, a la tarea casi sobrehumana y a la infatigable voluntad de trabajo de mi jefe de estado mayor. Debía concederle toda mi fidelidad de compañero de armas como se nos ha enseñado desde la infan-

cia en la historia del pueblo alemán..." Ludendorff responde en sus Memorias: "Después de haberme puesto de acuerdo con mis colaboradores, presentaba al Mariscal bajo una forma breve y concisa mis ideas concernientes a la preparación y a la dirección de todas las operaciones y le sometía un proyecto claro y preciso. Tengo la satisfacción de poder decir que desde Tannenberg hasta el fin, estuvo de acuerdo conmigo y aprobó todas mis órdenes... Igualmente nuestras ideas sobre las condiciones de paz eran semejantes. Lo he venerado profundamente y servido con devoción; he apreciado sus elevados sentimientos así como su amor al rey y la alegría con que asumía sus responsabilidades". He ahí las palabras que Ludendorff consagra en sus Memorias a Hindenburg; después de esto no habla ya del Mariscal, Lundendorff no habla más que de sí mismo.

Según Hindenburg, Ludendorff trabajó desde las siete de la mañana hasta pasada la medianoche — y esto durante cuatro años consecutivos. El Mariscal mismo se dirigía donde su compañero hacia las nueve horas: "la mayor parte del tiempo entablábamos largas conversaciones... a menudo bastaban algunas palabras para establecer nuestro acuerdo". Hindenburg iba en seguida a pasearse, volvía para firmar algunos documentos. Almuerzo en común; la tarde transcurría en la misma forma, por la noche, comida hacia las nueve y media; en suma, un empleo del tiempo como en período de paz.

El trabajo ejecutado por Ludendorff, sus órdenes, sus relaciones, sus informes, llenarían varios volúmenes; estos documentos dan una idea de la notable potencia de trabajo de un dictador que fué al mismo tiempo su propio jefe militar. Nadie en el curso de la guerra ha hecho una cantidad de trabajo superior. Lo vemos en 1918 telefonando al comandante de la plaza de Lille y poniéndolo al tanto de las fases de la gran ofensiva; llamado a una pieza vecina, recibe una comunicación de Bucarest y da a conocer a su interlocutor las condiciones de paz que exige; vuelve en seguida a su aparato y da sus órdenes a divisiones alemanas que se dirigen hacia el Lys.

Uno de los principales testigos, el general Hoffmann, nos describe a Hindenburg y su actitud mientras Ludendorff le hace su relación cotidiana. El Mariscal escuchaba y se

contentaba con preguntar, al final de la relación: "¿Alguien desea agregar otra cosa? — ¿No? — Pues bien, adelante, a la gracia de Dios". El coronel Bauer, en sus Memorias, habla del "comandante en jefe"; designa así a Ludendorff. En privado, el general Hoffmann ha declarado que habiendo oído decir que Hindenburg había obtenido la victoria de Tannenberg, no creía ya en la existencia de César y de Aníbal.

Si Ludendorff fué el maestro de las operaciones y de las decisiones, no se sigue que haya tomado su responsabilidad. La Escuela de Cadetes había grabado profundamente en el corazón del alumno Hindenburg este sentimiento, y nunca el Mariscal trató de sustraerse, ni en sus Memorias ni más tarde, cuando Ludendorf lo atacó. Si ha cosechado en su provecho toda la gloria de Ludendorff, ha asumido también lealmente todo el peso de sus errores. No ha buscado el poder, no ha negado las órdenes autorizadas por su firma, y se desnaturalizaría su carácter si se pretendiese atribuir solamente a Ludendorff uno de los actos que decidió la suerte del pueblo alemán.

Todos los colaboradores de ambos generales atestiguan lo mismo. El general von der Schulenburg cuenta que en todo instante, Ludendorff decía, antes de tomar una decisión, es preciso que consulte primero al Mariscal. El general von Wetzell, otro colaborador de los dos generales durante largos meses, ha depuesto en estos términos ante la Comisión de investigación: "En 1918 el Mariscal estaba en plena posesión de sus facultades intelectuales y físicas. Su juicio reflexivo, maduro por la edad y por su gran experiencia militar en el tiempo de paz y en el tiempo de guerra, ejerció la más feliz influencia compensadora sobre la energía temeraria y mordaz de Ludendorff".

¿Quién se atrevería a dudar, después de esto, de la veracidad de Ludendorff que habla de su colaboración, y profiere estas palabras cuidadosamente pesadas: "El Mariscal me dejó participar de su gloria. Es el generalísimo el que lleva la responsabilidad. Debe responder de sus actos ante el mundo, y, cosa más difícil aún, ante sí mismo, ante el ejército y la patria. Como jefe de estado mayor y primer cuartelmaestre, compartí plenamente la responsabilidad y siempre he estado consciente de ello".

Esta distribución de los papeles no autoriza la comparación de los dos generales con Blücher y Gneisenau; induciría a error. Lo que permitía a Blücher conservar un prestigio más grande que Gneisenau — aunque este último fué el pensador y Blücher solamente el ejecutante — es el penacho, la carga de caballería a la cabeza de sus regimientos, el vivaque, la vida en campaña, frente al enemigo, — y Hindenburg debía renunciar a todo esto. En el siglo XX, los generales en jefe dirigen las operaciones a cien kilómetros atrás del frente, confortablemente instalados en un castillo, con teléfono, telegrafía sin hilos, y ven de la batalla mucho menos que el simple soldado. Antaño los generales, en el curso de largas guerras, se permitían una vez por casualidad volver a su casa para tomar algún descanso; Hindenburg, por el contrario, debía ir a cazar para estirar las piernas; en cuanto a Guillermo II, cortaba ya árboles en el cuartel general para hacer ejercicio — cinco millones de sus súbditos hacían ejercicios sin tener necesidad de recurrir a semejante ocupación.

III

Lo único que separaba a ambos generales era la leyenda. Por razones profundamente arraigadas en el corazón de los alemanes, el pueblo no cubrió de gloria sino a uno de los dos hombres, cuando la debía al otro. Sin esta leyenda la guerra hubiera tomado otro curso, y sin duda también otro fin. Como esta leyenda ha salido verdaderamente del pueblo, sus consecuencias fatales vuelven a caer sobre él, que ha buscado un amo a su gusto.

El origen de la leyenda fué la victoria de Tannenberg. De toda la guerra ésta fué la primera y en suma la única victoria alemana, tal como el pueblo la concibe: el enemigo sitiado, aniquilado, más de cien mil hombres y centenares de cañones capturados, una provincia librada del invasor cuando se la creía ya perdida, toda esta operación tres semanas después del comienzo de las hostilidades, casi sin pérdidas y sin rechazos. Las campanas tocaron a todo vuelo en el país, los escolares tuvieron feriado, las piezas de artillería tomadas al enemigo desfilaron bajo el arco de triunfo de la victoria en Berlín. El Salvador fué elevado a las nubes por el profundo reconocimiento de un pueblo que se creía inocente y pérfidamente atacado. ¿El vencedor? No se le conocía. Todo el mundo preguntaba: ¿Quién es ese hombre?

Los alemanes supieron en un principio que era un verdadero gigante, fuerte como Sigfrido, suave como un niño: el alma delicada y pura en una corteza ruda. Su cabeza invitaba a ser reproducida en piedra o en yeso; la mirada tranquila, el abundante bigote, la cabeza de soldado tallada a cuchillo, este conjunto era del gusto de todos, pues mostraba al vencedor bajo impresionantes rasgos de nobleza, de una edad avanzada, de corpulencia vigorosa y de sentimientos generosos. Cuando se supo que había sido borrado de la lista de los generales movilizables al comienzo de las hostilidades, los alemanes estuvieron felices. Desconocido y bonachón — he ahí lo que impresionaba a todos. Agréguese a esto un apellido que suena bien. Por primera vez después de la batalla de Tannenberg firmó: von Hindenburg, dejando a un lado el apellido de Beneckendorff. Reunía así en él todo aquello con que sueña el alemán para admirar un ídolo: la autoridad y la calma, el peso visible del hombre que sabe mandar y las cualidades invisibles, pero impresionantes, del esposo y del padre.

Hindenburg presentaba, pues, todas las cualidades requeridas para llegar a ser el ídolo de la nación y no empañaba esta imagen con ningún rasgo susceptible de inquietarla. Hombre de espíritu superior como Goethe y Schiller, Federico y Moltke nunca pudieron, en su vida, conquistar en Alemania una gran popularidad, y Bismarck fué hasta en su retiro impopular al primer jefe. Los dos hombres que en el curso del siglo habían conquistado realmente el corazón de los prusianos, eran Blücher y Wrangel — con éstos se comparó desde entonces al **General-Mariscal** von Hindenburg, y este título que le fué conferido en noviembre de 1914, contribuyó a realzar el brillo de la leyenda.

Los primeros sentimientos del pueblo se confirmaron cuando se conocieron mejor algunos rasgos de su carácter. Su confianza en Dios, su modestia, su falta de elocuencia, lo hicieron aparecer como un hombre taciturno que obra sin palabras inútiles. Así Hindenburg no tenía necesidad de crearse una manera de ser para agradar a sus conciudadanos; no

habiéndose considerado nunca como un gran hombre, fácil le fué pasar por tal. Las breves palabras que salían de sus labios agradaban al pueblo y cuando declaró que "la guerra le hacía el efecto saludable de una temporada en los baños" conquistó definitivamente a ese pueblo de soldados.

Ludendorff no poseía ninguna de todas estas cualidades. No era ni grande, ni noble, ni de edad, ni buen padre de familia, ni un alma delicada en una corteza ruda; cerebro en ebullición, inventor, hombre lleno de pasiones y de sombría ambición, fué respetado por los alemanes como se respeta a un personaje necesario... como por ejemplo a un príncipe consorte, indispensable para la conservación de la institución monárquica. Debía inclinarse, conforme al reglamento, ante la autoridad superior que el alemán nunca dejará de adular. Pues todos los beligerantes esperaban un gran capitán que saliera de la refriega como un Fenix de las cenizas. Nadie se daba cuenta, al comienzo de la matanza, que al final de la carnicería se erigiría un monumento al soldado desconocido. La leyenda ha hecho de Hindenburg un héroe popular, pero hay que reconocer que nada ha hecho él por propagar esta leyenda. Las circunstancias de sus primeras victorias contenían los gérmenes de ese romanticismo sin el cual no es posible una gloria alemana. "Tannenberg" era ya romántico, pues cinco siglos antes los polacos habían derrotado y aniquilado en ese sitio a los caballeros de la Orden Teutónica; es verdad que nadie recordaba esa historia, pero ahora que la contaban en los diarios, el honor alemán pareció restablecido — un poco tardíamente — por esa victoria sobre los eslavos. Que este nombre de "Tannenberg" cuyo ritmo resonaba al oído como el de Hindenburg — que este nombre pudiese desagradar a los polacos a quienes se quería justamente ganar a la causa de las Potencias Centrales, esto no inquietó a la opinión pública ni al general en jefe que en su parte de victoria al Emperador propuso el nombre (1). En todas partes se escribió y se creyó que el nuevo comandante de los ejércitos del Este ha-

(1) La batalla llamada de Tannenberg fué librada más o menos a cuarenta kilómetros de la aldea de Tannenberg.

bía estudiado muy especialmente la topografía de los lugares.

El jefe del segundo ejército ruso supo evitar una segunda batalla de aniquilamiento, batiéndose en retirada ante el avance de los alemanes que, a comienzos de septiembre, hicieron todavía cerca de diez mil prisioneros en la región de los lagos masurianos.

Estos lagos llegaron a ser un nuevo tema de leyenda. Nixos y Elfos se divertían allí; la imaginación del pueblo vió fuegos fatuos revolotear sobre sus aguas tranquilas y misteriosas y los espíritus de los rusos ahogados en sus profundidades volvían a la superficie... La región, poco conocida de los alemanes, llegó a ser pronto un país fantasmagórico. ¿Acaso el vencedor no había pasado además sus años de juventud en esa región? ¿No había estado en guarnición allí cuando era un joven teniente? Los diarios se apoderaron inmediatamente del hecho y publicaron, con numerosas variantes el relato siguiente:

El viejo general, aún después de su retiro, pasaba todos los años sus vacaciones a orillas de esos lagos. Un día se dirigió a Königsberg para "pedir prestado" un cañón, y se fué con algunos sirvientes y algunos caballos a la región de los pantanos. Del alba al ocaso hizo arrastrar el cañón de un charco a otro, midió cuantos centímetros se hundía la pieza en el lodo, cuantos caballos se necesitaban en los pasos difíciles para sacar del ciénago el cañón y anotó los sitios en que ni veinte caballos habrían bastado. Tomó notas, cálculo, hizo croquis. En el otoño, devolvió el cañón y volvió a su casa.

Aunque no hay pantanos en la región todo el mundo repitió la anécdota; la comentaban con la mayor seriedad, y no solamente los espíritus simples e ingenuos iban contando la historia de taberna en cervecería, sino también hombres muy cultos como por ejemplo el poeta Hauptmann.

Cuando Hinderburg no obtuvo ya victorias, la leyenda estaba creada, y los alemanes que admiran y gustan de la autoridad, quedaron bastante desilusionados al leer después de la guerra en las Memorias del vencedor de Tannenberg, estas palabras decepcionantes: "Antes de la batalla nunca había pisado esa región donde se decidió la suerte de nuestra civilización".

Mientras tanto se había dado su nombre a algunas calles y plazas, su retrato se veía en etiquetas de vinos, menus, cajas de bombones, y en algunas ciudades alemanas se había esculpido en piedra y en madera su gigantesca estatua. Recibía en Hanóver montañas de regalos: medicamentos para todas las enfermedades posibles, amuletos, fetiches y hasta una maravillosa semilla que un indio aseguró haber ido a buscar a seis mil metros de altura.

El Emperador era olvidado, desplazado; sin haber hecho jamás nada por suplantarlo, Hindenburg lo había reemplazado en el corazón del pueblo. Se había soportado por bastante tiempo la agitación y los discursos del soberano. Se estaba feliz de ver nuevamente un hombre ponderado, de humor invariable, que no hacía ostentación de sus profundos pensamientos, sino que decía algunas palabras substanciales en las ceremonias donde aparecía, macizo, fuerte, imponente. El Emperador se substraía cada vez más y se mantuvo finalmente completamente apartado. Ludendorff, por su parte, no estaba envidioiso. Siguiendo el ejemplo de Bismarck con respecto al rey, soportaba que su superior lo llamase públicamente "su fiel auxiliar" y escribió más tarde, sin un matiz de reproche estas irónicas palabras: "Se estableció cierta diferencia entre las acciones y los pensamientos del Mariscal y los míos. El personificaba el principio del bien, yo el del mal". Y el poeta Richard Dehmel escribe del cuartel general "que Ludendorff es más admirado que Hindenburg, pero menos venerado; la admiración por Ludendorff es a menudo entusiástica, la veneración por Hindenburg parte siempre del corazón. El gran jefe inspira confianza, pero en Ludendorff se fundan todas las esperanzas... Ludendoff es un brillante calculador que cuenta con el olfato de su rudo camarada para evitar los errores de cálculos". La leyenda que nació en el otoño de 1914 y que subsiste aún hoy día, tuvo la mayor influencia en la historia de Alemania durante los quince años que siguieron, hasta se puede decir que decidió el resultado de la guerra y los destinos de la República. Habiendo sido oficialmente Hindenburg el primero y el único vencedor en una verdadera batalla, de él esperaba el pueblo alemán la victoria final; no cesó de esperarla, aún después de la derrota. Esto responde al carácter alemán que transforma fácilmente las ideas

en sentimiento, cuenta más con el carácter que con el talento y busca sus modelos en la simplicidad.

A veces solamente se deja deslumbrar por un género muy diferente. Es así cómo admiró durante largo tiempo al comediante que era Guillermo II.

IV

Cuando a la edad de ochenta años, Schlieffen murió, sus últimas palabras fueron estas: "Sobre todo, que el ala derecha sea fuerte", apelando así a sus sucesores y confiándoles la gran inquietud de su vida. Un año más tarde, su sucesor debilitaba el ala derecha, perdía de este modo la batalla decisiva y por lo tanto la guerra.

Moltke, el joven, había sido nombrado jefe del Estado Mayor General contra su voluntad. Era un perfecto gentilhombre, culto, sin ambición militar, y que sufría de los nervios y del hígado; no había aceptado estas funciones sino a insistencias del Emperador, que le dijo: "Quiero tener a un Moltke a la cabeza del ejército. No tema, si la guerra estallara, yo estaría allí para dirigir las operaciones". En el momento en que Hindenburg obtenía una victoria en la región de los lagos masurianos, la guerra estaba perdida en el Marne. El pueblo alemán supo el triunfo, se le ocultó la derrota. La historia de esta batalla debe ser recordada aquí por sus repercusiones sobre la victoria oriental.

En el momento del avance ruso en Prusia Oriental, se retiraron tres cuerpos de ejército del frente occidental, el frente más importante. Del primero y el segundo ejército, en el ala derecha, se sacaron estos contingentes para transportarlos a la frontera rusa. El pánico que había provocado en Coblenza la primera comunicación telefónica del ejército del Este, el 20 de agosto, iba a hacer desaparecer esas tropas en el momento crítico, cuando iba a librarse la batalla decisiva. En el gran cuartel general los ánimos no se calmaron, a pesar de todo se temía una derrota en el frente ruso aunque los nuevos jefes habían hecho nacer cierta esperanza. Cuando el gran cuartel general preguntó hacia qué punto debían dirigirse los refuerzos que se acababan de embarcar, Ludendorff respondió, pensando en las recomendaciones de Schlieffen con respecto al ala derecha, que esas tro-

pas no eran absolutamente necesarias. Si se tenían algunas dificultades en el Oeste, era inútil enviar refuerzos hacia el Este, porque llegarían, sin embargo, demasiado tarde para ser empleados". Si a pesar de esta respuesta, que es un honor para el que la dió, los cuerpos fueron trasladados hacia el Este, faltando en el momento decisivo en el Marne, se puede acusar de ligereza al gran cuartel general a quien corresponde toda la responsabilidad.

Las otras dos causas de la derrota no pueden ser explicadas sino psicológicamente, analizando el estado de ánimo de hombres que ya no podían soportar sus nervios. Si Moltke echó a perder el plan de Schlieffen reforzando el ala izquierda en Alsacia y debilitando así el ala derecha encargada del gran movimiento desbordante, es porque quería, ante el Emperador, salvar el "prestigio" que habría sido empañado si los franceces hubieran invadido aunque temporalmente, la Alsacia que se disputaban ambos países. No obstante, al formar su plan, Schlieffen no temía el ataque de los franceses en el ala izquierda alemana, "aunque tuviesen que franquear el Rhin; en este caso — escribía — después de la victoria y del encierro del ejército entre Lille y París, el ejército francés estaría completamente a nuestra merced".

La tercera razón de la derrota se debe al temor y a la incoherencia. El cuartel general envió al frente, sin orden escrita, a un teniente coronel que debía decidir él mismo la continuación de la batalla decisiva o su abandono. Ni el Señor supremo de la guerra, ni el Jefe del Estado Mayor General se dirigieron al frente para examinar la situación antes de tomar una decisión de tan importantes consecuencias. Permanecieron tranquilamente a doscientos kilómetros del frente, en sus hermosas villas de Luxemburgo, esperando pasivamente la opinión de los diferentes jefes de ejército en lugar de imponerles la suya. Algunos grandes jefes ni siquiera estaban ya en relación telefónica con ellos.

Todos los críticos, incluso los franceses, están de acuerdo para reconocer que la batalla del Marne no fué decidida por la fuerza y la táctica del adversario, sino por el desaliento de dos jefes que no eran ya dueños de sus nervios. La obra oficial sobre la guerra, publicada según los archivos del Reich, dice a propósito de esto: "El 9 de septiembre, por la tarde, el jefe del estado mayor general en Luxemburgo tuvo una crisis de nervios provocada por mensajes imaginarios o reales que anunciaban catástrofes.... En el momento en que el ejército obtenía una gran victoria, propuso hacer batirse en retirada todo el ejército alemán del Oeste... En 1910 Moltke había sido atacado por una grave enfermedad y desde esa época su energía y su fuerza de resistencia habían disminuído progresivamente". Aunque no se quiso dar a conocer a los alemanes la derrota del Marne, se dieron cuenta de que sólo se obtenían victorias en el Este. Los dos generales victoriosos, conscientes de ser los únicos vencedores, y no ignorando la admiración del pueblo hacia ellos, sintieron desde las primeras semanas crecer su popularidad a tal punto que podrían aspirar a los puestos más elevados del ejército. El nuevo jefe del estado mayor general, von Falkenhayn, a quien el Emperador acababa de nombrar, no podía infundirles mucho respeto.

Este nuevo jefe de estado mayor general presenta muchas semejanzas con el príncipe de Bülow: hábil, culto, cortesano, es menos astuto que Bülow, pero más audaz. Muy joven había abandonado el servicio y pasado a China, donde desempeñó las funciones de inspector militar; habiendo reingresado al servicio durante la expedición alemana en el extremo oriente, había sido nombrado recientemente ministro de la Guerra, porque agradaba mucho al Emperador. Su exterior elegante, — era esbelto como un teniente, a pesar de sus cabellos grises — su conocimiento de las lenguas, el cuidado minucioso que ponía en su persona, y su mundanalidad, hacían gran impresión en el soberano.

Sentía también por el pueblo el desprecio que conviene a un gentilhombre: lo había probado en el asunto de Saverna. Más joven que todos los jefes de ejército, que llegaban a ser sus subordinados (fuera de los príncipes que mandaban por mera fórmula), pareciendo aún más joven de lo que era, supo encantar al Emperador que se dejaba cautivar por el físico y la voz de sus servidores. Al igual que Bülow, parecía decidido a apoyarse en su soberano a quien esperaba seducir completamente en el aislamiento del cuartel general.

V

La vida de los grandes jefes en el cuartel general, cuya mejor descripción la da el pintor de Hindenburg, demuestra cómo un carácter sencillo y ponderado termina por adaptarse al papel que el mundo le asigna, cuando este papel es agradable. Se ve aquí a un oficial honrado, severo y plácido transformarse a las aclamaciones de la nación, en un capitán glorioso sin que los rasgos amables de su naturaleza se modifiquen sensiblemente. Lo único que sorprende en este hombre de setenta años, son ciertos rasgos nuevos que se agregan a su carácter. El hombre crece al mismo tiempo que el mito que lo rodea.

En su nueva situación, Hindenburg sigue lleno de sencillez y de humor, como en el pasado. Nada demuestra que se hubiese puesto más duro con sus hombres, por el contrario, todo el mundo lo describe como un superior de humor invariable, y hasta indulgente. Este hombre desprovisto de nervios, con su magnífico apetito y su sueño indefectible, derrama sobre la vida trepidante del cuartel general la luz pareja de un planeta que tomando su resplandor de otros no deslumbra a nadie con sus rayos. Ningún revés, ninguna mala noticia altera su robusta quietud. En todas las relaciones en que se trata de él — estas relaciones son innumerables — se señala una sola, en el mes de mayo de 1915 en que se menciona su rostro preocupado; está sentado derecho en su sillón y se queja de tener grandes fastidios.

Los visitantes no se cansan de admirar y elogiar su hermoso equilibrio moral, aún en las últimas semanas de la guerra. ¿No había pedido acaso, a la edad de doce años, en su testamento, que ante todo se le dejase tranquilo? ¿Y acaso después de haber perdido la guerra no ha conservado su calma y su invariabilidad de humor? Sucede que semejantes naturalezas que han permanecido extrañas a las profundas emociones del alma, sólo se conmueven tardíamente y por pérdidas en su círculo inmediato. Tal aconteció a Hindenburg.

En el gran cuartel general su presencia extiende la calma durante el trabajo, y después de esta, una especie de

agradable quietud. Se discute mucho el menu de las comidas: las anguilas ahumadas, los biscochos, los pasteles, las especialidades berlinesas lo siguen por todas partes, son sus guisos favoritos, a los cuales se agregan el viejo cognac y el champán, siempre de marcas alemanas. Las conversaciones de mesa que se renuevan durante cuatro años dos veces por día (pues Hindenburg, salvo durante una corta enfermedad, nunca faltó a las comidas comunes), las conversaciones son las que se oyen en las propiedades de los hidalgos al Este del Elba. Se habla de la guerra, de los camaradas, de su ascenso, se cuentan bromas del frente o historias de caza. Hindenburg es un gran admirador del Wallenstein de Schiller. "He ahí — dice — un hermoso alimento para un viejo corazón de soldado", pero rehusa toda admiración a Goethe, "porque — dice cuando se habla del poeta — admiró a Napoleón, no comprendió el levantamiento alemán contra el usurpador, y se condujo mal con su madre". La sociedad Goethe que ignoraba esta opinión del general le pidió un día un autógrafo; por espíritu de oposición, escribió en una hoja de papel el verso de Schiller: "Abraza siempre la causa de tu querida patria". Su ayudante de campo interceptó la carta.

Wagner tampoco le es simpático, lo encuentra "inquietante", pero admira a Mozart. Cuando da un paseo, silba marchas militares. No se interesa más que por los cuadros que representan escenas de caza, de batallas, o episodios de la historia de Alemania. Encuentra inaudito que se haya contratado "al suizo francés" Hodler para pintar cuadros de la guerra de la independencia prusiana contra Napoleón y al violinista Marteau en la Universidad de Berlín, cuando este artista "es oficial de reserva en el ejército francés".

Tiene una debilidad: le gusta una pequeña palmera-fénix que quiere ver sobre su mesa en las comidas, y lleva esta planta a Polonia en pleno invierno. Sabe de memoria el parentesco, las propiedades, la carrera de cada hidalgo, sabe a qué regimiento pertenecen los sobrinos de todos los aristócratas prusianos y no se cansa de informarse de las familias y de su historia. Su correspondencia con los suyos es muy seguida; de paseo, coge flores para su mujer, hace la lista de las fotografías que se deberá enviarle; se interesa por los menus de las comidas a las cuales ella ha asis-

tido en Berlín, pero le prohibe visitarlo en el gran cuartel general, porque está prohibido recibir allí a las mujeres de los oficiales y no quiere infringir la orden que él mismo ha dado. Una sola vez le permite una corta estada en una propiedad de la vecindad.

Con respecto a las damas que vienen a pasar una hora al cuartel general ,se conduce como perfecto hombre de mundo, les besa la mano, escribe cartas muy corteses y, soberano de esta corte militar, lleva la amabilidad hasta no ser jamás el primero en levantarse para dar la señal de partida aún cuando sus huéspedes son jóvenes tenientes aviadores. Se pone a disposición de todos los invitados con la mayor complacencia, automóviles, servidores, pieles, y él mismo se ocupa del alojamiento de sus huéspedes y de las flores que hay que poner en las piezas o en la mesa. Cuando se celebra un cumpleaños, encarga tortas con pequeñas bujías y guirnaldas, y pronuncia algunas palabras de felicitaciones... Si algún curioso le hace una pregunta indiscreta, no se ofusca, sino que da una respuesta que provoca la hilaridad de los oyentes.

A toda pregunta sobre la duración de la guerra, responde invariablemente que va a terminar pronto. Cuando los italianos declaran la guerra a Alemania, dice: "No me importa. Italia recibirá paliza sobre paliza. Es un hermoso país, pero sus habitantes son violentos y presuntuosos". Su opinión sobre Wilson: "Es un doctrinario. Me he quedado deslumbrado al leer sus catorce puntos". Sobre los Ingleses: "Inglaterra considera la guerra como un asunto de dinero. Ve ahora que no hay medio de sacar provecho de ella y tiene por cierto muchos deseos de hacer la paz". Tiene también sus juicios hechos sobre el pasado, juicios que se encuentran en los manuales escolares: así es como juzga a Napoleón. Durante su larga existencia, ciertas ideas bien definidas se han arraigado en su espíritu; una noche que el general Hoffmann vino a anunciar después de la comida severas pérdidas, Hindenburg dijo: "Ah, sí, es triste, pero es inevitable". Después de una jornada de batalla que había puesto a una ruda prueba los nervios de todos los oficiales del gran cuartel general, Ludendorff viendo a Hindenburg alejarse tranquilamente para dirigirse a su dormitorio, no pudo dejar de decir al artista pintor que hacía el retrato del Mariscal: "Vea a ese hombre, a pesar de lo que acaba de oir va a acostarse y a dormir el sueño del justo".

La moderación de Hindenburg después de sus primeras victorias en todas las cuestiones tocantes a la paz es muy curiosa. Von Oldenburg-Januschau, hidalgo y rico propietario del Este del Elba, reivindica en la mesa todas las tierras en que reposan los guerreros alemanes. Hindenburg replica: "No hay que desear más de lo que se puede poseer, no pongamos nuestro germanismo en peligro. Es absolutamente indispensable que conservemos a Lieja, en cuanto al resto, nos contentaremos con rectificaciones de fronteras. No debemos sobrestimar nuestros triunfos". Otra vez declara: "Los pangermanistas nos impiden la paz con sus pretensiones exageradas... Esta guerra es como la tercera campaña de Federico II en la cual se contentó con conservar lo que había conquistado... ¿Cómo podríamos conservar a Amberes sin anexar una gran parte de Bélgica? —sería un error—. Tomar una gran parte de Polonia sería una broma de mal gusto".

Repite estas palabras en diversas ocasiones en 1915 pero nunca en presencia de Ludendorff, cuya influencia política va a hacerse sentir un poco más tarde.

El trabajo encarnizado que ejecuta Ludendorff permite al Mariscal exponer sus opiniones, pues Ludendorff desaparece de la mesa apenas tragado el último bocado; Hindenburg queda entonces dueño de la plaza con su corte y sus invitados. Una sola vez, el día de su cumpleaños, Ludendorff se queda en la mesa hasta las diez. En el curso de estas reuniones y de sus paseos diarios, Hinderburg expone libremente sus ideas, pues no tiene que temer la mirada aguda y dominadora que Ludendorfff le dirige a través de su monóculo. Estas circunstancias exteriores tendrán más tarde una gran importancia.

Pues lo que Hindenburg adquiere desde el comienzo de la guerra, en su cuartel general del Este, el rasgo nuevo que aparece en su ser, es el sentimiento de la gloria y de la grandeza que lo acompaña. Para soportar, sin ser aplastado por ella, esta inmensa popularidad, que ningún otro alemán ha conocido jamás, Hindenburg necesitaba un equilibrio interior sólidamente constituído por largos servicios,

una avanzada edad y una imperturbable placidez. Pero habría sido necesario ser un perfecto filósofo para defenderse de ese asalto y devolver al inventor de los planes estratégicos los laureles con que se le cubría, y que sólo el primero merecía. No podía obrar así, puesto que el reglamento exige que la gloria sea del superior. Así fué como Guillermo I debió adornarse con los laureles que Bismark había conquistado.

Después de la batalla de Tannenberg, Hindenburg escribió a su mujer, no sin cierta ironía: "Tu viejo marido es capaz de llegar a ser un hombre célebre".

Pero súbitamente, él, que nunca se había estimado en más de lo que era: un buen oficial de estado mayor, sabía por los diarios que era el más grande estratega del siglo. Su ayudante de campo que abría la correspondencia recibía todos los días millares y millares de cartas, de regalos, de consejos, de homenajes, de peticiones dirigidas "al héroe", ayer desconocido todavía. El director del jardín zoológico envió fotografías de una especie de marsupiales provenientes de un cruzamiento nuevo; quería dar a esos animales el nombre del general. Una asociación de parteras le suplicaba que terminase rápidamente la guerra, pues, por falta de hombres ya no había nacimientos y por lo tanto no había partos que atender. Las ovaciones de las masas llegaban al corazón del general; sin embargo era de bastante buena estirpe para oír por encima de esos gritos de la multitud el ruido del ala del águila, mensajera de gloria eterna.

Hindenburg comenzó entonces a tomar como modelo al viejo Blücher; copió sus sabrosas respuestas, sus palabras paternales a los soldados, a quienes tutea, sus humoradas al estilo de la época: "Entonces les pincharemos los riñones con la espada y les daremos palizas hasta que pidan misericordia. Estoy precisamente ocupado en sacudir los pantalones de los ingleses", o a la noticia de la captura de cuatro mil rusos: "He ahí algo bien hecho, no hay que permitir que esos bribones ganen, podría gustarles".

Así hablaba y escribía el general comandante en jefe de los ejércitos alemanes durante la gran guerra: era puro Blücher. ¿La naturaleza no lo había invitado acaso, en cierto modo, a modelarse según él? ¿No se le parecía?

Bajo los rasgos de un artista pintor la gloria había enviado a Hindenburg su emisario. Los diaristas, los literatos, los visitantes neutrales le pedían rasgos de ingenio, de elocuencia, cosas todas que no poseía. ¡Pero un pintor! ¿No era acaso el mensajero de la inmortalidad? Bastaba mantenerse inmóvil, silencioso delante del artista y mostrarle una cabeza que verdaderamente valía la pena de ser vista. Como unos amigos de las artes habían preguntado si Liebermann, el más grande retratista alemán de la época, podría pintar a Hindenburg, éste opuso una negativa: "No me agradan — dijo — esos retratos en que hay tantas manchas de colores".

Apreciaba, sobre todo, la exactitud histórica, los uniformes fieles, tales como había podido admirarlos en los grandes cuadros en los castillos de su juventud. Por eso cuando llegó el pintor Vogel, más versado en las historias de la familia Hindenburg que en la historia del arte, y cuando dió el aspecto de Blücher al Mariscal, éste se reconoció en el acto y exclamó delante del primer bosquejo de la tela: "Enhorabuena; he aquí por fin arte, esto no es vulgar, es marcial".

Desde entonces — era en febrero de 1915 — no abandonó más a este hombre que llegó a ser su pintor titular, y recurrió a su arte hasta el fin de la guerra, y más tarde cuando fué presidente del Reich. Uno de sus retratos en que se presentaba con la mirada huraña y severa de un gran capitán, le agradó enormemente y se declaró satisfecho: "En esta forma quiero pasar a la posteridad". Y con su mano puso en la tela la fecha y su firma. Durante semanas, posaba todas las mañanas, en el gran cuartel del Este, delante de su "pequeño profesor". Más tarde las sesiones fueron menos frecuentes. No permanecía en ellas silencioso. Examinaba la pintura, hacía observaciones, volvía después de almuerzo "a lanzar una mirada", exigía un cambio de actitud y se interesaba sobre todo por los botones, agujetas, galones y condecoraciones de sus retratos. "Si usted hubiese sido soldado — decía al pintor — sabría que una capa sin botones es una flor sin perfume". Se ocupa hasta por carta de estas cuestiones de uniforme; un día, en el taller del pintor, se sienta delante del cuadro, y, tomando un pincel, agrega espuelas a sus botas.

"El capote — escribe otro día al pintor — tiene siempre seis botones, no cinco; la guerrera tiene ocho en una filą. Indique los ojales. Desde el momento en que usted pone el bastón de mariscal y los gemelos, es indispensable, según el reglamento, la banda de campaña. Todo el mundo sabe que el 147 regimiento de infantería no lleva en el cuello ni adorno amarillo ni galón blanco; el cuello es completamente gris hasta la orilla roja".

El pintor publicó media docena de cartas, todas en un tono jovial y agradable y en las cuales Hindenburg trata la cuestión de los botones; la última, enteramente de su puño y letra, es del 16 de marzo de 1918, dos días antes de la suprema ofensiva alemana. En esta última carta, se habla largamente de los pantalones que llevaba en Tannenberg: "Mis pantalones no están todavía bastante obscuros. Los pantalones obscuros pueden hacer una impresión formidable. No olvide tampoco las bandas de estado mayor. Póngame grandes botas negras con espuelas, no polainas pardas".

Un cuadro gigantesco que representaba a Hindenburg y su estado mayor durante la batalla de Tannenberg dió al artista mucho que hacer. Toda la vitalidad de la casta a que pertenecía el Mariscal se manifestó cuando en plena guerra los oficiales que habían formado parte de su estado mayor debieron tomar, en una colina semejante a la del campo de batalla, la colocación que habían ocupado seis meses antes, a fin de que el pintor pudiese hacer un croquis a lo vivo; esta reconstitución tuvo lugar en invierno, con un frío riguroso que traspasaba a los figurantes, mientras que en Tannenberg, en pleno verano, habían transpirado abundantemente. El pintor acompañado de uno de los oficiales del grupo fué en seguida enviado al verdadero campo de batalla para tomar un croquis rigurosamente exacto de los lugares. El cuadro sufrió tantas correcciones, que sólo fué terminado dos años más tarde.

Hindenburg se interesó más aún por otro cuadro ejecutado según sus indicaciones. Es el día de su llegada a Marienburg, la víspera de la batalla. Gigantesco, de pie a orillas del río, envuelto en su capa, contempla, con mirada adusta, el Vístula, mujeres asustadas que huyen hacia el Oeste, y la fortaleza que se destaca en el ocaso arrebolado. Los

cuadros de este género, a la vez fuertes y conmovedores, responden a la imagen del héroe en el corazón de los alemanes; pintados al gusto de la oficialidad, eran apropiados para grabar la leyenda en los espíritus. Hindenburg sabía el efecto que producían sobre las masas, y lo buscaba; delante de uno de sus retratos a la manera de Blücher, declaró un día al pintor:

"Aquí, parezco decir: "no me detendré antes de haber exterminado a los últimos rusos. Ni uno sólo escapará".

En esa época — en la primavera de 1915 — se estaba en plena guerra de movimiento al Este; cada día había la posibilidad de tener que marchar. Insistió entonces ante el pintor para que trabajase "día y noche" en el gran cuadro. Se preocupaba de la salud del artista hasta encargar para él zapatillas de lluvia. Iba a informarse de las reproducciones en colores de sus retratos editadas por la casa Ullstein, conducía a sus visitantes principescos delante de los cuadros, y, como una noche se le hizo notar que se obscurecía, dió una orden: "Quiero que dentro de un cuarto de hora, todo esté iluminado". En efecto, los visitantes pudieron llegar al taller pasando delante de los soldados en posición de firme y provistos de pequeñas antorchas.

"¿Cómo — dijo un día al pintor en un acceso de cómica indignación, — para hacer este cuadro necesita usted un año? Toda la batalla no duró más que cinco días y era de tamaño natural. ¿Y pretende usted hacerme creer que es más difícil pintar un cuadro que ganar una batalla?"

Hindenburg hizo de su pintor titular su confidente. Le expone sobre la estrategia ideas que no se encuentran en ninguno de los grandes capitanes de la historia: "El comandante en jefe no debe indicar sino las grandes líneas, los detalles son asuntos de sus subalternos. Sin embargo, sólo él es el responsable. No hay que imaginarse que una batalla sea muy fácil de arreglar. No basta ordenar: Armas al hombro izquierdo, adelante, marchen. Eso sería demasiado fácil. No, hay que saber también maniobrar". Para subrayar su semejanza con Blücher, pronunciaba estas palabras con el acento berlinés, que él no poseía con naturalidad. Una bonita mañana, a las ocho, penetró en el taller con un curvímetro en la mano, se sentó y dijo: "Ya está, ahora

vamos a hacer un plan de batalla". Este tonó encontraba eco en los corazones alemanes.

Las dificultades comenzaron cuando el artista quiso pintar al Mariscal y Ludendorff al lado. Ludendorff no tenía ni tiempo suficiente, ni ganas de prestarse al juego, y mientras que Hindenburg era "fuego y llama" — escribe el pintor — Ludendorff declinó la invitación, justificando su negativa con estas palabras:

"Desearía no ser retratado sino cuando todo haya terminado. El favor popular y la fortuna militar son cambiantes, pues la diosa de la guerra es una mujer terriblemente inconstante".

Sin embargo, terminó por dejarse convencer. La primera vez que entró al taller para posar, fué presa de un verdadero acceso de cólera al ver el bosquejo preparado por el pintor. Hindenburg quería que Ludendorff lo mirara, para dar al espectador la impresión de que el jefe del estado mayor recibía una orden del Mariscal. De ahí la gran indignación de éste: "Por esta disposición del cuadro — escribe el pintor — Ludendorff se sintió disminuído. Durante la conversación que tuvimos sobre el asunto, se exasperó hasta llegar a decir que mi obra, desde el punto de vista documental, era una falsificación de la historia. Se calmó poco a poco y pude por fin comenzar mi trabajo... La sesión continuó en la calma, pero fríamente". Por la noche, antes de comida, Ludendorff se dirigió al pintor y se excusó con un apretón de manos. El grupo fué modificado según su deseo.

Esta escena parece ser la única que haya provocado el orgulloso y taciturno subalterno para reclamar la parte de gloria que le correspondía, pero algún día debía producirse, pues si el Mariscal lo trataba siempre con la mayor gentileza, nunca dejaba, en sus discursos y sus conversaciones con terceros ,de llamarlo su "fiel auxiliar". Bebiendo a la salud de Ludendorff para la celebración de su quincuagésimo aniversario (1915), Hindenburg pronunció una corta alocución: "Mi fiel ayudante... No encuentro otras palabras; me contento pues, con decir, Excelencia, que es usted Irreemplazable".

¿Por qué, hablando del hombre al cual debía todo, el Mariscal no pronunció ni en ese día asiversario, ni en sus

Memorias, la palabra "camarada"? ¿Por qué, quince años más tarde dió este título a un antiguo oficial de caballería sin mérito especial y del cual hizo un canciller del Reich? Porque sin duda una estrella menos en su uniforme hacía de Ludendorff su inferior, porque finalmente el reglamento y el rango eran las dos manecillas que Hindenburg consultaba en el reloj de su vida.

Los retratos no avanzaban; a cada instante se les modificaba; no es que un crítico avisado hubiese hecho observaciones con respecto a los colores o al dibujo, sino que era preciso cambiar ora los uniformes, ora los rangos. En un cuadro que representaba a los dos generales con sus colaboradores, Hindenburg encontró a Ludendorff demasiado "meditabundo".

El Emperador hizo a su vez objeciones. Cuando se trató de presentarle los cuadros, el general de la corte pidió primeramente terciopelo rojo para hacer resaltar los marcos dorados. Era — sostenía — para halagar el gusto de Su Majestad. Durante toda la noche, el pintor recorrió la pequeña ciuadad de Pless sin lograr encontrar el menor pedazo de terciopelo rojo. Por fin encontró algo en casa de una joven novia de la burguesía que debía instalar un salón de terciopelo carmesí y que quedó encantada de ver sus muebles utilizados por un Hohenzollern.

Al día siguiente, el Emperador encontró que la boca de Ludendorff podría estar un poco más abierta. "En cuanto a lo demás, estoy muy satisfecho. Ha hecho usted resaltar como conviene al Mariscal". El cuadro de Tannenberg provocó otra crítica del Emperador: Ludendorff está demasiado cerca del Mariscal: "Esto induce a error, pues el Mariscal es quien ha ganado la batalla". Y como el pintor se atreviera a replicar, el Emperador decide: "Se hará como he dicho". Más tarde, un general de salón que no conocía la guerra sino por los cuadros de batalla de Federico II, promete un gran efecto con una batería de obuses de campaña colocada en el fondo y haciendo fuego con todas sus piezas. Somete su idea, el pintor la aprueba, pero Hindenburg se opone a ello y cierra la discusión con estas breves palabras: "Por lo demás, usted hará lo que ordeno, eso es todo". El buen pintor enumera con complacencia, en sus Recuerdos, todas las afrentas que tuvo que sufrir. En cuanto a

Hindenburg, su última carta con respecto al famoso cuadro de Tannenberg, data del 7 de noviembre de 1918.

Nunca ha llegado a establecerse el acuerdo sobre el papel de Hindenburg y de Ludendorff en la batalla. Ambos generales embocaron la trompeta de la victoria para tocar la canción de Tannenberg al público que tan deseoso estaba de oirla; cada cual tocaba su parte como si no hubiera más que un intérprete. Jamás alma viviente oyó a uno de ellos hablar delante del otro de la célebre batalla: cada uno comenzaba su relato con estas palabras: "Cuando obtuve la victoria de Tannenberg..."

Mientras que en los momentos más críticos de la guerra, Hindenburg se sentaba regularmente a la mesa a la una de la tarde y a las ocho de la noche, siempre de igual humor, algunos días no se veía en absoluto a Ludendorff, otras veces venía mordiéndose los labios, engullía pronto un bocado, tomaba conocimiento de las últimas relaciones y desaparecía inmediatamente. Para calmarse, se pasaba los dedos por la cara, tirando las comisuras de los labios. "Tira las comisuras de la boca,—se burlaba su ayudante de campo,—aunque están desde hace tiempo al nivel de sus carrillos caídos. Si hacía lentamente pelotillas de pan, con una mano, se sabía que estaba tranquilo, si las hacía rápidamente, era un indicio de la tempestad. Cuando las hacía con las dos manos, el rayo había caído ya en alguna parte.

Durante las primeras sesiones de "pose", bostezaba y gemía. Cuando para el doble retrato tuvo que permanecer inclinado sobre un mapa, el pintor se procuró el de las operaciones en curso y Ludendorff, obsesionado por sus planes de operaciones, tomó un compás, calculó, reflexionó, olvidó dónde se encontraba y tomó la expresión tensa que el pintor deseaba. Otra vez, no pudiendo ya más, saltó de su asiento, exclamando: "En este momento se decide en el Oeste la suerte de Alemania. No tengo la tranquilidad de espíritu necesaria para posar". Ludendorff angustiado, en territorio ruso, por una batalla que se libra en Francia, y sin poder intervenir en ella de ninguna manera: muchos preferirán la nerviosidad de Ludendorff a la impasibilidad de su superior.

Cuando aquella misma noche, el pintor contó el incidente en presencia de Hindenburg, éste dijo: "Pues bien, lo

esencial hoy es conservar su sangre fría. La guerra será ganada por el que tenga los nervios más sólidos".

Estas réplicas, esta actitud y esta flema imperturbable produjeron en todos una extraordinaria impresión y de año en año se amplificó la leyenda, aunque el resultado de la guerra no ha justificado directamente la opinión de Hindenburg sobre este punto. Pero siempre ha habido optimistas que después de la muerte del enfermo elogian el arte del médico que les ha dejado la esperanza hasta el fin.

Aureolado por la gloriosa reputación del invencible capitán, Hindenburg terminó por creer él mismo que esa gloria había llegado. Comenzó por compararse con Napoleón. "Usted conoce mi principio de no sacrificar inútilmente mis hombres, — dijo a su pintor —. Napoleón no vaciló en hacerlo, pues enviaba al fuego pueblos extraños; yo no hago lo mismo, pues son hijos del país". Y como un día explica una vez más sobre el mapa la batalla de Tannenberg, recuerda también la victoria de los polacos cinco siglos antes; señala el sitio con la uña: "En la época de los caballeros de la Orden Teutónica, el campo de batalla era tan grande como mi uña. El campo de batalla en que yo he derrotado a los eslavos es tan grande como mi mano. Es una gran alegría para mí el haber vengado la afrenta hecha a los teutones".

La existencia que, llevaba en el gran cuartel general, debía inevitablemente aumentar su orgullosa seguridad, y este cambio en su carácter ha tenido más tarde una considerable influencia en sus decisiones. ¡Qué gloriosa carrera! Un pobre gentilhombre lugareño que difícilmente logra desempeñarse, ejecuta durante algunos años, como jefe de cuerpo, un papel bastante importante y goza de una alta consideración. Pero esto pasa en Magdeburgo, entre las grandezas provincianas e inamovibles de la provincia de Sajonia, y este papel de primer plano sólo lo desempeña en las recepciones y fiestas, es decir, una docena de veces al año, en invierno.

Hoy preside una mesa a la que vienen a sentarse casi diariamente convidados de todos los rincones del mundo; vienen a verlo, a contemplar su rostro. Casi todas las noches hay recepciones, conversaciones ceremoniosas, brindis, felicitaciones. Condes y altezas, príncipes y reyes, orientales

y chinos, se encuentran súbitamente alrededor de la mesa de este hombre que hasta los setenta años ha vivido tranquilo e ignorado en el círculo de familia. Pero a todos estos visitantes los sobrepasa en estatura y como todas las descripciones de la guerra hacen resaltar en primer plano su robusta espalda, debe también a su antecesor plebeyo, el granadero del rey Federico, la primera impresión que causa su gigantesca persona.

Liberado del trabajo intelectual por su jefe de estado mayor, sigue siendo el oficial de alto rango que administra, se hace atender admirablemente; objeto de constantes homenajes del pueblo, recibe cartas de admiración y regalos; las más altas personalidades lo visitan y le testimonian su veneración. Y es así como durante la guerra, Hindenburg fué en definitiva el hombre más feliz de toda Alemania. De todos los grandes jefes de la guerra, para cuyo placer se libran en suma los combates, ninguno tuvo que sufrir menos molestias que él.

VI

Era de prever un choque entre el héroe popular Hindenburg y el general de corte ministro von Falkenhayn. La desconfianza que inspiraba este último, el fracaso del plan de Schlieffen en el Marne, el deseo, bastante comprensible en un general, de dar un golpe decisivo al adversario que tiene frente a él — para Hindenburg era Rusia; — todos estos hechos reunidos debían acentuar las disensiones entre Hindenburg y su nuevo superior. Pero, cosa molesta, al comenzar las hostilidades contra el ministro, Hindenburg hacía oposición al Emperador.

Mientras que millones de alemanes creían en la cordura y la conciencia de sus jefes — ¿cómo habrían consentido en el sacrificio si hubieran dudado de ellas? — eran víctimas de sus envidias, de sus intrigas de corte y de mezquinos pleitos de precedencias o de grados. Durante años, estas divisiones permanecieron ignoradas. Su relación, enterrada en los archivos, salió de ellos como un espectro de una tumba. Al leer los documentos se cree ver surgir el espíritu de

los soldados muertos que preguntan: "¿Para qué ha servido, entonces, nuestro sacrificio?"

Hindenburg, consagrado héroe nacional, buscaba la decisión por las armas en el Este, donde era vencedor, puesto que en el Oeste no se obtenían ventajas. Falkenhayn, con una redoblada obstinación, hizo correr a olas la sangre de la juventud alemana en Ypres, sin la esperanza de triunfar. En tiempo de paz, el Emperador alemán había convenido con el Emperador de Austria que tomaría la dirección general de las tropas austro-alemanas. Conrad von Hoetzendorf, el general en jefe de los ejércitos austro-húngaros, protestó. Interviniendo en la querella entre el Habsburgo y el Hohenzollern, Falkenhayn se unió al parecer del general austriaco y le dejó el mando personal de sus tropas, para debilitar la posición de Hindenburg. Cuando éste emprendió su marcha sobre Varsovia, los austriacos se quedaron atrás; sesenta batallones alemanes se encontraron frente a doscientos veinticuatro batallones rusos. El camino de Breslau y Berlín estaba casi libre para los rusos. Rápidamente, Hindenburg dió media vuelta. Algunos críticos militares sostienen que esta retirada es la obra maestra estratégica de los dos generales. El arte de la guerra sigue siendo entre todos el más sorprendente: cuando un general es victorioso, es grande; pero cuando retrocede hábilmente, es aún más grande. En todos los otros dominios de la actividad humana, un retroceso no es considerado como un triunfo.

En dos ocasiones más Hindenburg y Ludendorff querrían dar un golpe decisivo a Rusia, pero el Emperador y Falkenhayn, asustados por sus fracasos en el frente Oeste, no permiten una gran ofensiva; hay que contentarse con debilitar poco a poco al adversario. La envidia no era, por cierto, el único móvil de esta decisión, pero influía en algo: la prueba de esto la encontramos en la pasión con que Falkenhayn, instrumento del Emperador, trata de perjudicar a los generales populares que son sus subordinados. ¿Había olvidado este primer principio de estrategia que dice que no hay que dividir sus fuerzas si no se quiere ser derrotado? Se le ocurrió la idea de separar a Ludendorff que hacía todo el trabajo, del viejo Hindenburg, a fin de demostrar al pueblo alemán lo que este último era capaz de hacer.

Ordena a Ludendorff que forme en Rusia un ejército del Sur, cuyo comando asumirá. Es el primer golpe del Emperador contra el héroe nacional.

Pero entonces, por primera vez, el viejo servidor del monarca se levanta contra su soberano. Su carta de protesta, inadmisible en la forma, no es publicada. Es preciso que se haya declarado no solamente contra la última orden de Falkenhayn, sino también contra la persona misma del ministro, pues Moltke escribe en enero de 1915 a Hindenburg: "Bien sé cuán penoso le habrá sido a usted, cuyo corazón es tan fiel al Emperador, poner en su carta en conocimiento de Su Majestad la opinión que yo mismo tengo sobre el general von Falkenhayn. Quiera Dios que su gestión tenga buen éxito. Este hombre nos conducirá al abismo a todos, incluso el trono y la patria... Sólo usted podía y debía escribir así. Le estrecho la mano, Excelencia. Permaneceré de su parte o caeré con usted". Moltke era un hombre que buscaba a Dios, según decían. ¿No parecen sus palabras sonar mal cuando invoca falsamente el nombre de Dios en su intriga? Como su caída data ya de algún tiempo, toda acción personal le es imposible, por eso se ha unido con los generales descontentos; y no es sorprendente que un correo de Hindenburg, el comandante von Haeften, siga de cerca la carta para obtener del Emperador la reintegración de Moltke en su puesto.

Ya — tres meses después de la entrada de Hindenburg en escena — el Emperador es en parte su prisionero. Es verdad que éste despide inmediatamente al comandante, y no quiere oír hablar de Moltke que tan cruelmente lo ha decepcionado. Pero no se atreve a separar a los dos generales y, a pesar de Falkenhayn, toma una nueva decisión que deja a Hindenburg su jefe de estado mayor Ludendorff, consagrando así el derecho que se ha arrogado el Mariscal de tratar directamente con el soberano, haciendo abstracción del ministro. He ahí además, en el dominio diplomático, una capitulación altamente elogiada y comentada; es el primer retroceso de Guillermo envejecido que, en su juventud, se atrevió a alejar a Bismarck. La Emperatriz, su hermano, su hijo, Bethmann sobre todo, han ejercido influencia sobre el Emperador; sienten que hay que elevar al héroe popular al primer lugar, pero se necesitarán diez años todavía para que el Emperador se decida, con este nombramiento, a abdicar moralmente.

"La gloria de Hindenburg — se lee en una relación que el príncipe Hohenlohe, embajador de Austria, envía de Berlín a Viena — molesta a Falkenhayn... Falkenhayn ha insistido mucho para que se haga una gran ofensiva en Galicia, y una de las razones de su insistencia, es que querría una victoria obtenida sin Hindenburg... No hay que olvidar que el Emperador Guillermo, a la vez que reconoce los grandes méritos de Hindenburg, no puede disimular completamente cierta envidia ante la popularidad verdaderamente excesiva y siempre creciente del Mariscal; por otra parte, muy agradable le sería poder celebrar como vencedor al hombre que ha nombrado jefe de estado mayor contra la opinión de muchos militares altamente colocados. Hindenburg... ha tratado de disponer al Emperador contra Falkenhayn; ésto no ha hecho más que confirmar al soberano en su resolución de mantener a este último en su puesto y colmarlo de distinciones".

He ahí, pues, los resortes secretos de las batallas, de las hecatombes, de los triunfos y de las derrotas por los que centenares de miles de alemanes, crédulos, confiados en la palabra de sus jefes, creían deber derramar su sangre, imaginándose que la derramaban por la patria. Las batallas se olvidan y los historiadores de las matanzas — entre los cuales no nos contamos — son los únicos que se interesan por la cuestión de saber cuál de los dos tenía la razón: el que quería "aniquilar" o el que quería "debilitar" al enemigo. Pero la lucha de caracteres sigue siendo significativa, más allá del tiempo.

He aquí un monarca que durante veinte años ha llenado al mundo con sus arengas, hablando de su puño blindado en hierro y de su brillante armadura, pero que nunca aprendió nada del arte de los grandes capitanes; en el momento en que estalla la guerra con que constantemente ha amenazado al mundo, pierde el control de sus nervios, va a ocultarse detrás de viejos generales a quienes encarga salvar su trono; pero cuando estos generales se desempeñan demasiado bien en su tarea y son aclamados por el pueblo,

es mordido por la envidia, trata de detener su carrera victoriosa y prefiere enviar tropas al rival que ha levantado contra ellos, porque es más deferente y adulador. Querría ver a éste cubierto de laureles que justificaran su elección y halagaran su perspicacia.

He aquí un general enfermo que, habiendo tenido una crisis de nervios, ha perdido la batalla decisiva de la guerra; pero no han transcurrido aún tres meses cuando este neurasténico, en lugar de sumirse en su teosofía, quiere encaramarse en la robusta espalda de su héroe nacional para volver a ocupar su lugar de dirigente.

He aquí un favorito que, en el momento en que el país está en peligro de muerte, echa las bases de un plan de campaña destinado a impedir la victoria del héroe popular envidiado, exponiéndose a ofrecerla al aliado detestado.

En este mundo corrompido, en presencia de semejantes documentos, la simpatía ¿no debe ir a los dos jefes militares que, a la inversa de sus rivales, han sabido al menos ganar una victoria?

Es difícil, si no imposible, comprender su omnipotencia ulterior si no se bosqueja al menos su lucha contra "el amo". Mientras que Hindenburg quiere tomar el ejército ruso en Polonia y en Galicia, entre los dos brazos de un torno y aniquilarlos con el concurso de las fuerzas austriacas, Falkenhayn lo detiene por medio de una contraorden. La pasada a través del frente ruso se hará, pero sólo en mayo de 1915, en Gorliz, y por otro general, von Seeckt. Por lo demás, esta victoria provocará a su vez nuevas enemistades, graves desde el punto de vista de la política.

Cuando el Emperador, para dominar mejor al héroe popular, transporta su gran cuartel general a Posen — donde por una extraña coincidencia nacieron Hindenburg y Ludendorff, — al frente Este, donde naturalmente no quiere librar la batalla decisiva, y cuando Falkenhayn niega las tropas y el material necesario para una gran ofensiva en la dirección de Kovno-Grodno, Ludendorff, por primera vez, hace en presencia del Emperador una escena tan violenta que la Emperatriz se ve obligada a intervenir para arreglar las cosas.

Mientras tanto, Falkenhayn trata de ganar laureles en Verdun; ha sacrificado medio millón de hombres y deja a Hindenburg aburrirse, inactivo, durante el segundo invierno. Como el Mariscal se queja de nuevo al Emperador, Falkenayn le responde: "No es del caso examinar si Vuestra Excelencia aprueba los proyectos de la Dirección Suprema del Ejército, puesto que Su Majestad el Emperador ha arreglado la cuestión. Todas las partes de nuestro ejército deben ser, en este caso, sometidas sin condición a la Dirección Suprema del Ejército... Me veo obligado a negarme a poner en conocimiento de Su Majetad los demás puntos de su telegrama, pues se trata de consideraciones históricas sin interés por el momento y no quiero, en todo caso, importunar al Señor supremo de la guerra en estas graves jornadas".

No habla en su nombre el hábil general de corte, no dice que él solo representa "La Dirección Suprema del Ejército", que el Emperador ha "arreglado la cuestión" con un simple movimiento de cabeza, antes del desayuno. Y este Emperador a quien no se quiere importunar, se siente feliz con la menor diversión, con la menor visita que recibe, pues se aburre de tal modo que hay que inventar toda clase de distracciones para entretenerlo.

En cuanto a los dos generales que comandan en el frente ruso, están reducidos a una inacción casi completa durante todo este invierno. Mientras en Verdun la juventud de dos naciones es aniquilada, el primer estratega de la guerra se ocupa de organizar la administración de las provincias conquistadas, y el héroe popular, a quien tanto le agradaría vencer y destruír al enemigo, cuenta sus hazañas de caza: en enero de 1916, ha matado en la selva rusa de Bealowicz, un alce magnífico y un enorme bisonte, cuya cabeza negra se parece completamente a la que, desde hace seiscientos años, figura en el blasón de su familia.

Viviendo como recluídos en las villas que ocupan, los dos generales permanecen ignorantes de los pensamientos y de los sentimientos de su tropa; sin embargo, no se trata de máquinas, o bien son máquinas que el día menos pensado no se dejarán ya manejar. Su vida exterior transcurrirá entonces siguiendo un ritmo regular. No tienen que sufrir del arma más temible del enemigo: el hambre, y esto es

justo. Pero tampoco se dan jamás cuenta de que un soldado o una obrera están subalimentados. En las Memorias de Hindenburg se habla a menudo, en verdad, "de los admirables esfuerzos de nuestro valiente ejército", pero este elogio y la manera cómo es hecho, recuerdan las buenas palabras del hidalgo dirigidas a sus campesinos después de la cosecha. A menudo hablaba a los hombres, preguntándoles si la sopa de habichuelas secas estaba buena, y esos alemanes, con el corazón desbordante de reconocimiento, respondían, radiantes: "Sí, señor general-Mariscal, estaba buena". Pero en ninguna parte de su libro se encuentra una palabra de uno de los innumerables soldados de ese ejército gris, compuesto de hijos del pueblo; ninguna mención de una pequeña conversación, ninguna descripción de un rostro, de una mirada. En octubre de 1918, cuando el dócil y disciplinado pueblo alemán comenzó a refunfuñar, Hindenburg opuso nuevamente su veto a la suministración de un mismo alimento a los estados mayores y a la tropa.

He aquí el relato de un encuentro que hizo el Mariscal en el otoño de 1915, recorriendo a pie, acompañado de su pintor titular, la región que los rusos habían ocupado. Encuentran a una mujer; el general la interpela, quiere saber lo que ha pasado cuando los rusos estaban en el país. La mujer no responde. Impacientado, termina por decir:

—Quiero saber lo que ha pasado, lo que les ha sucedido.

La mujer responde entonces:

—El señor Hindenburg no debe preguntar lo que ha sucedido, sino lo que **no ha sucedido.** Y huye con el rostro sonrojado.

El pintor Vogel, que ha relatado este encuentro en su diario, no señala el epílogo de la historia. Hindenburg no se inmuta, no tratará de saber lo que ha podido sucederle a esa mujer, no dice nada. Ha oído centenares de respuestas a las preguntas que ha hecho, no las señala, no comenta ninguna. En la mesa de los oficiales, donde se oyen todas las noches historias divertidas, nunca se ha contado una frase como la de esa desdichada mujer. Los comensales no comprenden. El pueblo no tiene más que responder a las preguntas que se le dirigen. Si una mujer es obstinada, impertinente, y si huye, debe estimarse dichosa de no ser detenida. Por lo demás, ¿qué ha pasado? Nada, no más a Hindenburg hoy que a la mujer poco antes.

Mientras tanto aumenta el número de diarios y de visitantes que querrían que se entregase el poder a los dos vencedores, tan descontentos de su forzada inacción.

"No habría sino un medio; — escribe Tirpitz en marzo de 1915 — sería nombrar a Hindenburg a la vez canciller del Imperio, jefe del estado mayor general y jefe del Almirantazgo... Personalmente lo conozco sólo muy superficialmente e ignoro si tiene algunas visiones políticas. Se le dice avisado y bien equilibrado. El animador de las operaciones atrevidas y audaces en el frente Este, sería Ludendorff".

He ahí las ideas de uno de los hombres más considerados y más independientes del Imperio. No conoce a Hindenburg, pero vive en el ambiente de la leyenda, y como no es almirante de corte, sueña con una dictadura.

Un año y medio después de esta sugestión de Tirpitz, Falkenhayn perdía definitivamente la partida y desaparecía. El ataque sobre Verdun, que había costado al ejército alemán doscientos veinticinco mil hombres, había fracasado completamente. Rumania había entrado en guerra. El canciller Bethmann — otro miedoso — insistía en hacer nombrar a Hindenburg, esperando poder apoyarse en su autoridad. No preveía que este gigante era bastante fuerte para ayudarlo, pero también para aplastarlo.

Estamos en agosto de 1916, y hace dos años que se ha librado la batalla de Tannenberg. El Emperador teme la mirada de Falkenhayn, su desdichado protegido, y le oculta su desgracia. Ordena a un general de su círculo que llame por teléfono a Hindenburg y lo invite a presentarse con Ludendorff al gran cuartel general.

El Emperador, de excelente humor, los recibe en la terraza del castillo — aún durante la guerra, los actos importantes de Guillermo tienen siempre por decorado una terraza, un parque, una sala de recepciones, y son también regularmente seguidos de un almuerzo — y nombra a Hindenburg y a Ludendorff comandantes en jefe de los ejércitos.

Sus títulos son de tradición, su poder es nuevo. Ludendorff obtiene el derecho expreso de tratar directamente con el Emperador, en caso de desacuerdo con Hindenburg. Pero el poder que recibe Hindenburg es indefinible. Nada ha hecho por llegar a este rango; más aún, ni siquiera sabe en este instante en qué medida él y Ludendorff van a ser los dictadores de Alemania. Ambos han combatido a Falkenhayn y se han creído sinceramente capaces de obrar mejor que él: en esto tenían razón, y la ambición de Ludendorff lo impulsaba a aspirar al poder supremo.

En cuanto a Hindenburg, es la leyenda la que lo elevó a esas alturas.

VII

En esa jornada de agosto de 1916, en el castillo de Pless, en Silesia, la Constitución, obra de Birmarck, fué modificada en un punto esencial. Según ella, sólo el Emperador era el jefe supremo de la guerra; el jefe del estado mayor del ejército era responsable ante él al mismo título que un apoderado ante su patrón, quien puede despedirlo de un momento a otro. Ahora, el Emperador tenía dos jefes, llegaba a ser "decorativo" como el rey de Inglaterra y no podía ya, prácticamente, deshacerse de ellos. Pero, además, había abdicado su papel de árbitro y de juez supremo en caso de conflictos entre la dirección política y la dirección militar, conflictos que inevitablemente debían producirse. Guillermo II, heredando su poder directamente de Dios, después de haber provocado por largo tiempo al universo entero, porque se creía un genio omnipotente y omnisciente, no era ahora más que una sombra. Si los dos hombres que en las primeras horas de pánico había enviado al Este no triunfaban en la gran obra, el Emperador perdía su corona.

Era una cuádruple dictadura la que se ofrecía a los dos generales: Hinderburg se apoderó de ella lentamente, con una mano fuerte; Ludendorff, con sus dedos nerviosos, se aferró ávidamente de ella.

Como jefes supremos, no enviaron a Falkenhayn al desierto, sino a Rumania, donde se cubrió de gloria por rápidas victorias: este general tenía en sí, como tantos otros generales alemanes, la pasta de un excelente ayudante.

Ludendorff levantó un nuevo plan de campaña; pero con gran sorpresa de los especialistas militares, llevaba la ofensiva, no al Este como siempre lo había propuesto hasta entonces, sino al frente occidental. ¿Tenía Francia — presuntamente enemiga hereditaria — el poder mágico de atraer, como siempre, a los grandes jefes alemanes, o bien contaban éstos ya en esa época con la revolución rusa? El curso de los acontecimientos en los dos años que siguen, marca una fluctuación, en la repartición de los efectivos, pero el centro de atracción es siempre el Oeste. Allí es donde los dos grandes jefes buscaron la victoria final — y no la encontraron.

La segunda dictadura, fué la del Interior, donde reinaban hasta ahora, los tenientes-comandantes de cuerpos de ejército (Stellvertretende General-Kommandos) que, según la Constitución, estaban colocados bajo las órdenes del canciller. Los dos generales se adjudicaron las atribuciones del canciller en este dominio y debieron ocuparse del estudio de la vigilancia de los partidos políticos, que se reformaban poco a poco, de los servicios de seguridad, de las detenciones preventivas, de la censura; en resumen, de todo lo que podía influír en la moral de los no combatientes.

Habiendo tomado en sus manos el abastecimiento general, establecieron su dictadura en la economía nacional.

Finalmente, todos los problemas concernientes a los fines de guerra, las proposiciones de paz, y más tarde la conclusión de la paz, entraron en las atribuciones de la dirección general de los ejércitos, es decir, habiendo desaparecido el Emperador, en las manos de ambos generales: fué la dictadura de Relaciones Exteriores.

Fuera de la dictadura militar, ¿qué trabajos, qué estudios los habían preparado para tales dictaduras? ¿Tenían nociones suficientes de economía política? ¿Conocían la estructura social de Alemania y la organización de las clases? ¿Cuándo habían estudiado los países extranjeros, su constitución, su historia, las razones y las consecuencias de su coalición contra Alemania? ¿Qué conocimientos podían

oponer a los de un estadista inglés o francés que estaba en verdad bajo el control parlamentario — y por lo tanto era más débil — pero que sabía sin embargo trabajar fuertemente contra ellos? Dejemos la palabra a Hindenburg.

En sus Memorias, él mismo dice que no tiene "un carácter político. Una acción personal en el dominio de la política actual repugnaba a mis inclinaciones. Quizá mi gusto por la crítica política era demasiado débil, o mis sentimientos de soldado demasiado desarrollados. Esta última razón explica también sin duda, mi aversión a toda diplomacia, aunque se pueda calificar esta aversión de prejuicio o de falta de comprensión... Tenía la impresión de que la diplomacia exige cualidades que no cuadran con el carácter alemán".

En el curso de la guerra, "nunca experimenté el deseo ni la necesidad — dice — de ocuparme más de lo absolutamente necesario de las cuestiones políticas", y cita la frase de Moltke: "En el curso de sus operaciones, el jefe debe tomar en cuenta en primera línea el triunfo militar. En cuanto al uso que la política puede hacer de sus victorias o de sus derrotas, eso no le incumbe; su explotación es asunto del hombre de estado".

"Por otra parte, — agrega — en conciencia, no habría podido abstenerme de hacer valer mi manera de ver cuando los esfuerzos de algunos nos conducían por un camino singularmente peligroso a mi parecer. ¿Habría cumplido con mi deber si no me hubiese lanzado a la acción cuando creía ver a mi alrededor el enloquecimiento o la apatía, si no hubiese defendido con todo el vigor necesario mis apreciaciones personales concernientes al presente y al futuro cuando la conducta de las operaciones y la seguridad futura de mi patria estaban en juego?... Si alguien solicitaba mi opinión, si se hacía una pregunta urgente, cuya respuesta no podía esperarse, no veía por qué habría de callarme".

En este momento, las cosas se complican y se tornan trágicas. Un soldado que no se interesa por la política, no se reconoce ninguna aptitud como político, y niega al alemán toda capacidad diplomática, se apoya en una palabra de su superior que recomienda dejar al hombre de estado

el cuidado de explotar políticamente los resultados de la guerra, pero al mismo tiempo declara que su conciencia se rebelaría si no diera una solución a los problemas en suspenso y no interviniera en las cuestiones de la seguridad futura del país y en todos los asuntos relativos a la paz.

Hindenburg no subió por intriga, ni se impuso por chantage en el lugar que ocupa; fué verdaderamente elevado por la voluntad del pueblo después de su victoria sobre los rusos. Se puede preguntar si en estas condiciones no tenía el derecho de considerarse como el representante y el ejecutor de la voluntad nacional. ¿La impotencia del monarca daba a este hombre de deber el derecho — a despecho de las tradiciones prusianas — a desempeñar a la vez los papeles de Blücher y de Gneisenau y aún de Hardenberg, el hombre de estado al cual Gneisenau siempre se sometió? ¿Pero daba Alemania verdaderamente la impresión de una casa en llamas cuyo incendio podía ser combatido por cualquiera, con tal que fuese valiente?

¿Qué iba a suceder si en el pueblo se hacían oír otras ideas y otras reivindicaciones, si por la voz de los representantes de la nación, ciertas clases sociales desconocidas de los dos generales se oponían a sus concepciones políticas y reclamaban una paz de armonía en lugar de conquistas? ¿En virtud de qué derecho moral — faltando el derecho escrito — se atrevía Hindenburg, con su fobia contra la política, a descartar nuevas energías que querían quizá salir de lo que él mismo llamaba "el enloquecimiento y la apatía"? ¿Tenía el derecho de rechazar nuevas sugestiones para la salvación del país que amenazaba descomponerse? Pues sabía que la nación no aceptaría su retiro. Aún reconociendo la debilidad del Emperador, del canciller y del Reichstag, no por eso dejaba de ser una empresa temeraria el pretender arreglar las cuestiones políticas más graves cuando él mismo reconocía su aversión por ellas. La única excusa que la historia puede aceptar a los dos generales, es que, como dictadores, obraron según su conciencia y su saber.

Esta excusa, que se puede admitir cuando se trata de un soldado que ha perdido su unidad, casi no es admitida

por la ley y el juicio popular cuando se trata de un médico que ha cometido una falta profesional. Es inadmisible cuando se trata de reyes, de ministros o de jefes de ejército, aunque pretendan haber obrado por "patriotismo". Cuando un hombre ocupa una elevada situación, poco importa investigar si ha obrado según su conciencia y su saber — ¿por qué habría de obrar de otro modo? — Pero su responsabilidad sería completa si su "saber" fuera insuficiente para tomar una decisión. Y en todas las cuestiones importantes, faltó su "saber".

Sin embargo, los dos generales eran bastantes hábiles para dejar a otros la dirección nominal de los asuntos. Ludendorff, gran animador en política lo mismo que en estrategia, confirma que a menudo se le propuso el puesto de canciller, pero "para dirigir las operaciones de la guerra mundial, y para tener en mis manos el instrumento militar, tuve que emplear tal actividad que me habría sido imposible presidir además un gobierno que trabajaba con una inimaginable lentitud. Alemania necesitaba un dictador que residiese en Berlín, y no en el gran cuartel general". ¿Cuánto tiempo hubiera vivido Ludendorff en buena armonía con un dictador civil, cuando soportaba a su jefe militar únicamente porque éste aprobaba en todo sus decisiones? ¿Qué línea de demarcación habría admitido entre la conducta de la guerra y de la política, cuando en un país sitiado durante varios años, todas las cuestiones económicas se confundían con las cuestiones militares? Además, después de la victoria, un soldado difícilmente se resuelve a abandonar su premio.

¿Y Hindenburg? ¿Recordaba las jornadas que siguieron a la batalla de Königgrätz, donde, joven teniente de dieciocho años, buscando con sus camaradas, en el campo visual de un anteojo, la torre de San Esteban de Viena, supo, haciendo rechinar los dientes, que el hombre de estado que había preparado la batalla daba súbitamente la señal de la retirada? Reconoció más tarde la cordura de Bismarck que pactó una paz hábil, por lo demás la única de este género, cuando en Nicolsburg renunció a los frutos de su victoria?

No. Si Hindenburg, inhábil en política, según su propia confesión, y Ludendorff, que se decía "soldado y no político", se convirtieron en los dictadores políticos de Alemania, es porque, colocados en el pináculo por la leyenda, no encontraron un Bismarck a su lado. Su falta no es el haberse apoderado de la dictadura, sino el no haber tenido el sentimiento de su ignorancia de las cuestiones políticas y el no haber rehusado tratarlas. Aunque Hindenburg no estimaba a Bismarck, ciertamente debió haber leído en sus Memorias el pasaje que dice: "Los fines que deben ser alcanzados por la guerra, su determinación y su límite, lo mismo que los consejos de que el monarca se rodea en esta ocasión, son un asunto político antes y durante la guerra, y la manera de resolver estas cuestiones no puede permanecer sin influencia sobre la conducta de la guerra".

Se cree oír, al mismo tiempo que la voz del Canciller de Hierro, el órgano con sordina de su pálido sucesor, Bethmann, que, después de haber propuesto él mismo el nombramiento de los dos generales, se asustó de lo que acababa de hacer, y dijo a su colaborador: "Hemos reemplazado a Falkenhayn por Ludendorff, que es por cierto mejor estratega, pero temo que nos eche a perder toda nuestra política".

Esto es, en efecto, lo que hizo Ludendorff, y Bethmann lo demostró más tarde con estas palabras: "Casi no hay cuestión política en la que Ludendorff y la Dirección suprema del ejército no insistiesen, no solamente en dar su opinión, sino también en imponer su decisión..." Los dos generales presentaban siempre el mismo argumento: si no se les escuchase, "la guerra estaría perdida y Hindenburg no podría aceptar por mayor tiempo la responsabilidad. En un principio, los generales adoptaron una forma a la vez personal y distante en nuestras relaciones, que hacía casi imposible una colaboración útil; estas relaciones llegaron poco a poco a una lucha abierta contra la dirección política; con la crisis del mes de julio terminaron en un régimen de dictadura militar".

¿Qué habría sucedido si Hindenburg hubiese renunciado personalmente a ocuparse de política? "Ludendorff — ha dicho el general Wetzel a la comisión de investigación — no podía hacer todo lo que quería. Entre él y el

Señor supremo de la guerra se levantaba, como una estatua de bronce, el Mariscal, que intervenía en todas las cuestiones, tanto políticas como militares". — "El Emperador — escribe Brecht — se había alejado casi completamente y el verdadero comandante en jefe del ejército alemán era Hindenburg. El era quien, no solamente por su personalidad, mantenía la homogeneidad del poder militar alemán, sino que tomaba además las decisiones definitivas". El general von Kuhl escribe: "Por muy considerable que fuese la influencia de Ludendorff que compartía la responsabilidad, en realidad era Hindenburg el único responsable".

Este nunca trató de sustraerse a esta responsabilidad. Si supo adornarse de los laureles ganados gracias a la inteligencia de Ludendorff, también aceptó más tarde los reproches contra su política. En una de sus cartas humildemente amenazantes al Emperador, Hindenburg exige "plenos poderes para tomar todas las decisiones concernientes a la vida del pueblo alemán". Obtuvo así un poder del que ni el mismo Bismarck fué investido jamás. Imposible les fué, pues, a los dos generales echar la responsabilidad de la derrota a un hombre de estado incapaz, procedimiento que tan gustosamente emplean los jefes de ejércitos vencidos.

Como Hindenburg siempre tuvo la última palabra en todas las cuestiones políticas, del mismo modo que firmó con su puño y letra las dos decisiones capitales de enero de 1917 y de octubre de 1918, hay que admitir que se mezclasen espinas en su corona de laureles.

Sincero, escribió a principios de 1918, cuando había surgido un conflicto entre él y el Emperador, que ambos, el monarca y él, eran responsables, de la paz que se firmaría, si no según la Constitución, al menos ante el pueblo alemán, ante la historia y ante su propia conciencia. La decisión de Su Majestad no puede liberar la conciencia de sus generales". Y llegado a la edad más avanzada, dijo a uno de sus íntimos: "He perdido la más grande de las guerras de la historia, ¿cómo me juzgará la posteridad?"

VIII

En Alemania, tres poderes podían oponerse a la dictadura de los generales. En el mes de agosto de 1914, el Emperador estaba investido de un poder más grande que el de cualquier otro soberano beligerante. Como su declaración: "Hemos sido pérfidamente asaltados" era aceptada y creída por todos, incluso por él; como todos los partidos políticos habían renunciado a su programa, los poderes del Emperador eran mayores que los de cualquier otro rey de Prusia, desde hacía un siglo. Era verdaderamente, tanto según la Constitución como en los sentimientos del pueblo, el Señor supremo de la guerra.

Pero todos los neurasténicos se parecen: cuando se sienten seguros, llaman voluntariamente el peligro, y cuando éste se presenta, pierden toda serenidad. Cuando las paradas fueron reemplazadas por la movilización, y las maniobras por las batallas, el frágil valor de este valiente desapareció completamente; se ocultó. La vanidad de su vida pasada, inútil y frívola, pareció espantosa. Cuando debió renunciar a sus cortejos cuotidianos, a sus visitas, a sus viajes, a sus discursos y a sus fiestas que hacían decir a Bismarck: "El Emperador sería dichoso si pudiese celebrar todos los días su natalicio", fué el derrumbe. Después de la llegada de los dos generales al poder, todas sus ocupaciones se redujeron a media hora de trabajo diario: a mediodía, Ludendorff presentaba su relación en presencia de Hindenburg. "El general Ludendorff — escribe Hindenburg — trazaba un cuadro de la situación general. Cuando había que tomar decisiones importantes, yo me encargaba de la relación y si era necesario solicitaba la aprobación imperial de nuestros planes. La alta confianza del Emperador nos dsipensaba de su asentimiento en todas las cuestiones que no eran cuestiones de principio... Cuando se le presentaban los proyectos de nuevas operaciones, lo más a menudo se contentaban con su exposición sucinta". A pesar de la forma cortés de esta relación, se siente todo el fastidio que se desprendía de esta media hora de "trabajo" cotidiano. Para

expedir rápidamente y al mismo tiempo todos los asuntos corrientes, — pues también había que gobernar el Imperio, — "la media hora consagrada a la relación de mediodía delante del Emperador servía también — muy a menudo — para conciliábulos con los representantes del gobierno". Este pasado lamentable que, según una promesa de Guillermo II, debía preparar al pueblo alemán un porvenir magnífico, hay que tenerlo siempre ante los ojos. Hay que ver al oficial de Su Majestad, monarquista hasta la médula, en este papel de dictador, que abandonará más tarde para ocupar el puesto mismo del Emperador. "Somos vasallos — había dicho—libramos las batallas de los reyes, obedecemos. Las órdenes del monarca, su voluntad y sus decisiones son las infalibles". En ese momento, los dictadores observaban todavía precisamente las formas exteriores del respeto en presencia de su soberano. Un día que se preguntaba a Ludendorff por qué no daba el último paso, respondió: "No puedo hacer el papel de Cromwell, pues he recibido una impronta realista demasiado profunda en la escuela de cadetes".

El segundo poder del Imperio era el canciller. El que, durante cinco años antes de la guerra, estaba a la cabeza del imperio sin hacerse notar de ninguna manera, se había hecho célebre en el mundo entero el día de la declaración de la guerra, por dos frases pronunciadas ante el embajador de Gran Bretaña. Cuando éste, al despedirse, hizo alusión a la violación de Bélgica por Alemania, Bethmann no preguntó a su interlocutor británico si Inglaterra no había violado nunca un contrato. Esta hubiese sido una de esas preguntas que verdaderos hombres de estado no vacilan en hacer cuando se ha declarado la guerra. Pero Bethmann-Hollweg, cayendo en la celada tendida por el inglés, declaró que el contrato de neutralidad belga no era más que un pedazo de papel. Esa frase, pronunciada en el curso de la conversación íntima en el gabinete del canciller, fué conocida inmediatamente en el mundo entero; en otros países habría bastado para matar al ministro que la hubiera pronunciado.

Aquel mismo día, en la sesión del Reichstag, Bethmann proclamó que "la necesidad no tiene ley". La verdad de estas dos afirmaciones que la Entente ha confirmado en el curso de la guerra con repetidas violaciones del derecho de gentes, no excusa la estupidez de Bethmann. En el caso presente, lo mismo que en el caso de lord Grey, el desconocimiento de los pueblos extranjeros entre los hombres que son llamados a estar en relaciones con estos pueblos, conduce a torpezas. Quizá el desgraciado acontecimiento podría haber sido evitado si los ministros europeos hubiesen conocido el genio, la lengua, las costumbres y la civilización de los países que tenían el deber de conocer, pues para ello eran pagados.

La debilidad de Bethmann era específicamente alemana: adoraba al ídolo invisible de la plaza Real, ese gran estado mayor dispensador de todos los favores, destructor de toda fuerza contraria a su voluntad. El misterioso poder de esta institución, que apenas puede concebir el cerebro humano, su extraña actividad que evoluciona en una especie de penumbra, entre la paz y la guerra, son otros tantos fenómenos inquietantes que se agregan a las nubes negras de donde salen el relámpago y el rayo.

Habiendo proclamado el canciller a la faz del mundo que Alemania sólo desenvainaba la espada para defender su existencia amenazada, su misión era fácil, pues no tenía más que atenerse a ese propósito de guerra. Cuando en noviembre de 1914, el general Hoffmann le dijo que había que devolver a Bélgica su independencia, Bethmann respondió extrañado:

—"Es usted el primer militar que habla así; comparto su opinión, pero si fuera a decirla a Berlín, en la tribuna del Reichstag, sería arrojado de mi puesto por la cólera popular".

He ahí el nivel a que se elevaba el orgullo del jefe del gobierno alemán. Cinco años más tarde, este jefe dió la medida de su personalidad y de su viril seguridad cuando debió prestar juramento antes de deponer en presencia de la Comisión de Investigación del Reichstag y cuando se le preguntó si quería jurar "ante Dios" o si prefería no hacer uso de esta forma de juramento; respondió con una voz vacilante: "Desearía prestar juramento en las mismas condiciones que el conde Bernstorff". ¿Qué hay de sorprendente en que este mismo Bethmann haya suscrito en 1917, en-

tre estas dos declaraciones, a las condiciones de paz que antes combatía?

El tercer poder, el Reichstag, que según la Constitución conservaba todas sus atribuciones en tiempo de guerra, había renunciado espontáneamente sus prerrogativas. Los socialistas que en los treinta últimos años habían podido ver la confianza que merecían los gobiernos sucesivos del Imperio, se dejaron convencer por el Libro Blanco según el cual Alemania había sido atacada pérfidamente por un zar perjuro. Estos mismos hombres que, tres años antes, se habían entendido en Bruselas con sus hermanos franceses para hacer imposible la conflagración europea, aprobaron unánimemente los créditos para la guerra cuyas pretendidas causas debieran haber examinado con escepticismo. El único que quiso oponerse a la aprobación, Liebknecht, se sometió a la disciplina del partido y se calló.

Es verdad que el zar había embrollado la situación y los socialistas recordaron las palabras de su jefe Engels que, allá por el año 80, había sido el único en prever y predecir la guerra:

"Una sola guerra sigue siendo posible para Prusia-Alemania, es la guerra universal, y será de una duración y de una violencia insospechadas. Ocho a diez millones de soldados se matarán entre sí. Será la reedición de las devastaciones de la guerra de Treinta Años condensadas en una guerra de tres o cuatro años, que se extenderá a todo el continente. Se verá el hambre, las epidemias, los disturbios en el ejército y en el pueblo provocados por una miseria extrema; irreparable confusión de nuestra actividad artificial en el comercio, la industria y el crédito, llegando a la bancarrota general; derrumbe de los antiguos estados y de sus instituciones tradicionales, de tal modo que las coronas, en Alemania, rodarán por docenas por el suelo y que no se encontrará nadie que las recoja".

Esta predicción sorprendente, exacta hasta en las cifras, habíala publicado Engels exactamente treinta años antes del fin de la guerra, en diciembre de 1888. De antemano saludaba esta guerra de liberación de los obreros rusos y alemanes — naturalmente bajo el control del gobierno.

Treinta años más tarde, el Reichstag se vió privado de este control por el maestro que dió feriado a sus muchachitos en cuanto hubieron aprobado cinco mil millones para la guerra, y les prohibió severamente reunirse, hablar en voz alta o — lo que habría sido peor aún — quejarse del maestro. Todos volvieron a su casa, muy cuerdamente, con tanto mayor placer cuanto que se les dió un nombre nuevo, muy bonito, para designar sus vacaciones: fué la "tregua de los partidos"; para los generales fué el estado de sitio.

Cuando en los demás países las críticas de la prensa y de los representantes del pueblo respondían a las faltas de los generales y de los ministros por llamados a retiro y rechazos de crédito, y cuando en la primera sesión de la Duma, la oposición pudo hacerse oír, los "súbditos" alemanes y austriacos no tenían más que callarse, batirse y hacerse matar. La mayoría de ellos, hay que decirlo, estaban más dispuestos a morir por la patria que a fatigar su cerebro por ella.

¿Podía esperarse algo mejor por parte de los súbditos alemanes? ¿No se habían confiado, desde hacía dos siglos, a los hidalgos del Oeste y del Este del Elba, formados por las escuelas de cadetes y el gran estado mayor, para dirigir los asuntos del estado? Educación que no les había enseñado el arte de gobernar, sino inculcado el deseo de llegar al poder. ¿Y acaso el monarca no les había dado garantías de su poder? Después de la guerra, el Kronprinz se quejaba de que los alemanes no hubieran tenido un Clemenceau en sus filas. ¿Pero no era su padre, no era el mismo Bismarck quien había hecho imposible la llegada al poder de un Clemenceau, salido de la burguesía? ¿Acaso hombres como aquél, como Lloyd George, no eran llevados al poder, a la Presidencia o al Ministerio de la Guerra, a petición de sus pueblos? Lo único que el pueblo alemán pudo dar libremente, su favor, no pudo darlo sino a un general hidalgo y más tarde llamó a este hombre a las más altas funciones del estado.

Acostumbrados a más orden que libertad, los alemanes se sentían, en un principio, felices en su pasividad. Se felicitaban de no tener en su país las discusiones y las disputas como entre el enemigo de enfrente, en Francia. ¿No

había la Cámara francesa llegado a desautorizar a un general en jefe? La expresión de "tregua de los partidos" representaba para ellos algo particularmente agradable; esto los hacía pensar en los ágapes fraternales con patatas doradas al horno.

En un principio, a nadie se le habría ocurrido preguntar si un pueblo que paga una guerra con su sangre y su dinero — pues, los primeros miles de millones eran verdaderamente "su" dinero — si este pueblo no tenía el derecho de expresar su opinión por la voz de sus representantes. Hasta el sistema electoral, ese sistema gracias al cual un rico podía disponer de cien y hasta de mil cédulas de voto, fué considerado como intangible en Prusia. Parece que este estado de cosas data de un siglo, y al extranjero le será difícil creer que después de 1918 el campesino y el obrero prusiano debiesen votar en la tercera "clase" cuando el propietario terrateniente y el empleador, estaban inscritos en la primera. Es verdad que los plebeyos se batían en primera línea y tenían el derecho de hacerse matar, mientras que sus amos hacían fabricar en su casa, con el sudor de la frente de los demás y para la salvación de la patria, alambre de púas o municiones. Nadie pensó suprimir esta desigualdad el día de la proclamación de la igualdad de todos los alemanes.

Cuando Inglaterra, después de su revolución, hizo una guerra de ocho años al Rey Sol, la Cámara de los Comunes no firmó tregua con los lores; los hizo ahorcar.

Cuando Francia, joven república, debió defenderse cien años después contra el enemigo exterior, los jacobinos no firmaron tregua con los aristócratas y los burgueses enriquecidos, los expulsaron. Cuando naciones de espíritu crítico y entusiastas, luchaban por sus derechos en el interior y contra el enemigo exterior, su impulso era tanto más grande cuanto que ningún rencor secreto podía detenerlo. Los alemanes, acostumbrados a ver las calles obstaculizadas por la tropa para el desfile de los regimientos que van a la parada, siguieron siendo durante la guerra súbditos modelos y dóciles que, alineados en la acera, estaban tranquilos explicándose entre ellos que la lucha de clases cesaba en razón del paso de la tropa. En su último gran discurso, Bismarck

dijo que el impulso y el ardor deciden el resultado de la guerra, pero el ardor fué ahogado por el puño de las autoridades militares del interior. Mientras Alemania, fortaleza sitiada, era amenazada de hambre por el exterior, los potentados militares decretaban por su parte el estado de sitio en el interior. Los fieles súbditos debían darse cuenta de que tempestades y aludes no les dispensaban de su deber esencial: la obediencia.

Tal era la situación en el interior. Habiendo renunciado el Emperador, el canciller y el Reichstag a ejercer su poder, los dos dictadores tenían entera libertad de acción.

XI

Se ocuparon ante todo de política. Después de la rápida derrota de Rumania, especie de brillante sinfonía de obertura tocada por su adversario destituído — el general von Falkenhayn, — los nuevos amos de Alemania se quedaron tranquilos en el Este y en el Oeste, como su predecesor, decididos, según parece, a mejorar la crítica situación militar, mediante maniobras políticas. Según la descripción con apariencias de mucha gravedad que Hindenburg, como todo jefe recién promovido, hace de la situación, todo debía incitarlo a disminuir la presión dividiendo a los enemigos, Rusia e Inglaterra, o a ganar el favor de ambas y descartar nuevos adversarios. Esto se hacía posible después de la victoria ganada en Rumania, guardando consideraciones a Rusia en Polonia, y a Inglaterra en la cuestión vital para ella: Bélgica, y a América en la guerra submarina. Los dos generales hicieron precisamente lo contrario, y cinco meses después de su llegada al poder habían reducido a la nada los primeros resultados de una tentativa de conciliación con los tres países. El viejo adagio según el cual la pluma hace perder a menudo lo que la espada ha ganado, recibió un nuevo sentido, pues, en este caso, la pluma y la espada eran manejadas por la misma mano.

La paz con Rusia, tal era el sueño de todos los alemanes; pues ni los sentimientos ni la tradición impulsaban al

pueblo a querer abatir a este vecino con el cual se había vivido durante siglos en buena inteligencia. Pero mientras en Estocolmo los emisarios alemanes negociaban con el vicepresidente de la Duma para preparar la paz con el zar fatigado de la guerra; mientras el nuevo presidente del Consejo ruso, Stürmer, hacía saber a los alemanes que estaba dispuesto a oírlos, los dos generales decidían fundar un reino de Polonia, y de un golpe aniquilaron toda esperanza de paz separada con Rusia.

No querían esta paz. Deseaban batir definitivamente a este enemigo personal al cual debían su gloria, y con este fin pensaban reclutar soldados en Polonia para hacerlos marchar contra el zar. En agosto de 1915, Ludendorff había escrito: "No obtendremos la paz separada con Rusia; por lo demás, no la necesitamos, pues somos fuertes. Habiéndoseme quitado Polonia, me es preciso fundar un reino en Lituania y en Curlandia". Es más explícito aún en octubre de 1915: "En ningún caso Polonia será devuelta a Rusia ni dada a Austria; hay que hacer de ella un estado más o menos independiente bajo la hegemonía alemana. Es preciso que tengamos toda clase de garantías para el porvenir que será tanto más incierto cuanto menos hayamos debilitado a Rusia". En julio de 1916: "Como los austriacos nos traicionan, mis miradas se dirigen a Polonia. El polaco es un buen soldado. Creemos un gran ducado de Polonia con Varsovia y Lublín. En seguida un ejército polaco con jefes alemanes".

Llegados al poder, los dos generales pidieron la creación inmediata de un reino de Polonia, del cual el gobernador alemán de Varsovia había prometido sacar un millón de hombres, y del cual se podrían sacar al menos cuatro divisiones, si los pronósticos del general comandante de la plaza de Varsovia eran demasiado optimistas. En vano Bethmann y Helfferich, canciller y vice-canciller del Imperio, con el objeto de llegar a una paz separada intentaron contrarrestar el plan de los generales. Ludendorff veía ya en sueños las divisiones polacas. Los dictadores dieron orden de crear el reino de Polonia, y tuvieron satisfacción dos meses después. "¿Cómo habría podido tomar sobre mí, — escribe Hindenburg — en la situación militar en la que nos encon-

trábamos, la responsabilidad de declinar esta preciosa ayuda que se nos prometía de una manera tan positiva? Pero una vez aceptada, no había que perder tiempo".

En estas palabras, muestra el Mariscal un rasgo de su mentalidad, que más tarde decidirá la suerte de Alemania: es la debilidad de ese carácter, de ordinario tan firme, en las cosas en que nada entiende. Hasta el otoño de 1915, Hindenburg habla siempre de condiciones de paz razonables y moderadas. Súbitamente tiene mayores pretensiones, que ni siquiera son justificadas por nuevas victorias. En el mes de octubre de 1915, dice: "Es preciso que demostremos una voluntad férrea y que fortifiquemos nuestra posición a fin de que durante el próximo siglo nadie se atreva a atacarnos nuevamente. Para esto, nos son indispensables las colonias".

¡Este es el lenguaje de Ludendorff! Es la voz de los hidalgos, de los amigos, de los camaradas, que en el gran cuartel general, bebiendo su Burdeos, le hacen oír lo que su sincero corazón piensa obtener de la victoria. Hindenburg, que ignoraba todas estas cuestiones, pierde su buen sentido, aprueba las ideas expuestas por las gentes de su casta, y este juego se repetirá quince años más tarde, de una manera fatal para la República a cuya cabeza será colocado. Anota en su agenda, refiriéndose a esa época: "El ir y venir de esas innumerables preguntas y réplicas no me procuró sino horas desagradables y reforzó mi aversión por la política".

El resultado de la maniobra se resume así: ocho a diez mil polacos se plegaron bajo las banderas alemanas. Pero el ministro ruso, Stürmer, declaró que la paz con Rusia había sido "muerta en el huevo".

Sin temer las "horas desagradables", y a despecho de su aversión por la política, el generalísimo, que no escuchaba más que su deber, se consagra a una nueva acción concerniente a Bélgica. Algunos civiles habían levantado la voz para pedir la restauración de este país conforme a la promesa hecha por el canciller al comienzo de la guerra. Algunos argumentos parecían alegar en favor de esa tesis.

La moral internacional, atacada por la violación de la neutralidad belga que la Entente recordaba infatigablemen-

te a los neutrales, podía ser apaciguada mal que mal por la promesa de restaurar a Bélgica. La paz con Inglaterra dependía moralmente de esta restauración, pues el Reino Unido había entrado en guerra a causa de este país y también por razones estratégicas, siendo Amberes, según la expresión de Napoleón, una pistola dirigida al corazón de Inglaterra. Cien años atrás, las piezas de artillería no alcanzaban, sin embargo, sino a algunos centenares de metros. Además, desde la ocupación, las victorias alemanas, los hombres y las materias primas se habían hecho escasos. Si al comienzo de la guerra 1.700,000 alemanes se encontraban frente a 2,300,000 enemigos en el frente occidental, al principio de 1916 las cifras eran de 2.300,000 alemanes contra 3.500,000 enemigos. Con el tiempo, el bloqueo reducía cada vez más las importaciones de lana, de algodón, de cobre, de caucho, de grasas y otras materias en bruto. Después de una mala cosecha, el rutabaga reemplazó durante el tercer invierno a las patatas; el pan fué distribuído más parsimoniosamente y con presentación de tarjetas. Con calma, el soldado alemán, mal alimentado, mal vestido y mal armado, sostenía en cuatro frentes de batalla el asalto del enemigo, sin pasar, sin embargo, a la ofensiva. Más apto para la guerra de movimiento e instruído para ella, no podía, en la defensiva, hacer más que sus adversarios.

El restablecimiento de Bélgica — que no era ni el enemigo hereditario de Alemania, ni estaba destinada a ser anexada — debía ser, pues, con la paz entre Alemania y Rusia, la primera idea que había que examinar. Pero la solidaridad de las escuelas de cadetes fué más fuerte que la razón, y combatió esta idea invocando la seguridad y el honor. ¡De qué manera! Un país neutral que habría sido infaliblemente invadidos por los franceses si no hubiéramos sido nosotros los primeros en entrar en él, un país en el cual nuestros soldados habían sido cobardemente asesinados por franco-tiradores emboscados en las casas, ¿deberíamos sencillamente devolver este país? ¿Qué sucedería en la próxima guerra si una vez más nos atacaran de improviso? En suma, estos señores de la gran industria tenían razón al pedir que se extendiese el protectorado alemán al país, lo que aseguraría además el abastecimiento de hierro y de carbón.

En la tribuna de la Cámara de los Comunes, Mc Donald invitaba a los alemanes a declarar abiertamente: "No queremos conservar a Bélgica, la evacuaremos al firmarse la paz". La invasión nos fué impuesta, como lo ha dicho nuestro canciller, por las necesidades militares. La respuesta de los dos generales, en su memoria del 17 de abril fué la siguiente: "Bélgica subsistirá y será colocada bajo el control militar alemán hasta que esté madura, política y económicamente, para firmar con Alemania una alianza ofensiva y defensiva... Sin embargo, por razones estratégicas, Lieja y la costa flamenca con Brujas seguirán siendo definitivamente posesiones alemanas (o arrendadas a Alemania por noventa y nueve años). Estas anexiones son las condiciones **sine qua non** de una paz con Inglaterra". Como verdadero soldado alemán, Hindenburg había proferido estas palabras lapidarias: "La política es el arte de perjudicar al adversario por todos los medios, incluso los más violentos".

De todos los civiles que hablaron de paz, Wilson fué el mejor comprendido en Alemania: su moral política provenía de ciertos argumentos kantianos, si no respondía enteramente a ellos. Los dos generales tenían a su respecto una extrema desconfianza. No en vano el curso de filosofía había sido suprimido de los programas de la Academia de Guerra. Por eso, cuando en diciembre de 1916, se supo en el gran cuartel general que Wilson iba a emprender una acción diplomática en favor de la paz, el Emperador se adelantó y publicó una parodia de ofrecimiento de paz, especie de manifiesto, en el cual, tomando al mundo por testigo, parecía tender su mano derecha al enemigo. Como al mismo tiempo retenía con la izquierda todos los territorios que pretendía anexar, fué rechazado por diez estados a la vez.

Wilson, a quien desde hacía un año la Entente trataba de ganar a su causa, deseaba que los Estados Unidos continuasen observando esa neutralidad de que hasta entonces habían sacado tanto provecho. La vieja amistad entre Alemania y los Estados Unidos no podía sufrir algún ataque sino por mar; no es que Alemania, como Inglaterra, obligase a América a una carrera en los armamentos navales,

pero la guerra de corso y los ataques de submarinos la indisponían mucho. Alemania, tres veces menos fuerte en el mar que sus enemigos, podía defender sus costas, pero no podía forzar el bloqueo. Estaba reducida, pues, como todos los estados que disponen de una fuerza naval inferior, a hacer con sus cruceros la guerra de corso, y había realizado hazañas que hasta causaron la admiración de sus enemigos. El derecho marítimo no había resuelto aún una cuestión que el progreso de las construcciones navales planteaba entonces: ¿Tenían un submarino o un sumergible el derecho de echar a pique un navío mercante sin previa advertencia? El problema no había sido tampoco resuelto desde el punto de vista moral; quizá era insoluble, y Hindenburg escribe muy justamente: "El adversario nos destruía con obuses americanos: ¿por qué no podíamos nosotros hundir sus navíos y transportes? ¿No teníamos los medios para hacerlo? ¿Cuestión de derecho? ¿Dónde y cuándo se preocuparon nuestros adversarios del derecho? Esta es la pregunta que se hacen nuestros soldados en el frente". Tirpitz compartía este modo de ver, y todo inglés colocado en la misma situación habría emitido el mismo juicio si el país más expuesto a estos ataques hubiera sido un enemigo cualquiera, pero no el país más poderoso de los que hasta entonces habían permanecido neutrales.

El canciller había obtenido del almirantazgo y de los dos generales a su llegada al poder — la seguridad de que los submarinos alemanes recibirían la orden de no hundir ningún navío neutral. El "civil" no obtuvo esta seguridad sino después de la emoción provocada en el mundo entero por el hundimiento del vapor "Lusitania" en mayo de 1915 y del "Sussex" en marzo de 1916. La guerra con los Estados Unidos estuvo a punto de estallar en ese momento. La indignación moral de la Entente era facticia, pues el "Lusitania" transportaba municiones y no debía entonces, según los americanos, llevar pasajeros a bordo. No era, pues, una consideración de humanidad, sino de poder, es decir, en el caso presente, una consideración de "prudencia" lo que influía en la decisión del gobierno imperial y hacía condenar la guerra submarina.

Cuatro meses más tarde, cuando los dos grandes jefes reconocieron que no obtendrían más triunfos estratégicos que su predecesor, recurrieron, como lo escribe Hindenburg, "a este único y último medio que nos quedaba a fines de 1917 para terminar victoriosamente la guerra". Para correr la aventura, bastaba probar que el hundimiento de los navíos ingleses "obligaría a Inglaterra a doblar la rodilla", antes de que los americanos, conmovidos también, estuviesen dispuestos a batirse en Europa. Todo el mundo en Alemania comenzó a hablar de tonelaje, y mientras cuatro millones de alemanes se escondían en las trincheras de tres continentes, podría haberse creído que Alemania no hacía más que una guerra submarina.

Era preciso justificar la gran decisión. El almirantazgo probó por la publicación de numerosos cuadros, que gracias a la guerra submarina, Inglaterra sería "liquidada" en seis meses, pues los americanos no podían franquear el Océano antes de dieciocho meses. "Los americanos no tienen soldados — decía en el Reichstag el almirante Capelle, secretario de estado en la Marina.—Tienen hombres, pero no oficiales, ni sub-oficiales para instruirlos. Por lo demás, aún instruidos no podrían hacerlos venir sino por pequeños contingentes que no servirían para nada en Europa, y ni aún ésos llegarán, porque nuestros submarinos los enviarán al fondo de los mares. Militarmente, América es, pues, un gran cero, se lo aseguro, se lo repito y estoy dispuesto a decirlo por tercera vez". (A la cuarta vez, 1.900,000 hombres desembarcaron en Europa y decidieron el resultado de la guerra; un solo transporte fué echado a pique).

Estas enérgicas palabras hicieron milagro. Un almirante las confirmó bajo su palabra de honor de oficial, el ministro de Finanzas, Hergt, preguntó al Reichstag si los señores americanos iban a franquear el Atlántico al vuelo o a nado. Estas palabras alentadoras demuestran el brillo de imaginación de esos conservadores prusianos, enemigos de los razonamientos sutiles, que han sabido conservar su claro y buen sentido de raza y de terruño.

La marina dió a los dos generales las explicaciones necesarias. Es así cómo ciertos empresarios demuestran sobre el papel, a los que les confían su dinero para la construc-

ción de una fábrica, que el capital comprometido dará, sin error posible, 10% de interés; y los generales quedaron convencidos. Solamente que en lugar de ser los capitalistas que arriesgan su fortuna, eran los mandatarios que arriesgaban la suerte de su país.

Para el nuevo sistema de campaña naval, se encontró además — hecho importante en Alemania — una feliz denominación: se le llamó "la guerra submarina sin consideraciones" para dar a entender que esta guerra había sido hecha hasta entonces con muchas consideraciones. Esta expresión valentona y altanera le alió millones de nuevos partidarios. Antes de que fuese tomada esta grave decisión cuya importancia todos advertían, debía recibir la aprobación de los dos grandes jefes. ¿Quién podía pedir a esos dos hombres, según la instrucción que habían recibido, que reconocieran en el bloqueo otra cosa que una cuestión económica? En el gran edificio de ladrillos rojos de la Plaza Real de Berlín, millares de cerebros habían trabajado con ardor durante cuarenta años, para preparar la guerra, pero no habrían encontrado un sólo estudio que tratase de la cuestión del bloqueo de hambre, medio de guerra tan peligroso en las manos de la mayor potencia marítima del mundo. A mayor abundamiento, las cifras concernientes a la derrota de Inglaterra por el bloqueo alemán, debían escapar a su control; no podían calcular, pues, sino el valor de las consecuencias políticas.

¿Cómo avaluaban estas consecuencias? Existe a este respecto dos documentos preciosos y raros, pues en ellos se oye a los dos generales a la vez, lo que casi nunca sucedió oficialmente. Ni sus relaciones, redactadas por Ludendorff o sus colaboradores, ni sus Memorias son de su pluma, y las citaciones que figuran en este libro para el encadenamiento de los hechos velan su naturaleza, por su tono artificial, más de lo que la revelan. Existen "cortas noticias" oficiales sobre las conferencias del 8 y 9 de enero de 1917, en el curso de las cuales fué decidida la guerra submarina a muerte; se las encontrará, en una forma abreviada, más adelante. En el primer documento, estenografiado, figura la mención: "Estrictamente confidencial. Hacer circular de mano en mano", lo que parece indicar que el contenido de los

documentos simplemente "confidenciales" puede ser contado a cualquiera.

El 8 de enero, en el castillo de Pless, en la Alta Silesia, los dos grandes jefes tuvieron una conferencia con el almirante von Holtzendorff, jefe de estado mayor del almirantazgo. Asistían a la reunión un cierto capitán Grasshoff y el coronel Bartenwerffer, que en la mesa representa a Clío, pues toma notas para ella:

Holtzendorff. — El canciller estará aquí mañana.

El Mariscal. — ¿Qué cosa lo atormenta?

Holtzendorff. — El canciller quiere reservarse la preparación de la guerra submarina a muerte,, para impedir que América entre en guerra. Parece que ha declarado que la nota sobre los vapores armados era una celada para los submarinos que podría desencadenar el conflicto con América.

Ludendorff. — El canciller estaba al corriente, vamos.

Holtzendorff. — En Relaciones Exteriores se cree que si América del Norte interviniese, América del Sur haría otro tanto. Piense entonces en lo que sucedería, una vez terminada la guerra.

El Mariscal. — Primeramente hay que vencer.

Holtzendorff. — ¿Qué haremos si el canciller no sirve?

El Mariscal. — Eso también me causa inquietudes.

Holtzendorff. — Entonces, es preciso que asuma usted las funciones de canciller.

El Mariscal. — Nó, no puedo ni quiero aceptar. Sería incapaz de discutir en el Reichstag.

Holtzendorff. — Considero a Bülow y a Tirpitz como imposibles, en razón de sus relaciones con el Emperador.

Ludendorff. — Yo no aconsejaría al Mariscal que aceptara.

El Mariscal. — No podría hablar en el Reichstag. Rehuso. ¿Qué dirían ustedes de Gallwitz?

Ludendorff. — ¿Se sabe siquiera si es partidario de la guerra submarina?

Holtzendorff. — El canciller goza de una gran confianza en el extranjero.

El Mariscal. — Pues bien, permaneceremos unidos. Es preciso. Descontamos la guerra con América, hemos tomado

todas nuestras medidas. La situación no puede empeorar. Hay que abreviar la guerra por todos los medios...

Holtzendorff. — El secretario de estado Helfferich me ha dicho: "Su camino nos conduce a la catástrofe". Yo le he respondido: "Es usted el que, con su pasividad, nos conduce directamente a ella".

El Mariscal. — Exacto. Para mí, lo esencial es que esta operación no pueda debilitarnos militarmente en otro punto.

Al día siguiente, Hindenburg y Ludendorff están sentados en la misma mesa que el canciller Bethmann, un coronel desempeña las funciones de secretario; los dos marinos que deberían dar los esclarecimientos decisivos no han sido citados por los oficiales del ejército de tierra, tampoco lo ha sido el Emperador. Los dictadores están solos con el canciller; entre los tres, van a tomar la decisión más grave de la guerra. El canciller, venido para dar una última advertencia o para dimitir, como se podría creerlo después del veto que ha opuesto durante seis meses a la guerra submarina, es el primero en tomar la palabra:

El canciller. — Si Su Majestad ordena la guerra submarina a muerte, el canciller procederá de manera que América "permanezca alejada". Pero es preciso contar, sin embargo, con una declaración de guerra de esta potencia... Holanda y Dinamarca no entrarán en guerra, al menos mientras no vean que la guerra submarina es un fracaso para nosotros. En lo que concierne a Suiza, no hay que olvidar que si llega a carecer de víveres, la Entente ejercerá sobre ella una presión para obtener el paso de los ejércitos franceses a través de su territorio, y hasta su alianza con la Entente... La decisión que hay que tomar depende, pues, del efecto que podemos esperar de ella. El almirante von Holtzendorff, nos da a entender que Inglaterra será vencida de aquí a la próxima cosecha... En su conjunto, las perspectivas de la guerra submarina a muerte son muy favorables. Evidentemente, es imposible traducir estas esperanzas en certezas. Hay que darse cuenta de que, dada la situación militar, casi no son posibles grandes golpes que nos den la victoria. La guerra de los submarinos es nuestra última carta de triunfo. La decisión que hay que tomar es

muy grave. Pero si las autoridades militares consideran necesaria esta guerra, no estoy en condiciones de contradecirles.

El Mariscal. — Estamos dispuestos a hacer frente a todas las eventualidades, contra América, Dinamarca, Holanda y Suiza. La guerra de cruceros submarinos no nos ha reportado sino un ligero aumento de triunfos obtenidos hasta ahora. Hay que obrar de la manera más enérgica y más brutal. Por eso es preciso hacer la guerra submarina a muerte a partir del 1º de febrero de 1917. Hay que apresurar el fin de la guerra, aunque nos sería fácil resistir más, pero a causa de nuestros aliados...

El canciller. — Podría suceder que la guerra submarina postergase el fin de la guerra.

Ludendorff. — La guerra submarina modificará y mejorará la situación de nuestro ejército. Inglaterra se verá privada de la madera necesaria para sus galerías de minas, la extracción del carbón será con ello disminuída y por lo tanto también la fabricación de municiones. Esto será un alivio para el frente occidental... La fuerza ofensiva rusa será también afectada por la escasez de municiones debida a la falta de buques de carga.

El canciller. — La ayuda de América, si entra en guerra, consistirá en abastecimiento de víveres a Inglaterra, en ayuda financiera, en envío de aviones y de cuerpos de voluntarios.

El Mariscal. — Nos encargaremos de ellos. La ocasión es más favorable que nunca para hacer la guerra submarina. **Podemos y debemos** hacerla.

El canciller. — Sí, si se aproxima el triunfo, hay que obrar.

El Mariscal. — Nos haríamos reproches más tarde si dejásemos escapar esta ocasión.

El canciller. — Ciertamente, la situación es mejor que en septiembre.

Ludendorff. — Las medidas de seguridad con respecto a los neutrales no tendrán nada de provocante; se trata de medidas puramente defensivas.

El canciller. — ¿Y si Suiza entra en guerra, o si los franceses pasaran por Suiza?

El Mariscal. — Militarmente, eso no sería desventajoso.

X

El día en que se decidió la guerra submarina a muerte, la guerra se perdió por segunda vez: el documento extremadamente importante citado más arriba, revela los caracteres de esos personajes que son al mismo tiempo símbolos. Aunque hay ciertas relaciones del mismo género provenientes de todos los cuarteles generales de la guerra, estos documentos alemanes son sin duda los únicos que revelan hasta este punto el miedo que los militares inspiraban a los civiles.

La víspera, los dioses de la Tierra y de las Aguas se habían reunido — les divinidades del Aire no eran todavía de la partida — para mantener en su puesto al canciller; no era porque les agradase, sino porque no tenían otro a la mano. El único candidato cuyo nombre se pronuncia es un general propuesto por Hindenburg. Cuando en seguida la marina se dirige al ejército de tierra para elevar su jefe a la cancillería del Imperio, Hindenburg rehusa. No da el argumento que le sirve de ordinario: "No soy más que un soldado y nada entiendo de política"; nó, dice simplemente que no es orador.

Entre ellos, los generales están tan seguros de su poder, que el Mariscal no se escuda siquiera en la decisión del Emperador. Solicitado por la marina, la potencia más fuerte del estado después del ejército, se contenta con decir con una voz breve y de mucha resonancia: "Rehuso". Ludendorff, que no quiere perder su preciosa pantalla, aconseja al Mariscal que no acepte. ¿Por qué, pues, va a emprenderse la guerra submarina a muerte? Hindenburg lo dice con la sencillez que lo caracteriza: "La situación no puede hacerse más mala, estamos exhaustos, hay que abreviar la guerra por todos los medios, con tal que no nos debiliten en ningún punto, militarmente".

Al día siguiente, el civil recalcitrante es invitado a comparecer. Como el Emperador prefiere abstenerse, se desdeñan las precauciones oratorias. Si alguien quisiese examinar esta cuestión vital para el pueblo alemán y reflexionar seriamente sobre ella, esta hora, en ausencia de todos los testigos, es la que mejor convendría al caso.

El que viene a visitar a los dictadores no es más que un funcionario, convencido de las nefastas consecuencias del nuevo medio de guerra, pero decidido a luchar hasta el último por conservar su puesto. Un simple ademán de uno de los ídolos de uniforme podría echarlo de la mesa dorada en que ejerce el poder.

Cuando se piensa que Bethmann no tenía una espalda tan robusta, pero que era tan alto como Hindenburg y solamente algunos años más joven que él, que también llevaba el uniforme, — pues el primer día de la guerra el Emperador lo había provisto de insignias y de condecoraciones a fin de que no pareciese demasiado insignificante — cuando se piensa que desde hacía ocho años era canciller del Imperio alemán, y que durante la guerra había sido apoyado en todos sus actos por el Emperador; que estaba, pues, desde hacía más tiempo en el poder y más firme, por la protección imperial, que sus colegas de los países beligerantes, hay que estar muy al tanto de la teogonía prusiana para comprender su deplorable actitud. Después de hacer presente a los jefes militares que la mayoría de los estados neutrales todavía iban a sentirse provocados por la decisión de Alemania, esconde repentinamente sus garras, y agitando silenciosamente sus patas de gato, ronca: "No estoy en situación de contradecir".

La voz viril del héroe popular tiene otro acento. Aunque también piensa que la situación no puede empeorar, — ¡tan mala es! — y considera imposible la paz con Rusia e Inglaterra a causa de la detestable política polaca y belga de los dos jefes militares, nuestro gran capitán envejecido bajo las armas, no siente el menor temor y conserva una calma impresionante; está decidido a mostrar los dientes a cuatro estados más. — ¡Que vengan! Como un joven efebo, exclama: "Pronto, dadme un arma nueva para acabar más rápidamente con el enemigo".

La tímida objeción del hombre de estado que se atreve a insinuar que la guerra podría prolongarse, Ludendorff la destruye con un argumento de hecho. Calculador y técnico, teniendo en la cabeza todas las cifras y todas las vías de transporte, está en situación de pasar al Mariscal las piedras que éste necesita para construír su castillo en el aire.

¿Qué argumentos se podrían hacer valer contra la decisión? ¿El dinero y las armas? Hace tiempo que América los proporciona a los enemigos. ¿Los hombres? El canciller ha agregado tímidamente a su enumeración la frase: "Cuerpos de voluntarios", lo mismo que en tiempo de paz entre diplomáticos bien educados no se hablaba de "guerra" sino de "complicaciones". Hablar de tropas, de uno o dos millones de hombres que podrían surgir súbitamente en el frente occidental y quizá decidir la victoria, sería de mal gusto y un poco impropio en la boca de un civil que habla a los grandes jefes militares. La frase "cuerpos de voluntarios" tiene un pequeño acento romántico y ligeramente irónico, que suena agradablemente a los oídos de esos hombres que disponen de millones de verdaderos soldados.

Con el augusto ademán de un rey de derecho divino, el viejo capitán descarta todas esas objeciones y resume su pensamiento en estas palabras que se han hecho históricas: "Nos encargaremos de ellos". Inútil es presentar largas argumentaciones, justificaciones con cifras y datos en su apoyo, como a su ayudante le agrada producirlas: la flema basta para todo: "Primeramente hay que vencer". ¡Qué ascendiente debía tener el Generalísimo para que el hombre de estado hubiese admitido — contrariamente a su profunda convicción, — que la victoria estaba segura gracias a la guerra submarina y que la situación era mejor que cuatro meses antes! En una última y breve advertencia, habla nuevamente de Suiza con un tono interrogador. Pero se le lanza una respuesta sorprendente, rápida como el relámpago. El Mariscal parece desear este conflicto, pues lo encuentra "militarmente no desventajoso".

Al año siguiente, los "cuerpos de voluntarios" americanos bien equipados, bien preparados para la guerra, hacen su aparición en Flandes. Pero éste es un acontecimiento de

escasa importancia, comparado con la hermosa seguridad del Generalísimo.

Según la relación de Bethmann, Hindenburg y Ludendorff habían declarado que si no se hacía inmediatamente la guerra submarina a muerte, "no podrían ya aceptar la responsabilidad de las operaciones. Por otra parte, estaban dispuestos a responder de todas las consecuencias militares, aunque ellas entrañasen la intervención de las naciones europeas todavía neutrales y de América. Por lo demás, concedían una débil importancia a la intervención americana".

Se puede comprender que los generales no hayan hecho saber al pueblo cuán mala era la situación. Sin embargo, Hindenburg confía: "La guerra se acerca a su fin, — dice a su pintor, en la misma época — basta que los derrotemos una vez más, y habrá paz". Engañan igualmente al Emperador: así Lersner, en Relaciones Exteriores, escribe: "Con ocasión de la proclamación de la guerra submarina a muerte, el Emperador ha recibido un gran número de felicitaciones, las cuales, según lo sé confidencialmente, han sido enviadas a instigación de Hindenburg y Ludendorff para demostrar al universo que todo el pueblo alemán está con el Emperador".

¿Pero qué van a hacer el canciller y el vice-canciller, ayer no más adversarios declarados de la guerra submarina? ¿Cómo van a poner de acuerdo su orgullo y su ardiente apego a su alta función? ¿Cómo van a conciliar su dignidad personal con las que les han sido conferidas por el soberano? Pues, al fin y al cabo, hay que hacer un bonito papel ante la Historia. En estas situaciones ambiguas, la diplomacia puso a disposición de los interesados dos expresiones: "la conciencia" y "el sacrificio", cuya feliz yuxtaposición cubre todos los renegamientos. En esta ocasión, el vice-canciller viene a prestar caballerosamente ayuda al canciller, y éste, a su vez, entregará a su defensor un certificado de buena conducta. "El primer pensamiento de Bethmann — nos comunica Helfferich — fué resignar sus funciones. Sin embargo, debió haberse convencido, a pesar de que esto debía serle muy difícil, de que no tenía el derecho de sustraerse por este medio a sus responsabilidades. No podía haber asumido la responsabilidad de im-

pedir la guerra submarina, suponiendo que esto hubiese sido posible... Yo también me pregunté en mi alma y mi conciencia, si tenía el derecho de presentar mi renuncia y de hacer así una manifestación que pudiese causar perturbaciones en nuestras propias filas y en el frente de nuestros aliados... Fué para mí la decisión más angustiosa de mi vida... ¿Partir o permanecer?... ¿Partir, o combatir en el puesto asignado, como un general que cumple con su deber, aunque no ha podido hacer prevalecer su plan de operaciones? Abandoné al canciller prometiéndole defender también, ante el Reichstag, la guerra submarina".

Estos dos hombres a los cuales estaba confiada la dirección del Imperio, preveían, pues, la derrota imputable a la decisión de los generales, pero no trataban de disuadirlos en una discusión sincera, entre cuatro; no presentan al Emperador una memoria exponiendo sus temores; no tratan de impedir el error amenazando con presentar su renuncia. La preocupación del Imperio desaparece ante la del qué dirán, mientras el enemigo, bajo la presión de la opinión pública, trata de fortificar su situación mediante constantes cambios de ministros y de generales. En el estado autoritario, hay que dar ante todo la impresión de la unidad, y realizar la tregua de los partidos; en el estado militar prusiano, hay que someterse a la tregua impuesta por Hindenburg. En caso de conflicto entre la autoridad militar y la autoridad civil, el alto funcionario tiene una inspiración del cielo: una comparación militar, recuerdo del tiempo en que era oficial, le permite elevarse del rango de hombre de estado al de general que no debe desertar de su puesto. Para tomar la más grave decisión de su vida, no consulta a un amigo seguro, no pasa una noche toledana consultándose a sí mismo: la respuesta brota de su cerebro como un tiro de pistola. Apenas han pasado diez minutos: helo ahí dispuesto a defender una decisión que no aprueba, y, como su jefe de fila, hace este sacrificio en aras de la patria. Cuando están solos, el canciller en su gabinete de trabajo, el ayudante en su coche, respiran aliviados: una vez más, acaban de librarse de una buena; los generales no han fruncido el ceño, los dos civiles están autorizados para conservar sus carteras — hasta nueva orden.

XI

La ceguera de los dirigentes era completa. Se habrían podido entablar conversaciones de paz con tres potencias: estas tres probabilidades fueron aniquiladas, a consecuencia de la famosa resolución.

"Hay que renunciar a toda esperanza de ver estallar la revolución en Rusia", había declarado el canciller. Seis semanas después, la revolución estallaba.

Cuando se encontró en dificultades pidió al judío Ballin, más apreciado por los ingleses que por ellos mismos, que entrase en relaciones con el mundo de los armadores y de los banqueros de Londres. "Sus esfuerzos — escribe su colaborador — habían llegado a tal punto que a comienzos de enero podía considerarse como inminente un contacto directo con los adversarios. La declaración de la guerra submarina redujo a la nada todo este trabajo de acercamiento, pues los aliados estaban ahora seguros de la ayuda americana".

Finalmente, Wilson mismo había sido sondeado con respecto a sus condiciones y acababa de hacer una proposición, a la que Ludendorff quería cortar las alas porque presentía que la Entente iba a darle probablemente una respuesta favorable. Por eso hizo tomar la decisión de declarar la guerra submarina, tres días antes de la publicación de la proposición americana. ¿Qué debió pensar Wilson de la táctica alemana, que, al mismo tiempo lo llamaba como mediador y lo amenazaba, a él, el más poderoso de los neutrales? Saltaba a la vista la antinomia entre el militarismo y la política, entre el estado prusiano y el espíritu alemán.

La sombra del destino cerníase indecisa todavía, sobre los combatientes. En esas semanas de enero de 1917, Wilson luchaba realmente por la paz. El 28, ofreció nuevamente su mediación a los representantes de los beligerantes en Washington. Bethmann, feliz de ver que los acontecimientos tomaban un giro que podía aliviar su responsabi-

lidad sin poner en peligro su situación, pide al Emperador, el 29 de enero, la autorización para cablegrafiar a Wáshington y hacer proposiciones aceptables. Explosión de indignación de los militares: ¡cómo! ¡su pistola está dirigida hacia el corazón del enemigo y no deberían disparar!, como en la **"Flauta Encantada",** Bethmann, el pobre civil desamparado, oye de tres lados a la vez el grito ¡"Atrás"! Generales, almirantes, y, bajo su común presión, el Emperador mismo, no quieren renunciar a la resolución tomada. Hay que declarar la guerra submarina; los almirantes la exigen, se escudan en las "razones técnicas", procedimiento clásico de los hombres de oficio incapaces de refutar las objeciones razonables de un profano. Sostienen que los submarinos han recibido órdenes y que es imposible comunicarse con ellos en los sitios en que están anclados. Y el canciller no les pregunta cómo pueden, a cada momento, enviarles por telegrafía sin hilos las órdenes de ruta.

Lo mejor — se dice, por el contrario, — es combinar las dos acciones y enviar al americano al mismo tiempo el torpedo y la rama de olivo. El 30 de enero, el embajador de Alemania es autorizado para entregar al coronel House, amigo de Wilson, las condiciones de paz de su gobierno; el 31 recibe la orden de llevar al secretario de estado la nota alemana sobre la guerra submarina.

Y es la guerra.

Cuando a su regreso a Alemania, Bernsdorff, que ha previsto exactamente todo los acontecimientos, confiesa que en esa época quiso hacer la paz, Ludendorff responde: "Sí, pero nosotros no queríamos. Vamos a terminar ahora; gracias a la guerra submarina, el asunto estará arreglado dentro de tres meses".

Pero cuando el fracaso de esta guerra fué patente, y cuando más tarde Bethmann cambió de tono, profiriendo en lugar de tímidas objeciones, palabras amargas y duras en las cuales se jactaba de haber previsto exactamente, Hindenburg le respondió el 7 de julio: "Es imposible predecir en qué momento exacto el mecanismo de la economía de guerra de nuestros enemigos será destrozado, pero estoy seguro de que esto es sólo una cuestión de tiempo; y no será muy largo". Después de la guerra, escribió en sus Memorias con respecto a este enorme error: "Si el golpe

preparado por el jefe fracasa, este último llega a ser el blanco de los débiles y de los cobardes que derraman sobre él sus maldiciones y sus sarcasmos... El fin de nuestra educación militar alemana era precisamente dar al hombre el valor de asumir sus responsabilidades".

En esta reprensión dirigida a los que lo critican, y a quienes trata de cobardes, reaparece el problema fundamental de su vida. Como cadete, en seguida como oficial de estado mayor, fué educado para tomar decisiones por su propia iniciativa, pero siempre estaba resguardado por la decisión de su señor, el Emperador. Penetrado del sentimiento del deber, se esforzó siempre por hacer todo lo posible por triunfar, pero siempre pudo elevar los ojos hacia un superior que lo aprobaba. Cuando fué abandonado a sí mismo, perdido en las tinieblas, sin encontrar ya en el cielo velado la estrella que lo guiaba, ¿podía evitar los precipicios y encontrar el camino?

El Emperador, Señor supremo de la guerra, se había alejado; había renunciado a su papel de árbitro entre el gobierno y el ejército. A Hindenburg no le quedaba, pues, más que tomar las decisiones históricas confiándose a su buen sentido.

Cuando semejantes caracteres tienen sentimientos religiosos, su serenidad de ánimo no depende del buen éxito de sus empresas sino del sentimiento del deber cumplido. Hindenburg tenía este sentimiento.

XII

Después del fracaso de la guerra submarina, la primera preocupación de los dos generales fué derribar al canciller, a quien debían su poder. ¿Había esperado éste verdaderamente debilitar el prestigio de los generales sirviéndose de este fracaso contra ellos? Estos oficiales del ejército de tierra ¿no se habían apoyado en las cifras proporcionadas por la Marina? Para reemplazar un gobierno incómodo a un gobierno dócil, los dos grandes jefes debían usar de amenazas, ofrecer su dimisión. Este medio de que Bismarck no usó sino diez años después de notables triun-

fos, y solamente tres veces en quince años, los generales lo usaron en tres ocasiones en un año. Pero como el Emperador apoyaba a su canciller para no estar completamente desarmado y sin apoyo frente a los generales, éstos necesitaron un aliado: lo encontraron en el Reichstag, que, sin embargo, les despertaba muchas sospechas. Bethmann, como todos los que pecan de exceso de prudencia, había querido tratar con consideración a todos los partidos y conciliarse con ellos: había perdido el favor de todos. Había llegado el momento en que las dos Alemanias debían conocerse.

Desde el comienzo de la guerra, el partido de los hidalgos, de los agrarios y de los funcionarios, había enviado delegados a los dos generales. Muy raramente había venido también un representante de los partidos moderados, pero los generales, el Emperador y el Kronprinz no habían visto nunca, ni siquiera de lejos, a un socialista-demócrata. Sin embargo, este partido era el más fuerte del Reichstag; sus diputados representaban a los obreros que fabricaban las municiones y a sus hermanos que combatían en las trincheras: el fin de la guerra dependía de ellos. En el Reichstag y en la población, el fracaso de la guerra submarina había provocado una profunda inquietud.

El Parlamento había demostrado una mayor independencia y presentado ciertas reivindicaciones, las izquierdas intervinieron a su vez y la Constitución elaborada antaño por Bismarck sufrió asaltos que la conmovieron. Estos ataques no habrían tenido consecuencias, sin embargo, si en la primavera de 1917 un diputado bastante joven todavía no hubiese tenido en el frente, después de la comida, una conversación particular con un general. El diputado pertenecía al centro católico. Confiando en la veracidad de los comunicados del estado mayor, habíase mostrado convencido partidario de las anexiones exigidas por los generales. El general Hoffmann, ofendido por la indiferencia que le demostraba Ludendorff, le confió verdades que ningún civil había oído hasta entonces. El diputado, hombre hábil e inteligente, se puso a estudiar las cartas de estado mayor y las estadísticas; así armado, se atrevió, en julio de 1917, a poner públicamente en duda las cifras dadas por el Almirantazgo; se atrevió también a agregar que

la Dirección Suprema del Ejérito se había equivocado. "La guerra — decía — no puede terminar con una victoria, hay que esforzarse por llegar a una paz de armonía, y puesto que ni los generales ni el canciller van por este camino, es el Reichstag el que debe substituirlos y tomar la iniciativa; fácilmente se encontraría una mayoría democrática que aceptase una resolución cuyo fondo sería tomado del discurso pronunciado por el Emperador al comienzo de la guerra: "No para hacer conquistas hemos desenvainado la espada". El audaz descontento se atrevía aún a agregar que en lugar de continuar la guerra, más valdría enviar veinticinco mil pangermanistas a las casas de salud para someterlos al régimen de la ducha.

Para impedir que esta resolución fuese aprobada los dos generales se dirigieron a Berlín.

El 13 de julio de 1917, las dos Alemanias se encontraron por primera vez frente a frente, quizá hasta se tendieron la mano. En el edificio rojo del gran estado mayor de la Plaza Real, inaccesible hasta entonces a los civiles, los dos generales que tan a menudo se habían burlado del Reichstag, recibieron por grupos separados dos o tres diputados a la vez de cada partido. Como en la clínica del dentista, fueron introducidos en cierto modo por familias, atendidos, y acompañados a la puerta. Naturalmente, no eran los militares los que se habían movido para ir a casa de los civiles.

Ludendorff se encargó de atender a los diputados; a cada partido le aseguró que la situación militar era excelente, que la petición de una paz sin anexión perjudicaría, por cierto, la moral de la población, y se dignó responder a algunas preguntas de esos inquietos clientes, como por ejemplo: "¿Cuánto tiempo más debemos sufrir? ¿Puede usted garantizarnos que el tratamiento conducirá a la curación? ¿Se podrá tratar el mal por medio de calmantes o hay que prever una intervención quirúrgica?".

Hindenburg asistía a la consulta, pero no decía una palabra. Al fin de estas conversaciones, el asombro de una parte y de otra fué grande. Los representantes del pueblo no encontraron en los generales a los leones que habían esperado ver, y éstos no habían tenido frente a ellos

a los lobos que temían oir. Por lo demás, esta fué la única ocasión en que Hindenburg y Ebert se encontraron.

Algunos días antes, Bethmann había sabido impedir el encuentro. Con el súbito coraje del hombre que se siente perdido, había declarado al Emperador que esas entrevistas en el curso de las cuales los generales trataban de influir sobre los representantes del pueblo, eran contrarias a la Constitución. Esta intriga precipitó la caído de Bethmann en el Reichstag. Pero cuando quiso partir, el Emperador lo retuvo, porque su jefe de gabinete no tenía a la mano a nadie que pudiera sucederle. Durante cuarenta y ocho horas, Bethmann, nuevamente lleno de esperanza, prometió a los dóciles diputados la igualdad de los derechos electorales en Prusia, proyecto de ley que el Emperador se negó a firmar aquel día, pero al cual dió finalmente su asentimiento por teléfono. Hindenburg, que había vuelto a partir inmediatamente, telegrafió al Emperador que se dignase impedir la famosa declaración concerniente a la paz sin conquistas. El Emperador resistió, hizo telefonear al gran cuartel general, después de lo cual Ludendorff mandó a decir que su dimisión ya estaba en camino. "Esta vez — habría agregado por teléfono el Emperador, furioso, — no cederé, no procederé sino según mi pensamiento". Los príncipes, obligados a recurrir a sus apoderados, se sienten doblemente irritados cuando ellos mismos han dado un poder demasiado grande a sus vasallos.

"Vuestra Majestad no ignora — dijo Ludendorff en su carta de dimisión del 12 de julio — que me es imposible, en calidad de miembro responsable de la Dirección Suprema del Ejército, tener en el señor canciller del Imperio la confianza indispensable para una colaboración útil, cuando la guerra no es ya del dominio de la sola estrategia. La patria sufriría inevitablemente con semejante situación. La decisión conciliatoria de Vuestra Majestad no puede impedir esto". Hindenburg escribe en el mismo sentido, en una carta de la misma fecha: tiene "las más grandes inquietudes con respecto a esta resolución que quiere aprobar el Reichstag. Que Vuestra Majestad me permita rogarle humildemente, por consideración al ejército, dar instrucciones a la dirección del Reich a fin de que impida esta declaración". Ocho días antes había escrito a Bethmann: "Iríamos a una existencia de ilotas si hiciésemos una paz blanca".

Así los representantes del pueblo y los dos generales pedían al mismo tiempo la cabeza de Bethmann. El Kronprinz vino a unirse a ellos. El Emperador no tenía ya más que escoger el verdugo que mejor le convendría, y como no se quería permitir que el Reichstag ejerciera una presión, dió a entender a Bethmann que más valía aceptar la cuerdecilla de seda de manos de Ludendorff. Obedeciendo declaró "que era imposible, naturalmente, que los generales abandonasen su puesto": al día siguiente se le daban las gracias. Los generales no habían obtenido desde hacía mucho tiempo una victoria tan brillante como en esa batalla alrededor de Bethmann. Pero cuando volvieron a Berlín para recibir una vez más a los diputados, encontraron a un "soberano mal dispuesto"; les mandó decir que habrían hecho mejor en permanecer en su puesto de oficiales. Como no mostraran ningún deseo de volver allí, su jefe de guerra, temeroso, les hizo presentar una lista de tres o cuatro candidatos, especie de menú en el cual debían encontrar, después de haber consumido a un canciller, otros platos a su gusto. El nombre de un comisario cualquiera del Imperio, presentado por un cortesano cualquiera les agradó, quizá porque evocaba al apodo dado al campesino alemán: lo señalaron con el dedo, y al día siguiente el señor Michaelis, completamente desconocido en Alemania, gobernaba el Imperio. Este, hablando a un diputado, expuso su aptitud para el puesto que ocupaba, con las siguientes palabras: "El enorme trabajo que he tenido hasta ahora, no me ha permitido correr al lado del carro de la gran política".

El potro fué tomado inmediatamente en adiestramiento por los experimentados conductores del carro del estado. A este efecto, Hindenburg enumeró en una nota las faltas de su predecesor: propaganda insuficiente, pesimismo, ataques al prestigio monárquico. Tales eran las faltas que el nuevo canciller debía evitar. En la primera recepción del nuevo canciller, se dió igualmente la lección a los diputados. Hindenburg deseaba que la resolución de paz fuese "cara" pues los oficiales se sentirían desalentados si se renunciaba a las conquistas. El Emperador, que quiere

vengarse de su derrota, perora según su costumbre. Mientras el vice-canciller le ofrece cigarrillos, se dirige a un diputado: "La Europa unida bajo mi cetro hará después de la paz una segunda guerra contra Inglaterra. Allí donde aparece la guardia prusiana, no hay más democracia".

Un historiador muy nacional, el profesor Delbrück, ha llamado este juego de intrigas "El motín del general Ludendorff". Hartung, profesor de Historia, de Berlín, nacionalista también, llama este juego entre bastidores "un avance caracterizado de la Dirección Suprema del Ejército en el dominio de la política". Fué aún más. Como en la situación en que se encontraba el país, el Emperador no podía responder a la dimisión de sus generales sino despidiendo a Bethmann, esto fué al mismo tiempo, puesto que Hindenburg se asociaba al procedimiento de Ludendorff, un ataque a los derechos de la corona... Hay que agregar que Hindenburg y Ludendorff supieron derribar a un canciller, pero no tenían a nadie a la mano para reemplazarlo. En efecto, el militar Ludendorff quedó sorprendido al saber que no siempre se tenía a la mano un hombre para reemplazar sin demora a un canciller; en el ejército, mejor organizado, un general puede ser inmediatamente reemplazado por otro: Es una eventualidad posible — aunque muy rara — que un general sea muerto, por casualidad.

Los móviles de los dos generales eran diferentes. Hindenburg nunca se habría atrevido a permitirse semejante ataque a las prerrogativas de su soberano, si se hubiese dado cuenta de la naturaleza de su acto. Es preciso, pues, que haya construído en su cabeza una teoría de los deberes, y se haya imaginado que en último análisis obraba por el bien de la monarquía y del Emperador.

Por el contrario, Ludendorff, que despreciaba ya a su soberano, mostró entonces en sus exigencias políticas, una doble faz. Ciertamente, era el que mejor conocía la situación militar — quizá hasta era el único que la conocía. Desde que había tomado el poder había reconocido la imposibilidad de salir victorioso de la gran prueba, pero no quería ser el hombre que refrenda la derrota y acepta una mala paz. Su colaborador, el coronel Haeften, dice en la deposición que hizo ante la Comisión de investigación: "Se

vió obligado a fijar fines de guerra ventajosos para mantener una buena moral en el frente, pues si el soldado se da cuenta de que se bate solamente para una paz blanca, no tendrá ya impulso". "El valor — escribe el profesor Delbrück — que la Dirección Suprema del Ejército ostentaba, debía ofender al gobierno y al fin de cuentas también al Señor supremo de la guerra. El reproche de "défaitisme" que la Dirección del Ejército quería eludir, debía, según los dos generales, recaer sobre sus ministros... La falta de energía debía ser achacada a la diplomacia".

El error de los generales era no conocer el pueblo, era el resultado lógico de su educación en la escuela de cadetes y en el gran estado mayor. Pero esta ignorancia fué nefasta a la causa que defendían. En el tercer año de la guerra, los hombres, en todas las trincheras de los frentes de batalla, se preocupaban poco de conquistas. Ya no se podía hacer marchar a un soldado francés diciéndole que debía batirse y sufrir para poner fin al militarismo de los hidalgos alemanes, ni a un ruso haciendo reflejarse en sus ojos la cruz de oro de la Hagia Sofia, ni a un italiano hablándole del Trentino irredento; todos se batían porque no podían hacer otra cosa o porque querían proteger su país. Con este mismo sentimiento el pueblo alemán había tomado las armas, y si en aquel año de crisis los franceses hubieran cavado sus trincheras a orillas del Rhin, el alemán habría continuado combatiendo con el mismo impulso que animaba a los franceses en su país ocupado por el enemigo.

Ahora el soldado alemán estaba en Flandes, en Polonia, en Serbia, en Rumania, en Palestina, en Armenia, y cuanto más se extendía su campo de conquistas, mejor comprendía que su victoria no era más que una pompa de jabón, pronta a estallar. Cuando Hindenburg escribe que en 1917 todos los partidos habrían puesto su honor en luchar hasta el fin por Alsacia y Lorena, se cree oír a las gentes de su casta que por la noche discurrían sentados a la mesa. Entonces como hoy, alemanes y franceses estaban cansados de la eterna querella alrededor de dos provincias de población mezclada.

En el otoño de 1917, la paz se presenta una vez más tangible a los dos jefes militares alemanes. El 30 de agosto, el nuncio en Berlín entregaba una proposición de Francia y de Inglaterra ofreciendo la paz con las siguientes condiciones: evacuación de Bélgica sin indemnización, plebiscito en Alsacia y Lorena, restitución de las colonias alemanas. El funcionario que gobernaba el Imperio por procuración de los dos generales transmitió estas proposiciones al gran cuartel general. El Emperador declaró que los Hohenzollern "seguirían la suerte de Alsacia y Lorena"; — (en efecto, perdieron su trono al mismo tiempo que las dos provincias) — y los jefes militares pretendieron conservar a Lieja y la costa de Flandes. Su debilidad veía en la del enemigo invitación a creerse fuertes. Sin embargo, Lloyd George recobró su energía, y no habiendo recibido siquiera una respuesta, se sintió personalmente ofendido: **"Germany must first be smashed"** (Primeramente, Alemania debe ser destruída) — exclamó.

Diez años después, declaraba con ocasión de la inauguración de un monumento: "Al fin del tercer año de la guerra, de los siete estados beligerantes aliados, cuatro estaban vencidos, sus ejércitos destruídos. Si la diplomacia alemana hubiese estado a la altura de su valor militar, América no habría entrado en guerra, Inglaterra y Francia se habrían encontrado solas para hacer frente a la más formidable máquina de guerra que el mundo ha conocido".

El pueblo alemán vivía en una densa neblina. Creía todavía luchar por su existencia, mientras que los hidalgos luchaban por conquistar tierras que colonizar en Polonia, los grandes industriales por incorporar al Imperio el valle de Briey-Longwy, los militares por anexar el litoral y las fortalezas belgas. Todas estas gentes reunieron a sus adherentes en la "Unión de la Patria" que se jactaba, por este título, de excluir de la comunidad nacional a toda persona no inscrita en sus listas. Esos hombres, iguales, amigos y camaradas de Hindenburg le mostraban en su confortable cuartel general, el pueblo alemán tal como se reflejaba en los espejos de sus salones; pero el simple soldado no veía al Mariscal sino por el espacio de un instante, en el curso de una revista o cuando pasaba por los cami-

nos en su automóvil. Nunca lo veía como había visto antaño a Blücher, sentado a la orilla del camino, con los pies en la zanja, un pedazo de pan moreno y un trozo de salchicha en la mano. Se siente feliz de que el soldado no haya conocido las relaciones en que se hablaba del hambre y de los salarios de sus camaradas que trabajaban en las fábricas; quizá habría dejado de combatir.

En efecto, en marzo de 1917, en una relación oficial, Hindenburg aconseja hacer dictar conferencias prácticas para enseñar al pueblo a soportar el hambre: "Es preciso que estas charlas instructivas sean organizadas por las autoridades. Es de lamentar que esta acción sea confiada a los sindicatos y a cierta prensa (Cf. el **Vorwärts** del 18-3-1917). Esto es propiamente introducir el lobo en el redil". Pero en junio de 1918 Hindenburg pedía todavía un "aumento indispensable de los sueldos de oficiales para el tiempo de paz", y agregaba: "Me he preguntado si podríamos esperar la conclusión de la paz para este aumento de sueldo". En seguida, después de señalar el alza continua de los precios: "Estos fenómenos han provocado necesariamente un extraordinario encarecimiento de la vida". Doce días después, ataca a la otra clase social: el rendimiento del trabajo, en las fábricas de municiones, está en regresión "porque los salarios son demasiado elevados y porque las dificultades de la existencia no obligan ya al obrero a trabajar más, o no le dan los deseos de ganar más".

Sea como fuere, las disposiciones tomadas por los generales, tan ignorantes del pueblo, debían aumentar el descontento y la irritación del simple soldado. El "programa Hindenburg" entrañaba intolerables intrusiones en la vida social, y ciertas prescripciones debieron ser revocadas: según Helfferich "se habían empleado cantidades de preciosas materias y de obreros — más preciosos aún — en empresas industriales ruinosas; ora esas empresas no habían sido terminadas, ora no habían sido puestas en marcha sino parcialmente... Si se hubiese obrado después de una madura reflexión, se habría evitado a nuestra economía sacudidas que conmovieran las raices mismas de la fuerza de resistencia de nuestro pueblo".

Pues bien, para remediar este estado de cosas, era preciso aplicar en un país industrial hambreado las costumbres patriarcales del hidalgo que, en su casa, lleva a su gente a la razón por la benevolencia y el rutabaga. En cuanto al soldado, que en la zozobra de la patria no debía reflexionar sino simplemente morir, su deber era continuar batiéndose para extender las fronteras del Imperio hasta el lago Peipus. Debía batirse heroícamente no sólo para defender el suelo de sus padres, sino también para llevar a los lituanos y a los polacos la cultura alemana de que estaban saturados, y para correr hacia el Este, en las profundidades de los pozos de minas y en la obscuridad eterna de las galerías de carbón, algunos postes fronterizos.

La vieja disciplina prusiana, la obediencia "de cadáver" que el oficial prusiano exigía de sus hombres debía ser aplicada en un ejército nacional en el cual había solamente un tres por ciento de soldados de oficio y no ya un treinta por ciento. El viejo "drill" prusiano que el Mariscal Boyen había rechazado un siglo antes para la landwehr (ejército territorial) — como "un verdadero veneno", debía ser aplicado al joven voluntario y al reservista barbudo del ejército de reserva en 1917; nada podía disminuir más su entusiasmo y su espíritu de sacrificio. Los que quedaban del antiguo cuerpo de oficiales nobles, muchos de los cuales habían sido gloriosamente muertos por el enemigo, no temían perder la vida sino su situación en el estado. Estos oficiales de profesión a los cuales vinieron a agregarse sus camaradas reservistas plebeyos, recordaban los grupos de leones en los circos, que presentados todas las noches inundados de luz, aplaudidos, obedeciendo solamente a su real domador, ven el día menos pensado que una tropa de vulgares búfalos se precipita a la pista. ¿Acaso esto no amenazaría la situación de los leones?

Cuando el soldado de segunda clase salía con licencia a su casa, veía que la clase dirigente se negaba siempre a conceder a sus hermanos la igualdad de los derechos electorales. La reforma prometida debía ser patriarcalmente precedida de un alegre "mensaje de pascuas" del soberano. Con la puntualidad propia de los Hohenzollern, la

igualdad electoral fué prometida en los círculos superiores como una especie de recompensa; la promesa hecha con sencillez, nunca fué cumplida. Como los dos generales no veían la patria en el pueblo, sino en el estado, pusieron todos sus recursos técnicos a la disposición de la "Unión de la Patria" que combatía el derecho electoral como una calamidad y el parlamentarismo como un ataque a las prerrogativas de la Corona.

En sus Memorias, Hindenburg se queja todavía amargamente de esas "tentativas de chantage bajo la presión de la guerra". Ludendorff se declaró abiertamente adversario de la reforma electoral y apoyó una proposición de ley de los hidalgos, por la cual querían, en todo caso, asegurarse la indivisibilidad de sus bienes feudales. Esto produjo un gran ruido el 14 de marzo en el Landtag (la Cámara) de Prusia.

Aquella misma noche, un radiograma anunciaba al universo la revolución de San Petersburgo.

Ya, cuando la votación de la segunda parte de los créditos de guerra, se había producido una escisión en el partido socialista alemán. Pero aún en el mes de marzo de 1916, mientras que en todos los Parlamentos los socialistas hablaban desde hacía mucho tiempo de una paz blanca, el único diputado que la pidió en el Reichstag se vió privado de la palabra . Este era el diputado Haase. Cuando en abril de 1917, una fracción del partido socialista se separó y tomó el nombre de "socialistas independientes", este diputado fué perseguido encarnizadamente; algunos años más tarde fué asesinado. ¡Qué impresión debía hacer en semejantes circunstancias sobre el obrero alemán la revolución rusa con sus consejos de obreros y de soldados! Los "sediciosos" alemanes, en julio de 1917, no arrestaron a sus oficiales ni exigieron el fin inmediato de las hostilidades. Se contentaron con abandonar su cuartel sin permiso, volvieron por la noche y reclamaron en un manifiesto esa paz sin anexiones que Wilson proponía desde hacía dos años a las Potencias Centrales, con la aprobación de la mayoría de los ministros de la Entente. Su segunda reclamación se refería a la alimentación: pedían el mismo alimento para todos; expresaban el deseo de todo el pueblo que,

en la Alemania sitiada, no concebía que se hiciese una distinción entre los ricos y los pobres. Pero los grandes jefes deseaban que en ese tercer año de guerra las leyes marciales fuesen aplicadas severamente; los consejos de guerra pronunciaron dos condenas a muerte, impusieron ciento ochenta y un años de trabajos forzados y ciento ochenta años de prisión a los desdichados que habrían evitado al país la humillación de Versalles, si se les hubiese escuchado.

XIII

Sin embargo, no faltaban las advertencias. En el curso del cuarto año de guerra, el hambre unió a la mitad de los alemanes en la concepción de la guerra defensiva: se trata de salvar su vida y el país. Pero los burgueses de las ciudades no eran los únicos que razonaban así; jefes de ejército poderosos rogaban a los dos dictadores que reflexionasen.

El Kronprinz alemán que sin duda comía todavía a su gusto, pasaba a las filas de los pesimistas: "Si la guerra submarina — decía en una memoria secreta — no conduce al fin en un plazo determinado, habrá que suspender la lucha. Ya no se llegan a colmar las pérdidas, el enemigo pone todos los días nuevas reservas en pie de guerra".

El Kronprinz Rupprecht de Baviera, más serio que su primo de Berlín, que comandaba también un grupo de ejército en el Oeste, escribía en el momento de la crisis de julio de 1917, una carta de cuatro páginas tupidas al conde Hertling:

"Aun cuando las tropas del frente Este quedasen disponibles, no bastarían para restablecer la situación en el Oeste y para obtener la decisión... Parece establecido que la guerra submarina casi no tiene probabilidades de acabar con Inglaterra por el hambre, si no es en un futuro muy lejano... Las reservas en hombres amenazan faltar este mismo año... Es, pues, de una importancia extrema hacer la paz con Rusia antes del otoño, o de lo contrario hay que

renunciar a toda anexión e indemnización... En cuanto a la ayuda americana, no hay que tratarla a la ligera... A mi parecer, habrá que entrar en negociaciones con el enemigo al final del otoño... La petición de restitución de nuestras colonias no debería hacer fracasar las conversaciones de paz".

Si en agosto de 1914, este jefe de ejército hubiera sido llamado, en consideración a su nacimiento y a su rango, al puesto de generalísimo, en lugar de Hindenburg, con Ludendorff como ayudante, — la hipótesis no es absurda — si hubiese sido, pues, el vencedor de Tannenberg, habría conquistado la misma popularidad teniendo los mismos conocimientos y, además, el título de Alteza Real; no se habría inclinado ante su jefe de estado mayor y habría fijado fines de guerra razonables. Pero en las condiciones en que se encontraba, aunque era uno de los más altos jefes del ejército, no podía, como espectador impotente, sino escribir a su presidente de Consejo, tan impotente como él, cartas dictadas por el buen sentido.

Los dos generales ávidos de victorias trataban estas cartas con desprecio. A pesar de las advertencias, pretendían anexar Polonia, Curlandia, Lituania, la costa de Flandes, una parte de Rumania, y su apetito fué tanto mayor cuanto que en ese verano de 1917 las sediciones en dieciséis cuerpos de ejército franceses y los desórdenes en Rusia, habían afectado singularmente la opinión pública en París. "Podemos considerar con entera confianza cualquier acontecimiento militar — declaraba Hindenburg — y forzosamente debemos continuar la lucha, aún sin Austria".

Su petición de anexiones era, para él, doblemente motivada; como le habían enseñado a creer en la palabra de su soberano, se imaginaba que, en efecto, Alemania había sido pérfidamente atacada. Quería, pues, proteger el Imperio contra una agresión semejante en el futuro, incorporándole regiones en las que se encuentra carbón, hierro y cereales. No fueron los industriales y los hidalgos, sus consejeros, los que decidieron la marcha de los acontecimientos, sino los dos generales que, conociendo la desesperada situación, pretendían, sin embargo, como verdaderos militares, hacer conquistas. Durante un Consejo de la Corona,

en septiembre de 1917, exigían como base de discusión de una paz de conciliación: la anexión de territorios en Alta Silesia, la región de mineral de hierro de Lorena, Bélgica unida a Alemania, de tal manera que el país mismo pida formar parte políticamente del Imperio; "después de lo cual, Holanda sería también atraída a nuestra órbita". Necesitaban, además, la costa frente a Inglaterra y un gran imperio colonial en Africa. Este memorándum redactado por Ludendorff y firmado por Hindenburg, Gert von Hindenburg, sobrino del Mariscal, lo llama en el libro consagrado a la apología de su tío "el producto estrambótico del cerebro de un general político"; y continúa así: "Estos fines de guerra eran extravagantes, era un modelo lamentable para nuestros futuros vencedores. Solemnemente, Bethmann había garantizado a Bélgica la completa reparación de los perjuicios causados... Sin una ocupación militar prolongada, el Mariscal considera imposible la dependencia económica de Bélgica del Imperio... La Dirección Suprema del Ejército no ve cuán debilitadas están nuestras tropas... Verdaderamente es de extrañarse de que los generales nunca se hayan preguntado hasta qué punto los fines de guerra alemanes, que son evidentemente conocidos por el enemigo, no despiertan en él el deseo de acabar con Alemania".

En esa época, la estrategia de los dos generales tórnase incomprensible; conviene dar la palabra al sobrino del Mariscal, comandante von Hindenburg, que, en su libro consagrado a la gloria de su tío dice: "No se comprende por qué Hindenburg, después de su nombramiento como jefe de la Dirección Suprema del Ejército, no buscó la decisión en los campos de batalla del Este. Después de la derrota de Rumania... podría haber dado en ese frente un golpe decisivo".

La actitud de los dos grandes jefes en el verano de 1917, le parece igualmente extraña al joven sobrino, pues "habría sido más indicado lanzar todas las tropas disponibles sobre Rusia, aún abandonando algunos sectores serios del frente Oeste; el enemigo, cansado de resistir, se habría dispersado fácilmente y se habría visto obligado a hacer la paz... Según la opinión de eminentes oficiales, las tropas alemanas podrían haber estado en Petrogrado una semana más tarde, sin haber tenido que librar combates serios. La

historia habría tomado otro curso. Después de semejante triunfo, Kerensky habría estado sin duda... dispuesto a hacer la paz... y quizá podría haber sofocado la revolución". Después de hacer las mismas demostraciones para Italia, el joven Hindenburg sostiene, "que Hindenburg cayó en los mismos errores que tan a menudo criticó en Falkenhayn".

Cuando el profesor judío Haber dió con su invención una enorme ventaja al ejército alemán—como el judío Rathenau lo había salvado antes almacenando las materias primas — no aconsejó el empleo de su gas tóxico a los dos comandantes en jefe sino si estaban seguros de poder terminar la guerra **en un año**; estimaba que un año bastaría a los franceses para fabricar el mismo gas, éstos estarían entonces en condiciones de protegerse contra sus efectos tóxicos, mientras que los alemanes no podrían hacerlo, por falta de caucho. Alemania, sitiada, estaba completamente desprovista de ese producto indispensable para la fabricación de los aparatos de protección. Ludendorff, que se aferraba a todas las tablas de salvación, declaró suficiente el plazo, y la victoria obtenida sobre los italianos a orillas del Piave, se debió sobre todo a la sorpresa provocada por este nuevo gas. Los franceses emplearon dieciséis meses en fabricar el mismo producto, y como el fin de la guerra parecía bastante lejano, habían preparado para la campaña de invierno de 1918-1919 más de cincuenta mil toneladas de este gas.

¿Cómo se pueden explicar en Ludendorff esos accesos alternativos de arrogancia y de temor? ¿Por qué no aprovechó ciertas ocasiones y se obstinó en repetir sin cesar las mismas vanas tentativas? Parece que haya tenido la convicción íntima de la imposibilidad de vencer. Y esta convicción se apoderó de él cuando tomó el mando, en la primavera de 1916, pues antes, en la oposición, estaba tan seguro de la victoria como los que se atribuían cualidades militares superiores a las de sus jefes. En una importante declaración que hizo ulteriormente, trató de explicar este fenómeno: "Nos extendimos por toda la tierra, sin estar bien sólidos en Europa... Entramos demasiado pronto en el mundo, aún no teníamos una conciencia nacional". Su orgullo no le permitía terminar la guerra con una paz blanca. Conociendo por otra parte los números y las fuerzas

enfrentadas, impulsaba siempre a nuevas ofensivas, contaba con la oportunidad, con un capricho del azar, y terminó por tener el temperamento de un jugador. Cuando un prusiano se exalta hasta el punto de perder todo control sobre sus acciones, hay que temer lo peor. Es probable que envidiase a veces al Mariscal por su simplicidad y su ingenua fe.

XIV

Una vez más, la fortuna sonríe a los dos jefes militares. Una súbita inspiración los decidió a hacer transportar a Lenín de Zurich a San Petersburgo; esperaban difundir en Rusia, gracias a este hombre, un veneno que desmoralizaría al enemigo. El cálculo era exacto por un plazo limitado, pero a la larga, fué una victoria para el adversario. Nadie sabía qué resultado tendría este extraordinario viaje de Lenín — el mismo Lenín lo ignoraba — cuando con treinta amigos abandonó el vagón de tercera clase que lo había conducido desde Stuttgart hacia el Norte. Llegado a la frontera finlandesa, encontró un trineo que lo llevó a su patria. Se vió súbitamente en el andén de San Petersburgo, aclamado como un héroe popular. Cuando, seis meses más tarde, tuvo verdaderamente el poder en sus manos, estaba dispuesto, a la inversa de Kerensky, a hacer inmediatamente la paz.

En esa época fué cuando Trotsky lanzó a través del espacio su inmortal llamado: "¡A todos!" Un espíritu nuevo penetraba el mundo. El diario de Lenín, que había sido prohibido, se llamaba "La Chispa". Era en verdad una chispa la que llevaba ahora a las regiones más lejanas del globo uno de los primeros mensajes dirigidos al universo. Era verdaderamente una chispa del espíritu, al mismo tiempo que una chispa de pasión, que reanimaba súbitamente todos los corazones y mostraba a los beligerantes que eran hermanos. Fué, si no el más sublime, al menos uno de los más hermosos momentos de la guerra: por primera vez los ciudadanos de todos los países fueron invitados a volver a ser humanos.

¡Lo increíble estaba realizado! Una de las cuatro grandes potencias que desde hacía tres años trataban de forzar la puerta de la gran fortaleza alemana, se declaraba dispuesta a hacer la paz, con cualesquiera condiciones, pues sus nuevos jefes pensaban menos en el país que en los hombres. Rusia, la enemiga personal de los grandes jefes militares, era al mismo tiempo la nación menos detestada por el pueblo alemán; se podía ganarla con un tratado moderado, y más de un millón de hombres quedaban disponibles para ser lanzados al frente Oeste y terminar la guerra antes de la llegada de los americanos.

Pero eran los dos jefes militares los que gobernaban entonces a Alemania. Primeramente, debieron arrojar por la borda a una de sus dos criaturas, el canciller Michaelis; éste se había descrito a sí mismo como el caballero que escolta a la portezuela del séquito de los generales, y no debía sino a su servil sumisión el puesto de canciller del Imperio alemán, donde lo habían colocado sus protectores. Habiéndole agradecido, éstos pusieron a la cabeza del estado a dos hombres nuevos, notable el uno por su edad avanzada y el otro por su juventud. ¿Debía Hertling, el canciller venerable, de setenta y cuatro años de edad, encontrar en Kühlmann, el secretario de estado treinta años más joven que él, un entrenador, o éste debía ser mantenido a la brida por su mayor? Lo cierto es que el anciano era "bien nacido y momificado", y el joven, por snobismo, trataba de parecérsele. La alianza de un filósofo y de un hombre de mundo no habría hecho mala impresión en los alemanes, pero una vez más los dos jefes militares habían recurrido a dos personajes sin energía a los cuales se sentían superiores si no en conocimientos, al menos en vitalidad, cualidad esta última que era esencial. Hindenburg, con su robusta espalda, fácilmente habría sacado del Reichstag, llevándolo sobre sus hombros, al delicado conde Hertling, mayor que él en catorce años; y Ludendorff fácilmente habría vencido al más joven. Habían pasado los tiempos en que el señor von Kühlmann se pavoneaba con su uniforme de húsar, al cual debía su fortuna.

El conde Hertling, católico practicante, era un hombre deferente; había edificado su obra filófica "sobre el terre-

no de la filosofía griega, en el espíritu de los padres de la Iglesia y de la doctrina de la Edad Media". Dos veces en su vida había hecho oposición al gobierno: la primera vez cuando, levantándose contra la política bismarquiana, había defendido la teoría de la infalibilidad del Papa; la segunda vez, cuarenta años más tarde, durante la gran guerra, levantándose contra la infalibilidad de Hindenburg. Bastante perspicaz para darse cuenta de que el navío de que era capitán iba a zozobrar, tomó inmediatamente a su bordo dos tenientes desconocidos hasta entonces a fin de echar sobre ellos, en caso de naufragio, una parte de su responsabilidad. Durante numerosos años, los demócratas, en el Reichstag, habían intentado participar en el gobierno; habían renovado sus tentativas, pero en vano, durante los tres primeros años de la guerra; cuando, poco antes de la catástrofe, se les permitió poner mano en el timón, se sintieron halagados, debiendo haber rehusado hacerse responsables de las faltas que no les incumbían. Sea como fuere, Hertling fué el primer canciller que admitió en su gabinete dos demócratas, siendo uno de ellos elevado a la dignidad de vice-canciller.

Para los dos jefes militares, este primer paso hacia la soberanía del pueblo, no era sino una contra-seguridad en caso de fracaso. Más tarde, en una hora decisiva, supieron hacer uso del mismo método, pero perfeccionándolo.

El armisticio con los bolcheviques había sido pactado por los militares solos, pues un vencedor raramente rehusa la alegría de dirigir al vencido una mirada cargada a la vez de triunfo y de conmiseración; eso sería renunciar a un placer con el que ha soñado desde el primer disparo. El jefe vencido tiene menos prisa en ir a esos "rendez-vous". Como los dos jefes militares gobernaban efectivamente el Imperio, pretendieron participar también en las negociaciones de paz que de ordinario no corresponden sino a hombres de estado. Enviaron a uno de los suyos, al general Hoffmann, a representarlos en las deliberaciones, a fin de que se viese allí un hermoso uniforme. Sin este ornamento, la sala habría parecido, en efecto, bien desprovista, en la casa desierta donde se discutía la paz en Brest-Litovsk, pequeña ciudad judía de la frontera polaca más que medio destruída por los obuses.

En lugar de los suntuosos castillos en que antaño los príncipes y los diplomáticos discutían las condiciones de paz, se había escogido en pleno desierto oriental, un hotel pintado de gris que se destacaba sobre el paisaje de invierno. Mientras que en otro tiempo, en el curso de las conferencias de paz, hermosas damas curiosas tomaban parte en los debates y en las recepciones en que la intriga se desenvolvía detrás de los abanicos y en que la verdadera paz se hacía en las antecámaras de los dormitorios, se veía aquí, al lado de las dactilógrafas anónimas, un solo ser de sexo femenino, una obrera rusa de cabellos grises, venida para discutir con los hombres. Una nueva época de la historia universal se anunciaba en esos detalles que no se pueden pasar en silencio. Son los símbolos de una época, menos impresionantes que antaño para los ojos, pero más interesantes para el oído. Pues en esas negociaciones públicas entre dos estados, las ondas eléctricas por primera vez llevaban inmediatamente a los cuatro rincones del mundo las palabras pronunciadas.

El fondo era tan nuevo como la forma: no debía haber ni vencedor ni vencido, ni anexiones, ni indemnizaciones; los pueblos no debían ya cambiar de amos a voluntad de los reyes o de los ministros, sino decidir ellos mismos su suerte. Estos pensamientos, cuyo advenimiento representa el único resultado de la gran guerra, habían sido reunidos por Wilson en catorce puntos, según el espíritu de sus discursos anteriores. Habían sido aceptados, en su conjunto, por el conde Hertling y el conde Czernin en sus discursos, en Berlín y en Viena. Evacuación del territorio ruso, libre disposición de las naciones rusas y la admisión en la Sociedad de las Naciones, decía el sexto punto. Por lo demás, no se trataba de tomar este párrafo a la letra, sino de aceptar una nueva concepción filosófica del universo, que hacia el fin de esa interminable guerra, comenzaba a penetrar en el cerebro de todos los hombres. La obligación moral de aceptar la nueva tesis se imponía a los alemanes, pues eran ellos los que hasta entonces se habían opuesto con sus actos y sus palabras a la nueva doctrina. Si la aceptaban hoy, si ellos, los primeros vencedores de la guerra, probaban que su mentalidad había cambiado, todas las naciones enemigas

debían aplaudirlos y, de un golpe, los patrioteros del mundo entero se veían privados de sus más fuertes argumentos.

¿Comprenderían los dos grandes jefes en esos días de navidad que la historia ofrecía a los alemanes una oportunidad inesperada: la posibilidad de ser los primeros en unirse a la nueva teoría? ¿Iban a coger al paso la fortuna, que no exigirá de ellos ningún sacrificio, puesto que no tendrán más que perseverar en la inacción táctica que han practicado desde hace dos años frente al enemigo?

Perdidos en un pequeño hoyo desierto de la gran Rusia, los altos personajes reunidos en ese sitio se dieron cuenta, por primera vez sin duda, de que se estaba en guerra. Pero, corteses por educación, se resarcieron de la ausencia de lujo, de su alejamiento en el momento de la fiesta de navidad, con la observación de ciertos detalles cómicos.

Uno de ellos consigna en sus Memorias la actitud divertida de un delegado ruso que, en la mesa, se sirve de un tenedor como mondadientes. Otro señala que un ruso (que fué más tarde embajador de Rusia en Berlín) afirmaba que "el comunismo daría a todos los hombres el bienestar, y a algunos — entre los cuales estaba él mismo, sin duda — algo mejor". Mientras los diplomáticos alemanes y austriacos derrochaban así su ingenio riendo en detrimento de sus adversarios, éstos aprovechaban las negociaciones para presentar en largos discursos, a los obreros del mundo entero, su ideal social. Cuando Joffre, con lógica, y Trotsky con su voz metálica, hubieron expuesto la nueva doctrina, Kühlmann trató de salvar la civilización europea por medio de algunas frases platónicas pronunciadas con una voz languideciente.

Pero en los primeros días, una tercera voz se hizo oír de lejos, por teléfono. Era la del gran cuartel general, de Hindenburg y Ludendorff, presas de espanto al oír al secretario de estado extenderse sobre algunos de los catorce puntos de Wilson, que en definitiva no se habían aceptado sino por mera fórmula, como base de las negociaciones. ¿Cómo podía el general Hoffmann, delegado de los dos grandes jefes, guardar silencio al oír en Brest semejantes frivolidades? Por eso Hindenburg expuso en una carta al canciller

sus condiciones: los territorios ocupados debían ser unidos lo más sólidamente posible al Imperio, y Polonia debía ceder una faja de terreno marginal a fin de garantizar la seguridad de la frontera alemana. En estos territorios vivían cerca de dos millones de polacos.

Las estipulaciones de los grandes jefes militares, en contradicción flagrante con las condiciones fijadas en el armisticio, provocaron una crisis seria. Las negociaciones se suspenden, los delegados alemanes vuelven a Berlín para conferenciar con el Emperador. Es el día de Año Nuevo. Toque de los grandes órganos en el Domo, frente al castillo; desfile, con trompetas a la cabeza, por las calles de la capital El general Hoffmann, que se oponía a la mutilación de Polonia, es invitado a almorzar por Guillermo II, que parece dispuesto a resguardarlo y a apoyarlo con su autoridad ante los dos jefes del gran cuartel general. Después de la comida, el general presenta a su Señor una carta con un trazado de fronteras razonable entre Polonia y el Imperio. La partida parece ganada por el general Hoffmann que ha podido exponer sus ideas en ausencia de Hindenburg y de Ludendorff. Al día siguiente, el Káiser les coloca la carta ante los ojos, les declara que ya no es partidario de grandes conquistas y decide, completamente en el tono y la manera del Rey Sol: "He aquí, señores generales, la futura frontera de Polonia tal como, en mi calidad de Jefe Supremo del Ejército... la considero justa... apoyado, por lo demás, por la opinión de un especialista en la materia, el general Hoffmann.

Ludendorff estalla:

"Me es imposible tolerar que Vuestra Majestad reciba directamente los informes de un oficial colocado bajo mis órdenes. No puedo aceptar este trazado de fronteras".

Hindenburg se interpone para calmar a su fogoso ayudante. El Emperador pone fin a la penosa escena, diciendo: "Esperaré entonces una nueva exposición de la Dirección Suprema del Ejército".

Sin haber llegado a un acuerdo, y sin fijar una nueva cita, todos abandonan el castillo de Bellevue, como las brujas de Macbeth.

Al día siguiente, los dos grandes jefes ofrecen una vez más su dimisión al Emperador. No hace seis meses que han hecho el mismo gesto para obtener la dimisión de Bethmann.

El 7 de enero de 1918, Hindenburg escribe a Guillermo II una carta cuya énfasis traduce la inspiración ludendorfiana: "Vuestra Majestad nos ha confiado, al general Ludendorff y a mí, el derecho y el deber de velar por que el tratado de paz corresponda a los esfuerzos y a los sacrificios del ejército y del pueblo alemanes... Es dudoso que las negociaciones actuales nos den esas fronteras, y esto me inquieta en el más alto grado". Y el Mariscal continúa precisando que la creación de un estado ukraniano no bastaría, y que sería necesario agregar a él Curlandia y Lituania. "Parece que en Brets-Litovsk las negociaciones alemanas se han mostrado diplomáticas más bien que enérgicas... En la cuestión de Polonia, Vuestra Majestad se ha dignado conceder más valor a la opinión del general Hoffmann que a la mía propia y a la del general Ludendorff. Hoffmann es mi subordinado y en este asunto su responsabilidad no está comprometida. El incidente del 2 de enero nos ha conmovido muy dolorosamente, al general Ludendorff y a mí. Vemos en él la señal de que en una cuestión vital para la patria alemana, Vuestra Majestad hace pasar nuestro modo de ver a segundo término...

"A Vuestra Majestad le incumbe decidir. Pero Vuestra Majestad no exigirá que hombres, leales súbditos que han servido a Vuestra Majestad y a la patria con abnegación, apoyen con su nombre y con su autoridad actos que consideran con una profunda convicción como perjudiciales a la Corona y al Imperio. Vuestra Majestad no pedirá que yo le someta planes de operaciones que están entre los más importantes de la Historia, si no deben conducir a fines militares y políticos determinados. Ruego muy respetuosa y humildemente a Vuestra Majestad que tome una decisión de principio. Mi persona y la del general Ludendorff no deben de ningún modo ser tomadas en consideración cuando se trata de un asunto de estado".

He ahí a dónde había llegado el rey de Prusia, antaño el ídolo de los oficiales prusianos. ¿Cuáles pueden haber sido los sentimientos del Mariscal envejecido en las armas cuando puso su firma adornada de su complicada rúbrica bajo esta carta? ¡Y qué carta!

Al día siguiente, es comunicada al canciller. Este se siente profundamente herido en su dignidad; muestra al Emperador la insubordinación de sus grandes jefes militares y, telegrafiando a Kühlmann, prepara con su soberano y el Ministro una alianza para poner en jaque a los militares y volverlos a la razón. En una memoria de ocho grandes páginas presentada al Emperador, el viejo canciller, que no ha aceptado sus funciones sino de mala gana, tiene finalmente palabras que no se han atrevido a emplear sus dos predecesores, por temor de perder su puesto. Escribe:

"Las altas autoridades militares pueden en todas circunstancias presentar sus apreciaciones, pero solamente bajo la forma de sugestiones, de consejos o de observaciones, y nó como prescripciones a las cuales debería someterse el canciller... Es un punto de vista indefendible el que Hindenburg y Ludendorff hagan depender su indispensable colaboración militar, de la ejecución de exigencias políticas cuya aceptación corresponde exclusivamente a la Corona y a su consejero constitucionalmente responsable. Pues, si la confianza que los dos jefes de ejército han sabido inspirar al pueblo alemán debiera ser explotada por ellos de tal manera que sus deseos políticos debiesen ser considerados como que hacen ley, ello no podría ser sino encargando de toda la dirección de los asuntos militares y políticos y de su responsabilidad a esos mismos señores... Semejante modificación impuesta en la dirección de los asuntos del Imperio no dejaría de tener, sin duda, consecuencias graves en el interior".

Estas enérgicas palabras, las únicas que jamás fueron arriesgadas y enviadas inmediatamente en dos ejemplares a los dos generales, son las de un filósofo. Arrojan una luz brillante — la única — a esas tinieblas alemanas, y prueban que Berlín no estaba únicamente unido a Potsdam y sus cuarteles, sino también a Weimar y su genio, pues estas palabras marcan la revuelta del espíritu contra el militarismo. Apoyado por el canciller-filósofo que además es conde, el diplomático-hombre de mundo Kühlmann se atre-

ve a su vez a protestar; y el Emperador, feliz de sentirse doblemente apoyado contra los dictadores, deja al general Hoffmann que continúe negociando en Brest y envía a Hindenburg una respuesta digna de un Bülow, quien la habría escrito empapando su pluma en aceite.

"Les agradezco a ambos cordialmente su franqueza de soldado y la claridad perfecta con que me han expuesto sus convicciones... Mi confianza en Uds. no puede ser quebrantada aunque yo mismo y mi consejero político, el canciller del Imperio, no compartimos su opinión en varios puntos. El Emperador espera, sin embargo, — agrega — que sus dos generales no se sientan ya atormentados con ninguna aprehensión y que puedan consagrarse enteramente a su tarea esencial, las operaciones de guerra propiamente dichas. Puede Ud. estar seguro, mi querido Mariscal, de que me encontrará siempre dispuesto a oírlo y que en ningún momento he pensado descartar sus preciosos consejos sin examinarlos con toda la atención que merecen. Le ruego expresamente, por el contrario, que no me los escatime en el futuro y quedo su grato y reconocido soberano. — Guillermo Rex".

¿Qué podría impedir ahora que los negociadores alemanes pactasen un tratado de paz fundado en los principios de Wilson, que continúa sus ataques contra el "pueblo sediento de conquistas"? ¿No iba a prevalecer el buen sentido sobre la arrogancia de los militares?

¡Ay, nó! Pues todo esto no es sino comedia e intrigas. Los dos hombres de estado no desean, al igual que los dos estrategas, una paz de armonía sin anexiones. Están tan ávidos de conquista como cualquiera. Sería la primera vez que se viera a un hombre de estado alemán dejarse dominar por un militar cuando se trata de extender la frontera del Imperio. Además, Hertling el filósofo y Kühlmann el hombre de mundo son ambos de la nobleza, y ambos han llevado charreteras. Y comparten la opinión de Hindenburg: "La política es el arte de perjudicar a su adversario por todos los medios". Pero no admiten que los dos amos del estado mayor los suplanten, y toda la querella no es, en el fondo, sino una cuestión de atribución de poderes.

¿Los rusos ponen el grito en el cielo? ¿Por qué? El armisticio les ha prometido que no habría anexiones. Ciertamente, pero bajo la reserva de que todos los enemigos de Alemania se sienten a la mesa de las negociaciones. ¿Qué se dice? ¿El obrero alemán que ha puesto todas sus esperanzas en las voces del exterior se inquieta, se enerva? Berlín está amenazado de huelga; en Viena, ya ha estallado.

Para vencer estas resistencias del exterior y del interior, el ministro prusiano recurre al Dios "que hizo nacer el hierro" (1). A petición expresa de Kühlmann, y no por orden de los dos jefes de guerra, el general Hoffman declara súbitamente a los rusos, sin darse el trabajo de levantarse: "Somos los vencedores". Esta es la frase que desde el origen de la Historia ha resonado a los oídos de los vencidos.

Como se le ha acusado de haber dado un puñetazo en la mesa, lo ha negado, pero su lenguaje fué entonces bastante enérgico para hacerse oír en el mundo entero. Cuando finalmente los rusos se atreven a invocar una vez más a Wilson, los alemanes rompen las negociaciones: la guerra continúa a más y mejor, los alemanes avanzan sin encontrar resistencia en Rusia, ocupan en algunos días a Livonia y Estonia; y Lenín, viendo el peligro que amenaza la capital, pide inmediatamente la paz. Sin embargo, Trotsky no quería ceder, y proponía proceder a un referéndum que permitiese al pueblo pronunciarse en pro o en contra de la paz; después de lo cual Lenín, mostrando las hordas del ejército en desbandada, exclamó: "El referéndum está hecho, se han pronunciado con sus pies".

Los dos grandes jefes militares que estaban enfadados desde el asunto de las dos cartas, se apaciguan finalmente y ponen las siguientes condiciones: anexión de Lituania y de Curlandia, incluso Riga y las islas, pues Alemania necesita buenas tierras para alimentar su población. La aceptación de esta condición es exigida por correo y dentro de las cuarenta y ocho horas. Los generales se erigen en Napoleones. Como los rusos han aceptado por telegrafía sin

(1) Alusión a una poesía patriótica del poeta E. M. Arnadt (1769-1860).

hilos, el general Hoffmann sube la puja y exige que la firma sea dada dentro de tres días. En el mes de agosto de 1918 vienen a agregarse a estas duras conciliaciones algunos acuerdos codicilares: los rusos se ven obligados a renunciar completamente a Livonia y a Estonia; se comprometen además a pagar una indemnización de seis mil millones de marcos oro.

Despertado el apetito, von Kühlmann celebra igualmente una paz "victoriosa" con Rumania en Bucarest; los dos generales exigían: entrega de los dominios nacionales rumanos a las Potencias Centrales, explotación de los pozos de petróleo por estas potencias durante un período de noventa años, cesión de los ferrocarriles; las Potencias Centrales ejercerán un control sobre toda la economía nacional, el ejército rumano será considerablemente reducido, una parte del material de guerra entregada y el país ocupado militarmente durante más de cinco años; Rumania entregará inmediatamente cereales y cederá Dobruya.

Las consecuencias no se hicieron esperar. Wilson cambia completamente de tono: a tratados de paz de este género no se contesta sino con la fuerza, con la fuerza llevada al extremo, a fin de aniquilar para siempre un imperialismo tan egoísta.

Pero los grandes jefes militares no hacen caso de la advertencia. No ven, en el porvenir, el día en que la mano del enemigo, enguantada de fierro, les dictará una paz del mismo género: paz con tributo, paz que reduce a un pueblo a la esclavitud, paz de ignominia. Hindenburg y Ludendorff toman sin pestañear lo que se les ofrece, envían un cuerpo expedicionario a Finlandia, establecen sólidamente la dominación alemana en Polonia, en reemplazo de la administración austro-polaca; instalan un gobierno en Ukrania y tratan a Rusia como César tratara antaño a los galos. Gozan con el triunfo del vencedor, orgullosos de poder decir: "El poder alemán se extiende en el Este desde el golfo de Finlandia hasta las cimas del Cáucaso".

XV

Mientras los jefes militares alemanes oprimían la garganta a su enemigo vencido, el pueblo alemán se oprimía el vientre. Dos años hacía que esos dictadores militares daban tirones al estado en dos sentidos opuestos; las herrumbrosas cadenas debían romperse un día y el Imperio desplomarse con un ruido sordo.

Cuando, el 1º de mayo de 1916, Liebknecht fué condenado a trabajos forzados, no había tenido ninguna inteligencia con el enemigo; habíase contentado con pedir en tarjetas y discursos que se limitasen ante todo a las condiciones que el Emperador y el canciller mismos habían puesto el primer día de la guerra: resistencia al enemigo para conservar intacto el territorio nacional y defender al pueblo contra la agresión de que era objeto. Ya en el curso del proceso, cincuenta mil obreros se levantaron en huelga; cuando en 1917 el pan se hizo cada vez más escaso, el número de huelguistas en Berlín llegó a doscientos mil.

Y los discursos de Trotsky en Brest, ardiente llamado a la humanidad en el dolor, habían terminado por ahogar el sonido de las músicas militares; su eco era doblemente fuerte en los corazones de los que sufrían. En un crescendo dramático, los dos himnos habíanse amplificado y, de la pieza gris de Brest-Litovsk, habían volado al universo entero. En todos los países, los generales, los fabricantes de cañones, los funcionarios, los medradores de la guerra, querían hacer conquistas; habían entusiasmado a una parte de sus pueblos con promesas y sugestiones para llevar el odio al diapasón deseado. La gran masa, por el contrario, quería fraternizar de clase a clase en lugar de levantarse raza contra raza; los pueblos querían unirse, sea en una "Liga de las Naciones", sea al precio mismo de una revolución. Durante los días de Brest-Litovsk apareció por primera vez el fin secreto y fatal de la guerra.

Despertados por estos rumores, medio millón de obreros se sublevaron en Berlín hacia fines del mes de enero. Contando a los de Viena y del resto de Alemania, era un

millón y medio de hombres que se sublevaban, primera revuelta del pueblo contra los jefes militares; no contra capitanes derrotados, sino contra vencedores ebrios de su victoria. Nadie pensaba en la proclamación de una república socialista; los huelguistas exigían simplemente que se renunciase a las conquistas. Los generales hicieron uso de "sus" medios y tomaron las medidas necesarias — así se dice en Alemania cuando un hombre que está en el poder toma medidas torpes. Se detuvo a los jefes del movimiento, se militarizó a los obreros de las grandes fábricas, el **Vorwaerts** fué prohibido y las reuniones disueltas por la policía. Pero al anunciar que "los huelguistas en estado de cargar armas serían llamados a reconocer cuartel", se envileció sobre todo el servicio militar, que se hizo así una especie de pena infamante cuando durante tres años había suscitado el enrolamiento de innumerables jóvenes voluntarios. Estas medidas constituían lo que se llamó "el estado de sitio reforzado" para hacer notar cuán benignas habían sido hasta entonces las medidas tomadas contra los sediciosos.

El viejo Mariscal no era, sin embargo, un hombre antisocial. El deseo patriarcal del hidalgo a quien los campesinos-siervos saludaban humildemente en la propiedad de Neudeck, fué expresado nuevamente en una memoria que redactó cuando se sofocó la huelga: "Es absolutamente indispensable evitar que las familias numerosas sufran bajo las cargas impuestas por las circunstancias; los niños deben, por el contrario, traerle la alegría... Para curar nuestras heridas, será preciso establecer terrenos de colonización, a fin de facilitar el establecimiento de las familias. Quisiera ver a cada obrero en su propia casa, con un lindo jardincito donde, terminada su tarea, pudiese encontrar alegría en la existencia en medio de los suyos".

¿No evocan estas palabras la generosidad patriarcal de esos hidalgos que, durante siglos, se esforzaron por aliviar la suerte de sus siervos? En el cielo todos seremos iguales y, mientras tanto, el viejito de navidad traerá a los niños juiciosos algunos hermosos soldados de plomo. Este mundo, tal como se presenta en la imaginación de un general prusiano, ¿no se parece bastante al del jefe bolchevique? Este valiente militar querría "que todos los hombres tu-

viesen una suerte agradable y que entre ellos, algunos — entre los cuales estaría él — tuviesen una suerte **más agradable** aún".

En esta situación cada vez más precaria, tanto en el exterior como en el interior, los dos generales tomaron una decisión extremadamente grave: en marzo de 1918, después de un año y medio de poder, se atrevieron una vez más a librar una gran batalla en el frente occidental, esperando terminar la guerra con un avance del frente proyectado desde hacía dos años. La crítica, sobre todo la de la Comisión de investigaciones, ha atacado más tarde esta gran ofensiva de la primavera y del verano de 1918. El problema se ilumina para los que se dan el trabajo de estudiar los documentos. Pero como un profano no puede responder con autoridad a la cuestión de saber hasta qué punto las faltas cometidas precipitaron al pueblo alemán en el infortunio, es preferible remitirse al juicio que sobre esto han emitido los técnicos.

Con respecto a las condiciones preliminares de la gran ofensiva, el comandante von Hindenburg, sobrino del Mariscal, escribe: "El ejército no posee ya el valor de 1914, las tropas están mal alimentadas, mal vestidas, se comprueba en todas partes la fatiga de la tropa... Los jefes subalternos se ven obligados a tomar en cuenta esta situación y no pueden ya obrar con el rigor y la intransigencia que caracterizaban los cuadros de la vieja Prusia. Pero se oculta la verdad a los grandes jefes, de manera que Hindenburg y Ludendorff sobreestiman las cualidades de la tropa. Las mismas formaciones de asalto son empleadas de un lado a otro sin descanso ni licencias, y como son tropas seguras, se las lanza a la hoguera hasta el completo agotamiento".

Como las fábricas han sido despobladas para reforzar la tropa, la producción del material de guerra ha disminuído; por eso el comandante Hindenburg declara que el ataque es un verdadero juego de azar. Es verdad que el enemigo no había logrado tampoco avanzar durante esos dos años, aunque dos veces superior en número y con líneas de profundidad más fácil de llenar.

¿Se pensará en estas condiciones especiales antes de precipitarse en una aventura que nada obliga a intentar?

Mientras Wilson y Lloyd George, antes de la ofensiva esperada, pronunciaban discursos de paz, Hindenburg aseguraba a unos representantes de la Unión de Minas "que la victoria no podía ya escapársenos, esta victoria que necesitamos para el porvenir político y económico de Alemania". El año anterior, había dicho confidencialmente a los almirantes que la situación era desesperada.

Pero la razón toma su desquite. En esos dos amos de Alemania, la codicia territorial tropieza con los designios estratégicos. En efecto, si se hubiesen sacado de los ejércitos del Este a todos los hombres disponibles, — como se resolvió hacerlo más tarde, en septiembre — se podría haber intentado un ataque general en el Oeste. Pero se dejaron cincuenta y tres divisiones en el frente ruso para ocupar el terreno conquistado. "Fué un error enorme — dice a este respecto el joven Hindenburg, hablando del Mariscal — dejar tantas unidades en el Este. En lugar de llevar a Francia en esa hora decisiva todas las fuerzas disponibles, se las dispersó. En Finlandia, en Turquía, en Macedonia, en el Cáucaso, en Crimea, se distribuyó más de un millón de hombres. Abandonando resueltamente todo el Este, podríamos haber opuesto en Francia una superioridad numérica al enemigo, lo que sin duda habría obligado a los aliados a pactar".

Los adversarios han confirmado más tarde esta afirmación por boca del Mariscal Haig. Para ensanchar la brecha les faltaron a los alemanes algunas divisiones de caballería, cuando se estacionaban inempleadas en Ukrania.

Ludendorff había reunido en el curso del invierno cuarenta y una divisiones, y en el momento de la ofensiva disponía de tres millones seiscientos mil hombres, o sea el doble de los efectivos al comienzo de la guerra. Se creyó con fuerzas suficientes para acabar con el enemigo antes de la llegada de los americanos. Estos, de quienes tan poco caso se hacía en el momento en que se proclamó la guerra submarina a muerte, inspiraban ahora un santo terror en el gran cuartel general y por esta razón el ataque había sido anticipado y fijado para el mes de marzo.

En cuanto a la operación táctica, el general Hoffmann estima que el ataque debió haber sido concentrado en un

punto bien escogido, con todas las fuerzas disponibles, y nó en dos sitios, al Norte y al Sur del Soma. "En la primavera de 1918, — dice el sobrino de Hindenburg — se produjo exactamente lo contrario de lo que había pasado en Tannenberg. . . Las fortalezas de Metz y de Estraburgo no podían establecer numerosas fuerzas francesas en Alsacia-Lorena. Pero por razones políticas, no se atrevieron a abandonar a los franceses este territorio, ni aún pasajeramente, y en ninguna parte se evacuará el terreno conquistado, ni en el Este, ni en el Oeste, desde el momento en que está rociado con sangre alemana. Hasta los "poches" hay que conservarlos, aunque cuesten un gran número de hombres. . . Ludendorff quiso inaugurar un nuevo sistema de ofensiva que, saltando de un punto a otro, podía demandar mucho tiempo antes de dar resultados. . . Pero procediendo de esta manera es cómo el cálculo de la Dirección del Ejército resultó falso. El valor y el poder ofensivo de las tropas alemanas permitirá triunfos parciales, pero la última decisión no podrá ser alcanzada en los campos de batalla del Oeste. . . pues el hecho de ganar algunos kilómetros no tiene ningún valor real".

Ludendorff, estratega de oficio, pero aventurero por temperamento, va entonces a jugar su última carta, la tirará sobre el tapete con tanta mayor tranquilidad cuanto que en caso de fracaso, no tendrá que asumir su responsabilidad. Como se niega a reconocer el error de su política de conquista y la imposibilidad estratégica de obtener la victoria, cerrando voluntariamente los ojos para no ver el desecamiento del río humano que envía a la muerte, se lanza a esta empresa, no ya con la esperanza del comienzo, ni como más tarde cuando comienza a surgir la duda, sino como un hombre que juega el todo por el todo sin fe en el buen éxito. Sin embargo, no podía ignorar lo que el Mariscal von der Goltz había escrito en 1901: "El ataque estratégico más audaz y mejor preparado conducirá al desastre, si los medios de que se disponen son insuficientes para alcanzar el objeto definitivo que asegure la paz. En las campañas de los grandes capitanes es donde esta verdad aparece más claramente, desde Aníbal hasta Carlos XII y Napoleón, que desconociendo esta verdad perdieron la patria.

Se parecían a esos aventureros de genio que, no disponiendo de medios suficientes para llevar sus especulaciones hasta el fin, pierden de un sólo golpe todas sus ganancias por una última e ínfima torpeza".

Un oficial diplomado, que ha permanecido anónimo, ha expuesto con una singular penetración, en una obra aparecida en 1920, las causas psicológicas de los errores de los dos grandes jefes alemanes y de la estrategia prusiana en general: "Nuestra escuela militar había entrado en su período bizantino en que lo absoluto substituye a lo relativo; se cree haber encontrado la fórmula definitiva, la panacea... Ludendorff dió a la poderosa máquina que le fué confiada, proporciones colosales. En tiempo de paz, el mecanismo había funcionado sin roce; en el curso de la guerra se descompuso, pues no había sido adaptado a la guerra... Los acontecimientos imprevistos que se producen siempre en el momento en que se publica la orden de movilización, no permitieron utilizar el mecanismo con pleno rendimiento ni considerar las reacciones del adversario. No se podía ponerlo en marcha más que una vez. Había que detenerlo en cuanto se produjese un hecho nuevo, pues en su funcionamiento, no se había previsto ningún cambio.

"Y he aquí la gran diferencia entre la estrategia oriental y la estrategia occidental. El pequeño estado mayor de los ejércitos del Este era adecuado a sus funciones estratégicas... Vemos así a Ludendorff levantar un plan de campaña general en el papel y modificarlo según las circunstancias. En el Oeste, esto era imposible, pues la máquina absorbía el tiempo... La menor falta, el menor grano de arena que se deslizaba en los rodajes echaba a perder el mecanismo. No permitía aprovechar las cualidades del jefe: movilidad del espíritu y explotación de la situación. Como en el Oeste Ludendorff nunca logró levantar un plan general de operaciones, no experimentaba la necesidad de disponer de un mecanismo flexible... Finalmente, tampoco se apegaba ya a esos planes de menor envergadura. Pero el hombre de guerra que parte en campaña con un aparato tan complicado, está derrotado de antemano".

Esta explicación propia para atenuar la responsabilidad de los dos grandes jefes es una crítica del estado mi-

litarista prusiano; basta cambiar en ella una palanca o dos para que su aplicación sea perfecta. Quizá los dos aficionados a brujos fueron verdaderamente cogidos y arrastrados por una ronda mágica que hacía danzar ante sus ojos a los millones de hombres que ellos lanzaban a la hoguera. Una vez más, vemos surgir en este período de la historia de Alemania la solidaridad de los cadetes que prohibe a los alumnos modificar el sistema tradicional y omnipotente. Estos realistas se sentían capaces de imponer al soberano su voluntad, pero eran impotentes ante su máquina de guerra más fuerte que el monarca mismo. En cuanto al Emperador, menos interesado por la preparación de las batallas que por la lluvia de condecoraciones que seguía a las derrotas, supo desplegar en este papel secundario una actividad inquietante. Recompensó los primeros triunfos tácticos de la ofensiva con tal magnificencia, que el pueblo debía necesariamente creer en la destrucción del frente enemigo y en la gran victoria final. La guerra había terminado. En efecto, Hindenburg fué condecorado con la gran cruz de hierro de rayos de oro, que no había sido conferida antes de él sino a Blücher después de la victoria de Waterloo. La cita del Mariscal en la orden del día lo proclamaba vencedor "de la más grande batalla de la Historia". Esta manifestación del favor imperial y las exageraciones de los comunicados oficiales, crearon en la nación un sentimiento que la desvió de las ideas de huelga y de paz sin anexiones; el pueblo rebozaba de alegría. La catástrofe debía herirlo como el rayo.

Estos enormes errores podrían haber tenido un efecto saludable, y sido una lección escrita con sangre, la advertencia de que una victoria decisiva en el Oeste era en adelante imposible. "El mismo día en que la Dirección Suprema del Ejército daba a las tropas alemanas la orden de detener la ofensiva sobre Amiens, — escribe el general Hoffmann — su deber era advertir al gobierno de que había llegado el momento de negociar la paz... ¿Era posible, en abril de 1918, obtener todavía una paz aceptable? Lo ignoro, pero lo creo; en todo caso se habrían obtenido condiciones mejores que en Versalles. Sea como fuere, era evidente que había que renunciar a otras ofensivas que costa-

ban, en hombres y en material, pérdidas terribles e irreemplazables".

En efecto, esa cosa increíble se produjo: en el curso del verano, se efectuaron nuevas ofensivas.

Una vez más, las cifras y los técnicos informarán sobre estas operaciones. Las relaciones de los dos grandes jefes contaban 200,000 hombres de pérdidas mensuales por 120,000 hombres enviados al frente, de los cuales 80,000 'curados". En el curso del verano de 1918 cincuenta y dos divisiones alemanas tenían menos de 6,000 hombres en lugar de 20,000 al principio de la campaña.

Además, había los carros de asalto. "No se puede dejar de reprochar a la Dirección Suprema del Ejército — escribe el comandante Hindenburg — el no haber reconocido la importancia de los carros de asalto sino cuando era demasiado tarde... Parece inconcebible hoy que el gran cuartel general no haya recurrido a todos los medios, al día siguiente de la batalla de Cambrai (noviembre de 1917) para hacer fabricar un carro satisfactorio. La industria alemana estaba perfectamente en condiciones de construír semejante máquina... por la perfección técnica de sus servicios. El programa Hindenburg preveía demasiados camiones, fusiles y ametralladoras... y no seguía sino muy lentamente en ciertos dominios, los progresos técnicos del enemigo. Los círculos industriales no dejaron de proponer la fabricación de carros blindados, pero esas sugestiones se encontraron con la incomprensión del gran cuartel general".

Los críticos militares más autorizados atribuyen a la falta de carros la pérdida de las batallas que siguieron, y el comandante Hindenburg escribe: "Cuando se hizo una brecha de quince kilómetros cerca de Amiens entre los ingleses y los franceses y estaba ya dada la orden de retirada al ejército británico, la victoria alemana habría sido completa e irresistible si se hubiese podido lanzar en la abertura una escuadra de carros de asalto, abriendo el camino a la infantería alemana". Y como más tarde Ludendorff negara todavía la eficacia de los carros, el comandante von Hindenburg que tomó parte en la batalla, replicó con estas amargas palabras: "Los oficiales y soldados alemanes que han tomado parte en esos asuntos y comprobado la espantosa

eficacia de los carros de asalto, difícilmente compartirán la opinión del general".

Según informaciones seguras del gran cuartel general, el número de los americanos en los campos de batalla aumentaba de día en día; la experiencia enseñó al mismo tiempo que su instrucción se perfeccionaba rápidamente. Fué en junio cuando el soldado alemán se encontró por primera vez cara a cara con esos "mitos" de cuya venida se habían burlado desde hacía un año y medio. Nadie había querido creer en ellos: sin embargo, todos les temían. El pueblo alemán mantenido en la ignorancia no habría sabido nada de ellos, en efecto, si los licenciados que volvían del frente no hubiesen hablado del magnífico equipo de los primeros prisioneros americanos, que parecían en verdad venir de otro mundo.

¡Las voces que gritaban ¡guarda! se multiplicaban. Después del príncipe heredero imperial, fué el príncipe Rupprecht de Baviera el que, en junio, insistió también en comenzar las negociaciones de paz. Lo más sorprendente es que Ludendorff tenía una fe ciega en esas advertencias, — el príncipe Rupprecht y el coronel Haeften lo demostraron más tarde — y que sin embargo ni él ni Hindenburg dieron orden de suspender los ataques. "Le faltaba a ese general — comprobó más tarde la Comisión de investigación — el profundo sentido que permite a un hombre comprender el alma de un pueblo y de un ejército. Quiso la fatalidad que fuese incapaz de darse cuenta del agotamiento de las tropas; por lo demás, se negaba a creerlo... Ludendorff no quiso permitir ninguna tentativa de negociaciones con fines de paz; encomendó la suerte del pueblo alemán a un golpe de azar a un **"deus ex machina"** capaz de realizar sus proyectos de conquista; sacrificó a esta ambición innumerables vidas humanas: su responsabilidad sobre este punto es aplastante".

"Se negó igualmente a ver síntomas amenazantes en los frentes de batalla de sus aliados... Turquía recurría a la ayuda del gran cuartel general alemán: éste puso oídos sordos. Del frente búlgaro llegaban numerosas advertencias. Tampoco las escuchó... Como la victoria en el frente Oeste había escapado a sus esfuerzos, el gran cuartel gene-

ral podría haber enviado al menos en el curso del verano de 1918 tropas alemanas a la frontera búlgara; había fuerzas disponibles en el Este... Además, nadie en el interior conocía la gravedad de la situación... Nosotros mismos, el cuartel general del ejército del Este, estábamos ignorantes de las enormes pérdidas del frente franco-belga... Todos los militares estaban convencidos de que el ejército del Este resistiría, cualesquiera que fuesen los acontecimientos".

En sus Memorias, Hindenburg reconoce francamente que las ofensivas del verano de 1918 no descansaban en ninguna idea estratégica de conjunto. "Habría querido — escribe — quebrantar por medio de repetidos golpes el frente enemigo, a fin de que un día se derrumbase".

Esto es lo que el Mariscal Foch ha llamado "la estrategia del búfalo".

Durante este tiempo, cuando las últimas clases alemanas movilizables se agotaban en ofensivas tan sangrientas como inútiles, los príncipes inventaron un nuevo pasatiempo. Ya en el tiempo de la aguda crisis de Brest-Litovsk, cuando Hindenburg debió 'tragarse" la famosa carta del Emperador, había pedido la cabeza de uno de los más altos funcionarios del círculo de Guillermo II, el jefe del gabinete civil, Valentini. Hindenburg lo acusaba de ser el inspirador de la política de defección. "Un funcionario, confidente de Su Majestad — escribía Hindenburg al Emperador — me obstaculiza el camino y me impide dirigirme al pueblo; hay que reemplazarlo por otro que informe viril y francamente a su Augusto Señor sobre la situación, y restablezca con el pueblo el contacto que éste desea por sobre todas las cosas" ¿Sabía el pueblo quién era el señor Valentini, y quién era su sucesor? ¿Sabía siquiera quién era todavía su Emperador? Este, en enero de 1918, se sentía él mismo tan olvidado que escribía al margen de un artículo: "Esto se debe a que en ambos bandos se quiere ignorar al Emperador". Reflexión que ya hace presentir la próxima abdicación.

Sin embargo, el verano lo vió más alegre; la vida parecía más risueña: se iban a distribuír nuevas coronas de duques o de príncipes, y se iba a tener nuevos uniformes de parada y cortejos. Para reanudar la tradición de los caballeros de la Orden Teutónica — ¿podía el pueblo alemán tener en 1918 una preocupación más urgente? — el rey de Prusia debía ser proclamado duque de Curlandia, y para calmar las suceptibilidades del rey de Sajonia, éste debía tomar el título de duque de Lituania...

Estas distracciones parecían absolutamente anodinas, pero provocaron un problema político casi insoluble. ¿Cómo se podrían satisfacer las pretensiones del rey de Wurtenberg, que también había prestado durante cuatro años servicios en la Cruz Roja y en otra parte? ¿No se podría darle Lituania? ¿Y el rey de Baviera? ¿Y el gran duque de Baden? ¿Y los demás reyes y grandes duques no iban a fulminar si se colmase a unos sin darles nada a ellos?... Démosles pedazos de Alsacia; — decían — los ambicionan desde hace mucho tiempo. ¿Y Finlandia? Hay que darla a un príncipe de Hohenzollern, decidía el Emperador.

Los hidalgos no tenían muchos deseos de explotar los entusiásticos comunicados de las victorias no ganadas. Ese espléndido ejército que antaño supo conservar a la nobleza sus viejos castillos y sus privilegios, era más hermoso y más fuerte que nunca, si había que creer a los boletines del gran cuartel general.

Cuando fué imposible conservar por más largo tiempo el viejo sistema electoral prusiano, imaginaron un juego de escamoteo para tener, a pesar de todo, a los obreros y soldados bajo su dependencia. Todo empleador, todo jefe de empresa, todo funcionario, todo elector de cincuenta años, debía tener un voto suplementario, según el nuevo sistema electoral. La proposición de conceder el mismo favor a los soldados y antiguos combatientes del frente fué rechazada debido a la intervención de los hidalgos, que se negaban a conceder semejante recompensa a los hombres que habían servido a su patria, pero que eran pobres.

En esa época fué cuando Kühlmann, el diplómático gentilhombre, secretamente apoyado por el canciller-filósofo, intentó una gestión en favor de la paz. No había tenido ningún conocimiento de los finos hilos que ya en el mes de marzo el coronel von Haeften había tendido entre

La Haya y América. Ludendorff había encerrado el informe en su caja fuerte y embrollado la combinación.

Y Kühlmann se creyó, sin embargo, obligado a interceder públicamente y habló desde lo alto de la tribuna del Reichstag. No dijo una palabra de Bélgica, pero en lugar de circunlocuciones y promesas patróticas, pronunció estas palabras: "Esta guerra no puede ya ser ganada por las solas fuerzas militares, sin un cambio de perspectivas políticas".

¡Fué una bonita historia! Las iras del estado mayor cayeron sobre el desdichado pesimista. ¿No acababa los grandes jefes de volver a tomar una parte del Camino de las Damas? ¿Y el secretario de estado se atrevía a hablar de negociar con los enemigos? Esta táctica es desconocida en el gran cuartel general alemán. Al enemigo no se le habla, se le aniquila. Hindenburg telegrafía al canciller: "El discurso ha producido una impresión desastrosa en el ejército". Tan delicado, tan fino era el oído de los dos grandes jefes, que tres horas después de la publicación del discurso sabían ya el efecto que iba a producir en sus tres millones de soldados.

Nuevo ofrecimiento de dimisión de los dos generales: Hay que escoger entre ellos y Kühlmann. El viejo canciller-filósofo trata de salvar a su colaborador y pide que se dignen excusar una palabra inoportuna imputable al "surmenage" y a una preparación apresurada del discurso. "El secretario de estado ni siquiera había tenido tiempo para desayunar, por eso la elocución del orador fué sin vigor, y mala la impresión sobre los auditores". ¡Hacía mucho tiempo que no se mezclaba la cocina en la política alemana: "El secretario de estado — responde Hindenburg con severidad — debe tener tiempo. Por lo demás, ha sido apoyado por la **Gaceta de Francfort** y el **Berliner Tageblatt**".

Al día siguiente, nuevo discurso de Kühlmann en el Reichstag, discurso marcial, bien preparado esta vez: el orador ha desayunado. "Ha sido mal comprendido; sólo el valor de nuestras tropas, su indefectible coraje... pueden decidir el resultado de la guerra".

Ocho días después de este lamentable retroceso que ni siquiera se puede calificar de retirada estratégica, Kühlmann fué derribado. Este segundo discurso lo calificó y lo relegó al rango de los hombres inconsistentes y flojos, cuando podría haber desempeñado más tarde un gran papel en la República si hubiese tenido el coraje de expresar su opinión.

Un cierto señor von Hintze, oficial de marina, razonable, ponderado, no acepta, a mediados de julio, la sucesión del secretario de estado, sino con una condición: los dos grandes jefes del ejército deberán asegurarle que todavía están en condiciones de vencer al enemigo.

—Tengo esta esperanza — dice Ludendorff sin vacilar.

—En tal caso, acepto; — responde Hintze — puesto que es preciso que alguien lo haga. En cuanto la situación sea favorable en todos los frentes de batalla, emprenderé negociaciones diplomáticas.

Pero Ludendorff sufre una derrota en Reims. Hintze se dirige al gran cuartel general y "ruega" a los dos grandes jefes que hagan concesiones en vista de las negociaciones que hay que comenzar. Ha escogido el momento de su visita, convencido de que después de un fracaso encontrará el gran cuartel general bastante deprimido, y por lo tanto más accesible. No se equivoca.

Dos frases pronunciadas el mismo día por los dos adversarios, Ludendorff y Foch, demuestran — si son exactas — hasta qué punto la dirección de las operaciones del lado alemán, era considerada como una lotería. "Si el avance sobre Reims triunfa, — dice Ludendorff arrojando su carta sobre la mesa — hemos ganado la partida". Aquel mismo día, el 15 de pulio de 1918, su adversario Foch dice a Loucheur: "Si la ofensiva de los alemanes sobre Reims triunfa, podemos perder la guerra".

XVI

El 8 de agosto, por medio de una ofensiva formidable ejecutada con carros de asalto, la Entente obtiene una gran victoria contra los alemanes en el frente Amiens-Saint-

Quentin. Era la primera desde hacía años, pero también la primera de una serie de victorias que durante tres meses consecutivos iba a rechazar al frente alemán.

Gran cambio, junta de médicos; por primera vez se preguntan si esto no es el fin y si no convendría preparar la familia del enfermo para la mala noticia. Se cita a los ministros al gran cuartel general. La noche que precede a su llegada, el coronel von Haeften nota en Ludendorff un aspecto muy triste. Por la mañana, — el 13 — Hindenburg a a ver a Ludendorff y le pregunta en presencia del coronel, lo que deberá decir a las 10, a los ministros. "Es absolutamente indispensable decirles toda la verdad". En seguida expone al Mariscal la situación tan francamente como al coronel en el curso de la noche.

Poco después, Hintze, solo, semejante al Gran Inquisitor que espera todavía obtener en el último momento las confesiones del pecador empedernido, se presenta ante Ludendorff. Este habla, en efecto:

"—Hace un mes, le dije que esperaba vencer al enemigo. Ya no tengo esta esperanza.

"—¿Y qué va a suceder?

"—Con una defensiva estratégica, paralizaremos poco a poco el deseo de vencer del enemigo. Por lo demás, el Mariscal es muy optimista.

Hintze, que, después de estas palabras, sólo cree en la imposibilidad de vencer, pero nó en la posibilidad de desastres y de catástrofes, responde que ya ha comenzado negociaciones. Pero Hindenburg, este hombre sin nervios, se queda absolutamente tranquilo. En un conciliábulo entre cuatro, estando presente el canciller, el Mariscal expresa con confianza: las tropas alemanas están aún en pleno país enemigo, la moral del ejército es buena, el espíritu de sacrificio de los combatientes es grande, combatirán hasta que se emprendan negociaciones favorables. En resumen, tiene plena confianza en la fuerza de resistencia de la tropa.

Si estas palabras parecen hoy muy vulgares, no dejaron, sin embargo, de reconfortar entonces a los auditores. Además, los dos grandes jefes militares se quejan ante los ministros de la deplorable moral de la gente que no está

en el frente, y a la pregunta que se les hace con respecto a Bélgica, se atienen a su declaración anterior y reclaman más tierras en Polonia. Como Hintze trazara un cuadro muy triste de la situación política, Ludendorff lo trata de "pesimista".

¿Qué pueden hacer en este caso el Emperador, el canciller y el enérgico secretario de estado en Relaciones Exteriores?

Pues los tres quieren una paz de conciliación; ¿cómo probar a los dos jefes militares que la situación es extremadamente tensa cuando éstos lo niegan? ¿Nadie se levantará pues, para hacer una proposición que permita debilitar políticamente al enemigo cuyo poder militar ha aumentado sin cesar? Se podría haber propuesto el restablecimiento de Polonia, una amnistía amistosa con las naciones antaño subyugadas por Rusia, la transformación interna de la monarquía austro-húngara, la creación de un gran bloque oriental, la autonomía de Alsacia-Lorena. Estas ideas no eran nuevas, ni inventadas por las necesidades del caso. Se las discutía desde hacía mucho tiempo.

Al día siguiente, 14 de agosto, se reune en Spa un Consejo de la Corona. El Emperador, el Kronprinz y tres generales, de Corte se encuentran con los cuatro actores principales. El acta de esta sesión arroja una luz extraña sobre el carácter de esos hombres.

El canciller expuso la situación, habló de la lasitud del pueblo, de la miseria.

Ludendorff tomó la palabra para pedir una disciplina más severa en el interior, la concentración de todas las fuerzas de la Nación, y finalmente sanciones contra el príncipe Lichnowsky.

Hintze habló de la situación externa: se comprueba en el enemigo una mayor confianza en el futuro en todos los países que trabajan por la Entente, una animosidad muy grande contra Alemania. Austria ya no puede más, los neutrales están hartos de esta guerra que no termina. El Mariscal von Hindenburg — dice Hintze — ha trazado un cuadro de la situación... el objeto que los generales quieren alcanzar es paralizar poco a poco, manteniéndose en una defensiva estratégica, el deseo de vencer del enemigo. Los

ministros responsables se inclinan ante estas palabras de los más grandes estrategas que la guerra ha producido.

El Kronprinz hace suyas las palabras de Ludendorff y de Hintze y subraya que debe restablecerse una disciplina rigurosa en el interior del país.

El Emperador: Efectivamente se necesita más orden en el interior. Se darán instrucciones a los generales comandantes de regiones... Para llenar los vacíos del frente, hay que reclutar todos los hombres que puedan servir. En Berlín se ve todavía una multitud de hombres jóvenes y vigorosos que se pasean por las calles... Por otra parte, los adversarios también sufren, todos los días se les mata mucha gente, carecen de materias primas y de víveres, la cosecha en Inglaterra es mala, el tonelaje disminuye; quizá Gran Bretaña, en presencia de estas dificultades, acabará por convertirse a la paz. Hay que escoger el momento oportuno para entablar negociaciones con el enemigo. Por intermedio de la Reina de Holanda habrá que hacer las primeras insinuaciones diplomáticas... Para levantar la confianza del pueblo alemán, es oportuno crear una comisión de propaganda. Hay que dictar conferencias para exaltar el entusiasmo del pueblo; a este efecto, nos dirigiremos a personajes conocidos, como por ejemplo Ballin, o a hombres políticos.

El canciller se pronuncia en favor del enérgico mantenimiento de la autoridad en el interior del país... Mediante una diplomacia hábil, hay que obligar al enemigo a aceptar las condiciones que Alemania juzgue razonables. Para esta acción se escogerá el momento en que se hayan obtenido victorias en el Oeste.

Hindenburg espera, sin embargo, poder mantenerse en el territorio francés e imponer así, finalmente, nuestra voluntad al enemigo.

Si los dos representantes del gobierno se han preguntado, después de la sesión, cuál fué su tenor, deben haberse dicho que ésta reveló la falta de franqueza de todos los que participaron en ella.

La situación era de lo más mala, Ludendorff lo ha confesado al coronel Haeften; por consiguiente, habría que tratar de celebrar lo más pronto posible una paz aceptable.

Pero los ministros a quienes se convocó no saben más que la mitad de la verdad, y aún esta mitad les es cuidadosamente dosificada en presencia del canciller-filósofo y del joven oficial de marina, secretario de estado. En presencia del testigo que Ludendorff ha conservado a propósito a su lado, en el curso del conciliábulo secreto que tuvo con Hindenburg, sostiene que es indispensable decir toda la verdad; ¿no es necesario que el coronel pueda atestiguar con qué franqueza van a hablar los grandes jefes militares a los ministros?

Pues bien, ¿qué sucedió? En el curso de la conversación, primeramente es Ludendorff solo, y en seguida los dos generales juntos, los que **no dicen la verdad** a los ministros y no pronuncian una palabra de la desesperada situación del ejército. El Mariscal, flemático y plácido, ha logrado levantar la moral de su jefe de estado mayor, y cuando el secretario de estado se atreve a trazar un cuadro bastante triste, se oye tratar de "pesimista". Cuanto más numerosos son los personajes que toman parte en las deliberaciones, más sube la moral. El Emperador ha creído deber rodearse de tres generales de corte para protegerse contra las brutalidades de lenguaje y la nerviosidad de Ludendorff. En la sala en que estos hombres están reunidos, cada cual teme a los demás. Los ministros tienen miedo de hacer preguntas a los generales que podrían mandarlos a pasear; los generales, que temen ser sometidos a un interrogatorio por el viejo canciller-filósofo, lo mantienen a distancia por medio de eufemismos tranquilizadores. El Emperador teme a su hijo, desde que éste ha redactado una memoria pesimista, el Kronprinz teme pasar ante los generales por un miedoso, si dice lo que piensa; finalmente los generales de corte no tienen más que una preocupación, es mantener a su Augusto Señor en confianza y de buen humor. ¿Por qué se han reunido todas estas gentes? Cabe preguntarlo, pues en esa atmósfera muy particular, no puede decirse la verdad. Sin embargo, nadie tiene confianza absoluta en el porvenir. ¿Qué decisión tomarán entonces esos hombres?

Siendo todos hidalgos o generales, si no lo uno y lo otro a la vez, todos están de acuerdo en un punto. El pueblo es el gran culpable. Habrá que mantenerlo bajo una

disciplina férrea. Autoridad y orden en el interior. Entusiasmo en las masas. ¡A las trincheras, señores obreros! ¡Al frente los jóvenes que se pasean por las calles! Y el Kronprinz es el que está más excitado, es él quien exige las medidas más draconianas. ¿No tiene el derecho de hablar así, él, que en un lado u otro ha pasado algunos instantes en las trincheras? En cuanto al Emperador, se alegra de la mala cosecha inglesa y habla todavía de los navíos echados a pique. Parece que no haya sido puesto al corriente de las decepciones ocasionadas por el fracaso de la guerra submarina, un año atrás. En cambio, piensa en su judío de corte, Ballín, que debe dictar conferencias para dar energía al campesino y al obrero alemán. Ludendorff ha hecho un hallazgo: ha descubierto a un príncipe detrás del cual va a poder amparar sus desfallecimientos, pues es manifiesto que el libelo secreto de Lichnowsky, que ha sido publicado hace dos años en los países de la Entente, — no se sabe por qué indiscreción — ha reanimado la confianza y el valor de los franceses a tal punto que han atravesado el frente alemán del lado de Amiens, hace algunos días.

¡Y el secretario de estado en Relaciones Exteriores declaró que se sometía al juicio de los dos más grandes jefes militares de la guerra, y que no esperaba sino su próxima victoria para entablar las negociaciones diplomáticas!

Así, cuando el rayo mata el ganado y cuando la lluvia inunda las praderas: los campesinos experimentados tratan de salvar el resto de su rebaño, — los hermosos charladores declaran entonces que habrá que construir establos más grandes, provistos de buenos pararrayos, tan pronto como aparezca el sol.

Entre todos estos hombres, Hindenburg es el único que, según su vieja costumbre, resume su pensamiento en una sola frase, y encuentra esta palabra admirable: "esperanza"; es así como con una calma inquebrantable, expresa su confianza en una victoria "que vendrá poco a poco".

Gracias a Dios, no se ha hablado del "fallecimiento" del moribundo, — se dicen los generales de corte abandonando la sala detrás de su Emperador que, con aspecto preocupado, va a almorzar. Hertling ha afirmado más tarde que en el curso de la sesión, no se dijo que la guerra pudiera

perderse sino solamente que había que esperar la disminución y la suspensión de los ataques enemigos. Por su parte, Hintze escribe: "Ni una sola palabra del Mariscal, ni de Ludendorff, ni una alusión, me permitieron pensar o prever que juzgaban necesario, según la situación militar tal como ellos la veían, hacer gestiones diplomáticas".

En cuanto al coronel Haeften que, durante la noche, supo por boca del mismo Ludendorff la verdadera situación, se arreglaron para que a mediodía no asistiese al conciliábulo oficial. El escribe: "Si el general les hubiese expuesto la situación a los ministros siquiera aproximativamente, con la misma franqueza que a mí, éstos habrían sabido que ya era tiempo de obrar, sin perder un instante".

El general Ludendorff no habló, sino que tuvo un gesto característico. A la salida de la conferencia, "estrechó efusivamente la mano del coronel". Los hombres de acción no gustan de largos discursos, no son oradores ni literatos: un apretón de manos a la manera alemana lo dice todo.

Más tarde, ante la Comisión de investigación, el profesor Delbruck, nacionalista, emitió sobre Ludendorff un juicio aplastador, pero, hablando de Hindenburg, ha pronunciado palabras bastante curiosas: "Debe excusarse al Mariscal, porque no tenía ya la fuerza intelectual suficiente para emitir una apreciación clara sobre la situación y también porque estaba completamente bajo el imperio de Ludendorff". El general von Kuhn, el más ardiente defensor de los generales en la Comisión de investigación, declaró que "debería haberse advertido, el 14 de agosto, a la dirección política del Imperio, que era urgente hacer gestiones diplomáticas... Es aún más incomprensible que se haya dejado al canciller bajo la impresión de que una acción diplomática para una paz armónica no se debía emprender sino ulteriormente, en un momento oportuno, es decir, después de nuevos triunfos en el Oeste".

Quince días más tarde, haciendo confidencias a un coronel amigo suyo, Ludendorff declaraba que no había puesto al ministro de Relaciones Exteriores al tanto de la crítica situación en que se encontraba, por temor de provocar una catástrofe: "Si les hubiera dicho la verdad, habrían perdido completamente la cabeza".

Sin embargo, esos hombres ignoraban lo que más tarde ha sido revelado solamente a la Comisión de investigación, lo que Ludendorff mismo relata en estos papeles: Después de la famosa sesión se hizo presentar el acta que llevaba la rúbrica de las nueve personas presentes, quería tomar todas las precauciones útiles para el caso en que tuviera que comparecer ante algún tribunal, aunque fuese simplemente el de la Historia. Según él, el viejo Mariscal, saliendo de su modorra, se había dejado arrastrar hablando delante del Emperador y "los civiles" de sus "esperanzas". Un soldado no espera, afirma. Según el acta, Hindenburg dijo "que tenía la **esperanza** de lograr **sin embargo,** mantenerse en el territorio francés". Ludendorff tomó la pluma y con su propia mano arregló el texto a fin de poder borrar las palabras "esperanza" y "sin embargo".

Este hombre es un espíritu profundo,
Quizá hasta un verdadero demonio.

XVII

"Nos encontramos en el extremo de la quebrada, los unos, sobrevivientes de compañías diezmadas, los otros, más felices, muertos, yacen esparcidos a lo largo del camino que conduce de la señal 101 a la línea de defensa. Hemos atravesado a la carrera un bosque que los franceses tienen al alcance de su artillería pesada. Se ha abierto en la roca un pequeño sendero; está cubierto de cadáveres. Tropezamos con brazos y piernas en descomposición como sobre troncos de árboles. He aquí el límite del bosque, la cuesta desciende hacia la Quebrada de la Muerte.

"Descansamos un momento para volver a tomar aliento y ver si el primero ha logrado franquear el paso.

¡Vum! — ¡Vum! — ¡Bajemos!

Ni un sólo árbol, ni un sólo arbusto. La roca pulverizada por las balas no es ya más que un fino polvo en el cual nos hundimos.

Por todas partes se ven despojos humanos; una pierna, una mano cerosa, cabezas separadas de los troncos, yacen aquí y allá, semejantes a betarragas esparcidas que caen de los carros cuando los campesinos cargan su cosecha. De un tronco humano desbarrigado se escapan los intestinos, y un enjambre de moscas voraces lo rodea, como negra nube viviente. Junto a él, cabezas cortadas contemplan la labor de esos insectos. ¡Qué cabezas! Una de ellas está ornada de un bigote negro, otra a la izquierda, muy juvenil, parece observar con sus vidriosos ojos azules, la encorvada nariz de la cabeza vecina. Entre todos estos despojos estallan, zumban y aúllan los obuses. El primero del grupo tropieza con una pesada bota, de la cual emerge, como un sarmiento seco, el hueso de una pierna. Lanza un grito. ¿Está herido? Hay que pasar sobre su cuerpo, adelante, al fondo de la quebrada. ¡Vum!" (1).

Noche y día el cañoneo hace oír su lejano mujido. En el gran cuartel general el estruendo hiere los oídos de los jefes, pero ya no lo perciben. Por la mañana, miran ya sin conmoverse la lista de las pérdidas de la víspera. La recorren con la misma mirada distraída que un jefe de explotación minera examina la cifra del rendimiento de una mina, compara mentalmente su total con el de la víspera, y en seguida coloca indiferente esta ficha en el cajón de su escritorio.

Ciertamente, le es imposible a un generalísimo hacer la guerra con sentimiento, sobre todo al cabo de cuatro años. No obstante cuando está tan desprovisto de sensibilidad que sus pérdidas no representan para él sino cifras, — y no seres — se parece a un cirujano que, por la mañana, ordena fríamente la serie de sus intervenciones y en seguida se va tranquilamente a almorzar. Pero los grandes médicos no tienen siempre esta indiferencia.

La fatalidad precipita el curso de los acontecimientos y la caída se acelera. Al pánico amenazante que quieren evitar a todo trance, los augures prefieren la catástrofe inmediata. Durante las seis semanas que siguen, se llena al pueblo y al ejército de ilusiones. El vice-canciller, delegado por el Reichstag ante los dos generales, les pide cortésmente que renuncien definitivamente a Bélgica. A fines de agosto

(1) Vitus Heller: **Nie Mehr Krieg** (nunca más guerra).

se les respondió que primero había que liquidar la cuestión flamenca. Se llega a hablar tímidamente de ciertos distritos de Lorena, lo que llena de una sorda indignación a los generales que vuelven a emplear la consabida frase un poco gastada: "ni una sola pulgada de terreno de la sagrada Patria", de este suelo que ministros y generales han decidido en todo tiempo defender al precio de su honor y de la vida de sus compatriotas. Y Hindenburg hace al vice-canciller una tranquilizadora exposición de la situación. Hace fijar en las esquinas de las calles llamados al pueblo: "Ya hemos ganado la guerra en el Este — la ganaremos en el Oeste". Un almirante juzgó muy favorable la presencia de importantes tropas americanas entre los franceses, y otro, el almirante Scheer, afirmó oficialmente que "la guerra submarina obligaría sin duda alguna a Inglaterra a venir prontamente a sentarse a una mesa de negociaciones". Los diputados no estaban ni más ni mejor informados que los obreros. Como los informes del Reichstag eran falseados, gracias a los datos proporcionados por uno de sus vecinos, campesino de Westfalia, supo el diputado Schucking, en agosto, que los americanos habían llegado y que la guerra estaba por lo tanto perdida. Este mismo diputado, eminente jurisconsulto, cita más tarde a la Comisión de investigación, el rasgo siguiente: un director de fábrica, oficial en el frente recibió de su general la orden de hacer un informe relatando el estado moral de las tropas. Este informe era pedido por el gran cuartel general. El oficial escribió: "La moral de las tropas es deplorable". El general coge la pluma, borra la frase, diciendo: "Esos señores del gran cuartel general no quieren que se les diga esto". y escribe de su puño y letra: "En conjunto, la moral de las tropas es satisfactoria. Una disciplina un poco más estricta la levantará aún más". Esos mismos generales, que no deseaban sino ser engañados, enviaban a los altos funcionarios lejos del frente, falsas noticias que obscurecían las realidades, como nubes deletéreas. En este momento es cuando un ministro de Baden sabe oficialmente, en calidad de miembro de la Comisión de investigación en el Bundesrat, que "la situación es crítica, pero que la victoria final no es dudosa". Si se les hubiese dicho la verdad a esos poderosos personajes, esa verdad que en derecho y moralmente los ge-

nerales les debían, ellos habrían ido apresuradamente a avisarla a sus soberanos, éstos habrían ido a Berlín y habrían exigido la paz. Todos estaban hartos, fatigados de la guerra y temían por su trono, sobre todo los pequeños príncipes. Se alarman más pronto y más apasionadamente por un pequeño reino amenazado que por uno grande que están acostumbrado a poseer y cuya riqueza misma parece una garantía de duración eterna.

Se puso especial cuidado en ocultar al Emperador las duras semanas de la lucha final. En sus relaciones, el cortesano que lo acompañaba como oficial de ordenanza durante los últimos meses, habla de terrazas, de castillos, de paseos en el parque, de excursiones y de almuerzos y dice: "Todos los que estaban presentes hicieron lo posible por cambiar el curso de los pensamientos del monarca, desviarlo de las preocupaciones del momento y llevarlo a un cambio de opiniones sobre los grandes problemas tocantes al arte, la ciencia o la técnica. Cuando el Emperador se interesaba por semejante tema y cuando se lograba hacerlo beber en la inagotable fuente de sus recuerdos personales, lo que sucedía aún con bastante frecuencia, las horas transcurrían como por milagro y traían un verdadero confortamiento".

De esta manera, muy interna en verdad, el Emperador mismo luchaba por el destino del pueblo alemán, en descripciones espirituales de sus excavaciones ejecutadas en Corfú, o de una "mise en scene" en la Opera — y el ruido lejano del perpetuo cañoneo acompañaba románticamente estas conversaciones. A sus pies desfilaban, con paso demasiado ligero, ¡ay! la última clase, reclutas de dieciocho años; la carencia de carnes y de grasas en el período de crecimiento no les había permitido alcanzar el peso normal.

El 2 de septiembre, el frente occidental, quebrantado por los ataques previstos, vacila sobre la línea Arras-Cambrai. El 12, Foch gana otra victoria gracias a los dos millones de americanos que cambaten ya al lado de los aliados — contra dos millones y medio de alemanes. El 15, en Macedonia, los búlgaros deponen las armas y vuelven a sus hogares. Esto fué hecho puntualmente, según previo aviso, en el día anunciado. El 19, los turcos, en Jaffa, huyen antes las tropas inglesas. Ya Austria pedía paz separada. Fi-

nalmente, el 28, Foch derrota una vez más a Ludendorff, que, tirando sus cartas, declaró perdida la partida. ¡El golpe ha fracasado! ¡Rápidamente la paz!

Esto fué como un rayo. Cinco días antes, había dicho al general Groener que la paz sería sin duda celebrada durante la navidad. Pero el enemigo precisaba su amenaza: avanzaba bajo el rugido de sus cañones hacia las fronteras de que habían podido mantenerlo alejado durante cuatro años.

A pesar de todo, Ludendorff no se deja ir a la desesperación, y aunque se ha hablado de una crisis de nervios, prepara lúcidamente una retirada estratégica que no se puede menos que admirar. Pero su maniobra sólo triunfa en el frente político; la desbandada de sus tres aliados lo obliga a ceder en el frente de batalla. ¿Qué hacer en un caso semejante?

En este momento fué cuando el general Ludendorff tuvo una idea genial. En una colaboración que impuso a Hindenburg, hizo historia. Así como un viejo reservista se deshace del uniforme que el soberano le ha prestado sólo para la batalla, arrojó lejos de él toda la responsabilidad al fin de esta guerra.

En una noche, los dos generales se hicieron súbitamente demócratas. Descubrieron los beneficios del régimen parlamentario; levantaron en cinco minutos la Constitución del Imperio de Alemania, a la cual se habían opuesto siempre tenazmente desde hacía dos largos años. Lo que ningún debate, lo que ninguna huelga había podido obtener, lo obtuvo el Mariscal Foch con sus victorias. Educación, prejuicios, privilegios de castas, poder real, todo fué olvidado. Ante todo, era preciso echar al pueblo la entera responsabilidad de esta paz que los generales habían hecho imposible hasta el último momento con sus exigencias políticas, y que se veían verdaderamente obligados a presentar con todas las amenazas que entrañaba, ahora que llegaba demasiado tarde. Era esencial ceder el poder al pueblo en el momento mismo en que se anunciara a sus representantes la derrota final. Por sorpresa, se destruiría toda resistencia. Una táctica juiciosa llevaría al pueblo y a los diputados del Reichstag a apoderarse del mando en un momento en que los generales juzgaran peligroso conservarlo. Había que obligar al

Reichstag a tomar el poder — esta arma de doble filo, que vacilaría quizá en aceptar. — Esta revolución venida de arriba parecía preceder el movimiento revolucionario que vendría de abajo. Y esto fué lo que sucedió.

El Reichstag alemán no conquistó el poder, le fué impuesto por los generales vencidos. Es esta una forma de revolución que la Historia no conocía todavía.

Ludendorff hizo danzar magistralmente sus títeres. Canciller y secretario de estado fueron convocados el 29 de septiembre al gran cuartel general, donde se les hizo saber bruscamente y sin rodeos que todo estaba perdido, y que el ejército exigía un armisticio dentro de las veinticuatro horas. Quedaron aterrados. En seguida, Hintze se serenó y predijo la Revolución y la caída de la dinastía imperial.

En cuanto al Emperador, — según los informes de su oficial de ordenanzas, — esperaba, en esta terrible situación, "que el Mariscal permanecería a su lado, asumiendo las responsabilidades de un hombre de estado, y formaría un gobierno de defensa nacional, por encima de los partidos políticos". Si, como se ha afirmado, Ludendorff hubiese perdido la cabeza en ese momento, no hay la menor duda de que el impasible Hindenburg habría tomado el alto comando. Conforme a sus tradiciones y a su carácter, se habría unido al Emperador, y juntos habrían librado el combate supremo.

En realidad, Ludendorff obró con un verdadero maquiavelismo, pues quería sencillamente hacer asumir al Parlamento, lo más pronto posible, toda la responsabilidad de una situación desesperada. Lo consiguió. Al día siguiente declaró que con Hindenburg había tomado fríamente y sin haberse puesto de acuerdo, la misma decisión y que habían reflexionado bien en ella. Lo que probó interrumpiendo brutalmente a Hindenburg cuando este último, en el curso de la sesión del Consejo reclamó insistentemente el valle de Briey-Longwy. Para Ludendorff, no se trataba ya de detenerse en una cuestión de mineral — había que echar sobre el pueblo alemán el enorme fardo que desde hacía años pesaba sobre sus hombros.

No podemos dejar de inclinarnos ante la hábil estrategia de este hombre. Es Ludendorff el que manda — manda y todo el mundo obedece. En otros países, un general

vencido sería destituído por el rey y el gobierno — aquí, por el contrario, a pesar de la derrota, es él quien derroca al gobierno y lo reemplaza por otro. Por lo demás, el viejo canciller-filósofo se niega a continuar haciendo un papel indigno de él y, sin más trámites, se arroja por la borda al oficial de marina. Hay que reemplazar inmediatamente a los dos hombres. Por tren especial el ministro de Hacienda y un capitán del gran cuartel general van a partir a la mañana siguiente para Berlín: deben abrirle los ojos al Parlamento. Que lo hagan pronto. Los minutos son preciosos. De un momento a otro, un nuevo avance del enemigo puede provocar una catástrofe.

En Berlín, la impresión fué terrible. En la Cancillería, en Relaciones Exteriores, nadie esperaba este golpe. En una sala del Reichstag fué donde el pueblo alemán, representado por ocho jefes de grupos, supo de boca de un comandante de apellido aristocrático, que la guerra estaba perdida y que la situación iba agravándose de hora en hora. Los ocho diputados están azorados. "Estaban aniquilados — dice un testigo ocular;—Ebert se puso pálido como un muerto y no pudo articular una palabra.Stresemann quedó agobiado. Aquél a quien llamaban el rey de Prusia no coronado, el señor von Heydebrand, aúlla en la sala de los Pasos Perdidos. "Nos han engañado y traicionado".

De todas partes se elevan gritos de cólera; sin embargo, a nadie se le ocurre renunciar a la sucesión que ningún hidalgo aceptaría en este momento. Solamente Scheidemann, jefe del partido socialista, tiene la intuición del peligro que hay en asociarse a "una empresa en quiebra". Esto no le impedirá formar, cinco años más tarde, parte del gabinete imperial en calidad de primer colaborador socialista. Ebert, siempre patriota, declara al fin de la guerra, lo mismo que al comienzo, que "nadie tiene el derecho de substraerse cuando la patria está en peligro". Nunca todavía, en la Historia de Alemania, se vió a los obreros y a los intelectuales dar pruebas de más conmovedor espíritu de abnegación. Aceptan sin reserva la responsabilidad de la derrota de los Junker y de los oficiales. Fué sublime y ridículo...

¿Por qué nadie se levantó para contestar a los dictadores? ¿No sabían los demócratas que por sus vacilaciones y sus silencios los dos generales habían hecho matar o he-

rir en los últimos tres meses a 400.000 hombres, sin contar los desaparecidos? ¿No sabían que las ofensivas de ese sólo año habían costado 1.500,000 hombres al país? ¿No sabían que el enemigo había hecho, durante la guerra, tres proposiciones de paz aceptables? ¿Ignoraban que en memorias o cartas privadas, grandes hombres de negocios y aún los dos príncipes herederos habían aconsejado la paz y la armonía? Lo sabían — y a pesar de todo, aceptaron asumir la terrible responsabilidad de hacer la paz, y no guardaron ningun rencor a los vencidos, ayer no más tan altaneros y distantes. No reaccionaron como partidarios sino como patriotas. Solamente algunos años más tarde debieron darse cuenta de que ni siquiera habían obrado como patriotas.

El gobierno popular de la nueva Alemania buscaba un nuevo canciller. Lo encontró en la persona de un príncipe alemán, Max de Baden, serio y honrado más bien que enérgico. Medio ruso por su origen, había sido educado en la Alemania del Sur, es decir, había recibido una educación anti-prusiana. Ajeno a muchos prejuicios de su casta, profesaba ideas avanzadas; era superior a los hidalgos por su carácter y su formación intelectual. Les había parecido sospechoso ya por su moderación misma, cuando los exhortaba a celebrar una paz razonable. Vaciló, en seguida estuvo a punto de cejar ante la pesada e ingrata tarea que debía asumir. Solamente por el hecho de haberla aceptado, el príncipe de Baden salvó el honor de su casta.

Hindenburg se había apartado voluntariamenta durante esos críticos días de fines de septiembre. El 1º de octubre telegrafió al vice-canciller: "Si Ud. puede asegurarme que esta noche a las siete o a las ocho el príncipe Max formará el nuevo gobierno, consiento en esperar hasta mañana por la mañana. Pero si fuera dudoso que los esfuerzos del príncipe llegasen a un buen resultado, soy de opinión que es indispensable hacer saber esta misma noche a los gobiernos extranjeros que pedimos la paz".

¡Qué cambio más repentino y completo!

El mecanismo de precisión, que es la guerra moderna, se echaba a perder. Los "frentes" tan artísticamente establecidos convertíanse nuevamente en campos de batalla, como antaño. La organización cedía su lugar a lo imprevisto. Si se podía temer todo, no se podía prever nada. Las ofi-

cinas dirigentes del gran cuartel general se transformaron súbitamente en un lugar de desorden en que se agitaban confusamente seres humanos. El rayo había hecho saltar los fusibles y sumido a los hombres en las tinieblas, el cañoneo se acercaba, tronaba y retumbaba... En la confusión, los generales se enloquecían, perdían la cabeza, telefoneaban a cada momento a Berlín. Por un brusco cambio de la situación, esperaban la salvación, esperaban que un cablegrama de América les trajera la ayuda, la liberación, pues nadie sabía qué decidir.

¿Dónde estaba en esos sombríos días el impasible general? ¿Por qué después de cuatro años de guerra, de cuatro meses de progresivo debilitamiento, se veían de la noche a la mañana obligados a solicitar una paz inmediata, sin negociaciones previas? ¿Acaso el enemigo habría inventado la noche anterior un nuevo gas o un avión de un tipo desconocido? Las tropas enemigas del frente macedonio que habían quedado disponibles, ¿habían sido transportadas en algunos días a Francia por vía aérea? ¿No estaba previsto desde hacía mucho tiempo el aumento de los efectivos americanos? Escuchemos lo que dicen los expertos militares:

"Los mismos jefes alemanes — dice el comandante Schwertfeger en una carta a la Comisión de Investigación — confirmaron a la Entente su victoria. Sin transición, la Dirección Suprema del Ejército exponía a los hombres de estado, aterrados, la situación general en todo el frente de batalla. No se trataba ya de tranquilizar la opinión pública, se confesó que la situación era desesperada. La opinión pública se alarmó a tal punto, que las consecuencias de esta hecatombe moral fueron terribles... Sólo la Dirección del Ejército podía juzgar la situación con todo conocimiento de causa. Debía, pues, asumir sola la responsabilidad de la petición de paz, aunque el Señor supremo de la guerra había aprobado su petición".

Nadie se ocupaba ya del Señor supremo de la guerra, durante esos días de angustia. Cuando el 3 de octubre, todos se reunieron en Berlín para asaltar a preguntas al príncipe Max de Baden, se reconoció una vez más la calma de Hindenburg, aunque fué impotente para mejorar la situación!

Cuando entró a la sala, tranquilo e impasible, — escribe el príncipe Max de Baden, — tuve la esperanza de que se uniría a mi opinión (para que la petición de paz no se hiciese precipitadamente). Su tranquila conversación contrastaba con el mensaje de Ludendorff. En efecto, compartía completamente los puntos de vista de este último. En varias ocasiones, aprovechando un giro más optimista en la conversación de Hindenburg, traté de justificar mi punto de vista: Deje entonces al nuevo gobierno algún plazo... Pero me dió imperturbablemente la misma respuesta: "La gravedad de la situación militar no permite ninguna espera".

Llamando aparte al Mariscal, el príncipe le preguntó entonces si verdaderamente todo estaba perdido. Este le respondió:

"Hemos podido resistir a los últimos ataques. Espero una nueva ofensiva dentro de los ocho días, no puedo responder de lo que suceda; es posible una catástrofe". Después de haber pronunciado la palabra "catástrofe", se retractó diciendo: "o al menos las consecuencias más graves".

En este ir y venir de preguntas y respuestas, los nuevos hombres llamados al gobierno buscaban en vano un medio de salvación. Habrían hecho mejor en decir fríamente a los generales, y en seguida al Emperador y al Kronprinz que no tenían más que llamar al poder a los hombres de su partido, hidalgos, grandes industriales y jefes de la Unión Patriótica, a quienes siempre habían escuchado. Como éstos conocían la historia de las guerras, habrían respondido con razón que las cuestiones de armisticio no incumbían al gobierno, sino que debían arreglarse entre los militares de los ejércitos adversos. Los generales alemanes debieran haber izado la bandera blanca o enviado al Mariscal Foch un mensaje por radiotelegrafía pidiendo la cesación del fuego y una entrevista entre las líneas de combate. ¿Qué habrían dicho los dos generales, si ocho meses antes el conde Hertling les hubiese impedido firmar en Brest un armisticio con los rusos? Un representante de Relaciones Exteriores, modesto y silencioso, había sido autorizado para asistir a las negociaciones, a fin de presentar allí discretamente los deseos del gobierno. La decisión había sido reservada a los militares. Cada uno de los tres aliados había enviado a Brest

un oficial de estado mayor. El Reichstag debería haber exigido que los generales obrasen del mismo modo aquel día.

Pero el Reichstag no lo hizo. El primer día en que volvieron al poder, los representantes del pueblo temieron servirse de él. La impresión que causaron en esos hombres los uniformes, las condecoraciones y los títulos, era demasiado profunda; esta impresión ha persistido hasta nuestros días; es probable que dure eternamente. Los hombres de la burguesía llamados al gobierno — habiéndose eclipsado repentinamente los nobles — se reunieron dócilmente para preparar la nota a Wilson, tal como se les había ordenado. Antes de enviarla, el príncipe Max exigió, sin embargo, un papel que recibió el mismo día, en la forma siguiente:

"Berlín, 3 de octubre de 1918.—La Dirección Suprema del Ejército confirma su petición del 29 de septiembre, según la cual deben hacerse inmediatamente proposiciones de paz al enemigo. A consecuencia de la derrota del frente macedonio y del debilitamiento consecutivo de nuestras reservas del Oeste, a consecuencia también de la imposibilidad de reparar las considerables pérdidas sufridas en el curso de las últimas batallas, no hay ya, según toda previsión humana, ninguna esperanza de imponer la paz al enemigo. Por otra parte, el adversario trae constantemente a las líneas nuevas reservas. El ejército alemán, sólido aún, rechaza todos los ataques, pero la situación se agrava de día en día. Ella puede obligar a la Dirección Suprema del Ejército a tomar decisiones extremadamente graves. En estas circunstancias, es necesario suspender la lucha para ahorrar al pueblo alemán y a sus aliados inútiles sacrificios.

Cada día que pasa cuesta la vida a millares de valientes soldados.—Von Hindenburg".

En este documento histórico no se da como causa de la derrota ni una sedición del ejército de campaña, ni una revuelta de las tripulaciones de la flota que hubiera impedido librar una batalla naval. Cuando el nuevo canciller tuvo en sus manos la declaración de Hindenburg, envió a Wilson la petición de paz, apoyándose en sus catorce puntos.

Torbellinos de notas llegaron en las semanas siguientes (octubre de 1918) a las cancillerías; la actitud de los dos generales fué variable durante este tiempo: cuando obtenían pequeños triunfos militares o cuando las condiciones de Wilson les parecían demasiado duras, trataban de detener el curso de la rueda a que habían imprimido — ante el espanto general — un movimiento tan violento. Como no conocían al pueblo, no se dieron cuenta de la atención febril de una nación hambrienta que prestaba oídos a las palabras de ultramar; ellos hablaban "del inquebrantable deseo del pueblo de defenderse hasta el fin". Ignorando la moral de las tropas, no veían el agotamiento del ejército y todavía hablaban en sus telegramas "del deseo de sacrificio de nuestros valerosos soldados", cuando éstos, después de la petición de armisticio de sus jefes, se daban cuenta, desde hacía mucho tiempo, de que estaban vencidos. Ocho días después de su llamado de angustia, Ludendorff hizo aspavientos de querer volver atrás. Declaró: "En ese momento estaba enfermo, me siento ahora completamente restablecido". ¡No había sido aniquilado por esos trágicos acontecimientos! Para realzar el interés de esta comedia, presentó un certificado médico que comprobaba que su sistema nervioso estaba ahora en excelente estado.

Había sostenido antes que Hindenburg y él habían tenido el mismo día, independientemente el uno del otro, la idea de pedir un armisticio inmediato. ¿Cuál es, entonces, la verdad?

Por lo demás, ahora que existía un gobierno, los dos generales encontraron la manera más sencilla de eludir su responsabilidad: en la sesión de gabinete del 21, hicieron saber por intermedio de su representante que su asentimiento a las notas destinadas a Wilson no era necesario, puesto que no tenían ningún poder político sino únicamente la dirección de las operaciones militares. Sin embargo, en enero, Hindenburg había pedido al Emperador la dirección moral de todo lo que concernía a la vida del pueblo alemán. Y Ludendorff se declaraba contento de poder batirse, esperando poner en pie de guerra seiscientos carros de asalto en la primavera próxima. Vivía en una especie de euforia.

Los generales hacían asumir al gobierno civil todas las responsabilidades. Al mismo tiempo, le dirigían órdenes; entre éstas se encuentra una larga memoria de Hindenburg:

"Instrucción para la Comisión del Armisticio", que comienza así:

"La situación militar es tal, que las fuerzas del ejército de campaña no bastan ya para mantener sólidamente las posiciones de la línea de batalla. Desde hace tiempo, las reservas no pueden ya colmar las pérdidas... En razón de esta situación se ha hecho una proposición de paz. A pesar de ello, debemos estar dispuestos a continuar en todo momento la lucha en el caso en que nos pusieran condiciones que destruyeran nuestro porvenir... Si las condiciones de nuestros adversarios nos obligan a continuar la lucha, combatiremos en la frontera alemana en condiciones muy desfavorables... El rápido fin de las hostilidades es del más alto interés para el ejército alemán... Primeramente sería preciso, pues, ponerse de acuerdo con respecto al armisticio".

Estas instrucciones que el general derrotado da a los civiles que actúan en su lugar, instrucciones del hidalgo a los burgueses, insisten vivamente en la urgencia de hacer cesar las hostilidades; en el momento decisivo exigirá la capitulación sin condiciones.

El nuevo gabinete de guerra, compuesto de burgueses, vivía todavía tan sugestionado por los cuatro últimos años de guerra y los dos últimos siglos de dominación militar que, bajo la presión de los dos generales que habían enviado a la sesión su representante, modificó el primer gran discurso del canciller, y transformó esta defensa política dirigida a Wilson, en una lamentable capitulación. En seguida Hindenburg mismo cambió bruscamente de actitud: después de haber dado, el 10 de octubre, durante el cambio de notas con Wilson, su asentimiento a la evacuación total de todos los territorios ocupados, dirige el 24 de octubre un llamado a las tropas para resistir hasta el fin. Hasta el Emperador tuvo que intervenir.

Mientras que los generales se negaban absolutamente a proceder a una leva en masa, pues durante toda su vida no habían tenido que tratar sino con un ejército bien instruído, y temían al pueblo armado, dos civiles, dos judíos, pidieron esta leva en masa. Esos dos hombres eminentes fueron los únicos alemanes que, en esos días sombríos, llamaron a la nación a las armas. Rathenau, en un discurso entusiástico, declaraba públicamente que la gestión de los generales era demasiado precipitada, proponía llamar al pueblo a las armas, fundar un Comité de Defensa, y terminaba con estas palabras: "No queremos la guerra, queremos la paz, pero no una paz de esclavos".

El príncipe Max de Baden escribe en sus Memorias: "El llamado de Rathenau fué el grito de un patriota. Me conmovió en lo más profundo del corazón... Solamente más tarde supe por unos amigos que el 2 de octubre Rathenau había llorado como un niño y torturado su ingenioso espíritu, preguntándose si no podría hacer nada por impedir la petición de paz. ¡Si siquiera entonces hubiera venido a verme...! El artículo de Rathenau produjo una gran emoción en el pueblo. Las gentes estaban asombradas al leer las palabras de desconfianza con respecto a Ludendorff y a Wilson. Discutimos sobre la leva en masa en la sesión del Gabinete".

El otro era Max Warburg, banquero, y a este título, uno de los hombres que mejor conocían a los americanos. Llamado por el príncipe para dar su opinión, le dijo el 3 de octubre: "Haced, pues, que los militares mismos vayan hacia las líneas enemigas con la bandera blanca. Si aceptamos ahora todas las humillaciones, no es el "buen" americano quien será el dueño de la situación, sino el "otro". Wilson no podrá dominar los partidos, será envuelto por ellos, veréis que pedirá la república alemana". Al terminar, dijo, según las Memorias del príncipe:

"Me parece extraño que yo, un civil, me vea obligado a gritar a los militares: ¡Continuad la lucha! Mi hijo único, que en este momento está en el cuartel, partirá al frente dentro de un mes. Pues bien, os lo ruego, no depongáis las armas ahora".

Entre los ministros burgueses, uno sólo ha calificado como conviene el juego de los generales. Cuando Hindenburg, en un telegrama al Emperador, pidió un tono más firme en los discursos de los hombres de estado y en la prensa, pues la moral desfalleciente del pueblo podría echarlo a perder todo, Solf, el nuevo ministro de Relaciones Exteriores, calificó estas palabras de "tentativa demasiado pe-

ligrosa de eludir las responsabilidades. ¿Por qué, pues, la moral está tan baja? — agregaba. Porque el poder militar se ha derrumbado. No se trata de sostener lo contrario, y no deberemos permitir que se altere de tal modo la verdad, tanto más cuanto que Ludendorff ha rechazado el reclutamiento en masa". Esta era la única vez que un burgués daba una apreciación exacta de las relaciones entre los militares y el gobierno. El primer ministro socialista no se atreverá a ser tan categórico. Ludendorff no ocultaba su desprecio a aquéllos a quienes había obligado a aceptar la dirección de los negocios. Dijo brutalmente en la sesión del gabinete de guerra: "Sujetad el pueblo, ponedlo en su lugar. ¿No podría el señor Ebert encargarse de esto?"

Esta fué la primera vez en Prusia, que un general pronunciaba en una sesión de gabinete el nombre de un obrero. Este era el jefe del detestado partido socialista-demócrata. En julio de 1917, Ludendorff había tenido que tenderle la mano. Hoy, necesitaba de esas gentes, el táctico comprendió lo que un hombre como Ebert podía obtener de los obreros si lo quería. "Hay que apretar a estas gentes" — había dicho Hindenburg en otro tiempo. Hoy se trataba de volver a poner al pueblo en su lugar, después de haberlo pisoteado. ¿No podría el señor Ebert encargarse de esto?

En el momento en que se pronunciaban estas palabras, Ebert debía estar en una comisión del Reichstag. ¿Qué va a hacer ahora el Parlamento? ¿Va a tomar el poder, a intervenir enérgicamente en la dirección de los negocios? Nó. El 26 de octubre sale en vacaciones y ya no se reunirá antes de la revolución".

Es verdad que aquel mismo día de octubre había derribado la Constitución de Bismarck, colocado al canciller bajo el control del Reichstag y hecho triunfar la revolución burguesa, según la cual el Emperador no era ya más que un presidente hereditario. Se ha dicho que esta revolución no fué sangrienta. ¿Acaso no había costado la vida a dos millones de alemanes?

Algunos días antes, Ludendorff había sido derrocado. La caída del dictador y no la abdicación del Emperador es la que, en esta tragedia, constituye el elemento purificador. El pueblo había exigido esta dimisión, que el príncipe Max

de Baden obtuvo fácilmente del Emperador. Nadie pidió la misma sanción contra Hindenburg. La distinción que hizo el pueblo y de la que Ludendorff ya había hablado, se manifestó en esos días trágicos de una manera clara; las razones, como se ha visto, se explican por los caracteres y la leyenda. El Emperador también hacía esta diferencia entre los dos hombres, a ninguno de los cuales estimaba, pero sus sentimientos sufrían la influencia de la leyenda popular. Después de la orden de Hindenburg al ejército, por la cual había sido rechazada la proposición de Wilson en el momento mismo en que el gabinete proseguía sus negociaciones, el Emperador se había puesto furioso. ¿Contra Hindenburg que firmó la orden? Nó, sino contra Ludendorff que. — fácil era adivinarlo, — había sido su autor.

El Emperador convocó a los dos generales en Berlín, al castillo de Bellevue. Dirigiéndose a la invitación, Hindenburg y su fiel ayudante cambian algunas palabras; Ludendorff prevé su posible destitución y el Mariscal le asegura que en tal caso, él lo seguirá en su retiro.

En presencia del Emperador, Ludendorff ataca violentamente al gobierno que "no apoya a la Dirección del Ejército". El Emperador declara que el estado mayor ha estado por encima de su tarea. Ludendorff ofrece su dimisión. El Emperador dice: "Le agradezco esta decisión. Facilita usted mi tarea. Voy a tratar de edificar el Imperio sobre nuevas bases con el concurso de los socialistas". Le propone en seguida tomar en el ejército una función que le convenga. El otro rehusa y se retira. Hindenburg expresa el mismo deseo que su ayudante, no queriendo separarse de su colaborador. El Emperador responde:

"Usted es el paladín del pueblo alemán. No tiene el derecho de abandonarlo en esta situación desesperada".

"Mis palabras produjeron el efecto deseado — declaró más tarde el Emperador. — Después de una lucha interna de las más dolorosas, el Mariscal aceptó".

En ninguna otra parte se hace mención de la lucha interna de Hindenburg, pero la mujer del general Ludendorff dice cuáles fueron los sentimientos de su marido: "Se sintió abandonado por Hindenburg, cuyas alegrías y cuyas inquietudes había compartido durante años, y quien lo dejaba

abandonar solo sus funciones y quedaba al servicio del Emperador".

A su vez, Guillermo II pronunció por vez primera en esos días de angustia, el nombre del talabartero Ebert. Antaño había declarado públicamente que para él "todo socialista-demócrata era un enemigo del Imperio y de la patria". Hablaba ahora diferentemente: "Estaría feliz de trabajar con el señor Ebert". Sintiendo su próxima caída, se interesaba bruscamente y de una manera extraña por el jefe socialista que por el momento permanecía aún en el anónimo. Dos días más tarde, Guillermo II proclamaba solemnemente que "desempeñar las funciones de Emperador, es servir al pueblo". A la mañana siguiente, abandonaba a su pueblo, a quien pretendía servir e iba a refugiarse a su gran cuartel general en Bélgica. Esta huída decidió su suerte. En Berlín, nadie lo habría molestado; podría haber abdicado en favor de su nieto, que habría hecho su entrada en la capital en un caballo blanco, pasando bajo la puerta de Brandeburgo. En ese mes de octubre, nadie pedía más, pero Guillermo huyó. Así como había perdido la batalla del Marne, permaneciendo demasiado lejos del frente, Guillermo II perdía ahora su corona, alejándose en esos instantes críticos.

En lo que concierne a Ludendorff, nos preguntamos por qué, a ejemplo de otros dictadores, no buscó la muerte en los campos de batalla. Inaugura la serie de los poderosos de la tierra y los príncipes que no han hecho entrar este desenlace en el marco de sus consideraciones. Poco después de los trágicos acontecimientos de ese mes de octubre, se refugió en Suecia con el nombre de Lindström, provisto de un pasaporte falso y de grandes lentes. En este país escribió sus interesantes Memorias de guerra, volvió a Alemania, fundó allí una secta pagana y continuó haciendo la guerra... a los masones y a los judíos. Habiendo conspirado en 1923 con Adolfo Hitler para dar un golpe de estado, fracasó, debido a la cobardía de sus camaradas hidalgos y comprobó, con una amarga decepción, "que los medios dirigentes en Alemania se mostraron incapaces de dar al pueblo alemán el deseo de recobrar su libertad". Su único pesar — declaró más tarde — fué no haber destituído al Emperador, cuando, como dictador, tenía el poder de hacerlo.

Pero mezclándose a sus pesares, se cree oír la frase que antaño pronunciara: "Para hacer el papel de Cromwell, recibí en la escuela de cadetes una huella monárquica demasiado profunda".

De todos los alemanes, él fué, durante la guerra, el personaje más interesante y a la vez el más peligroso. Siempre siguió siendo cadete, pero se liberó bastante pronto de sus sentimientos de sumisión al Emperador, sin duda porque no era hidalgo. La energía sobrehumana, que desplegó durante dos años para gobernar el Imperio habría sido inapreciable bajo un jefe eminente; no es fácil darse cuenta de ello si no se ha leído las innumerables órdenes, instrucciones, relaciones y memorias que dan prueba de su desbordante actividad. Su crimen no es el haber sido vencido, — pues, después del segundo año de guerra ningún general alemán hubiera podido dar la victoria a sus banderas — sino el haberse negado a concluir lo que él llamaba una paz vergonzosa. Sus desmesuradas pretensiones no le permitían confesar la imposibilidad de su realización. Siendo más orgulloso que ávido de gloria, perseguía la victoria más bien para asombrar a sus camaradas envidiosos que para brillar en la historia, y el pensamiento de Seeckt o de Falkenhayn lo estimulaba más que pensar en Foch, en Haig o en el nombre que dejaría a la posteridad. Si hubiese tenido un Bismarck como superior y una docena de Hindenburg bajo sus órdenes, debería haber consentido, con el alma dolorida como Guillermo I en Nicolsburg, en hacer una paz razonable. Esta no habría traído a los alemanes un cambio de régimen, sino que les habría dado, en el antiguo marco político, cierta libertad que no se habría transformado tan pronto en su contrario, como sucedió bajo la república, para la cual los alemanes no estaban maduros.

XVIII

Las terribles sacudidas que conmovieron más tarde las bases del Imperio y dieron nacimiento a la República no se debían a la violenta explosión de fuerzas por largo tiempo

contenidas; tampoco es exacto que la República fuese proclamada porque el pueblo tenía hambre. Las revoluciones son realizadas más a menudo por saciados que por hambrientos. El pueblo alemán no conquistó con gran lucha las libertades democráticas, las recibió de manos de aquéllos que desertaron del poder y de sus responsabilidades; sucede lo mismo con las antiguas potencias, príncipes, hidalgos y generales: no han sido expulsados, han huído. ¡El deseo de acción del pueblo era tan débil! Quinientos oficiales valerosos habrían bastado para salvar la reyecía bajo la forma constitucional, de estilo inglés, que el Emperador estaba dispuesto a aceptar. Los documentos prueban el deseo de los socialistas de salvar la monarquía. Pero como todos estos poderosos de la tierra se eclipsaron, por temor o por prudencia, para escapar a las responsabilidades de la derrota, hombres nuevos debieron llenar los vacíos y ocupar su lugar. Estos no estaban preparados para tal misión ni antes ni después de la guerra, por eso hicieron en su mayoría un triste papel, y su fracaso hizo volver rápidamente a los fugitivos. Es imposible comprender la corta duración de la república alemana si no se toman en cuenta esos hechos, que se desarrollaron del 1º al 9 de noviembre.

De todos los personajes dirigentes, Hindenburg es el único que, sin dificultades, se adaptó sucesivamente a los acontecimientos. Su paso de un régimen al otro recuerda, en el dominio de las transiciones, el paso de un tema musical a otro, como por ejemplo en la **Quinta Sinfonía** de Beethoven; se advierte en ella distintamente el comienzo del tema imperial en bemol que, de decrescendo en decrescendo, llega hasta el pianissimo y cesa, para hacer estallar bruscamente la marcha militar.

Cuando en su segunda nota Wilson hizo alusión a la abdicación del Emperador, Hindenburg se sintió ofendido. "Jamás — dice un testigo ocular — vi al Mariscal, tan tranquilo de ordinario, tan agitado. Su honor de oficial prusiano se rebela, no quiere oír las palabras del americano y, en un impulso de entusiasmo, lanza en plena sala un hurra retumbante en honor del Emperador y Rey".

Este rasgo contado por cierto capitán von Wallenberg — desgraciadamente ignoramos dónde sucedió el hecho —

es único en la vida de Hindenburg. Algunos días después protesta oficialmente contra la disminución de los derechos del soberano: ¿Cómo va a recibir la noticia nuestro cuerpo de oficiales, fiel al Emperador hasta la médula, si sabe que su Señor supremo de la guerra debe ser privado de su mando militar, como se tiene la intención de hacerlo? ¿No va a perder con ello su alma?"

Mientras el soberano estaba presente, es decir durante dos años, Hindenburg lo había mantenido bajo su tutela, suavemente en un principio, en seguida cada vez más firmemente. No necesitaba sus órdenes, bastábale poder levantar los ojos hacia el símbolo; no quería obedecer a este soberano, sino al estandarte real que flameaba por sobre su cabeza. Bastábale que el representante de la monarquía estuviese en su trono, semejante a un ídolo de esmalte blindado. Cuanto menos hablaba, mejor era. Pero el viejo servidor estaba dispuesto a rebelarse si se pretendía arrebatarle su símbolo y privarlo de la imagen sagrada erigida en el altar de su fe.

Va a sobrevenir un acontecimiento sorprendente: después de lanzar el famoso hurra por el Emperador, evocando así a nuestra memoria, al lado del Mariscal de setenta años el cadete de diecisiete, consintió en el envío de un despacho a Washington, en el cual el gobierno alemán no protestaba en modo alguno contra la petición de abdicación presentada por Wilson, e inmediatamente después de su vehemente protesta contra el ataque hecho a los derechos de su Señor, después de haber exclamado que el cuerpo de oficiales iba a perder su "alma", aprobó las modificaciones introducidas a la Constitución, incluso la disminución de los poderes del soberano.

Estos rápidos cambios se explican por el rasgo fundamental de su carácter, por esa flema y esa insensibilidad que no lo abandonan en medio del peligro y de las crisis, pero que no se desmienten tampoco en las graves horas en que el destino recurre al corazón. No se hubiera atrevido a tocar el poder exterior de su soberano, pero no se inquieta si otros atacan este poder: considera que obra como buen servidor. Permanecerá firme, inmóvil en el puesto que le han asignado primeramente los exámenes que ha rendido,

en seguida sus años de estudio, más tarde el llamado de su rey y, finalmente, la leyenda de que es héroe. Permanecerá allí, inquebrantable, pero no tendría esa impasibilidad si él mismo debiera prepararse para dar los golpes.

El Emperador da órdenes: He ahí el principio. Si ordena la lucha contra sus adversarios, Hindenburg desenvainará la espada y esto es lo que habría hecho seguramente si un destacamento de soldados hubiese penetrado en la villa del cuartel general para arrestar al Emperador. Pero si el monarca retrocede, si abandona progresivamente el poder, ello implica igualmente una orden, y el oficial no tiene el derecho de cambiar el carácter de ella. Así es como en esos días de noviembre, la posición de Hindenburg con respecto a Guillermo II corresponde a su temperamento y al del Emperador, así como a la idea que ambos tienen de la reyecía.

El 1.º de noviembre defendió todavía ardientemente a su soberano cuando el ministro Drews habló de abdicación, pero reconoció también la imposibilidad de enviar a Guillermo II al frente, como lo había propuesto el general Groener en una conversación privada. Cuando, el 5 de noviembre, envió al mismo general Groener a Berlín, le dió la orden de defender al Emperador, sucediera lo que sucediere. El 6, Ebert propuso a uno de los hijos del Emperador como sucesor de su padre. Groener se opuso a ello, diciendo que Hindenburg protegería al Emperador. Aquel día todavía habría sido posible salvar la dinastía, pero el Mariscal, con la intención de obrar enérgicamente en este sentido, obró en sentido contrario.

Lo que pasó después de las negociaciones de Groener con Ebert ha permanecido ignorado hasta hoy, pues el general no ha hablado de esos acontecimientos sino a muy raros amigos.

El 8 de noviembre, en Spa, Hindenburg y Groener decidieron, después de una entrevista con los comandantes de ejércitos, disuadir al Emperador de abandonar el país; pero, como lo pedía el gabinete Ebert, que abdicara en favor de uno de sus nietos.

El 8 de noviembre, en la mañana, la dinastía debía, pues, ser salvada.

Un poco más tarde, Hindenburg cambió de opinión, y de acuerdo con Hintze admitió que la causa de la casa Hohenzollern estaba definitivamente perdida. El 9 por la mañana informó al general Groener de la conversación que había tenido la víspera e invitó a éste, muy sorprendido, a que lo acompañara inmediatamente donde el Emperador, a fin de decidirlo a abdicar y a abandonar el gran cuartel general. Esta decisión, como tantas otras de gran importancia política en el curso de la guerra, fué tomada por el Mariscal, por su propia iniciativa, aunque ulteriormente no ha aceptado su responsabilidad.

Quizá se puede explicar por las ideas personales de Hindenburg, que eran las de un vasallo de la Edad Media, por qué cambió de idea y renunció a su primer designio de salvar a los Hohenzollern sacrificando al Emperador; esta decisión había sido tomada, sin embargo, de acuerdo con los jefes militares y con el nuevo gabinete; era, pues, ejecutable. Pero Hindenburg se interesaba más por la persona del Emperador y prefería verlo refugiarse en lugar seguro, pues esto permitía esperar una vuelta ulterior; renunciaba así a darle una sucesión, aunque fuese de la misma sangre. Es posible también que la conducta del Kronprinz le haya quitado sus últimas ilusiones sobre la casa real, pues, comandante en jefe de un grupo de ejército, el príncipe heredero no había podido ser encontrado para la convocación al Consejo de la mañana; se había terminado por descubrirlo en una villa privada en Esch.

Apenas terminada la deliberación, se precipitó a su automóvil para volver a de donde venía. Groener, deseando conversar con él en particular, lo siguió apresuradamente; pero no pudo ver sino el automóvil que partía a gran velocidad y la cabeza del príncipe que, desde la portezuela, le enviaba un saludo.

Cuando, el 9 de noviembre, Hindenburg se dió cuenta de que su soberano no tenía en absoluto la intención de luchar por salvar su corona, lo dejó partir, sin tratar de retenerlo, pues conocía la pusilanimidad de su señor. Parecíale imposible impulsar a la resistencia a ese Emperador que de semana en semana, y finalmente de hora en hora, dejábase arrebatar todas sus posiciones unas tras otras. En

cuanto a hacerlo partir él mismo al extranjero, su honor de oficial se negaba a ello.

Los hechos siguientes son establecidos definitivamente: en la mañana del 9 de noviembre, Hindenburg daba a conocer la decisión siguiente: "La Dirección Suprema del Ejército ha decidido dar cuenta a Su Majestad de que el ejército no lo seguiría si llegara a estallar la guerra civil; en razón de las dificultades del abastecimiento, el ejército no estaría en condiciones de hacer la guerra civil".

Algunos generales han negado la exactitud de estas palabras. En semejantes decisiones, siempre es el sentimiento el que hace hablar, pues, procediendo a ciertos sondajes en un ejército de varios millones de hombres, no es posible formarse una idea exacta del verdadero estado de ánimo de la tropa, sobre todo con los métodos prusianos más que cualesquiera otros impropios para resolver cuestiones psicológicas. Hindenburg nunca fué un hombre que retrocediese. No hubiera podido concebir un ataque a la disciplina; se había colocado de parte de los combatientes si no hubiera tenido conciencia de la debilidad del Emperador. Hizo, pues, lo mejor que debía hacer: se presentó algunas horas más tarde ante el Emperador y le rogó que aceptase su dimisión, nó para obtener con una sorda amenaza lo que deseaba, sino motivando su gestión:

"Me es indeciblemente penoso disuadir a mi Señor de la Guerra de reconquistar el país. Según mi corazón, me sentiría feliz de hacerlo, pero su ejecución me parece imposible". No dice más y sólo lo piensa a medias: sabe que su soberano no quiere la lucha. Habiendo declarado el general von der Schulenburg que se podría marchar sobre Berlín sin desencadenar la guerra civil, y habiéndose unido el viejo general von Plessen a esta opinión, el Emperador se siente feliz de oír a Hindenburg oponerse a este proyecto.

Súbitamente los ojos del Mariscal se llenaron de lágrimas y pidió al general Groener, que estaba colocado bajo sus órdenes directas, que dijese lo que él era incapaz de expresar. El rey de Prusia estaba rodeado de media docena de Junker silenciosos que se guardaban de exigir su partida o su abdicación. Se estimaba que el general Groener, de

obscuro nacimiento, — era hijo de un ayudante pagador en el ejército — podía encargarse de esta penosa tarea. Un hecho absolutamente semejante habíase producido cinco semanas antes, cuando el ministerio de los pequeños burgueses fué llamado a liquidar la guerra que los hidalgos habían hecho y perdido. Por lo demás, Groener fué lo bastante avisado para no tocar la cuestión dinástica; se contentó con exponer la situación militar, la imposibilidad de volver a Alemania y resumió su modo de ver en estas palabras:

"El ejército bajo las órdenes de sus jefes volverá a Alemania en buen orden, pero no volvería de la misma manera bajo las órdenes de Su Majestad".

Habíase dicho la palabra fatal, la palabra que quizá había atormentado al Emperador en el curso de las últimas semanas. Aterrado, incapaz de articular una palabra, salió y fué a dar una vuelta por el parque.

Durante varias horas los demás discuten, calculan el pro y el contra, pero sin convicción. El silencio del Emperador, después de la abierta rebelión del general Groener; el silencio de los demás generales, no tomando ninguno la defensa del amo caído, indicaban que todo estaba perdido.

Y los acontecimientos precipítanse dramáticos. De Berlín los llamados del canciller hácense cada vez más urgentes: si la abdicación no es inmediata, es la caída de la monarquía. El Emperador va al teléfono, se oyen sus respuestas: "¡Qué traición! ¡Qué infame y vergonzosa traición! — Excelencia, exijo de usted esta explicación por escrito. — ¿No ha prestado el ejército juramento de fidelidad a su soberano?"

Las consultas se prosiguen. El marco cambia: ora es la veranda que da al jardín, donde enormes leños arden en la chimenea, ora el parque, ora la mesa y, naturalmente, el suculento almuerzo.

Hindenburg se mantiene nuevamente en la reserva. La prueba de que ha juzgado al Emperador, es el miedo que éste tiene al frente, donde Groener, el único que dice lo que piensa, quiere enviarlo nuevamente para salvar la monarquía. Si el Emperador hubiese hecho el ademán, no hay duda de que Hindenburg habría montado su caballo y

lo habría seguido en la batalla, según los preceptos que le habían dado sus antecesores en el castillo de Neudeck. Esta manera novelesca de hacer la guerra con ataques de caballería, — no se la había visto durante esos cuatro años — hubiera agradado al viejo Mariscal que habría encontrado así una hermosa muerte, digna de los antiguos caballeros.

El que no buscaba en modo alguno ese fin heroico era el Emperador, y mientras se hablaba con énfasis de un supremo sacrificio y de una lucha a muerte, el teléfono funcionaba sin interrupción con Holanda para preparar la huída del día siguiente. Durante este tiempo, Hindenburg permanecía silencioso. Se ha dicho que por la noche, rogó al Emperador que partiera durante la sesión. Este no es exacto; fueron Plessen y Hintze los que se encargaron de esta misión.

"El Emperador hace una señal de aquiescencia" — dice la relación de Corte. Pero un instante después, cuando se pone la mesa en el coche-comedor del tren imperial, exclama, como buen comediante que siempre ha sido:

—¡Nó, nó y nó! ¡No haré eso! ¡Parecería un capitán que abandona su barco en el momento en que zozobra!

En seguida, comida de seis u ocho cubiertos. Llega un nuevo mensaje que recomienda partir lo más pronto posible. Entonces el Emperador lanza estas últimas palabras que la posteridad conservará piadosamente:

—Pues bien, puesto que es necesario, me iré, pero no antes de mañana por la mañana.

Cuando Hindenburg despierta, al día siguiente, hacía rato que el tren imperial había franqueado la frontera, distante una media hora. Finge sorpresa, aunque había presentido los acontecimientos. Sin embargo, no ha dado ningún consejo a su Señor; por el contrario, ha ofrecido su dimisión, y el Emperador, marchándose, le ha entregado el mando supremo.

Por primera vez después de cuatro años el Mariscal está solo. Su camarada lo ha abandonado, su soberano lo ha dejado, ambos han emprendido la fuga. El himno real se extingue, las bandas extranjeras resuenan a los oídos del anciano, ha terminado la guerra. Hoy en el campo enemigo, debe firmarse el armisticio. Mañana se tratará de hacer volver el ejército a sus hogares.

Flamea la bandera blanca, la bandera real se ha arriado. Se iza una nueva bandera. El servicio continúa.

CAPITULO TERCERO

LA SEGUNDA BANDERA

El poder legislativo puede ser perfectamente razonable; pero esto no es de ninguna utilidad para el Estado, si el ejecutivo no es fuerte.

GOETHE

I.— El pueblo y los príncipes,— Respeto a la legalidad.— II.— Hindenburg entra a Cassel. — Ebert ayuda a Hindenburg.— Lo que el presidente Ebert debería haber escrito al Mariscal.— La asamblea de Weimar: ¿la guerra o la paz?.— Antes una muerte honorable que una paz vergonzosa. — III.— Traspaso de las responsabilidades.— Hay que saber "servirse" del poder.— Los republicanos no se atreven a sacar su bandera.— Los Junker levantan la cabeza.— Socialistas de salón.— IV.— Desorden.— Los nuevos dirigentes carecen de imaginación.— V.— "El artículo de culpabilidad".— Noske, ministro de la Guerra.— Se oye nuevamente el paso de los soldados: ¡qué alegría!— VI.— El globo terrestre.— Las Memorias de Hindenburg.— "Su Majestad, mi Emperador, Rey y Señor".— Hindenburg se excusa y acusa.— La victoria estaba al alcance de la mano... — La moral de la tropa.— La Comi-

sión de investigación. — VII. — "Mise en scene". — Asaltos de cortesía. — Hindenburg no se deja dominar. — Hindenburg pasa al ataque.— Palabras proféticas.— VIII.— La candidatura de Hindenburg.— Hanóver y sus placeres.— Tirpitz patrocina a Hindenburg.— Hindenburg se sacrifica.— IX.— Hindenburg rejuvenece. — Bajo la puerta de Brandeburgo. — Negro, rojo y oro.

I

Algunos años después de la derrota, un príncipe de Prusia quiso vender su mobiliario en pública subasta; entre los objetos puestos en venta figuraba la flauta de Federico. Cierto número de oficiales de Potsdam decidieron salvar esta reliquia para la casa de Hohenzollern, y uno de ellos dijo al príncipe: "No permitiremos que esta joya pase a manos profanas. Nos hemos puesto de acuerdo para salvar la flauta del gran rey".

El príncipe miró fríamente a su interlocutor y replicó: "Si el 9 de noviembre os hubiérais puesto de acuerdo para salvar al rey, no sería necesario salvar hoy una flauta".

La flauta pasó, pues, a manos burguesas — lo mismo que la república. En las tablillas de bronce de la Historia no se grabará el nombre de ningún gentilhombre prusiano muerto en defensa de su rey, su bandera y su honor de oficial. Los oficiales de marina, Zenker y Weniger, dos plebeyos, rehusaron dejar que los marinos de Kiel izaran la bandera roja; se hicieron matar a boca de jarro ante el pabellón de guerra del barco de Su Majestad "el rey". En Goslar, un viejo general se dirigió al monumento de Bismarck y, desesperado, se destapó los sesos. Son ésos los tres héroes que manifestaron su fidelidad al rey sin usar de la retórica. El cuarto que tuvo un gesto heroíco, fué un oficial que en el patio de la presidencia de policía de Berlín rompió su espada al recibir la orden de no disparar sobre los insurrectos. El oficial desapareció, nunca más se ha oído hablar de él. Finalmente, un simple burgués, el judío

Ballin, se suicidó el 9 de noviembre, no queriendo sobrevivir al desastre.

Entre los demás, que habían sacado provecho del régimen caído y los favores imperiales, nadie se movió. ¿Dónde se ocultaban entonces los que, algunos meses más tarde, alentados por la indulgencia del nuevo régimen con respecto a ellos, debían organizar una campaña contra los "criminales de noviembre"? ¿Dónde se escondían los poderosos jefes del ejército, los almirantes, los mariscales, los tribunos populares del Imperio? ¿Sostuvieron que la huida del rey los había paralizado? ¿Se confundía su ideal con su persona? Pero entonces, si la institución no era eterna, tampoco podía ser de "gracia divina". ¿Acaso porque Alejandro Borgia era un aventurero quitó a la silla de San Pedo su carácter sagrado?

La revolución alemana ha hecho aparecer en la Historia un fenómeno nuevo y verdaderamente extraordinario. Oficiales e hidalgos, vasallos y paladines del rey traicionaron a su señor cuando partió; los únicos que le permanecieron fieles fueron los burgueses y el pueblo. Respetuosamente se presentaron a los príncipes — a los que no habían huido bajo el efecto del primer espanto — y les rogaron, confusamente, que se dignaran partir. Cuando la "Kronprinzessin" vió camiones llenos de soldados detenerse delante del castillo de Potsdam pensó, aterrada, rodeada de sus hijos, en el arresto de la zarina. Un oficial entró, se cuadró y declaró con ese acento militar arrogante y claro que le habían enseñado en el cuartel:

"—Vuestra Alteza Imperial está bajo nuestra protección. Todo el castillo está custodiado. Estamos a las órdenes de Vuestra Alteza Imperial".

Ninguno de los veintidós reyes o príncipes soberanos alemanes, ninguno de sus hijos, sobrinos o primos — eran, según dicen, ciento veinte — fué molestado por un soldado o un obrero alemán, ningún "revolucionario" les quitó nada, nadie tocó a ninguno de sus numerosos servidores, grandes personajes, o simples criados; y cuando un mes más tarde uno pasaba por alguna pequeña capital alemana, los burgueses le aseguraban con orgullo que su "príncipe" era el último que debería abdicar.

El príncipe Waldeck salvó el honor negándose a partir, so pretexto de que era también "señor soberano de Pyrmont", y que en tal calidad no había sido todavía intimado a partir. Sus súbditos, orgullosos de él, lo sobrenombraron el "Batallador". Estos incidentes recuerdan la escena de los músicos en la suite tan llena de humor de Haydn, en la que se ve a los músicos dejar uno tras otro su instrumento, abandonar la sala en la punta de los pies y, en un compás final, desaparecer — como último ejecutante — el primer violín.

También a los Hohenzollern les había rogado el pueblo que se quedaran. El 6 de noviembre, Ebert, jefe del partido obrero, había propuesto en vano al general Groener uno de los hijos del Emperador como sucesor al trono. El 8, el ministro socialista Scheidemann se excusó ante el gabinete con estas palabras: "Hemos hecho todo lo posible por calmar al pueblo. Si ha habido efervescencia entre las masas, su falta incumbe sobre todo a los diarios burgueses. Si no se efectúa la abdicación en favor de un hijo del Emperador, la cuestión de la República se planteará de una manera inminente". Cuando, el 9 de noviembre, se vió que era imposible salvar la monarquía poniendo en el trono a un hijo del Emperador, Ebert suplicó en vano al príncipe Max, heredero del trono del gran ducado de Baden, que permaneciese a la cabeza del Estado como Curador general del Imperio; en 1848, la revolución burguesa había propuesto las mismas funciones a un archiduque cualquiera. Los alemanes no pueden imaginarse un estado libre sin la protección de un príncipe. Ni el mismo Ebert quiso aceptar el poder de manos del príncipe Max de Baden sino después de ponerse de acuerdo con sus amigos, y no aceptó finalmente sino si ese nombramiento de canciller se hacía "dentro del marco de la Constitución del Imperio".

La revolución alemana fué la más extraordinaria de la Historia: el detentador del poder rogó a Ebert, a quien se había llamado traidor al país, que se dignase reemplazarlo. El presidente del partido socialista-democrático conjuró a los obreros, el 9 de noviembre por la mañana, a que no abandonaran el trabajo, y Scheidemann proclamó finalmente, desde una ventana del Reichstag, la república burguesa únicamente porque, diez minutos antes, Liebknecht,

más avanzado, había proclamado desde un balcón del castillo, la república roja. Fué una competencia singular la que aquel día decidió la suerte del país. Después de estos incidentes, rojo de cólera, Ebert gritó a la faz de su camarada: "No teníais el derecho de hacer eso. Es la Asamblea Nacional la que debe decidir la forma del gobierno".

¿Pero qué hacían los sediciosos, los marineros?

Cuando en los últimos días de octubre se negaron a obedecer, fué porque, después de tres años de vida en los puertos, se quiso llevarlos a una batalla naval; debían ir bruscamente en busca del enemigo, cuando Hindenburg había declarado terminada la guerra. Lo que exigieron el 5 de noviembre no era en verdad muy revolucionario: libertad de sus camaradas detenidos, nada de malas notas en sus hojas de servicio, alimento igual para todos, supresión de la obligación del saludo fuera del servicio, y finalmente modificación de las fórmulas de cortesía con respecto a los oficiales: pedían no hablar en tercera persona sino en las primeras palabras dirigidas al oficial: "El señor capitán ha dado la orden"... y en seguida un simple "usted". Eran esas las exigencias de 80.000 marineros que tenían en sus buques 3.000 oficiales y la disposición de todos los cañones de la flota.

El orden en los Consejos de obreros y de soldados era tan grande, que el mismo Hindenburg ordenó ayudarlos. Hecho esto, en Dresde y en otros lugares se nombraron oficiales en esos Consejos. Los oficiales de Königsberg demostraron su gratitud enviando al Consejo cuarenta y cuatro gansos de su establecimiento de ceba. En Alemania el orden estaba antes que la libertad, aún en los momentos más críticos, cuando se habría necesitado luchar con la última energía por conquistarlo. Se pudo comprobarlo en las grandes ciudades cuya reputación socialista era más conocida. Cuando los socialistas de Hamburgo encontraron, la mañana del 9 de noviembre, la casa de los sindicatos ocupada por sus hermanos más avanzados, los independientes, obtuvieron del juez burgués una decisión "provisoria" que mostraron a sus rivales, en la puerta de la casa; esto bastó: los independientes abandonaron el inmueble. Cuando las tropas de Ebert sitiaban a los marineros

atrincherados en las caballerizas reales de Berlín, se celebró una tarde un armisticio; de ambas partes se declaró: "Hoy día es navidad, vamos a volver a ver a las mujeres y a los chicos, después de las fiestas continuaremos el combate". Las tropas de Liebknecht podrían haber ocupado sin derramamiento de sangre los edificios oficiales de la Wilhemstrasse, si no hubiese sido navidad.

Algunos centenares de marineros sub-alimentados, que durante semanas ocuparon el castillo real, se encontraron bruscamente sin jefe; en las bodegas imperiales transformadas durante la guerra en una especie de almacén de alimentación, se encontraban los guisos más delicados y más abundantes; hacía años que un alemán no había visto tan buenas cosas. ¿Se precipitarán los hombres a hacer francachela? Nó. Nombraron una comisión para la administración de las bodegas, cerraron las puertas de cincuenta y cuatro despensas subterráneas, colocaron granadas y centinelas en cada puerta, en seguida tomaron los libros abandonados por el servicio del mariscal de la Corte, y continuaron llevándolos exactamente al día, distribuyendo a sus camaradas sus raciones cotidianas.

Como hubo que colocar en los salones de los pisos superiores ametralladoras en las ventanas, cuidaron de poner diarios bajo las piezas de guerra a fin de no destruír el parquet. Cuando el castillo fué bombardeado por sus hermanos enemigos, hicieron sacar al patio del castillo los restos de naturaleza variada y los dispusieron ordenadamente en tres montones distintos: los ladrillos, los fierros, los vidrios.

Después del bombardeo de Alemania, los habitantes mismos estaban divididos en tres categorías: los del antiguo régimen, los del poder nuevo y los extremistas. En el curso de esta revuelta, la cuestión no era saber qué partido tenía más valor, sino cuál tenía más miedo. Como las barricadas no eran hechas de ladrillos y de coches sino de concepciones filosóficas acumuladas, como las armas no eran cañones y fusiles, sino cédulas de voto y discursos, faltó el impulso que decide todas las revoluciones. No hubo cierto entusiasmo sino cuando se trató de disparar contra los extremistas, y la lucha comenzada a razón de dos contra uno, contribuyó en una buena parte a la caída de la república. Estos primeros acontecimientos decidieron la suerte de Alemania y la carrera ulterior de Hindenburg.

Mientras el adversario, vencido y aterrado, temió las enérgicas decisiones y las represalias, respetó el nuevo poder. Pero cuando, con el oído en acecho ya no oyó nada en su retiro, reapareció sonriente, codeó a su camarada y dijo:

"Ya no hay nada que temer, vamos, podemos continuar la partida... — y ganarla".

II

Hindenburg, sustraído ahora a la influencia fascinadora de Ludendorff, gobierna solo. Como Mariscal imperial, da instrucciones detalladas a los civiles que envía a Spa a celebrar el armisticio en su lugar. Erzberger, en calidad de ministro imperial, se encuentra el 8 de noviembre con tres compañeros en el vagón del Mariscal Foch, en la selva de Compiégne. Fué un gobierno imperial el que recibió y publicó las condiciones del armisticio que toda Alemania conoció la mañana del 11 de noviembre. La censura, las prohibiciones, el estado de sitio, no permitían todavía a la muchedumbre comprender claramente la situación.

Conforme a las cláusulas preliminares, Foch había exigido la evacuación de los países ocupados, la entrega de armas y de vagones, la rendición de la flota, y yendo más allá de las primeras condiciones, la ocupación de los países renanos por los aliados y la liberación de los prisioneros en manos de las Potencias Centrales, sin reciprocidad. Estas condiciones manifiestamente injustas fueron negadas por Erzberger, confiando en la palabra de Hindenburg. ¿Acaso este no había declarado, en el mes de octubre, con varios documentos, no querer pactar sino una paz honorable fundada en os catorce puntos de Wilson, y si no preferir la lucha a muerte?

Pero en este asunto como en la cuestión de la abdicación, se produjo de la noche a la mañana, en el corazón de

Hindenburg, un cambio que nadie esperaba. El 10, telegrafiaba de Spa a su negociador Erzberger:

"Con respecto a las condiciones, hay que tratar de obtener moderaciones en los puntos siguientes: prolongación de los plazos, nada de zonas neutrales en Renania, menos vagones, bloqueos, prisioneros".

Pero agrega: "Si es imposible obtener satisfacción, hay que pactar, sin embargo".

¡Sin embargo! Al leer estas líneas, Erzberger quedó aterrado. Estaba, pues, obligado a firmar, a aceptar en bloque todas las condiciones de Foch. El, que dieciseis meses antes, había sido el primero en atreverse a hablar de los deseos de paz de los representantes del pueblo, él, que se había atrevido a decir que las cifras dadas por el almirantazgo eran falsas, e insensata la política de los generales partidarios de la guerra submarina, él estaba allí, rodeado de tres festigos, cerca del campo de batalla, frente al rostro impasible del vencedor, y por orden de Hindenburg debía suscribir a todas las condiciones del enemigo, como el ciudadano Trotsky, en el mes de febrero cuando se había encontrado frente al rostro impasible del general Hoffmann.

Pero detrás de Trotsky no había un general ruso que le diese órdenes; el negociador moscovita había combatido toda su vida al zar, había luchado contra la guerra durante tres años y necesariamente debía desempeñar el ingrato y práctico papel del hombre nuevo que toma el poder en plena hecatombe. Mientras que en Rethondes, en la selva de Compiégne, el negociador era un simple burgués que, tres días antes, habíase presentado en el campo del enemigo en calidad de ministro del Emperador y recibía del comandante en jefe de los ejércitos imperiales instrucciones precisas.

¿Por qué no se levantó como Trotsky lo había hecho antes, y como el conde Rantzau debía hacerlo más tarde, para suspender las negociaciones, entregar al gobierno y al general su dimisión y obligar a este último a firmar también? Cierto es que Trotsky había sido reemplazado por otro ruso que aceptó firmar, y si Erzberger hubiese eludido esta situación también otro alemán habría puesto su nombre bajo las condiciones impuestas por el enemigo.

Pero Trotsky y Rantzau descargaron sobre otros la humillación que no habían merecido. Erzberger, al leer el despacho de Hindenburg consideró el: "Firme sin embargo" como una orden. Y firmó. La Leyenda de Tannenberg continuaba obrando sobre los espíritus. Erzberger pagó con su vida esta firma.

Cuatro días después de este acontecimiento, Hindenburg vivió en Cassel un día importante de su larga existencia. Con el tranquilo coraje que les había faltado a su soberano y a su brillante ayudante, tomó el tren para esa ciudad situada en pleno corazón de Alemania. Ignoraba lo que le esperaba y se decía que podría ser arrestado por una tropa de soldados sediciosos. En la misma estación de Cassel, donde pensaba establecer su estado mayor, no estaba muy seguro de la recepción que iba a serle reservada. ¿No iba a encontrar hordas de soldados ebrios y pillos, como podía esperarlo según la historia de otras revoluciones? ¿No iban a injuriarlo? ¿A arrancarle sus charreteras? El viejo soldado no permitiría eso.

¿Pero que sucedió? Su compañero de viaje, el capitán von Wallenberg va a decírnoslo:

"El notable orden que reinaba, la amable y respetuosa acogida que se le reservó, llenó de contento el corazón del Mariscal. El Consejo de los obreros y soldados se presentó a él, no con un brazal rojo, sino con un brazal negro y tuvo el sentimiento de que la muchedumbre agrupada alrededor de la avenida quería reconfortarlo por su actitud deferente y disciplinada... Por la tarde, numerosas delegaciones vinieron a inclinarse ante el Mariscal y a rendirle homenaje. Un gran número de niños lo rodearon con sus rondas y cantaron. El Mariscal estaba profundamente conmovido por esos sentimientos de admirativa ternura que hacían palpitar el corazón de los niños. Las lágrimas se asomaron a los ojos y, con la voz entrecortada por sollozos, dijo: "Sí, los tiempos son terribles, pero debemos colocar nuestra confianza en Dios, y entonces todo irá mejor".

"Hindenburg pertenece al pueblo alemán y al ejército — declaraba un llamado al Consejo de los obreros y soldados de Cassel;—nunca en el cumplimiento de su deber ha estado más cerca de nuestro corazón que en este día.

Está bajo nuestra protección. El Mariscal conservará sus armas, lo mismo harán los oficiales y soldados de su cuartel general".

Llegó el momento en que esos señores quisieron comer. El capitán escribe:

"La mesa del hotel era preparada por la servidumbre, el alimento era detestable y mal preparado. El Mariscal estaba sentado entre los oficiales y los empleados y comía una sopa cuya composición era un enigma para el estómago y para el paladar. Quizá se había tenido la intención de hacer sentir a los grandes jefes del ejército la miseria de los tiempos".

El capitán está sentado frente a su sopa y queda estupefacto. En el cuartel general ha leído los artículos sobre la dureza de los tiempos, sobre la alimentación defectuosa, pero esto no basta para permitirle analizar los productos que entran en la composición de su potaje. Los habitantes del país los conocen, hace dos años que los comen; y hasta hay que hacer cola durante dos horas en la puerta de los almacenes de provisiones para procurarse las dudosas hierbas y los nabos que nadan en el líquido indefinible. Estos señores del gran cuartel general, todos más sabios que sus compatriotas civiles, son seguramente los únicos en esa sala que, hasta esa fecha del 15 de noviembre de 1918, nunca han tenido "sopa de guerra" en su plato. Sostenían que la cesión del valle minero de Briey y de las tierras de cereales hasta el lago Peypus era indispensable para la alimentación del pueblo alemán. Y ese mismo pueblo casi murió de hambre, cuando sin esas conquistas hace dos años que podría haber comido huevos, carne y cerveza, sin empañar para ello el honor nacional.

Como el oficial del estado mayor de Hindenburg no vió lo que sucedía en los hogares alemanes durante la guerra, vuelve a su patria con el asombro de un explorador del polo que no comprende extrañas costumbres de mesa adoptadas de vez en cuando por sus compatriotas; aunque elogia la amabilidad de unos y otros, no puede explicarse el fenómeno sino acusando a algún maestro de cocina "espartaquista" de haber hecho una sopa infame expresamente para que el Mariscal conociera, por su propio estómago, las bellezas y las delicias de la gran época histórica. Si los señores militares hubiesen tenido en sus villas y en sus mesas, aunque fuera por una semana, los menus de los que no combatían, quizá se hubiesen cansado del pan moreno húmedo y mezclado de paja, al mismo tiempo que de la costa de Flandes. Quizá habrían pensado que más valía alimentar a los alemanes como al resto de los humanos, que querer hacer de ellos los amos de Europa infligiéndoles el suplicio del hambre.

Hindenburg hizo lo que pudo. Mientras que el primer almirante y otros oficiales generales informaban telegráficamente al gobierno que se negaban a servir bajo sus órdenes, el Mariscal se dejó persuadir por el general Groener y se unió al nuevo régimen. El llamado de Hindenburg que obligaba a las tropas a mantener el orden hizo una gran impresión en Ebert; el llamado terminaba con estas palabras:

"Jamás en la lucha habéis abandonado a vuestro Mariscal. Hoy como ayer confío en vosotros".

A pesar de esto, la extrema izquierda exige el 20 de noviembre el alejamiento de Hindenburg; pero Ebert declara que "el Mariscal ha dado su palabra de honor de apoyar al nuevo gobierno. La desmovilización exige que se evite toda perturbación inútil en el ejército".

Todo lo que los jefes del movimiento revolucionario habían podido obtener hasta entonces, en esos tiempos agitados en que nadie tenía confianza en su vecino, se reducía a algunas buenas palabras de Groener y a esa declaración de Hindenburg transmitida por teléfono. Ebert quiso tener en su poder un documento escrito. Hindenburg justificó la confianza que Ebert había puesto en él, pero solamente en el mes de diciembre decidió enviarle la carta que sigue:

"Si me dirijo a usted y le envío las líneas siguientes, es porque me han contado que usted también, como fiel patriota alemán, ama a su país por sobre todo, y relega a segundo término sus opiniones y sus deseos personales, como yo mismo he tenido que hacerlo para intentar salvar a la patria. En este espíritu me he unido a usted para la salvación de nuestro pueblo ante la amenaza de una ruina general. La suerte del pueblo alemán está en sus manos. De

su decisión dependerá el ver a este pueblo levantarse y tomar un nuevo impulso. Estoy dispuesto, y conmigo todo el ejército, a apoyarlo sin reserva. Todos sabemos que después del nefasto resultado de la guerra, el nuevo edificio del Reich no podrá levantarse sino sobre bases nuevas y según nuevas formas".

Pero al mismo tiempo cree deber dar consejos políticos, aunque nadie se los ha pedido:

"Según mis convicciones, sólo las medidas siguientes pueden sacarnos de las dificultades actuales: Convocación de una Asamblea Nacional en el mes de diciembre, abolición de los Consejos de obreros que deben reemplazarse por algunos representantes de los trabajadores acreditados ante las autoridades, donde sólo tendrán voz consultiva. Hay que establecer la seguridad del gobierno mediante las fuerzas de policía y del ejército".

Censura en seguida severamente "la pereza que reina en todas partes, a pesar de los salarios exorbitantes".

Este Mariscal prusiano no ha aprendido ni olvidado nada.

"Sé que soy atacado por los extremistas porque me mezclo supuestamente en la política. Pero tenía mucho interés en decirle estas cosas".

Esta carta oficial llena de ceño, reemplazó al juramento que cualquier otro gobierno revolucionario hubiese exigido de ese Mariscal a quien se dejaba su mando. ¡Qué sorprendente testimonio de la extravagante situación de esa época! Un mes había transcurrido desde el 9 de noviembre; Hindenburg, sus amigos y sus oficiales habían visto cuán vacilante era la marcha de los nuevos hombres en el poder; las creaturas del Emperador conservaban su lugar, a nadie se le pedía cuentas, no se despedía a nadie. El nuevo gobierno sólo mostraba energías para combatir a los extremistas de izquierda, se sentía embarazado, tímido en sus relaciones con los representantes del antiguo régimen. ¿No debían éstos sentirse poderosos, después de un mes de "revolución", viendo a su gran jefe militar tender la mano, con una impertinente condescendencia al jefe del nuevo régimen?

Podría haberse esperado que el nuevo gobierno hiciese llegar a manos del viejo general una carta concebida en los términos siguientes:

"Tenemos una extrema desconfianza en los generales imperiales; sus opiniones de oficial y de hidalgo son precisamente las que nuestro partido, hoy día victorioso, combate desde hace treinta años. En la difícil situación actual, le confiamos la misión de desmovilizar el ejército porque usted, personalmente, pasa por ser amigo del soldado. Tendrá usted a su lado un representante del gobierno republicano que lo mantendrá al tanto de nuestras decisiones. Además, lo invitamos a ocuparse de la desmovilización de las tropas y nó de política".

No hubo nada de esto. El Mariscal del antiguo régimen es el que, como gran señor, escribe al guarnicionero. Le han contado que éste es "igualmente un buen alemán"; en cuanto al nuevo estado que, después del "lamentable resultado de la guerra", deberá ser edificado sobre las ruinas del antiguo, que se comience, pues, por suprimir los Consejos de obreros: una buena policía lo hará.

¡Ah, tiene otro acento la carta que el mismo general escribe en el mismo momento para defender a su Emperador!

Cuando los enemigos exigieron su extradición, Hindenburg escribe al Mariscal Foch:

"Un soldado que no defendiera a su jefe al cual ha jurado fidelidad no sería digno de este nombre de soldado, que es equivalente al nombre de "honor"... Esta guerra ha hecho nacer en los dos bandos ejemplos sublimes de pensamientos y de sentimientos militares... En su calidad de comandante en jefe de un ejército que durante siglos ha conservado y cultivado la tradición del honor militar y de los sentimientos caballerescos, bienes supremos del soldado, sabrá usted apreciar como es debido nuestra manera de ver".

Esta carta de factura elegante muestra de qué modo aprecia Hindenburg la camaradería militar en la persona del individuo mismo. Muestra que el título de Mariscal lo acerca al francés más que la calidad de alemán lo acerca al obrero guarnicionero. ¿No justifica esta carta de hidalgo la teoría

de Ebert y de su partido que aborrece al aristócrata: la igualdad de las funciones militares, de clase y de intereses, une más fuertemente a los hombres que la igualdad de raza y de lengua? Foch podría no saber leer la carta alemana, pero su traducción casi le haría creer que es la de un hermano; Ebert comprende perfectamente la carta de su compatriota escrita en su lengua, pero un mundo lo separa de él. Pues una de esas cartas es de un oficial habituado a la batalla y cubierto de condecoraciones a otro oficial del mismo rango; la otra es de un Mariscal orgulloso y altivo a un pequeño artesano, investido por el momento de una autoridad que debe únicamente a la debilidad de los demás. ¿Para qué hablar de sangre y de suelo natal, de raza y de lengua cuando se comparan esas dos cartas significativas?

Y se encuentra a Hindenburg en Kolberg en una provincia del Este donde no ha puesto los pies desde hace cinco años; debe proteger el país contra los polacos como antaño contra los rusos. Quizá tiene frente a él a los mismos adversarios, pero éstos llevan hoy otro nombre, otro uniforme. ¿Dónde están ahora los brillantes artículos del tratado de paz impuesto por la fuerza en Brest-Litovsk? En febrero, los rusos ocupan a Lituania, toman a Riga; los polacos están en Poznan, la antigua ciudad de Posen y el país está en la anarquía. El gran cuartel general, que ha llegado a ser muy pequeño, trata de poner un poco de orden en todos esos cuerpos francos y destacamentos de voluntarios que, so pretexto de patriotismo, llevan en los países bálticos una existencia de soldados y de condottieri, viviendo la vida de los campos como Hindenburg lo había soñado antaño. Este no espera más que la paz definitiva, pero ella no llega pronto, y la guerra puede continuar de un momento a otro.

Mientras que en Weimar la joven república lucha impotente contra el tratado de paz que amenaza a Alemania aislada, los cuatrocientos nuevos representantes del pueblo están repartidos entre las preocupaciones que les causa el país y la que les causa su fortuna.

Si dirigen su mirada hacia París, ven a un enemigo que puede jactarse de los tratados de paz alemanes de Brest y de Bucarest para encontrar una apariencia de excusa al tercer tratado de paz, el que va a afectar a Alemania: hay allí

cinco grandes potencias en desacuerdo sobre muchos puntos, pero perfectamente de acuerdo para dominar a los alemanes.

Si miran hacia Moscú, ven a la sexta gran potencia que la suerte ha puesto a su disposición con los valientes soldados que les permitirían luchar contra la coalición enemiga. Si optan por el Oeste, su porvenir será un largo encadenamiento de años de servilismo, pero su fortuna privada se salvará; si optan por el Este, pueden presentárseles quizá nuevas posibilidades, pero la propiedad personal no estará garantida. Como la revolución alemana era puramente burguesa, se apartó del Este.

Una vez más la Asamblea de Weimar se pregunta si Alemania, abandonada a sus solas fuerzas, podría luchar contra sus enemigos. En el mes de mayo, Hindenburg responde primeramente **nó;** el 20 de junio declara:

"Estamos en condiciones de reconquistar en el Este la provincia de Posen y de conservar nuestras fronteras; en el Oeste, expuestos a las severas ofensivas de nuestros adversarios, que con su superioridad numérica, podrían atacarnos a los dos costados, no podríamos contar mucho con el triunfo. Un resultado favorable de las operaciones de conjunto es, pues, muy dudoso, pero como soldado, debo preferir una muerte honorable a una paz vergonzosa".

En Weimar, se luchó hasta los últimos días en pro o en contra de la aceptación de las condiciones del tratado, y se ignoraba totalmente cuál sería el resultado de la votación definitiva. Los nacionalistas y los comunistas eran en un principio partidarios del rechazo, pero muchos de ellos vacilaban, sin embargo, y eran las cuestiones de honor las que atormentaban a los diputados. El general reaccionario Maerker, que, en la Asamblea de Weimar había entusiasmado a los partidos y a los hombres políticos, sostuvo más tarde que se habría podido encontrar una mayoría contra la paz:

"Fué un telefonazo del general Groener al presidente del Imperio, Ebert, el que, finalmente, obtuvo la decisión. El general afirmaba que la lucha era absolutamente sin esperanza y se declaraba convencido de que el ejército se acomodaría finalmente a la aceptación".

Ebert hubiera querido telefonar a Hindenburg. El gobierno del Reich era hostil a la aceptación, era Hindenburg quien debía decidir. Ebert había puesto al tanto al estado mayor en Kolberg, insistiendo sobre la importancia de la comunicación que había dirigido a las cuatro de la tarde.

A las tres y media, Hindenburg entró al gabinete de trabajo de Groener, y después de un breve cambio de ideas, los dos generales estuvieron de acuerdo en la absoluta imposibilidad de continuar la resistencia. Por lo demás, a menudo habían discutido esta cuestión durante estos días críticos. Después de cerca de un cuarto de hora, el Mariscal sacó su reloj y dijo:

"Mi presencia no es necesaria aquí, usted podrá responder al señor Ebert tan bien como yo. No hace falta que me quede".

Así fué cómo Groener se vió obligado a tomar la responsabilidad de una decisión que correspondía a Hindenburg, exclusivamente. Este había hecho lo mismo ocho meses antes, el 9 de noviembre, mandando decir al Emperador, por intermedio del mismo general Groener, que haría bien en dirigirse a Holanda.

Durante quince años, Groener aceptó sin protestar los sangrientos reproches que se le han dirigido "de haber hecho firmar el Tratado de Versalles". No ha contado sino a algunos íntimos los detalles de esta escena en el cuartel general de Kolberg. Poco después, Hindenburg se retiró por segunda vez. ¡Tenía arraigado en el corazón el sentimiento del deber!

El 25 de junio, la víspera de la firma, abandonó su puesto. Su deseo de "servir" era tan fuerte en él, que no declaró sencillamente irse:

"El deseo — escribía — de retirarme a la vida privada será comprendido por todos, dada mi avanzada edad tanto más cuanto que se sabe cuán penoso me sería, con mis opiniones, mi personalidad y mi pasado, continuar ejerciendo mis funciones en las circunstancias actuales".

Ebert le expresó "el indefectible reconocimiento del pueblo alemán".

El Mariscal dirigió, en una orden al ejército, un conmovedor adiós a las tropas:

"He expresado a su tiempo al gobierno mis sentimientos; en calidad de soldado, debo preferir una muerte honorable a una paz vergonzosa. Os debía esta declaración". Sigue una mirada retrospectiva "a los tres Señores Reales e Imperiales de la Guerra", a quien le ha sido dado servir. "Todo un período de trabajo infatigable, silencioso, durante el tiempo de paz, seguido de un progreso espléndido, de grandes victorias y de voluntad tenaz se ofrece a mis ojos. Pero pienso con un profundo dolor en esos tristes días que vieron el derrumbe de la patria". Termina con agradecimientos y una oración: "Por penoso que os sea, debéis relegar a segundo término, vuestras opiniones personales. Sólo con un trabajo tenaz ejecutado con un corazón unánime, y con la ayuda de Dios se podrá lograr sacar a nuestra pobre patria alemana de su humillación para conducirla a tiempos mejores. Salud a vosotros, no os olvidaré jamás. — Hindenburg".

Este documento singular, el único en que no ha hecho preceder su apellido de la partícula **"von"**, hace aparecer al Mariscal como un viejo y digno oficial, y en la hermosa frase final se encuentra la nota especial que le valiera el cariñoso afecto de los alemanes. A pesar de los famosos consejos que se dignó dar a Ebert, durante los ocho meses transcurridos, y con la conciencia de su deber y de los servicios que debía al país, se consagró noblemente al ejército en efervescencia que había visto la deserción de sus otros dos jefes. Este breve período marca el apogeo moral de su existencia. ¡Ah, después de ésto, cómo desearíamos que cayese el telón!

III

Sólo los que se han dado cuenta de los desfallecimientos de la Primera República alemana comprenderán cómo fué posible que seis años más tarde se levantara el telón para hacer aparecer una vez más al Mariscal en la escena política. ¿Qué pasó en Alemania durante esos seis años? ¿Qué debería haber pasado?

La maldición de una herencia de bancarroteros que castiga siempre, después de una guerra perdida, a los revolucionarios que aceptan su sucesión, esta maldición no pudo ser borrada como en la república de los campesinos rusos por la extirpación radical de los potentados del antiguo régimen. Alemania, cuyos destinos habían sido dirigidos casi exclusivamente por la aristocracia, y cuyas glorias nacionales habían salido casi todas de la burguesía, no pudo ser transformada sino lentamente, por pequeños cambios sucesivos, y en una especie de autosugestión que correspondía a su hipnosis de guerra; no hubo un trastorno violento. Un pequeño grupo de hombres audaces que, en el primer momento de confusión y de impotencia, había tomado el poder, no pudo conservarlo por mucho tiempo. La profunda razón de esto está en la agrupación psicológica de las masas que no corresponde a la agrupación corporativa.

Así como los altos dignatarios de los Faraones hacíanse construír, lo mismo que su amo, tumbas en forma de pirámides, pero un poco más pequeñas, así también los alemanes copian la pirámide de su estado militar en centenares de variantes. La primitiva imagen platónica que ven en su espíritu, experimentan la necesidad de reproducirla en millares de copias; por eso imitan la gran pirámide real y hacen de ella innumerables copias de dimensiones más pequeñas; en la arquitectura social, son los partidos y los grupos, desde los grandes bloques políticos hasta los clubes del Café del Comercio. Cada piedra del edificio yace aislada e insensible; no adquiere importancia sino al tener conciencia de su función en el conjunto; pesa sobre la piedra que la soporta y ella misma soporta a su vez la que pesa sobre ella; lo mismo sucede con el alemán que encuentra en su organización social — el pueblo en la base, los poderosos en la cúspide — el orden perfecto que da a la vida su valor: obedecer, servir, dominar.

Por eso el burgués no se interesa por el burgués, ni el obrero por el obrero. Por el contrario, el burgués rico querrá acercarse a la nobleza aumentado su fortuna, preocupándose de la cortesía y, si la suerte lo favorece, haciendo un buen matrimonio; toma impulso, rechazando con el pie a los que lo elevan, se eleva al grado superior y prefiere sufrir las burlas de sus nuevos iguales antes que reírse de éstos con los inferiores.

Cuando el obrero capaz se eleva y pretende entrar en la burguesía, ésta se hace pletórica, aumenta como el cauce de un río; los pequeños burgueses, despreciados por los grandes burgueses, buscados por el obrero, conviértense en una masa media, amorfa. Cada esfuerzo del río alemán se pierde en las lagunas de la pequeña burguesía y corre con una fuerza debilitada y un volumen disminuído, como el Nilo, más abajo de sus pantanos.

Un estado en el cual durante siglos los hidalgos representaban el poder legítimo, debía necesariamente cultivar la autoridad en lugar de la libertad. No porque fuera demasiado nacionalista, sino porque se veía obligado a hacerse burgués, perdió el obrero alemán su revolución.

De la masa de alemanes que subía en un impulso lento, infinito y oblicuo hacia el sol del poder, los últimos se desprendieron y en lugar de ayudar a empujar la columna desde abajo, se pusieron a atacarla por el costado; el obrero independiente se separó de su camarada para no seguirlo en el obscuro ambiente de la burguesía, pero entonces lo obligó a pactar con los partidos revolucionarios, aun cuando éstos, por momentos, se ocultaban o no detentaban ya el poder. Fué así cómo la mayoría apacible de los obreros, al igual que la Alemania imperial cuatro años antes, vióse comprometida en una guerra sobre dos frentes, y siguió los consejos estratégicos de Schlieffen: lanzó todas sus fuerzas a un lado, al lado de sus hermanos de la extrema izquierda, esperando poder dirigirse con mucho mayor fuerza contra los reaccionarios, después de haberlos vencido.

Fué demasiado tarde, el momento oportuno había pasado; entretanto, el antiguo poder se había fortalecido. — Se puede calificar este dilema de trágico; en todo caso es muy alemán.

Los burgueses habían librado a la aristocracia militar de la responsabilidad del armisticio, impidiendo al mismo tiempo su rehabilitación moral; se vieron obligados a asumir igualmente la responsabilidad del tratado de paz. Se produjo entonces una doble hipocresía. Los burgueses y los obreros que vivían a lo burgués, que gobernaban el Nuevo

Estado, acusaban en sus discursos, sus diarios, sus manifiestos y sus libros, sólo al enemigo externo de imponer a Alemania una paz brutal e infamante; nunca atacaron a los que la habían provocado con sus repetidos rechazos de una paz razonable. Pues bien, éstos, acostumbrados desde hacía siglos a gobernar, fueron más hábiles y no acusaron al enemigo, sino a los burgueses que habían aceptado las condiciones de esta paz. Su audacia llegó hasta volver a emplear en la Asamblea Nacional su refrán favorito, la gran canción del patriotismo, como si en esto hubiera algún mérito. Fué Ludendorff quien tuvo la idea de echar a los burgueses la responsabilidad del armisticio; fué un golpe maestro cuyas consecuencias políticas y morales fueron incalculables.

Además, los nuevos gobernantes carecían en absoluto de la experiencia y la capacidad necesarias para dirigir los asuntos del Estado. En el curso de un régimen de dictadura de medio siglo que primero llevó el nombre de Bismarck, en seguida el de Guillermo y finalmente el de Ludendorff, los talentos políticos que podían encontrarse en el pueblo debieron necesariamente atrofiarse, si por casualidad algún ciudadano pudiera haberlos heredado de un antecesor de la revolución del 48. Los hidalgos que no habían aprendido a gobernar, pero que sabían hacerse obedecer, sabían también, como verdaderos oficiales, procurarse reservas y reemplazantes, y las treinta o cuarenta familias que durante doscientos años detentaron el poder real en Prusia supieron arreglárselas para recibir del Estado dinero y comodidad. Siempre tenían un hermano o un primo en el gobierno y recordaban así a esos grandes empresarios marítimos de Génova o de Portugal que, antaño, enviaban a uno de sus hijos a acompañar sus veleros para vigilar y traer los tesoros que vendían en seguida en sus negocios. Un ministro de la Agricultura a orillas del Spree era la Providencia de cien hidalgos poderosos sobre el Elba o sobre el Oder.

Los nuevos hombres que acababan de surgir, para libertar a millones de camaradas del partido obraron de una manera dogmática y convencida. Lo que les faltaba, era la proscripción, la Siberia. Las últimas víctimas de las malvadas leyes — contra los socialistas — eran muertas o libertadas; eran muy poco numerosos los sobrevivientes que ha-

bían sido encarcelados o desterrados. Los hombres llegados ahora al poder no habían luchado ni sufrido como los revolucionarios de otros países. Se les había **impuesto** el poder en el momento en que los antiguos dirigentes se eclipsaron, y quedaron espantados cuando se dieron cuenta de que eran los amos del país; no se sentían a la altura de su tarea. No era la responsabilidad lo que los asustaba; siendo prusianos, habían aprendido a asumirla; pero temían, propiamente, **servirse** del poder. Estos jefes eran tan poco numerosos y tan inexperimentados, que parecían una pequeña compañía de comediantes obligada, de la noche a la mañana, a encargarse de todos los primeros papeles, pues los principales actores anunciados, que vienen en gira en automóvil han quedado en el camino, heridos o muertos a consecuencia de un accidente.

Como la ambición burguesa no había sido detenida por la revolución, el amor a la legitimidad tomó después de la derrota el aspecto de nacionalismo. Todos temían no parecer lo bastante patriotas, todos llevaban el duelo del pasado con ostentación. Durante treinta años, los obreros habían sido tratados de individuos sin patria, pero se habían convertido en los héroes del frente. Había llegado el momento de aliarse íntimamente con los que se habían atrevido a fundar el "partido patriótico". El viejo Imperio, que por tanto tiempo habían combatido los socialistas, se les presentaba ahora en una aureola de gloria, y se pusieron a admirar y a venerar a Bismarck a la manera de un hijo que durante toda su vida ha estado peleado con su padre y comienza a glorificarlo después de su muerte. La palabra misma, esa palabra "Reich" ganó una sonoridad mágica; se empleaba la palabra en todas formas y nunca bajo el Imperio se había hablado tanto de la Reichregierung, del Reich, de las asociaciones del Reich, de los establecimientos del Reich, de la Reichswehr. La única palabra que nadie se atrevía a pronunciar era la palabra "República", que evocaba los penosos recuerdos de la historia de Francia; y el extranjero, obligado a hablar del "Imperio alemán", traducción exacta de la expresión: "Deutsches Reich", veía in-

mediatamente, nada más que en el nombre, que en el fondo anda había cambiado (1).

Los nuevos dirigentes no hicieron casi nada por probar en el exterior que Alemania había cambiado; en el interior, hicieron todo lo posible por no causar inquietud a los círculos reaccionarios. Libraban un combate sin tregua con sus camaradas más avanzados que querían crear un estado socialista, trataron de aferrarse al viejo sistema, se mostraban más orgullosos del pasado que confiados en el porvenir, y enterraban todos los proyectos de socialización en las carpetas de las comisiones. Tenían infinitos miramientos por los sentimientos del burgués, le tendían sinceramente la mano y la retenían en la suya; pero como éste, con su derecha, daba a su vez la mano del corazón al aristócrata, la corriente eléctrica pasaba por todas las clases sociales; sólo los comunistas quedaban excluídos, pues a ellos nadie les daba la mano. El único adversario que imponía respeto a los jefes republicanos era el reaccionario. Todo el mundo estaba, pues, satisfecho cuando la mayoría de los viejos señores del Reichstag se reunieron en la Asamblea Nacional. Sin embargo, estaban en Weimar, capital espiritual de Alemania, pero casi no se daban cuenta de este hecho.

El viejo Reichstag, que durante la Revolución se había enviado de motu proprio a vacaciones, no manifestó su existencia sino una sola vez durante este período: el 1º de diciembre, su presidente dirigía al nuevo gobierno una vehemente protesta contra la supresión de la tarjeta de circulación gratuita de los diputados en los ferrocarriles. Las elecciones para el nuevo Reichstag no dieron siquiera la mitad de los asientos a los socialistas, en el apogeo de su fuerza; esto prueba cuán influído por la burguesía estaba el pueblo alemán, y es ésta una circunstancia muy atenuante para los socialistas en el poder; otro hecho alega también en su favor: en las primeras elecciones, dos meses después de la "Revolución", el pueblo alemán envió al parlamento cerca de ochenta diputados pertenecientes al partido vencido,

(1) Además, el primer artículo de la Constitución Alemana dice: "El Imperio alemán es una República".

mientras que eligió solamente veintidós diputados de extrema izquierda.

Todo estaba subordinado al deseo de agradar a los burgueses; los antiguos partidos monarquistas tomaron la etiqueta de "partido popular" o "partido del pueblo", los nuevos hablaron de "objetividad", palabra que implica la idea de imparcialidad y que en período revolucionario paraliza toda acción; es particularmente querida a los alemanes, sobre todo cuando los dispensa de tomar una decisión. A fin de pasar por hombres de estado que, como mariposas, habrían salido de la crisálida de su partido, más de uno de esos hombres renegó en un principio de su antiguo partido, y más tarde del nuevo Estado.

En Berlín, la primera disposición tomada por el presidente de policía socialista fué permitir que las cervecerías y posadas permanecieran abiertas hasta el amanecer, medida que iba contra los intereses del personal. Un día que se quiso hacer una manifestación ante el Consejo de Estado en honor de Severing, éste la prohibió, "porque — dijo — las manifestaciones públicas en el barrio del gobierno son prohibidas según el antiguo reglamento". Poco más tarde, la celebración del 1.º de mayo, día de fiesta socialista, fué prohibida por un ministro socialista. Se prohibió igualmente la colocación de la bandera negra, roja y oro en las calles. Los colores republicanos, ardientemente combatidos por los reaccionarios no podían ser sacados de su funda sino en sitios de reunión de las sociedades republicanas. Fué éste un espectáculo característico y ni el "vodevilista" más mordaz podría haber concebido algo más curioso que ver la bandera oficial de la República alemana atavesar las calles de Berlín cuidadosamente oculta a las miradas en una funda de hule negro. Finalmente, los socialistas que habían rehusado al Emperador todas las demandas de créditos para nuevas construcciones navales, votaron en conjunto los créditos del primer crucero acorazado con el cual pensaba, sin duda, rescatar la inercia de las escuadras imperiales durante la guerra. Los hombres del antiguo régimen trataban a los nuevos dirigentes de "novembristas criminales"; es éste un título de gloria que no merecían.

Mientras que los nuevos dirigentes no se atrevían a realizar su programa, facilitaron al adversario el retorno al suyo. Durante treinta años, los hombres de izquierda habían sido mantenidos alejados de todas las altas funciones del Estado; en el momento del derrumbamiento del régimen, se produjo un vacío que sólo se logró llenar manteniendo en su lugar a los antiguos titulares.

Los funcionarios llamados "apolíticos", los poderosos consejeros secretos, antaño pesadillas de Bismarck, eran inamovibles según las leyes del Imperio; ni siquiera se podía cambiarlos por falta grave, pues la revocación no era admitida, y el cambio de un ministerio a otro se encontraba con obstáculos de servicio. La resistencia de un consejero secreto, en su jurisdicción, era pues invencible, especialmente cuando se trataba de finanzas. A nadie se le ocurrió modificar sin demora esta ley anticuada; habría sido demasiado audacia. Pues bien, los servicios de los ministerios obedecían a la batuta del director de orquesta, y no al ministro que, en la escena parlamentaria, desaparecía después de haber cantado su partitura; se formaron "bloques de resistencia" unidos por una tradición realista intangible y que impidieron que los nuevos ministros gobernasen distintamente de sus predecesores. Si el sistema iba a extenderse a las colmenas de trabajo de las provincias y de los distritos, sería imposible fijar y estabilizar el nuevo espíritu en el Estado. Hay que enjuagar y azufrar a fondo un tonel, si no se quiere que el vino nuevo tenga el gusto del antiguo.

Pero eso era precisamente lo que querían los reaccionarios. Deseaban dejar a esa sociedad su gradación piramidal y su perfume aristocrático. La nobleza y los príncipes conservaron todo su prestigio; un republicano no podía ser ante los ojos de la "buena sociedad", un hombre distinguido, pues le recordaba la revolución y los desfallecimientos relativos a la caída de la monarquía; se pensaba más en la quiebra política interna que en la derrota militar. Nunca se pronunciaba la palabra "República" en buena sociedad; se decía "el Reich", el Imperio.

Los servidores y los cortesanos de los veintidós príncipes alemanes recibieron su pensión cuando en los demás

países la revolución barría a esas gentes y las desterraba. Durante diez años todavía se conservaron los antiguos Gutsbezirke, "distritos señoriales", centros de opresión de los Junker, a fin de "oponer un dique a la ola ascendente del eslavismo". Esto no impedía que los grandes señores contrataran en sus tierras obreros agrícolas polacos, menos costosos que los alemanes. Los viejos dominios fueron respetados, nadie se atrevió a despedazarlos — y se dieron cuenta de que había sido más fácil acabar con el rey que vencer a los hidalgos. Los grandes propietarios purgaron sus hipotecas gracias a la inflación que empobreció al pueblo, y recibieron, además, millones del Estado para "levantar" sus viejas propiedades. Si los bienes de estos nobles señores, patriotas en extremo, pasaban al territorio polaco, y no podían, pues, ser ya subvencionados por el gobierno socialista, sus propietarios se hacían súbditos polacos. Eran entonces los valientes defensores prusianos del germanismo, que levantan firmemente la bandera alemana.

Los reaccionarios — intimidados primeramente por la revolución, pero pronto tranquilizados, — se agruparon, y el nuevo gobierno les permitió, por preocupación de equidad, encarnecer la República en sus profesiones de fe electorales, seis meses después de la caída del Imperio.

"En lugar de traernos la libertad prometida, la revolución nos ha sometido a un régimen de intolerable arbitriariedad; en lugar de darnos pan, nos presenta la perspectiva de morir de hambre".

El gobierno republicano no intervino cuando un pobre **minus habens,** antaño partidario de las más locas anexiones, fundó una liga para la Sociedad de las Naciones. Cuando el primer magistrado de la República fué insultado públicamente y tuvo que dirigirse a la justicia para obtener reparación, un juez de rostro cubierto de cicatrices encontró una maligna alegría en condenar moralmente al Presidente de la República. Cuando los alemanes quieren hacer una revolución, apelan a un juez, pero no a la Historia.

Cuando se intentó adoptar la bandera negra, roja y oro, se conservó sin embargo, el antiguo pabellón para la marina, contentándose con agregar a los colores de la era imperial un pequeño rectángulo negro, rojo y oro en el

ángulo superior, cerca del asta. Cuando la autoridad del Estado fué objeto de los más duros ataques, cuando en 1920, el gobierno fué expulsado de Berlín, y cuando en 1922 un ministro fué asesinado, el gobierno no se atrevió a tomar medidas rigurosas y a castigar a los antiguos oficiales instigadores de esos atentados.

Todos esos ataques fueron posibles no por la debilidad de los nuevos dirigentes, sino porque su carácter alemán los condenaba a la impotencia después de siglos de largo servilismo. Los hombres nuevos eran honrados. Con excepción de un ministro de Hacienda de Prusia, que "compró" la bodega del Emperador e hizo restaurar para su uso personal un pequeño castillo, todas esas gentes eran íntegras. Todos han abandonado pobres su país, ninguno ha sido implicado en un escándalo financiero. Loebe, que fué durante diez años presidente del Reichstag y percibía un apreciable sueldo, vivía con gran sencillez, daba mensualmente una parte de sus honorarios a obras para la infancia, y no ahorraba anualmente sino dos mil marcos para cubrir más tarde los gastos de estudio de su hijo. En vano la reacción trató de mancillar a Erzberger acusándolo de haber engañado al fisco, y de arrastrar al lodo a un ministro demócrata que habría recibido algunos barriles de vino de una asociación de viñeros. Las pretendidas malversaciones que se denunciaron a la justicia no tenían en todo caso nada de comparable con las fantásticas sumas que durante siglos, y aún después de la revolución, habían sacado al Estado las antiguas familias .

La codicia de los hombres nuevos, no era el dinero, ni el rango social. El smoking ha causado el mayor daño a la República. Pues esos obreros, pequeños empleados, secretarios de partido y gente de baja condición que había hecho espera durante toda su vida ante las dobles puertas acolchadas de sus compatriotas bien nacidos, habían realizado todos un sueño: el de tener a su vez maneras naturales, sonrisa estereotipada, la elocución fácil de esos señores o grandes burgueses que llevan el frac o el uniforme. Sentían su torpeza en las salones y sufrían por ello, aunque habían lu-

chado honradamente por su clase y contra el antiguo régimen.

Ciertamente, había entre ellos naturalezas sencillas, pero muy pocos se daban cuenta hasta qué punto el advenedizo era pronto reconocido y despreciado, mientras que el hombre fiel a sus convicciones imponía respeto. No pensaban que el jefe experimentado no se preocupa de la fuerza de los partidarios del adversario, sino de su fuerza y de su orgullo personal, y que debe medirse primeramente con el adversario antes de comparar su partido con el otro. Se trataba de adquirir un barníz de educación que cualquier camarero de hotel aprende en algunas semanas, y temiendo la sonrisa burlona que podían expresar los labios de una antigua Execelencia, los hombres en el poder olvidaron imponerse a esos aristócratas de la vieja escuela. El primer presidente del Reich, cuya vida era intachable, tomó lecciones de equitación a la edad que cincuenta años porque era de buen tono en toda la vieja Europa que los reyes se mostrasen a caballo al pueblo; otros aprendieron a cazar. Una mujer de mundo se jactó de haber iniciado a un gran ministro del Trabajo en los secretos del amor aristocrático. Esos hombres de Estado salidos del pueblo iban de una sesión a otra en magníficos autos y se dejaban fotografiar cada ocho días en banquetes. El primer ministro de la Guerra, un antiguo obrero cestero, se sintió tan halagado de verse rodeado de rutilantes uniformes, que ni siquiera se dió cuenta del complot que sus oficiales fomentaban en sus barbas; todos se precipitaban a las villas de los nuevos príncipes de la finanza, no para especular allí, sino para asistir a las fiestas que se daban en la noche. En lugar de estar junto al tractor de los nuevos tiempos y de labrar el campo, preferían coger con sus manos callosas las rosas tardías del siglo XIX.

IV

Veintidós príncipes alemanes habían descendido de sus tronos; el menos importante de ellos poseía una diadema,

un mariscal de corte, y millares de súbditos que inclinaban la cerviz delante de él, escuchaban boquiabiertos sus discursos, y sonreían de buena gana cuando Su Alteza se dignaba mirarlos. Los príncipes eran reemplazados ahora por hombres nacidos en las buhardillas, educados en la indigencia; los tronos quedaron cubiertos de fundas, los castillos convirtiéronse en museos, y el pueblo, ignorando si podía atravesar los departamentos principescos sin calzar chinelas especiales, recorría los domingos, las suntuosas piezas en la punta de los pies, con la conciencia llena de remordimiento. En el lugar del primero de estos príncipes, — aquél cuyas palabras habían sido escuchadas veinte años antes por la Europa inquieta — encontrábase un talabartero de cráneo cuadrangular que trataba de ser justo y conciliador, pero que no satisfacía a nadie. Los príncipes trataron de salvar su oro y sus bienes y prefirieron ver unir a su nombre y a sus títulos la palabra poco luciente de "Indemnización" antes que renunciar a algunos millones en favor del pueblo hambriento. En un carro frío un simple burgués se había encontrado frente al mariscal victorioso de los ejércitos enemigos y, al día siguiente, el pueblo leyó en las gacetas qué provincias, qué armas, y qué barcos debían entregar las alemanes. El pueblo estaba desesperado, pues sus muertos estaban enterrados en los lejanos campos de batalla en país extranjero, y se preguntaba por qué se les había sacrificado.

Millares de soldados, vueltos a sus hogares después de una larga guerra, estaban asombrados; volvían a sus ciudades y a su aldea, esperando en vano un palabra de agradecimiento, y permanecían largo tiempo entrecortados delante de sus amigos y sus hermanas que danzaban, despreocupados y alegres. Arrastrado por profundos sentimientos, el país germano vecino ligado a Alemania por un común destino, quería unirse a los hermanos de la misma lengua; pero los grandes propietarios de minas de carbón y de fábricas se sentían retenidos por cuestiones de intereses y la reunión de Austria era ya imposible mucho antes de que el enemigo la hubiera prohibido. Novecientos hombres, sin más crimen que sus adversarios, debían ser entregados y juzgados injustamente. Uno sólo quiso correr el riesgo de

presentarse a sus jueces para alegar su causa, y era un extranjero en el país, un judío. Diez mil soldados de la Entente montaban guardia a orillas del Rhin alemán, los marroquíes de tez morena despertaban el horror y el temor de los blondos alemanes; pero los comerciantes y los mercaderes fueron presa de sentimientos contradictorios cuando los clientes extranjeros abandonaron sus tiendas, sus posadas y su país. Para pagarse de algunas deudas el vecino occidental ocupó nuevamente el valle industrial, y un verdadero odio lanzó a los jóvenes a hacer, sin jefes, una pequeña guerra en esas ciudades industriales, como se practicaba antaño en las gargantas de los Abruzos. Los grandes señores de la industria, sin embargo, se arreglaban para ser encarcelados durante uno o dos días y se presentaban en seguida como mártires a sus obreros. Veinte partidos políticos exhibían largos programas con los cuales pretendían desterrar el desorden y la miseria, y mientras que las eternas palabras de libertad y de justicia eran pronunciadas por los oradores populares en las oficinas de los partidos políticos, hombres apasionados calculaban, lápiz en mano, el número de asientos de que disponían, para ver si podrían obtener un ministerio para uno de los suyos.

Un jefe político arrastraba ante los tribunales al jefe de otro partido y lo acusaba de difamación. Algunos meses más tarde, uno de los dos era derribado en la falda de una colina por la bala de un asesino, y el otro, carbonizado en un tren en llamas en la línea del Gotardo. Si durante cuatro años la sangre de millones de hombres había corrido a olas, el oro comenzó a correr también, y como pronto se le transformara en vil papel, perdió su valor de día en día. La gente se apresuraba a gastar en el instante mismo en que lo recibía, ese dinero que, al día siguiente estaba depreciado. Todos se disputaban los billetes de bancos de los países cuyo dinero parecía más sólido. En esa época, un charlador que se decía patriota, sin duda más perspicaz, amontonó un montaña de papel, vendió ese dinero al otro lado de la frontera, pidió prestado al Estado, reembolsó al cabo de algunas semanas las sumas que ya no valían nada, y compró en seguida de esa operación, todo lo que caía a sus manos: barcos, hoteles, ferrocarriles, teatros, minas

de carbón, y sacó de la derrota final el mayor provecho que jamás hubo realizado. Su caída fué brutal, pero después de su muerte, supo todavía engañar al pueblo privándolo de los derechos de sucesión. Millares de jóvenes soldados se enrolaron como tres siglos antes; se iban hacia el Este a encontrar allí riqueza y correr aventura, pretendían comprar la tierra con la sangre que allí habían derramado; finalmente se vieron obligados a volver al país, pobres y decepcionados, y formaron entonces ligas que atacaron al nuevo Estado. Las cajas de ahorro se vaciaban, los contratos de seguros ya no valieron nada, no hubo ya herencias, la desconfianza general trajo la disolución de las relaciones de amistad y de los negocios más sólidos, y cuando nuevas quiebras provocaron la miseria de millares de gentes confiadas e ingenuas, se atacó a los judíos, sobre los cuales recaía toda la responsabilidad, porque se les creía siempre ricos y felices. Cuando las deudas del Estado quedaron en moratoria, se vió llegar a unos americanos de robusta espalda que, en interminables conferencias, jugaban con miles de millones, adicionándolos e imaginando planes fantásticos para las futuras generaciones, que debían pagar todo. Mientras que las conferencias costaban sumas enormes en los hoteles donde se daban francachelas, buscando el medio de luchar contra el hambre del pueblo, los suicidios se multiplicaban. Al mismo tiempo, el amor al oro de las naciones extranjeras traía al país esos mismos miles de millones que habían querido sacar de él porque se les debía, y se alegraban de recibir dividendos altos; se sorprendieron cuando vieron en todo el país salir de la tierra construcciones magníficas erigidas con su dinero; pero súbitamente hubo revueltas; fué como un nadador que se lanza al agua en una piscina, hace saltar el agua, salpica a todo el mundo, mientras los bañistas vuelven en seguida a nadar tranquilamente como antes.

Oíanse disparos, papeles volaban por los aires, los cuerpos francos recorrían ciudades y campiñas al son de los pífanos y tambores, oradores peroraban, gritaban, muchachas cantaban y, dominando todo, el jazz hacía oír su música estridente y cacofónica. Era preciso pegar el oído al suelo para oír las quejas ahogadas del pueblo.

Los nuevos dirigentes no supieron presentar a la nación una nueva configuración política, a pesar de la multiplicidad de esos fantásticos acontecimientos. Lo que distinguía a los demócratas de los que gobernaron al pueblo antes y después de ellos, fué su total falta de imaginación, a pesar de su probidad cierta. Después de los tristes años de la guerra, el pueblo reclamaba una vida colorida, después de los años de ciega obediencia, quería ideas luminosas. En lugar de imitar al abigarrado Moscú, de encontrar nuevos emblemas, nombres y armonías nuevas, a fin de impresionar los espíritus y de hacerles comprender, por los sentidos, que acababa de abrirse una nueva éra, — los dictadores que tomaron el poder después de ellos siguieron el ejemplo de Moscú — continuaron, como en el pasado, trabajando seriamente en las comisiones ocultas a todas las miradas, y pretendieron distraer las masas por medio de conferencias sobre la socialización y folletos sobre el control de los nacimientos.

¿No había tenido sus héroes el movimiento revolucionario? ¿Por qué a nadie se le ocurrió dar el nombre de Bebel a una fábrica, de Liebknecht a una plaza, o de elevar un monumento a Lassalle? ¿Por qué no se mostró al pueblo alemán los sufrimientos de los precursores y las hazañas de los hombres del 48? ¿Por qué no se hizo cantar, en los corales republicanos, los himnos a la Libertad del poeta Herwegh? ¿Por qué los programas políticos, a pesar de su longitud, no contenían ninguna palabra nueva, colorida o sonora, y hacían bostezar de aburrimiento? No se supo dar al obrero el sentimiento de su valor que le habría hecho comprender que el Estado era él. Tampoco se supo mostrar al burgués lo que debería haberlo atraído. Los extremistas mismos tomaron de un agitador romano, Espártaco, su nombre que no decía nada a un oído alemán, en lugar de tomar el de Hutten o de Engels. No se veía una radiante aurora en el horizonte para encantar a la masa a la que se habían quitado sus antiguos emblemas: ni un solo himno nuevo, ni una nueva bandera, ni un solo orador, ni un solo autor, ni un solo traje, ni un solo ademán. Y sin embargo, una nación no puede vivir ni durar sin idea, sin símbolo.

V

¿No se repetía la Historia? Setenta años antes de esa revolución fracasada, un oficial prusiano escapó de las cárceles de Alemania, un cierto Rustow, más tarde jefe de brigada en el ejército suizo, escribía después de 1848, hablando de aquella revolución:

"El armamento del pueblo debía proteger su derecho en el interior, pero al cabo de algunos días, se vió reaparecer la reacción de los burgueses. Las miradas del simple burgués se desviaron de los culpables altamente colocados, para fijarse ansiosamente en las terroríficas imágenes que amenazaban la propiedad. El comunismo, espantajo de los generales prusianos, convirtióse de un momento a otro en el espectro amenazante que asustó a la burguesía alemana. No se vió ya la contra-revolución en armas, que no obstante desfilaba por todas las calles. El movimiento popular toma bruscamente un nuevo color, y se transforma en movimiento de defensa de la propiedad privada, hasta el momento en que se atrofia completamente para no subsistir sino en la guardia nacional.

Durante los setenta años que siguieron, las clases vencidas no olvidaron la lección; acostumbradas a reinar, no demoraron mucho en comprender la manera de conseguirlo. Después de un "vodevilesco" golpe de estado que fracasó en 1920, la reacción decidió no atacar antes, de llegado el momento, al nuevo régimen tan acomodaticio, sino minarlo pacientemente por el interior. Una docena de años les bastó para este objeto.

¿La paz que se acababa de concluir no ofrecía el mejor medio de conseguirlo? ¿No bastó recurrir al honor del pueblo para ser comprendido? En Weimar, los representantes de la nación habían aceptado el Tratado de Versalles sin "el artículo de culpabilidad"; cuando Clemenceau les dió veinticuatro horas para aceptar sin reservas todas las condiciones, bajo amenaza de una nueva guerra, los alemanes declararon que firmaban, constreñidos y forzados,

pero que "el honor del pueblo alemán no podía ser empeñado por esa cláusula arrancada por la violencia". Esa protesta hecha ante el mundo entero era olvidada al día siguiente y la reacción recorrió el país gritando: "La República ha sacrificado nuestro honor". El artículo de culpabilidad, formalmente exacto, — pues dice simplemente que Alemania **ha declarado la guerra**—no dejó por eso de ser una torpeza del vencedor. Desde hace millares de años, los vencidos pagan los gastos de la guerra, sin que sea necesario que se declaren "culpables"; basta que se reconozcan vencidos. Como la responsabilidad incumbía sobre todo a Viena y a San Petersburgo, el veredicto que condenaba a Alemania era doblemente injusto.

Pero también carecía de psicología. Pues la justa protesta levantada por los alemanes contra ese veredicto que los declaraba únicos culpables, fué transformada por ellos en una afirmación igualmente inexacta, que echaba la responsabilidad a los vencedores y declaraba inocente a Alemania. Ofreciendo esta oportunidad a los nacionalistas alemanes, las naciones victoriosas les permitieron darse la apariencia de pequeños santos, odiosamente calumniados por vecinos de una perfidia diabólica. Así es como se hizo de la "falta" exclusiva de Alemania, que todos negaban, la inocencia de Alemania, y poco a poco se hizo creer al pueblo que no había ni desencadenado ni perdido la guerra. Los dirigentes nada hicieron por impedir que estas teorías fuesen propagadas en centenares de libros y discursos. Hay que confesar que nadie rehusaba el ejército derrotado al título de "ejército invicto", desde el momento en que el ejército mismo deseaba ser engañado. Pero no se había previsto el porvenir, y al cabo de diez años de semejante educación, la crédula juventud quedó convencida de la inocencia alemana, de la trapacería de los enemigos, y en su corazón grabóse profundamente el deseo de desquite.

El gran sol que devolvió a los oficiales y a los hidalgos la alegría de vivir fué la nueva Reichswehr. ¿Qué podía impedir que los reaccionarios sirvieran bajo la nueva bandera? ¿Su juramento al rey? Por una declaración escrita y pública, el soberano había desligado a oficiales y fun-

cionarios de sus compromiso. ¿Se oponía su conciencia a continuar en el servicio? Nadie recordó que para un divorcio debe haber dos, y que en una alianza, sentimientos más profundos pueden hacer respetar el juramento y la fidelidad, porque el corazón y la conciencia se sienten ligados por ellos.

Una restricción mental permitió a los oficiales reaccionarios servir, con su honor a salvo, bajo una bandera detestada, que despreciaban porque representaba la revolución y el aniquilamiento del poder real. Puesto que tan fácilmente se había podido relevarlos de su primer juramento, ¿por qué no podrían prestar un segundo juramento haciendo reservas en su fuero interno? Más tarde, los nacional-socialistas llegaron a declarar que en semejantes circunstancias, el deber mandaba prestar un falso juramento.

Se recibió a los oficiales con los brazos abiertos. Como Alemania no tenía el equivalente de un Trotsky, para eliminar a los reaccionarios, se tomó a todos los que se presentaron, y no se nombró sino muy pocos oficiales nuevos. En 1913, el cuerpo de oficiales prusianos contaba un 22 por ciento de aristócratas; en 1921, casi se llegaba nuevamente a esta cifra, pues la proporción era de 21,3 por ciento. La diferencia: 0,7 por ciento representa la victoria de la revolución.

La reducción del ejército no permitió volver a tomar a todos los oficiales reaccionarios, por eso el Estado se apresuró a ocuparse de ellos. No se redujo ninguna pensión de retiro, no se atacó ningún privilegio. Después de la guerra de 1870, un sub-oficial pudo ascender hasta el grado de general; después de la gran guerra y la revolución, ninguno llegó más allá del grado de capitán.

Noske, el primer ministro de la Guerra, expresó un día esta opinión: "Un hombre que no oculta sus convicciones me es más simpático que el que se hace pasar por republicano". No se ha dicho que habría sido necesario contratar solamente republicanos sinceros. Los oficiales invitaron "a su ministro proletario" a su comida, le testimoniaron, como conviene, los honores que se le debían, hasta el momento en que lo llevaron en triunfo en la punta

de sus espadas para hacerlo asar y comérselo. El ministro de la Guerra se encontró admirablemente protegido contra sus hermanos enemigos por esos encantadores oficiales. Un día que presentaban al Presidente Ebert un cuerpo franco que desfiló con una admirable precisión, el general Maerker oyó a Noske decir a su camarada Ebert: "Esté tranquilo, con esos jóvenes todo irá bien".

Cuando se puso al ministro de la Guerra en guardia contra este general, le mostró la carta de advertencia para manifestarle su confianza. ¿De dónde provenía esa confianza del ministro? El general le había dicho un día: "Por usted, señor ministro, yo y mis hombres nos haríamos despedazar". El buen Noske anotó estas palabras en su agenda, y hasta las hizo imprimir. Testigo de esas manifestaciones de lealtad, ¿no debía defender con energía todas las exigencias de los oficiales? Los presupuestos de la República fueron criticados, escudriñados, reducidos para todos los ministerios, salvo para el ministerio de la Guerra; en catorce años no se ha tocado este presupuesto sino para aumentarlo. Cuando en una sesión de gabinete algún ministro se atrevía a levantar la menor protesta, el ministro de la Guerra declaraba simplemente que ya no podría garantizar la actitud del ejército si se tocaba su presupuesto. Nunca se tomó una decisión en el Consejo de ministros sin el asentimiento del ministro de la Guerra. Es así cómo la Reichswehr gobernaba secretamente el país, — pero detrás de él un comandante invisible manejaba los hilos.

Una insurrección militar dió al ministro un golpe sensible que, si no lo quebrantó, paralizó al menos su brazo. Un cierto señor Kapp, alto funcionario de Prusia, antiguo estudiante de corporación y oficial de reserva, como es natural, se había ligado a un antiguo capitán amargado. Un comandante del cuerpo franco del Báltico, y un oficial de marina deseoso de continuar la guerra por su propia cuenta habíanse unido a ellos; habían logrado ganar a su causa al general comandante de la Reichswehr en Berlín, convencidos de que en una hora derrocarían a esa débil República.

Con algunos batallones de las marcas del Este, lograron ocupar en Berlín los edificios oficiales del gobierno.

En 1920, los obreros salían todavía a la calle cuando el régimen estaba en peligro. El famoso general dispuesto a hacerse despedazar por Noske estaba implicado en el complot. El gobierno tuvo que huir, se decretó la huelga general, el gobierno volvió y pronto todo quedó nuevamente en orden.

En el proceso que se desarrolló en seguida ante el tribunal del Imperio, casi todos los grandes personajes de la reacción y del nuevo régimen desfilaron como testigos, durante una semana, a la claridad crepuscular de un salón rojo y oro, y todos exhibieron una extraordinaria mescolanza de opiniones políticas cuya composición era tan indefinible como la famosa sopa de Hindenburg en Cassel. Un ministro de Hacienda socialista estaba comprometido; había entrado en relaciones con los fomentadores de la insurrección, a fin de reservarse una oportunidad útil para cualquier caso; algunos generales habían apostado a los dos partidos como apostaban en las carreras a dos caballos. Se vió a unos secretarios de estado cuya memoria, completamente desfalleciente, no localizaba ya ningún recuerdo, y en la barra las Excelencias sucedían a las Excelencias. El más sorprendente de esos testigos fué el general Ludendorff, que declaró que en ese día de marzo se había paseado completamente por casualidad a las siete de la mañana cerca de la puerta de Brandeburgo, cuando las tropas insurgentes pasaron, con música a la cabeza, bajo las bóvedas de ese arco de triunfo. La gran comedia de ese proceso precedió, como una subida de telón, a la tragedia de la República, lo mismo que la farsa de Saverna precedió a la guerra mundial. Finalmente uno de los Junker fué condenado a ser encerrado en una fortaleza, — pena que no es terrible, por lo demás — pero sólo permaneció muy poco tiempo detenido; en cuanto a los demás, volvieron libremente a sus casas. Pronto se restableció la calma; hubiérase dicho que una ligera ráfaga había agitado las coronas de los árboles y todas las Excelencias, aún las más comprometidas, continuaron percibiendo su pensión de retiro.

Los generales del nuevo régimen, que eran sin excepción los generales del antiguo, no tenían de qué quejarse.

Los alemanes, acostumbrados desde hacía doscientos años a jugar a los soldados en tiempos de paz, se sintieron felices cuando el viejito de Navidad les trajo nuevos soldados. Al leer en los diarios que una brigada era comandada por un coronel que se había hecho célebre por la sumisión de los "Wahehee" en Africa oriental, pensaron que era ése el oficial que les convenía. Todas las viejas insignias que los oficiales se habían dejado quitar sin protestar en noviembre de 1918, reaparecieron poco a poco en 1919, y cuando en el mes de enero de aquel mismo año un cuerpo franco desfiló por primera vez por las calles de la capital, un diario escribió: "Se oyó nuevamente el paso rítmico de los soldados. Esta disciplina viril, este automatismo alemán, este andar recto y orgulloso, ¡qué alegría de ver todo esto! Hay que admirar el orden y la limpieza de esos hombres particularmente bien instruídos; esos jovencitos lozanos y rosados, son el cuerpo de cazadores voluntarios. Retumbantes vivas dirigidos a ellos, gritos de alegría, elevábanse en el aire".

De todos los jefes de la Reichswehr, el general von Seeckt era el más interesante. Muy culto, a pesar de ser general prusiano, enemigo de Ludendorff y de Hindenburg, sus rivales al comienzo de la guerra, tenía cincuenta años en el momento en que la derrota lo había impresionado profundamente; quizá por eso vió bruscamente las taras del antiguo sistema; en todo caso, se sentía atraído hacia fórmulas nuevas. En cuanto al cuerpo de oficiales que él refundió, lo llenó exclusivamente de oficiales de estado mayor del tiempo de guerra y se desembarazó de los oficiales combatientes. Sostenía que éstos, después de cuatro años de servicio en las trincheras, no tenían ya espíritu guerrero; para conservar este espíritu era preciso recurrir a hombres que no hubiesen vivido la vida de las primeras líneas. El día de la insurrección Kapp, el ministro de la Guerra habíalo invitado a hacer sacar la tropa. Rehusó, lo mismo que cuatro oficiales de alto rango; sólo un general de origen burgués obedeció. Cuando más tarde, en el momento de la inflación, Baviera quiso separarse del Imperio, éste se encontró más en peligro que en el momento del derrumbe de la monarquía; Seeckt apareció entonces como el dicta-

dor innato, y la confianza del Presidente le dió plenos poderes para obrar. Pero vacilante e irresoluto, nunca llegó hasta el fin de sus decisiones.

Ni él ni el ministro de la Guerra, Gessler, ni el general Groener, alemán del Sur, correcto y sincero, gobernaron por sí mismos. Tenían detrás de ellos, en un pequeño escritorio del ministerio de la Reichswehr, a un oficial bastante joven todavía, que durante diez años decidió las grandes cuestiones de ese departamento de la Guerra. Fué bastante hábil para persuadir a los socialistas de que no pidiesen para uno de los suyos la cartera de la Reichswehr, pretextando que, no formando parte del gobierno, serían libres de criticarlo. Este oficial que hacía, ante los ministros el papel del Padre José ante Richelieu, era el comandante von Schleicher, cuya suerte y cuyas intrigas debían terminar más tarde de una manera trágica.

VI

Hindenburg ha escrito sus Memorias. Helo aquí instalado en una espaciosa villa, obsequio de la ciudad, con su mujer como compañera; se dedicó a este trabajo inmediatamente después de la guerra para combatir el tedio de una vida sedentaria. Sus hijas casadas, su hijo capitán de la Reichswehr, el Mariscal se cansaba de tomar la palabra en las fiestas y en los comitées, y cuando salía con su mujer para hacer compras, veía alrededor de ellos, según su propia expresión, "agrupamientos y bloqueos".

El aspecto de su departamento evocaba el de Bismarck; la instalación era la misma. El Canciller de Hierro se burlaba de la casa del general Roon, amoblada con gusto: "Solamente las gentes que no gozan de un sólido apetito tienen instalaciones elegantes" — decía.

En casa de Hindenburg, los muros estaban adornados de astas de ciervos, de cuernos y de recuerdos de toda especie; había allí un globo terrestre de gran dimensión, recuerdo de los generales de la Corte, destinado a evocar al antiguo generalísimo la guerra mundial. Este globo inspiró

a Hindenburg un pensamiento profundo. Un año después de la batalla de Tannenberg, había dicho a su pintor, ante la carta en gran escala del frente ruso, que el campo de batalla en que los polacos habían derrotado a los Caballeros Portaespadas no era más grande que su uña, mientras que el suyo ocupaba la superficie cubierta por su mano.

Ante el globo terrestre, dijo a su pintor, extendiendo la mano sobre la esfera, como ya lo había hecho:

—Vea Ud., ya no puedo cubrir todos mis campos de batalla con la mano.

"Al pronunciar estas palabras, — agregó el pintor — parecía muy emocionado".

Así la tenaz leyenda que, después de la guerra, no había hecho más que crecer y embellecerse, y las seducciones de la gloria lo cautivaron, sin embargo, a su avanzada edad. Ciertamente, contaba los Balkanes, Asia, Africa y los demás teatros de la guerra entre "sus campos de batalla", pues las tropas colocadas teóricamente bajo sus órdenes habíanse batido efectivametne en esos lugares. Después de sus tribulaciones políticas, fácil es comprender esas dulces ilusiones.

En efecto, ¿qué satisfacciones tenía fuera de su hogar, además de las cacerías a que todo el mundo lo invitaba ahora? La República sólo le causaba mal humor, y en verdad no pensaba volver a tomar participación activa en los negocios, ni siquiera por orgullo. Por eso nunca intervino cuando se trató de salvar el honor de la joven República.

Un día que Erzberger, asaltado por una multitud de adversarios odiosos recordaba el apretón de manos de reconocimiento, que el Mariscal le había dado después de la firma del Armisticio, Hindenburg creyó deber rectificar públicamente: había agradecido a Erzberger, en efecto, pero no le había tendido la mano.

Guardó silencio cuando Ebert, atacado por los reaccionarios, debió luchar para salvar su honor. Algunas semanas más tarde, habiendo muerto Ebert, el Mariscal exclamó: "Ebert nunca pensó más que en servir fielmente al pueblo alemán. El pueblo alemán lo recordará siempre con gratitud".

Estas palabras, pronunciadas tres meses antes, habrían salvado el honor de Ebert en su vida, ¡quién sabe si no le habrían salvado la vida!

Pero la imparcialidad es una virtud propia de los demócratas, y Hindenburg tenía por el momento otras preocupaciones. En Doorn, el ex-emperador había hecho circular sobre su huída una versión inventada por él, muy diferente de la relación oficial redactada por los que, el 9 de noviembre, se habían encontrado en compañía de Guillermo II, en Spa. Esta acta desagradaba soberanamente al desterrado de Doorn, que sostenía no haber sido libre en su decisión y no haber franqueado la frontera sino constreñido y forzado. A instancias de un tercero, Hindenburg escribió entonces una carta que comienza así:

"¡Altísimo, Gloriosísimo, Poderosísimo Emperador, mi muy gracioso Emperador, Rey y Señor! Soy yo quien asume la responsabilidad de la funesta decisión que Vuestra Majestad tomó el 9 de noviembre, partiendo al extranjero".

Pero continúa en un tono muy diferente:

"Sería un error el creer, como se ha dicho a pesar mío, que la noche del 8 de noviembre yo insistí en la partida inmediata. A lo que entiendo, no hay duda de que Vuestra Majestad habría partido, si Vuestra Majestad no hubiera creído que en mi calidad de Jefe del estado mayor general consideraba esa solución como conforme a los intereses de Vuestra Majestad y de la patria. En el acta... se dice ya que no tuve conocimiento de la partida de Vuestra Majestad sino una vez que ésta se había efectuado".

El autor termina su carta afirmando que durante su vida entera se ha mantenido y se mantendrá con una fidelidad ilimitada de parte de su Imperial y Real Soberano.

Esta extraña carta deja entrever los relámpagos que surcaban el cielo entre los dos corresponsales; recibió una respuesta del emperador — respuesta oficial e inmediatamente publicada en la prensa, — pero escrita solamente dos meses después de la recepción de la aclaración del Mariscal. Este retardo debía hacer notar el descontento del real epistolar. Se declaraba feliz de ver disipado el malentendido.

"He esperado hasta este momento que los testigos interesados hagan saber al mundo entero que la decisión de abandonar el ejército y Alemania Me ha sido impuesta contra Mi convicción íntima por Mis consejeros políticos responsables. Le agradezco el haberse decidido finalmente a hacer este gesto, a fin de restablecer la verdad histórica, la gloria de Mi Casa y Mi honor personal... Cumpliendo con su difícil deber con fidelidad y lealtad Me ha dado usted el consejo que creía deber darme, según su apreciación de la situación. ¿Fué exacta esta apreciación? No se podrá juzgarlo sino después de haber aclarado los verdaderos incidentes de aquellos días nefastos".

En este áspero diálogo en que se advierte un sordo rencor, se siente la desconfianza que en todo instante amenaza romper brutalmente el último lazo entre esos dos hombres. Comparando a los antagonistas, el vasallo prevalece sobre el rey, ¡y de qué modo! Acepta la responsabilidad, cuando podría lanzarle a la cara que un hombre digno de ese nombre no recibe consejos sino de sí mismo en tales circunstancias, y con mayor razón cuando es rey. Pero niega la afirmación de que haya impulsado al soberano a huir. Se atreve a hacer esta comprobación tratando al mismo tiempo, en frases condicionales y confusas, de salvar a la vez al rey y a sí mismo: esto es todo lo que el antiguo cadete puede hacer, inspirándose en sus ideas monarquistas. El fugitivo no solamente insiste en las responsabilidades del Mariscal, sino que dice además que su consejo era malo. Así Guillermo II ha llegado a convencerse de que se refugió en el extranjero porque Hindenburg era presa de un temor injustificado... Estas cartas fueron las últimas palabras cambiadas entre los dos hombres.

Cuando se dice que Hindenburg escribió sus Memorias hay que entender por eso que las hizo escribir. Pretende — y lo dice en su prefacio — no querer justificar ni acusar a nadie, y sin embargo, falta a este designio como sucede a la mayoría de los autobiógrafos. Si el libro hubiese sido escrito por él, habría tenido, en su sencillez, un gran valor, pues habría reflejado su carácter. Pero encargó al general Mertz que lo redactara según sus indicaciones, y se contentó

con hacerle algunas correcciones y firmarlo como antes había firmado los documentos presentados por Ludendorff, al cual ni siquiera le daba indicaciones generales. Hindenburg aplicaba así su famosa teoría al redactor de sus Memorias como la había aplicado al jefe de estado mayor: había dado simplemente "las grandes líneas de la operación, dejando a sus subordinados el cuidado de los detalles".

El estilo uniforme, fácil e incoloro del libro que firmó debió agradarle, pero ese estilo no es el suyo; para convencerse de ello basta compararlo con sus cartas. Después de la batalla de Königgratz (Sadowa), el joven teniente escribió a sus padres:

"Caí y perdí el conocimiento, y mis hombres me rodearon, creyéndome muerto".

En sus Memorias, este episodio es narrado así:

"Un sentimiento de orgullo se apoderó de mí cuando, respirando profundamente y perdiendo mi sangre por una ligera herida en la cabeza, me encontré rodeado de mis cañones conquistados al enemigo".

Recurrió también a la colaboración de su familia. En 1915, su hermano menor dió al pueblo alemán un encantador libro sobre el Mariscal.

"El viejo jardinero de Neudeck, a la sazón de ochenta años, — escribía el autor, Bernhard von Hindenburg — le contó que había servido quince días como tambor bajo Federico el Grande. Así un último rayo de sol de un glorioso pasado inundó también al niño con su claridad".

Cuatro años más tarde, Hindenburg escribió o hizo escribir:

"Me acuerdo perfectamente de un anciano, nuestro jardinero, que había servido quince días bajo Federico el Grande. Así un último rayo de sol del pasado glorioso del Gran Federico me inundó también, cuando niño, con su claridad".

Le agradaban la precisión y las cifras; una rápida estadística cabe, pues, en el marco de su espíritu. Describe con una sorprendente brevedad su existencia y su desarrollo intelectual; en veinte páginas resume cuarenta años de su vida; cuatro páginas en total, relatan su actividad en el gran estado mayor. Consagra a Bismarck **una** línea, no cita el

nombre de Schlieffen; tres líneas a la visita de los célebres aviadores y los comandantes de submarinos. En el repertorio de las personas citadas, se encuentran veintiséis príncipes, pero ni un sólo sabio, ni un sólo artista (con excepción de dos nombres en una línea); los demás son generales, noventa y siete de los cuales llevan apellidos aristocráticos al lado de seis apellidos plebeyos. Los demás apellidos sin partícula que figuran en las Memorias son los de jefes de ejércitos y hombres políticos enemigos.

Los reyes ocupan en su libro un lugar considerable. El autor cuenta que el viejo Emperador Guillermo hacía preguntas de las cuales no se acordaba, de manera que las repetía frecuentemente. Esta pequeña extravagancia es recordada en los términos siguientes:

"Llegué al colmo de la felicidad cuando mi Señor de la Guerra me preguntó en qué ocasión fuí condecorado con la Orden de la Espada. Más tarde... mi Emperador y Rey me hizo en varias ocasiones la misma pregunta cuando me presentaba ante él después de una promoción o de una permuta. Cada vez experimenté la misma alegría y el mismo orgullo".

Durante la guerra, sale de caza.

"Llegué al apogeo de la felicidad cuando, gracias a la augusta benevolencia de Su Majestad, pude cazar en los reales bosques un alce de hermoso tamaño".

Con ocasión de un encuentro con el Kronprinz, escribe:

"Su Alteza Imperial y Real, el príncipe heredero alemán... me hizo el honor de comandar de servicio, en la estación de Montmedy, una compañía de asalto... Esta recepción era absolutamente propia del espíritu caballeresco de Su Alteza, a quien me fué dado encontrar más tarde bastante a menudo".

Un día que el Emperador hablaba de la paz con Hindenburg, éste escribe: "Fuí testigo de los profundos sentimientos de mi muy Augusto Señor de la Guerra. Su deber para con los hombres, su responsabilidad ante Dios lo preocupaban en el más alto grado".

Como el Emperador lo felicitara el día de su septuagésimo cumpleaños, dijo:

"Su Majestad, mi Emperador, Rey y Señor me hizo la gracia de ser el primero en venir a darme sus felicitaciones a mi casa (el gran cuartel general). Fué para mí la más hermosa santificación del día".

Como un avión alemán había lanzado un buen día por casualidad una bomba sobre el gran cuartel general, el Emperador le mostró al Mariscal las astillas recogidas en el jardín. Este último termina el relato del incidente con estas impresionantes palabras:

"Sin embargo, hemos corrido un gran peligro".

El redactor literario del Mariscal encuentra las palabras más conmovedoras al hablar de Ludendorff. Pasa sin insistir en la crisis de nervios de que fué atacado el jefe de estado mayor durante al batalla de Tannenberg. Con ocasión de la partida de Ludendorff, precisa:

"Al día siguiente, franqueé el umbral de la sala de trabajo que compartíamos. Al ver esas piezas vacías, me pareció que acababa de enterrar a un amigo particularmente querido. Hasta hoy — septiembre de 1929 — no he vuelto a ver a mi fiel auxiliar y consejero con el cual he pasado años tan agitados. Lo he buscado millares de veces y siempre lo he encontrado en mi corazón reconocido".

Otros pasajes han sido escritos para el pueblo. ¿Por qué decir la verdad sobre los dos años de disputa con Falkenhayn? ¿Por qué habría de saber el campesino que a veces hay querellas en el castillo? El señor debe cerrar las puertas a fin de que el vasallo no pierda el respeto y la veneración que le debe.

Con respecto a Falkenhayn escribe, pues, que se ha inventado un cuento absurdo, y cuando cuenta que el Emperador convocó a los dos generales para darles la dirección general de los ejércitos que quitó a Falkenhayn, Hindenburg simula asombro y sostiene que no supo la noticia sino a su llegada a la estación. Después de tratar durante dieciocho meses de derribar a su rival — con razón, por lo demás, — parece, según el libro, haber sentido por él una verdadera veneración, y cuenta que en el momento de la transmisión de los poderes, el general von Falkenhayn, al partir, le tendió la mano, diciendo:

"Que Dios sea con usted y con nuestra querida patria".

Habiendo esbozado este cuadro teatral, prosigue:

"Ni en el momento en que asumí mis nuevas funciones, ni más tarde, supe de boca de mi Emperador las razones de nuestro súbito nombramiento para un nuevo servicio. Nunca tuve deseos ni tiempo de tratar de conocer las causas de ciertos acontecimientos, causas que no pueden dejar de tener un valor histórico".

Estos eufemismos destinados al pueblo carecen de importancia, cuando no constituyen acusaciones. La importancia política del libro de Hindenburg no comienza sino en el capítulo en que se propone disculparse.

"En tanto que hombre, he pensado, obrado y cometido errores" — dice en el prólogo de su libro. Pero en la obra misma, nunca comete errores; los errores son siempre anotados en la cuenta de los demás.

"El alemán — dice al hablar del espionaje en el país — no se mostró lo bastante educado, políticamente, para poder conservar el control de sí mismo. Esto era superior a sus fuerzas, era preciso que dijese sus pensamientos, aunque fuesen desastrosos en el momento en que los decía; creía deber satisfacer su vanidad comunicando su ciencia y sus sentimientos a quien quería escucharlos. Este defecto nos ha perjudicado más que los fracasos militares, en la gran lucha en que defendíamos nuestra existencia nacional".

Después de este reproche general, Hindenburg llega a hablar, hacia el final del libro, del otoño de 1918. El 29 de septiembre había pedido con Ludendorff un armisticio dentro de las veinticuatro horas, había ido a Berlín para obtener del príncipe de Baden que telegrafiase inmediatamente a Wilson, y se encontraba, pues, como actor principal, en el centro de los acontecimientos políticos. En sus Memorias, invierte los papeles, afirma lo contrario de la verdad:

"Deseaba estar cerca del Emperador (en Berlín), para el caso en que necesitara de mí... No tenía en modo alguno la intención de ejercer sobre nadie una influencia política... Tenía todavía la firme convicción de que podríamos impedir durante meses el acceso del adversario a nuestro territorio, a pesar de la disminución de nuestras fuer-

zas. Si era posible la resistencia, la situación política no era desesperada. La noche del 4 al 5 de octubre, nuestro ofrecimiento fué dirigido al presidente de los Estados Unidos...

"Así el resultado de la lucha estaba determinado; no se podía ya cambiar nada en él si no lográbamos movilizar las últimas fuerzas del país. Un reclutamiento en masa del pueblo no habría dejado de producir impresión en nuestros adversarios y en nuestro propio ejército. ¿Pero existía esa masa de hombres utilizables, fuertes y dispuestos al sacrificio? En todo caso, nuestra tentativa de llevar esas fuerzas al frente fué inútil: la gente que no combatía sucumbió antes que el ejército, y en estas condiciones nos fué imposible oponer una resistencia seria a la presión del enemigo que cada día se hacía más fuerte. Nuestro gobierno cedió contando con la clemencia y la justicia. El soldado y el estadista alemanes se internaron en direcciones opuestas. La ruptura que se produjo era irreparable".

¿Por qué decía Hindenburg que el alemán no sirve para la diplomacia? ¿Es una manera más elegante de falsear la verdad? Con la lectura del libro que le está dedicado, el pueblo alemán no llega a saber que Hindenburg fué quien exigió el armisticio ni que Ludendorff rehusó en su nombre personal y no en el nombre del Mariscal el reclutamiento en masa, ni que el 10 de noviembre Hindenburg obligó al plenipotenciario alemán a aceptar las condiciones de los aliados, enviando el telegrama: "Firme, sin embargo", que hizo el efecto de un mazazo, ni finalmente que acusó a los no combatientes de haber (por su falta de resistencia) impedido la victoria. ¡No se habla sino de un gobierno sin voluntad y de un pueblo responsable de la derrota! Y para grabar bien esta imagen en la mente del lector, insiste:

"Así como Sigfrido sucumbió bajo el pérfido golpe de Hagen, que le clavó su venablo en la espalda, igualmente nuestro frente, ya sin fuerzas, sucumbió".

Millares de oradores han ido repitiendo esta frase, que ha quedado grabada en el corazón de millones de alemanes. La juventud debió creer estas palabras, pues no oía otras. Los combatientes le prestaban oído complaciente, pues excusaban una derrota que, por lo demás, ningún ejército

podría haber evitado; los burgueses al amor de la lumbre no la creyeron menos, porque no se sentían afectados, y todos veían en el socialista al villano Hagen que hirió al valiente Sigfrido.

Cuando estas palabras del héroe hubieron sembrado la cizaña entre el pueblo, el diputado ario, David, dijo en el Reichstag:

"Hindenburg ha reforzado con su propia autoridad la leyenda de la puñalada. No se podía hacer algo más abominable ni más nefasto para la reconciliación de los hermanos enemigos en el interior que lanzar esa terrible acusación contra el pueblo, contra el país que sufrió indeciblemente haciendo todo lo que estaba a su alcance por evitar la derrota... ¿La puñalada? Fué dada, en efecto, pero por el despacho de Hindenburg que exigía el armisticio inmediato. Esta señal de zozobra fué una puñalada mortal para todas las tropas que todavía creían en la posibilidad de la victoria".

En el curso de un gran proceso, algunos años más tarde, se pudo comprobar cuánto daño causaron a la República las malhadadas palabras de Hindenburg. La derecha caída tenía entonces una palabra bajo la cual podía ocultar su responsabilidad en esa guerra perdida: tenía en su favor la más alta autoridad del país. En libros de clase admitidos oficialmente en la lista de los manuales escolares, la leyenda de la puñalada ha sido admitida como causa de la derrota, en fe a las palabras de Hindenburg. Se ha sostenido que un general inglés fué el primero en pronunciar las palabras en cuestión; éste ha desmentido tal aserción. El autor de estas palabras no es un inglés, sino un auténtico general alemán, el general von der Schulenburg, que poco antes de la abdicación del Emperador propuso como último recurso "enviar inmediatamente a Verviers, a Aix y a Colonia, a los mejores oficiales de las tropas escogidas para restablecer por la fuerza el orden en esas ciudades". Se trataba de encontrar una frase característica y apropiada. "Entre nuestros hombres — continuaba el general — una explicación producirá el efecto deseado: bastará decir que la marina, aconsejada por medradores judíos y por espías

los ha atacado traidoramente por la espalda, haciendo imposible el abastecimiento".

Cuando Hindenburg hubo hecho suya esta historia, el coro de las voces alemanas se amplificó, y se modificó la fórmula: la victoria estaba al alcance de la mano, pero los odiosos socialistas la hicieron imposible.

"En esos días de octubre, — escribió para su defensa un profesor implicado en el proceso — la victoria o la derrota estaban en un hilo".

En el curso del debate, se reveló el hecho siguiente: En las ambulancias y los hospitales los convalecientes habíanse negado a hacer los ejercicios de reeducación prescritos. Un oficial inválido señaló que en un tranvía, una cobradora no le había guardado suficientes consideraciones. "Los soldados de los ejércitos enemigos eran menos exigentes que los alemanes para el alimento" — declaró un coronel que, sin duda, había hecho la guerra en la mesa de los oficiales y nunca había visto el rancho de un simple soldado. "Los socialistas han preparado y propagado sistemáticamente la excitación al odio de clases y hecho imposible desde el principio la victoria. Negamos la afirmación de que en el otoño de 1918 una marcada superioridad del adversario haya obligado a la Dirección Suprema del Ejército a suspender la lucha: en tal caso, la derrota habría tomado un aspecto diferente. Son las historias de paz de armonía, propaladas de boca en boca, y el pesimismo del nuevo gobierno lo que, desde 1917, ha envenenado la moral de la tropa".

El descontento general en la tropa se tradujo en esa época por los versos macarrónicos siguientes:

Con sueldo igual e igual comida,
la guerra ya habría terminado.

Lo que pedían los soldados era que el oficial tuviera el mismo rancho que ellos. ¿Qué debía pensar el simple soldado al ver, hasta 1918, en la mesa de ciertos restaurantes de oficiales menus litografiados? La puñalada en la espalda — dijeron más tarde los viejos soldados,—debió ser dada con tirabuzones, abridores y cuchillos de postre".

Es exacto que en el curso de las últimas batallas, en el verano de 1918, unos soldados perseguidos a muerte recibieron un día a las clases jóvenes con el grito de "¡quebradores de huelgas!" ¡Pero lo que habían sufrido desde hacía meses y meses y lo que se había contado de boca en boca! Dos soldados fueron enviados un día a la primera línea llevando una orden; franquearon una línea de fuego y entregaron su mensaje escrito, redactado así: "R. I. Kirschbach, 7.10.17. Orden del Regimiento. Los agradecimientos del Mariscal von Hindenburg concernientes a las felicitaciones recibidas con ocasión de su septuagésimo aniversario deben cortarse de los diarios y colocarse en los acantonamientos, resguardos, etc. . ." Ciertamente no era Hindenburg el que había dado esta orden de una estupidez imperdonable, y más estúpidos aún eran los hombres que la ejecutaron en lugar de tirarla a la basura.

Para que los soldados soportasen ser tratados de "puercos de las trincheras" por los acicalados oficiales de las etapas, para que millares de oficiales de reserva aceptasen no ser jamás promovidos a un grado superior en un estado mayor, para que los viejos reservistas admitiesen ser tratados como perros por jóvenes sin experiencia, subtenientes de diecinueve años, era preciso que un ejército fuese educado a la prusiana. Y para no rebelarse, era necesario que llevase la huella de dos siglos de férrea disciplina.

¿Qué podía pensar el Mariscal al leer las relaciones de sus generales? Estas no respondían a la exposición de sus Memorias escritas en 1919, sino a la exposición oficial que de ellas hizo en 1918: el kronprinz elogia el espíritu combativo de las tropas,, diciendo que el año último no han sido menos buenas que los años precedentes, y atribuye el descontento "a los sangrientos e inmensos sacrificios de tres años de guerra, a la perspectiva de pérdidas ulteriores, a cierta depresión moral, a la carencia de alimento, a la escasez de carbón y finalmente al fracaso de la guerra submarina". El general von Kuhl, brillante defensor de los generales ante la Comisión de investigación, declaró que el fracaso de la última ofensiva había decidido el resultado de la guerra, pero que en agosto de 1918 las tropas se habían batido como antaño, y agregó fríamente, como verdadero

general para quien la guerra no es un juego: "La clase 99 estaba agotada, la clase 1900 no estaba aún madura".

El comandante que Hindenburg envió el 1º de octubre de 1918 a Berlín para anunciar a los diputados la verdadera situación, les dijo: "Nuestras tropas se han portado admirablemente, el viejo espíritu de heroísmo no se ha perdido". Pero el comandante von Hindenburg, nieto del Mariscal, se expresa en amargos términos sobre la exposición de su tío:

"Según la convicción del Mariscal, la puñalada en la espalda fué la causa de la derrota. Nadie lo hará cambiar de opinión. No ve las consecuencias catastróficas del intempestivo ofrecimiento de armisticio de Ludendorff".

Si el Mariscal, que por error apeló al testimonio de un general británico, quería realmente la opinión de un inglés, habría podido consultar el diario de guerra de Churchill, donde habría encontrado un epílogo dedicado, en verdad, no a los generales, sino al pueblo alemán:

"Tan lejos como recuerda la memoria humana, no se había visto una explosión de fuerza como la del pueblo alemán. Durante cuatro años, Alemania hizo frente al enemigo en cinco continentes, en tierra, en el mar y en los aires. Los ejércitos alemanes tuvieron en constante preocupación a los aliados desconcertados; obtuvieron victorias en todos los terrenos de operaciones; encontrábanse en todas partes en país conquistado e infligieron a sus adversarios sangrientas pérdidas, equivalentes al doble de las suyas. Para agotar sus fuerzas y sus conocimientos prácticos, para poner fin a su locura asesina, las más grandes naciones del mundo debieron entrar en liza... Verdaderamente, señores alemanes, bien habéis llenado las hojas de la Historia".

¿Cómo habrían sido posible esas hazañas sin los millones de seres desconocidos que se sacrificaban en el interior del país? ¿Acaso el Mariscal nunca observó a esas gentes en la calle, antes o después de la famosa sopa de Cassel? Cuando en su coche-salón se dirigió a Kolberg, y en seguida volvió a Hanóver, no quedó impresionado por los demacrados rostros de las mujeres y de los niños para los cuales la guerra no había sido "la equivalencia de una temporada en los baños"? Trece millones de hombres habían sido llamados a las armas, pero cincuenta y dos millones fueron sitiados durante cuatro años. El pueblo alemán resistió durante esos cuatro años de una guerra que los generales **perdieron.**

VII

Parecían decididos a hacer creer al pueblo alemán que, sin embargo, habían ganado. Antes de la publicación de las Memorias (en noviembre de 1919), fueron invitados a una gran "mise en scene" que debía tener considerables consecuencias para Hindenburg y para Alemania. La Comisión nombrada por el Reichstag para investigar sobre la derrota, hizo comparecer a los dos generales. Esta Comisión no era un tribunal; ningún juez debía condenarlos, como lo habían sido en otro tiempo Benedek, Bazaine y Kuropatkin después de las guerras o las batallas que habían perdido. La Comisión de investigación del Reichstag debía simplemente investigar los hechos, establecer la verdad. Pero al igual que un juez, podía hacer comparecer, hacer citar testigos, hacerles prestar juramento o retirarles la palabra. Algunos días antes, había condenado a trescientos marcos de multa a Helfferich, que se había conducido con una extrema arrogancia. Ludendorff declaró que no se presentaría sino acompañado de Hindenburg.

Los dos generales podrían haber faltado si lo hubiesen deseado. ¿Qué tenían que temer de ese débil gobierno? ¿Podría haberlos hecho traer por una compañía de soldados de la Reichswehr? La opinión pública no lo habría admitido, ni aún en el caso de Ludendorff. Si se presentaban ante una Comisión por la cual no sentían sino desprecio, era porque tenían sus razones; no se tardaría en conocerlas.

Para hacer de la comparecencia de Hindenburg una manifestación nacional y triunfal, los reaccionarios organizaron una impresionante mise en scene: coche salón, compañía de honor en la estación, recepción, dos oficiales de la Reichswehr puestos a disposición del Mariscal como ayu-

dantes de campo particulares, faccionarios de la Reichswehr. Los alumnos de las escuelas conducidos por sus maestros, y el cuerpo franco Lutzow desfilaron ante el domicilio del Mariscal en Berlín, sin que interviniese la policía. El cuerpo franco se reunió alrededor de un viejo estandarte de las guerras de emancipación, y ejecutó en medio de una calle de Berlín, un desfile en paso de parada ante Hindenburg que se mostró con la cabeza descubierta. Finalmente, la misma mañana de la comparecencia, trescientos estudiantes en gran tenida llegaron en automóvil y rodearon el coche del Mariscal, gritando: "No toleraremos que nuestro héroe nacional comparezca ante una banda de pobres imbéciles".

Helfferich había ofrecido hospitalidad al Mariscal y delante de su casa se produjeron estos incidentes; Helfferich era uno de esos políticos flotantes, que por la noche se acuestan al lado izquierdo y por la mañana amanecen al lado derecho. Cuando la guerra con que había soñado terminó en pesadilla, el demócrata despertó al lado derecho. Lamentó la resistencia que había opuesto a la declaración de la guerra submarina, y venía ahora a defender violentamente una tesis que había combatido delante de otra Comisión tres años antes.

Hubiera querido hacer volar esa Comisión. No habiéndolo logrado, redactó para el Mariscal, con la colaboración de algunos amigos una Memoria que éste debía leer. Todo estaba combinado por Ludendorff para que las deposiciones de ambos generales se completasen. En la villa del vice-canciller Helfferich, que antaño había combatido las ideas de Ludendorff, pero que muy deferente, habíase rendido pronto a los argumentos del general, fué donde se reunieron los dos grandes jefes militares. Trece meses habían transcurrido desde que se habían encontrado por última vez, como todas las mañanas durante la guerra en la pieza en que Ludendorff, cerebro de la nación alemana, preparaba sus planes de campaña.

Estamos en diciembre, una tenue claridad ilumina las tormentas de nieve. Fuerzas de policía y ametralladoras rodean el Reichstag; el coche del Mariscal es acogido con aclamaciones y con injurias dirigidas a la República. Helfferich se esfuerza por seguir a Hindenburg que sube la gran escalera a pasos de gigante. En el vestíbulo, Ludendorff espera En la gran sala estallan ovaciones. Bethmann Hollweg, sumido en un sillón al abrigo de las miradas, oye los gritos de alegría y menea la cabeza con una amarga sonrisa. Entran en la sala, el presidente sale al encuentro de los generales; todo el mundo se ha levantado, la Comisión, los secretarios, la prensa y el auditorio. Este reúne un público elegante, los diplomáticos de los países ex-enemigos, los pintores y los actores en boga, que se han interesado por asistir a este espectáculo.

Pero una primera sorpresa les espera: los dos grandes jefes visten de civil. Esos hombres que parecían venidos al mundo con su uniforme se han sacrificado a la moda pacifista del día y se presentan con trajes negros. Por lo demás, todos los trajes le sientan bien a la alta talla de Hindenburg, que encuentra en su asiento un ramillete de crisantemos atados con una cinta negra, blanca y roja. ¿Debe el presidente quitar esos colores? Nó; ¿no es una bandera? ¿Quién es el presidente de esa Comisión de investigación?

Es un hombre cuyas noches son también perturbadas, un verdadero demócrata cuyo sueño inacabado continúa todavía al lado izquierdo. Hace tres días que su predecesor, un conservador, debió resignar sus funciones porque se negaba a hacer comparecer al Mariscal. Esta es la primera vez — y será la última — que reaccionarios comparecen ante republicanos y se ven obligados a contestar a sus preguntas. Allá, en el fondo de la sala está "el pueblo"... el que ha podido procurarse tarjetas de entrada.

¿No debería la República haber escogido al hombre más ardiente y más inteligente para dirigir esos debates? Sin duda. Pero se ha tomado aquél a quien le correspondía el turno.

Habla. Lamenta que el Mariscal haya tenido que hacer el viaje con ese tiempo detestable, pero, "es el general Ludendorff el que, desgraciadamente, ha insistido en ello para ser oído".

El Mariscal presta juramento. Por fin oyen las tribunas su célebre voz de bajo. ¿Va esta poderosa voz a derribar a los nuevos dirigentes? ¡Qué situación para ese hi-

dalgo de setenta y dos años! Por primera vez desde hace veinte años, debe dar cuenta de sus actos a un hombre que no es su soberano. Y esas gentes a las cuales debe responder son precisamente — y lo cree firmemente — las que han expulsado a su señor. ¿Va a aplastarlos con su poderoso puño? Nó. Las tribunas van a ver cómo se comporta un viejo oficial de la guardia imperial.

Después de la prestación de juramento, todo el mundo se ha sentado. En seguida Ludendorff se levanta, y con una voz enérgica y cortada lee en el nombre de los dos jefes militares una reserva de derecho, según la cual podrían negarse a hablar, en razón de demandas judiciales a las cuales se exponen. Sin embargo, han venido, a fin de que el pueblo alemán conozca la verdad sobre los acontecimientos pasados. Ludendorff ha terminado. El presidente se dirige ahora deferentemente a Hindenburg.

—¿Ha recibido Vuestra Excelencia el cuestionario? La primera pregunta se refiere a la guerra submarina.

A su vez, Hindenburg habla con una exquisita cortesía:

—Antes de responder como lo debo a esta pregunta, pido permiso para leer una breve exposición de los principios que han guiado todos nuestros pensamientos, nuestras decisiones y nuestros actos durante la guerra.

¿Se puede rechazar la cortés petición del viejo militar?

—Señor Mariscal, — dice el presidente — teníamos la intención de no admitir la lectura de exposiciones escritas, pues se trata ahora de establecer simplemente los hechos. No sé si la exposición que el señor Mariscal tiene la intención de leer se refiere sólo a hechos establecidos. La Comisión no quiere oír por el momento ningún juicio de valor.

Ya la posición del presidente es difícil. Sin embargo, el amo es aquí el burgués Gothein, Consejero Real y Secreto de Minas, puesto que es elegido por una Comisión, escogida también por los representantes de la República. Hoy día es él y no el Mariscal el que representa al pueblo alemán. Hace llegar a los dos generales seis preguntas concisas, precisas, como es de rigor entre oficiales. ¿Por qué no exige una respuesta a su pregunta? ¿Por qué habla en tercera persona? ¿Esta manera obsequiosa de expresarse no va a despertar en el Mariscal el sentimiento de que aquí es él el amo? ¿No hablaban ya los campesinos en tercera persona cuando se dirigían al pequeño hidalgo de diez años? ¿Y después de ellos no ha sucedido lo mismo con una legión de ordenanzas, de plantones, de oficiales bajo sus órdenes? ¿Se le ocurriría jamás dirigirse al pobre burgués, al otro lado de la mesa, diciéndole: "Se dignaría el señor presidente...?" Por eso la respuesta es ya más altanera:

—No doy sino hechos históricos, pero considero indispensable recordarlos brevemente a estos señores.

Esto quiere decir: "Mis pobres amigos, ustedes lo han olvidado todo, voy a refrescarles la memoria". Por lo demás, sabe perfectamente que el papel que tiene delante de él, no contiene sino fechas. Habría llegado entonces el momento de que el presidente, director de los debates, impidiera que el hidalgo leyese su relación. Pero el general le infunde mucho respeto. ¿Acaso no es él quien ha ganado la batalla de Tannenberg? ¿Y un simple ciudadano se atrevería a quitarle la palabra? Hindenburg saca de su bolsillo unos grandes lentes de cuerno, se los pone sobre la nariz, toma su papel y habla con el tono fácil de alguien que cuenta una historia:

—Cuando tomamos el comando de los ejércitos, la guerra mundial seguía su curso desde hacía dos años. Impulsados por el amor a la patria, no tuvimos más que un solo objetivo: librar al Imperio y al pueblo alemanes de todos los perjuicios y darle una paz ventajosa. Para esto, se necesita tener **el deseo de vencer.** Este estaba ligado a la fe en nuestro buen derecho. Un general que no quiere ganar la victoria para su país no debe aceptar el comando o bien no aceptarlo sino con la misión de capitular. No recibimos esta misión, no la habríamos aceptado... Nuestra política ha fracasado. Nosotros, que no queríamos la guerra, emprendimos la más grande de las guerras de todos los tiempos.

Suena la campanilla del presidente.

"Hindenburg — dice la relación oficial — se extremece,

parece entrecortado, y se detiene en medio de su exposición".

Se ha producido un hecho inaudito: ¡un hombre, más aún, una campanilla se ha atrevido a interrumpir a Hindenburg! Y he aquí un segundo hecho increíble: Hindenburg se enerva. ¿Puede uno extrañarse de ello? ¿Ha llegado a los setenta y dos años para permitir que un civil lo interrumpa? Dése una mirada a toda su vida pasada: En su juventud como en la edad madura ha sabido cuadrarse delante de un superior. Pero no habiendo estado nunca ante la justicia, ¿dónde podría haberse encontrado jamás frente a civiles que tuvieran una autoridad superior a la suya? Es la primera vez en su vida que ha sido interrumpido. ¿Y qué le dice ese simple burgués?

—Un momento. Ese es un juicio de valor. Protesto contra esa frase.

En seguida el presidente le explica muy cortésmente las razones de su intervención. ¿Va el Mariscal a dar un puñetazo sobre la mesa? Nó. El hidalgo es un hombre de mundo, a pesar de su enorme estatura. Con una inclinación de cabeza, Hindenburg da a entender que acepta las explicaciones. ¿Qué va a hacer entonces? Todos los ojos están fijos en ese anciano señor tan distinguido. Este tiene una inspiración genial. El viejo soldado, que siempre ha sido enemigo "de los artificios del espíritu", encuentra la buena solución: se ha inclinado silenciosamente, aceptando la amonestación. El incidente ha terminado. Continúa, pues con una calma, imperturbable la frase interrumpida:

—...la más terrible, la más despiadada que la Historia ha conocido jamás.

¡Pobre presidente! Ya son las once y su flotilla de submarinos, con que pensaba atacar a los generales, se va al garete... Con el oído atento, la cara angustiada, está sentado allí bajo las mofas de los auditores — pues la galería, tanto en el tribunal como en el teatro, nunca está en favor de la justicia, sino siempre en favor de la artimaña victoriosa. — El bajo profundo continúa:

—Una cosa hay que es cierta: el pueblo alemán no ha querido la guerra, el Emperador alemán no la ha querido, el gobierno tampoco, el estado mayor menos que nadie, pues mejor que nadie conocía nuestra situación infinitamente difícil en caso de guerra con la Entente.

Helo ahí lanzado; rechazando la acusación, ha encontrado la transición para pasar al ataque.

—A pesar de todo, podríamos haber llevado a buen fin la lucha desigual, si hubiera habido una colaboración íntima y completa entre el ejército y los no combatientes. En esta unión habíamos visto el medio de hacer triunfar la causa alemana. Pero mientras que en el enemigo todos los ciudadanos habíanse agrupado en una unión sagrada, entre nosotros, los intereses y los egoísmos de partidos ostentábanse a plena luz.

¡Campanillazo! Pero ya está acostumbrado: sabiendo que esto no tiene ninguna importancia, se contenta con detenerse un instante levantando los párpados. ¿El presidente va a quitarle por fin la palabra? ¿Le dirá que no lo ha citado para que se haga el acusador del país y de los partidos políticos que detesta? ¿El representante del poder republicano va finalmente a llevar a la razón, por medio de algunas palabras bien sentidas, a ese impertinente monarquista? Nó. Una voz discreta articula:

—Señor Mariscal, emite usted un juicio de valor (es ésta la expresión favorita del Consejero de Minas) sobre el pueblo. La Comisión ha decidido no admitir juicios de valor. Lo lamento infinitamente, pero no puedo hacer excepción para el señor Mariscal e ir contra las decisiones de la Comisión que han sido tomadas por unanimidad. Le rogaría, pues, que suprimiera este pasaje.

Demasiadas palabras para no proferir sino humillantes excusas ¿Acaso el testigo no tiene razón para recurrir a la táctica probada hace un momento? Continúa tranquilamente con su voz de bajo profundo:

—Y estas circunstancias provocaron pronto una escisión en el pueblo y un relajamiento del deseo de vencer.

Nuevamente suena la campanilla:

—He aquí otro juicio de valor contra el cual debo protestar.

La sala se agita, el presidente advierte al auditorio y a la prensa que va a hacer evacuar la sala. Satisfecho de haber lanzado en este recinto su frase de donde será lleva-

da a través del universo entero, Hindenburg parece querer inclinarse e improvisa una transición:

—La Historia pronunciará su juicio definitivo sobre lo que aquí se me prohibe decir.

Con estas palabras: "se me prohibe", ha ganado definitivamente la simpatía de la sala, y sin ser interrumpido puede continuar calumniando al país:

—Yo pedía una colaboración enérgica y franca y no obtuve sino desfallecimientos y debilidad.

El Consejero de Minas se agita cada vez más en su asiento. No atreviéndose a dar un golpe recto, continúa su sistema de pinchazos; no teniendo el don de la palabra, repite indefinidamente su frase estúpida "juicio de valor", acaba de decirla por quinta vez agregando, ahora: "contra el cual protesto enérgicamente".

—Los ciudadanos que no tomaron parte en la lucha, — replica la voz de bajo del inquebrantable héroe, y ahora es cuando va a dar el golpe decisivo, — esa gente no nos ayudó más desde ese momento, y hemos vivido en el temor constante del derrumbe... En esa época fué cuando la flota y el ejército fueron sometidos a un trabajo secreto y sistemático de descomposición que, por lo demás, había comenzado en tiempo de paz... Las valientes tropas que no se dejaron ganar por la contaminación de la propaganda anarquista tuvieron que sufrir mucho por la indigna conducta de sus camaradas revolucionarios.

Ya está dicha la gran frase. Para pronunciar esta frase en la sala del Reichstag ha hecho el Mariscal el viaje de Hanóver a Berlín. Citado a comparecer para explicar las razones que lo determinaron a hacer la guerra submarina, a pesar de América, y por qué exigió un armisticio en los más breves plazos, ha sido lo bastante hábil para acusar, en el corazón mismo de esa República aborrecida, en el Reichstag y ante el mundo entero, al partido político que ha creado y sostenido la República.

¿Y qué va a suceder ahora? ¿Va el presidente a retirarse para deliberar con sus colegas sobre la actitud del testigo? El informe de la sesión señala que la sala está alborotada. El presidente se pone de acuerdo en voz baja

con dos diputados de la Comisión, en seguida se vuelve y dice:

—Ruego al señor Mariscal que continúe declarando.

Con la misma voz monótona — pues el presidente ha perdido ahora todo prestigio ante los ojos de Hindenburg — termina éste su acta de acusación:

—Las intenciones de la Dirección del Ejército no pudieron ser ya ejecutadas. Nuestras reiteradas peticiones de una enérgica intervención para el restablecimiento de una disciplina y de una legislación rigurosas no hicieron efecto. En estas condiciones, nuestras operaciones debían fracasar inevitablemente, y seguirse la derrota. La revolución no fué sino su consecuencia... Un general inglés ha dicho con razón que el ejército alemán fué apuñaleado por la espalda... He ahí la línea que ha seguido la evolución trágica de la guerra para Alemania después de una serie de brillantes triunfos en numerosos frentes, como nunca se habían visto".

El lamentable presidente, cogido de improviso, no responde a esta música de la victoria. No rechaza la acusación con indignación, no sabe más que decir:

"Me atrevería a rogar que pasara a la respuesta del cuestionario": — Y pregunta por qué se decidió la guerra submarina:

Hindenburg.— Porque ya no había otro medio de aliviar el frente occidental, duramente experimentado, y de obligar al enemigo a hacer la paz... Era el único medio de terminar la guerra.

Sigue el interrogatorio de Ludendorff, a quien el presidente conduce más fácilmente; éste no es el héroe nacional, no es más que el general ayudante. La nerviosidad de Ludendorff se revela por su voz que, por momentos, tiene tonos agudos; grita, se estrella inmediatamente con el presidente a causa de los famosos **juicios de valor,** y exclama:

"¡Qué es un **hecho** y qué es un **juicio de valor!** He prestado juramento y si no se me permite decir la verdad, estaré en conflicto con mi conciencia!

Dicho esto, la Comisión se retira para deliberar; la interrupción de la sesión es de media hora. Todo el mundo aprovecha este intervalo para acercarse a los dos generales

que, dueños absolutos de ese salón, parecen recibir los homenajes de los asistentes.

En la continuación de la sesión, los testigos disputan: por una parte, Bethmann-Hollweg y Bernstorff, por otra parte los dos grandes jefes militares. Hindenburg sostiene que los Estados Unidos estaban de acuerdo con la Entente y que por este lado no se podía tratar de hacer nada, pues, de todos modos, habrían declarado la guerra. Bernstorff, Embajador en Wáshington a la sazón, niega esta opinión, Ludendorff, dando un puñetazo sobre la mesa, exclama:

—Esa es una de esas infames mentiras que circulan en el pueblo. Se pretende hacernos responsables de todo lo que ha sucedido. Por el contrario, nosotros dos hemos obrado con toda lealtad... Sí, confieso que el conde Bernstorff me es absolutamente antipático. Ha dado al canciller falsas informaciones sobre Wilson. Es él quien ha provocado las vacilaciones del gobierno en la declaración de guerra submarina que debía terminar inevitablemente en la guerra con América y los neutrales. Según la deposición del conde Bernstorff, yo habría dicho que no quería la paz; (puñetazo sobre la mesa) nunca he dicho eso. Pido que el Mariscal y todos mis colaboradores sean oídos sobre este asunto, a saber: si jamás he dicho que no quería dar la paz al pueblo alemán. Es un desafío al sentimiento de responsabilidad que tengo arraigado en el fondo del corazón.

Calmado y correcto, Bernstorff niega esa acusación. Pero Hindenburg interviene:

—Rechazo de la manera más enérgica y con una gran indignación el reproche dirigido a mi colaborador... No sé si estos señores comprenden el sentimiento de responsabilidad hacia la patria que ha llenado nuestro corazón durante años.

Una vez más, nadie protesta. Ninguna voz se eleva para oponerse a la que acaba de hacerse oír. El Consejero de Minas no toma la defensa del pueblo alemán, los miembros de la Comisión de investigación del Reichstag, que han visto caer a sus hijos y a sus hermanos en los campos de batalla, se quedan con la boca cerrada.

¿Por qué esta extraña abstención? Porque son las dos y todos tienen hambre, el almuerzo está listo, — de

calidad diferente, sin duda, para unos y otros — y como el presidente pregunta discretamente a los dos generales si quieren volver después de almuerzo, ellos declaran que es imposible.

La Comisión nos los volvió a ver nunca más.

Volvieron a su casa, custodiados por la policía, saludados por la Reichswehr, aclamados por la muchedumbre.

Un hombre comprendió el significado de esa escena aún antes de que hubiera terminado; fué un oficial desconocido que durante la sesión arengó a la masa reunida delante del Reichstag, y en un discurso inflamado cerca de los policías impasibles, exclamó:

"Asistimos a un momento histórico que será el punto de partida de la resistencia nacional de nuestro pueblo. Los hombres que durante cuatro años han protegido el honor de Alemania acaban de franquear esta puerta para hacer triunfar la verdad alemana. ¡Salud a ellos! ¡Nuestro pueblo despierta! En los miembros de esta Comisión de investigación reconocemos a los verdaderos traidores de la patria".

VIII

A los setenta y cuatro años, Hindenburg fué cruelmente herido por la muerte de su mujer, víctima de una penosa enfermedad; durante cuarenta años habían vivido juntos. El fotógrafo que desde Tannenberg lo seguía en todas partes — quizá más de lo que él lo deseara — fijó sobre la placa una expresión, — es un verdadero documento — tanto más impresionante cuanto que el Mariscal está en gran uniforme, cubierto de cruces y de grandes placas, rodeado de otros uniformes y de banderas, en la tenida prescrita por las convenciones sociales de su casta para semejante ceremonia. Entre los millares de retratos que representan al Mariscal antes y después de la guerra, y aún en el momento de la derrota, no hay uno solo como éste. Revela una infinita tristeza. No hay transición, el golpe es definitivo, ningún símbolo puede consolarlo. Es un hombre viejo que pierde a su único amigo. El gigante parece quebrantado.

Algunos años más tarde, con los mismos sentimientos, la mujer de Ebert lloraba sobre la tumba de su marido. Las circunstancias biológicas según las cuales, en semejantes uniones, el marido sobrevive a la mujer, o inversamente, no son determinadas únicamente por las más grandes fatigas del hombre o por la mayor fragilidad de la mujer. Hay entre ellas relaciones místicas y es imposible decir cuál es la desaparición más normal. Bismarck dijo un día en un acceso de rebelión contra las leyes naturales:

"No quisiera morir antes que mi mujer, pero tampoco quisiera que mi mujer muriera antes que yo".

Sin embargo, su vitalidad, como la de Hindenburg, era superior a la de su mujer.

El fallecimiento de Ebert antes de la expiración de su período presidencial provocó nuevos disturbios en la política. Su nombramiento no había sido más que una confirmación. El espectáculo de la elección popular que siguió es interesante porque los alemanes, por primera vez en su historia, fueron llamados a elegir un jefe de estado según sus ideas y su corazón. ¿Qué van a hacer? — se preguntaban en el mundo entero.

Primeramente, cada partido político se adelantó y presentó su candidato; en lugar de poner en competencia a dos hombres, los partidos insistieron en presentar nueve, todos hombres políticos, ninguno de los cuales era conocido por el pueblo entero. Entre esos candidatos había un sabio y un general. El partido político a que pertenecía el sabio y sus compatriotas de la Alemania del Sur, eran los únicos que conocían su valor. En cuanto al general, era Ludendorff.

El que creyera todavía en el prejuicio según el cual Alemania sería el pueblo de los poetas y de los pensadores, pensaría sin duda en una docena de nombres susceptibles de representar a Alemania. Se pueden citar: Max Weber, Simons, Bosch, Eckener, sabios o inventores de profundos pensamientos y de actuaciones prácticas. Tales hombres podían ser colocados a la cabeza de un estado por su edad, la variedad de sus conocimientos, su ciencia de la evolución social y el liberalismo de sus opiniones. Moderados desde el punto de vista político, tenían dignidad y no causaban temor a los extremistas. Pero ninguno de ellos fué escogido. Permítaseme recordar que seis años antes, en la Asamblea Nacional de Weimar, un grupo de alemanes que vivían en el extranjero propuso nombrar a Walter Rathenau presidente de la Asamblea. El acta de la sesión señala que esta proposición fué acogida con "hilaridad".

En esa primera elección popular, 69 por ciento de los alemanes expresaron su voluntad. Los jefes de los partidos de derecha obtuvieron 8 millones de votos, la izquierda 10 millones, Ludendorff solamente 225.000. En el segundo escrutinio, la izquierda se puso de acuerdo con el centro católico para presentar al jefe de este partido, el señor Marx; las derechas también quisieron presentar un candidato único, un burgomaestre renano, pero se dieron cuenta de que no tendrían ninguna probabilidad de hacer triunfar un candidato que el pueblo no conocía. Se trataba de preparar en cuatro semanas la elección de un presidente que permanecería en el poder durante siete años. Todos andaban a la caza de un hombre conocido, cuando alguien exclamó:

"Muy sencillo, tomemos a Hindenburg".

Esta elección no era concebible sino en un estado nuevo cuyas debilidades se han visto aquí mismo con sus causas internas; no ofrecía probabilidades de buen éxito sino en razón de la victoria del Mariscal sobre la Comisión de investigación. Si ya cinco años antes se había podido registrar esta victoria, ¡con qué facilidad no debía ganarse hoy la misma mayoría del pueblo!

El oficial anónimo que había hablado a la muchedumbre ante el Reichstag fué buen profeta.

Sin embargo, hubo algunas dudas: ¿no iba a compararse a Hindenburg con Mc Mahon que, presidente de la República, no debía ser sino lugarteniente del Emperador caído?

Stresemann lanzó una advertencia. ¿Qué iban a decir en el extranjero? ¿No iban a quitar todo crédito moral a Alemania? Se sondeó al Mariscal; rechazó. Gran confusión entre los unos, suspiros de alivio entre los otros. Junker, oficiales, grandes industriales, en una palabra todos aquéllos que habían gobernado antaño a Alemania y

que, después de seis años de un régimen republicano anémico, estaban decididos a volver a tomar las riendas, se reunieron y se concertaron para vencer la resistencia de Hindenburg. Fácilmente llegarían a manejarlo, — pensaban — haría un bonito papel y firmaría a ojos cerrados lo que se le presentara. El gran almirante Tirpitz que, diez años atrás, a principios de la guerra, ya había propuesto a Hindenburg como canciller, lograría sin duda convencer al anciano. Antaño, había sido el primero en comprender el valor político de una leyenda; ¿no había escrito entonces confidencialmente, que no conocía mucho al Mariscal, pero que éste era el único calificado para desempeñar las funciones de canciller, las más elevadas del Imperio? Si Hindenburg negaba, se recurriría a Tirpitz mismo.

El 6 de abril de 1925, Tirpitz entraba al gabinete de trabajo de Hindenburg. Sin duda, la **Kreuzzeitung** (1) estaba en la mesa, pues el Mariscal, fiel subscriptor, la recibía desde hacía sesenta años. En los primeros días de la "Revolución", esta gaceta había suprimido contra su voluntad, su sub-título: "Con Dios, por el Rey y por la Patria". Pero pronto volvió a tomar valor y desde hacía seis años escupía su cólera contra "la República roja de los judíos", inculcando ese odio a sus lectores; era el diario de la casa Hindenburg.

He ahí, pues, instalados el uno frente al otro, el almirante — tiene setanta y seis años — con su gran barba blanca de Neptuno, y el Mariscal — tiene setenta y siete años — con su abundante bigote gris. Discuten; el uno trata de convencer al otro. El sobrino de Hindenburg parece haber descubierto inmediatamente el fondo de su pensamiento, pues escribe:

"Bien comprendía el Mariscal que... si aceptaba, rompería con la tradición que le era querida; debería ser entonces el primero y el más leal guardián de la Constitución de Weimar. ¿Podría poner de acuerdo sus deberes nuevos y el juramento que antaño había prestado al Emperador? Tirpitz le dijo que, siendo el favorito del pueblo, — su deber era obedecer al llamado de la mayoría. Sería un sacrificio, por cierto, pero debía hacerlo por amor al pueblo alemán.

(1) La **Kreuzzeitung** ha sido por más de un siglo el diario conservador de los hidalgos, oficiales y altos funcionarios prusianos.

"Pero — agrega el sobrino — el gran almirante no le dijo que numerosos patriotas, igualmente respetables y cuerdos, estaban lejos de aprobar sin reserva la candidatura del Mariscal... Con Stresemann, muchos otros temían, si Hindenburg era elegido, una odiosa repercusión en la política externa. No creían que el viejo soldado, educado dentro del marco de las antiguas tradiciones, pudiese, a despecho de toda su buena voluntad, ser lo bastante imparcial para substraerse a la influencia de los círculos de derecha y defender resueltamente el nuevo régimen".

Hindenburg pidió tres días para reflexionar. ¿Cuáles fueron sus reflexiones?

Hanóver, la más vulgar ciudad del Reich, — ha dicho un poeta — no había cambiado desde los días de Carlota, de Werther, ni desde los caballos color café con leche que la hicieron célebre bajo los duques de Cumberland. En el curso de sus paseos, el Mariscal podía complacerse en contemplar la Victoria — representada bajo la forma de un ángel — en la cúspide de la columna de Waterloo — cerca de campo de Marte; podía admirar el emblema de los Güelfos, una yegua de piedra cuyo equilibrio parece un desafío a las reglas de la estática. Cuando había subido la hermosa avenida de tilos o descubierto en el parque de Döhren uno de los ciervos que pacen en libertad, podía visitar el célebre invernadero cuyo techo había que levantar cada cinco años porque abrigaba la palmera más alta de Europa; este árbol le recordaba quizá la pequeña palmera fénix que lo había seguido durante toda la guerra para adornar su mesa. Dos veces por semana bebía su vaso de vino en el jardín de un restaurante de la ciudad, según la costumbre de todos los oficiales en retiro.

¿Pero qué le importaban esas distracciones desde que su mujer ya no estaba a su lado, no comentaba con él las promociones de esa maldita Reichswehr a la que, sin embargo, la mayoría de sus sobrinos e hijos de amigos habían terminado por ingresar? Seguían entonces con senti-

mientos complejos las últimas noticias de Doorn, pequeña aldea de Holanda hacia la cual se dirigían a veces sus miradas dolorosas. La ciudad y sobre todo la gran casa le eran odiosas desde que ya no veía a su mujer, con quien había compartido su vida en una perfecta quietud. Las decisiones que tomó Hindenburg habrían sido muy diferentes, sin duda, si hubiese tenido que abandonar un hogar cálido e íntimo, con su mujer, que nunca reveló la menor ambición.

Tiempo atrás, cuando todavía estaba en vida, él le había hecho una promesa solemne: "De antemano me alegro de pensar en el paraguas de algodón que me compraré inmediatamente después de la guerra. Cuando se haya firmado la paz, pasaré a caballo con mi Emperador bajo la puerta de Brandeburgo (1), iré hasta el castillo, pues quiero asistir a esa fiesta, en seguida tomaré el primer taxi que pase, iré a reunirme con mi querida esposa y nadie me verá más".

¡Ah! Sí, con el Emperador.

"Sus relaciones con el Emperador — ha escrito el coronel Bauer — procedían de su manera puramente militar de pensar y de sentir; fueron siempre las relaciones de un oficial ligado a su Soberano por un juramente personal. Y por otra parte, ese juramento era un elemento de su ser cuyas raíces penetraban en sus sentimientos religiosos, sencillos e ingenuos, pero profundos".

En efecto, era así. ¿Acaso él mismo, al fin de sus Memorias, no había declarado solemnemente al pueblo alemán que deseaba ver surgir del mar eternamente en movimiento de la vida germánica, esa roca a la cual nuestros padres ataron antaño todas sus esperanzas: el régimen imperial alemán?

¿Y su juramento? ¿No había el Emperador desligado de él a los oficiales y a los funcionarios? ¿Millares de hombres no habían prestado juramento a la nueva Constitución permaneciendo a la vez en el fondo del corazón fieles a la monarquía? En 1922, había escrito al Emperador para asegurarle su indefectible fidelidad. ¿Podría conciliar esta

(1) La puerta de Brandeburgo es el "arco de triunfo" de Berlín.

reciente declaración con el juramento a la República? La patria siempre seguía siendo la patria, que el Emperador y Rey también amaba. ¿No debía entonces desear que ella tuviese a su cabeza un hombre seguro, fiel a los viejos principios, antes que uno de esos socialistas o comunistas que lo habían expulsado? Y si la patria debe ser colocada por encima del rey, ¿no podría reemplazar al soberano desaparecido, puesto que ella es eterna e inmutable en tanto que los humanos mueren?

Esa pobre patria estaba abandonada. "Nadie — le había dicho Tirpitz —es capaz de dirigirla con mano firme". y Tirpitz se había declarado dispuesto a sacrificarse, a lanzar su candidatura si Hindenburg rehusaba. En efecto, éste no era demasiado viejo, pues seis años de reposo lo habían rejuvenecido y la misión que había que cumplir respondía perfectamente a sus aptitudes. La presidencia no era una gran administración, un servicio semejante a la dirección de su cuerpo de ejército, donde se debe mantener a los hombres con energía y en calma a fin de que no se dispersen como antes. ¿Quién poseía en Alemania mejor que él esa autoridad indispensable? Viviría, pues, en un palacio, y eso sólo bastaría para inspirar respeto. Conocía los brillantes salones de la presidencia por haber danzado allí como teniente. El tren de vida del cuartel general llevado durante cuatro años recomenzaría, en mayor estilo; esto le recordaría también las recepciones de Magdeburgo, pero sería más grandioso. Sabría recibir dignamente a los viejos generales que lo habían combatido en otro tiempo. Sería dueño de toda Alemania. Era la promoción suprema a que un hombre puede aspirar. ¿No había mandado ya en cierto modo a la nación después de la partida del Emperador? ¿Se creía que iba a retroceder ante esos cobardes que lo habían interrumpido en la Comisión de investigación pero que no habían podido impedirle continuar y decir lo que quería? Nó, no temía a esos civiles, a esos cobardes.

Había la Constitución. Pues bien, cumpliría el juramento que debía prestar. Un viejo soldado, honrado y leal, no hace un doble juego. Si sus antiguos camaradas se imaginaban que iba a hacer volver al Emperador, se equivo-

caban. Por otra parte, ¿para qué, si poco a poco el poder volvía a aquéllos que habían nacido para ejercerlo? Pues esa Constitución no le prohibía gobernar con sus iguales. Si llegaba al poder sabría reforzar su casta permaneciendo a la vez estrictamente en los límites de la Constitución. La aristocracia alemana no había sido exterminada como la rusa, ni siquiera abolida como la austriaca. En el nuevo estado en que todas las clases tienen los mismos derechos, las gentes bien nacidas podían mostrar lo que eran capaces de hacer. Ciertamente, no rehusaría a los de su casta la ayuda y las subvenciones que tenía el derecho de concederles. ¿Y no llegaba a ser, como Presidente, jefe supremo de la Reichswehr? Reasumía en cierto modo sus antiguas funciones. Si Tirpitz se creía capaz de desempeñar su papel, él podría hacer otro tanto. Por lo demás, Tirpitz le era inferior en grado, no era Mariscal.

Los dos juramentos, el que había prestado antaño y el que debía prestar ahora a la República, podían conciliarse.

Dad al César lo que es del César: es decir que nunca renegaría de sus sentimientos profundamente monarquistas. Pero toda la fuerza que le quedaba, debía consagrarla a la patria, para levantarla. Era el deber de un soldado.

El deber le ordenaba hoy sacrificarse, vencer sus repugnancias. No era poca cosa. Tendría que batallar contra el Reichstag, o por lo menos contra sus ministros. El pueblo que había visto desde su infancia obediente y sumiso iba a enviarle delegaciones a su palacio, campesinos, obreros. Quizá algún día un antiguo soldado de segunda clase, convertido en ministro, vendría a discutir con él, o bien un soldado de primera clase le hablaría de igual a igual. Evidentemente, el sacrificio era de importancia.

Pero Tirpitz tiene razón. El deber exige este sacrificio. Ya dos veces ha creído poder descansar definitivamente, pero la suerte ha decidido de otro modo. El servicio continúa.

IX

El elector alemán veía en una aureola de gloria el nombre de Hindenburg. Debía elegir su jefe de estado. En buena lógica, este jefe debía cumplir dos condiciones: debía ser a la vez republicano y estar al corriente de la política. Hindenburg había declarado que era monarquista y que nada entendía de política. "Tanto mejor — exclamó la mitad de los alemanes. "¿Tanto mejor? — preguntó el extranjero. — Pero es claro, ¿no es el vencedor de Tannenberg? — respondieron los alemanes. Si ya no tenían príncipe, puesto que ¡ay! todos se habían marchado, estarían muy contento de tener al menos un brillante general ante el cual podrían cuadrarse, al borde la acera. Además la proclamación del bloque de las derechas tocó la fibra sensible de los electores: "Hindenburg ha hecho un gran sacrificio, un sacrificio inmenso, aceptando ser candidato. Consideramos que para todos nosotros, alemanes de las ciudades y de los campos, es un deber sagrado el luchar con todas nuestras fuerzas por nuestro Hindenburg".

La fibra sensible de los electores era bien prusiana: era preciso elegir al viejo Mariscal para recompensarlo por el sacrificio que hacía. Por lo demás, se necesitaba un hombre de uniforme a la cabeza del Reich. Elevándolo a la Presidencia, se confirmaba su victoria.

Así fué como los alemanes fueron a las urnas para elegir, según los sueños secretos de su alma, al Mariscal, hombre de antigua nobleza, alma tierna en una corteza ruda, que ningún sacrificio asustaba. Toda su vida, Hindenburg tuvo la suerte de escapar al conflicto entre sus deseos y su deber.

Orgulloso y modesto a la vez, no hablaba sino de su deber en los llamados que dirigía al pueblo: "Mi vida se ha desarrollado a plena luz. Creo haber cumplido con mi deber en tiempos difíciles... Si mi deber me ordena hoy trabajar como Presidente del Reich, fiel a la Constitución, ha-

ciendo caso omiso de los partidos políticos, de las personas, de la religión o de la profesión, no faltaré a mi misión. Como soldado, siempre he pensado en la nación toda entera, no en los partidos. Estos son necesarios en un régimen parlamentario, pero es preciso que el jefe del estado esté por sobre ellos, independiente y libre en el ejercicio de sus funciones... Mi predecesor, el primer presidente de la República, guardián de la Constitución, nunca renegó de su origen ni de su pasado de socialista-demócrata; igualmente nadie esperará que yo reniegue de mis convicciones políticas... Tiendo la mano a todo alemán patriota que respete la dignidad del nombre alemán en el país y en el extranjero y no hiera ninguna convicción religiosa; le diré: "Ven, sé con nosotros, ayúdanos a resucitar a nuestra patria".

Este tono patriarcal fué comprendido por todos los alemanes y nadie se detuvo en el sofisma por el cual comparaba su pasado con el de Ebert y el espíritu republicano; además, daba a los católicos y a los judíos una pequeña garantía particular.

Sólo sus partidarios quedaron sorprendidos. Habían esperado presentarle llamados, discursos y carteles para hacerlos firmar. He ahí que él mismo se lanzaba a la lucha electoral; pues ahora que había tomado su resolución, el viejo soldado no quería ya ser derrotado en las elecciones, como su ex-jefe de estado mayor el mes anterior. "Cuando nos presentábamos en su casa, con nuestros cartapacios bajo el brazo, — cuenta uno de sus partidarios — examinaba cada frase, cada palabra, y a menudo simplificaba la redacción". Trató también con consideraciones a la prensa, recibía a los periodistas conjunta o individualmente. Ya no tenía a Ludendorff a su lado para que lo secundara, la victoria que había de ganar era completamente personal, lo sentía y obraba consecuentemente.

Como se le interrogara para saber si había pedido al Emperador autorización para presentarse a las elecciones: "Esto es absolutamente inexacto; — dijo — en este asunto no he tenido ninguna relación con la casa de Hohenzollern". Era la primera vez que se expresaba así: en sus Memorias, abusa de los títulos y he ahí que hablaba de la "casa de

Hohenzollern", lo mismo que un socialista. Dirigiéndose a la prensa, que en un principio era bastante reservada, sabía hablar con humor: "Un viejo soldado no hace largos discursos... Quiero dar la paz a Alemania. No soy un militarista, como lo afirman mis adversarios, no soy un asesino ni un bebedor de sangre; en tiempos de guerra, ¿puede uno garantizar la seguridad personal de cada cual? Pero me interesa que se sepa esto: No soy un viejo despojo que se pueda pasear en un pequeño coche, como se querría hacer creerlo al pueblo; todavía no estoy en ese estado, ni lo estaré de aquí a mucho tiempo, ni a Dios le place".

Con estas palabras ganó el corazón de cien diaristas y, por su conducto, algunos millones de hombres. Al repórter de la prensa Hearst, le declaró: "Creen que no soy un político de oficio, pero es sabido que los políticos de oficio de nuestra época son a menudo inaptos para dirigir y mandar. La autoridad falta cuando se hace comercio de la política".

¡Cuán verdadero es esto! — decían sus adversarios alemanes al leer estas palabras, y allende el Atlántico se le comprendió igualmente. "Estaba un poco achacoso, — dijo una vez — pero siento que rejuvenezco".

En ocho días, Hindenburg, con sus palabras juiciosas habíase hecho simpático a muchos vacilantes. Conocía también la oportunidad de ostentar sentimientos pacifistas, y aunque siempre se burló de ellos, tomó en cuenta este estado de espíritu. "El que ha visto la guerra como yo, — dice — no desea ver otra". Pero agregaba: "El pueblo alemán se levantará. Yo ya no estaré vivo para ver esta resurrección, pero mi hijo la verá... Quizá Dios lo ha preservado a fin de que pueda ser testigo de lo que yo no veré. Sí, Alemania resucitará". Esta resurrección se la representaba de cierta manera que no revelaba sino en estas palabras: "Mi hijo la verá". Algunos años antes había dicho a la juventud de Hanóver: "Ya no seré de este mundo, pero del alto cielo os veré, mis jóvenes amigos cuando hagáis vuestra entrada triunfal en París".

Sin embargo, la elección no le dió más que una débil

mayoría: obtuvo 14.600.000 votos, el católico Marx 13 millones 800.000. Y no habría sido elegido si los comunistas, por odio a los socialistas, no hubieran conservado sus dos millones de votos para su propio candidato. En esta segunda elección, hubo una participación de 3.000.000 de votos más que en la primera. ¿Cuáles eran esos tres millones? Eran pequeños burgueses arruinados por la guerra, agriados por los acontecimientos, gente pobre que casi no se ocupaba de política, que no salía de su casa y que ordinariamente se abstenía de votar. Sentían su corazón enternecerse y palpitar al unísono del viejo y fiel Mariscal que había luchado por ellos, el pobre hombre, que acababa de perder a su mujer lo que tenía de más querido en el mundo... "No tenemos el derecho de abandonarlo en la lucha" — decían.

Durante la noche de las elecciones, su hijo había anotado los resultados de las votaciones en las diferentes partes del Reich. Cuando, hacia el amanecer hubo terminado su adición, fué a despertar a su padre exclamando: "Padre, eres el Presidente del Reich alemán. ¡Ah! — dijo Hindenburg — pues bien, que Dios me conceda su bendición. Bueno pues, hijo mío, puesto que es así, déjame dormir una hora más".

A la misma hora, su adversario Marx recibía a sus amigos agotados por las fatigas y las emociones de la campaña electoral. "Me acosté a las nueve, — les dijo Marx sonriendo — pero mi hermana acaba de traerme mi café, llorando; inmediatamente me dí cuenta del resultado".

He ahí cómo fué acogido el resultado de las elecciones por los dos candidatos del pueblo, cuando éste, por primera vez desde hacía mil años, fué llamado a elegir su jefe.

Ocho días más tarde, en un hermoso día de mayo, un tren especial conducía al nuevo presidente a la capital. Esto evocaba la guerra, pero con más fasto: una compañía de honor en el andén; al lado del canciller vestido de frac, unas niñitas con ramos de flores y obsequios, una innumerable multitud que lanzaba hurras frenéticos. Una sola nota discordante. En la tapa del radiador del automóvil flameaban los colores detestados.

El coche atravesó lentamente el Tiergarten, se acercó a la puerta triunfal (1). Dos veces el joven Hindenburg había pasado bajo esos arcos, al son de la música militar, condecoraciones en su guerrera, radiante el rostro, entre los vencedores. En su cuartel general había hablado a veces de su tercera entrada a Berlín bajo el arco de la Victoria a la cabeza del ejército, y se había preguntado lo que sería ese desfile. ¿El espíritu de los reyes no rodeaba hoy ese coche que se hundía en la sombra de la profunda puerta, por el arco del medio reservado al emperador? ¿Era su sucesor? ¡Qué destino era el suyo, de vivir esa apoteósis! No faltaba sino una cosa, la espada cuyo ligero chis chas había oído siempre en su larga vida de soldado. No estaba hoy a su lado, y si llevaba la mano a la frente para saludar, ya no podía, según su costumbre, tocar la visera del casco llevado durante sesenta años; debía coger el borde rígido de un sombrero de pelo y descubrirse ante la muchedumbre. Entre todos esos soldados que presentaban armas en su honor, Hindenburg era hoy único civil.

Cuando al día siguiente, penetró en la gran sala del Reichstag, todo el pueblo alemán se levantó ante él en la persona de sus representantes. Flores ornaban la sala y la tribuna del presidente. De todos los palcos, las miradas se fijaban en él. Había allí agregados extranjeros — los enemigos de ayer — en uniformes, damas en trajes de seda claros. Con paso seguro, el gigante sube las gradas. ¿Quién es esa especie de enano que lo espera? Es el presidente del Reischtag, Loebe. ¿Qué tiene delante de él? La fórmula del juramento en enormes letras, a fin de que el Presidente de la República no se vea obligado a ponerse lentes. Pero ¿qué se vé bajo el libro? ¿Qué es esa tela que cubre la tribuna del presidente? Son los colores negro, rojo y oro.

El viejo hidalgo tiene delante de él los colores que le han hecho aborrecer desde su juventud. La bandera que causaba miedo a su padre y a su madre, durante la revolución, cuando él estaba en la cuna, tenía esos colores: ne-

(1) La puerta de Brandeburg se levanta entre el Tiergarten y la avenida "Bajo los Tilos".

gro, rojo y oro. Negro, rojo y oro era el color de los brazales de los alemanes enemigos que dispararon sobre él y casi lo mataron. Negro, rojo y oro era el odioso emblema de esa República aborrecida por todos los hidalgos. ¡Y sobre esos colores debía prestar juramento!

Sin embargo, permanece derecho, impasible. De la mano del pequeño obrero que los diputados del pueblo alemán han escogido como jefe de su casa, el Presidente toma la fórmula sacramental. Hace exactamente sesenta años que prestó juramento a su rey, un largo juramento, en el cual invocaba a Jesucristo, el Salvador, y se sometía para siempre, como vasallo, a la voluntad de su rey. Su conciencia ha transigido con este juramento, y si presta ahora un segundo, lo cumplirá ciertamente: es su firme voluntad. La voz de bajo potente resuena bajo la cúpula:

"Juro ante Dios Todopoderoso y omnisciente que consagraré todas mis fuerzas a la salvación del pueblo alemán, que aumentaré sus riquezas, que apartaré de él todos los perjuicios, que observaré la Constitución y la Ley del Reich, que cumpliré mis deberes con conciencia y justicia para todos. Lo juro tan verdaderamente que Dios quiera venir en mi ayuda".

Parece que al pronunciar estas últimas palabras, su voz tembló ligeramente. Mil personas oyeron con una especie de angustia este juramento pronunciado por esa boca de anciano.

"¡Viva el Presidente del Reich!" — exclamó el pequeño proletario. El gigantesco Mariscal lo mira. Ante sus ojos flamean los colores, negro, rojo y oro.

CAPITULO CUARTO

ENTRE LAS BANDERAS

> **Los hombres necesitan una autoridad, sin ella el individuo no puede vivir; y sin embargo, da orígen a tantos errores como verdades. Perpetúa en el detalle lo que no debiera ser sino pasajero, rechaza o deja pasar lo que debería conservarse, y finalmente es la causa principal de la estagnación de la humanidad. — GOETHE.**

I.— Hindenburg Monarca.— En la presidencia.— La etiqueta en el palacio.— Hijo predilecto de la fortuna.— Los diarios.— II.— El período de prosperidad.— Hindenburg y la nueva bandera.— Se colma de dinero a los Hohenzollern.— Hindenburg decepciona a sus amigos.— III.— Von Schleicher y von Seeckt.— Schleicher Mefistófeles.— El zar de todos los prusianos.— IV.— Legalidad primeramente.— Los cantos de odio.— Hindenburg y Müller.— La gratitud de los pueblos.— V.— El señor von Oldenburg tiene una idea.— El hermoso castillo de Neudeck.— VI.— Otro canciller católico.— Brüning.— Nunca me separaré de Brüning.— VII.— Brüning y su obra.— Brüning en el trabajo.— La confianza en Brüning.— VIII.— Reverencias exageradas.— IX.— "El Mariscal ha

traicionado".— Herbesthal.— Brüning iza las dos banderas.— Procedimientos indignos.— X.— Brüning es bolchevique.— Candidato de los desertores.— Los triunfos de Brüning.— Brüning es despedido.

I

Hindenburg convirtióse en un verdadero monarca. Cuando Cromwell, pequeño gentilhombre lugareño, en seguida gran capitán, elevóse al rango de Lord Protector, se rodeó de un aparato monárquico y en un momento dado, estuvo a punto de aceptar la corona que se le ofrecía. Leal servidor de su rey, había ganado, tras largos y penosos combates, una victoria total sobre su soberano, y sin embargo, no lo abandonó ni lo hizo decapitar sino después de penosas luchas internas. En su vejez era rodeado de la patética historia del pasado grandioso en el castillo real en que vivía.

Aunque la vida de Hindenburg transcurrió en un marco más estrecho, era más paradojal verlo reemplazar al Emperador a quién nunca había abandonado ni menos aún condenado. Cuando Hindenburg tomó su lugar, el ex-monarca vivía a algunas leguas de la frontera, esperando siempre volver. Era diez años más joven que su Mariscal, y tenía una docena de antepasados célebres además de él. No obstante, el vasallo no montaba guardia delante de la fortaleza de su rey, para guardar la entrada libre cuando le plugiese volver. Con gran alegría habíase sentado en un gran sillón que no se encontraba, en verdad, en la sala del Trono del castillo, sino no lejos de allí, en el corazón mismo de la capital. Había tomado el gobierno en la misma forma en que su rey lo había dejado en las últimas semanas del reinado. Sólo el título distinguía a Hindenburg y Cromwell de sus predecesores reales.

Hindenburg tenía todos los atributos que inspiran el respeto al pueblo para ser monarca. Como hidalgo y oficial conocía las formas exteriores de la cortesía, tan apreciadas en Alemania. Poseía además tres características que había aprovechado la leyenda: su gigantesca estatura, su

edad y su silencio. Dondequiera que se presentaba, era el más grande, símbolo inapreciable para un hombre que debía sobrepasar a todos los demás por su rango. Parecía sobrepasarlos también por el buen sentido y la experiencia: sus cabellos blancos y sus raras palabras parecían probarlo al pueblo. Como la leyenda databa ya de diez años, y como la época daba a la carrera del tiempo una acrecentada velocidad, parecía ya de un siglo, y su fuente misma se perdía a lo lejos. Y como él mismo tenía diez años más, y un hombre de ochenta años inspira veneración desde el primer momento, — pues en su duelo con la muerte permaneció por mucho tiempo victorioso — todos le demostraban la deferencia que se le debía.

Su humor no era ya el del comienzo de las hostilidades cuando hablaba de la guerra, alerto y alegre. Le faltaban los invitados todas las noches a la mesa de los oficiales, la actitud de Blücher, la alegría de vivir que traía una situación exterior siempre cambiante. Había perdido a su mujer, su hogar íntimo no era ya, habitaba en un palacio. Su hijo, que poco antes pasaba sus vacaciones con él en el campo, conversando de la vida militar, estaba ahora constantemente a su lado en calidad de edecán y lo arrastraba a un laberinto de intrigas, de intereses contradictorios y de luchas políticas.

Los hombres que recibía día tras día le eran desconocidos. En esta capital donde Guillermo II veía centenares de personas que se unían a él por un lazo cualquiera, aunque fuese por su situación, por una fundación, o alguna delación; donde la corte y los oficiales, los sabios y los fabricantes, permanecían delante de él en posición de firme, y que su espíritu móvil relacionaba en una historia cualquiera; en este gran Imperio que recorría en todos sentidos para hacer discursos, cuyos burgomaestres, presidentes y altos funcionarios conocía como el preceptor su clase, y a quienes consideraba él mismo como sus alumnos; en esta ciudad y en este Imperio el viejo gigante era extraño, no conocía a los personajes, ni sus funciones, no había estudiado las instituciones del estado ni su economía política, y sólo estaba perfectamente a gusto en su elemento, delante de un uniforme.

Estas funciones lo llamaban a representar el Reich frente a las potencias extranjeras. ¿En qué le interesaban los nombres de los ministros extranjeros, cuando el lacayo los anunciaba en la puerta del salón? Evidentemente sabía dónde se encontraba Venezuela, pero como no había estudiado las lenguas en su juventud, ni los países extranjeros viajando, ni las relaciones económicas de los países entre sí, ni la estadística, ni las crisis constitucionales, no podía entablar una conversación sino después de una previa lección dada por su secretario, y a pesar de eso, debía permanecer por debajo del nivel de las charlas de Guillermo I o de Francisco José que, en su avanzada edad, podían apoyarse en una larga experiencia de los hombres de todos los países.

Cuando, en una situación tan difícil, es un monarca legítimo el que toma el poder, la estirpe de sus antecesores crea en su favor las preciosas relaciones que sabrá aprovechar. Pero en este caso se trataba de un presidente elegido, y en el extranjero nadie comprendía... Ni él mismo se adaptaba a esta difícil situación sino gracias a su placidez, aumentada todavía por la inmovilidad estoica de la vejez. Sin su flema, se habría sentido como prisionero en ese mundo extraño y temible. Con su carácter tranquilo, se imaginaba haber cambiado simplemente de guarnición; había que habituarse a esta nueva guarnición, espantosa por su grandeza.

Se dedicó abiertamente a la obra, y como al igual que los monarcas, debía ser el primero en hablar y dirigir la conversación, encontró una pregunta que hacía a todos los que se le acercaban: "¿Dónde ha hecho usted su servicio militar?" Se pasaba entonces a preguntas concernientes a la provincia y a los hombres que la habitaban, y la necesidad singular común a todos los hombres de buscar conocidos comunes provocaba a veces en ese ambiente oficial las conversaciones más curiosas.

En efecto, el hombre normal, aún en Prusia, no es soldado sino accidentalmente; todos los visitantes del jefe de estado debían, pues, hablar de un momento de su existencia en que habían llevado una vida anormal. Mientras que

cada cual se admiraba de la extrañeza de este examen, el anciano parecía comprobar con satisfacción que el principio de igualdad reinaba en Prusia puesto que todos los alemanes, con pocas excepciones, habían sido soldados. En cuanto a las damas, se mostraba siempre muy afable con ellas. Besaba la mano de todas las jóvenes que le hacían su reverencia de corte y tuvo el mismo gesto de cortesía con respecto a un diputado socialista. Muchos hombres de ingenio se han burlado de esas maneras, pero ninguna mujer ha criticado jamás al presidente.

El hermoso palacio rococó de la presidencia había visto grandes hombres. Su propietario después de 1870, un cierto barón de Schleinitz, había reunido a los mejores espíritus alemanes para formar un círculo al cual pertenecían Wagner y Menzel, Helmholz y Virchow. Los nuevos cuartetos de Brahms habían sido tocados en esos salones y los últimos dramas leídos por sus autores.

¡Qué cambio desde entonces! Los embajadores del mundo entero eran presa de asombro; habían estudiado a Kant y a Hegel en las universidades de sus países y en vano buscaban las sombras de los grandes hombres de este pueblo en esas piezas en que no brillaba ningún espíritu superior; sin embargo estaban en casa del primer magistrado de la República alemana, libremente elegido por la nación. No se encontraba en ese hogar simbólico de la vida nacional los hombres, las obras y los pensamientos que habían colocado a Alemania entre las primeras naciones del universo. Ni una sola palabra del jefe de estado hacía creer que él o alguno de su círculo hubiese conocido jamás, ni siquiera en su juventud, a Goethe o a Beethoven. ¿Se veía al menos en esa corte a los inventores y los grandes sabios, a los autores y actores que, después de haber sido denigrados en el mundo entero habían sido los primeros en rehabilitar el nombre alemán y llevado allende los mares, en calidad de "embajadores del espíritu", el nuevo prestigio de Alemania? ¿Se encontraba en esos apartamentos un reflejo de la gloria que había sobrevivido al Imperio detestado, al militarismo aborrecido, al orgullo y a la derrota?

La sofocante atmósfera de los comedores de los oficiales prusianos, la pobreza intelectual de los Junker, los cómicos golpes de tacones con que esa gente expresaba sus respetos o sus homenajes, el timbre de voz nasal de los estudiantes en uniforme, su rigidez de autómatas, todo lo que se observaba en ese palacio, convertido en lugar de cita de los hidalgos que habían vuelto a sus hogares, era una dolorosa decadencia que oprimía el corazón. En estos lugares reinaba un lujo glacial y una burda imitación; el genio alemán era extraño a este presidente. Una vez más los alemanes probaron al mundo ansioso que no habían sabido sacar una lección de su gran angustia y que por lo demás, no lo deseaban en absoluto. ¿No les había enseñado nada el destino? ¿No les había hecho comprender la derrota que un gran pueblo debe cesar de perseguir el fantasma de una hegemonía anticuada, renunciar a la adoración beata de sus generales, al entusiasmo por las paradas militares, y que debían seguir finalmente el maravilloso camino que le habían trazado sus filósofos, sus músicos y sus escritores de genio?

Tampoco se encontraba en este palacio huella alguna de la transformación política introducida por Rathenau y Stresemann. Un viejo general, descendiente de generales y de granaderos, símbolo de una razón de estado que no podía defenderse sino en el siglo XVIII y sólo en Prusia, se presentaba en el siglo XX como jefe del estado alemán y contemplaba a los embajadores del mundo como un espectro en un film histórico, mientras que en el exterior los pueblos luchaban por saber cuál de los dos caminos era el que había que seguir para hacer de Europa una comunidad humana.

En el curso de las grandes recepciones de la presidencia, todo pasaba como en la Corte. Ebert había suprimido una buena parte del protocolo, elevado las costumbres burguesas a la altura de la etiqueta presidencial, introducido la economía en la presidencia, y suprimido totalmente el champán. Con Hindenburg, volvieron a verse los criados con escarpines con hebillas, se restableció en beneficio de un gentilhombre el cargo de jefe del protocolo, los diplomáticos llevaron el informe abolido por la República — se les llamaba las águilas de frac. Se esperaba formando un semicírculo y hablando en voz baja como en los salones de los reyes, donde uno se siente siempre tentado a creer que alguien acaba de morir, hasta que el maestro de ceremonias golpeaba el suelo con su báculo dorado, para anunciar la entrada del señor Presidente del Reich. Este presentaba una figura imponente cuando entraba de frac, con la sola condecoración de Blücher, que recordaba sus hermosos años de servicio y el Emperador. A los ochenta años, deseaba todavía hacer impresión y rechazó un retrato al óleo en el cual se encontraba "demasiado viejo", aunque el cuadro había sido hecho por un barón auténtico y su ejecución era perfecta.

Verdaderamente, el servicio continuaba para él, un servicio de gran envergadura, y gracias a esta profunda convicción pudo Hindenburg conservar por tanto tiempo su equilibrio moral en la extraordinaria situación en que se encontraba. Su desarrollado sentimiento de casta le daba la seguridad; sus maneras de oficial, la presencia; y nada le faltaba para hacer el papel de monarca.

Pero se produjo en este hombre una singular metamorfosis que ni sus electores nacionalistas, ni él mismo habían previsto: la actitud de Hindenburg hizo olvidar rápidamente todas las esperanzas de los monarquistas. Cuando en ese castillo residía todavía el pequeño talabartero, proletario rechoncho de cráneo cuadrangular y de maneras rudas, los antiguos servidores del rey — la mayoría de los alemanes — sentían perfectamente la diferencia con el pasado, y cultivaban los piadosos recuerdos del esplendor de antaño. Hindenburg, que reemplazaba ahora al Káiser a la cabeza de la nación, tenía más dignidad que el soberano desterrado, y si se concedía valor a la genealogía, se podía encontrar, remontándose hasta la Edad media, antepasados tan numerosos como los de los Hohenzollern; solamente era preciso evitar deslizarse de la estirpe de los Junker de Beneckendorff a la de los antepasados maternos que contaba granaderos y artesanos. Detrás del pequeño Ebert, los alemanes habían visto levantarse la sombra del Emperador; Hindenburg, con su talla imponente, tapaba esta sombra. Na-

die en Alemania ha causado más daño a la idea monarquista que el fiel Mariscal del rey.

A su vista, el corazón de los alemanes latía con mayor fuerza, pues este anciano lleno de dignidad, con la cruz que brillaba sobre su pecho, les permitía volver a tomar la actitud de súbditos leales y sumisos. Un ejemplo cómico de esto lo da la Comisión de investigación, que tanto heroísmo mostraba antaño ante el Mariscal. En 1925, esta Comisión, después de seis años de trabajo, había fijado definitivamente las responsabilidades de la derrota, y uno de los dos culpables era precisamente el Presidente de la República. La situación era terrible. ¿Podía la Comisión que pronunciaba su veredicto en el nombre del Reichstag, es decir, en el nombre del pueblo alemán, declarar culpable al gran jefe del ejército durante los años 1917 y 1918, ahora que era jefe del Estado? Un miembro de la Comisión, el doctor Bredt, encontró una fórmula satisfactoria: "Hasta ahora, dos opiniones prevalecían en la Comisión: o bien Ludendorff era el único culpable, o Hindenburg compartía la responsabilidad. Hoy día, después de la elección de Hindenburg como Presidente del Reich, la situación es clara... Quiero decir con esto que no nos queda más que pasar la esponja sobre todo el asunto". Eso fué lo que se hizo. Después de seis años de investigaciones y de estudios, los investigadores escogidos por el pueblo alemán para proclamar la verdad histórica declararon que Hindenburg no tenía nada que reprocharse. Esta sentencia fué dictada porque entretanto había sido elegido Presidente de la República.

El primer Presidente de la República, Ebert, se había visto atacar y arrastrar al lodo. ¿Qué debía pensar Hindenburg cuando veía en la sala de sesiones el busto de su predecesor? Ebert había asumido las mismas funciones con la ambición de distinguirse en ellas y no le había faltado habilidad ni dignidad; pero pronto había reconocido con amargura cuán crueles eran sus antiguos adversarios, cuán envidiosos sus viejos amigos y qué sentimientos anárquicos los animaban a todos. No había encontrado a su alrededor tres hombres de corazón que verdaderamente tuviesen la sola ambición de dedicarse a la salvación de la República. Envuelto en una imparcialidad deseada, que lo hacía estar por encima de los partidos, Ebert, con el escrupuloso temor que caracteriza a todos los hombres nuevos, habíase mostrado demasiado reservado. No había tenido sino una ambición, bastante modesta, pero cuya realización lo habría colmado de alegría: la de ser un día canciller del Reich bajo el nuevo Presidente, a fin de poder exponer libremente sus ideas como lo había hecho durante treinta años de su vida política. Pero la magistratura suprema no le había traído la felicidad.

Hindenburg era un hijo predilecto de la Fortuna. Nacido de padres pobres, — el sueldo de capitán de su padre no era, por cierto, mucho más elevado que lo que ganaba el padre de Ebert — terminaba su carrera en la opulencia, a los ochenta años. Quizá como teniente de la guardia, había observado con cierta envidia el palacio presidencial con el pensamiento de que sus puertas debían abrirse ante un hombre de su rango. Cuando finalmente entró allí como amo, no quedó sorprendido ni deslumbrado, pues desde hacía siglos, sus antepasados habían sido acogidos cordialmente en moradas semejantes. Ebert no estaba hecho para vivir en ese palacio, y antes de entrar en él había costeado a menudo sus muros con un sentimiento de desconfianza y de rebelión. El parquet de sus apartamentos nunca había reflejado escarpines acharolados, sino pesados zapatos de trabajador. Los cuadros colgados de los muros cambiaron singularmente. Ebert tenía delante de él, en su gabinete de trabajo, el retrato de Bebel, una fotografía corriente; Hindenburg la reemplazó por un retrato al óleo del viejo Blücher, de tamaño natural. El nuevo dueño de casa hizo traer del museo otros cuadros, que representaban la heroica muerte de Schwerin, una cantinera del regimiento de Dessau y la carga de caballería de Mars-la-Tour. No quiso cuadros de la gran guerra, prefiriendo evocar en sueños un pasado romántico; los ataques no se hacían ya en fogosos corceles, sino mediante carros de asalto — cuando los tenían, — y la heroica muerte en el campo de batalla no se parecía ya a la del cuadro al óleo; sólo la vivandera estaba todavía de actualidad, aunque se presentaba bajo otro nombre para distribuir sus favores.

La tarea del Presidente no era más difícil que durante la guerra: en lugar de dar su firma para un ejército, la daba para una nación, y en ambos casos un estado mayor administrativo preparaba todos los documentos; en tiempo normal debía pasar algunas horas en su escritorio. Sus ocupaciones eran interrumpidas por recepciones en las cuales decía algunas palabras y por informes que escuchaba pasivamente.

Un día tuvo Hindenburg la curiosidad de leer el texto de la Constitución a que había prestado juramento. Se había hecho tirar doscientos ejemplares impresos en caracteres muy grandes y en papel de lujo, muy buscados hoy por los bibliófilos. Después de leerlo, Hindenburg exclamó asombrado: "A fe mía, pero hay aquí cosas muy razonables".

Detrás del palacio extendíase un hermoso parque, en el que se podía pasear con su pastor alemán al abrigo de las miradas indiscretas. Sólo lo fastidiaba esa horrible bandera negra, roja y oro que flameaba sobre el techo y que constantemente se tenía delante de los ojos al volver del paseo. Había paradas militares, revistas, verdaderas distracciones para el Mariscal, que entonces no dejaba de colocarse al lado del cabo de fila para controlar el alineamiento con una mirada de entendido. Pero en las grandes fiestas, cuando una compañía de honor presentaba armas, su mirada de viejo oficial de tropa inspeccionaba a los hombres fijándose en los cuellos, las placas de los cinturones, los botones; y el film recordaba implacablemente todos los detalles de la escena.

La prensa le dió algo que hacer. En un principio Hindenburg marcaba con lápiz los pasajes que no comprendía para hacérselos explicar por su jefe del servicio de prensa. Este lo obligó un día a leer un diario republicano y el hidalgo de setenta y ocho años leyó así por primera vez en su vida una de esas terribles gacetas difundidas por el mundo entero. Al terminar su lectura, declaró a su jefe de prensa: "Pero continuaré leyendo también la **Gaceta de la Cruz**". Leía igualmente un pequeño diario regional editado en una aldea de la región de Lüneburg, donde tenía parientes; preguntó un día a boca de jarro lo que el redactor había querido decir en ese diario hablando de América. Tenía,

en resumen, suficientes distracciones. En verano, iba a la Alta Baviera, donde hasta la edad de ochenta años, escalaba las montañas para cazar gamuzas; pero también cazaba en los alrededores de Berlín, en la Schofheide, donde Ebert había pasado de vez en cuando un fin de semana; había allí ciervos y corzos para el fusil del Presidente.

Todo habría ido de lo mejor si su nuevo cuerpo de ejército, es decir, el pueblo, no hubiera faltado a la disciplina, con sus querellas. Los alemanes no podían ponerse de acuerdo para saber si era preciso gobernar a la izquierda o a la derecha, y en período de crisis, la vida apacible que agradaba al Presidente era perturbada por las relaciones que venían a hacerle y por las intrigas que trastornaban no solamente su serenidad de ánimo, sino también su conciencia. El anciano se encontraba entonces, como durante la guerra, en la necesidad de tomar grandes decisiones, pero no tenía un Ludendorff a su lado, pues, durante sus nueve años de presidencia no encontró a nadie en quien depositar una entera confianza. Antaño, como general, había sido lo bastante perspicaz para comprender que Ludendorff obraba muy bien y conocía su profesión mejor que él. Hoy, en medio de los problemas políticos, estaba desamparado, juguete de influencias políticas, pues le faltaban los principios fundamentales que le hubieran permitido tomar una decisión. En la vida de este hombre todo fué tardío, la gloria y el poder, y así fué cómo a los ochenta años solamente Hindenburg debía mostrar al mundo y a sí mismo si era capaz de servir como un rey, y si el hidalgo y Mariscal había nacido verdaderamente para ser un buen monarca.

II

Al llegar a la presidencia, encontraba una situación favorable. Si en 1916 había sido colocado a la cabeza de un ejército que indudablemente estaba derrotado, entró en funciones como Presidente del Reich en una época de prosperidad creciente. Los años más penosos y las consecuencias de la paz celebrada por "su" armisticio, los había pa-

sado en su casa, en el silencio. En el momento en que apareció en escena, otros, en un esfuerzo sobrehumano, llevaron el carro del Estado al buen camino; ahora era él quien iba a tomar las riendas. Tal suerte equivale ya casi a un mérito.

La inteligencia y la paciencia de dos hombres, Rathenau y Stresemann, habían sacado al país de su completo aislamiento y lo habían llevado a la Sociedad de las Naciones. Durante cinco años, Alemania había sido tratada como paria, mantenido alejada de todas las relaciones internacionales, y hasta excluída de todos los congresos. Ahora estaba en el umbral de la Sociedad de las Naciones que, en un principio, desconociendo a Europa, la había eliminado. Los años de indigencia y de inflación habían pasado, o al menos parecían haber pasado, y los alemanes que se sentían felices bajo Guillermo II porque el comercio iba bien, volvían a tomar gusto a la existencia desde que el dinero volvía a su país. Este dinero no les pertenecía, pero fué empleado en hermosas construcciones y en nuevas empresas. Ahora que hacían nuevos negocios, la República les molestaba tan poco como antes el Imperio. "En lo que concierne a los grandes déficits, — escribe el comandante von Hindenburg, sobrino del Mariscal, — no los tomaban mucho en cuenta en los grandes gastos del Estado... Fué ése el gran período de construcción de estadios y de campos de deporte. La mayoría de las gentes olvidaban que Alemania había perdido la guerra, que una gran parte de la fortuna nacional estaba agotada, que era un país empobrecido y que no podía permitirse lujo".

La gran huelga de los mineros de Inglaterra, en 1926, tuvo felices consecuencias para los demás países productores de carbón. Por lo demás, después de los años de zozobra que se acababan de vivir, no se quería ya seguir haciendo economías ni vivir en una obscura tristeza.

Hindenburg intervino inmediatamente en los asuntos del gobierno. Aunque debía nombrar a los ministros a propuesta del canciller, único responsable, rehusó confirmar el nombramiento del diputado Gräfe que, sin embargo, era de su partido. Intervenía especialmente en las cuestiones militares, mostrábase muy celoso de su derecho de nombrar a los embajadores,

que desde entonces fueron siempre escogidos en el círculo de sus amigos y de sus iguales; y como la nación permanecía indiferente a las cuestiones políticas como en el pasado, los asuntos seguían lentamente su curso. Sin embargo, solía decir a un ministro: "Nada entiendo de política"; pero nadie se preguntaba por qué, en tal caso, había llegado a la presidencia, pues las horas que pasaba en su gabinete de trabajo arreglando cuestiones administrativas no podían, a la larga, bastar para la actividad de un jefe de estado.

Con respecto a los ministros, tenía siempre la actitud de un monarca que habla a sus súbditos; decía "mi canciller", como decía antaño "mi jefe de estado mayor". En las cuestiones corrientes de la vida, se interesaba por mostrar su espíritu de equidad, y así fué cómo un día presentó al guardabosque de un parque de caza de los alrededores de Berlín, su permiso, "para respetar el reglamento y a fin de llevar consigo un documento de identidad si lo necesitara". Como el buen rey en los manuales escolares, se negaba a cazar un ciervo que hubiera pasado, aunque fuera en algunos metros, los límites de su parque de caza y decía: "En calidad de Presidente del Reich, debo dar el ejemplo y no infringir jamás las leyes, por poco que sea".

Consintió en posar en casa del célebre retratista Liebermann, de quien no había querido oír hablar en el curso de la guerra. Durante las sesiones de "pose", conversaba gustosamente con él y en esa ocasión fué cuando emitió un juicio definitivo sobre Goethe:

—No me hable más de su Goethe — dijo.—Era un cosmopolita, y además tuvo demasiadas historias de mujeres.

Así fué cómo probó al guardabosque, hijo del pueblo, y al pintor israelita que ni siquiera sabía dibujar convenientemente los botones de uniforme y las condecoraciones, que estaba por encima de los partidos; el pueblo conocía esos detalles y veía que gobernaba estrictamente según la Constitución. Nunca, en la Historia, un jefe de estado ha hablado de su respeto a la Constitución tan a menudo como Hindenburg. Como se trataba de dirigir un estado salido del pueblo, convenía reconocer los derechos del pueblo. Durante los nueve años que pasó en la presidencia, vió tan poco las masas populares como durante los cuatro años de gue-

rra. Sin embargo, expresó sus sentimientos con respecto a la organización social: "En una embajada se necesitan también funcionarios que hayan tenido un contacto estrecho con el pueblo, y que conozcan exactamente sus reacciones; así, pues, debe haber grandes terratenientes, grandes industriales y grandes comerciantes". En su espíritu, los lazos democráticos que unían íntimamente estas tres grandes clases, le parecían extremadamente fuertes y creía poder calmar las luchas sociales del siglo XX gracias a las concepciones patriarcales del hidalgo benévolo. Tales como se las habían inculcado en su juventud, esas concepciones eran, como se ve, las mismas que antes, cuando deseaba que "cada obrero pudiese tener muchos hijos y un bonito jardincito".

Verdaderamente, no encontraba tan malo este régimen A su alrededor, no veía como ministros sino gente decente, no había huelgas, y en el ejército reinaba una buena disciplina .Se había imaginado también una nueva forma de aclamación; a fin de no glorificar la República, había ordenado oficialmente gritar: "Viva el pueblo alemán unido en la República alemana". ¡Era tan fácil arreglar las cosas! Sólo esa maldita bandera siempre a su vista le era odiosa, y la veía en todas partes, ora paseándose en el parque de la presidencia, ora en la inauguración de una exposición de volátiles. Un año después de su entrada en funciones, se ocupó de este asunto que lo atormentaba y escribió a su canciller:

"Lejos de mí el deseo de cambiar los colores nacionales escogidos por la Constitución... Mi más profundo deseo es encontrar un compromiso que permita dar al país, de aquí a algún tiempo y por las vías legales, toda satisfacción, tomando una decisión que corresponda a la Alemania actual, a sus fines y al mismo tiempo a su historia". Los alemanes, especialmente los establecidos en América, habían pedido insistentemente el restablecimiento de los antiguos colores. Gozando ellos mismos de todas las libertades de una vieja república, deseaban encontrar en un rincón romántico de su corazón, a su querida vieja patria de ultramar, sus viejos colores y su viejo rey. Obedeciendo al deseo de Hindenburg, se encontró una solución. Las legaciones y consulados fuera de Europa, y los de los puertos

de mar en Europa, debían izar las dos banderas, la nueva y la antigua, la una al lado de la otra. Así es como una mujer de orígen plebeyo, que aspira a ser recibida en el gran mundo, trata de penetrar primeramente en los círculos mundanos de las colonias de donde podrá lentamente, de visita en visita, y de comida en comida, llegar a los salones aristocráticos de la capital, para exhibir un buen día sus trajes en los salones de un ministro.

En la misma época, el Presidente había eludido la Constitución en otra cuestión. Su rey necesitaba dinero. ¿Acaso Guillermo II había economizado durante veinte años y dejado cuidadosamente a un lado la lista civil que había hecho duplicar al comienzo de su reinado, para que, después de haberse privado de tomar un empréstito de guerra u otros papeles alemanes, esa maldita República lo privara de su fortuna? Los Hohenzollern habían obtenido del pueblo todo lo que poseían, y los pueblos, cuando los reyes abandonan el país, tienen por costumbre, quitarles lo que éstos le han sacado. Hasta algunos ciudadanos que no habían desertado, habían visto confiscar su fortuna, porque sus concepciones sociales desagradaban al gobierno. Mucho antes de la llegada de Hindenburg al poder, ciertas tentativas de extorsión de los príncipes, que trataban de sacar millones del pueblo, habían perjudicado enormemente a la idea monárquica. Estos procedimientos, la venta de las Memorias del Emperador a los antiguos enemigos, y su segundo matrimonio, parecían hacer imposible el regreso del último Hohenzollern. Quizá sea posible un día. Sea como fuere, se llegó a un entendimiento. Para establecer la culpabilidad del Emperador se necesitaron seis años, lo mismo que para fijar las deudas del país al soberano. Al fin de los dos procesos, la democracia tuvo la satisfacción de registrar un triunfo y el Emperador la de recibir millones.

Doce millones de alemanes pedían por un referédum el embargo de los bienes imperiales. El Presidente se preguntó si un Mariscal imperial podía asistir impasible a esta acción. Como la Constitución no le permitía intervenir, se puso entonces de acuerdo con un viejo hidalgo amigo suyo que había preparado su elección, a la vez que continuaba

defendiendo la causa del Emperador. Le expuso su opinión en una carta personal diciendo: "Comparto plenamente las graves preocupaciones que usted expresa... Yo que he pasado mi vida al servicio del rey de Prusia y de los emperadores alemanes, considero este referéndum como una gran injusticia, como una deplorable falta de sentimiento de tradición y como una gran ingratitud, no necesito decirle más... Veo en ello un lamentable y peligroso atentado a las instituciones de un estado fundado en el derecho y que debe ante todo respetar las leyes y la propiedad legalmente reconocida. Pronto iríamos hacia el abismo si fuera permitido, al azar de un referéndum dictado quizá por pasiones momentáneas, embargar la propiedad garantida por la Constitución, o negar sus títulos... Espero, pues, que nuestros conciudadanos tomen en cuenta estas consideraciones y que eviten este error cuando se trate de tomar una decisión".

Esta apología personal de la reyecía por la pluma del Presidente de la República, la leyeron los ciudadanos al día siguiente en todas las columnas Litfasz (1).

¿Qué podía Hindenburg contra ese abuso de confianza de sus amigos? Dejó hacer. Los alemanes conocieron la opinión de la más alta autoridad del país sobre sus ingratas y feroces intenciones. En el fondo, quizá estaban contentos de haber sido detenidos por un freno en la pendiente en que se habían deslizado y que los arrastraba un tanto lejos en el dominio de la libertad. ¿Cómo? ¿Iban a dejar en la miseria y la necesidad al buen monarca que se había sacrificado en noviembre de 1918 para obtener una paz mejor, a ese rey cuyos antepasados habían hecho grande y fuerte la patria?

Catorce millones de ciudadanos votaron por el embargo, pero éste fué rechazado por la mayoría. Cuando la votación, los Hohenzollern, después de todo el dinero sonante que ya habían recibido en 1919 recibieron además 225.000 arpentas de tierra, numerosos castillos y 15 millones oro en efectivo. Los socialistas, turbados en tanto que Republica-

(1) Las columnas Litfasz corresponden a las columnas Morris de París, llevan el nombre del concesionario.

nos, para votar abiertamente en la sesión del Reichstag, se abstuvieron. En esa cuestión de saber si el rey y emperador merecía recibir todas esas riquezas, los socialistas no tenían opinión. En ese asunto como en tantos otros, eran amorfos.

Como todos los hombres de edad, Hindenburg pensaba más en proteger el pasado que había sido brillante que en preparar el porvenir. Cuando se trataba de banderas y de la fortuna de los príncipes, intervenía; en cuanto a la situación futura del Reich, dejaba este cuidado a sus ministros. ¿Debía verdaderamente preparar el desquite? ¿Se podía admitir seriamente que un hombre de su temperamento, que tan fácilmente había soportado la derrota, y toda su vida había deseado sólo la tranquilidad, iba a partir en campaña una vez más, a los ochenta años? Fué así como dejó a sus ministros hacer una política de paz, y nunca se mezcló en cuestiones externas, mientras que durante los nueve años de su presidencia, se inmiscuyó constantemente en la política interna. Con tal que nada enojoso sucediera a las personas y a los símbolos de la gran época pasada, no veía inconveniente en que se hiciese una política europea.

Stresemann, por las luchas internas que se libraban en él, parece haber hecho impresión en el viejo gentilhombre. Este oía las palabras de un patriota que había sacado una lección de la hecatombe. El ministro le demostró que era preciso avanzar paso a paso, hasta que el tratado imposible se disgregase por sí mismo. Hindenburg no comprendió probablemente que Stresemann representaba a los pocos alemanes que, de arrogantes prusianos que eran, transformáronse en pensadores ciudadanos del mundo. Dijo un día a un americano: "No hay un pueblo en el mundo que, teniendo una gota de sangre viril en las venas y un poco de orgullo en el corazón, sometiera su existencia y su honor nacional al arbitraje de otras naciones". Estas opiniones conformes a las tesis de Guillermo II y a la conferencia de paz de La Haya, en 1907, eran las únicas que se reconocieron en el palacio de Hindenburg, mientras que en la Cancillería, dos casas más lejos, Streseman debía luchar contra su personal, contra su partido y contra la mitad

de los alemanes mucho más rudamente que contra Briand, para entrar a la Sociedad de las Naciones.

Tan sorprendente fué el triunfo de Stresemann en Locarno, que casi no se puede explicar sino por la política inaugurada por su predecesor Rathenau, política combatida entonces por Stresemann, pero que éste continuó. Se dió a la Francia desconfiada los primeros apaciguamientos, devolviósele su valor a la idea de derecho; en resumen, fué la primera gran calma en Europa. Un año más tarde, Alemania entraba a la Sociedad de las Naciones. Ante los representantes de cincuenta naciones, un diplomático alemán hacía oír por primera vez palabras generosas y humanas; Briand y Stresemann conversaban en Thoiry como verdaderos europeos, y muchos espíritus creyeron en el advenimiento de una era nueva. El error de Francia, — el Tratado de Versalles — la falta de Alemania, — un rencor vengativo — parecieron desaparecer en una y otra parte. Siete años más tarde, el mundo desengañado reconoció que en Thoiry se habían encontrado solamente dos cazadores de quimeras; Stresemann, abandonando su creencia en la fuerza, se imaginaba que Alemania había seguido la misma evolución, hizo compartir su ilusión a su interlocutor francés y los dos soñadores imagináronse, de buena fe, que toda Alemania compartía sus ideas.

Hindenburg firmó los acuerdos, pero sus amigos quedaron asustados; habían votado por él con la certidumbre de que preparaba el desquite. ¡Alemania en la Sociedad de las Naciones, Alsacia-Lorena abandonada! ¿No estaba el ministro alemán vendido a Francia? ¡Se había atrevido a citar a Goethe, eso era demasiado! Abandonaron el gobierno de coalición; las provincias de los hidalgos, al Este del Elba, votaron contra las leyes, y el general Litzmann que había sido camarada de Hindenburg, sesenta años antes, de la escuela de guerra, escribió:

"Esperábamos que Hindenburg emplearía su inmensa popularidad en disolver el Reichstag y en lanzar directamente a la nación un vibrante llamado. Esto habría sido una victoria más hermosa aún que la de Tannenberg".

Fué un golpe muy duro para este hombre que había pasado toda su vida con la gente de su casta. ¿Iba a poder

separarse de los que lo abandonaban y buscar un refugio ante el pueblo? En ese momento en que comienza para Hindenburg la gran prueba, ¿resistirá a los asaltos de sus amigos? ¿Podrá a una edad avanzada y con sus prejuicios operar un rehabilitamiento interior como Stresemann que, durante la guerra, era partidario de todas las conquistas, de todas las anexiones propuestas por Hindenburg, y que, a los cincuenta años, rompió con su pasado?

Hindenburg saldrá de esta difícil situación, pactando con los adversarios de los "plebeyos" que lo habían elegido.

III

Su círculo y sus consejeros desempeñaron en esos asuntos un papel decisivo. En la atmósfera de corte de la Presidencia, necesariamente debía formarse una camarilla. El hombre que todos los días, con el ademán de un lacayo, colocaba en el escritorio los documentos que había que firmar y hasta se hizo fotografiar en esta posición, Meissner, antiguo funcionario en Alsacia, había ocupado la misma situación ante Ebert. Era el tipo del cortesano que sabe decir lo que al señor le agrada oír. Debía su ascenso — que le permitió más tarde desempeñar un papel importante — a los insomnios de su predecesor que nunca se presentaba ante el Presidente antes de las once de la mañana. Hacía rato que Ebert estaba en su trabajo y cuando sonaba la campanilla, era el segundo secretario el que venía, ese Meissner, con su vientre puntudo; por un singular mimetismo, este hombre tomaba el color de su círculo. Hindenburg había heredado de su predecesor sólo dos costumbres: le gustaba beber un buen vaso de cerveza y tener siempre a Meissner a la mano. Para explicar esta elección, decía: "Como general, siempre conservé los antiguos ayudantes de campo que encontraba en mi nueva guarnición".

Oscar von Hindenburg, hijo único del Presidente, promovido bastante rápidamente al grado de coronel, no tenía mucho criterio pero tuvo una influencia que debía a los que se servían de él. Poco a poco, se embriagó con su importancia y dijo un día: "No quiero que en la Historia se diga que

sólo he sido el hijo de mi padre". Esta curiosa idea del hijo de un hombre que no debía su gloria sino al valor de otro, demuestra con qué rapidez se cristalizó la leyenda. El joven Hindenburg, que ni siquiera tiene la inmensa estatura de su padre, ni su cabeza característica, creía que el autor de sus días era un genio, y que él debía ser otro. Por el momento, se contentaba con transmitir al Presidente las ideas de un tercero.

Este último no era de una inteligencia extraordinaria, pero sin embargo, sobrepasaba en mucho la de los "habitués" del palacio. Era el general von Schleicher, personaje curioso, interesante, que entre 1920 y 1932 supo dar una dirección particular a los asuntos de Alemania; esta dirección, bastante hábil en un comienzo, fué lamentable más tarde.

El sorprendente principio según el cual la Reichswehr no tiene color político, se aplica desde hace quince años a los soldados y a los sub-oficiales, entre los cuales se encuentran muchos jóvenes que saben reflexionar. El tipo clásico del "teniente del rey", oficial disciplinado pero sin ideas personales, pertenece al pasado; en la nueva Reichswehr, se reflexiona y se discute más de lo que agrada a los generales. A su vez, estos no son ya más que políticos y, signo de los tiempos, han fundado una sección política dirigida por el comandante von Schleicher.

El jefe de la Reischwehr, general von Seeckt, igualmente político, trató, por envidia, de desplazarlo de este puesto. Este sentimiento dirigía a los dos oficiales el uno contra el otro no solamente en el servicio, sino también en las relaciones femeninas que se cultivaban en el ministerio de la Guerra. Seeckt fué quien triunfó, pero la hostilidad de Schleicher creció y provocó finalmente la caída de Seeckt.

Hindenburg, que no perdonaba al general von Seeckt la victoria obtenida sobre los rusos en Gorlitz, en mayo de 1915, — pues en esa época el general von Falkenhayn le había impedido a él obtener la victoria — Hindenburg quedó feliz de desembarazarse por fin de ese personaje, cuando Schleicher intentó derrocarlo. Se pretextó el ruido que hizo en el Reichstag la presencia de un príncipe de Hohenzollern en las maniobras de la Reichswehr. Hindenburg estaba al tanto del asunto y había autorizado a von Seeckt para recibir al príncipe, pero quedó encantado de escoger este pretexto para destituir al general.

Schleicher era un amigo de la casa Hindenburg. Camarada de regimiento del hijo del Presidente a quien tuteaba, era recibido en la familia mucho antes de la guerra, cuando el Mariscal no era más que general comandante de cuerpo en Magdeburgo. Tenía ahora sus pequeñas y sus grandes entradas al palacio, y se servía de su amigo de infancia, Oscar von Hindenburg, para hacer saber al Presidente sus deseos y sus pensamientos. Su papel de intermediario le confería cierta importancia, y como su carácter se armonizaba con la claridad indecisa que reinaba en el palacio y que se encontraba propicia a las maniobras diplomáticas, se sentía a su gusto en ese papel equívoco, apreciado de su círculo, pero en el cual sólo él sobresalía. Mientras que las comparsas hacían los primeros papeles en la escena, desde los bastidores, él dirigía el conjunto.

Pero tenía dos defectos que un hombre de acción que maniobra entre bastidores debe evitar cuidadosamente: era susceptible y charlatán. Si le revelaban críticas dirigidas hacia él, escribía inmediatamente al autor de estos juicios para intimarlo a retractarse de sus palabras. Por otra parte, confiaba sus proyectos a cualquiera que los escuchaba y propalaba haciendo creer en decisiones ya tomadas. Sinvergüenza y caprichoso, poco leal e indeciso, su lenguaje correspondía a la muelle sensualidad de sus rasgos. En 1932, a la edad de cincuenta años, casó con la que fué su primer amor, una prima que no cedió a sus instancias sino después de largos años, al separarse de un primer marido, primo de Schleicher. Esta mujer delicada trató de desviarlo de las audaces empresas hacia las cuales se sentía atraído, pero a las que no podía ya renunciar a causa de las intrigas tejidas desde hacía años. Este juego peligroso debía serle fatal.

Alrededor del viejo Mariscal gravitaban tres personajes que se entendían alternativamente, dos a dos, para desembarazarse del tercero. De este grupo, el hijo del Presidente tenía evidentemente más probabilidades de conser-

var su puesto. Había en el palacio jardines de invierno, como en el **Don Carlos** de Schiller, donde Meissner ocultaba a los visitantes que esperaban el momento oportuno para dirigirse secretamente hacia el hijo de Hindenburg. Los amigos traían cartas que no se quería confiar a los criados, y se daba dinero, como se usa en nuestra época, cuando se quiere hacer política. Las intrigas continuaban su tren. Schleicher, queriendo saber un día lo que Meissner pensaba de él, le rogó al ministro Moldenhauer que sondeara al secretario en conversación después de la comida ofrecida por Schleicher. Meissner declaró que "Scheleicher no sabía seguir la línea recta". La misma noche, Moldenhauer escribía a Schleicher, especificando bien el haberse conformado a su deseo. Herido en su vanidad, éste envió el original a Meissner, reprochándole emitir semejantes juicios sobre él y confiarlos a terceros.

Todos esos hombres creían hacer alta política cuando se dedicaban a la intriga. Durante largos años, Schleicher engañó al ministro de la Guerra, Gessler, asegurándole que no había formaciones militares clandestinas en Alemania. Cuando un día Gessler declaró de buena fe al Reichstag que la Reichswehr negra no existía, quedó en ridículo e hizo notar, para su justificación, que el esposo engañado es siempre el último en conocer su infortunio.

En los salones, junto a las demas, Schleicher gustaba de darse aires misteriosos de un gran general mefistofélico y declaraba: "Vean ustedes, señoras, mi capa roja de general será una capa de verdugo, el día en que arreglemos nuestras cuentas con nuestros enemigos, en lugar público". No obstante, no podría haber dicho que los tenía, pues evitaba de hacerse de enemigos y trataba, por el contrario, de conciliarse con todo el mundo, sobre todo con los hombres de izquierda. El mismo se llamaba" el general socializante".

Durante nueve años, estos tres hombres fueron los felinos que se paseaban a su gusto en los apartamentos del palacio. Un cuarto se unió a ellos bajo la forma del canciller, que no siempre era el mismo, ni mucho menos, pues en nueve años Hindenburg tuvo siete cancilleres. Cuando

el Mariscal llegó al poder, los burgomaestres alemanes eran bastante bien considerados. El que durante la guerra había sabido dirigir las distribuciones de víveres y realizar economías, era distinguido por los ministerios, y mientras que en tiempos de paz no se prestaba mucha atención a esos funcionarios municipales, después de la guerra se vió a algunos de ellos nombrados ministros de alimentación y a veces hasta ocupar el sillón de Bismarck. Esto fué lo que le sucedió a Luther, canciller del Reich, cuando Hindenburg fué elegido presidente. Esos dos hombres tenían rasgos comunes: no entendían nada de política, — pero Luther no confesaba su ignorancia — y ambos pretendían estar por encima de los partidos, sobre todo de aquéllos a los cuales debían su elección. Luther decía gustosamente a un diputado: "No sabe usted cuánto se parecen mis ideas a las de su partido". Pero se sentía profundamente ofendido si por casualidad su interlocutor no le creía. Cuando Hindenburg creyó deber promover la cuestión de la bandera, hizo dar un traspié al pobre canciller, que cedió su puesto a Marx, el antiguo infortunado adversario del Mariscal.

Marx, católico, pertenecía a ese grupo de diplomáticos alemanes que candorosamente declaraban no ser diplomáticos. Michaelis había hecho en otro tiempo una declaración del mismo género, diciendo que no era más que un "outsider" en política, y el barón con Schön, embajador en París, escribió a la cabeza de sus Memorias que sus padres no lo habían destinado a la Carrera, sino a la Agronomía. Marx, al presentarse al Presidente, declaró: "Mi ambición no era tan elevada, deseaba simplemente ser nombrado juez en la corte de apelaciones de Linburgo". Cuando, dos años más tarde, debió abandonar la cancillería, dijo al líder del partido socialista victorioso: "Usted ve que he hecho bien: sin mi política, no habría alcanzado usted este triunfo".

Y sin embargo, ese pequeño renano lleno de ironía, conquistó con justa razón la confianza del extranjero, que apreciaba su rectitud y su honradez. Elegido a la presidencia, se habría sujetado sin duda estrictamente a la Constitución, y no habría gobernado durante años sin el Reichstag,

ni dejado que Alemania sucumbiera en el caos. Pero no había ganado batallas y no medía un metro ochenta y seis.

Entre los que frecuentaban la Presidencia, uno sólo había que no se presentaba a mendigar y podía, por el contrario, dispensar favores. Se le temía, siendo en el fondo tan poderoso como Hindenburg, pues dirigía los asuntos de Prusia, que comprende las dos terceras partes de la República. En la silenciosa lucha que el Reich, bajo la dependencia de los hidalgos, emprendió contra la Prusia democrática y que sólo debía terminar después de siete años, Otto Braun tenía una posición sólida; pero, tipógrafo de oficio, era anti-monarquista, y por consiguiente sospechoso. Sin embargo, causaba respeto al viejo Mariscal por tres razones: era originario de Prusia Oriental, gran cazador y también medía un metro ochenta y seis. Al primer contacto con el Presidente, le había narrado una historia de caza y le había contado que su padre había nacido en un cuartel, y él mismo residía frente a un cuartel. Hindenburg le perdonó entonces el no haber sido soldado y ser socialista. Había advertido que Braun era algo más que un simple hombre de partido, era una naturaleza de jefe. Por lo demás, lo llamaban "el zar de todos los prusianos".

Braun era el único hombre a quien Hindenburg tuvo envidia. En varias ocasiones le dijo: "Usted dispone de todo, y yo no tengo nada. Usted tiene la policía, la administración, y yo debo recurrir a usted si necesito algo, hasta los decretos de gracia deben pasar por sus manos".

Braun, para agradarle, puso a su disposición un parque de caza patrimonial prusiano, pero Hindenburg nunca lo invitó a cazar con él. Un día que Hindenburg hablaba de su segunda candidatura, agregó que las querellas de los partidos le desagradaban soberanamente:

"—Soy soldado. Estoy acostumbrado a mandar.

"—Yo también preferiría mandar" — replicó Braun, sin confesar que también tenía la costumbre de hacerlo.

Había cierta ironía en las conversaciones a veces un poco familiares de esos dos hombres, en el fondo tan diferentes; se debía a la situación que Bismarck había creado a Prusia en Alemania. Los socialistas habían luchado en otro tiempo contra ese predominio, mientras no eran los amos del país. Hoy día, Hindenburg, cuyo corazón de viejo hidalgo prusiano siempre palpitó con más amor por Prusia que por el Reich, hubiera preferido ser el amo de Prusia, mientras que Braun habría preferido, por cierto, estar en el lugar de Hindenburg para extender su poder a Prusia y a Alemania. Esta curiosa rivalidad, la completa independencia política de Braun, su acento prusiano y el tono cantante de su voz, lo mismo que su estatura, conquistaron en cierta medida a Hindenburg, cuya desconfianza aumentó, sin embargo, con los años.

Un día que se había anunciado una manifestación de los antiguos combatientes comunistas en Berlín, Hindenburg convocó al palacio de la Presidencia al presidente del Consejo de Prusia:

—Me dicen que "ellos" han hecho cruces en las puertas de la gente que quieren asesinar.

Braun trató de calmar al Mariscal, pero éste insistió:

—¿Por qué no impide usted esas manifestaciones políticas?

—Gustosamente consentiría en ello, a condición de prohibir también las de los Cascos de Acero.

—Los Cascos de Acero son patriotas, los otros son enemigos del Estado.

Braun demostró al Presidente que los dos partidos eran igualmente revolucionarios, y las manifestaciones quedaron autorizadas.

El antiguo tipógrafo sacó un día al Presidente de una cruel dificultad: se trataba de prorrogar 'la ley de salvaguardia de la República", que se oponía al regreso del Emperador. Monarquista convencido, Hindenburg no quería esta prórroga y pensaba dimitir. Perplejo, hizo llamar no al canciller, sino a Braun el socialista. Como éste juzgaba muy inoportuno un cambio de presidente en ese momento, se hizo presentar el decreto. Se trataba simplemente de la prorrogación de una ley en vigencia; dijo al Mariscal:

—No se trata en modo alguno de impedir que el Emperador vuelva a Alemania; no se trata de eso. Usted fir-

ma simplemente la prorrogación de una ley que su predecesor ha firmado antes que usted.

Aliviado, el anciano lanzó una mirada inefable a su salvador socialista, y, con la conciencia tranquila, firmó el papel.

IV

Mientras en los ministerios disputaban por cuestiones de rango, de honorarios y sobre todo de influencias, el número de los desocupados aumentaba. Los partidos políticos que se agitaban así fueron a su vez, a partir de 1929, víctimas de la gran crisis monetaria, pues los que tan bien habían sabido bajar el precio de los productos no supieron hacer su repartición. No eran las reparaciones a Francia, pagadas gracias a empréstitos, las que hacían aumentar la desocupación en los países industriales de Europa, sino la falta de firmeza del sistema económico en el mundo entero; Alemania, el país más industrializado del continente, era por esto mismo el más afectado. La ociosidad, el hambre, la especie de nihilismo que se siguió, impulsaban a los hombres a ingresar a las ligas militares, garantía de seguridad y tropa de parada de los tribunos ambiciosos.

¿Podía el gobierno de este pueblo rodeado de naciones armadas castigar a esos jóvenes que se dedicaban a juegos medio deportivos, medio militares, y cuyo objeto era reemplazar al ejército prohibido por el Tratado? Una parte de ellos se hacía pagar, pero esas eran costumbres de mercenarios, y si se arrojaron en los brazos de los primeros que los llamaban, no por eso hay que detestar a esa adolescencia inexperimentada.

La derecha nacionalista fué la primera en formar ligas militares; la República sólo creó las suyas, más tarde, para protegerse .Los dos bandos se levantaron inmediatamente el uno contra el otro, y su entusiasmo guerrero tradújose en brutalidades, atentados y sangrientas refriegas.

Cuando Hindenburg llegó al poder, encontró en el país cuatro ejércitos particulares cada uno de los cuales era o iba a ser más numeroso que su Reichswehr. Miembro de honor del Casco de Acero, "Stahlhelm", había sido elegido con su concurso, al son de sus bandas y bajo sus banderas. Las ligas de izquierda, el Estandarte del Imperio (Reichsbanner) y el Frente Rojo (Rotfront) debían necesariamente permanecerle extraños, y un nuevo caso de conciencia surgió ante él: ¿cómo iba a poder observar una estricta imparcialidad entre esos cinco ejércitos?

Las ligas militares — excepto la comunista — tenían todas un ideal común: este ideal no era ni Alemania, ni el desquite, ni las victorias deportivas; era una palabra, una simple palabra capaz de electrizar al pueblo alemán como la palabra "libertad" electriza a otros. Esta palabra era: "legalidad".

Las ligas, que comprendían varios millones de hombres jóvenes y vigorosos, aspiraban a este ideal que es ordinariamente el de los hombres de edad, y cada una pretendía ser más legal que las otras. Los miembros de las ligas en verdad se mataban entre sí en los caminos, en las plazas, en los sótanos y en el curso de las manifestaciones; pero sus programas, a los cuales prestaban juramento delante de sus jefes y sus estandartes, eran estrictamente legales. Todos repudiaban el recurso a la violencia para conquistar el poder, cuando diariamente recurrían a ella en sus sangrientos encuentros; cada jefe de grupo se comparaba para sí con Mussolini, pero todos estaban muy de acuerdo para no intentar nunca una marcha sobre Berlín ni servirse de ametralladoras para tomar el poder. Y la derecha se sirvió del arma de la detestada democracia: la cédula de voto. Por el momento, se contentaron con la satisfacción que experimenta todo alemán que lleva uniforme. Razón tenía Briand cuando decía a Stresemann: "Evidentemente, un hombre debe estar bien orgulloso, cuando, llevando ridículamente un casco de acero, cree que esto basta para ser un héroe".

Como todos esos miembros de ligas eran tan respetuosos de la legalidad, el Mariscal creyó no tener que temer

de ellos por el país. Cuando se le proponía disolver las ligas, todas ilegales, vacilaba, y no se podía reprocharle su debilidad por esos jóvenes fanáticos que le recordaban el ideal de su pasado. De todas las faltas que cometió durante su presidencia, ésta es la más comprensible, si no la más peligrosa. Sucede con este asunto lo mismo que con la causa primera de la situación general: la prohibición de armarse que los vencedores impusieron a Alemania, fué incomprensible, pero fué un error.

En todo caso, durante nueve años, el país gobernado por Hindenburg fué inundado por la batahola de las ligas militares. Las numerosas reuniones electorales, sin exceptuar aquéllas en que se presentaba la candidatura de Hindenburg, no pudieron efectuarse sino bajo la protección de los piquetes de la guardia particular del candidato. Solamente la Reichswehr permaneció casi invisible; era el quinto ejército, la tropa particular de Hindenburg, y la mantenía bajo llave con el celo de un viejo califa. Cuando la miraba, los demás ejércitos debían causarle la impresión que podía experimentar el Soberano Pontífice al ver las ligas pacifistas o la Sociedad de las Naciones, que defienden las mismas ideas que él, pero de muy distinta manera, y especialmente sin el papa.

Las ligas militares no se contentaron con ejercitarse en la marcha, en la natación y otros deportes; se jactaban de tener una "concepción filosófica" del mundo. Sus largas columnas que desfilaban encabezadas por una banda y con estandartes flameando al viento, cantaban al sol, a la primavera y al amor, pero se complacían más aún en aullar cantos de odio contra los rojos, los judíos, los marxistas. Como las sangrientas colisiones se hacían cada vez más asesinas, Hindenburg se preguntó nuevamente si no debía hacer marchar la Reichswehr y prohibir algunas ligas, ya fuese temporal o definitivamente. Los colores negro, rojo y oro flameaban todavía en el palacio de la Presidencia y en el radiador de su automóvil... Pero el Casco de Acero de que era miembro, de honor, cantaba versos satíricos sobre la bandera de la República. En uno de esos "cantos de odio", el Stahlhelm exclamaba:

"Detestamos de todo corazón el régimen actual, su fondo, su forma, su porvenir, su ser esencial".

Como había entre los Cascos de Acero un buen número de empleados del Estado y de las comunas, Hindenburg creyó, sin embargo, deber convocar al palacio a los representantes de sus jóvenes camaradas; pero éstos le afirmaron que "el juramento de los funcionarios de la República no era de ningún modo puesto en cuestión por esas manifestaciones". El Presidente se declaró "feliz de haber recibido esta declaración" y todo siguió de lo mejor.

Es probable que si alguna vez Hindenburg tuvo dudas sobre la manera cómo ejercía su autoridad, se encontró tranquilizado y reconfortado por esas sutilezas y esas interpretaciones que son del corazón más bien que de la razón. Lo esencial, como se lo había dicho su madre después de la revolución de 1848, era hacer una reserva mental si uno se ve obligado a reconocer una bandera o a participar en una iluminación detestadas. Creyó así seguir siempre en su buen derecho y no sentía la pesada atmósfera del país, la disonancia de los cantos de todos esos revolucionarios que recorrían el país haciendo sonar sus armas, gritando sus refranes y escupiendo su desprecio a la Constitución. Sin embargo, prometían no modificarla sino por medio de su voto. La joven República, a quien todo el mundo afirmaba respetar infinitamente, era objeto de gritas de millares de individuos que, durante años, discutieron sobre la manera cómo la iniciarían en los secretos del amor y de la alcoba, legalmente, por supuesto, y todos querían desposarla en legítimas nupcias para ser su dueño.

Hitler también había renunciado a sus proyectos de insurrección que, en 1924, le habían valido algunos meses de prisión. El mundo debe cierto reconocimiento al juez que condenó a Hitler, pues durante su cautividad, en una celda obscura, una especie de establo, fué cuando nació a la luz el acta de fe: Mi lucha (Mein Kampf). Atrajo a una multitud de gente, porque sus promesas eran variadas y ambiguas. Si hubiese realizado ulteriormente su programa social, habría sido el más formidable competidor de los comunistas; tal como se presentaba, no era más que su fu-

rriel. Por eso sus partidarios razonables se separaron de él.

Sin embargo, hubo una vez una colisión entre dos instituciones legales.

Tres oficiales de la Reichswehr, en guarnición en Ulm, habían manifestado sus sentimientos nacional-socialistas. Hitler, convocado cómo testigo juramentado, depuso en su proceso. Los jueces, muy confundidos, no supieron qué sentencia pronunciar. Pero, aunque no eran de la religión de Salomón, se inspiraron en su espíritu haciendo jurar a Hitler que jamás cometería un acto ilegal: los dos oficiales fueron condenados a una pena benigna "atendido que habían sido impulsados a su acción por móviles generosos".

El ministro de la Guerra emitió un juicio diferente sobre los oficiales políticos:

"Los soldados que, antes de ejecutar una orden, estudian su fundamento y se preguntan si corresponde a sus opiniones políticas, no valen un comino. Esta concepción del deber prepara la rebelión y la disolución de un ejército. Para nuestra joven Reichswehr, el día en que los oficiales dieron ante el tribunal del Imperio, libre curso a sus opiniones subversivas, ha sido un día nefasto".

He ahí cómo se conducían las más altas autoridades del Reich, y el hombre que estaba a la cabeza del Estado y debía hacer las funciones de árbitro flotaba al capricho de las interpretaciones, ora a la derecha, ora a la izquierda, para evitar la guerra civil. El sofisma que le había hecho creer que con sus sentimientos monarquistas podría defender los colores de la República, resultaba decepcionante; vacilaba entre las banderas, entre las concepciones filosóficas y políticas, entre los círculos sociales, e impulsado violentamente hacia la ribera izquierda, contemplaba con una especie de nostálgico pesar la ribera derecha de que se había alejado.

Una rápida evolución lo llevó aún más lejos. En los años de crisis, en 1918 y 1923, se había llamado al gobierno a los socialistas; igual cosa se hizo durante la crisis de 1928. Urgidos por los estados acreedores que habían esta-

blecido un nuevo plan de pago, trataron de salvar en Europa lo que la República les negaba en el interior. Hindenburg los trató lealmente, les dijo en particular que se habían comportado bien durante la guerra. ¿Pero no había acusado públicamente a una parte de ellos de haber apuñaleado al ejército por la espalda?

El canciller socialista, Müller, tenía por Hindenburg una profunda veneración. De alta estatura lo mismo que el Presidente, Müller, calmado y ponderado, nada tenía del proletario y no desagradaba al Mariscal. Cuando en las recepciones, el viejo gentilhombre besaba la mano de la señora Loebe (1), la prensa de derecha se burlaba de ese ademán que calificaba de "inaudita falta de dignidad". Tenía entonces una expresión divertida, y antes de saludar a la asistencia femenina, decía a su secretario de Estado:

"Voy a hacer el papel de la mariposa que revolotea de flor en flor".

El gigante profería estas palabras con su voz de bajo profundo, pero con sordina, en seguida pasaba circularmente delante de las damas.

Cuando este gobierno de judíos — así se llamaba a los arios que practicaban una política de armonía — "se humilló ante el enemigo" aceptando el Plan Young, hubo un ruido infernal entre los amigos de Hindenburg. Organizaron un referéndum contra la aceptación del "contrato de servilismo", estigmatizaron con el nombre de traidores a los que lo aceptaran, y los más exaltados pidieron que se acusara a Hindenburg si llegara a firmarlo. El Casco de Acero se puso a la cabeza de los energúmenos y dirigió el ataque contra su miembro de honor.

Gracias a la sagaz perspicacia de Stresemann, tocado ya por el ala de la muerte, y a la conmovedora exposición que hizo de los acontecimientos, la situación fué salvada. El ministro, completamente desfalleciente tenía, por lo demás, mayor influencia que nunca. El Rhin debía ser libertado, y los alemanes se comprometían a entregar ciento veintidós mil millones pagaderos en cincuenta y nueve años.

(1) Esposa del presidente socialista del Reichstag.

Una vez que tengamos el Rhin, se decía cada uno para sus adentros, no hay peligro de que paguemos las reparaciones durante cincuenta y nueve años. Una vez más, el deudor se mostró más fuerte que todos los acreedores reunidos, pues, dos años después de la liberación de Renania, los ciento veintidós mil millones fueron reducidos a tres mil millones, y ni siquiera éstos fueron pagados.

El espíritu sencillo de Hindenburg podía comprender esta lógica; a pesar de las griterías de los de su casta, se atrevió a firmar el plan Young y, para responder a sus adversarios, hizo publicar la siguiente declaración:

"He pasado toda mi vida en la gran escuela del deber, en el antiguo ejército; allí aprendí a obrar según mi conciencia, sin miramientos por mi propia persona, solamente en el interés de la patria... Por eso no me he detenido ante la idea de sustraerme a mi responsabilidad haciendo proceder a un referéndum o presentando mi renuncia".

Aunque estas frases eran bastante huecas, hicieron gran impresión en la gente pobre que no deseaba sino creer en duras luchas internas en Hindenburg puesto que ya había hecho un pesado sacrificio yendo a instalarse en el palacio presidencial.'

Una vez más, el viejo Mariscal cosechaba los frutos del trabajo y de los sacrificios de los demás; pues Stresemann, en el curso de la lucha, había agotado sus últimas fuerzas. Nueve años después de su muerte, la bandera tricolor fué llevada a Maguncia, los colores alemanes fueron izados a lo largo del Rhin, organizáronse grandes fiestas en sus riberas en honor del Presidente que fué aclamado como un vencedor; las campanas de la catedral de Colonia, tocaron a todo vuelo, los banquetes y las recepciones sucedíanse sin interrupción. Pero ni una sola palabra de reconciliación se dirigió a los que acababan de abandonar el Rhin, y que, según el Tratado de Versalles, podrían haber quedado a sus orillas durante cinco años más.

"Los hombres a los cuales van en este día nuestra acciones de gracia, — escribió un diario democrático — son Walter Rathenau, que preparó la obra de liberación, y Gustavo Stresemann, que la acabó. Les debemos un eterno reconocimiento por su cordura, su constancia y su patriotismo".

Bismarck ha dicho que nunca hay que contar con la gratitud de los pueblos. Sin embargo, después de la muerte de los grandes hombres, sobre todo de aquéllos que han sellado con su muerte su abnegación a la cosa pública, las naciones acostumbran hablar de ellos con respeto. Pero tres años después de esas fiestas, el gobierno de Hitler hizo retirar la piedra conmemorativa erigida a orillas del Rhin a la memoria de Stresemann, y la tumba de los asesinos de Rathenau fué ornada de flores por este mismo gobierno.

V

Desde hacía numerosos años, Neudeck no era ya más que un sueño para el Mariscal. Cuanto más se esfumaban los recuerdos en el lejano pasado, más irradiados de felicidad debían parecer a los ojos fatigados del anciano. Evocaba sus alegrías de niño, sus primeros paseos a caballo, el abuelo sentado en el viejo canapé, contando las historias del malvado Napoleón. Los mimos de la abuela que, en las vacaciones, preparaba para él sus guisos preferidos; sus licencias pasadas más tarde con su mujer en los hermosos días de verano, en la vieja propiedad, los ejercicios de campaña con que divertía a sus hijos. Recordaba también la escuela de cadetes, sus primeros años de matrimonio. Ese pasado traía recuerdos de una dulzura íntima y no obstante aristocrática; la propiedad era un viejo solar sin lacayos galoneados, se llevaba allí la vida de las familias nobles, pero sin mariscal de corte. ¡Ah, cuán lejos estaba todo aquello, y cuán cerca le parecía, sin embargo! ¿No era un cuento de hadas grabado en su memoria? Fácilmente se pueden imaginar esos sentimientos en el corazón del viejo gigante. Quizá otro hidalgo, vecino de campaña de Hindenburg, tenía recuerdos semejantes. Tenía casi la misma edad que el Mariscal y al menos vivía tan regiamente como su vecino. Pero ciertamente, no perdía de vista sus

intereses, y esa preocupación material inspiró al señor von Oldenburg-Januschau una idea tan sutil como maquiavélica.

Se había elegido al viejo Hindenburg Presidente del Reich. Bien. Los Junker habían votado por él, a fin de que los protegiese, siguiendo la tradición de sus predecesores, los reyes de Prusia, que durante siglos nunca habían faltado a este deber. Y he aquí que este hombre, a quien los hidalgos consideraban con razón cómo su criatura, avanzaba con paso pesado y mesurado por el camino que inevitablemente conducía a la ruina de sus dominios. Estos estaban amenazados por una "Reforma" de los bienes situados al Este del Elba; algunas de esas tierras, que una banda de bolcheviques decían agotadas, debían, según el plan de reforma, ser divididas para ser puestas a disposición de los revolucionarios que pensaban establecer allí a sus criaturas. Esto era para continuar en los campos su obra de destrucción. ¿No se hablaba de "colonizar" la región? He ahí a donde habían llegado por haber aceptado de la coalición enemiga un verdadero tratado de esclavitud. ¿Podía ser de otro modo cuando la mujer de un Presidente socialista del Reichstag se atrevía a dar a besar su mano de cocinera al amo del Reich?

Estos Beneckendorff siempre han vivido en la penuria: — se dijo von Januschau — llegará el día en que tendrán que abandonar el hermoso palacio, si los electores no reeligen al viejo o si la muerte se lo lleva. Todos los veranos los pasa con algunos viejos en la Alta Baviera, en medio de gentes que hablan en una jerga extranjera cosas que no tienen ninguna relación con los intereses de los hidalgos prusianos. Hay que hacerlo volver al país, volver a sumirlo en el medio de donde ha salido. Para tener influencias sobre los ancianos, hay que recordarles sus años de juventud. ¿Si se le obsequiase la vieja casucha que habitaba una prima muerta recientemente sin dejar herederos directos? Se podría comprar la tierra y el edificio por un pedazo de pan. De un golpe, tendríamos al viejo a la mano, despertaríamos en él los instintos ancestrales de los terratenientes, y se daría cuenta por sí mismo de la miseria de los

Junker, y al mismo tiempo podríamos presionar al hijo, estimularlo, mostrarle que, como todos los gentilhombres lugareños, necesita subvenciones mayores de esa caja de socorros del Estado, llamada "Osthilfe". ¿No era ésta una excelente idea? No faltaba más que encontrar a los socios capitalistas para tener resuelto el asunto.

Por el momento, el viejo Januschau se puso en camino para Berlín y las orillas del Rhin. En todas partes era bien recibido, pues tenía humor y un conocimiento exacto de los vinos de Burdeos. Hizo su gira, presentó su idea. Con un buen cigarro Upman o Henry Clay en la boca, confortablemente hundido en un sillón de cuero, exponía su plan:

"Se trataría de dar a nuestro querido Hindenburg, para el cumplimiento de sus ochenta años, la propiedad de sus padres".

En tres semanas, se reunió la suma necesaria. Hindenburg iba a ser propietario y a conocer las alegrías, y sobre todo — lo esperaban — las preocupaciones de esa clase de hidalgos, blancos de la adversidad. Los reyes del hierro y del carbón son hábiles para organizar una colecta: cada uno de ellos dió cierto porcentaje de la suma del mineral por vender, 25 pfennig o medio marco, y como al fin de cuentas es el consumidor el que paga el aumento del precio, el obsequio hecho al héroe popular fué una especie de colecta nacional sin que la nación lo advirtiera.

Pero como el astuto de Januschau pensaba en todo, calculó las sumas que el hijo de Hindenburg tendría que entregar al fisco como derechos de sucesión a la muerte de su padre, y como esos derechos debían pagarse sin demora, se dió cuenta de que el heredero, sin fortuna, tendría pronto dificultades de dinero. Habría sido preciso hacer, pues, una segunda colecta para sacarlo de esta dificultad: o evitar esos gastos si fuera posible. Se decidió, pues, que la propiedad sería ofrecida al Presidente para su octogésimo cumpleaños, pero inscrita en el catastro a nombre de su hijo único, para celebrar al mismo tiempo el cuadragésimo cuarto cumpleaños de este último. Sería una manera simbólica de reunir en cierto modo a los ascendientes y los des-

cendientes en la persona del Mariscal, el más célebre de toda la familia. El hijo, educado muy sencillamente, había casado con una joven baronesa de alta cuna. El obsequio no podía menos que agradarle.

Al año siguiente, Hindenburg, dueño de Neudeck, o más exactamente padre del dueño de Neudeck, estaba instalado en su propiedad; y todo sucedió como von Januschau lo había previsto. Se necesitó, en verdad, una segunda colecta; pues la primera no era suficiente, y el sismógrafo de la economía nacional podría haber explicado un ligero aumento de los precios del hierro y del carbón por este nuevo centro sísmico en Prusia Oriental.

La impresión en el Mariscal fué profunda. Nunca había tenido bastante dinero para arrendar un hermoso parque de caza; nunca había podido llevar el lujoso tren de vida de algunos ricos amigos; y a pesar de la gloria que lo rodeaba, se consideraba un mendigo cuando era huésped de los grandes terratenientes de Prusia.

Estaba ahora instalado en un castillo nuevo, con veinticinco ventanas de fachada, una puerta cochera monumental verdaderamente defendida por los dos cañones con que había soñado cuando cadete; quizá eran las piezas de artillería que él mismo había capturado en Sadowa.

La propiedad había cambiado de aspecto; pero él tampoco era ya el mismo. No era ya el desconocido comandante, era el Mariscal célebre en el mundo entero, el que había ganado la batalla de Tannenberg y hecho capitular en campo raso a cien mil rusos.

Las alegres veladas de la guerra parecían haber vuelto; sus vecinos, sus amigos, reuníanse alrededor de él, que pasaba varios meses del año en Neudeck. Los príncipes y condes Dohna, los Eulenburg, Mirbach, Cramon y muchos otros venían hacia la noche a instalarse en el grande y hermoso salón, y con un vaso de chambertín en la mano, se quejaban de la agricultura que iba tan mal. Cuando, a fines de mes, el intendente de la propiedad presentaba las cuentas a uno de los patrones, estas cuentas se saldaban siempre por un pasivo — como su política, de la cual ya no entendía nada. El Mariscal se encolerizaba y decidía que el canci-

ller debería ayudar a los agricultores, sobre todo a los grandes agricultores.

Tannenberg estaba sólo a dos días de camino de Neudeck. Allí también se había edificado una nueva construcción, una especie de fortaleza, un monumento gigantesco y macizo, en conmemoración de la victoria y de los muertos. Con ocasión de su inauguración, el Mariscal pronunció algunas palabras y afirmó a la faz del mundo la inocencia de Alemania en los orígenes de la guerra.

"Partimos con un corazón limpio a defender la patria en peligro, y nuestras manos que han empuñado la espada, han quedado sin mancha".

¡Y creía lo que decía!

El monumento debía ser igualmente un símbolo de unión; continuó:

"Que las querellas intestinas desaparezcan delante de este monumento. Que en este sitio se tiendan la mano todos aquéllos que son animados del amor a la patria".

Ludendorff estaba a algunos pasos del Mariscal, pero los dos hombres no se tendieron la mano. Un saludo militar marcó la distancia que los separaba. Ningún sentimiento profundo determinó a Hindenburg, jefe del Estado y de la Reichswehr, a ir hacia el antiguo compañero de armas a quien le debía lo que era. Cuando Ludendorff, a su vez, pronunció una alocución, el Mariscal había desaparecido.

VI

Las pasiones de los partidos políticos alemanes que llenaban las calles llegaron al Reichstag, y la lucha política cedió su lugar a los instintos de destrucción. Fué una verdadera locura digna de un Eróstrato: los extremistas de derecha y de izquierda penetraron en el Parlamento con los puños cerrados, dispuestos a demolerlo. Hugenberg, convertido en jefe de los nacionalistas alemanes, no quiso admitir, en la primavera de 1930, el principio mayoritario; quería la abolición del parlamentarismo.

Y sin embargo, la crisis podía ser dominada: con paciencia y cordura política, y ante todo con una firme voluntad democrática, se podía encontrar en Berlín como en otras capitales, una solución a la crisis, a condición de que el Estado se opusiese vigorosamente a los extremistas y a sus ejércitos particulares.

Hindenburg carecía de esas dos cualidades y la tercera, la paciencia, se le escapaba cada vez más. Tenía un nuevo canciller, otro católico. Por lo demás, cuatro de sus cancilleres fueron católicos y solamente dos protestantes, aunque desconfiaba un poco de los primeros y cada vez que recurrió a uno de ellos, preguntaba: "¿Es también católico?"

Este era un hombre de constitución delicada, de rostro espiritualizado, de labios delgados, de nariz prominente; tenía ojos discretamente escrutadores como los hay en los sacerdotes romanos que no gustan de ser sorprendidos cuando observan. Todas las facciones del rostro eran pálidas, pero claras, y parecía que hubiese timidez hasta en la elección de la fina montura de oro de sus lentes. Su voz, de un timbre extremadamente agradable, hubiérase armonizado con una música de cámara más bien que con un acompañamiento de orquesta. No habría sido desplazado en el Vaticano, siendo más bien insinuante que fuerte; era amable, pero reservado, y no obstante mesurado en todo. Por eso no deseaban verlo por más tiempo alejado de la política. Había adoptado de la Iglesia romana el deseo de modestia y del anónimo en una predilección por permanecer entre los bastidores antes que aparecer en público. Poseía también el amor al estudio, mucha paciencia y una mezcla de sinceridad y de desconfianza, de tolerancia, de prudencia, de serena sencillez que le mostraba el objetivo por alcanzar sin que jamás se alejase de la línea recta. Fuera de esto, una nobleza de actitud y de maneras que podría haberlo hecho pasar por un príncipe de la Alemania del Sur, apasionado por la teología.

A esos rasgos romanos agregábanse rasgos ingleses, pues era de esos alemanes del Oeste casi anglizados por su inclinación natural y las impresiones de juventud que los

alejaban tanto del formalismo de los funcionarios alemanes como de la lógica de los políticos franceses. No veía tanto la Constitución como la manera de servirse de ella; no se detenía en la letra del artículo, sino en las modalidades cambiantes de su aplicación. Doce años de política en medio de la agitación de los partidos habíanlo hastiado; discípulo y admirador del arte gubernamental de la vieja Inglaterra, más que de la Inglaterra contemporánea, de ese arte que a pesar de sus principios nunca pierde de vista las ocasiones que se presentan, era uno de esos hombres que estiman poco, pero que no desprecian a su adversario. Todo su ser, en lo que tenía de romano y de inglés, de espiritual y de tierno, de activo y de pensante, era lo que hay de menos militar, y Dios parecía tener otros designios sobre este hombre antes que hacer de él un guerrero.

Pero, no obstante, era alemán, y como todos sus compatriotas, tenía fe en el poder de la espada; por este homenaje rendido a la fuerza es como tantas hermosas figuras alemanas han sido obscurecidas. No era que creyese en la omnipotencia de la fuerza; demasiado espiritualista para caer en esta extravagancia admiraba, sin embargo, el brillo romántico y los sentimientos de honor feudal del guerrero, que para él representaba la casta superior del Estado.

No habiendo sido jamás soldado, corrió al frente con más entusiasmo, como voluntario. En el momento de la declaración de guerra, no tenía treinta años, y su espíritu lleno de un puro idealismo, no buscaba galones ni honores, sino solamente la gloria de defender a la patria. Esta pasión obscurecía su mirada, le impedía ver las responsabilidades de la guerra y las posibilidades de la victoria; e incluso exaltó sus sentimientos monárquicos. Sus discursos están llenos de metáforas tomadas del campo de batalla; y este hombre de cincuenta años, jefe de un gran partido político primeramente, eminente canciller más tarde, habla con más pasión de los días gloriosos en que estaba a la cabeza de su sección de ametralladoras, que de sus victorias en el Reichstag o en la Sociedad de las Naciones. No obstante, habíase reconocido en él al mejor estadista alemán, desde Stresemann.

Los acontecimientos de la guerra cubriéronlo a la vez de luz y de sombra y determinaron también sus apreciaciones políticas, pues mientras su corazón alemán se henchía de la gloria del guerrero, el uniforme, el superior, el jefe de ejército, el Emperador, erguíanse delante de él como símbolos, y sus sentimientos de soldado se exaltaron hasta el extremo orgullo de pertenecer a la primera nación del mundo. Su admiración por Inglaterra y la tolerancia universal de su iglesia debieran haberlo preservado de este orgullo.

¿Cuáles debían ser los sentimientos de Brüning cuando — simple teniente, doce años después de la guerra — se encontró un buen día ante su jefe supremo, el Mariscal von Hindenburg, que le hizo sus confidencias? Olvidó que había sido convocado como jefe omnipotente del centro católico, y que el Presidente de la República le confiaba la formación de un gobierno según las reglas de la Constitución. Sin embargo, tenemos el sentimiento de que debió olvidar la falta de espíritu y de cultura del hombre ante el cual comparecía y que, fuera de la estatura, le era inferior en todo. Tenía frente a él el Gran Símbolo, el hombre de la Leyenda cuya mano sostenía, invisible, un bastón de Mariscal; representaba también el Real Señor de la Guerra. Todos estos sentimientos románticos le ordenaban venerar a un hombre que, por lo demás, era cuarenta años mayor que él y que representaba el espíritu de la gran guerra, por el que él mismo, siendo hombre de estudio, había sido abrasado...

No era la ambición lo que había llevado a Brüning a buscar el poder, al menos cuando lo aceptó. Conocido como hábil hacendista, pasaba por el hombre del porvenir mucho antes de llegar a ser jefe del partido del Centro; era en el Reichstag un parlamentario de nota, en la Reichswehr pasaba por hostil al Parlamento. Admirador del antiguo régimen, este hombre debía, en efecto, desear liquidar la Constitución de Weimar para volver a la de Bismarck y debilitar el Parlamento. Debía parecer a los ojos de los círculos antidemocráticos, particularmente calificado para el puesto de canciller, quizá más de lo que él mismo se daba cuenta. Si no compartía el orgullo de los generales, coincidía con ellos

en las ideas fundamentales de la política: pensaba que era preciso gobernar según las necesidades sociales, pero restableciendo un gobierno conservador, en el interés mismo del pueblo, y sin su concurso, dentro de lo posible.

Como muchos parlamentarios avisados de nuestra época, estaba harto de la política mezquina de las comisiones y de las sub-comisiones, y pretendía resolver solo los grandes problemas de nuestro tiempo; no quería ser dictador, careciendo para ello de cierta fuerza y de ciertas debilidades, sino curador del pueblo, teniente general, al cual se dan plenos poderes porque es más inteligente, y también porque no quería nada para él, sino todo para el pueblo.

Hindenburg, en su astucia de campesino martagón, sospechó en él un escudero de boca que, según una querida costumbre, haría su trabajo sin importunarlo con las responsabilidades que era preciso tomar, y le devolvería lentamente el favor de los hidalgos; todo esto sin choques, sin aventuras, pero con tenacidad y abnegación. El verdadero espíritu de sacrificio que ardía en el corazón de Brüning, halagaba a Hindenburg en las ilusiones que abrigaba, y que le mostraban siempre sus ventajas personales bajo el aspecto de servicios hechos a la patria. Era más sensible a las miradas fieles y devotas de ese civil, que a la posición de firme de un general de quien hubiera hecho un canciller. Si Brüning vió por demasiado tiempo en Hindenburg al Mariscal, éste no vió en el canciller sino a la nación en armas y, tomándose recíprocamente por un símbolo, ambos se desconocieron.

Estos sentimientos se revelaron desde su primer encuentro oficial; hicieron brotar lágrimas del viejo Mariscal cuando, ante el jefe del Centro, que se mantenía en la reserva, habló de la ingratitud de sus amigos.

"Todos me han abandonado. — dijo, cogiendo con sus dos viejas manos arrugadas la mano de Brüning. — Prométame, dígame que su partido no me abandonará hasta el fin de mis días, suceda lo que suceda".

Mientras que todos los pensamientos de Hindenburg iban hacia sus amigos de la derecha, que lo habían elegido y en seguida abandonado, y mientras esperaba desprenderse

completamente de las inquietantes izquierdas gracias al concurso de los partidos medios, Brüning, encontrando prematura la combinación, quería esperar a que llegara el otoño para tomar el poder. Solamente a instancias de los dos generales se decidió. El general von Schleicher consideraba, en ese momento, a Brüning como un supletaltas.

Cuando Brüning formó su gabinete, desligándose completamente de la tutela de los partidos, ganó definitivamente la confianza del Presidente, para el cual comenzaba una éra nueva de dictadura, como en los heroicos tiempos de Ludendorff. Su nuevo "jefe de estado mayor" prometía reforzar el poder de la nueva "Dirección del Ejército", debilitar el Reichstag, y se encontraba en presencia de una situación semejante a la que Ludendorff había encontrado en 1916: un peligro amenazante, la necesidad de tomar medidas rigurosas como en estado de sitio, un parlamento igualmente impotente que durante la guerra, aunque investido de mayores poderes.

Por primera vez, Hindenburg estaba satisfecho de su canciller. Quizá hasta comenzaba a estimarlo. Habiéndose emancipado Brüning de toda tutela con respecto al Reichstag, ya no fué responsable sino ante el Mariscal; como sus ministros habían obrado igualmente y se habían desligado de su partido, sólo fueron responsables ante él. Las disensiones de los dos partidos extremistas del Reichstag, cada día más violentas, eran las bienvenidas del Presidente y del Canciller. Si el viejo jefe de Estado solía tener dudas sobre la estricta legalidad de ciertas disposiciones tomadas por él, decía a Brüning, como antaño a Braun: "He prestado juramento a la Constitución, es preciso ayudarme a no faltar a mi juramento". En todo tiempo, había tenido dudas de este género, pero antes nunca las había expresado; llegado al poder supremo, podía abandonarse a confidentes como lo hacen los reyes.

Pero también hacía los elogios de su canciller, y en varias ocasiones comunicó sus impresiones a su círculo: "Brüning será mi último Canciller. Nunca me separaré de él".

Para manifestar bien sus sentimientos, le envió su capa-

pieles, cuando Brüning viajaba por el Este.

El delicado canciller se perdía en la inmensa capa del gigante, y Hindenburg decía a sus amigos, riéndose para sus adentros y frotándose las manos: "No se imaginan ustedes lo que es capaz de hacer mi pequeño Brüning".

Establecíéronse así entre ambos hombres relaciones de señor a vasallo; por lo demás, el vasallo era el más inteligente y dirigía los negocios en la medida en que el sueño y la digestión del señor lo permitían. Brüning, convencido de que a la cabeza de Alemania se necesitaba un militar con un brillante uniforme y condecoraciones, sostenía con todas las fuerzas de su convicción al ilustre guerrero, sin darse cuenta de que no sostenía sino un títere. Bismarck había hecho la Constitución del Imperio a su talla; Brüning, que quería volver a ella, tenía también los ojos fijos en un gigante; pero éste era hueco.

Por su talento y su carácter, este hombre podría haber salvado quizá a Alemania. En su desinterés, no apoyó al hombre mejor o al más poderoso, sino al representante del símbolo con que soñaba. Así fué cómo por el Mariscal y sus generales, aumentó cada vez más los poderes de la casta infiel que, por tradición, traicionaba siempre a los civiles que la habían servido bien.

VII

En el detalle, la obra de Brüning fué, tanto en el interior como en el exterior, tan considerable como su triunfo. Fué el primer canciller que comprendió el movimiento revolucionario. Perfectamente íntegro, libre de todo prejuicio, muy al tanto de las cuestiones financieras y presupuestarias por diez años de estudios previos, alejóse de los métodos de facilidad que habían regido el establecimiento de los presupuestos de los últimos años, provocando una prosperidad absolutamente artificial. Restringió los gastos, redujo inmediatamente los sueldos, incluso los de los ministros y diputados, y redujo así el presupuesto de doce mil millones de mar-

cos a siete mil millones. Las víctimas lanzaron gritos de osífraga, mientras que los socialistas escuchaban esa música completamente nueva que les daba el sentimiento de una justicia eficaz. El procedimiento era sencillo, pero peligroso; para aplicarlo, precisábanse manos íntegras como las suyas, y así y todo no era practicable sino temporalmente.

Cuando Hindenburg advirtió que se podía gobernar sin Reichstag, se complació en este método que convenía a su temperamento de hidalgo y de Mariscal mejor que las negociaciones, las ententes y los compromisos. Más aún: descubrió en la Constitución republicana un artículo que lo llenó de júbilo. Era el artículo 48 que da al Presidente, en tiempos de crisis y de dificultades internas, el derecho de gobernar provisoriamente por medio de decretos especiales, llamados "decretos de angustia", que el Reichstag, en verdad, podía anular más tarde. Este artículo 48, el arma más peligrosa que jamás poseyó el Imperio, debía permitir en casos de crisis agudas evitar la proclamación del estado de sitio; no había sido aplicado por Ebert sino durante la inflación, para evitar la caída demasiado brutal del marco. Una ley de ejecución debía completarlo para evitar sus posibles abusos, pero los socialistas que, más que cualesquiera otros debieron haber prevenido un abuso de este artículo, no encontraron, durante diez años, el medio de aprobar la ley de ejecución. Bajo el gobierno de Ebert, habría sido fácil, pero cuando, en 1928, quisieron presentar el proyecto de ley que restringía las condiciones de aplicación del artículo, los consejeros de Hindenburg reconocieron el peligro, y el Presidente declaró que se retiraría si se presentara el proyecto. Sin esta cota de malla flexible y sólida, el gigante renunciaba a permanecer en el poder. Ahora estaba tranquilo; ya no podían desembarazarse de él por medio de una intervención especiosa del Parlamento.

Hindenburg y Brüning estaban decididos a hacer uso del artículo sin tener que incomodarse. Cuando el Reichstag se negó a ratificar su decreto, lo disolvieron e hicieron proceder a nuevas elecciones. Algunos han negado, pero en vano, la legalidad del procedimiento.

Las elecciones de setiembre de 1930 fueron una victoria para Hitler que, dos años antes, no tenía sino doce adeptos suyos en la Dieta: obtenía 107 asientos por los votos de 6.000,000 de electores. Pero en razón de su insuficiente homogeneidad y de su decadencia interna, este Reichstag prefirió dejarse gobernar por un Brüning no parlamentario antes que por un Hitler anti-parlamentario cuya sombra temía. ¿Por qué no mantuvo Brüning a esa Dieta en jaque?

Aquí es donde el drama se anima, pues en ese momento fué cuando el canciller comenzó a darse cuenta de que trataban de engañarlo y tuvo duda sobre el apoyo que podría encontrar ante Hindenburg. A comienzos de 1931, Brüning, fiándose en la palabra de Hindenburg, podría haber aniquilado el Parlamento y reirse de la legalidad. ¿Por qué no se atrevió a hacerlo? Lo ignoramos; ha guardado el secreto de su abstención. Se contentó con despedir a los últimos ministros demócratas, entre los cuales estaba el antiguo canciller Wirth, que había sido con Rathenau el mejor ministro de la República. En seguida, Hindenburg y Brüning gobernaron solos con ministros técnicos.

Se encontraron naturalmente jurisconsultos para calmar la conciencia de los dos hombres. Se demostró que se habían conformado estrictamente a la letra de la Constitución. Era preciso a todo trance salvar las apariencias y quedar en la "legalidad"; las ridículas tentativas de Schleicher que habló de "hacer evolucionar" el artículo 48 hasta la modificación de la Constitución, o los esfuerzos del prelado Kaas, que pretendió "modificarlo" apoyándose en la "ley natural", dan una idea de la ingeniosidad empleada al respecto.

Mientras que en todo momento se esperaba ver la calle en manos de los revoltosos o de los asesinos, tres honrados juristas instalados confortablemente en un edificio oficial, averiguaban gravemente cuanto metal de baja ley se podría agregar legalmente al oro puro. No se salieron en un momento de la legalidad, se contentaron con constituir legalmente un gobierno de larga duración contra el princi-

pio fundamental de la Constitución, a saber: el control del canciller por el Reichstag y su caída si perdía la confianza de la mayoría. Esta grande y única conquista de la República fué destruída en virtud de un artículo que debía servir en circunstancias absolutamente excepcionales y temporalmente, a condición de la aprobación ulterior del Reichstag. Es exactamente como si se hubiera imaginado dejar las escalas corredizas de los bomberos apoyadas en un inmueble en previsión de un incendio, para permitir que cualquiera pudiera entrar por la ventana. Bismarck había instituído un gobierno análogo por los años 60 y tantos, pero no se había apoyado hipócritamente en una interpretación tendenciosa de un texto de ley: y Bismarck mismo no fué absuelto sino después de dos guerras victoriosas que parecían, al igual que las revoluciones, justificar un nuevo derecho.

Hindenburg, ligado en 1925 por su prestación de juramento, a la Constitución, habíase comprometido a aceptar, aún contra su convicción, los hombres y los programas que la mayoría, es decir la opinión pública, exigía. En 1930, se arrogó el derecho absoluto de formar gobiernos a su antojo, gobiernos que calificaba de "presidenciales" o de "autoritarios", haciendo jurar solemnemente a sus nuevos ministros liberarse de toda unión a su partido. Ni siquiera admitía ya que los patidos políticos expresaran su confianza al ministro de su bando, pues, — e insistía sobre este punto — tenía **"su"** confianza. Estas palabras demuestran que el Estado "wilhelminiano" había resucitado. Hindenburg estaba feliz del restablecimiento de una autoridad y de una estricta disciplina. ¡Ah, no en vano había sido soldado su canciller católico!, mientras que los tres cancilleres anteriores no habían sentado plaza. Gracias a estas circunstancias, el estado mayor que dirigía los asuntos habíase reducido a cuatro personas, como en el ejército, donde este número bastaba para tomar una decisión. A partir de 1930, Hindenburg no recibió ya directamente; era preciso solicitar audiencia e indicar el objeto de la visita al secretario de estado, Meissner, quien examinaba las peticiones y las concedía o las rehusaba, según su capricho. Hindenburg

se acercaba así a Federico el Grande: el monarca se había hecho autócrata.

Sin embargo, Brüning ejecutaba la tarea más agobiadora que alemán alguno haya asumido después de Ludendorff. Los noventa y cinco decretos (Notverordnungen) que le permitieron gobernar el Reich durante dos años, fueron todos — salvo uno — aceptados por la Dieta. Combinados como una salsa francesa, contenían tantas hierbas y condimentos que nadie podía distinguir su composición, y el todo se fundía en la lengua. Había seducciones, tomadas de motivos de política interna y externa, artísticas fórmulas de compromiso, cuya atractiva combinación convenía a todos los partidos; cadencias que parecían emanar de dos temas de una frase sinfónica, con variaciones de solistas que las tocaban en un movimiento de fuga, y vueltas al motivo primitivo sin que se tuviese el valor de modificar un solo trino de ellas. Se veía allí el talento y la ejecución de un maestro, que, por la experiencia adquirida, habíase convertido en el jefe ideal del Parlamento, sin recurrir a los medios ni aún a los subterfugios de la dictadura, la más peligrosa máscara de la democracia.

Al mismo tiempo la confianza del mundo en Alemania aumentaba. El que la representaba no estaba comprometido con ningún grupo económico; su reputación y sus inflexiones de voz eran las prendas de su tacto y de su buena educación. Veíase finalmente un alemán que no era ni cortante, ni rudo, ni fanfarrón, ni bonachón, ni pretencioso, ni teatral, ni nervioso, sino calmado y sincero. Estos rasgos apenas manifiestos de renunciamiento personal, que convienen a un hombre colocado a la cabeza de un Estado en bancarrota, la manera como hizo reducir su sueldo, su escrupulosa honradez que le hacía tomar taxis para sus diligencias personales, las restricciones que se imponía en sus comidas y recepciones; en fin, su naturaleza sinceramente religiosa que encontraba su expresión en sus rasgos y en sus costumbres, valiéronle las simpatías de los ministros extranjeros. Cuando, en el curso del verano de 1931, volvió de París y de Londres sin haber obtenido empréstitos, traía, no obstante, el don invisible e imponderable de una

confianza que antes de él sólo Rathenau y Stresemann habían sabido conquistar para la nueva Alemania.

Su conocimiento de las dos lenguas principales, el francés y el inglés, y el estudio prolongado del presupuesto permitiéronle resistir en los salones, a los ataques de Flandin y de Pietri, poco favorables a Alemania y que producían cifras a nunca acabar. En media hora, pudo, en Londres, obtener de Mellon y Stimson 500 millones para compras de algodón, de cobre y otras materias primas. El viejo Briand, llegado poco antes de su muerte a la cordura suprema, lo tomó bajo su protección, y durante una comida en el Quai d'Orsay le soplaba al oído: "Ahora es preciso ganar a Herriot a su causa, esto es lo importante esta noche".

Y cuando esos dos franceses vinieron a devolver la visita a Berlín, Briand dijo, riendo para sus adentros, al ver con qué habilidad había preparado Brüning la "mise en scene" de la recepción: "He aquí un joven que ha progresado rápidamente en la carrera".

Brüning pagó por primera vez las reparaciones en 1930. Redujo al mismo tiempo el presupuesto en 5 mil millones, aunque la crisis universal aumentaba, mostrando así a los acreedores que Alemania quería por fin pagar, pero que no lo podía. Por lo demás, la crisis fué para el canciller una verdadera suerte, pues los demás estados rehusaron también pagar sus deudas, y el procedimiento fué tan apreciado que terminaron por aceptar la pobreza de su deudor.

Supo también sacar provecho de la peligrosa situación creada por Hitler, su enorme partido y su ejército clandestino. Denunció la dictadura amenazante de este mal muchacho y obtuvo así la "tolerancia" del gabinete prusiano que tenía buenas razones para temer a Hitler, visiblemente mejor armado que Brüning, que no disponía de la Reichswehr sino a título condicional. En plena crisis, cuando el número de desocupados llegaba a varios millones, Brüning supo resistir, hacer frente, y fué este un golpe maestro. Por poco que el monarca le siguiera siendo fiel, el vasallo podía hacer todavía mucho bien.

Sus rápidos triunfos de política externa hiciéronle simpático, en cierta medida, ante sus adversarios de izquierda. Brüning, que nunca había vivido con el pueblo, pudo observarlo en el curso de la guerra en las trincheras. Allí, habíase codeado con los obreros cuya alma creyó descubrir con su sensibilidad. Pero no los frecuentó en tiempo de paz en el interior del país y no pudo darse cuenta de la crueldad y de las injusticias sociales de que sufrían en el estado prusiano jerarquizado. Los jefes socialistas compartían, pues, en gran parte sus apreciaciones, no por esos motivos de justicia social, sino porque tenían el mismo miedo a Hitler. Sin embargo, Brüning dió pruebas de una gran habilidad política dando a menudo satisfacción, él, conservador, a las aspiraciones sociales de las izquierdas, pues según el deseo de Hindenburg, podía gobernar sin apoyarse en un partido político, pero debía marchar con la derecha.

"Jugamos una singular partida de ajedrez; — dijo un día — uno de los jugadores no tiene derecho de servirse de sus peones ni poner en jaque al rey del adversario".

VIII

Las estrellas inquietas que amenazaban turbar la trayectoria de Brüning, los nacional-socialistas ¿no habían tratado en otros países también de entrar al gobierno, y no habían fracasado? ¿No se podría hacerlos entrar en el Reichstag y participar en el gobierno? En el mes de octubre de 1930, y una o dos veces más tarde, el canciller recibió a los revolucionarios.

¿Cuáles fueron los sentimietnos de Hitler cuando penetró en esos departamentos donde, desde hacía años, acariciaba la esperanza de entrar como amo? Es necesario que haya sentido una extraña atracción hacia la Cancillería del Imperio, pues desde que venía frecuentemente a Berlín, se alojaba en el hotel cuyas ventanas daban al palacio habitado antes por Bismarck. Hitler tenía un profundo respeto

a la legalidad; esto correspondía a su carácter y a sus ideas legitimistas, en el fondo. Esas disposiciones le daban modales poco seguros cuando discutía con las gentes del antiguo régimen; cuando se inclinaba, encurvaba demasiado la espina dorsal, pero tenía una actitud demasiado rígida cuando se erguía. Cuando se encontró frente a Brüning, que tenía más o menos la misma edad que él, pero demasiada sensibilidad para dejarse engañar en el ademán teatral del tribuno y concederle un carácter guerrero, le hizo la siguiente proposición: siendo el único adversario de Hindenburg en las próximas elecciones presidenciales, con menos probalidades de buen éxito que el viejo Presidente, Hitler retiraría su candidatura, su partido votaría por una ley del Imperio que prolongaba la presidencia de Hindenburg, a cambio de lo cual, Hitler sería canciller.

¿Cuáles eran los sentimientos secretos que decidieron a Brüning a hacer a Hitler esta hábil proposición y cuál podía ser la reacción interna de Hitler?

Es verdad que Brüning hace una reserva: la proposición no debe encontrar su ejecución inmediatamente, sino dentro de un año, cuando hayan terminado las negociaciones con los estados extranjeros; entonces le cederá gustosamente su lugar.

Después de semejante proposición, ¿no va Hitler a levantarse y a despedirse? Vacila, pide reflexionar, abandona la Cancillería y vuelve a la mañana siguiente con su amigo Roehm.

Ha reconocido, — dice — después de tomar el parecer de sus amigos, que sólo un hombre que duda del porvenir podría celebrar un pacto semejante, ligado a una docena de condiciones inciertas. Y termina diciendo que o aceptaría la solución inmediatamente o no la aceptaría en absoluto. Pronuncia un largo discurso de una hora que no responde a ninguno de los argumentos precisos del canciller, mientras las tropas de asalto, comandadas a este efecto, cantan bajo las ventanas de la cancillería:

¿Cómo había podido Brüning hacer este ofrecimiento? ¿El hombre que tenía frente a él no era, en suma, un comunista? En la entrada triunfal en el Reichstag, en octu-

bre de 1930, su partido había pedido que toda la fortuna de los grandes banqueros y de los grandes hacendistas, — no solamente de los banqueros judíos — que todas las fortunas que datan de la guerra y de la inflación sean secuestradas, todos los grandes bancos "estatizados", y que los honorarios del Presidente, de los ministros y la dieta parlamentaria fueran reducidos a la mitad; esos eran proyectos abominables que probablemente aprobarían los socialistas y los comunistas.

¿Cómo pudo ser alejado el peligro? Unos desconocidos tomaron de la mano al demagogo idealista y lo condujeron a vías menos revolucionarias. La proposición de ley fué retirada subrepticiamente, nunca más se la volvió a ver. En la bóveda en que reposa, reposan también los vanos triunfos del partido que ha traicionado a su propia causa.

IX

El período presidencial de Hindenburg tocaba a su fin. Los siete años que acababan de transcurrir eran para él, desde el punto de vista de su poder personal, años de bonanza. Había llegado a ochenta años, y sin embargo la edad no lo había hecho ni más generoso ni más suave, sino más egoísta y más rudo. El, el hombre del deber, no había logrado **obedecer** a los mandamientos que debe seguir un buen tirano. En la antigüedad, la autoridad era dada a los ancianos porque sus cabellos blancos los hacían venerables y porque su avanzada edad garantía su imparcialidad. Este pensamiento pudo irradiar en Aténas, no se propagó a Berlín. Ninguno de los que tuvieron relaciones de servicio con Hindenburg en el curso de sus siete años, habla hoy de él con afecto. Hindenburg tuvo millones de admiradores crédulos, pero ni un solo amigo verdadero.

Los rasgos de su carácter tiránico se acentúan de día en día. Cuando, con ocasión de una conmemoración fúnebre, la ciudad no estaba embanderada como él lo deseaba, se dirigió en términos extremadamente duros y delante de

todas las personalidades presentes, al ministro del interior Wirth, como lo hubiera hecho en un patio de cuartel, y no en el gran hall del Reichstag. Wirth quiso renunciar sus funciones inmediatamente, pero se dejó ¡ay! persuadir de que debía continuar. El lenguaje del comandante Oscar von Hindenburg es más pintoresco y más enérgico aún que el de su padre. Después del incidente en cuestión, el comandante se expresó en un círculo de amigos en estos términos: "Hay que librar el gabinete de ese puerco y de todos los de su especie". En 1932, Brüning propone al Presidente una nueva división administrativa de Prusia. "Yo no la admitiré jamás, — replica Hindenburg,—yo quiero dejar intacta a mi sucesor la herencia de Prusia". Terminó por substituir completamente al rey, hasta el punto de expresarse exactamente como Guillermo: **"Yo** no admitiré, **yo** quiero... **dejar una herencia intacta".**

Se aferró a su puesto con una creciente obstinación. Un día que Brüning le exponía un proyecto de restauración monárquica en favor del nieto del ex-emperador, restauración que, según el canciller, podía hacerse sin golpe de fuerza, por un simple plebiscito y con la tácita aprobación de los obreros, el viejo Mariscal respondió arrebatadamente:

"Jamás consentiré en ser regente, y ningún otro fuera del emperador tomará la corona, no lo toleraría. Soy el fideicomisario de Su Majestad; preferiría morir sin haber visto la Restauración antes que violar la confianza de mi Soberano. Por lo demás, la Monarquía a la moda británica nada tiene de monarquía".

Nadie ha comprendido mejor las secretas y profundas razones de esta extraña declaración, que el Kronprinz, quien confió un día a Brüning:

"El Mariscal desea sencillamente no abandonar su sillón. Ha traicionado a mi padre, ha traicionado a Ludendorff, y en su ocasión lo traicionará a usted también".

Con una clarividencia bastante rara en los Hohenzollern, el ex-Kronprinz previó que Hindenburg, que constantemente tenía en la boca la palabra "lealtad" traicionaría fríamente a aquél a quien llamaba "su querido canciller".

Brüning contaba muy raramente afuera lo que sucedía en el palacio presidencial. Sin embargo, contó un día a sus amigos una escena dramática a que había asistido.

Era en 1931, cerca del 9 de noviembre cuyo aniversario venía a ensombrecer el humor del Mariscal. Hindenburg, que no tenía costumbre de hacer confidencias a sus ministros, se puso a hablar:

"Ya no quiero lanzarme a la lucha electoral, — dijo a Brüning. Constantemente se recuerdan los acontecimientos de noviembre. Sin embargo, he hecho todo lo que podía por la monarquía. No es la primera vez que un soberano ha abandonado su país para volver a él, en tiempos mejores, llamado por el pueblo. El frente de batalla no podía resistir por más largo tiempo; como viejo oficial prusiano, debía tratar de salvar la persona del rey".

Son éstos los acentos de una conciencia atormentada por tenaces y penosas reminiscencias; con la misma voz ahogada trataba el viejo de calmar sus escrúpulos cuando hablaba a Braun, a Wirth y a Brüning del juramento que había prestado a la Constitución. Había creído poder conciliar los juramentos al rey y a la República; pero no obstante había un abismo entre los dos, y para franquearlo, el anciano debió dar un salto peligroso cuyo recuerdo lo hacía a veces temblar.

En este día de noviembre, he aquí a dos hombres cara a cara. El interlocutor del Mariscal es uno de los que asistió al frente, en primera línea, al drama que se representó hace exactamente trece años; se batió apasionadamente por su rey. Era entonces un simple teniente, el Mariscal era para él el gran jefe aureolado de gloria, rodeado de un brillante prestigio. El joven oficial de antaño es hoy canciller del Reich. Ambos tienen recuerdos semejantes. El viejo capitán evoca la escena que se desarrolló en la veranda de un castillo en Spa, cuando aconsejó al Emperador abandonar el ejército y dirigirse al extranjero. A la misma hora, el antiguo teniente estaba en la estación de Aix-la-Chapelle con su sección de ametralladoras; había tenido dificultad para obtener del comandante de la plaza, indiferente u hostil, una locomotora y un vagón. Al lado de

un camarada que conocía el manejo de la máquina, habíase dirigido a Herbesthal, para quitar a las tropas insurrectas, la estación, que dominaba la vía férrea de Aix a Spa.

Y Brüning, el antiguo teniente, cuenta a su antiguo Mariscal, cómo en algunos minutos, quitó a los insurgentes la estación que puso en estado de defensa para asegurar el paso del tren imperial. Y mientras tanto, la relación transmitida al Emperador relataba exactamente lo contrario: "Tropas insurrectas que vienen de Aix-la-Chapelle acaban de ocupar la estación de Herbesthal"; de ahí, al anuncio de esta alarmante noticia que parecía cortarle el camino de regreso, la decisión del Emperador, hasta ese momento vacilante, de pasar a Holanda.

¿Conmoverá esta historia al anciano?

Impasible como de ordinario, no se movió de su asiento: "Es posible, — dijo finalmente — pero los destacamentos que lo seguían a usted no eran seguros".

Estas revelaciones eran terribles para Brüning, fiel servidor de la corona. Hindenburg, conociendo de larga data la pusilanimidad de su señor, no creyó deber impedir su huída. Pero Brüning, fogoso actor de una tragicomedia en que los acontecimientos tomaron un curso que quería evitar a todo trance, veía la mano del destino en ese trágico **quid pro quo**.

¿Qué habría sucedido, — debió preguntarse — si yo no hubiera ocupado Herbesthal? No habría habido encuentro en la estación, ni disparos, ni telegramas... Pero,—podía preguntarse también — ¿quién es ese Mariscal, que no supo retener a su rey y protegerlo hasta el fin? ¿Va a desengañarse el canciller en ese día de noviembre? ¿Va, con su mirada inteligente, a descubrir por fin el mezquino juego de esos ídolos que quiere volver a colocar sobre su pedestal?

Es posible, pero es preciso que ahogue este sentimiento para impedir al caos. Con ímpetu, se lanzará a la refriega. Como antaño luchó por su rey, como fiel vasallo, luchará ahora por el Mariscal. Este, en el fondo, está contento, su fatiga era simulada, el deseo de retirarse de la vida pública, una ficción. De lo contrario, el anciano lo habría

llamado para decirle: "Hijo mío, toma mi sucesión". ¿Por qué, a los ochenta años, Hindenburg quería seguir siendo Presidente?

Durante los siete años que habían transcurrido desde su primera elección, habíase tornado más obstinado, más casero, más hostil que nunca a todo cambio, a toda innovación. A los setenta y ocho años, difícilmente puede un hombre todavía cambiar sus costumbres; a los ochenta y cinco años esto es mucho más difícil.

Es verdad que Hindenburg es castellano, propietario terrateniente, ¿pero podía pasar el resto de sus días en el campo? ¿Debía separarse de su hijo? Como Presidente, podría conservarlo a su lado. Su septenio no lo había fatigado en modo alguno, estaba más robusto que nunca, si la izquierda lo eligiera, tanto mejor. Siempre se podría abandonarla después de la elección para probarle que no era indispensable. En cuanto a Hitler, ese "caporal bohemio", ¿habría que hacerle alguna concesión? Menos que nunca. En la primera elección, ¿no había desplazado al gran almirante von Tirpitz para humillarse delante de un ex-soldado de primera clase del ejército austriaco?

Sin embargo, el Mariscal quiso dar la impresión de hacer una vez más un sacrificio al país. Cuando el ministro Braun le pidió que conservara la presidencia "para obstruir el camino a Hitler", Hindenburg refunfuñó y dió a entender que para salvar la situación estaba dispuesto a seguir sacrificándose. "Tengo una terrible responsabilidad con estos decretos leyes" — dijo suspirando.

Pero cuando comenzó la campaña, salió de su papel de Júpiter Olímpico y pronunció por radio un ardiente discurso.

Sabía que lo trataban de dictador. Se defendió diciendo: "Como el poder legislativo, — la Dieta — ha fracasado en su misión, ha sido necesaria mi intervención. He pensado en mi viejo axioma militar que admite que uno se equivoque en los medios, pero que encuentre menos grave un error en la acción que una inacción completa... Ninguno de mis detractores puede al menos acusarme de haber carecido de patriotismo, ni de haber querido otra cosa que

la liberación de Alemania... Que los que no quieren votar por mí, se abstengan".

Habiendo despertado Hindenburg la desconfianza de los dos grandes partidos políticos, Brüning debió proceder hábilmente y hacer izar las dos banderas a la vez. En el curso de esta campaña para la reelección del Mariscal-Presidente, dió pruebas de mayor ciencia estratégica que Hindenburg mostró jamás durante la guerra. Este último, como durante la campaña anterior, se descargó de todo el trabajo y de todas las responsabilidades. Más aún, antes de la batalla, exigió del canciller la seguridad de que sería elegido. En los primeros meses de 1932, acosó a Brüning hasta el límite extremo de lo que un hombre puede soportar. Pero Brüning aceptó todas las humillaciones, pues quería a todo trance evitar las perturbaciones, la revuelta y el caos. Gracias a él, seguramente, Hindenburg fué elegido. Sin él, habría salido Hitler. En ese momento se esperaba todavía poder poner en jaque a Hitler y aniquilar su acción política. Hindenburg debía ser apoyado por una parte de la derecha y de los grupos del medio, y por la izquierda en todo caso.

En lugar de encontrar el apoyo de todos los que querían reforzar la posición de los antiguos partidos de orden y que, en suma, debían ser los medradores directos de semejante política, Brüning vióse convertido en blanco de todos los ataques; hasta el Mariscal, los generales y la corte le hicieron oposición.

La nobleza declaró que "estaba harta del viejo traidor", y pretendía llevar a la presidencia a un príncipe sajón o a uno de Mecklenburgo; entre el palacio presidencial y la Reichswehr, había un ir y venir de intrigas ora opuestas, ora atacando de concierto a Brüning que ya no sabía dónde estaba.. ¿En qué sentido obrarían Meisner, Schleicher y Oscar von Hindenburg sobre el viejo Mariscal?

Mientras el canciller se ocupa de la reforma de los impuestos, de una huelga, de la reducción de los gastos comunales, Schleicher, a sus espaldas negocia con Roehm y se jacta de haberle inculcado a este último principios militares y de cortesía; Roehm, cuando se presenta al general,

permanece sobre el umbral, hace sonar los tacones y pide permiso para entrar.

El canciller entabla conversaciones para obtener una reducción del precio de la cerveza bávara, — toda la elección de Hindenburg depende quizá de esta cuestión, — quiere establecer un baremo de los precios para impedir el alza de los productos; bruscamente sabe que en Neudeck algunos Junker han contado al Presidente falsas noticias concernientes a los proyectos elaborados por Brüning para la colonización en las provincias del Este. Han despertado la cólera de Hindenburg y tratado a Brüning de bolchevique. Mientras el canciller logra calmar a los jefes de las izquierdas, que ponen ciertas condiciones sociales para apoyar la elección de Hindenburg, mientras fija con las potencias extranjeras las condiciones previas para la sesión de la Sociedad de las Naciones, se siente espiado, y se sabe que ha tenido que hacer venir en varias ocasiones a unos obreros electricistas para revisar su teléfono y buscar micrófonos en su escritorio.

¿No se creería uno en el antiguo serallo donde se hacían funcionar los surtidores cuando los embajadores extranjeros venían a visitar al califa, a fin de que los eunucos, detrás de las tapicerías, no escuchasen las conversaciones para sacar de ellas dinero? ¿No es aquélla la gran plaza de Gálata donde tenían lugar las ejecuciones de los favoritos caídos en desgracia? Pero en Turquía las ejecuciones se hacían públicamente; no asesinaban en las selvas silenciosas, a las puertas de la capital, a un ministro en su coche.

¿Cuál será el juicio de la posteridad cuando evoque la historia de nuestra época, cuando sepa los infames procedimientos a que se recurría para desembarazarse de un adversario molesto? ¿No contrataron los enemigos del canciller, el día del Viernes Santo, a unos fotógrafos para que filmaran la procesión en que tomaba parte el piadoso canciller y poner así en ridículo ante los ojos de la mayoría protestante del pueblo al hombre de estado católico, rogando de rodillas?

Hasta algunos oficiales, cuya causa y cuyos intereses ha defendido, están al tanto de las intrigas dirigidas contra él

y participan en ellas. Si tiene una entrevista secreta con ciertos jefes de partido, al día siguiente encuentra en la prensa enemiga la conversación que ha tenido la víspera. Un buen día se descubre un caso extraño: se hacen llegar a manos de altos personajes y a sus mujeres, billetes de banco que deben producir sumas elevadas; hay que sofocar este asunto, pues una palabra de un funcionario al corriente de la historia podría hacer fracasar la candidatura del Mariscal, que ya no puede más. El hijo del Presidente desearía que una propiedad vecina de la de Neudeck fuese igualmente purgada de hipotecas: la petición es rechazada, y la hostilidad del hidalgo hacia el canciller se acentúa. A consecuencia de semejantes intrigas que se multiplican, la política alemana experimenta poco a poco una nueva orientación que llevará al poder a los jefes del Tercer Imperio.

Brüning llega a preguntarse por qué continúa la lucha. Se ha destruído su ídolo, y él soporta todas las vejaciones porque quiere evitar a cualquier precio que el dique se rompa y que todo el país sea inundado de camisas pardas. Por esta sola razón sigue en el poder. Por lo demás, conoce ahora a todos sus enemigos y sabe también que es el único que posee la habilidad necesaria para hacer las elecciones, y que sólo él tiene en el extranjero suficiente prestigio para dirigir victoriosamente el ataque contra el Tratado de Versalles. Lo que ignora, son toda clase de pequeñas intrigas urdidas a sus expensas. Así, uno de sus antiguos amigos, hidalgo, cuenta una conversación que ha tenido con Hindenburg en diciembre de 1931: ¿"Usted es de Prusia Oriental?, y protestante? — pregunta el Mariscal-Presidente. — ¿Qué piensa usted de mi canciller? " El visitante elogia las cualidades de Brüning.

—"Sí, — dice el Presidente — dentro de algunos meses va a cosechar grandes triunfos: el fin de las reparaciones, el rearme, la igualdad de derecho. ¡Y todo esto será en la Historia puesto en el activo de un hombre del Centro, un católico!"

Si el canciller, hastiado, ofreciera su dimisión, el palacio estaría perdido; pues si Brüning abandonara la lucha, todos los que habitan en la casa, desde el Mariscal hasta el

último oficinista deberían abandonar el palacio en el mes de abril para dejar lugar a Hitler. Consciente del peligro, el Presidente retira las condiciones que había puesto y acepta lisa y llanamente la candidatura, repitiendo que hace un gran sacrificio por la patria.

X

Una vez, sin embargo, Brüning podría haber fortificado su posición. A fines de 1931 se levantó en Berlín, bajo los tilos, un monumento a los prusianos muertos por la patria. El Presidente Braun tuvo la idea de hacer fundir las condecoraciones de los antiguos jefes de ejército prusiano para hacer de ellas una corona al Soldado Desconocido. Los generales no pudieron soportar esta metamorfosis de las gloriosas insignias de los jefes militares en un recuerdo al Soldado Desconocido. Tampoco pudieron soportar que un socialista pronunciara el discurso de inauguración; por eso no asistieron a la ceremonia, excepto dos. Braun, cuyo hijo había muerto durante la guerra ante sus ojos, recordó sin duda ese doloroso acontecimiento y pronunció el discurso de inauguración en voz muy baja. Al día siguiente, los diarios de derecha acusaron al "ministro revolucionario" de haber hecho redactar un discurso patriótico y haberlo pronunciado de manera que nadie lo oyese. La calumnia afectó tan profundamente a Braun, ya deprimido, que hizo ofrecer su puesto de ministro-presidente de Prusia, a Brüning, comprometiéndose a hacerlo elegir. Acumulando las dos altas funciones de Canciller del Reich y Ministro-Presidente de Prusia, Brüning fácilmente podría haber hecho admitir las reformas constitucionales que preconizaba y se habría hecho más independiente con respecto a Hindenburg.

El viejo Mariscal no lo entendía de este modo... Esta "doble labor quebrantaría la salud del canciller", — dijo. Pero ocho meses más tarde, encontró a von Papen lo bastante robusto para encargarse de las dos funciones. He ahí cómo fué recompensado Brüning por haber reforzado la auto-

ridad personal de su Mariscal y haberle dado conciencia de los poderes más extensos de que gracias a él disponía. Quizá después de su dimisión, recordó a Bismarck, despedido también por haber reforzado el poder de un rey incapaz y debilitado un Parlamento capaz; caído en desgracia ante el primero, no pudo apoyarse en el segundo.

Sin embargo, Brüning continuaba sus giras electorales en favor del Presidente. De ciudad en ciudad iba pronunciando discursos, elogiando la fidelidad y la probidad de un hombre que estaba — y él lo presentía — dispuesto a traicionarlo. Por lo demás, en el círculo de Hindenburg y fuera de él, se decía "que hacía tiempo que el católico estaba amenazado en su posición y no tardaría en caer".

Hasta Hindenburg era atacado — por primera vez en su vida — de accesos de nerviosidad. Dijo un día:

"Terminarán por asesinarme también, como asesinaron al general Eichhorn en Kiev, pero aquí no serán los bolcheviques quienes darán el golpe, serán los otros".

Los hidalgos habían tomado entonces la costumbre de servirse del correo para "llevar al viejo Presidente a la razón".

Las cartas que recibía estaban en su mayoría llenas de calumnias contra Brüning; eran enviadas por la Liga pangermanista y los hidalgos prusianos. Meissner, el secretario de la Presidencia, afirmaba que había "canastos llenos de ellas". Hindenburg leyó a varios de sus amigos la carta de un rey conocido y serenísimo. El contenido era el siguiente:

"Brüning ha ido a la capital del enemigo hereditario. Ha recibido en seguida a los franceses en la pieza de Bismarck. En cuanto al famoso empréstito, no lo ha recibido. Por eso el precio de la madera va a bajar todavía y nosotros, las antiguas familias, seremos arruinadas. Es preciso despedirlo". Hindenburg nombró el autor de esta carta. Era uno de los soberanos más inteligentes de la vieja Alemania.

Sin embargo, el prestigio de Brüning aumentaba sin cesar en el extranjero y algunos gobiernos no parecían hostiles a sus proyectos económicos; esto, los protestantes no podían perdonárselo al católico, ni los generales al civil.

En Neudeck, engañaron al viejo general y le revelaron un horrible complot: Brüning estaba a punto de dividir las más hermosas propiedades de Prusia Oriental, de arrojar viejas familias a la calle, para dar, al igual que los bolcheviques, lotes de terreno a los desocupados, y lo que es más, a los desocupados católicos. Y el Junker von Galy puso ante los ojos del Presidente una relación oficial, pero en realidad apócrifa. Estos ruidos tendenciosos habían tenido origen porque se había visto en la mesa de Brüning un plan de colonización establecido por el diputado Schlange, que quería dividir algunas propiedades improductivas para establecer en ellas a los campesinos prusianos. Por lo demás, estas propiedades debían ser compradas por el Estado. Pero los Junker habían recibido ese año de la Osthilfe sumas menos importantes que los años anteriores; se sintieron defraudados por el canciller y este crimen no podía ser perdonado. Había que desembarazarse de él, que, ¡oh colmo de la audacia!, ¡quería hacer reelegir a Hindenburg con los votos de la izquierda revolucionaria.

¿No era una pesadilla?

Además, afuera, en las fábricas, en las calles, millones de jóvenes se erigían en enemigos, los unos contra los otros, se insultaban, se batían, se mataban por nuevas constituciones sociales; se lanzaban a la cabeza ideas y granadas, jarros de cerveza y problemas, para sacar del caos un mundo nuevo.

Durante este tiempo, una docena de ancianos reunidos en un castillo completamente nuevo, en pleno erial, tejían sus intrigas, evocaban fantasmas, hablaban del mañana en una lengua anticuada y torpe, y en medio de ellos había un hombre cuyo poder hacía y deshacía de los gobiernos a su antojo. Obstinado, autoritario, astuto, se dejaba, no obstante, coger en las intrigas de algunos oficiales de Berlín que lo envolvían en una red de estupideces y mentiras. El les creía. ¿Esa era, en verdad, la aristocracia de un pueblo de poetas y de pensadores, llamado por segunda vez en un milenario a elegir un jefe? ¿No se podía encontrar otro alemán fuera de ese hombre cuya principal gloria consistía en mostrar con su mano enjuta un punto en el espa-

cio, diciendo: "Ahí está mi campo de batalla, Tannenberg?"

Esa elección se realizaba en la mayor confusión: los partidos nacionales que habían elegido al Mariscal siete años antes, lo combatían hoy, mientras que los socialistas, sus antiguos adversarios, lo apoyaban. La mayoría de los católicos eran partidarios del protestante; millones de protestantes de la Alemania del Sur eran partidarios de Hitler. La "Deutsche Zeitung", que había escrito en 1925: "Hindenburg será para el pueblo alemán el hombre de estado que le devolverá el respeto del extranjero", le consagraba en 1932, las líneas siguientes:

"Se trata de saber hoy si los traidores internacionales y los puercos de los pacifistas podrán, con la aprobación expresa de Hindenburg, arruinar definitivamente y matar a Alemania".

En cuanto a los nacional-socialistas, llamaban a Hindenburg "el candidato de los sediciosos y de los desertores".

La lucha electoral, más ruda que la primera vez, no podía ser dirigida sino por Brüning, que se desempeñó con pasión para hacer triunfar a Hindenburg. Este no hablaba, no se movía, mientras que Hitler recorría todo el país en avión y rápido como el relámpago, se mostraba en todas partes. Dos escrutinios se necesitaron también esta vez, y aún en el segundo, Hindenburg no obtuvo sino el 53 por ciento de los votos. En el segundo cómputo Hitler obtuvo un 36 por ciento de los votos. La verdadera víctima de la lucha fué Brüning, que trabajó arduamente hasta el último día de la elección: ya no podía más.

Pero venció este agotamiento y emprendió la lucha. Como Hitler no quería entrar en una coalición, Brüning pasó al ataque y cuatro días después de las elecciones, con el apoyo del general Groener, prohibió las tropas de asalto de Hitler.

Hasta entonces, nadie se había atrevido a obrar así. Esto fué para Hitler un golpe terrible e imprevisto. El canciller declaró al pueblo que la prohibición era justificada, pues los "ejércitos privados" debían desaparecer. Con

una maligna alegría, mofándose del infortunio del tribuno popular, toda la derecha dió la razón a Brüning.

Poco después se procede a elecciones en Prusia: los nacional-socialistas obtienen la mayoría, derriban el gobierno socialista, pero no son lo bastante fuertes para gobernar por sí solos. Deben dejar la dirección de los negocios a los vencidos. Otras elecciones en otros "países" alemanes hacen bajar los votos para Hitler hasta 26 por ciento. Al mismo tiempo el "Estandarte del Imperio" (das Reichsbanner) hasta entonces dormido, se levanta, se le encuentra un nombre nuevo, el "Frente de Hierro", se distribuyen nuevas insignias a los republicanos, se les insufla un espíritu batallador, un ardor combativo. Brüning iba a poder salir victorioso de la lucha.

En el curso de la batalla, habiendo dirigido únicamente sus miradas al enemigo, había olvidado, ¡ay!, a pesar de sus humanidades, el precepto del trágico griego que recomienda desconfiar de su amigo. El general Schleicher estimaba que en esos primeros meses de 1932, el canciller había fortificado su posición más de lo conveniente. La prohibición de las Tropas de Asalto había sido decidida contra su voluntad y, por primera vez, en el consejo de gabinete, el ministro de la Guerra había sido de la minoría. No admitía eso. Se levantó, según parece, y salió haciendo crujir la puerta. Trató de vengarse por vías indirectas e inauguró el período de "las traiciones" que va a durar un año y a conducirlo a él mismo a su ruina.

Von Schleicher da el primer golpe haciendo pedir por un diputado del Reichstag la disolución del Estandarte del Imperio. Groener responde a esta provocación, pronunciando un gran discurso para defender esta asociación, única defensa de la República. Schleicher sale entonces de su reserva y desde lo alto de la tribuna, sostiene el ataque contra Groener. Hindenburg se declara partidario de Schleicher, y de la noche a la mañana despide a su viejo colaborador. Fué una verdadera traición, pues von Schleicher le debía a Groener su situación. Groener dijo un día que quería a Schleicher "como a su hijo". Esto era una inju-

ría para un oficial aristócrata de la guardia imperial. No debía perdonarla a este vil burgués.

Sin embargo, éstas no son sino escaramuzas antes de la batalla.

Von Schleicher ha logrado aislar al canciller, ahora va a minar su posición. Primeramente se diirge al Tribunal del Imperio para obtener un juicio que declare ilegal la prohibición de las Tropas de Asalto. Este mismo tribunal es el que poco antes declaró sin importancia los documentos presentados por el gobierno prusiano contra Hitler.

¿Qué hizo entonces el Presidente reelegido? Un rey habría elevado a la nobleza a este canciller que había ganado para él una batalla. Cuando Brüning fué a dar al Presidente las felicitaciones del gabinete y al mismo tiempo a presentarle su dimisión "por mera fórmula" — puesto que debía designarse un nuevo gobierno — Hindenburg dijo simplemente:

"Esperaba esta diligencia. Haga publicar oficialmente que por el momento no acepto su renuncia".

Brüning hizo notar que debía partir la semana siguiente a Ginebra y que le sería imposible tener en la Sociedad de las Naciones la autoridad necesaria si no poseía la plena confianza del jefe del Estado, y en un hermoso acceso de coraje, como tan a menudo los tenía en la guerra, agregó:

"Le ruego, señor Presidente, que no engañe a la mayoría del pueblo alemán, formando un gabinete de derecha al día siguiente de su elección por las izquierdas; si no quiere usted que el nombre de Hindenburg sea infamado en la Historia, espere algún tiempo".

El anciano vacila, sorprendido, pues este tono es nuevo en la boca de su canciller. ¿Habría algún peligro? Finalmente se envía a la prensa una nota:

"El Presidente del Imperio no ha aceptado la renuncia del canciller, presentada hoy".

Nadie advirtió que el acetno de la frase descansaba en la palabra "hoy".

Poco despúés, Brüning hablaba en Ginebra ante los representantes de cincuenta y dos naciones y el Presidente

del Reich oyó en la radio el ruido de los prolongados aplausos que cubrieron la peroración de su canciller. Quizá se preguntó, durante un momento, quien tenía razón, si sus amigos o el canciller. Por lo demás, Brüning se encontraba en una situación favorable, pues todos le atribuían el mérito de haber triunfado de la candidatura Hitler; no obstante, se consideraba como una advertencia el aumento de los votos del tribuno popular.

Esta vez no se debía, no se podía despedir, como el año anterior, a Brüning con las manos vacías. En efecto, en Presinge, cerca de Ginebra, logró ganar a su tesis a Inglaterra, Estados Unidos e Italia. Obtenía la anulación de las reparaciones, trescientos mil hombres para la Reichswehr, la reducción del servicio militar de doce a cinco años, la organización de una milicia, la autorización de la venta de armas, la libertad de construir fortificaciones en las fronteras; en resumen, todo lo que se ha reunido bajo la expresión hueca de "igualdad de derechos". Solamente Tardieu no asistió a la sesión, y no atendió al deseo expresado por los americanos que lo invitaron a ir; estuvo enfermo aquel día, debía estar enfermo al día siguiente — y también al sub-siguiente, sin duda... ¿Qué había sucedido?

Apoyados en una chimenea, en Berlín, el embajador de Francia y el general von Schleicher, rodeados de algunos enemigos del canciller, habían hablado de política y expresado su convicción de la caída inminente de Brüning. Dos telefonazos, Ginebra-Berlín-París debieron bastar para evitar que Tardieu se opusiera, en el nombre de Francia, a combinaciones que le parecían peligrosas para su país.

Cuando Brüning volvió a Berlín, Papen y Schleicher se arreglaron para que no fuese recibido en Neudeck. Por otra parte, un embajador preguntaba si no iban a felicitar pronto al señor von Papen por su nombramiento al puesto de canciller. El virrey de La Meca se encontraba justamente en Berlín; si por casualidad oyó la pregunta del embajador extranjero, pudo contar a sus compatriotas que Alemania estaba a punto de "arabizarse".

Cuando, el 29 de mayo de 1932, Brüning fué llamado ante Hindenburg, que había vuelto a Berlín, se quejó de

las actuaciones de una cábala que constituía una especie de gobierno ilegal e irresponsable al lado del suyo. El Presidente tomó entonces sus lentes y teniendo en la mano una hoja de gran formato, leyó:

"Primeramente, este gobierno no tendrá ya mi asentimiento para promulgar nuevos decretos leyes.

En segundo lugar, no daré ya a este gobierno el derecho de proceder a cambios en el personal superior del Estado".

Como Brüning preguntara si debía renunciar:

"Es preciso que este gobierno impopular desaparezca, y lo más pronto posible. Mi conciencia me obliga a separarme de usted. Naturalmente, es necesario que usted conserve la cartera de Relaciones Exteriores".

Es demasiado, la cólera de Brüning, desde hace un año refrenada, estalla:

"Yo también tengo conciencia, y esta conciencia me impide, cuando se trata de la salvación del Estado, caer de un extremo a otro".

Cuando a la mañana siguiente se dispone a ir a la hora fijada a presentar su dimisión, un embajador se hace anunciar y, excusándose de su actuación insólita y necesitada por la situación excepcional, le entrega una carta de uno de sus colegas, en la que le anuncia un cambio en ciertos jefes políticos franceses, dispuestos ahora a firmar los acuerdos de Presinge.

"Haga venir, — decía esta carta — haga venir al canciller inmediatamente a Ginebra, su triunfo está asegurado".

Era la victoria, pero llegaba en el momento en que el canciller iba a la Presidencia a entregar su dimisión.

Por otra parte, se arreglaron para que no tuviera tiempo de comunicar la noticia. La información secreta fué conocida en algunos instantes por el Presidente, en el palacio vecino. Un telefonazo invitó al canciller a no dirigirse al palacio a las diez y media, sino a las once cincuenta y cinco, para ser recibido en última audiencia por el Presidente. A mediodía, un destacamento de marina debía desfilar ante

el Mariscal para conmemorar la batalla de Skagerrack (1). Por medios de este género, la camarilla que rodeaba a Hindenburg se prevenía contra un cambio de su parte y al mismo tiempo lo ponía al abrigo de una larga y penosa explicación con respecto al último acontecimiento político.

Cuando Brüning llegó al gabinete del Presidente, éste no tuvo, lo mismo que la primera vez, una palabra de agradecimiento para él; se contentó con decir:

"He tenido que separarme de usted porque mi nombre y mi honor estaban en juego".

Brüning respondió:

"Yo también tengo que defender mi nombre y mi honor ante la Historia".

En el silencio que siguió, estalló bruscamente la música del destacamento de marinos.

"Una vez más, quisiera retenerlo para obligarlo a continuar como ministro de Relaciones Exteriores".

Brüning replicó:

"Yo no soy Bethmann Hollweg. Si la política actual me parece nefasta, me retiro. Formulo votos por que sus consejeros no lo obliguen a violar la Constitución".

El viejo Mariscal queda desconcertado; nadie le ha hablado jamás en esta forma. El desfile de los marinos lo saca de su estupor; golpean, los militares marchan con paso de parada, el Presidente debe aparecer en la gradería.

Está ahí, con la imaginación lejos de sí, cual un espectro; maquinalmente saluda la bandera de la guerra que ha perdido. En seguida, da media vuelta, vuelve a su escritorio, hace llamar a su hijo, e impasible, le dice con un suspiro de alivio que llame a von Papen: "Por fin se ha marchado el antiguo canciller".

(1) Nombre dado en Alemania a la batalla de Jutlandia.

CAPITULO QUINTO

LA TERCERA BANDERA

A menudo los príncipes acuñan moneda grabando su efigie en cobre apenas plateado; por largo tiempo el pueblo se deja engañar. Así los soñadores ponen el sello de su espíritu en mentiras y estupideces; al que no posee la piedra de toque, esto le parece oro fino y de buena ley.

GOETHE.

I. El anticapitalismo actual. — Hitler sembrador de esperanzas. — II. La isla de los tesoros. El señor von Papen, gentleman-rider. — Von Papen, silfo ligero. — III. El monstruo prusiano. — La destitución de los ministros prusianos. — La clemencia de Ebert. — IV. Hitler y von Schleicher. — Los juramentos de Hindenburg. — Combinaciones. — V. Von Papen olvida su cartapacio. — La desconfianza del Presidente. — Hindenburg pone en jaque a Hitler. — La andanada del general Litzmann. — VI. Hacienda y política. — ¿Para qué sirvieron los fondos de socorro? — Las imprudencias de Schleicher. — Schleicher es despedido. — VII. Confusión e incoherencia. — El golpe de estado fracasado. — La embriaguez de la victoria. — VIII. Hitler

se impone. — El nacional-socialismo victorioso. — El Centro es engañado. — La persecusión de los judíos. — Palabras conminatorias. — IX. Las matanzas. — Pesares.

I

Reinaba en Alemania la anarquía y sus rumores llenaban las calles. Voluntarios provistos de cuchillos, puñales y rompecabezas, formaban cuatro ejércitos distintos, siempre en lucha, y que atravesaban, aullando, las plazas públicas, hacían retumbar las ciudades con el martilleo de sus botas claveteadas y llenaban el país con el redoble de sus tambores. Nadie sabía exactamente a quién se dirigían las simpatías de la muchedumbre que bordeaba las aceras. Hasta ella misma lo ignoraba, pues desde hacía tiempo las fórmulas y las etiquetas de los partidos habían perdido su sentido. Millares de bocas vociferaban y los clamores perdíanse en el aire como esos refranes casi olvidados — silbados maquinalmente por gente que ni siquiera recuerda dónde los ha oído. Desde el Frente Rojo hasta Hitler, los desfiles y las reuniones, las ligas y manifestaciones, las fiestas y las ceremonias fúnebres se parecían en el ritmo de los cortejos, cómo se parecen dos ejércitos "kakis" cuyos soldados se matan por orden de sus jefes. Así fué cómo durante la guerra los oficiales lanzaron sus hombres a un combate que les pareció insensato cuando tuvieron tiempo de pensar en él.

La prueba de ello la dieron esos millares de comunistas que pasaron a las Tropas de Asalto de Hitler, y esos millones de tránsfugos del Frente de Bronce que pasaran a los comunistas, mientras que sólo los hermanos enemigos, socialistas-demócratas, socialistas independientes y comunistas, cuyas aspiraciones eran sin embargo semejantes, se tenían un odio profundo, porque llevaban insignias diferentes y no obedecían a los mismos jefes. Así era en 1932, y la lucha entre los hermanos enemigos, entre los Cascos de Acero y las Secciones de Asalto, podría renacer hoy en cualquier momento. Nada hay de sorprendente en esto, puesto

que las mismas clases sociales estaban repartidas en los cuatro ejércitos, en los que, por lo demás, los obreros se encontraban en mayoría. En cada uno se encontraban desocupados, aventureros, mozos audaces e intrépidos, idealistas y estudiantes embriagados de entusiasmo.

Esta marcha de concentración de la juventud alemana que seguía las banderas de Hitler, de los Cascos de Acero, de la República o del Comunismo, era la protesta violenta de una juventud crédula y mística contra la miseria y la ruina que sus padres parecían haber provocado por una guerra incomprensible. Gregorio Strasser ha dado una apreciación clara de este estado de cosas, y si la explicación que presenta se aplica a su partido, vale también para todos los demás.

"La tendencia anti-capitalista que agita a nuestro pueblo no ataca a la propiedad cuando es el fruto del trabajo y el ahorro; es la protesta contra una organización económica degenerada; pide que el Estado termine con el demonio del dinero, que deje de fundar su organización económica en las estadísticas de exportación y la tasa de descuento del Banco del Imperio, y que restablezca una remuneración honrada para un trabajo honrado... Si en nuestros días ya no se sabe repartir equitativamente las riquezas naturales, es porque el sistema es falso en su conjunto y necesita ser cambiado. Esta tendencia anti-capitalista es un signo de los tiempos nuevos; indica la decadencia del liberalismo, el advenimiento de un nuevo dogma económico y de una organización social nueva".

He ahí las ideas por las cuales los jefes atraen a las masas, y la neblina en que nos envuelve el abuso de las consignas de los partidos, es disipada por la alegría de vivir de una juventud que, no queriendo ser ociosa ni conquistadora, pretende simplemente coger del árbol de la vida los frutos que su inteligencia y su mano le permiten alcanzar. Las palabras de Strasser, nacional-socialista, son las de los socialistas alemanes en la primavera de su vida; hoy día, los comunistas expresan más o menos las mismas ideas. Como la guerra ha destruído las simpatías internacionales, como los antagonismos de las capas sociales han sido bo-

firmados por la querella que divide a los obreros del Oeste y los del Este, no hay ya en el mundo sino socialistas-nacionalistas, cada grupo de los cuales trata de liberarse de las potencias del dinero, a su manera y por sus propios procedimientos.

De estas diferentes formas anti-capitalistas, ¿cuál es la primera que arraigaría en Alemania? ¿Cuál es la que tendría probabilidades de fijarse en ella? Esto dependería del potencial de energía de los jefes, y de la fuerza o de la debilidad con que dirigieran la lucha contra las potencias del dinero. La Revolución ha fallado en su misión porque, inerte y desprovista de ideas, se ha contentado con proceder a la liquidación del antiguo régimen. Comenzando sin ruido, termina sin gloria. El Frente Rojo había derrochado toda su energía en luchar contra sus hermanos en parte convertidos en burgueses, pero no había creado ni un jefe, ni una idea. Los Cascos de Acero perturbaban los espíritus jóvenes por el prestigio de los antiguos oficiales colocados a su cabeza.

El gran triunfo que Hitler obtuvo sobre todos no se debía a su programa abigarrado, una mitad del cual había sido tomada casi palabra por palabra del programa nacionalista, y la otra del programa socialista de sus concurrentes, pues ni la campaña de odio y de excitación anti-semita imaginada por él le habría asegurado la victoria.

Obtuvo esa victoria por la seducción de su palabra y la generosidad de sus promesas. En lugar de hacer reflejarse en los ojos del pueblo la perspectiva de una guerra contra Francia o la rehabilitación de una humanidad envilecida, imaginó el "programa instantáneo".

En cuanto esté en el poder, la obligación general del trabajo ocupará un medio millón, poco después, dos millones de cesantes. El impuesto a los bienes raíces será modificado y entrará en la economía general, pues se le reducirá en dos tercios cuando el propietario haga reparaciones a su inmueble.

"En toda Alemania resonarán de la noche a la mañana los golpes de martillo y de mazos, se colocarán pisos, se pintará, se estucará, se techarán casas, se harán revo-

ques, se limpiará". (Más tarde no se hará más que este último trabajo).

He ahí promesas que todos comprendían. Cuando, aumentando los ofrecimientos, prometía sacar dos mil millones de marcos más de las tierras alemanas, — no hablaba del gasto inicial de diez mil millones que costaría la empresa — la multitud crédula le daba su confianza, como confía, en el **"Fausto"** de Goethe, en los beneficios de la inflación que Mefistófeles recomienda al Emperador. Cuando Hitler hacía reflejarse en los ojos del pueblo la construcción de 400,000 habitaciones individuales que daría trabajo a un millón de hombres, cada cual se veía ya instalado confortablemente en uno de esos hogares.

En su programa, que exponía entremezclándolo de estruendosos juramentos, anunciaba la supresión de todas las rentas que no provienen del trabajo, la adquisición de los trust y por el Estado, y la participación de los obreros en los beneficios, la abolición de las entradas de la propiedad, y "no se haría — decía — ninguna excepción en favor de los intelectuales y demás propietarios, pues todos debían coger la pala".

A los alemanes, músicos innatos, no les agrada ocuparse del precio de un castillo construído en las nubes, prefieren cantar su belleza; y un mago podrá allí, más fácilmente que en otros pueblos, ganar lo que hay de novelesco en su corazón. Tomaron sus deseos por realidades, tanto más cuanto que se les presentaban esas esperanzas en una forma fácilmente comprensible: a decir verdad, no se les mostraba el hogar prometido, sino el decorado detrás del cual podían imaginarlo.

En general, Hitler, gran conocedor de las masas alemanas, sabía siempre hacer nacer una nueva esperanza, cautivando por este procedimiento wagneriano los sentimientos de aquéllos a quienes su buen sentido hacía escépticos o vacilantes. En ninguno de sus discursos habla de cifras, de cuentas, y no discutiendo nunca, se perdía con delectación en los ensueños del porvenir; reconfortaba a sus auditores a los cuales desde hacía diez años se les exponían con abundancia de detalles, las enormes sumas que tendrían

que pagar, ellos, y después de ellos, sus descendientes. Hitler, hacía nacer nuevas esperanzas en un pueblo que no sabe perder como buen jugador y que nunca supo sacar una lección de sus derrotas.

Como verdadero demagogo supo, con un impetuoso ardor, echar sobre el gobierno — y no sobre la guerra — las consecuencias de los años terribles, y designaba a la nación los alemanes responsables, sobre los cuales se podía ejercer su venganza, mientras que habría sido más difícil excitar al pueblo contra los extranjeros más allá de la frontera. El enemigo no era Clemenceau, sino Ebert. Desde el momento en que Alemania había comenzado la guerra, es porque era atacada por una odiosa coalición, y puesto que no la había perdido, era porque infames compatriotas habían dado al ejército alemán una puñalada en la espalda. ¿No debía la juventud alemana, crédula como la que más, acoger con entusiasmo las dos tesis que le presentaban de una manera tan sugestiva, sacar de ellas coraje para el desquite del extranjero y el odio para la venganza en el interior? Bastaba saber hablar para arrastrar las masas.

Y Hitler sabía hacerlo. La palabra viviente que la radio lleva a los oídos de los auditores, relegando a segundo término la palabra impresa, raramente ha tenido el poder que ejerció en el curso de esta revolución; y en las salas de reunión donde iba de la boca del orador directamente a los oídos de los auditores, se ofrecía además a los ojos un espectáculo embriagador. Diez años después de incoloras discusiones, veíanse nuevamente — ¡por fin! — nubes de banderas y de estandartes; retumbaban órdenes sonoras, estrepitosas músicas hacían vibrar el aire, redoblaban los tambores, y se edificó una nueva pirámide sobre el modelo de la antigua pirámide real; si todos los alemanes eran oprimidos desde arriba, tenían el derecho de oprimir hacia abajo. Y Wagner servía siempre de modelo: eran marchas triunfales, la melodía de los "leit motivs" obsesionantes, locos de corazón puro y demonios ávidos de oro, duques que pasan con un ruido de armas, vasallos en un mismo uniforme; eran los eternos juramentos de fidelidad y los perjuros correspondientes, la mezcla de brutalidad y de misticismo, el heroísmo entre los pequeños burgueses: puro Wagner. El estado militarizado transpuesto al estilo wagneriano realizaba las dos clases de sueños que obsesionan a los alemanes: obediencia y música, disciplina y servilismo, y el universo obscurecido se abrasaba, este universo donde, para el alemán, la victoria de la virtud se une siempre a un provecho personal. Es la forma particular bajo la cual se presenta el "cant" alemán, pariente cercano del inglés, con la diferencia de que el "cant" inglés tiene un marco religioso, y el alemán un decorado heroico: el producto es un ser híbrido, intermediario entre el Lohengrin de Wagner y un Coracero de la Guardia.

La gran industria fué también tocada por el tribuno-ojeador — pues era necesario que alguien pagase las paradas. Los "capitalistas", por un irónico cambio de las cosas, comenzaban a volver a las ideas de socialización, y no deseaban ser "estatizados", sino con lentitud y provecho. Esto fué lo que pasó con los trusts más poderosos, el de la metalurgía, de las grandes sociedades de navegación y de los bancos, que no pedían sino ser "sostenidos" o, más aún, comprados por el Estado. Si los grandes capitanes de la industria eran los dueños del acero, su corazón no era del mismo metal y temían que su mineral subterráneo fuese arrastrado por el gran diluvio... Prefiriendo no esperar a que un segundo flujo se los llevara, y se refugiaron, sin olvidar sus libretos de cheques, en el último islote que resistía a las olas.

II

En este sólido islote en medio de la tormenta política se había fundado el "Club de los Señores", el floreciente **"Herrenklub"**. Algunos centenares de poderosos de la tierra, todos gentilhombres elegantes y adornados del título de Excelencia, habíanse reunido esos últimos años para oponer "un dique a la ola roja ascendente". Vistos desde arriba, daban la impresión de figurantes en un viejo decorado

de la Opera de París, pero nadie los veía, "desde arriba". Hidalgos, generales y grandes industriales, esas viejas divinidades que habían dirigido la guerra y por lo tanto la paz, trataban, en las salas de luces difusas de la calle Voss, en Berlín, en el curso de comidas en pequeñas mesas o muellemente tendidos en amplios sillones de cuero, de resolver un problema bastante delicado: se trataba de saber cómo se podría captar la ola desde afuera, transformarla en energía y dirigir esta energía hacia sus campos, sus cuarteles o sus fábricas.

Cuando en 1922, la República, en su marcha lenta y vacilante, creó comisiones para socializar las materias esenciales de la economía nacional, los industriales y los Junker supieron aprovechar la miseria al final de la guerra. Poco a poco los hidalgos rehicieron su situación gracias a la inflación que acarreó la depreciación de sus hipotecas, los oficiales salieron ventajosos con la desaparición de la concurrencia burguesa, pues todo el mundo estaba harto de llevar el uniforme, y así todos los "señores" sacaron provecho de la derrota. Por otra parte, los obreros moderados formaban la mejor protección contra sus camaradas extremistas. Finalmente, las ligas militares nacionales hacían un bonito papel y una útil tarea en las calles, manifestando contra la mala paz y los malos obreros.

Las bandas de Hitler eran más inquietantes. Cuando los señores observaban desde las ventanas de su club o desde el fondo de sus "limousines" el andar decidido de esas columnas en marcha, se preguntaban si eran más nacionales que socialistas, o a la inversa; pues el color pardo de sus uniformes parecía una mezcla de negro, de amarillo y de rojo, respondiendo el equívoco del color, sin duda a propósito, al equívoco del nombre.

Cuanto más combatía el gobierno a esos nacional-socialistas, tanto más aumentaba su número. Los señores del Herrenklub, viejos experimentados en materia de gobierno, se dieron cuenta de que era preciso dar a esas bandas un estatuto legal, lo que sería fácil, pues su jefe apreciaba mucho las formas regulares. Pero entre esas gentes había muchos animales feroces cuya conducta, una vez que estuvie-

ran con los demás en el prado, no se podía prever. El problema consistía en darles de comer sin ser comido por ellos.

Algunos de esos señores propusieron entonces — entre dos partidas de póker — separar a Hitler de sus tropas, elevándolo a su rango de ellos, y ganarlo a su causa haciéndolo miembro de un gobierno aristocrático; ¿acaso no se había procedido en igual forma — y con buen éxito — con muchos revolucionarios? ¿ Pero se contentaría con eso? Y en la afirmativa, ¿qué sería de sus tropas? Los generales se negaban a incorporarlas en bloque, asediados como estaban por candidatos de su partido que aspiraban a los nuevos puestos de la Reichswehr. Los hidalgos, por otra parte, que no tenían ninguna confianza en las camisas pardas, trataban de armar a los generales contra ese ejército irregular y aconsejaban a Thyssen y a sus amigos que dejaran protestar las letras de cambio de Hitler. Estas aumentaban tan rápidamente como los efectivos de la Reichswehr, sin que nadie pudiese saber quién pagaría jamás las unas y los otros.

Pero esas combinaciones de círculo se hacían en ausencia del amo; pues, a menos de hacer una revolución, era necesario, para cambiar la forma del gobierno, y aún para la dictadura, tener la procuración del único apoderado que, en la anarquía general, representaba una fuerza constitucional. El Presidente abusaba de este poder. Gobernaba a su antojo, sin preocuparse de la Constitución, ni de sus promesas; el Reichstag, en tanto que elemento legal, estaba eliminado. Pero precisamente por esas razones era imposible pasar por encima de la cabeza del Mariscal-Presidente. ¿No pensaban esos señores del Herrenklub resucitar el Reichstag para tener un triunfo más en su juego? El anciano, que se encontraba a la cabeza del Estado no podía ser desplazado, su poder era iliminado y sus reacciones imprevisibles.

Todo el mundo trató entonces de asegurarse los favores del hijo del Presidente, y para llevarlo insensiblemente al círculo de los "amos-natos" de la nación, se había fundado el Herrenklub. Von Schleicher, amigo de Oscar von Hindenburg y jefe de la Reichswehr, era el hombre más in-

fluyente del club y del Estado, en la medida en que, subjetivamente, el club y el Estado no eran más que una cosa. Es probable que von Schleicher fuera, hoy como ayer, el más inteligente de esos señores.

Un cierto señor von Papen, menos bien dotado, debía desempeñar, no obstante, un gran papel en el Herrenklub. Gentilhombre de edad indeterminada, jinete, liviano en todo el sentido,, por consiguiente "gentleman rider" seguro en todas las cabalgaduras, católico sin exageración, este señor von Papen estaba unido a la gran industria del Sarre por un rico matrimonio, y el apellido francés de su mujer indicaba cierto parentesco con el Comité de las Herrerías. Von Papen se sentía así, tanto por el internacionalismo de su fe como por su fortuna, llamado al papel de mediador entre las dos naciones, cuyas fábricas de armas ganaban, en resumidas cuentas, más en períodos de paz que en tiempo de guerra. Por eso había prestado sus servicios, con el desinterés que lo caracterizaba, a la Entente franco-alemana, y pertenecía a esa categoría de "gentlemen" que por sus recepciones político-gastronómicas despertaban la desconfianza de la "élite" de ambos lados del Rhin.

Hábil jinete, dotado igualmente de inteligencia y de lealtad, Papen era una especie de Falkenhayn con menos habilidad y más maquiavelismo. Quitando a Falkenhayn algunos rasgos que lo acercaban a Bülow y acentuando los que compartía con Holstein, tendríamos a von Papen. Pero poseía en particular una especie de falsa sinceridad original que no había copiado de ninguno de sus tres modelos. Nacido en el suelo de las antiguas civilizaciones, como muchas naturalezas del mismo género, se hizo insoportable en América, no porque hubiera hecho espionaje durante la guerra, — era natural, puesto que formaba parte de una embajada — sino porque tomó a los americanos por ingenuos, cuando es particularmente difícil engañarlos, a ellos que conocen el mundo de los gansters. Por su ligereza y su despreocupación de "gentleman-rider" se supieron sus hazañas: había hecho saltar puentes, vías férreas, etc.; y había perdido su cartapacio que contenía un libreto de cheques en el que figuraban las sumas pagadas a aquéllos a quienes había encargado la ejecución de tales atentados. La publica-

ción de estos papeles causó mucho daño al renombre de Alemania, y en señor von Papen fué enviado, sin duda para la salvación de su alma, a Turquía, al lado de Jerusalén. Pero allí, extravió por segunda vez su carpeta llena de papeles, y fué una segunda historia igualmente escandalosa. Ludendorff hacía juzgar en consejo de guerra a los soldados que cometían semejantes atolondramientos. Sea como fuere, el señor von Papen se hizo elegir al Landtag de Prusia, donde sin duda habría pasado inadvertido, perdido en la masa, si no se le hubiera ocurrido comprar el diario "Germania", órgano del centro católico, gracias al cual pensaba impulsar ese grupo hacia la derecha.

Pero la posición considerada así adquirida le valió el odio de su partido. Deseando distinguirse siempre por alguna excentricidad nacionalista, votó solo contra el plan Young, combatió a la República con más violencia de lo que lo hacía Hindenburg, pero solicitó del ministro socialista Braun el puesto de ministro de Prusia en Munich. Braun contestó a esta petición, suprimiendo el puesto que no respondía ya a ninguna necesidad.

Papen tenía como inspiradores de ideas dos amigos muy diferentes: el uno, el capitán Hermann, había aprendido a intrigar cuando era adicto a la embajada alemana en Estambul, en la atmósfera del serrallo; el otro, el filósofo Edgard Jung, idealista difuso y confuso, soñaba con una "revolución conservadora", y con cuidadosas frases en un alemán casi ilegible, alegaba apasionadamente por una Alemania nueva. Como ni el uno ni el otro eran nobles, ni jefes populares, no podían aspirar al poder por sí mismos; el uno insufló su astucia, el otro sus altas concepciones de Estado, al globo hueco que era el señor von Papen, á fin de que el noble señor pudiese elevarse por encima de las masas.

Los miembros del Herrenklub consideraban todavía la política, en esta época caótica, como un juego de ajedrez, explicando, cuando se les interrogaba sobre su táctica, que iban, lo mismo que sus adversarios, a hacer jugar su alfil o su caballo. Como el arte ecuestre de von Papen era más conocido que sus sinsabores durante la guerra, los oficiales de la Reichswehr veían en él una especie de diplomático, y

los diplomáticos creyeron descubrir una especie de oficial diplomado. En todo caso, Schleicher decidió llevar a von Papen al poder, juzgando que el valor de este protegido le permitiría conservarlo siempre bajo su dependencia. El hijo del Presidente lo presentó a su padre.

En los antiguos cuentos alemanes, se leen a veces historias de gigantes, que viven en las cavernas, y que se divierten en ver pequeños seres débiles e insinuantes, que saben saltar, correr, discurrir y reír, siempre alegres y serviciales, siempre dispuestos a ir a buscar leña seca para encender el fuego y preparar la sopa o hacer una mala jugada a un espíritu maligno en acecho cerca de la puerta.

Así Papen supo encantar a Hindenburg, y como había sido oficial, supo contar al Mariscal aventuras que le habían sucedido en los lejanos campos de batalla. Von Papen, además, era rico, hombre de mundo cumplido, no era un bebedor de agua bendita de ojos ardientes y de instintos de misionario como Brüning; apenas si se notaba que era católico, y el viejo gigante no vaciló en servirse de este silfo ligero para ejecutar su voluntad de jefe de estado. ¿Acaso su mismo hijo Oscar y su amigo Schleicher no se lo habían recomendado? ¿No prometía unir el centro con los partidos de derecha y llevar al tal Hitler de sus sueños místicos de conductor del pueblo hacia las realidades de política de partido?

Fuera de Michaelis, nunca un canciller alemán había sido tan desconocido del pueblo como este señor von Papen, a quien solamente los americanos, denostados por él, conocían verdaderamente bien. Pero nunca todavía un ministro había previsto tan claramente el papel que iba a desempeñar, pues en las últimas semanas del gobierno Brüning, había escrito a un amigo parisiense: "Después de Brüning, será el caos". (Apres Brüning ce sera le chaos) (1). En efecto, el caos era él.

Aunque Hindenburg había gobernado con Brüning sin observar la Constitución, Papen fué, no obstante, el primer canciller que nombró sin preocuparse del Reichstag, como,

(1) En francés, en el texto.

hasta su imperial predecesor, Guillermo II, acostumbraba hacerlo; y nada hay de extraño en que von Papen, canciller por la gracia del viejo Presidente, no haya presentado a este último sino ministros de su conveniencia: miembros del Herrenklub, gentes todas de buena familia, tales como el general von Schleicher, algunos barones y condes de vieja estirpe, y un sólo burgués, que venía de la I. G. Farben, — industria de los colorantes, — todos de una lealtad garantida. Si por broma se hubiese preguntado a ese gabinete en qué porción de la Dieta se apoyaba, podría haber encontrado un 5 por ciento de los votos que lo apoyaran. El Centro, que von Papen debía traer como don de alegre advenimiento, se sustrajo bruscamente, ofendido por la manera insolente e injuriosa cómo Hindenburg se había desembarazado de su líder Brüning, y en absoluto halagado por el nombramiento de von Papen que poco antes había sido excluído del partido.

El Gabinete de von Papen gobernó Alemania apoyándose en el artículo 48 (1), pues el viejo gigante había engastado este párrafo como solidario, y gustosamente hacía relumbrar la piedra preciosa al sol, mientras que había dejado caer a sus pies, en el polvo, el resto de la diadema.

III

La lucha entre el pueblo y los hidalgos, la calle y el Herrenklub, comenzó con una farsa cuyos actores proyectan sombras trágicas sobre el fondo de la Historia. En efecto, por agradable que fuese la vida del viejo autócrata en el instante en que descubrió la piedra preciosa y la cogió, había, no obstante, esa maldita Prusia con sus ministros de-

(1) El artículo 48 permite al Presidente del Reich gobernar sin la Dieta en ciertas corcunstancias bastante mal definidas. La obscuridad del texto de la Constitución permitió a Hindenburg interpretar este artículo a su manera y en su provecho.

mocráticos que, en verdad, no tenían ya la mayoría, pero que continuaban sin embargo reinando, porque los "pardos" o los "parduzcos", como se les llamaba en el palacio, no tenían el número de asientos necesarios para desplazarlos. Detrás de estas formalidades del reglamento, había importantes cuestiones de poder, pues se suponía que la policía prusiana era socialista de ideas o al menos pasaba por republicana. Se puede ver que Hindenburg puso al nombramiento de von Papen la condición de que lo librara de los ministros prusianos; si no se puede aún afirmarlo con certeza, no por ello es menos cierto que con su firma Hindenburg hizo posible un verdadero golpe de estado contra la República.

Si Papen quería poner su pie vencedor sobre el monstruo prusiano, era necesario que se apresurase, pues su gran competidor sin cartera, Hitler, estaba dispuesto desde hacía tiempo a matar al animal. La curiosa construcción del Imperio bismarquiano, aún según la nueva Constitución, colocaba en Berlín dos jefes de gobierno: el uno para el Imperio, el otro para Prusia. El primero era el canciller von Papen, gentleman-rider, el segundo Braun, socialista a la cabeza del gobierno prusiano desde hacía trece años.

Este, el único a quien temían los reaccionarios, había salido despedido después de las elecciones de abril que habían puesto su gobierno en minoría. Estaba decidido a no volver más. Agriado, después de una sorda lucha de siete años contra Hindenburg, cuya obstinación ignoraba e ignora aún el pueblo, veía abrirse delante de él un nuevo período semejante, que por lo demás él mismo había favorecido por no prestar ayuda al caos hitleriano. Rodeado de siete colegas que eran nada menos que caracteres, no quería lanzarse una vez más a la refriega. Más autoritario que combativo, atacado en su salud y en su optimismo, se retiró antes del gran trastorno.

Entre aquéllos que dejaba detrás de él y que habían gobernado durante catorce años con una imparcialidad y una rectitud quizá demasiado concienzuda, ninguno se reveló como el luchador capaz de continuar la obra interrumpida. ¿Vieron algunos venir el golpe de estado? Es dudoso. ¿Acaso Hindenburg no había prestado recientemente y por segunda vez juramento a la Constitución? Debía a los partidos de izquierda su reelección; no se imaginaban que pudiese traicionarlos.

Von Papen contaba con este prejuicio moral en el corazón de los prusianos, cuando en una comida del Club de los Señores, — que reemplazaba ahora al Reichstag, — expuso confidencialmente sus planes de conquista de Prusia. Verdugos y víctimas debían operar en el mismo terreno, — el barrio de los edificios gubernativos de Berlín, en la Wilhelmstrasse y Bajo los Tilos — y esto acentuaba el carácter burlesco de la empresa.

Se preguntó a von Papen si Hindenburg era partidario del proyecto. Respondió que se había facilitado la aceptación del Presidente gracias a un profesor de derecho que le había demostrado la absoluta regularidad de la operación. En el mes de marzo el viejo Mariscal se había irritado nuevamente protestando vigorosamente cuando lo supusieron capaz de postergar la fecha de las elecciones en Prusia. Pero recibía ahora diariamente cartas de personas de calidad, en las cuales se le suplicaba que liquidara lo que quedaba de esa República de que era Presidente. Sin duda había olvidado que quince años antes había hecho enviar cartas semejantes a su Emperador para hacerle conocer la opinión del pueblo.

Por otra parte, el Imperio debía justamente a Prusia cien millones de marcos, y si no arreglaba su deuda, Prusia no podría pagar a sus funcionarios. ¡Qué excelente medio de presión! Esos señores de la derecha reconocieron entonces que en política interna también era extremadamente ventajoso estar en la situación del deudor, antes que en el pellejo del acreedor.

El general von Schleicher manifestó ciertos escrúpulos: ¿Qué sucedería si los ministros de Prusia, al tanto de sus excursiones en las regiones socialistas, insistiesen para que se conservase la Reichswehr en pie de guerra? Y aún si se negara a obedecer, ¿qué sucedería si los ministros prusianos movilizaran su fuerte policía acuartelada, y proclamaran "el estado de excepción"? Tenían muchas otras cuer-

das en su arco: podían provocar la huelga general, lanzar el "Frente de Bronce" a la calle, apoderarse de las oficinas de radiotelegrafía, prender a von Papen. Más aún, podrían contentarse con partir en avión a Colonia, en la zona en que la Reichswehr no podía seguirlos. ¿No había fracasado por las mismas razones el golpe de estado de Kapp doce años antes?

Sea como fuere, después de la comida, el Club de los Señores decidía pasar a la acción, y esos señores ahogaron sus últimos escrúpulos y sus últimas vacilaciones en algunos vasos de alcohol. Al fin de la sesión, se decidió hacer ocupar militarmente, en el día fijado, todos los aeropuertos prusianos. Von Papen encontró como ejecutor de esta baja labor un burgomaestre cualquiera que, según la costumbre establecida en Alemania, sacrificó en aras de la patria, su juramento de funcionario prusiano. Los funcionarios berlineses informados del complot, sacrificaron igualmente la tranquila conciencia a la Razón de Estado observando un silencio patriótico.

¿Cómo fué posible la conquista de Prusia? Los unos estaban cansados, los otros frescos y ágiles, los unos demócratas, los otros soldados, los unos montaban a caballo todas las mañanas, los otros, fatigados, no abandonaban sus oficinas y sus documentos. Por eso todo pasó sin el menor choque. El día previsto, — en julio — por un decreto del Presidente del Reich, von Papen hizo saber a los ministros prusianos que estaban destituídos; y como Severing, ministro del interior de Prusia, declarara que no cedería sino a la violencia, se le preguntó cortesmente cuándo deseaba que se recurriese a ella. "Esta noche a las ocho, — dijo — para evitar agrupaciones en la calle". Cuando su sucesor se presentó acompañado de dos oficiales de policía, el ministro despedido frunció el ceño, protestó y abandonó tranquilamente el ministerio en que durante diez años había reinado como amo y no sin buen éxito.

El presidente de la Policía de Berlín, en su "Praesidium", considerado como la fortaleza más temible de la capital, hizo algunas llamadas por teléfono, redactó una protesta, se dejó finalmente conducir a prisión. Una hora más tarde, firmó allí una declaración prometiendo retirarse definitivamente; la misma noche era recibido con los brazos abiertos por su familia y los periodistas.

Después de la rescisión de sus funciones de canciller, Brüning fué objeto de un atentado en el curso de una gira electoral en automóvil que hizo en Silesia. La bomba mal lanzada se desvió y no explotó. Papen, sucesor de Brüning, hizo poner inmediatamente en libertad a los autores de esa tentativa de asesinato.

No todos los dirigentes se condujeron de la misma manera. El presidente de la policía, advertido la víspera, escribe con filosofía en sus Memorias: "Ignorábamos lo que iba a suceder, esperábamos los acontecimientos". Rehusó la orden de destitución, pues la fecha era inexacta y la firma incompleta. Cuenta que ofreció asiento a los que le significaron su retiro. Severing parece haber estado más distante: rehusó la mano que su verdugo le tendiera con una falsa sencillez.

Millones de ciudadanos estaban engañados, y sin embargo, no se puede hacer reproches a los ministros. En 1933, la situación no era ya la de 1920 en que se pudo sofocar la insurrección de Kapp por la huelga general. Los empleados de correos, telégrafos y teléfonos y los ferroviarios no estaban dispuestos a luchar, hasta los sindicatos estaban desalentados; sabían que millones de desocupados estaban listos para ocupar el puesto de los que se declarasen en huelga, y ni los comunistas, con sus libelos contra los socialistas, ni la policía habrían consentido en ayudarlos ni en batirse. El golpe de estado podía, por lo demás, justificarse si no de una manera formal, al menos de manera virtual, por las contradicciones que oponían el derecho del Imperio al derecho de los Países, y que permitían colocar a la policía bajo las órdenes de la Reichswehr. Se había preparado la provocación de las masas populares por la Reichswehr levantando la prohibición de las Tropas de Asalto y excitando el pueblo al desorden a fin de encontrar un pretexto para intervenir. Conscientes de la situación, los jefes querían evitar una matanza y una guerra civil.

Cuando, hacia la navidad de 1918, el general Groener con algunos soldados salvó al canciller Ebert sitiado por los extremistas, éste le rogó que no disparara contra los sitiadores. Groener le respondió: "Si repite usted esto, no cuente conmigo la próxima vez".

Dos mundos estaban en presencia: los unos querían el poder a cualquier precio; los otros el derecho, al precio de la paz; en esto los combatientes eran mejores discípulos de Marx que los que se decían marxistas. Fué un honor para Ebert el no saciar su venganza. Pero Groener se afligió por ello. Para atreverse a semejantes gestos de clemencia, es necesario ser César, y aún César no se los permitía sino después de grandes victorias. Por esta política, los conductores del pueblo pierden no solamente su poder, sino que pierden también el pueblo a quien privan de su confianza en sí mismo.

En esa corte policial en que el 9 de noviembre de 1918, un joven teniente rompió su espada porque el general del Emperador le prohibía disparar contra los sediciosos, los funcionarios y los policías amontonados a las ventanas gritaban, el 20 de julio de 1932: "¡Viva la Libertad!" Por esta pequeña manifestación, los dos partidos creían liberarse de la obligación de combatir. Sin embargo, tenían muchos deseos de hacerlo, pero no se atrevían, so pretexto que sus jefes no querían derramamiento de sangre. La dominación militar no había caído en Alemania sino pasajeramente, en el momento de la gran derrota. Poco después, había recobrado su fuerza.

La democracia burguesa, por el contrario, cansada desde el comienzo, se dislocó y continuó viviendo como había vivido. Solamente las masas populares merecían la admiración; demostraban todavía bastante energía e impulso para estar dispuestas a sublevarse a pesar de la apatía de los jefes. El gentleman-rider von Papen, la noche de la batalla victoriosa, encontrábase en el Herrenklub: pronunció esta frase encantadora para caracterizar la situación: "Basta dar al pueblo alemán tacazos en el hocico para hacerlo obedecer".

Este triste fin de la República alemana le ha causado más daño que cualquiera derrota en las calles de Berlín. Nunca se olvidarán las jornadas de marzo de 1848 porque entonces se batieron. Se compadece a un pobre ser que muere a los catorce años, pero no se le cantan poemas sino si era de una belleza sin igual. La República, nacida en la somnolencia entre el abatimiento y el temor, era incapaz de vivir. Si hubiera nacido en los combates y el sacrificio, en el odio y la pasión, habría tenido otro fin.

Lo triste es que los vencedores, superiores a los vencidos por su verba y su imaginación, no supieron edificar su sistema sino sobre las ideas caducas de la raza y de la sangre. Querer el poder sin asociar a este deseo la "Idea" de la época no permite gobernar más de lo que lo permite el pretender gobernar por las ideas sin querer el poder".

IV

Los dirigentes del Imperio habían vencido fácilmente al pueblo fatigado. El nuevo enemigo, fresco y ágil, desfilaba por las calles y las plazas martillando el suelo con sus pasos sonoros. Por eso, en lugar de medirse con el tribuno y su ejército, los aristócratas se esforzaron por concluir un armisticio con su temible antagonista. El objetivo ideal era unir en un mismo ministerio a los hidalgos y el tribuno; así es como por una rica mala alianza los Junker vuelven a dorar gustosamente su blasón. Gracias a tal unión, la mayoría del gabinete von Papen hubiera sido más que quintuplicada.

Habiendo sabido Hitler evitar estas celadas, se propusieron diferentes medios al Club de los Señores. Los unos querían ofrecer la cancillería a von Schleicher, más apto para comprender el movimiento popular. Hitler podía entenderse mejor con él, por ser más razonable que Papen. Lo escuchaba también más atentamente, pues bajo Brüning, Schleicher se había opuesto a la disolución de las Tropas de Asalto. Schleicher, resuelto a hacer alianza con las ma-

sas, con tal de que no fuesen demasiado rojas, permaneció durante todo el año 1932 en unión con sus jefes, y trató a Hitler como se trata a un judío bien educado cuyo origen vergonzoso es olvidado por grandes relaciones. El general comunicó a sus subordinados algunas proposiciones interesantes de la proclamación de Hitler que le había ofrecido —, según decía — defender con sus Tropas de Asalto el frente oriental, si la guerra estallase en las dos fronteras de Alemania. Carácter intrigante y curioso, ni siquiera se irritaba al saber los pequeños complots que se tomaban en el círculo de Hitler.

Este tenía excelentes razones para buscar los favores de la Reichwehr antes de las elecciones de julio de 1932. Sacando más ventajas que su adversario de esta guerra civil todavía larvada, pero de día en día más aparente, debía tratar de obtener la neutralidad del ejército. Por eso hizo por primera vez en su vida alianza con el gobierno. He aquí cuáles eran entonces sus fuerzas: En abril, Brüning había prohibido las Tropas de Asalto, pero en el mes de junio, von Papen suspendía la prohibición, feliz de recibir, en cambio, la palabra de Hitler que se comprometía a aceptar el gobierno de Papen. Parece que un deseo expresado por Hindenburg mismo haya hecho inclinarse la balanza. Considerando al Mariscal como una fuerza manejable, Hitler quería mostrarse acomodaticio. El viejo Presidente pensaba que ese mal muchacho continuaría la lucha, pero contaba con Papen, su nuevo hombre de confianza para aniquilar sus esfuerzos.

Cuando las Tropas de Asalto reconciliadas, según parecía, con el Estado, hicieron su reaparición en la calle, sus uniformes tenían un corte mucho más militar.

Hitler preparaba las elecciones con el brillo que sabía darles, mientras que nadie conocía el gabinete del "Herrenklub", y los socialistas eran humillados por la derrota de sus jefes; los nacional-socialistas obtuvieron a fines de julio cerca de la mitad de los asientos del Reichstag. Aliados al Centro, podrían haber obtenido la dirección de los negocios.

Von Papen, que prefería las conferencias a las elecciones — pues no comprendía sino los discursos académicos, pero éstos en varias lenguas — recogió con mano rápida los frutos que Brüning había cogido en el momento mismo de su despedida. En Lausana, después de doce años de conferencias, se borraron de una plumada todas las Reparaciones, se dejaron subsistir por conveniencia tres mil millones de deuda en el papel. Una hora después de haber dado solemnemente su firma, el representante de Alemania confiaba, sonriendo, a dos periodistas extranjeros, que pensaba no pagar nunca estos tres mil milloens. Embriagado por el triunfo, von Papen acababa de olvidar que era canciller del Reich y no ya organizador de sabotajes y de atentados en los Estados Unidos.

Mientras tanto el Mariscal, de ochenta y cinco años ahora, estaba en su castillo de Neudeck. Nadie pensaba en su muerte, todo el mundo recordaba los noventa y un años de Guillermo I; Hitler, que tenía entonces exactamente la mitad de esa edad, había dicho abiertamente: "Tiene ochenta y cinco años, yo tengo cuarenta y cinco. Puedo esperar". Perdiendo a veces la paciencia declaraba, sin embargo, que habiendo pasado ya los cuarenta años era ya tiempo que se le cediese el Imperio.

En ese último período de su vida, los rasgos rudos del carácter de Hindenburg habíanse acentuado, lo mismo que los surcos de su rostro, a tal punto que la expresión amable desaparecía cada vez más. Ninguno de los que estuvieron a su servicio durante los nueve años de su presidencia, habló más tarde bien de su señor, y el último que tuvo por él una verdadera veneración. Brüning, confiaba a unos amigos ingleses: "La víspera del día en que me dió las gracias, me mintió tres veces".

El respeto que antaño inspirara era ahora temor. La confianza que emanaba de él habíase transformado en una desconfianza que experimentaba y a la vez inspiraba. El rencor contra los que habían hecho su segunda elección se arraigaba en su corazón. Esta elección, obra de los rojos a quienes odiaba, parecía confirmar su adhesión a la República. Y esto le era extremademente desagradable.

Los círculos a que había pertenecido — o, como decía, "que había servido", — hasta la edad de ochenta y cinco años, no disimulaban su maligna alegría al verlo elogiado por "judíos y desertores". Sin embargo, su tierra, su castillo, sus intereses y su sentido de rango lo volvían invenciblemente a aquéllos de entre los cuales había salido.

Aunque la apatía natural a la vejez le ayudaba a soportar todos sus fastidios, debía ver continuamente esa bandera negra, roja y oro, que en Neudeck también debía flamear al viento prusiano puesto que era Presidente del Reich. En el curso de los confusos acontecimientos del año, cuando hacía comprobar la perfecta legalidad de cada una de sus actuaciones autoritarias, el viejo oficial debía ser atormentado por la significación de su juramento.

Aunque no poseemos ningún documento escrito a este respecto, dos hechos bastante curiosos permiten advinar lo que pasaba en él. En el curso de una conversación con el presidente del consejo de Prusia, Braun, declaró a boca de jarro:

"He cumplido el juramento que presté al Emperador. Cumpliré también lealmente el que he prestado a la Constitución".

Así Hindenburg separaba las dos épocas. Como un celoso administrador, llevaba en cierto modo una contabilidad por partida doble, y se guardaba de mezclar la caja real con la de la República. Cuando la reyecía se había extinguido, también habíanse extinguido sus deberes hacia ella; desde el punto de vista del derecho constitucional, nada había que reprochar.

En Doorn, lo llamaban "el traidor", título honorífico llevado hasta entonces por el príncipe de Bülow; pero tal injuria no agobiaba su conciencia. Es verdad que mucho tiempo después de haber sido relevado de su juramento, había asegurado personalmente y con todo gusto su eterna fidelidad a su Rey; finalmente no lo había expulsado ni condenado, como Cromwell; por el contrario, siempre había afirmado altamente sus sentimientos monarquistas. El hecho de presidir la República que, según su tesis, había expulsado al rey, seguía siendo una cuestión interna alemana que en nada incumbía al rey que vivía en el extranjero.

No era la contradicción de los dos juramentos lo que inquietaba a este anciano de ochenta y cinco años: era la interpretación del segundo. Muy poco se preocupaba de haber pasado a los setenta y ocho años de una bandera a la otra. Pero le parecía peligroso volver a la primera, pues podía dar la impresión de retroceso. Y sin embargo, debía sentir cuánto se había alejado de la Constitución, él, que dirigía el gobierno como monarca absoluto. En efecto, se puede creerlo agitado por tales sentimientos: Como un día discutiera ciertas cuestiones políticas con el ministro Wirth, se levantó y dijo bruscamente, sin preámbulos, solemnemente: "Créame, señor ministro, respetaré el juramento que he prestado a la Constitución". El viejo gigante permanecía de pie, y como el ministro no podía entablar una discusión sobre este punto delicado, se inclinó y salió. Nunca más abordó este tema con Wirth.

Estas declaraciones simultáneas sin relación directa con el tema de la conversación, hechas a dos interlocutores serios, lanzan una luz penetrante sobre las tinieblas interiores que debían agitar al anciano. Había jurado sobre la segunda bandera respetar su juramento. Se encontraba obstaculizado por el curso de los acontecimientos como por su propio carácter. Encontró la solución de este caso de conciencia en las palabras: "Deber" y "Servicio" que lo habían guiado al comienzo de su vida y que, bien comprendidas, encierran en sí mismas su absolución.

"¿Cómo me juzgará la posteridad? — decía a un amigo. He perdido la más grande de las guerras de la Historia. No he podido salvar a mi pueblo que me llamaba al puesto supremo. Lo esencial es haber tratado siempre, con todas mis fuerzas, de cumplir con mi deber".

¿Cómo se presentaba a sus ojos, ora velados, ora encendidos de un súbdito brillo, el país agitado y caótico que tenía que gobernar? Su círculo inmediato no había cambiado, tenía a su lado a sus hijos y nietos, y nada había turbado el reposo de su casa. Había allá lejos el viejo campo ya cultivado por sus antepasados y que ahora no se podía

ya hacer producir. Primos y sobrinos escribían que la cosecha de avena era mediocre, que el nuevo abono químico era recomendable. Si solamente alguien tomase en sus manos las tropas pardas, — pues Hitler quería, en suma, el bien del país. Otros escribían que no se podía continuar haciendo producir las tierras sin subvención del Estado, que todos los fondos iban a la gran industria, que estaban en la miseria. En seguida aparecía Meissner con su cartapacio bajo el brazo. Todo pasaba como antaño en Magdeburgo.

Las cosas comenzaron a echarse a perder cuando Papen, llegando como ráfaga, anunció que la guerra civil había estallado la semana anterior, que había diecisiete muertos en las calles de Hamburgo, y que no se veía el fin de esas miserias. ¿No consentiría Hindenburg en recibir al peligroso tribuno, a fin de poder decir a Alemania por qué no lo quería como canciller? El gentleman-rider ocultaba ciertamente al Mariscal la mitad de las intrigas que se tejían a su alrededor; había otras que él mismo ignoraba. Hitler, que gusta de apoyarse en el ejército, o más bien en los soldados, había discutido importantes temas con el general von Schleicher después de las triunfales elecciones del mes de agosto. Solamente después de la muerte de este último algunos amigos conocieron esos acuerdos. Hitler reclamaba el poder y hacía valer ante el general de la Reichswehr el conocido argumento de los militares: "Me será imposible responder de mis tropas si se me niega el poder". Schleicher pensó seriamente en tomar él mismo la cancillería, hacer entrar a tres nacional-socialistas en su gabinete, y obligar en seguida al viejo Mariscal a retirarse y llamar a Hitler a la Presidencia del Imperio. En el Herrenklub se llamaba este proyecto "la dictadura militar mitigada de pardo".

La conversación había tenido lugar durante una maniobra en Fürstenberg. Hitler que, a la manera de Wagner, veía su vida dividida en escenas y en actos, (formando sin duda una trilogía), declaraba en el terreno de ejercicio: "Una piedra erigida aquí enseñará un día a la posteridad qué decisiones fueron tomadas en este lugar por Schleicher y Hitler".

Algunos días más tarde, invitado a casa de von Papen, recibe un nuevo ofrecimiento del gobierno: ¿aceptaría ser vice-canciller? ¡Qué irrisorio ofrecimiento! Schleicher acaba precisamente de hacerle entrever la presidencia, y quieren relegarlo, a él, el gran tribuno del pueblo, a los rincones de un gabinete. La cólera es más viva en sus subordinados. Goering habla de una "celada". Hitler opone una brusca negativa. Oscar von Hindenburg, Meissner, Papen, que no sin dificultad habían arrancado esta concesión al viejo Mariscal, están furiosos. Después de esta afrenta — así se juzga el procedimiento en los dos partidos — un encuentro entre los dos principales actores es aún más urgente, si se quiere la paz. Hitler pone inmediatamente una condición: llevará a su jefe de estado mayor Roehm. Hindenburg, que conoce la infamia de Roehm y que está quisquilloso sobre la cuestión de las costumbres, no acepta sino de mala gana y se burla, como viejo soldado, del término "jefe de estado mayor". ¡ Bonito el estado mayor de Hitler! Una pandilla de individuos ridículamente vestidos con trajes pardos.

El 13 de agosto de 1932, a la hora convenida, Hindenburg está en su gabinete, apoyado en su bastón. Acompáñanlo su hijo, von Papen, Schleicher y Meissner. Hitler aparece seguido de Roehm y de Frick. Todos visten de paisano, excepto Schleicher. Hitler hace ademán de juntar la puerta que un criado ya ha cerrado. Al volverse, tropieza en la alfombra y hace una profunda reverencia. Todos están de pie. A nadie se la ofrece asiento.

En este grupo de siete hombres, ninguno alcanza la talla de Hindenburg. Antiguo granadero, a pesar de la edad, tiene todavía hermosa presencia. Hay allí cuatro hidalgos y tres pequeños burgueses. Meissner representa la transición entre los grandes y el pueblo. Von Papen, demasiado delgado y Roehm demasiado gordo parecen encarnar en una caricatura el **"Herrenklub"** y el **martirio del burgués obeso"**. Hindenburg y Hitler, que se han estudiado en cien fotografías y por radio, míranse cara a cara por primera vez.

Lo que los une es la profunda creencia de que la fuerza prima sobre el derecho y que Alemania, víctima de pér-

fidos vecinos, debe rearmarse cuanto antes para tomar su desquite. Ignorando las demás naciones y sus civilizaciones, sus miradas son limitadas por la estrechez de su horizonte, su confianza en su pueblo truécase en desconfianza hacia todos los vecinos, y en lugar de desear mantener con ellos relaciones correctas, piensan utilizar contra ellos gases, aviones y ametralladoras. Rechazan toda idea de democracia, sólo creen en la fuerza física y están llenos de desdén por las fuerzas espirituales.

¡Pero cuán diferente es la forma bajo la cual ven la resurrección de la nueva Alemania! Cuando el tribuno del pueblo franquea el umbral del Palacio, lleva en su mano derecha la llave invisible y secreta que le abre el corazón del pueblo; el segundo, con su bastón de "Mariscal del Imperio", parece el caballero de una remota leyenda.

(*) He aquí, frente a la figura majestuosa del Mariscal, acostumbrado a vestir el uniforme, un hombre inquieto, a quien el azar de la guerra le ha deparado la oportunidad de ponérselo. En tanto que el primero luce con natural elegancia botones dorados, cinturones y condecoraciones, el otro no sabe ponerse ni la camisa por él inventada. Frente al mostacho más imponente del país, está el bigote más insignificante y ridículo; frente a un cráneo cuadrado, uno ovalado. Ante un hombre sin nervios hay un nervioso; ante un hombre lleno de salud, un neurasténico. El primero es comilón y padre de familia; el otro vegetariano y solterón empedernido. El primero impresiona por sí mismo y es valiente; el otro tiene que hacer aspavientos para impresionar y es cobarde. Frente a un "Junker", nacido para mandar, está un pequeño burgués, que se muere por dar órdenes; frente a un aristócrata, un plebeyo. Este, que es un ser encanijado, católico y austriaco, gesticula ante un militar glorioso que es una naturaleza privilegiada, protestante y prusiano. Este es un hombre de raza que cree en las clases; aquél, un hombre de clase que cree en la raza. Frente al nacido en las alturas, está un trepador; frente al hombre silencioso y resignado, el charlatán y ambicioso (*).

(*) Posteriormente a la publicación de este libro, su autor ha ampliado, en un artículo, esta entrevista de Hindenburg y Hitler, agregando el pintoresco parangón de ambos personajes, formado por el párrafo entre asteriscos, que hemos creído conveniente insertar en la presente traducción. (N. del T.)

La impresión personal del Mariscal debió acentuar todavía su antipatía hacia el tribuno; en efecto, lo trató como a un colegial:

—Lo he hecho venir para preguntarle si quiere usted trabajar bajo la dirección del Canciller del Reich, señor von Papen.

—Ya he dado a conocer mis condiciones al Canciller.

—¿De modo que exige usted el poder absoluto?

—Necesito la misma situación que Mussolini.

—Mi conciencia no me permite tomar tal responsabilidad. **(Una pausa).** En lo futuro, le aconsejo que sea más caballero en la lucha política.

Lo esencial está dicho. Estas palabras, contadas por los asistentes, fueron seguidas de algunas frases triviales. Nadie se sentó. La conversación no duró más de seis u ocho minutos.

Sin embargo, para demostrar a Alemania y al mundo hasta qué punto despreciaba a Hitler, Hindenburg decía en una relación oficial que lamentaba que Hitler no estuviese en condiciones de mantener un gobierno formado por la confianza del Presidente del Reich, a pesar de las declaraciones hechas antes de las elecciones. El Presidente del Reich se negaba a confiar a Hitler la cancillería y la dirección del Estado; su conciencia y su responsabilidad ante la patria "se lo impedían".

Así proclamó públicamente su desconfianza.

Hitler salía de este encuentro empequeñecido en su prestigio.

V

Humillado, Hitler pensaba en la venganza. Teniendo un ejército más fuerte y un prestigio igual al de Hindenburg, podía, como simple particular, intentar el combate contra el Presidente del Reich. Como aquel año las elecciones suceden a las elecciones, encuentra un estrado siempre dispuesto desde el cual canta su eterna melodía. He aquí un extrac-

to de la proclamación de Hitler a su partido (esta vez a la manera de Lassalle):

"Aquéllos de vosotros que sienten lo que es un combate por el honor y la libertad de un país, aquéllos comprenderán por qué me niego a formar parte de ese gobierno. La justicia del señor von Papen condenará quizá a muerte a millares de nacional-socialistas. ¡Reconozco ahora vuestra sangrienta imparcialidad, señor von Papen! ¡Nunca seré el verdugo de los campeones de la libertad! Gracias al levantamiento popular, demoleremos este régimen, del mismo modo que sofocaremos el marxismo, a pesar de los esfuerzos de sus defensores".

Y como cinco asesinos pertenecientes a su partido estaban entonces condenados a muerte por haber verdaderamente despedazado a un comunista, Hitler les telegrafía: "Camaradas, estoy con vosotros. Combatir a un gobierno que permite semejantes cosas, es nuestro deber sagrado".

Por largas negociaciones con el Centro y Brüning, Hitler, siempre en contacto con von Schleicher, trataba de armarse contra Hindenburg, en el otoño de 1932. Se pensó destituirlo, legalmente, con el acuerdo de la mayoría del Reichstag. En el último momento, el Centro se apartó, no por respeto a Hindenburg, sino por temor a su sucesor que no podía ser sino Hitler. Von Papen, atacado por todos lados, incluso por su protector von Schleicher, se aferraba más estrechamente al hijo de Hindenburg. Fácilmente obtuvo la orden —no fechada — de disolución del Reichstag. Este documento estaba en un cartapacio llamado el Tafilete Rojo. ¿Acaso todos los Reichstag de esta República no habían sido disueltos? La orden fué, pues, preparada para cualquiera eventualidad.

Los doscientos treinta nacional-socialistas que entraron en la Dieta en septiembre podían legalmente llamar a uno de los suyos, Goering, a la presidencia. Con el apoyo de sus mortales enemigos, los comunistas, este último, de acuerdo con los extremistas, decidió inmediatamente derrocar al gobierno de Papen. ¡Qué hermosa Constitución que permite derribar legalmente un gobierno! Hay así matrimonios más novelescos que una aventura pasajera. ¿Sacará von Papen

su orden de disolución para prevenir su propia caída? Si tiene la costumbre del Herrenklub, mal conoce el canciller los procedimientos del Reichstag: ha olvidado el papel en su casa y no se da cuenta de ello sino en el momento de leerlo al Reichstag. Goering, más aviador que parlamentario, tampoco sabe qué hacer, de modo que uno de los dos propone suspender la sesión en favor del otro.

Hitler, que no es diputado, espera a sus amigos en el palacio del presidente del Reichstag. Estos se apresuran a ir a encontrarlo, — sin pasar por los corredores subterráneos — para recibir sus órdenes. En el mismo momento, Papen sube a su coche para ir a buscar el decreto de disolución a la Cancillería.

En la continuación de la sesión, pide la palabra. Goering pone oído sordo, en seguida sostiene que la votación ha comenzado. No le queda al pobre gentilhombre más que colocar el documento delante de Goering, y abandonar la sala con los miembros del gobierno. Y Goering hace derribar ese gobierno por la votación de un Reichstag que en realidad está disuelto.

Semejantes comedias envilecen la representación popular. En efecto, los dos partidos querían continuar en la legalidad haciendo a la vez la revolución, el uno desde arriba, el otro desde abajo. La escena del olvido de la orden de disolución y la confusión del presidente del Reichstag son simbólicas: las cuestiones de formas, desprovistas de sentido, hacían autoridad en ese parlamento entre hombres acostumbrados a expresar sus ideas por medio de granadas y revólveres.

La autoridad y el prestigio de Hitler fueron entonces igualmente comprometidos. El público espera un momento para ver si el célebre acróbata va a efectuar bien su salto mortal. ¡Más arriba, siempre más arriba, atención! Si el efecto final ha fallado, los ingratos espectadores se vuelven hacia otro bailarín de la cuerda. A partir de noviembre de 1932, los alemanes se dispersaron: las nuevas elecciones consecutivas a la disolución trajeron una brusca disminución de los votos de Hitler. De 14 millones, bajaron a 11 millones setecientos mil. Hitler entró al Reichstag con ciento noventa

y siete partidarios en lugar de doscientos treinta, mientras que los comuinstas obtenían cien asientos. Las elecciones de las provincias ("Länder"), que tuvieron lugar en las semanas siguientes, le hicieron perder todavía más votos, casi la mitad. El nuevo jefe no era, pues, invencible. Los concurrentes, los nacionales de Hugenberg, levantaron la cabeza. El Herrenklub comenzó a respirar.

La causa era la falta de dinero. Hitler ganaba adeptos hablando a los ojos y a los oídos de la gente, muy poco a su corazón y nada a su cerebro. El público se dispersó cuando las orquestas y los desfiles, las banderas y los fuegos artificiales, los proyectores y los micrófonos comenzaron a hacerse más raros. El Dr. Goebbels se queja en su diario de septiembre a enero del triste estado de la caja: "Propaganda imposible: falta de dinero". En diciembre, anota: "Situación desesperada, tristes fiestas de Navidad". Finalmente hace decir al Führer entristecido: "Si el partido muere, me levanto la tapa de los sesos".

En el mismo momento, la posición de Hitler vióse amenazada por la defección de su amigo Gregor Strasser, que dispuesto a unirse con von Schleicher, fué entonces recibido por Hindenburg, aunque no era jefe de partido. Schleicher, que siempre soñaba con un ejército apoyado por los trabajadores, negoció más gustosamente con Strasser, cuyo espíritu era claro, que con Hitler. Negoció al mismo tiempo con el jefe de los sindicatos alemanes. Esperaba reducir a esos dos socialistas a un común denominador, y ganar a su causa, gracias a Strasser, una gran parte de los hitleristas. **Divide et impera.**

¿Dónde estaban, pues, las altivas declaraciones de Hitler en el verano pasado?

Por medio de curiosos rodeos, Hitler trató nuevamente de acercarse a Hindenburg. Hizo llegar a manos del Mariscal una memoria concerniente a "la guerra de liberación de Alemania bajo el mando de Hindenburg", "Pensamientos sobre una nueva invasión en el Oeste por el Limburgo del Sur". Finalmente, para ganarse al propietario terrateniente al mismo tiempo que al Mariscal, habló de "nuevos proyec-

tos para amortizar la deuda de los dominios señoriales del Este", so pretexto de "aumentar su rendimiento en caso de guerra".

Una red de intrigas tejíase en el palacio de la Presidencia. Meissner y von Schleicher, Oscar von Hindenburg y von Papen, el enviado de Hitler y los hidalgos de los alrededores de Neudeck, los sacerdotes y los generales, deslizábanse con pasos silenciosos sobre el parquet de la sala rococó, como los actores de una comedia de intriga de antaño. Y todos esos hombres desconfiaban unos de otros.

Se trataba de obtener la firma del anciano por sorpresa, de suscitar una mirada, de evocar un recuerdo de campaña. Todos veían que desde hacía tiempo no había ya gobierno y trataban de robarle al anciano el papel sin el cual no se puede gobernar "legalmente". El reino de Prusia había conocido el régimen de los favoritos y de las intrigas cortesanas; la breve democracia habíase plegado a las coaliciones de partido y a las concesiones. Pero eso no era nada al lado de lo que entonces se veía: todos espiaban la mirada sospechosa del viejo Mariscal, incapaz ahora de verificar el valor de las influencias y la veracidad de las noticias.

En estas confusas circunstancias, no fué posible derribar a von Papen sino porque engañaba a sus propios colegas. Dió un día lectura a una relación sobre la actitud de la Reichswehr con respecto a ciertos proyectos de golpe de estado; como el gabinete había sabido por el teniente coronel Ott, encargado de comprobar los hechos, que el informe era inexacto, los colegas del canciller declararon unánimemente que dimitían, obligando así a von Papen a renunciar también. Tan grande era su desconfianza con respecto a este hombre, que lo obligaron a hacerse acompañar a casa del Presidente por el barón von Neurath para permitir a éste darse cuenta de que en realidad presentaba su renuncia.

Hindenburg debió ceder a esta presión y aceptar la dimisión del gabinete, pero estaba decidido a volver a llamar cuanto antes posible a Papen a quien estimaba más que a cualquier otro y cuya conversación le agradaba infinitamen-

te. Hindenburg lo apoyaba, pues en la relación cotidiana, Papen sabía interesarle. En el mes de noviembre, la crisis crónica fué agravada por el retiro provisorio de Papen. Por segunda vez, Hindenburg se vió obligado a escuchar a Hitler, siempre apoyado por el partido más fuerte. La Constitución era, en verdad, palabra de Evangelio en el palacio presidencial, nadie podía contradecirla.

Todos se arrojaron entonces sobre la Constitución de Weimar como sobre la Sagrada Escritura para acomodarla a su manera. El verano anterior, Hindenburg había dejado plantado en su gabinete, a un Hitler en pleno vigor. Ahora ofrecía asiento a un Hitler debilitado, hasta conversó un momento con él solo, le escuchó tranquilamente, lo retuvo una hora y finalmente le confió la tarea de formar un gabinete parlamentario respetuoso de la Constitución y sostenido por una mayoría.

Proposición hábil como ninguna: su ejecución era imposible; precisamente por eso se la había hecho. Hitler planteó primero cuestiones escritas, en seguida expuso en una larga relación por qué esa tarea era inejecutable. En conformidad con el Estado, correcto en su actitud, Hitler debía captarse la confianza de todos los que estudiaran cuidadosamente su documento. Sin embargo, los corredores del palacio de la Presidencia sólo reflejaban maniobras e intrigas. No se podía obtener una mayoría. "No importa, — decía Hitler — nómbreme usted canciller y déme los poderes que le ha dado a von Papen".

—"Bien sabe usted — respondió Hindenburg en una carta — que preconizo la idea de un gabinete presidencial, no la de un jefe de partido, sino de un hombre por encima de los partidos y que cuente con mi confianza personal. Usted ha explicado que no aceptaría sino un gabinete del cual fuera usted el jefe. Si consiento en ello, debo exigir que tal gabinete tenga la mayoría en el Reichstag".

Y finalmente, como Hitler está en jaque-mate: "El Presidente del Reich teme una dictadura de partido que diera una extraordinaria gravedad a los antagonismos que dividen el pueblo alemán. En honor y conciencia, no puede autorizarla".

Durante esta lucha cortés, el combate de los hidalgos y del pueblo que se desarrollaba entre el palacio del Mariscal y el hotel del tribuno, había perdido un poco de su agudeza. Pero las manifestaciones populares continuaban siempre en la calle.

Hitler tenía una ventaja en esos combates: era el único que podía cambiar de escena en todo momento, pasar de la calle a la sala de sesiones, donde su ímpetu era más eficaz que todos los discursos de los jesuitas del palacio. Allí, en verdad, nadie creía en la mayoría, en el juramento, en la conciencia; querían solamente alejar a ese peligroso tentador sin tocar un cabello de su cabeza. Que venga, si consiente en ser el segundo; el primer lugar, según la tradición de Hindenburg, debe quedar para un hidalgo, lo mismo que en el cuartel general y en la administración civil, las más viejas familias han ocupado siempre los puestos más elevados.

Finalmente, en este correcto duelo entre el **gentleman-rider** y el Führer popular, un tercer bribón fué el que obtuvo la victoria: un general, como era natural.

Durante el gobierno de Papen, Schleicher había ocupado tan bien "los puntos estratégicos", que la Reichswehr y la policía, la industria y hasta una parte de la agricultura elogiaron sus méritos y alegaron su causa ante Hindenburg. De mala gana dejó Hindenburg partir a su canciller, y se convino que sólo disfrutaba de un feriado. Le dió su retrato con la dedicatoria: "Yo tenía un compañero"... Von Papen fué el único a quien Hindenburg le dió jamás semejante recuerdo.

Después de tantos años pasados en los bastidores, von Schleicher se quedó un poco asombrado de tener que entrar él también en escena. Hindenburg lo obligó a asumir las funciones de canciller. El Mariscal atribuía a las intrigas de Schleicher el desaparecimiento provisorio de von Papen. Estaba de muy mal humor:

"Por fin hay que hablar alemán al pueblo. Se necesita un general como canciller". Y agregó un poco melancólico: "No han querido dejarme a mi von Papen".

Como en el último momento von Schleicher objetara que el extranjero se inquietaría de ver un general alemán en la cancillería del Reich, el viejo Mariscal se encolerizó y dijo: "Yo también soy general y gozo de la consideración del extranjero".

En esta situación cada vez más complicada, Hindenburg se apoyó en un general porque le hablaba de otra solución: el regreso a Guillermo II. Guillermo recibido por la Reichswehr en la frontera occidental debía ser conducido solemnemente a Alemania. Según otra versión, se embarcaría en un crucero alemán en un pequeño puerto holandés y sería así restablecido en el trono por la flota que, según se sostenía, lo había depuesto. Estas conversaciones entre el Kronprinz y el general von Schleicher inquietaron a todos los partidos, no porque no quisiesen a los Hohenzollern, sino porque ningún partido quería que el honor de hacerlos volver recayera en el otro. Desde hacía mucho tiempo, von Papen y cierto número de hidalgos hablaban de esta restauración. Lo que no se supo es que el mismo Hitler era también partidario del regreso de los Hohenzollern, como von Papen lo dijo en confidencia, en julio de 1933 en el claustro de Beuron (1), en presencia de cincuenta mil auditores.

En otro proyecto, el Herrenklub proponía que el Kronprinz fuese canciller y Hitler presidente de Prusia. Un tercer proyecto preveía la creación de un "Consejo de Presidencia" calcado del antiguo Consejo de la Corona; simple asamblea consultiva, sin derecho a voto; el presidente del Reich era quien debía tomar todas las decisiones. En el mismo momento, unas ligas de oficiales reclamaban en sus manifiestos la elección de los únicos partidos decididos a restaurar la monarquía. Hasta fines de 1932, el Führer y los partidos alemanes oscilaron, indecisos; fué entonces cuando unos acontecimientos de orden privado provocaron el desenlace en una especie de enloquecimiento.

La profunda razón de esta indecisión reside en la falta de sinceridad con que todos los partidos querían hacer la revolución, el Imperio o la dictadura, sin abandonar las formas de la legalidad. Todas estas maniobras demuestran hasta qué punto en los alemanes la necesidad de orden es más fuerte que el amor a la libertad; aún en los líderes, aún en los períodos más desesperados, aún en plena guerra civil, cuando cuatro ejércitos están en pugna, el alemán, sentimental, nunca perdonará a un jefe una acción que "parezca" ilegal. Pero toda idea sugerida por un título, por un discurso o por un club, le dará el medio de tomar el poder con una apariencia de legalidad en lugar de apoderarse de él por medio de ideas-fuerzas.

(1) No lejos de Sigmaringen, en Alemania del Sur.

Schleicher continuó este juego con la Constitución. Para intimidar a Hitler, lo amenazó con disolver el Reichstag, pero Hitler mismo quería evitar la disolución por temor a la izquierda que aumentaba sin cesar. Mientras que se apoyaba en los partidos del orden y parecía volver a las reglas parlamentarias, los diputados, en cada manifestación de autoridad de Hindenburg, le recordaban el respeto a la Constitución. En la reapertura del Reichstag, el decano lanzó contra el Presidente del Reich un vigoroso ataque ante la estupefacción de todo. Era un cierto general Litzmann, un nacional-socialista de la misma edad que el Presidente del Reich, que aprovechaba su cuarto de hora de autoridad para arreglar sus cuentas. Este general, cuya edad imponía también respeto, se atrevió a hablar libremente en público bajo la égida del poderoso partido:

"Para negar el poder a nuestro Führer, se le han impuesto condiciones inaceptables. El mismo Presidente del Reich, que ha prodigado su confianza a un Müller, a un Brüning, a un Papen, la rehusa a un hombre considerado por millones de alemanes como el mejor y el más grande ciudadano que Alemania posee hoy... Ojalá Hindenburg no sea maldecido por la Historia por haber lanzado al pueblo alemán a la desesperación y haberlo entregado al bolchevismo cuando el Salvador estaba allí".

Como la prensa de Hindenburg recordara al día siguiente al orador los deberes de camaradería, el viejo general respondió:

"Hace sesenta años, estaba yo con el señor von Hindenburg en los bancos de la Escuela de Guerra. Hace trein-

ta años, ambos teníamos un comando en el XIV cuerpo. Durante la guerra mundial estuve algunos años bajo sus órdenes. Pero el señor von Hindenburg jamás me demostró el menor sentimiento de camaradería".

Hitler estaba vengado de la injuria con que Hindenburg lo había ofendido en su relación oficial.

Schleicher, el nuevo canciller, tenía tal confianza en la vieja amistad de la casa Hindenburg, que al tomar posesión de su cargo, olvidó apoderarse del famoso Tafilete Rojo, que contenía, en blanco, la orden de disolución del Reichstag.

General socializante, soñaba con un "gobierno de soldados y de sindicatos", dicho de otro modo, una especie de consejo superior de obreros y de soldados bajo la dirección del Herrenklub. Por esto había proseguido sus negociaciones con la izquierda, a ocultas del Reichstag y de los partidos, continuado el plan Brüning concerniente a la colonización de la Prusia Oriental por los campesinos, ofrecido a Strasser el cargo de presidente del Consejo de Prusia, hecho aceptar todo por el viejo gentilhombre representándole como deseable y cierta la ruina del más grande partido y de sus secciones de asalto. Strasser, antes de aceptar, preguntó a Hindenburg, en presencia de Schleicher y Meissner — que lo contaron más tarde — cuáles eran las relaciones del Mariscal con Hitler; Hindenburg le respondió: "Nunca confiaré a ese hombre el gobierno de Alemania".

Cuando el Führer supo de Strasser la resolución del Presidente, su resentimiento creció; este hombre susceptible, mimado por las masas populares, sintióse profundamente herido. En una intimación a su jefe, Strasser rompió con el general von Schleicher, renunció a sus importantes funciones en el partido nacional-socialista, y sin abandonarlo, sin embargo, continuó su oficio de químico en una fábrica.

VI

Tal era la situación por el 1º de enero de 1933. Las maniobras de los dos principales actores, Hindenburg y Hitler, no son muy comprensibles si se ignora sobre qué ba-

ses financieras descansaba la acción política de los dos hombres. Sin necesidades personales de dinero, ambos podían temer ciertas publicaciones que revelaran el estado en que se encontraba la tesorería de sus partidos. Para uno y otro, se trataba de millones, y en ambos casos, la revelaciones no dejarían de tener temibles repercusiones políticas y morales.

El caso de Hitler era el más sencillo. Mientras que sus crédulos partidarios comenzaban a mostrarse más reservados y a desertar, los inquietos acreedores se hacían más apremiantes. La prensa publicó las cartas de algunos grandes jefes nazis que no habían podido hacer honor a sus fuertes compromisos; se supo que el partido ni siquiera había dado estrenas a los porteros del Landtag de Prusia; pues bien, quienquiera que en Alemania falta a la sagrada tradición de los regalos de navidad, compromete su reputación. En todas partes se encontraban Tropas de Asalto mendigando sus salas de reunión, que ya no eran calefaccionadas, permanecían vacías; volviendo a esos meses de invierno, un poco más tarde, el "Angriff" escribe que muchos amigos desesperados aconsejaban declararse satisfechos con algunas carteras ministeriales, antes que morir de hambre con grandes pretensiones. Faltaban doce millones para pagar las deudas, y X millones para el año 1933.

Una de las razones de esta angustia financiera era la disminución de los adeptos de Hitler, lo que quitaba a la industria todo deseo de continuar sus subvenciones. La otra razón era la aparición de Strasser y de sus amigos socialistas que, con los extremistas de izquierda, tomando en serio el programa de Hitler, querían colaborar con el general canciller socializante. Si Hitler no llega al poder, — calculaban los grandes industriales, — no podrá pagar las deudas de su partido. Menos podrá hacer comprar por el Estado los famosos paquetes de acciones necesarias al levantamiento de la gran industria, sueño de todos los ricos en nuestra época. Para salir de esta situación, Hitler debía unirse abiertamente a la derecha, susceptible de resolver a la vez la cuestión de dinero y la cuestión del poder.

El otro grupo que rodeaba a Hindenburg estaba desde hacía un siglo habituado a las subvenciones del Estado. Vivía de ellas. Los hidalgos de la ribera derecha del Elba habían encontrado antaño un pretexto patriótico; se trataba de "detener el impulso polaco". Para salvar sus propiedades improductivas y mantener a su gente en las buenas tradiciones prusianas, necesitaban el dinero del Estado.

La República no había parcelado sino algunos dominios y tomado en administración otros. Neudeck había sido abandonado por el gobierno prusiano en razón de su poco valor. Según la nueva teoría de post-guerra, era preciso "socorrer a los pobres agricultores"; antes de la guerra era a los polacos a quienes había que expropiar para obtener una ayuda de la Osthilfe, subvenciones a las poblaciones rurales del Este. Y los hidalgos habían recibido millones en detrimento de los "pobres campesinos". Un banco fundado en 1924 para la ejecución del plan Dawes, se ocupaba desde hacía algunos años en proporcionar dinero a los Junker que, en su patriótica aflicción, habíanse negado a reconocer el plan Dawes.

Fuera de los hidalgos, nadie sabía nada preciso sobre la repartición de esos fondos de socorros, hasta el día en que el Centro y los socialistas lograron hacer nombrar en el Reichstag una comisión encargada de investigar sobre este interesante "socorro a los agricultores del Este". Se descubrió entonces que para 12,000 explotaciones campesinas de 230,000 hectáreas, el Estado había dado 69.000.000 de marcos, y que para 722 grandes dominios pertenecientes a los hidalgos, y que cubrían una superficie de 240,000 hectáreas, había dado 60.000,000.

El señor von Oldenburg Januschau, amigo y vecino de Hindenburg, que en el momento de la donación de Neudeck había escamoteado rápidamente "una faja de terreno del vecino", había tocado él solo 621,000 marcos del Estado para "levantar" sus **tres** dominios. Con este dinero había comprado un **cuarto** y hecho una nueva petición de subsidios para un nuevo "levantamiento" de las **cuatro** propiedades. Un cierto señor von Zitzewitz había adquirido también un nuevo dominio con los fondos que había recibido

del Estado. Un señor von Quast, que había perdido en el juego toda su fortuna, obtuvo un cuarto de millón so pretexto de que su propiedad era "bien de familia" desde hacía varios siglos. Otro compró con el dinero del Estado una caballeriza de carreras. La segunda mujer del ex-Emperador Guillermo hizo una petición para obtener también su parte de las larguezas del Estado. Un hidalgo cuyos dominios habían sido "levantados" en cuatro ocasiones, se hizo declarar en quiebra; hizo comprar entonces su propiedad en pública subasta a un precio ridículo, por su hija de diez años de edad, y todos los acreedores quedaron burlados. Un conde de Silesia se dirigió a Montecarlo con el dinero del Estado, perdió todo en el juego, y de regreso a Alemania pidió nuevos subsidios.

Cuando se conocieron los nombres de los beneficiarios y las cifras de las subvenciones, el escándalo fué enorme. Por el momento eran conocidos solamente por los miembros de la Comisión. El ministro de Alimentación — todavía un hidalgo — se esforzó por sofocar el asunto, invocando el carácter personal de los impuestos y el secreto profesional de los agentes del fisco. Era demasiado tarde y el escándalo se hizo rápidamente un arma política, de la que no solamente se sirvió el pueblo contra los grandes: el general von Schleicher amenazó a su adversario Hugenberg con hacer publicar poco a poco en su prensa las cifras comprometedoras. Como la opinión era más bien hostil a los hidalgos, una gran investigación habría tenido consecuencias de extrema gravedad. Durante los dos últimos siglos, los Junker no conocieron un asunto tan desgraciado. Los Hindenburg, que habían recibido su dominio por donación y que lo habían "levantado" en diciembre de 1932 gracias a una colecta privada de 450,000 marcos, no estaban comprometidos en "Socorro a los agricultores del Este". Sin embargo, debían temer ver perseguir a sus amigos, y von Schleicher hizo notar al hijo del Mariscal-Presidente que cualquier socialista podría promover en el Reichstag la cuestión de los derechos de herencia de Neudeck.

Pues bien, antes de que se pudiese intentar nada, un diputado del Centro habló del asunto a la Comisión. Pro-

bó que en total el setenta por ciento del dinero del "Socorro a los agricultores del Este" había sido entregado a los hidalgos y no a los campesinos. Así, hoy como antes, trece mil familias nobles vivían de los impuestos pagados por 62 millones de alemanes. El descontento creció en el pueblo, sobre todo en los nacional-socialistas. Estos últimos, a consecuencia de su dualidad, se encontraban turbados: los campesinos del partido reclamaban la lucha contra esta corrupción, los nacionalistas que apoyaban a los Junker no querían escándalo. En la Comisión de investigación, el representante nacional-socialista Sybel defendió a los hidalgos, mientras que el secretario de Estado en funciones, Reinhard, prometía al relator un expediente bien nutrido contra ellos. Se trataba solamente de meterles miedo sin atacarlos abiertamente; pues en ese partido había pobres y ricos, y como en el reino de Dios, todos debían ser felices.

Oscar von Hindenburg, que quería sofocar el asunto, abandonó a su viejo camarada Schleicher e hizo alianza con Papen que prometía "arreglar las cosas" si volvía al poder. Estos dos asuntos financieros determinaron los acontecimientos políticos en enero de 1933.

Las cosas habrían pasado muy distintamente, si a un arquitecto no se le hubiese ocurrido transformar el hermoso y antiguo palacio de la presidencia. Obligado a trasladarse por algunos meses de invierno a la Cancillería vecina, Hindenburg encontró allí a su camarada von Papen, que no había abandonado el edificio, pues el nuevo canciller von Schleicher no deseaba ocupar la Cancillería. Estos dos hombres que se apoyaban el uno en el otro para hacerse nombrar canciller, y en seguida se combatían para tomar el uno el lugar del otro, decidieron el curso de los acontecimientos, negándose a ocupar o desocupar el edificio.

Así, Papen fué autorizado, probablemente por intervención de Hindenburg, para quedarse en la Cancillería. Todas las mañanas, en las avenidas del jardín podía informar al Presidente de los acontecimientos y presentárselos tales como éste deseaba verlos. Nada había cambiado. En el curso de estos paseos matinales, von Papen preparó la caída de von Schleicher en el momento mismo en que este

último tomaba posesión de su puesto.

Schleicher tuvo noticias de este contra-ataque. Recordando que era soldado, resolvió luchar. Si su guardia de corps, compuesta de generales de la Reichswehr, llegaba a dominar al gentleman-rider, su posición sería tanto más sólida cuanto que el viejo Mariscal nunca nombraría canciller a su segundo rival, Hitler. Pero Schleicher no supo callarse, y esto fué su pérdida. ¿Por qué contó en diciembre, a un jefe socialista, — y por lo tanto a un adversario político — que Oscar von Hindenburg le había pedido ser ascendido a general, y que él había rehusado, dado el número de oficiales superiores más antiguos que él? ¿Por qué contó a los hidalgos que, según el proyecto Schlange-Schöningen, quería parcelar ciertos dominios improductivos en Prusia Oriental? ¿Por qué contó finalmetne a Strasser lo que Hindenburg le había dicho privadamente acerca de Hitler?

Por el contrario, su adversario, el viejo conde von Oldenburgo Januschau, sabía callarse y obrar. Durante el invierno, — época en la cual Hindenburg no iba ya a Neudeck, sino que continuaba cazando en los alrededores de Berlín — el vecino de Neudeck había llegado a ser también el vecino berlinés del Mariscal. Había comprado un parque de caza contiguo al de su amigo y puesto a disposición su coche de caza. Cerca de navidad, envió a todos los oficiales propietarios, una memoria sobre el "Bolchevismo agrario" de su jefe, el general Schleicher. Provocó en el Landbund (1) una declaración contra "el pillaje de la agricultura en provecho de la industria de exportación internacional". Hindenburg recibió la visita de los administradores de este sindicato, dos hidalgos a quienes conocía, y les aseguró su amistad. Para hacer ostentación de su miseria, esos Junker dieron un gran banquete, durante el cual se pasó al canciller Schleicher, invitado de honor, el número del diario en que figuraba, en primera página, el artículo que lo atacaba. Schleicher abandonó la mesa, seguido de sus generales. Algunos días más tarde, — el 20 de enero de 1933,

(1) Sindicato de grandes terratenientes de Alemania.

— el conflicto entre Schleicher y Hindenburg tomó un carácter agudo. El viejo Mariscal habló de ataques dirigidos contra hombres cuyos servicios históricos prestados a la patria eran indiscutibles. Ningún propietario de un bien ancestral, que poseyese todavía el sentido del honor y el sentimiento del deber, aceptaría la supresión del "Socorro a los agricultores del Este" con que se les había amenazado".

"¿Qué piensa usted hacer contra esos bolcheviques criminales?"

Schleicher ve frente a él un anciano de ochenta y cinco años que ha tenido como oficial treinta o cuarenta años antes. Este anciano nunca ha sido un pensador, pero no se le puede reprochar la menor incorrección. Nunca se ha avergonzado de la pobreza de su casa; por el contrario. Y he ahí ahora a este anciano encolerizado, repitiendo los absurdos de alguna gaceta reaccionaria, golpeando el parquet con su bastón, porque quiere que se evite a todo trance un escándalo en el Reich. Después de treinta años de amistad personal, siete años de amistad política, la ruptura está consumada. Era inminente cuando Schleicher, siete semanas antes, había sido nombrado canciller por la gracia de su viejo protector.

Viéndose perdido, Schleicher está tanto menos dispuesto a ceder. Quizá recuerda en este instante que algunos conspiradores quisieron, en el otoño pasado, derrocar a Hindenburg.

—Todo ataque a la Comisión — responde — sería ilegal. No puedo encubrir esas malversaciones.

—¿Malversaciones? — exclama el anciano, exasperado. — Las acusaciones de los diarios son mentiras. El Estado tiene el deber — y cita también una frase de su diario — de restablecer la gran agricultura que esos marxistas han arruinado. Sin agricultura no podríamos alimentar al pueblo en caso de guerra. Pues bien, ¿quiere usted disolver la Comisión?

Schleicher rehusa.

Entonces el viejo Mariscal lo coge por la empuñadura de su sable:

—¿Ha oído usted mis órdenes? Quiero que el canciller del Reich se conforme a ellas como los demás.

¿No es éste un recuerdo del pasado, la fantasmática evocación de una escena semejante que se produjo antaño? Los muros de la vieja cancillería retumban a las mismas palabras que un día de marzo de 1890, — quizá en el mismo salón — el joven Emperador Guillermo dirigió al viejo Bismarck, la víspera de su despedida.

Al día siguiente, el canciller Schleicher pregunta al Presidente si cuenta todavía con su confianza. Hindenburg reclama medidas excepcionales y la declaración de que "el Estado está en peligro". Schleicher explica que se podría evitar el escándalo durante un trimestre pronunciando la disolución del Reichstag. Pide una orden de disolución en blanco. Esto es lo que Meissner y Oscar von Hindenburg han previsto: según su consejo, Hindenburg rehusa. Schleicher declara entonces partir sin pesar, pero hará conocer públicamente las razones de su dimisión. Hindenburg, soldado, no ve delante de él sino un soldado, y a estas palabras habría hecho encarcelar a cualquiera otro que no fuera Schleicher. No se atrevió. Pero tenía otra flecha en su aljaba.

VII

El señor von Papen era rico. No se inquietaba ni por los impuestos de sucesión, ni por las propiedades improductivas que subvenciones del Estado debían volver a poner a flote, menos aún por la falta de dinero para las campañas electorales. ¿No era feliz? Bien nacido, de una educación refinada, un buen matrimonio le quitaba no solamente toda preocupación de dinero, sino que le prometía aumentar regularmente su influencia en los partidos políticos y en los clubes: así había llegado sin esfuerzo a las más altas funciones del Estado, protegido por el Presidente del Reich que le había prometido, por una señal de inteligencia, llamarlo al poder. Lo único que le faltaba era el contacto con el

pueblo, aquello de lo cual es desgraciadamente imposible prescindir en nuestra triste época.

Se trataba, pues, de conquistar a Hitler, en lugar de combatirlo. ¿Qué mal había en esto? — pensaba von Papen con cierta suficiencia. Hitler salía del pueblo, se había formado por sí mismo, sabía sentarse a la mesa y se podía colocarlo al lado de una condesa sin temor de un traspié. Por lo demás, producía cierto efecto con sus cabellos hirsutos y sus ojos claros; y con tal que en los salones no se lanzase en un discurso demagógico, agradaba a todos por sus maneras sencillas y cordiales. Ahora que vacilaba, sitiado por el camarada bolchevista Strasser, abandonado por los ricos Mecenas, amenazado por Schleicher que, con rodeos, se inclinaba hacia la izquierda, era el momento de proponerle una alianza. El dinero de von Papen le hacía falta a Hitler; el favor popular le faltaba a von Papen. Una entrevista, — media hora de conversación amistosa — y la situación de von Papen podía ser restablecida.

"Es posible — escribe Goebbels en su Diario, el 29 de diciembre — que el Führer tenga dentro de algunos días una conversación con von Papen, he aquí una nueva oportunidad que se presenta".

Esta es la primera nota reconfortante después de semanas de quejas por la falta de dinero y la inevitable regresión del movimiento.

Cuando Hitler y Papen se encontraron, el 5 de enero en casa del banquero renano Schoeder, Hitler estaba dispuesto a transigir. Después de la entrevista, Goebbels consignó en su agenda — y hasta hizo imprimir — las esperanzas que mantenía después de esta conversación:

"Si este lance resulta, ya no estaremos lejos del poder y si sabemos servirnos de nuestra carta de triunfo, las cuestiones pecuniarias estarán resueltas de una vez por todas".

Hitler, indeciso como siempre, parece vacilar en un principio. Todo su espíritu está concentrado en las elecciones de un rincón perdido de Alemania, un distrito de Lippe, donde quiere triunfar; abandona a los grandes hacendistas para ir a hablar a las aldeas, delante de doscientas perso-

nas. Quiere ganar votos a todo trance. Es la pasión del primer tenor que perderá un contrato ventajoso antes que ceder su papel a otro .

Algunos días más tarde, en el "Herrenklub", Schleicher preguntó a Papen si la conversación con Hitler había tenido resultado. Von Papen se hizo el extrañado, negó el encuentro. Schleicher, sonriendo, sacó de su bolsillo una fotografía que representaba la entrevista de Colonia. En cuanto a Hindenburg, estaba tan furioso por esta audaz iniciativa que en la fiesta del "Kyffhäuserbund" volvió la espalda a su favorito.

Von Papen se guardó la afrenta. Un hombre de mundo no debe ser demasiado susceptible. Por lo demás, sabe que la caída de Hindenburg está próxima. El gran complot que ha tramado lo pone muy alerto. Ha entregado a Hitler todos los documentos del "Socorro a los agricultores del Este", tan comprometedores para los hidalgos. Este "golpe de Jarnac" va a permitir a Hitler obrar contra Schleicher y Hindenburg.

Se acerca el momento.

El resentimiento del viejo Mariscal contra Schleicher, que rehusaba sofocar el asunto, no hizo más que aumentar. Von Papen debió informar veladamente al hijo del Presidente de las cartas de triunfo que Hitler tenía en mano; podía hacer estallar el escándalo de un momento a otro y disponía así de un arma temible entre todas: el chantage.

Hitler se sintió entonces muy fuerte, y dejó que sus diarios atacaran al gobierno. Por su parte, Hugenberg hizo otro tanto. En este momento, todos escriben contra todos, pues se espera la sesión del Reichstag en que se hablará de la "Proposición bolchevista" concerniente al "Socorro a los agricultores del Este". ¿Disolverá Schleicher antes el Reichstag? ¿Tendrá en este día el famoso Tafilete Rojo con la orden de disolución? Oscar von Hindenburg, el Reichstag, las salas de redacción, el palacio, todo el mundo opina que sólo von Papen puede salvar la situación.

El 27 de enero, declara al Presidente que Hitler quiere disolver la Comisión de investigación de la **Osthilfe** lo mismo que al Reichstag. Si fuera canciller, pediría un gabinete de concentración nacional. A los airados reproches

de Hindenburg, von Papen responde mostrando cómo se sujetará a Hitler si se quiere ganar. Si él, von Papen, estuviese presente, podría siempre asistir a los discursos de Hitler; la Reichswehr y las Relaciones Exteriores — queridas al viejo Mariscal — le serán reservadas como en el pasado. Como Thyssen y sus amigos subvencionan el movimiento hitlerista, se podrá regularizar su curso, controlando su acción. Bastará tomar a tres nacional-socialistas en el gabinete — Hindenburg escogerá a los demás.

Cuando el 28, Hindenburg despide a Schleicher, ni él mismo sabe todavía exactamente lo que va a hacer. ¿Tomar como canciller a aquél a quien se ha prometido — y lo ha prometido a los demás — no nombrar jamás para este puesto? Los candidatos, agitados, ansiosos, están alertos, pues nadie sabe lo que se va a decidir esa noche en el palacio. Todos son impotentes ante el anciano — todos, salvo el que dispone de los cañones.

Von Papen esperaba deshacerse de Hitler y de su partido ofreciendo a los nacional-socialistas algunos puestos secundarios. Llamó de Ginebra, por telegrama, al general Blomberg, para confiarle la cartera de la Guerra. Cuando éste llegó a Berlín, el 29 de enero, fué recibido por un oficial del Ministerio de la Guerra, que le intimó la orden del general von Schleicher de volver inmediatamente a de donde venía.

Blomberg, desconcertado, se dirigió a una casilla telefónica de la estación, llamó a Oscar von Hindenburg, volvió donde el oficial que le esperaba, y le dijo que el Presidente del Reich lo invitaba a no obedecer sino las órdenes de von Papen.

Esta comunicación produjo en Schleicher el efecto esperado; — se indignó, sintiéndose doblemente engañado por sus adversarios y desplazado. Acusó a Papen y a su partido de querer aniquilar la influencia de la Reichswehr en la lucha que habían emprendido contra Hitler y las izquierdas. Convocó por un telegrama no cifrado a los jefes de los sindicatos y les declaró, en el paroxismo de la cólera y de la indignación, que iba a hacer marchar la guarnición de Potsdam y detener a von Papen, Blomberg, Hit-

ler y Oscar von Hindenburg. Querían hacer la huelga general con el apoyo de la Reichswehr. Los unos decían sí, los otros pedían reflexionar. Se celebró consejo con el general von Bredow y algunos otros: todo general iniciado en un complot está dispuesto a dar un pequeño golpe legal.

Al día subsiguiente, lunes 30 de enero, la guarnición de Potsdam, o al menos una parte de esta guarnición, entrará a Berlín por la puerta de Brandeburgo: se proclamará el estado de sitio y la huelga general, se procederá al arresto de von Papen y de Hitler; Hindenburg se encontrará frente al hecho consumado. Como la situación exige medidas enérgicas y rápidas, Bredow irá a entablar conversaciones en Potsdam.

Los generales están llenos de esperanza. Todo el mundo está cansado de la política de corte que se hace en el palacio, todos reclaman una acción enérgica.

Un día más, y es la dictadura militar. La anarquía de las semanas pasadas podría haber sido reemplazada por un régimen de orden bajo la dirección del general socialista. Tal era el plan que se había levantado, como lo dice, el 2 de febrero, el general von Bredow a un amigo político. Y agregaba ingenuamente esta observación: "No comprendo por qué me han dejado a un lado cuando queríamos simplemente proclamar el estado de sitio".

Sin embargo, el general von Schleicher charlaba en lugar de obrar. Uno de los iniciados — si no varios — había telegrafiado a un diario inglés el proyecto de "putsch" del general. Se volvió a telefonar la noticia al que la había enviado a la gaceta inglesa; fué transmitida inmediatamente al palacio. El domingo, los dos Hindenburg estaban avisados.

El Mariscal estalló: ¡Qué! ¡Era comandante en jefe del ejército y sus propios generales pretendían mandarlo! Todo concurría a apresurar la resolución: había que salvar las propiedades de los hidalgos y reforzar la disciplina del ejército.

El domingo 29, Hitler, llamado por von Papen, aparece como salvador. El lunes, Hindenburg confía la Cancillería al hombre a quien dos veces ha descartado cuando su

situación era más brillante. Sin embargo, Hitler entra hoy en funciones en un gabinete de coalición que antaño no había querido; comparte el poder con dos colegas, su antiguo enemigo Hugenberg, un barón, un conde y von Papen.

En un "carroussel" el sábado por la noche, debía completarse rápidamente el gabinete. El "carronssel" tenía como divisa: "Fuerza, alegría y belleza de los hombres y de los caballos".

Pues bien, dos de los elegidos no asistieron a esta fiesta, no estaban al corriente de nada, y quedaron sorprendidos a la mañana siguiente: el conde Schwerin, invitado a prestar juramento, preguntó por teléfono quién era en definitiva el Canciller y quedó atónito al oír la respuesta. Seldte, en su hotel, no pudo ser despertado, habiendo pasado el domingo una noche agitada y bien rociada. Confundidos, los iniciados decidieron dirigirse al segundo jefe de los Cascos de Acero, Dürsterberg, concurrente y adversario de Seldte, puesto que no se trataba sino de tranquilizar al viejo Presidente dando satisfacción al Stahlhelm. Dürsterberg se presentó de levita, se le entregó en la antecámara el decreto de nombramiento. A las once menos cinco, cuando se esperaba la llegada de Hindenburg que había fijado la ceremonia de prestación de juramento a las once horas, llega Seldte, que, para su honor, despertó en el último momento. Dürsterberg se vió obligado a devolver su decreto de nombramiento, y, a toda prisa, una estenógrafa redacta un nuevo ejemplar de él con el nombre de Seldte. Así fué como Dürsterberg perdió una cartera y el mundo la satisfacción de ver junto a Hitler un ministro cuya abuela era judía.

¡Qué singular giro habían tomado las cosas gracias a la intervención del señor von Papen! El tribuno del pueblo había salvado a los hidalgos.

El 30, a mediodía, mientras el relator de la comisión leía su exposición de los veinte primeros expedientes del "Socorro a los agricultores del Este", la noticia de la disolución del Reischtag le cortó la palabra. Todos los asistentes volvieron a sus casas; nunca más se oyó hablar de los expedientes. De esta triste comedia de la Osthilfe con sus millones derrochados, de la angustia de un partido lleno

de deudas y desesperado, del nudo de intrigas inextricables, en las filas de los hidalgos y de la amenaza de un golpe militar, salió, el 30 de enero, "la nueva Alemania".

Por la noche, de pie junto a la ventana de la vieja cancillería, el Mariscal saludó a millares de manifestantes portadores de antorchas que desfilaban delante de su palacio. En una ventana de la nueva cancillería vecina, se podía ver a Adolfo Hitler saludando, feliz y sonriente. El uno saluda militarmente a la prusiana; el otro, dócil alumno de un hombre cien veces superior a él, saluda a la romana. El anciano se siente salvado de un doble peligro, — el joven se ve finalmente detentador del extenso poder con que sueña desde hace diez años. El anciano tiene el sentimiento de estar seguro, pues cree haber ligado sólidamente el revolucionario a gentes de su partido. El otro es un tribuno popular que se embriaga de la calle y de los gritos de la muchedumbre de donde viene. Presiente la victoria.

VIII

Esta retreta de antorchas que se desarrollaba la primera noche ante sus ojos, le parecía al severo Mariscal un cortejo sin fin que recorría toda Alemania. Con cantos y gritos, exclamaciones de júbilo y brutalidades, este desfile prodigaba flores o destruía todo a su paso, como una fuerza de la naturaleza. Durante semanas, el trabajo de esos millones de individuos pareció suspendido: la gran fiesta de la alegría y del desquite teníalos a todos bajo su imperio.

La confianza en sí que el tribuno daba a los alemanes expresábase en escenas de horror, y el furor asesino con que se lanzaba contra los poderosos de la víspera llegaba a veces al delirio. Fué un pueblo entero el que se imaginaba haber entrado en el paraíso terrenal y que se volvía hacia la puerta para lanzarse sobre aquéllos que hasta entonces le habían prohibido la entrada. En la embriaguez del combate, nadie notó, en un comienzo, que detrás de

esta puerta no había más que un jardín de invierno, sin flores, sin frutos y sin hojas.

Todo esto era la obra de un solo hombre que, de su celda encantada, lanzaba al pueblo palabras y palabras, siempre palabras. Amplificada un millón de veces por aparatos mágicos, su voz ensordecía los oídos de la masa, ávida de nuevas fórmulas. Con un maravilloso derroche de imaginación, inundó todo el pueblo de una lluvia de meteoros, lo asustó con un cañoneo de reniegos, con un despliegue de banderas que flameaban al viento. Con gritos de gigantesco autómata le repitió tantas veces que era libre desde la víspera, que finalmente lo creyó. En esas primeras semanas, ante tal impetuosidad de forma, nadie pidió conocer el fondo. Nadie notó que no había en eso sino la victoria de un partido que, después de diez años de lucha, acababa de conquistar por fin el poder. Esto no era en modo alguno la victoria de un pueblo. Nadie preguntaba si el enemigo era fuerte, o si tenía aún cierta influencia. Nadie preguntaba cuáles eran exactamente las promesas, cómo se pensaba cumplirlas, ni quiénes eran los hombres aplastados por el carro triunfal, ni si éstos eran los verdaderos enemigos del pueblo. Tal fué la impetuosidad del asalto, que aquéllos a quienes se quería llevar a la nueva bandera sucumbieron pronto a la lluvia de palabras grandilocuentes que caía sobre ellos con una fuerza inaudita.

Sucede a menudo — escribe el abate Galiani — que una idea victoriosa es un puro absurdo; en cuanto el absurdo se manifiesta, la razón, el espíritu práctico y los intereses particulares aparecen silenciosamente, se instalan allí, se organizan y logran vivir. El absurdo se convierte entonces en una "Constitución".

El Mariscal, lento por naturaleza, reflexivo por su edad, estaba estupefacto de ver con qué rapidez corría un torrente de decretos. En una mañana, firmaba una docena de decretos que antaño habrían sido objeto de interminables disputas entre los partidos y hasta habrían provocado largas deliberaciones con su Canciller. Podía creerse en la batalla: entonces el martilo del mando cae sin descanso, no hay tiempo de dudar, no se admite la menor contradicción y todos obedecen, porque un cerebro piensa por todos. Esto no podía desagradarle, aunque ya no estaba en edad de seguir el movimiento con la misma velocidad. Le gustaba también la belicosa atmósfera que respiraba en la calle y que emanaba de cien diversos manifiestos. ¿No era esta agitación del pueblo el preludio del gran desquite que quizá le sería todavía dado ver? Sí, un soplo de juventud parecía penetrar su pueblo y querer entrar en sus propias venas endurecidas por la edad. Los fatigados ojos del anciano debieron brillar con un resplandor del tiempo ido al ver nuevamente flamear al viento la bandera negra, blanca, roja que en su corazón nunca había abandonado. ¿No la veía ayer flotar delante de él en las paradas y las maniobras, y más tarde en los resplandecientes vapores de la guerra? ¡Ah, cuán lejos estaba ese día en que había prestado juramento a la otra bandera, la negra, roja y oro! Era como una pesadilla desaparecida, un incidente doloroso y también el castigo de Dios, pues el pueblo había perdido la fe en la victoria. Si el Káiser volviera en este momento, todo sería nuevamente como antes y podrían irse tranquilos...

Pero cerca de su vieja bandera de guerra y de paz, el Mariscal veía una bandera nueva, una tercera bandera; se la veía en todas partes; era innumerable y ruidosa: un círculo blanco en medio de un paño rojo, y en este círculo un signo enigmático, que por cierto no era un águila. Era el emblema del partido; no era más que una insignia, pero parecía extraña y demasiado vistosa en la masa tranquila y sobria de las viejas banderas del Imperio.

¿Pero qué había allí, sobre la mesa, esperando su firma? Un nuevo decreto que daba a esta bandera la misma existencia legal que a las demás. ¡Y debía aprobar semejante cosa! ¿No había formado un gabinete en que el Führer no era más que el **primus inter pares,** rodeado de colegas a quienes esta bandera no les decía nada importante? Al izar la bandera de este partido en el palacio del gobierno, cerca de los viejos trofeos gloriosos, se falseaba el sentido de esta resurrección; en lugar de la vieja Alemania que parecía por fin reconquistada, surgía una Alemania nueva, que le era extraña. ¿No debía Hindenburg levantarse para oponer su veto a esta innovación? ¿De quién podía

fiarse? ¿Dónde estaban sus consejeros?

Sorprendidos y pasivos, éstos estaban en las ventanas, en la radio, ante los diarios y los carteles mirando lo que sucedía afuera. Los viejos familiares y los nuevos ministros llegaban meneando la cabeza. Hasta el astuto von Papen había perdido la palabra. El Herrenklub estaba quieto, los hidalgos se callaban, el Stahlhelm no se movía. Todos miraban, como hechizados, las fantásticas evoluciones de este partido, que se desarrollaban, solemnes y vengadoras, a una señal y una orden de un jefe invisible. El único que no visitaba al Mariscal, o que venía a verlo a la carrera, era su Canciller. No manifestaba su presencia — permaneciendo a la vez invisible — sino en una serie de decretos y de manifiestos cuotidianos.

El asombro de Oscar von Hindenburg y de sus amigos no tardó en convertirse en espanto. El Führer del Stahlhelm, ministro en el gabinete de Hitler, vino a anunciar los primeros encuentros de los ejércitos privados de la derecha. Von Papen señaló los primeros ultrajes a las asociaciones católicas.

Y súbitamente se supo que el Reichstag estaba en llamas.

Los ministros llegaron al palacio y, a puertas cerradas, hicieron sus relaciones; ocho días después, se supo la opinión unánime del mundo entero.

Von Papen dictaba todas las noches su diario a una dama, con la intención sin duda de fijar sus recuerdos para su futuro biógrafo. Consignó en estas notas los nombres de los verdaderos autores del incendio del Reichstag, pues los instigadores del atentado, que se creían muy astutos, eran capaces de las mayores torpezas. La policía de Hitler había tenido conocimiento de la cosa e hizo un registro en casa de la dama en cuestión, se apoderó de los papeles, y los ocultó en una casucha del barrio Este de Berlín; ella los descubrió allí en seguida "por la mayor casualidad" para servirse de ellos, llegado el caso, contra los comunistas y el señor von Papen, que desde entonces estuvo a merced de sus adversarios.

Asustado, el Mariscal veíase a la cabeza de individuos a los cuales les dejaba completa libertad en su propio país.

¿No había cometido una falta, obrado con demasiada precipitación el día en que había llamado al poder a los camisas pardas? ¿Y las garantías insertadas en el acuerdo celebrado por el nuevo canciller se consumían en el fuego que brotaba de la cúpula del Reichstag? ¿Por qué no habría escuchado mejor la voz interior que durante todo el año habíase levantado contra ese tribuno del pueblo? En noviembre todavía lo había rechazado sin vacilar. Le quedaba una última esperanza: después de las elecciones se recobraría quizá la calma y el orden.

Apenas habían terminado las elecciones cuando los jefes hitleristas, entusiasmados con su gran victoria, decidieron suprimir todos los partidos y substituir al Estado. Dueños de los órganos oficiales de dirección, tenían un apetito ilimitado; era preciso paralizar y suprimir todas las iniciativas extrañas a la suya. Son los más grandes torrentes los que dan la luz más brillante.

Se recordaba aún el Mariscal, pero casi se había olvidado que era el Presidente del Reich. ¿Se acordaba entonces, entre el temor y la decepción, de la bravata con que Ludendorff había sabido antaño colocar al Emperador en su lugar? Con su fiel ayudante había gobernado el Imperio, no testimoniando al Señor supremo de la guerra sino las formas exteriores del respeto, aquéllas mismas que hoy se le prodigaban a él, Presidente del Reich.

En el curso de una fiesta oficial, que la imaginación del joven partido pensó celebrar en Potsdam para hacer notar su oposición al espíritu de Weimar, el primer día de la primavera, el Mariscal, en gran uniforme, se colocó en la vieja iglesia sobre una especie de trono; llevaba todas las condecoraciones imperiales y tenía en la mano el bastón de Mariscal. Dió lectura a una corta alocución e inmediatamente después de él, su canciller tomó la palabra para exponer su programa. Las notas del órgano estallaron e inundaron la nave. Entonces el viejo soldado descendió solo a las tumbas de los reyes soldados, mientras la asamblea de los diputados esperaba arriba, inmóvil y silenciosa.

Cuando, en Berlín, algunos de los diputados subieron en los grandes autobuses que debían conducirlos a Pots-

dam, el jefe de las Tropas de Asalto que vigilaba el embarque, vino a decir:

"Señores, aquéllos de vosotros que no están inscritos en el partido nacional-socialista o en el partido nacional-alemán, deberán ser registrados; debemos cerciorarnos de que no llevan armas". Poco más tarde, un miembro de la oficina nacional-socialista vino a impedir la operación policial proyectada, que constituía, en efecto, un singular prefacio a la ceremonia anunciada.

Se había calculado el efecto que produciría en el alma del anciano esta grandiosa ceremonia. El había venido allí con su compañía ante el féretro de Federico el Grande, hacía cerca de setenta años, antes de partir, joven teniente de la guardia, para su primera campaña. De esas frías bóvedas sepulcrales emergían las vacilantes sombras de los reyes cuya historia había hecho palpitar su corazón. ¿No era él hoy su sucesor? Habíase levantado del trono para descender solo, en presencia de todo el pueblo, las gradas de piedra de ecos sonoros, a fin de dirigir una plegaria a sus antepasados. El ciclo de las ilusiones estaba cerrado.

Cuando salió de la iglesia, a las aclamaciones de la multitud, el canciller a su lado, pareció desaparecer. Gigantesco, la cabeza cana, cubierta de un casco, el pecho constelado de decoraciones que parecían datar de los pasados siglos, estirados y lívidos los rasgos, fija la mirada, manteníase de pie, la mano en la empuñadura de su sable, como la estatua de un caballero .

A su izquierda, en chaquet y sombrero de pelo, un hombre de mediana edad, que parecía ser de su séquito y esperar sus órdenes. Tal era la impresión producida por el tribuno del pueblo cuando no deslumbraba a la muchedumbre con las armas de su palabra.

Dos días más tarde, se presentaban las cuentas. El Reichstag, que ya casi no era más que un personal bien instruído, había cedido todo su poder al gabinete, simple coro bien disciplinado acompañando a un solista. En tres líneas, la ley decía que el poder del Imperio alemán era ejercido por ocho ministros. Esa era la teoría; en realidad, dependía de un solo hombre.

Hindenburg leyó: 1.º las leyes del Reich... pueden igualmente ser promulgadas por el gobierno del Reich. Las leyes promulgadas por el gobierno del Reich pueden alejarse de la Constitución en la medida en que no tienen por objeto modificar la institución del Reichstag o del consejo del Reich. 2.º Los derechos del Presidente del Reich quedan intactos.

El Centro había sido cruelmente engañado en esa ocasión. Kaas, su presidente, que soñaba con un puesto de embajador ante el Vaticano, había abandonado las teorías de Windhorst bajo la influencia de su viejo amigo, el nuncio Pacelli. Estaba decidido a luchar con todas sus fuerzas para llegar a un concordato entre el Reich y Roma. En el curso de las conversaciones del mes de marzo, había hecho amplias, concesiones con riesgo de debilitar su partido, y a pesar de la oposición de algunos miembros poderosos del grupo.

Hitler le había prometido que un decreto especial protegería al Centro católico si éste aprobaba los plenos poderes. Kaas aceptó la proposición a condición de ser autorizado para emplear en su discurso la expresión "la Santa Sede".

Al comienzo de la sesión, el decreto en cuestión no estaba en las manos de Hitler, algunos opositores del partido rogaron al prelado Kaas que fuera prudente. Este se dirigió entonces al canciller que, apoyado por Goering, le dijo con un tono de gran sinceridad que el documento, debidamente firmado y refrendado, iba a llegar de un momento a otro.

Durante la segunda votación, se informó al obispo que el mensajero no había podido atravesar la línea de policía en el exterior del Reichstag.

Cuando finalmente el Centro hubo hecho aprobar la ley con su voto, no se le habló más del famoso papel que sus destinatarios no recibieron jamás.

En cuanto al partido del Centro, fué perseguido y disuelto.

Pero la ley de los plenos poderes era aprobada para cuatro años. Eso era todo lo que pedían los nacional-socialistas. A la expiración de la ley, Hindenburg tendría no-

venta años. Si firmaba este documento se convertía en el prisionero del Canciller cuya acción había tratado de aniquilar por medio de tantas intrigas. ¿Dónde se encontraban, pues, sus consejeros que, dos años antes, — en el desdichado día del pánico general — le hablaban de una redecilla de seda, o de correas con las cuales se debía atar a este demente? Estaban allí, turbados, sin tratar siquiera de salvarlo cuando lo cubrían de cadenas.

El 28 de marzo, deseoso de justificar sus actos ante la Historia, Hindenburg hizo una declaración oficial, anunciando que el canciller Hitler había prometido entenderse con él antes de tomar ciertas medidas hechas posibles gracias a la ley de plenos poderes. El Presidente confió entonces a von Papen su derecho a veto.

En el curso de los acontecimientos que siguieron, jamás oyóse hablar de veto alguno. Hindenburg vió claramente entonces que había sido engañado y que su sueño de poder había terminado. El alto comando que había ejercido durante cuatro años de guerra y tres años de paz, el régimen absoluto que heredaba de los jefes de ejército, y que había instaurado en ese palacio, había pasado a manos de otros, y él mismo lo había abandonado. Se encontraba en el papel de Mefistófeles que pierde definitivamente el premio de sus largos esfuerzos por algunos traviesos amorcillos.

¿Para qué la vieja bandera cuando la otra, la tercera, la extraña, era más grande y casi ocultaba los viejos colores en los pliegues rojos de su tela adornada de la cruz svástica? ¿Qué era todavía él, el Mariscal, el hombre de guerra que había comandado ejércitos? ¿Por qué permanecía en este palacio cuando el mando era ejercido por un solo hombre que le enviaba diariamente centenares de leyes bajo las cuales debía colocar, contra su voluntad, su firma de hombre honrado, cuando todo el mundo las desaprobaba?

En respuesta a estas preguntas, una multitud de hechos y de crímenes ordenados por el nuevo mando se desencadenaban sobre el país con una fuerza irresistible. Las primeras víctimas sobre las cuales se lanzaron, — pues los más débiles son más fáciles de vencer—fueron los judíos.

En el mes de agosto precedente todavía, se habían quejado al Presidente de los actos de violencia de los nacionalsocialistas y Hindenburg había declarado, bajo su palabra, que "desaprobaría toda tentativa de lesionar los derechos legítimos, políticos y religiosos de los ciudadanos judíos".

Conocía las estadísticas de la guerra que, de 600.000 judíos alemanes, indicaban 100.000 combatientes y 12 mil muertos. Sus mejores amigos, los Cramon, hidalgos de Silesia, habría casado a sus hijos y su hija con judíos. Su propia tía, la hermana de su padre, una señorita von Beneckendorff und Hindenburg, había casado con un médico judío, el Dr. Cohen van Baren. A la muerte prematura de su esposa, el doctor Cohen había casado con su cuñada; en ese hogar judío de Posen había encontrado el padre de Hindenburg a la que debía ser su mujer. En tiempo de guerra como en tiempo de paz, jamás se había proferido una palabra inconveniente contra los israelitas en la casa Hindenburg.

Debía aprobar ahora la persecusión de los arios contra los judíos, o asistir a ella impotente, cuando las violencias cometidas en Alemania empañaban en el mundo entero la reputación de su país. Después de haber mantenido durante ocho años la paz religiosa, debía permitir, contra los católicos, un ataque más violento que en los tiempos de Bismarck, cuando él mismo tenía ascendientes católicos. Los murmullos del mundo entero llegaron a sus oídos: protestas contra los horrores cometidos por la nueva Alemania, contra la detención en campos de concentración semejantes a caballerizas, de 80.000 a 100.000 personas culpables de no aprobar la política del momento o de haber combatido el espíritu de guerra. Se dió cuenta de que el mundo que se había reabierto a Alemania bajo su presidencia, negaba ahora al nuevo gobierno sus mercaderías, sus pedidos, sus créditos. Cada semana traía la noticia de nuevos horrores. Y, Presidente del Reich, colmado de honores, estaba condenado al silencio, cuando las tropas de su Canciller se lanzaban sobre las tropas de los Stahlhelm, de que formaba parte, para desarmarlas, desvalijarlas y denostarlas.

Reducido a la impotencia, asistía a la destrucción de los dos ideales de su vida, su Dios y su Rey. Un año después del nombramiento del Canciller, este último atacó a los antiguos reyes de Prusia. Hizo revisar y corregir todos los libros de clase, desacreditó a los Hohenzollern y habló de "algunas páginas poco numerosas en que se encuentran mencionadas algunas empresas razonables de los antiguos reyes de Prusia". Sus viejos amigos comunicaron al Mariscal que se había dispersado una reunión de oficiales que celebraba el aniversario del Emperador. ¡Qué engaño! ¡Para eso había descendido a la tumba de su rey, delante del pueblo reunido! Esa fiesta, el trono, los órganos no habían sido sino una suprema comedia antes que el decreto de desembargo enviara a los realistas a la prisión.

Ninguna tradición era sagrada para esas tropas salvajes. Ni el mismo Dios les convenía ya y querían suprimir a Jesús, o al menos hacer de él una especie de divinidad nórdica. Como el viejo Mariscal quería ser informado, se hacía leer los diarios del Canciller, los discursos de los profesores; sabía así que el Antiguo Testamento era un libro "de rufianes y de arrieros de bueyes", que se trataba de suprimir el crucifijo, de crear un nuevo Cristo, un Cristo heroico. Creía oír los llamados de angustia de los sacerdotes depuestos y encarcelados, culpables de haber permanecido fieles al Antiguo Testamento. Supo que las Tropas de Asalto habían lanzado gritos de: "Abajo Brüning" en el momento en que el canciller salía de una sesión del Reichstag y que día y noche, los acechadores permanecían frente al hospital católico donde éste había encontrado asilo. Pero lo que el Presidente ignoraba, era que Brüning, expulsado de esa casa por las repetidas amenazas de que era objeto, vagó durante siete meses, — de octubre de 1933 a mayo de 1934 — a través de la ciudad, como un criminal, obligado a cambiar a cada momento de domicilio, a tal punto que a menudo solía no pasar dos noches seguidas en el mismo alojamiento. Tal es la existencia que tuvo que llevar para escapar a los que querían asesinarlo.

¿Qué debía pensar de los medios que se empleaban para ello. El Presidente del Consejo de Prusia había hecho dar al Mariscal — de los bienes del Estado Prusiano—un dominio vecino de Neudeck, la propiedad de Langenau, que con gran pesar suyo, la familia, en la penuria, había tenido que vender. Pues bien, el desvergonzado ministro exigía ser promovido a general de infantería. El Mariscal, muy respetuoso del reglamento, debió, por primera vez en su vida asociarse a una injusticia, hacer saltar cinco escalones a un simple capitán, y enviarle además una carta de felicitaciones.

Por última vez, el anciano trató de rebelarse contra esta tutela. Su ministro de Relaciones Exteriores se había quejado de que los empleados de Hitler negociaban en el extranjero como se les antojaba, Hindenburg hizo venir al Canciller, le expuso la situación y concluyó con esta sorprendente amenaza:

"Sobre todo, no crea que firmaré con los ojos cerrados todos los papeles que me presenten. Cuando esté harto de esto, podré marcharme".

Hábil advertencia, que amenazaba al Canciller, no con su despedida, sino con la dimisión de su protector. ¿No se encuentra en esta amenaza, el espíritu de los antepasados campesinos del Mariscal, de quienes se acordó quizá en ese período de luchas intestinas?

IX

Hindenburg volvió a Neudeck durante el verano de 1934. Allí, lejos de los poderosos de la capital, era más fácil saber la verdad de boca de von Papen, de los hidalgos y de algunos generales amigos suyos. Tenía tiempo de reflexionar con ellos sobre las medidas que había que tomar en caso que la popularidad de Hitler disminuyera.

Estaba medio reconciliado con Schleicher. Siempre previsor y charlatán, éste había conservado buenas relaciones con los conservadores reaccionarios y había dicho a quien quería oírlo su esperanza de ver pronto derrumbarse el régimen. Más prudente, von Papen, que ya estaba en el gabinete, había permanecido en excelentes relaciones con Neudeck, en la medida en que no se lo impedían.

El Mariscal tenía tal simpatía a von Papen que a él y no a su hijo, confió su testamento. Era la primavera, ver-

daderamente en mayo. En este testamento que no fué publicado sino mucho después de su muerte — este extraño atraso ha hecho sonreír a mucha gente — Hindenburg declaraba querer ser enterrado cristianamente en la bóveda de familia de Neudeck junto a sus antepasados. No quería discursos; un simple bloque de piedra sobre su tumba debía llevar solamente su nombre.

No adivinaba la precipitación con que se apoderarían de su cadáver para hacer de él un estandarte y una "réclame"; no podía prever que el Canciller, en su oración fúnebre, lo enviaría al "Walhall" de los paganos.

A principios del verano de 1934, a pesar de los achaques de sus ochenta y seis años, Hindenburg estimaba todavía posible un cambio; preparó con Papen un discurso en el cual se alejaba del "Estado integral" para acercarse a una forma legal del Estado, a fin de hacer volver a Alemania a la Sociedad de las Naciones. Este discurso, compuesto por Jung, amigo de von Papen, fué leído en Marburg; era el primer contra-ataque de los hidalgos, e inmediatamente fué prohibido. Hitler se quejó en Neudeck ante el Presidente; probablemente no fué despedido con muchas consideraciones. Esto sucedía el 23 de junio. Tales eran el espanto y el terror, que von Papen no se atrevió a ir a Neudeck; Hindenburg no recibía ya su correspondencia, pues Meissner, siempre dispuesto a servir a los poderosos del momento y deseoso de captarse los favores del nuevo canciller, triaba las cartas a su gusto.

Después del incidente de Marburg, Hitler hizo a von Papen esta observación bien austriaca:

"Era una traición de su parte. Por lo demás, comparto su opinión en un noventa y cinco por ciento".

Una semana después, Hitler se puso a la obra y, en una noche, hizo masacrar por sus bandas armadas a todos sus adversarios, antiguos, nuevos y futuros. No tenía ya el pretexto de un "putsch" comunista que sofocar: sus propios partidarios habíanse rebelado supuestamente contra él.

Nadie ha contado el horror experimentado por Hindenburg cuando, el 1.º de julio, tuvo conocimiento de la matanza; por lo demás, quizá no le importaba mucho que el tribuno del pueblo hiciera matar a sus amigos y a sus antiguos tenientes. ¿No había hecho masacrar antes a judíos y comunistas? Pero había entre las víctimas una larga lista de hidalgos y de generales, y pocos nacional-socialistas; aquéllos habían sido matados el día anterior por la Guardia Negra de Hitler. Nombres que conocía desde su infancia se encontraban en la más estupefactiva lista de pérdidas que jamás haya tenido en sus manos.

Había entre las víctimas un general von Bredow, un barón von Falkenhausen, un barón von Wechmann, miembros de las familias von Hohberg, von Heyderbreck, von Detten, von Beulwitz, von Krumhaar, un barón von Medem. Había además muchos cuya muerte se supo más tarde y de quienes Hindenburg no oyó hablar más en su vida. En seguida, después de algunas vacilaciones, su hijo debió comunicarle el asesinato del general von Schleicher.

Ante esta noticia, Hindenburg quedó atónito como Guillermo II ante la noticia de la Revolución. Lo mismo que Guillermo el 9 de noviembre, no trató ya, el 1.º de julio, de defenderse. ¡Terrible pérdida de autoridad de un anciano que, gentilhombre y soldado, y poseyendo las insignias del poder, no podía ya vengar a sus propios amigos y camaradas!

Cuando preguntó cómo habían sucedido esas espantosas cosas, su hijo le hizo saber que se había arrastrado a la mayoría de las víctimas al patio de la Escuela de Cadetes de Berlín y que allí se les había fusilado. De las profundidades de su memoria evocóse la imagen de ese patio de cuartel en que había comenzado su irreprochable vida de oficial. ¡Y ahora iba a terminar sus días testigo de esas ejecuciones sumarias, sin interrogatorio, sin juez, sin juicio, dictadas solamente por la venganza!

Hindenburg supo que la mujer de un alto funcionario, venida al Ministerio a pedir ansiosamente noticias de su marido, que no había vuelto a su casa, recibió del portero un número con el cual debía presentarse el viernes siguiente. Aquel día se le entregó una caja que contenía las cenizas del desaparecido.

Supo que su amigo von Papen había salvado su vida solamente gracias a algunos soldados de la Reichswehr,

después que, en la antecámara, se hubo derribado a su consejero. Tres más de sus colaboradores, entre los cuales estaba Jung, el visionario iluminado, fueron muertos en su domicilio.

Se le informó que Schleicher, recientemente todavía Canciller del Reich, encontrándose la víspera con unos amigos en su villa de Berlín, había brindado diciendo: ¿"Quién sabe que será de mañana"?

A la mañana siguiente, seis hombres de las Filas de Protección llegaron en automóvil, atropellaron a la vieja criada, preguntaron por el dueño de casa, y lo derribaron en su mesa de trabajo, lo mismo que a su mujer que, espantada, habíase levantado a su lado.

Todo esto porque uno de los amos de Alemania quería vengarse de su adversario, porque cada uno de los jefes quería vengarse de sus enemigos personales, y porque Hitler quería vengarse del ministro von Kahr, un anciano de setenta y tres años que lo había abandonado diez años antes, en el momento de su golpe de estado abortado en Munich. Los jefes del pueblo, que pretendían combatir el comunismo, habían derribado a los nobles, exactamente como lo habían hecho los bolcheviques en Rusia.

Pero no es el momento de lamentarse. El servicio continúa, — ya Meissner, en sus funciones de lacayo, está junto a la mesa de Hindenburg y coloca delante de éste un papel para su firma. Es un telegrama dirigido al Canciller con las felicitaciones que éste mismo le ha dictado:

"Neudeck, 2 de julio 1934.— He sabido que usted ha ahogado en el huevo, por su decisión y coraje personal, todos los deseos de atentado contra la seguridad del Estado. Gracias a usted el pueblo alemán ha sido salvado de un gran peligro. Le envío, pues, la expresión de mis profundos agradecimientos, y de mi más sincero reconocimiento".

El anciano, quebrantado, queda sin movimiento. Por última vez debe estampar su firma en un documento que no es sino una gran mentira. Ya no puede más. Ha hecho la guerra lo mejor que ha podido, según las reglas prusianas, y la ha perdido. La dictadura que Ludendorff le impuso durante la guerra, ha prolongado la guerra. El gobierno, que él ha elevado a la dictadura, le es arrancado de

las manos. Solemnemente se había negado a dar la Cancillería a un solo partido, y he aquí que este solo partido detenta todas las palancas de mando. Ha abandonado la vieja bandera, prestado juramento a la nueva y vuelto en seguida a la antigua. Si no tolera ya la tercera bandera sobre su casa, no por eso deja ésta de flamear sobre millares de techos alemanes.

En ese rincón de tierra había crecido, había sido feliz. Su vida se había pasado al servicio de su país y en el hogar, en el deber y en el idilio, en el lugar mismo en que sus antecesores, apoyados en Dios y en el rey, habían vivido ya. Hoy, los alemanes han traicionado a su Dios y a su rey; bajo su consulado — **te consule** — los han rechazado a ambos. ¿Por qué, en un día de pánico, siguió el consejo de su hijo y de sus comensales? ¿Por qué, cuando tenía aún el poder, no permaneció en su puesto? ¿Qué le importaban los dominios de su vecino cuando se trataba de su honor y de la salvación del país? ¿Para qué le había servido ese castillo? En él no había tenido sino desgracias, alarmas y funestas decisiones.

Allá, detrás de los bosques, se encuentra Tannenberg, donde se libró la gran batalla, allá comenzó su gloria. A partir de ese momento los alemanes hicieron de él un ídolo, muy contra su voluntad. Colocaron en sus manos la guerra y la victoria, la confianza, las negociaciones, la paz; era preciso que él lo decidiera todo. Entonces comenzaron molestas complicaciones; no podía dar más de lo que tenía. ¡Ah!, cuán feliz hubiera sido, volviendo a su casa, a vivir días tranquilos con su mujer! Si ella hubiera vivido nunca lo habrían arrastrado lejos de su casa familiar y confortable para habitar en ese palacio frecuentado por malos espíritus donde danzaban alrededor de él, en una zarabanda infernal, cifras, intereses, codicias, envidias. Y era él quien debía siempre decidir, — decidir cuando nada comprendía.

Y he ahí que estaba solitario en ese gran castillo donde solamente los dos cañones de la entrada atestiguan todavía sus días felices. En el globo, allá lejos, se pueden ver sus campos de batalla, que ya no puede cubrir con su mano.

Pero ni globo, ni cañones le dan a él, Mariscal y Presidente del Imperio alemán, el poder de destrozar con su mano de viejo soldado, el papel en que expresa, como un colegial turbado y confundido, sus sinceros agradecimientos al asesino de sus amigos.

¿Había sido el Emperador agitado por iguales sentimientos cuando se le presentó el acta de abdicación que firmó sin decir una palabra?

Sorprendido por esa larga vacilación, pero silencioso, el secretario de Estado, de pie junto a la mesa, sigue esperando la firma del Primer Magistrado de la República. Con mano temblorosa de anciano, el gigante vencido estampa su célebre nombre al pie del documento. El otro coloca en su cartapacio, se inclina y sale. El anciano queda solo y busca un último apoyo.

¿Qué es todo esto? Es el servicio y el servicio continúa.

Un mes más tarde, había muerto.

FINIS

INDICE



CAPITULO PRIMERO

LA BANDERA REAL

CAPITULO SEGUNDO

LA BANDERA DE LA GUERRA

CAPITULO TERCERO

LA SEGUNDA BANDERA

CAPITULO CUARTO

ENTRE LAS BANDERAS

CAPITULO QUINTO

LA TERCERA BANDERA

FE DE ERRATAS

Página 11, líneas 9 y 10, dice:
nia treinta y seis años y, mientras el rey se veía obligado la patria lo había hecho acudir a las armas cuando sólo te
debe decir:
la patria lo había hecho acudir a las armas cuando sólo tenía treinta y seis años y, mientras el rey se veía obligado

Página 12, línea 39, dice: volveré a cer; **debe decir:** volveré a ver

Página 14, línea 15, dice: no se fijó; **debe decir:** no es fijo

Página 36, línea 40, dice: la guerra es un azote para castigar a los humanos. Alabado; **debe decir:** la guerra sino en calidad de jefe de un hospital; escribe enton-



IMPRESO

en

LOS TALLERES

de la

Editorial "Cultura"

SAN FRANCISCO 485

SANTIAGO DE CHILE